

Philipp Blom

Años de vértigo

Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914



1900-1914: Quince años vertiginosos que desembocaron en una de las guerras más cruentas de la historia, y años en los que la ciencia, el arte, la literatura, la música, la arquitectura dieron algunos de los mejores frutos del siglo ^{xx}.

Nombres como Albert Einstein, Pierre y Marie Curie, Sigmund Freud, Braque y Picasso, Klimt, Kokoschka y Duchamp, y nuevos modos de pensar y descubrimientos, unidos a verdaderas revoluciones como el automóvil, el cinematógrafo o los grandes almacenes, lograron que este periodo se considerase, en palabras del autor, «una belle époque celebrada en películas de decorados fastuosos entre los que se movía una sociedad elegante, y hasta entonces intacta, a punto ahora de quedar hecha añicos». Fueron también los crueles años de la «fiebre del caucho» y el exterminio de nativos en el Congo belga; el amanecer de las primeras manifestaciones de la conciencia proletaria y las campañas por el sufragio femenino... Dedicando un capítulo a cada uno de esos quince años.

Philipp Blom pinta una retrospectiva histórica soberbia en este libro, galardonado con el NDR Kultur Sachbuchpreis 2010 y el Groene Waterman Prize.



Philipp Blom

AÑOS DE VÉRTIGO

Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914

ePub r1.0

Titivillus 12.12.2025

Título original: *The Vertigo Years*
Philipp Blom, 2008
Traducción: Daniel Najmías

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)



Índice de contenido

Epígrafe

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

- I. 1900. LA DINAMO Y LA VIRGEN
 - Una nación que desaparece
 - Dreyfus y el fantasma de la decadencia
 - La dinamo y la Virgen
- II. 1901: CAMBIO DE GUARDIA
 - Turbinas de vapor y derrota de la nobleza
 - Grados de disolución
 - Nuevos títulos, nueva riqueza
- III. 1902: EDIPO REY
 - Una gran fachada
 - La ética del estilo
- IV. 1903: UNA EXTRAÑA LUMINISCENCIA
 - El Premio Nobel
 - La disolución de las certezas
 - Corrientes nerviosas
- V. 1904: SU MAJESTAD Y EL SEÑOR MOREL
 - Comercio injusto
 - La vergüenza de los imperios
 - Las guerras de los medios de comunicación
 - Los costes del poder
- VI. 1905: CON TODA LA FURIA
 - ¡No hay Dios!
 - Un préstamo del pueblo
 - El pugilista en la corte
 - Ideas peligrosas
 - Una pequeña guerra victoriosa
 - Un cura útil
 - Rumbo al caos
 - Hacerse con el control
 - Todos tenían algo
- VII. 1906: «DREADNOUGHT» Y ANGUSTIA
 - Dominar los mares
 - Fuerza masculina
 - Virtudes militares, vicios militares
 - Guillermo II de Alemania
 - La caída de Phili
 - Ser uranista
 - Sandow el Magnífico
 - Locos y judíos musculosos

- Una virilidad angustiada
- VIII. 1907: SUEÑOS Y VISIONES
- Un extraño defensor de la paz
Dioniso en la torre
Bohemios y profetas descalzos
La voz de la sangre
Visiones inquietantes
Isis sin velo
La escuela de la vida
- IX. 1908: SEÑORAS DE ARMAS TOMAR
- El voto y las mujeres trabajadoras
Violencia
Entre Tolstói y la autocracia
Mujeres escandalosas
El contragolpe
- X. 1909: EL CULTO DE LA MÁQUINA RÁPIDA
- Esos hombres magníficos
En las carreras
Capturar el mundo en movimiento
Nerviosismo a la americana
Sexo, mentiras y los primeros días del cine
Alemania y la tensión nerviosa
- XI. 1910: CAMBIOS EN LA NATURALEZA HUMANA
- Hablar de la cópula
Ritual, mitos y máscaras
Lejos y cerca
El dios del éxtasis
- XII. 1911: PALACIOS DEL PUEBLO
- Locos por las estrellas
La belleza de las masas
¿Palacios del pueblo?
Nuevas tribus
Comunidades de consumo
- XIII. 1912: TODO ES CUESTIÓN DE CUNA
- Calidad superior
¿Una nueva masculinidad?
En casa de los Kallikak
Hombres nuevos, mujeres nuevas
Racistas y místicos
- XIV. 1913: EL CRIMEN DE WAGNER
- El juez invertido
La influencia de la máquina
Apaches y otros gamberros
La ciencia del crimen
Héroes populares
- XV. 1914: UN ASESINATO POLÍTICO
- Un vórtice de fuerzas infinitas
La dinamo...
... y la Virgen
Perdidos en el espacio-tiempo

Galería de imágenes

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes principales

PERIÓDICOS Y REVISTAS

LIBROS

Fuentes secundarias

ARTÍCULOS

Sobre el autor

NOTAS

Para Cecil, y para Chelsea, Samantha,
André, Pierce, Aidan, Martine y Lukas

Nada es menos ético que la llamada «moral» sexual, una moral que depende enteramente de la conveniencia social [...] Es posible que el hecho psicológico más importante de nuestro tiempo sea la tensión entre ética y norma social, que aumenta de modo gradual y constante y se percibe cada vez con mayor intensidad. En este lecho de Procusto, el alma moderna se halla tan al límite, tan desgarrada en sus fibras más íntimas, y tan sensible, que es difícil encontrar un paralelismo en toda la historia del pensamiento [...]

Segundo problema: el de la modernidad, cómo reconciliar con el alma la enorme masa de novedades. El carácter particular de nuestro tiempo reside en que no hubo otro tan obligado a dominar semejante profusión de novedades.

Conde HARRY KESSLER, *Diario*, 7 de abril
de 1903 [*]

Philipp Blom

Años de vértigo

Cultura y cambio en Occidente,
1900-1914

Traducción de Daniel Najmfas

AGRADECIMIENTOS

Ningún libro puede cobrar vida sin conversaciones e intercambios de opiniones, y un proyecto tan ambicioso como este depende especialmente de los amigos y los colegas que nos ayudan a airear por primera vez las ideas, a ponerlas a prueba, a pulirlas y, de vez en cuando, a abandonarlas. En los primeros momentos, Bill Hamilton, mi agente, fue el apoyo ideal para dar forma a la concepción del conjunto, y Alan Samson, mi editor, brindó de todo corazón su ayuda a esta ambición casi suicida.

Quiero dar las gracias a los interlocutores que me ayudaron a enfocar y relacionar entre sí mis observaciones y me señalaron nuevas conexiones: el doctor Thomas Anger; Anne Buckley; los profesores John Burrow, Christophe Charle y Tony Judt; los doctores Stephen Patterson, Ulrich Raulff y David Rechter; Froukje Slofstra; el profesor John Stallworthy, y el doctor Magnus Walter. Gracias también a Victoria Hobbs, Sebastian Ritscher, Sara Fisher y George Lucas, cuyo apoyo constante ha sido de un valor inestimable.

Elise Allen y Simon Kasper tuvieron la amabilidad de ayudarme con parte de la investigación, y el personal de la British Library, de la Bibliothèque Nationale (Francia), de la

Bibliothèque de la Geneviève, de la Nationalbibliothek (Austria), del Literaturarchiv (Marbach), de las bibliotecas de las universidades de Leiden, la Sorbona, Oxford, Viena y Nueva York, del Wellcome Institute (Londres) y del Musée de la Ville (París), me brindaron ayuda y consejos que iban más allá de sus obligaciones.

Vaya mi especial admiración y agradecimiento al profesor Ulrich Sieg, cuyos profundos conocimientos históricos y de la humanidad siempre son fundamentales para mí a la hora de comprender mis propias ideas. Una vez terminada la versión provisional del texto, Bernadette Buckley fue una lectora maravillosamente atenta y me hizo sugerencias muy valiosas.

Y por último, pero no por eso menos importante, gracias a mi mujer, Veronica Buckley, que me ha ayudado con su amor, con su oído siempre atento a mis soliloquios excesivamente entusiastas y, ocasionalmente, a ciertos problemas de redacción, sin olvidar las incontables tazas de té que me llevó a mi escritorio, bien entrada la noche y con una amabilidad exquisita.

INTRODUCCIÓN

Están en el arcén de una carretera arbolada, en el campo. Son, en su mayoría, hombres y niños varones, desbordantes de expectación. Cae sobre ellos el calor del verano. Miran la carretera que se extiende ante ellos hasta donde alcanza la vista. Se empieza a oír un débil murmullo. Un coche aparece en la línea recta entre los árboles, diminuto y envuelto en una nube de polvo, y va aumentando de tamaño con cada segundo que pasa. El vehículo se precipita a toda velocidad hacia los espectadores, propulsado por un potente motor, ruge aún con más fuerza... Es un espectáculo de potencia concentrada.

Entre el público, un joven de dieciocho años prepara la cámara para tomar la foto que lleva tiempo deseando hacer. El bólido se acerca, rugiente, vibrante de energía. Ya casi está ahí. El fotógrafo adolescente mira atentamente por el objetivo. Puede ver con claridad al piloto y al copiloto detrás del imponente capó; ve el número seis pintado en el tanque de gasolina; siente la onda expansiva producida por el ruido y la potencia cuando la máquina pasa a su lado a toda velocidad. En ese preciso momento ha apretado el disparador. Luego, cuando se asiente la polvareda, tendrá que esperar para ver cómo saldrá la foto.

Cuando ve la fotografía tomada ese veintiséis de junio de 1912 en el Grand Prix francés, el fotógrafo se decepciona. Del coche número seis sólo se ve la mitad, y el fondo ha salido borroso y extrañamente dilatado. El joven la descarta. Se llama Jacques-Henri Lartigue. La imagen que él considera un fracaso se exhibirá cuarenta años después y lo hará famoso; será la prueba de toda la energía y la velocidad que tanta importancia tuvieron en los años que van desde el comienzo del nuevo siglo hasta el otoño de 1914.

Hoy, el periodo anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial suele considerarse una época idílica, los buenos viejos tiempos, una *belle époque* celebrada en películas de decorados fastuosos entre los que se movía una sociedad elegante, y hasta entonces intacta, a punto ahora de quedar reducida a añicos por las fuerzas que la empujan inexorablemente hacia el desastre. Según esta lectura de los hechos, después de 1918 el fénix de la modernidad resurgió de las cenizas del Viejo Mundo.

A la mayoría de los que vivieron alrededor de 1900, esta visión nostálgica, con el acento puesto en la solidez y la gracia, les resultaría sorprendente. Hasta ese momento, su experiencia de esa época no estaba embellecida por el recuerdo. Fue más cruda, y estuvo marcada por fascinaciones y temores mucho más cercanos a nuestro tiempo. Entonces como ahora, en las conversaciones y en los artículos periodísticos se hablaba sobre todo del veloz avance de la técnica, de globalización, de los progresos en el ámbito de la comunicación y de los cambios que afectaban al entramado social; entonces como ahora, dejaba su sello en la época la cultura del consumo de masas; entonces como

ahora, la sensación de vivir en un mundo en imparable aceleración, de estar lanzándose a lo desconocido, era arrolladora. Esa es la razón por la cual la foto de Lartigue es un digno emblema de su época. Era un muchacho enamorado de los automóviles rápidos y de la velocidad, y sus inquietudes reflejan las de un tiempo en que los pilotos de coches de carreras eran ídolos populares, en que se fijaban y se batían nuevas marcas de velocidad todas las semanas, y la producción en serie, en su caso, la de cámaras fotográficas de mano, cambiaba la vida de todos.

La velocidad puede ser escalofriante y, también, tremendamente excitante, y ese miedo y ese rechazo del cambio también resuenan a lo largo de todo el siglo. En 1900, el cambio más profundo fue el que registró la relación entre hombres y mujeres, y hay muchos indicios que permiten deducir una intensa angustia en los hombres, cuya posición ya no parecía segura. Por primera vez en la historia de Europa, las mujeres estudiaban, comenzaban a ganar su propio dinero, exigían el derecho a voto y, lo que es más importante, sugerían que en una edad industrial, la fuerza física y las virtudes marciales se volvían inútiles. Los hombres reaccionaron con un restablecimiento agresivo de los viejos valores; nunca se habían visto en las calles tantos uniformes ni se habían librado tantos duelos; nunca se habían visto tantos anuncios clasificados de tratamientos que —al menos eso prometían— curaban las «enfermedades masculinas» y la «debilidad nerviosa», y nunca tantos hombres se habían quejado de agotamiento y nerviosismo ni se habían ingresado en sanatorios e, incluso, en hospitales psiquiátricos.

Hoy, las identidades se cuestionan de modos distintos y los cuadros de ansiedad se articulan de otra manera, pero

siguen produciéndose en el ámbito de lo sexual, a menudo como masculinidad puesta en entredicho. El resentimiento provocado por la emasculación practicada por los antiguos poderes coloniales o el «Occidente arrogante» ha llevado a jóvenes musulmanes de sexo masculino a afirmarse tomando las armas o convirtiéndose en terroristas suicidas, otro eco de aquella temprana época en que los anarquistas morían por decenas cuando atentaban contra miembros del gobierno ruso.

Alrededor de 1900, los hombres preocupados por no ser lo bastante masculinos vieron pruebas de sus deficiencias en la disminución de la fertilidad en Europa, en especial entre las clases medias, mientras, según los polemistas de la época, las clases «bajas» y los pueblos de las colonias superaban muy rápidamente en número a los blancos «civilizados». Oímos ecos de ese debate también hoy, en la controversia histórica sobre las tasas de natalidad entre los inmigrantes musulmanes en Europa, en los pronósticos —muy discutidos— sobre el crecimiento de la población mundial, y en la disminución de las cifras en Europa y los Estados Unidos, por no hablar de los estudios que apuntan a una disminución de la fertilidad entre los hombres de Occidente.

La velocidad y la euforia, la angustia y el vértigo fueron temas recurrentes entre 1900 y 1914, años en que las ciudades aumentaron a toda prisa de tamaño y las sociedades se transformaron; en que la producción en serie se adueñó de la vida cotidiana, los periódicos se convirtieron en imperios mediáticos, el público cinematográfico se contaba por decenas de millones y la globalización traía carne de Nueva Zelanda y cereales de Canadá a las mesas británicas, diezmando así los ingresos de las viejas clases terratenientes y permitiendo el surgimiento de nuevas clases

de personas: ingenieros, tecnócratas, urbanitas. La modernidad no nació virgen de las trincheras del Somme; ya se había asentado con fuerza en la mentalidad y la vida europeas mucho antes de 1914. La guerra no actuó como creadora, sino como catalizadora, pues obligó a las viejas estructuras a desmoronarse con más rapidez, y a que las nuevas identidades se afirmaran con más facilidad.

Los «años de vértigo» tienen mucho en común con nuestra época, y no en último lugar su carácter abierto: en 1910, e incluso en 1914, nadie sabía a ciencia cierta qué forma tendría el mundo futuro, quién ejercería el poder, qué constelación política triunfaría o qué clase de sociedad emergería de esas precipitadas transformaciones. En comparación, durante la segunda mitad del siglo ^{xx} la guerra fría creó una situación bien distinta: el resultado parecía incierto, pero estaba perfectamente claro que uno de los dos sistemas ideológicos terminaría llevándose la victoria. Con la caída del imperio soviético reaparecieron parte del carácter abierto y la incertidumbre de esos años vertiginosos, y hoy día es mucho más difícil decir qué depara el futuro a nuestras sociedades.

En gran parte, el futuro incierto al que nos enfrentamos en los primeros años del siglo ^{xxi} se debe a los inventos, las ideas y las transformaciones de los quince años, intensos como pocos, que van de 1900 a 1914, un periodo de creatividad extraordinaria en las artes y las ciencias, de enormes cambios en la sociedad y en la imagen que el hombre tenía de sí mismo. Todo lo que en el siglo ^{xx} llegaría a tener importancia —desde la física cuántica hasta la emancipación de la mujer, desde el arte abstracto hasta los viajes espaciales, desde el comunismo y el fascismo hasta la sociedad de consumo, desde el asesinato industrializado

hasta el poder de los medios de comunicación— ya había dejado improntas profundas en los años anteriores a 1914, de tal modo que el resto del siglo fue poco más que un ejercicio, alternativamente maravilloso y horrendo, consistente en desarrollar y explorar esas nuevas posibilidades.

Para comprender ese tiempo emocionante y contradictorio, y para ver los paralelismos y las diferencias entre esa época y nuestro presente, debemos aproximarnos sin preconceptos teleológicos, sin ver esos años exclusivamente como lo que llevaría o no llevaría a la Gran Guerra. Hemos de mirarlos con la urgencia y la inmediatez del joven Lartigue cuando enfocó con la cámara el coche número seis del Grand Prix. Y aunque el resultado termine siendo distorsionado, una imagen subjetiva que sólo capta una parte de la realidad, seguirá siendo la mejor manera de plasmar la velocidad, el frenesí, la urgencia de la experiencia vital durante aquella época.

Con el espíritu de intentar descubrir esos días tal como fueron, me gustaría invitar al lector a que lleve a cabo un experimento mental: que imagine, por ejemplo, que una plaga voraz, pero altamente selectiva, de gusanos de los libros ha atacado todas las bibliotecas del mundo y se ha comido libros, fotografías, películas y otros registros, devorando toda la información histórica relativa al tiempo transcurrido desde julio de 1914 hasta el año 2000; que imagine que no sabe nada del asesinato de Sarajevo ni de la batalla del Somme; que no sabe nada del gran crac de la bolsa, de la noche de los cristales rotos, de Stalingrado, Auschwitz, Hiroshima, de los gulags o el Muro de Berlín, pero que la historia ha entrado suavemente en su memoria después del cambio de milenio. Que imagine que no ve las biografías, los pensamientos y las obras de aquellos que

vivieron hacia 1910 a través del prisma de un siglo de crímenes monstruosos y logros monumentales, sino que, durante un rato al menos, puede quitarse esas gafas históricas. Que se imagine a sí mismo en los años que van de 1900 a 1914 sin las alargadas sombras del futuro que oscurecían ese presente histórico, un momento con toda su complejidad y sus contradicciones, sus esperanzas y temores, y con un futuro abierto, como lo vivió la gente de entonces.

I. 1900. LA DINAMO Y LA VIRGEN

Así pues, *monsieur et madame*, vendrán ustedes, o ya han llegado, a nuestra hermosa Exposición Universal de 1900. Están en París; desde lejos ya han visto, como en un sueño, los edificios de la exposición recortados contra el cielo de la gran ciudad. ¿Qué programa deberían seguir? ¿Por dónde empezar?

De la Guía oficial de la Exposición
Universal de 1900

Un problema sencillo, aunque angustioso, debería ocupar todo el pensamiento francés: ¿cómo evitar que Francia desaparezca? ¿Cómo mantener en la tierra a la raza francesa? Junto a esta cuestión vital, todas las demás se desvanecen...

Jacques Bertillon, *La Depopulation de la France*

Era monstruosa, aunque extrañamente profética. Ahí estaba, en París, una burguesa pechugona de seis metros de estatura, en lo más alto de la enorme puerta monumental de la Exposición Universal de 1900, la entrada a un nuevo siglo. Haciendo gala del asombroso aplomo con que avanza un buque de guerra en el desfile del Día de la Marina, y vestida con ropa moderna, la alegoría de yeso de la ciudad hacía pensar en una matrona majestuosa que acompañaba a una hija malcriada a las galerías Lafayette: rolliza, presurosa, arrogante. Se la oía dando órdenes a un dependiente apocado. Los críticos no fueron benévolos: «ridícula», «sencillamente espantosa», «un triunfo de la prostitución», fueron algunas de las expresiones empleadas para describirla.

El escultor Paul Moreau-Vauthier (1871-1936), una estrella en ascenso de apenas veintinueve años, había tenido la osada idea de presentar a la ciudad como si fuese una parisina moderna; no como a una niña con aspecto de sílfide o una diosa griega vestida con paños antiguos, sino como a una mujer contemporánea y enérgica, una mujer madura que mira de frente al nuevo siglo desbordante de seguridad en sí misma. La modelo escogida por el escultor fue Sarah Bernhardt, la «Divina Sara»; a la casa de modas Paquin se le encargó un atuendo espléndido, el último grito, pues esa obra debía ser una milagrosa fusión de gracia legendaria y alta costura metropolitana.

El resultado fue tan calamitoso como la inauguración misma. Podría decirse que a Émile Loubert, el presidente francés, lo obligaron a dirigir la solemne ceremonia reuniendo a las barbas y los fracs más granados de la República entre el barro, los charcos y los andamios de una obra en construcción, y los primeros visitantes que llegaron

en tropel para ver la exposición universal más ambiciosa de la historia encontraron muchos pabellones semivacíos. Una viñeta de la época muestra a una multitud perpleja atrapada entre andamios y letreros que dicen «Prohibida la entrada». El pie rezaba: «¿Qué se expone en la Exposición Universal?»



Monstruosa y profética: *La Parisienne* corona el portal de la Exposición Universal de 1900, diseñado para permitir el acceso de sesenta mil personas por hora.

Puerta monumental. Exposición Universal, París, 1900 (Roger-Viollet/Getty)

A lo largo de las semanas que siguieron a la inauguración, se instalaron todas las atracciones que faltaban y hasta el último expositor encontró su lugar entre todo ese tumulto. Las taquillas, en la entrada principal, debajo de la alegoría de la gran ciudad, que no había gustado a nadie, se habían construido para dar paso a sesenta mil visitantes por hora, y

trabajaban a destajo. Cuando terminó la exposición, unos cincuenta millones de personas habían visitado las ciento doce hectáreas de terreno habilitadas en el corazón de París, y con una media de un millón doscientos mil visitantes en fin de semana.

La exposición fue una *extravaganza*, un espectáculo espléndido y atrevido, no sólo una feria comercial y una convención científica, sino, más que nada, un parque de atracciones gigantesco para visitantes locales y turistas procedentes de otros países de Europa, de los Estados Unidos y del mundo entero. Entre ellos estuvo [1] Jean Sauvage, profesor de enseñanza secundaria en Berlín (alemán, pese al apellido francés), que describió con sumo esmero hasta el último de los detalles de su viaje a París en un ensayo publicado en el anuario del instituto de enseñanza media (*Realschule*) del distrito séptimo de Berlín. Al llegar a la capital francesa a última hora de la tarde («el billete de ida en segunda clase me costó sesenta y nueve marcos y unos peniques»), el emprendedor Sauvage vivió la experiencia típica del turista, y advirtió a los lectores de las vicisitudes que supone estar de visita en un país extranjero: «El sombrero mejor comprarlo allí [...]. Un sombrero comprado en Alemania significa que a uno lo reconocerán como extranjero aún más rápido [...] y convertirse en el blanco de [2] los asaltos constantes de los guías turísticos.»

Convenientemente disfrazado de francés, Sauvage hizo una larga visita a la ciudad. «Salvaje» de apellido, pero de natural civilizado, estaba decidido a no dejar escapar ni un solo detalle de la vida cotidiana.

La vista de las calles anchas y hermosas con sus altos árboles (plátanos muchos de ellos) y el tráfico animado hacen que uno se sienta eufórico. Un

sinnúmero de tiendas con sus distintos escaparates tiente a los compradores. Para atraer a los clientes, muchos tenderos colocan sus mercancías en medio de la acera, en cajas, cajones y caballetes de madera. Aquí se pueden ver montañas de ropa; allí una jabonería entera, y un poco más allá, comestibles. Un marchante ofrece *objets anciens*. También se ven espárragos verdes frescos, a los parisinos les encantan. Más allá, ostras y caracoles raros (buitres, *escargots*) [...]. La calle está cubierta de incontables trozos de papel con anuncios de restaurantes y grandes almacenes. [3] Decido recoger algunos.

A Sauvage lo asombraron el ritmo y la velocidad de la vida en la metrópolis. ¡Si hasta había carriles para bicicletas!

Se ven muchos automóviles en las calles. En cambio, el número de ciclistas es menor del que se ve en las calles de Berlín; en la avenida de la Grande Armée y en otras partes hay bonitos carriles asfaltados para bicicletas. Observé que la mayoría de los ciclistas eran menos molestos que en Berlín; apenas se oye aquí el sonido constante de los timbres, capaz de ponernos tan nerviosos [...]

También hay muchísimos tranvías y ómnibus. La diferencia entre Berlín y París no es grande: sigue habiendo algunos coches tirados por caballos y pesados vehículos de vapor, pero hay un hermoso tranvía eléctrico que lleva [4] al Bois de Vincennes.

Con todo, aunque el tráfico se parecía al de su país, el profesor encontró otras costumbres muy distintas: «Me llamaron la atención los numerosos *urinoires* que hay por todas partes, colocados con gran falta de recato. También hay montones de *cabinets d'aisance* [lavabos públicos]; cerca

del Palais-Royal hay un edificio atravesado por un largo pasaje con un gran número de ellos, y se usan con asiduidad. Los *urinoires* de los bulevares suelen estar ubicados alrededor de columnas publicitarias, que, entre otras cosas, anuncian: *L'extrait de viande Liebig indispensable dans toute bonne cuisine*; o *Bec Auer*, o [5] *Tendeur pour pantalons*.» Sauvage no pudo más que admitir que esa manera de disponerlos tenía sus ventajas, pero ver una de esas instalaciones al pie de un monumento público fue un ultraje a su sentido de la decencia. Después de todo, debió de pensar, los franceses se parecen muy poco a los alemanes.

Atravesando esa cacofonía de anuncios publicitarios —«vi, al borde de la calzada, un autómatas que llevaba este eslogan: *Electrisez-vous!*»—, y siempre astutamente camuflado con su sombrero francés, el profesor terminó visitando el verdadero objetivo de su viaje, la Exposición Universal, y se quedó atónito. «Me siento incapaz de describir siquiera una pequeña parte de esta obra gigantesca», confesó.

Extendiéndose a lo largo del Sena desde el elegante puente dedicado al zar Alejandro III, recién construido, desde el comienzo de los Campos Elíseos en dirección al Campo de Marte y la zona entre el Trocadero y la Torre Eiffel (única superviviente de la Exposición Universal celebrada en 1889), la enorme exposición estaba pensada para deslumbrar, sobrecoger y abrumar. Francia, proclamaba, sigue siendo la nación más importante del mundo. La parte central estaba formada por un grupo de edificios que parecía un pastel de bodas gigante: todos con torreones glaseados de blanco y colgaduras alegóricas, que albergaban los palacios (cada edificio era un palacio) de la decoración, del mobiliario, del diseño y otras industrias.

A todas las grandes naciones se les había ofrecido un espacio para que levantaran una representación arquitectónica de su cultura. En realidad, no a todas; al principio se excluyó a Estados Unidos de la primera línea junto al río (Monaco, en cambio, sí se había asegurado un lugar), y sólo después de una tormenta diplomática se obligó a los demás a que cedieran parte de su terreno al nuevo pretendiente. Debieron de pensar que era justo, aun cuando considerasen que el desafiante Ferdinand Peck, comisario general de los Estados Unidos, se había pasado de la raya. Peck, además de demostrar una pasmosa falta de tacto al recordar a sus anfitriones que las cifras del comercio norteamericano eran mayores que las de Francia y Alemania juntas, tuvo también la presunción de declarar: «Los Estados Unidos se han desarrollado de una forma tal que los faculta no sólo a tener un lugar destacado entre las naciones de la tierra, sino el más destacado [6] entre toda la civilización avanzada.» *Eh, non!*, pensaron sus homólogos franceses en privado, con suprema seguridad en sí mismos, pero aprobaron casi todo lo que Peck quería.



Trajes de época: pabellones nacionales de la
Exposición Universal de 1900.

Vista de la Exposición Universal desde el puente
Alejandro III, París, 1900 (Roger-Viollet/Getty)

Los pabellones nacionales fueron testimonios elocuentes de cierta imagen de Europa y los Estados Unidos. Con la notable excepción de Finlandia (representada por un etéreo edificio *Art Nouveau*), todos los países habían elegido un pastiche de arquitectura del pasado: gótico para Alemania, la nación que, cómo no, debía tener la aguja más alta de todas; renacimiento para Italia; medieval y morisco para España. Gran Bretaña se decantó por un edificio pseudojacobino obra de Edwin Lutyens e inspirado en el Ayuntamiento de Bradford-upon-Avon. Los Estados Unidos optaron por el clasicismo del Capitolio y fueron a París con un edificio con una cúpula de unos cuarenta y siete metros de altura

coronada por un águila dorada. Tales construcciones sugerían que la identidad nacional, en los viejos países de Europa o en el Nuevo Mundo, estaba hecha de un pasado ya algo remoto.

Sin embargo, si en la orilla derecha del Sena prevalecía el pasado, podría decirse que en la *Rive Gauche* lo invadía todo. Allí se encontraba una de las principales atracciones turísticas de la exposición, el *Vieux París*, una recreación fantástica y fantásticamente kirsch del París medieval imaginado por Victor Hugo, con torreones (¡de uno de ellos colgaba un ahorcado!), casas con armazón de madera, un Quasimodo viviente y decenas de damiselas y caballeros que luchaban con espadas de madera. Vendedores ambulantes con traje de época ofrecían refrescos y Torres Eiffel en miniatura. Por lo visto, el parque temático no es un invento de nuestros días.

Bajo los torreones, los *putti* y los pergaminos rococó de la arquitectura oficial de la exposición, el visitante encontraba un mundo diferente: una modernidad ambiciosa y segura de sí misma. Máquinas relucientes por todas partes y nuevos motores e inventos abarrotaban las salas de exposición. El intrépido profesor Sauvage estaba resuelto a ver todo lo que humanamente le fuera posible. Visitó la gran muestra de frutas en la sala de banquetes con cabida para veinticinco mil personas; probó la pasarela eléctrica con sus tres velocidades; casi se desmayó al ver los espejismos de la Sala de las Ilusiones Ópticas; no se olvidó de entrar en las salas dedicadas a la metalurgia; vio el diamante más grande del mundo; se demoró ante las máquinas de rayos X en acción y admiró los hormigueros de termitas africanas; se quedó

boquiabierto en el Palacio de la Electricidad, iluminado por cinco mil bombillas, donde lo deslumbraron reflectores de una potencia equivalente a treinta mil velas, y lo sobrecogió la inmensa grúa construida por C. Flohr en Berlín («¡otro ámbito en el que [7] la ingeniería alemana ha cantado victoria!»), al tiempo que se sintió empequeñecer ante las susurrantes máquinas que suministraban energía a esas maravillas: *Uno contempla esas máquinas enormes con gran respeto y también con un claro escalofrío en la espina dorsal [...]. Si este poder se libera, desintegrará a un diminuto ser humano [8] en átomos individuales.*

Sauvage no fue el único que se quedó atónito ante esa extraña visión, máquinas que funcionaban casi en silencio y creaban una fuerza invisible capaz de mover montañas. El admirador más ferviente, más lírico y exaltado de esas máquinas fue el historiador y novelista norteamericano Henry Adams (1838-1918), en París en viaje de estudios. En su autobiografía, *La educación de Henry Adams*, contó en tercera persona su encuentro con la máquina como una revelación religiosa:

Para Adams, la máquina se convirtió en símbolo del infinito. A medida que fue acostumbrándose a la gran Galería de las Máquinas, comenzó a sentir las máquinas de doce metros de altura como una fuerza moral, algo muy similar a lo que los primeros cristianos sentían ante la Cruz. El planeta mismo, con su anticuada y lenta rotación, anual o diaria, parecía menos imponente que esa rueda enorme que giraba a una velocidad vertiginosa, al alcance de la mano, emitiendo apenas un susurro... —una advertencia apenas audible para que la gente, por respeto a su energía, se mantuviera a unos pasos de distancia—, si

bien no conseguía despertar a una criatura tumbada junto a la estructura. Antes de que terminara la exposición, uno empezaba a rezarle; un instinto heredado indicaba la expresión natural que el hombre debía adoptar ante esa fuerza silenciosa e infinita. Entre los miles de símbolos de la energía perfecta, la dínamo, pese a ser menos humana, [9] era la más expresiva.

Al otro lado del río, junto al Trocadero, la exposición colonial no se centró únicamente en las colonias francesas (Francia tenía el segundo imperio colonial más grande de la época), pero no cabe duda de que los organizadores se cercioraron de que las posesiones británicas no hicieran sombra a las del país anfitrión. Allí el público pudo ver a habitantes de territorios remotos, que se movían y hacían vida como si no los observaran miles de pares de ojos y miles de corazones franceses no latieran con un poco más de orgullo al pensar que también eran súbditos suyos.

Era un mundo colorido y fascinante, y, sobre todo, inofensivo. El público podía comprar en el zoco de El Cairo; admirar a los artesanos argelinos y comer en restaurantes chinos; visitar la pagoda camboyana y contemplar a nativos felices y satisfechos vestidos con trajes multicolores. En el pabellón del Congo francés, a los nativos se los veía especialmente bien alimentados; ellos también lucían bellos trajes típicos. Mujeres con grandes jarrones en la cabeza pasaban junto a los espectadores curiosos entre la vegetación exuberante de la selva tropical; los hombres parecían orgullosos y alegres a la vez, capaces de ponerse a cantar y bailar en cualquier momento. Así y todo, imposible advertir ni el más remoto indicio de lo que ocurría en tierras congoleas, el genocidio más monstruoso que ha visto el

mundo, perpetrado bajo la supervisión personal de Su Majestad Leopoldo II de Bélgica, uno de los invitados más célebres que pisó la Exposición de 1900.

Una nación que desaparece

La mayor parte de las espléndidas fachadas de esa «esencia de una época», como la llamó la publicación conmemorativa oficial en veintiún volúmenes, se han derribado y apisonado hace ya mucho tiempo; sin embargo, la Exposición de París sigue fascinando por su variedad teñida de chabacanería, por sus innumerables anécdotas y detalles curiosos, por lo que afirmó de manera tan obvia y por lo que se negó a decir. Lejos de los discursos oficiales y las tranquilizadoras reafirmaciones de fraternidad universal y grandeza nacional, el oropel de la exhibición se recibió con los brazos abiertos, y todo el despliegue fue alfombra suntuosa que se empleó para cubrir una pérdida de confianza sin precedentes y las enormes fisuras sociales que desgarraban a Francia.

La Exposición Universal presentó un nuevo mundo tecnológico vestido con los reconfortantes volantes de antaño. En el año del centenario de la Revolución Francesa, la Exposición Universal de 1889, organizada también en París, se había proyectado con audacia hacia el futuro; su emblema había sido la estructura austera de la Torre Eiffel, sin más ornamento que su legendario rayo de luz. En 1900 poco apetecían las declaraciones temerarias. Los franceses querían distracción, entretenimiento, no que los asombraran o impresionaran.

A muchos franceses el nuevo siglo les parecía, además de inseguro, amenazador. En una sola generación el país había

perdido una guerra con Alemania; en 1871 había soportado la humillación de ver cómo hacían preso a su emperador, Napoleón III, quien, forzado a abdicar, no pudo más que ceder a Alemania los disputados territorios de Alsacia-Lorena. Para colmo, los franceses habían sido testigos de la ascensión de un nuevo imperio alemán, y la coronación de Guillermo I había tenido lugar en la Galería de los Espejos de Versalles, el epicentro de la gloria real francesa. Tras la guerra perdida, la Comuna de París se había alzado contra un gobierno débil y reaccionario que se había retirado a las provincias para escapar de los alemanes. Y lo que es peor aún, la rebelión terminó brutalmente aplastada por el ejército francés, que, tras reconquistar la ciudad, se formó en consejo de guerra y ejecutó a veinte mil ciudadanos de París en una sola semana, conocida como *la semaine sanglante*. No mucho antes, concretamente en 1894, había sacudido a Francia el caso Dreyfus, un oficial judío inocente al que se le había tendido una trampa al acusarlo de alta traición y luego condenarlo a cadena perpetua en un juicio a todas luces amañado. El caso había dividido en dos a la nación, y convertido en enemigos acérrimos a amigos de toda la vida e incluso a miembros de una misma familia. La división seguía supurando como una herida abierta, pues los *dreyfusards* presionaban para que se celebrase un nuevo juicio mientras el honrado capitán languidecía en la aislada prisión de la isla del Diablo, frente a la Guayana francesa.

La ruptura entre los enemigos y los defensores de Dreyfus (socialistas o burgueses progresistas en su mayoría) se trasladó a la esfera privada: los pintores impresionistas Degas y Pissarro, antaño buenos amigos, nunca volvieron a hablarse por culpa del caso, y Degas, rabioso adversario de Dreyfus, llegó a despedir a una modelo que simpatizaba con

el capitán judío. El aire mismo de la capital parecía estar dividido. Cuando las emociones llegaron al punto de ebullición, «*J'accuse!*», el artículo de Émile Zola publicado en *L'Aurore*, resumió el alegato de la defensa: «Sólo tengo una pasión, la de la Ilustración en nombre de la humanidad, que ha sufrido tanto y tiene derecho a la felicidad. Mi apasionada protesta no es más que el grito de mi alma. ¡Que se atrevan a juzgarme [por injurias], y que la investigación se lleve a cabo a la luz del día!» No lo juzgaron, pero al cabo de unos días de disturbios callejeros y amenazas, Zola tuvo que buscar refugio en Inglaterra hasta que los ánimos se apaciguaron. Cuatro años después de regresar a Francia, el escritor murió asfixiado en su casa durante la noche por culpa de una chimenea atascada. La muerte se registró como accidente. Unos años más tarde, un techador que había trabajado en la casa de al lado admitió haber tapado con un madero la chimenea de Zola para matar al escritor y vengarse así por su artículo en defensa del capitán judío.

Dreyfus y el fantasma de la decadencia

El capitán Dreyfus se había convertido en un símbolo del malestar de Francia. Sólo una generación antes, el país aún era el centro indiscutido del universo cultural; dictaba, en música y literatura, la moda y el gusto de las personas «civilizadas» de todo el planeta, y en 1870 el historiador francés Joseph de Maistre aún podía escribir, con una confianza a toda prueba y magníficos sobredorados, que los artistas de todo el mundo estaban condenados a una triste fama local hasta que París consentía en hacerlos célebres... «Es posible que, en Europa, nada se entienda correctamente [10] hasta que lo explican los franceses.»

Nada de eso era cierto treinta años después, cuando Londres ya se había convertido en el centro financiero mundial y los científicos e ingenieros alemanes estaban a la cabeza de los avances a nivel mundial. Por su parte, Francia había pasado a ser una nación acosada por el fantasma de la derrota, de la pérdida de territorio y de la decadencia, y se sentía incluso amenazada por la desaparición física. A diferencia de lo ocurrido en otras poblaciones europeas, el censo francés quedó estancado. En 1891 murieron por primera vez más franceses de los que nacieron. Si entre 1850 y 1900 la población del país no había disminuido (antes bien, había aumentado de treinta y seis a treinta y nueve millones de habitantes), fue gracias a la inmigración, en especial la procedente de Bélgica, Italia y Polonia. Durante el mismo periodo, las poblaciones de Alemania y Gran Bretaña crecieron un 20% a pesar de una emigración considerable, mientras los súbditos de los Habsburgo casi se duplicaron y la población de Rusia se triplicaba. Las madres francesas ya no traían al mundo hijos en número suficiente y, lo que era aún más terrible, los hombres de la nación ya no parecían capaces de engendrar como solían hacerlo. Fueron muchos los autores que afirmaron que los franceses se habían vuelto estériles, y que su cultura y modo de vida desaparecerían al cabo de cien años. «Junto a esta cuestión vital, todas las demás se desvanecen», escribió en 1911 el historiador Jacques Bertillon; «... la muerte de Francia será uno de los [11] hechos capitales de los siglos ^{xix} y ^{xx}.» Francia se quedaba atrás, mientras, al este, el «enemigo hereditario», el nuevo Reich, escalaba posiciones, y no sólo en lo que a demografía se refiere, sino también en las ciencias (los investigadores alemanes recibían más Premios Nobel de Física y Química que los de cualquier otro país), en armamento y en

desarrollo industrial. Al parecer, *la France* no sólo estaba derrotada, sino que agonizaba lentamente y desaparecía cual sombra de su antigua grandeza.

Desmoralizados por el miedo y sacudidos por una atmósfera de nervioso pesimismo, los franceses querían una exposición universal alegre y nada amenazadora, pero, por encima de todo, querían que fuese un éxito. No fue una visión audaz del futuro lo que pidieron los organizadores, y al final se impusieron el esplendor retrospectivo y el ambiente de un parque de atracciones. A todos debía impresionar el *statu quo*, y había que disfrutar aun cuando las torrecillas de papel maché del *Vieux Paris* parecieran más una charra parodia de la grandeza nacional que una auténtica prueba de esa grandeza.

No todo el mundo se dejó engañar por tan gloriosa fachada. «Aún queda por ver», escribió el ensayista francés Eugène-Melchior de Vogüé tras el cierre definitivo de las puertas de la exposición, «qué cosas nuevas nos ha dado esta exposición [...]. En 1889, el acero [la Torre Eiffel] se ofreció espléndido ante nuestros ojos, solo y desnudo; nos hizo apreciar sus virtudes como elemento arquitectónico. Desde entonces uno tiene la impresión de haber sentido la vergüenza del hombre tras el pecado original, y la necesidad de cubrirse. [12] Hoy el acero se envuelve en yeso.»

El pecado original era el caso Dreyfus, que seguía dividiendo al país. El oficial judío no era sino el coco ideal para una nación que parecía haber perdido el rumbo. Desde que Édouard Drumont (1844-1917) publicara en 1886 su éxito de ventas *La Francia judía* (que en 1914 ya había llegado a doscientas ediciones), el antisemitismo había sido un lugar común entre la derecha nacionalista, y se convirtió en un llamamiento que unió bajo una sola bandera tanto a

católicos como a republicanos ateos. Dreyfus les venía como anillo al dedo para fábulas sobre conspiraciones y tejemanejes de extranjeros y del capital internacional. En cuanto judío, al acusado se lo identificaba con ese capital y con el final del tradicional estilo de vida rural del país; por si fuera poco, como nativo de Alsacia, territorio objeto de una disputa histórica entre Alemania y Francia, era sospechoso de dobles lealtades, de ser un traidor que vendía su país a los alemanes vencedores y a su larga prole vestida toda con trajecitos de marinero. Como oficial, también representaba las virtudes masculinas, y a un ejército con muchas ganas de quitarse de encima el tufo de la derrota en un momento en que la historia amenazaba con aplastar a los franceses. Si los varones de la nación ya no eran lo bastante hombres para engendrar hijos en número suficiente, entonces tal vez la putrefacción había llegado al corazón mismo de la grandeza histórica de Francia y de la virilidad, es decir, a la clase militar. En *La interpretación de los sueños*, publicada en 1899, Freud, que había hecho estudios de medicina en París, dio por sentado el nexo entre oficiales y exageración de la masculinidad. El capitán Dreyfus tuvo sencillamente la grotesca mala suerte de ser todo lo que su país temía, y todo lo que quería odiar. Un personaje de la novela *La etapa*, del antidreyfusiano Paul Bourget, cuenta: «Para mí, los franceses de hoy —y una crisis reciente lo ha puesto especialmente de manifiesto— pueden vivir lado a lado, hacer los mismos trabajos, compartir las mismas decepciones, los mismos placeres, pero ya no lo hacen con la misma alma.»

El mantra de los nacionalistas franceses era *la terre et les morts*, la tierra y los muertos, el equivalente del alemán *Blut und Boden*, la sangre y la tierra, el suelo, fórmula tan cara al nacionalsocialismo agrario. Lo había formulado Maurice Barrés (1862-1923), un *immortel bona fide* sólo por ser miembro del club de caballeros más antiguo de París, la Académie Française. Barrés había comenzado su carrera de escritor como un hedonista típico del fin de siglo; su novela programática *El culto del yo*, que abogaba por un egoísmo completo y solipsista, le reportó una considerable fama literaria. Más tarde, el egoísta profesional se aburrió de tenerse a sí mismo por única compañía y empezó a participar en los asuntos políticos de la comunidad nacional.

Algunos de los demagogos de derechas más peligrosos de Europa consideraban entonces que su papel político, esencialmente estético, estaba al servicio de una belleza y una pureza de orden superior, y Barres no fue una excepción. Como muchos conversos, lo que más detestaba era su propio pasado, y en particular la decadencia que una vez había predicado. Barres creía que la Francia católica había sido objeto de la corrupción provocada por una conspiración de protestantes, judíos y francmasones, destructores de la «solidaridad orgánica» que debía reinar entre los miembros de una nación unida por «nuestra muerte y el producto de nuestra tierra». «Todo acto que deforme nuestro suelo y nuestra muerte nos hunde más en la mentira que nos esteriliza.» Así volvió a aparecer el fantasma de la infertilidad, esta vez en la forma de un rústico católico castrado por Ahasver, el Judío Errante. «Todo viene del judío, y todo vuelve al judío», escribió Édouard Drumont en [13] *La Francia judía*.

Si bien en el caso Dreyfus el antisemitismo fue una motivación obvia, el debate de la población también desempeñó un papel fundamental. Críticos como el sociólogo René Gonnard no tardaron nada en señalar las supuestas causas del declive nacional: la vida urbana, la falta de fe, el pesimismo general, el exceso de refinamiento decadente en las clases medias y otros rasgos característicos de la vida moderna, especialmente visibles en las grandes ciudades «devoradoras de hombres». Y Francia, la más cultivada de las naciones, era también una de las más afectadas: «Se da el caso de que nuestra civilización francesa, con sus leyes y costumbres, exagera ese efecto, forzándonos a temer una despoblación [14] en el sentido literal de la palabra», advirtió Gonnard. Francia se volvía impotente, perdía virilidad, y se debilitaba a pesar de todas las medidas tomadas para impedirlo, en especial la prohibición del aborto (que llegó a ser delito capital durante el régimen de Vichy) e incluso de la publicidad de anticonceptivos, en una época en que los «artículos de goma» para caballeros aparecían por montones en los periódicos de otros países.

Hasta Zola, el defensor de Dreyfus, se sintió empujado a escribir *Fecundidad* (1899), novela en que comparaba el destino de dos parejas: la formada por dos ricos de la gran urbe que lo invierten todo en su único hijo (que, por supuesto, muere), y el matrimonio heroico que elige una vida sencilla y tener muchos hijos, opción que resulta en amor y realización. Zola, que había cavilado largos años sobre esta novela, en 1896 escribió en *Le Fígaro*: «Mi novela [...] será un inmenso fresco que mostrará la manera en que una ciudad como París mata los gérmenes, devora vidas

humanas y consume abortos para llegar a ser lo que es, el lugar mismo [15] de la vida de mañana.»

La imagen de la ciudad-ogro —ojos con luz eléctrica, un cuerpo de piedra y acero que aniquila parásitos y vida por igual tragando a sus habitantes con hambre insaciable— se remonta directamente al dios Saturno, que se dio un festín con sus hijos: el creador que destruye, la metrópolis como lugar del mal, la que chupa la sangre de los que llegan a ella arrastrándose, el capitalismo vampírico a plena luz del día.

Esa postura política ejerció una fuerte influencia en las artes y su presencia en la Exposición Universal de 1900. El Grand Palais y el Petit Palais, dos salas de exposiciones auténticamente palaciegas (dos vestigios de 1900 que aún pueden verse en París), se construyeron para demostrar *la gloire de la France* y con vistas a acoger muestras de arte. La mayoría de las obras que se exhibieron allí durante la exposición obedecían a la estética oficial del arte francés del cambio de siglo: motivos pesados y académicos, desnudez heroica, grandeza sentimental y belleza moldeada en yeso y mármol, bronce y óleo. Una exposición secundaria presentó una retrospectiva de artistas franceses de épocas anteriores. Sólo una colección destacó como algo diferente, y hasta tal punto, que cuando el presidente Loubert quiso entrar, un crítico de arte conservador le impidió el paso a los gritos: «¡No entre, *monsieur le Président!* ¡Ahí dentro se exhibe la vergüenza de Francia!» Era una muestra de artistas «radicales» comisariada por el coleccionista Roger Marx, y el vergonzoso secreto que escondía eran obras de Gauguin, Seurat, Cézanne, Pissarro, Picasso, Manet y Monet, es decir, arte degenerado *avant la lettre*.

Gran parte del arte francés estaba animado por los recuerdos y la sensación de tener que hacer balance. La más

famosa reconstrucción personal e introspectiva de un mundo pasado la encontramos en *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, un escritor que vivió en el corazón mismo del París elegante. Alejados de la brutalidad de la vida de la clase trabajadora y del egoísmo y la ansiedad de la *petite bourgeoisie*, Proust y su círculo llevaban una vida de lujo y languidez en una sucesión de salones elegantes, bailes y excursiones al cercano Bois de Boulogne, un universo de auténtica sofisticación (en la mente de los parisinos, al menos) que se extendía sólo en un puñado de kilómetros cuadrados entre el bosque, la plaza de la Concorde, la enorme y ostentosa Ópera y el parque Monceau, en la orilla derecha del Sena.

Otro proyecto artístico, sumamente ambicioso, sintonizaba con la atmósfera de la Exposición Universal de 1900 y su gusto por la retrospectiva. Eugène Atget (1857-1927), fotógrafo de mirada paciente y lírica, dedicó toda su vida profesional a la ciudad que amaba y a su magia, un elemento que, estaba convencido, pronto desaparecería sumergido bajo las obras en construcción de un mundo nuevo y ruidoso. Después de dedicar tres décadas a patearse la ciudad con una cámara enorme y un trípode, Atget creó un mundo mágico y silencioso de calles desiertas, edificios mudos e interiores vacíos, un inventario extenso y detallado muy parecido al que podría hacer un funcionario anónimo que confeccionara la lista de todas las sillas y todas las cucharas de plata dejadas por una duquesa moribunda. El París de Atget es infinitamente evocador, pero casi siempre muerto, carente de presencia humana o, mejor dicho, de un presente humano, pues el peso de incontables habitantes del pasado aún puede percibirse en los escalones raídos, en las paredes descoloridas y en el aire mismo de ese paisaje.

Así y todo, no puede hablarse de nostalgia inocente, pues estaba contaminada por la conciencia de que había terminado una época mientras la nueva aún no había enseñado su rostro. El cambio estaba en todas partes, pero la velocidad de la transformación impedía ver los valores y principios inmutables que algunos buscaban. Los novelistas que escribían la crónica de la juventud dorada no pudieron más que observar que habían perdido el vigoroso empuje y los principios de sus padres, y que el periodo de construcción heroica se acercaba a su fin. En la literatura, la idea de declive no se limitaba a París, y tampoco a Francia. Las novelas publicadas en toda Europa entre 1900 y el comienzo de la Primera Guerra Mundial analizaban la desaparición de un mundo desbordante de energía (viril, una vez más) y seguridad en sí mismo. Durante casi dos décadas, las librerías europeas y norteamericanas estuvieron repletas de historias elegíacas o satíricas de familias arruinadas: tanto el juego sutil con la juventud perdida en los libretos de Hugo von Hofmannsthal y el análisis irónico de Robert Musil en *El hombre sin atributos* (publicada más tarde, pero comenzada durante la época que trata) como los pesadillescos *Apuntes de Malte Laurids Brigge* (1910), de Rainer Maria Rilke, y *La turbina* (publicada en 1916), de Karel Matej Capek-Chod, ambientada en la monarquía checa del agonizante imperio habsbúrgico, distinguen la Europa central como la vena más rica en historias de personajes marcados por el fracaso.

En el imperio alemán, las obras *Los Buddenbrook* (1901), novela implacable y distanciada, y *La montaña mágica* (comenzada en 1913 y publicada en 1924), ambas de Thomas Mann, analizaban la ruina de la alta burguesía, mientras, en una lograda inversión de los términos, su hermano Heinrich ofrecía la crónica de la incontenible ascensión de Alemania

en la figura de un repelente pequeñoburgués nacionalista, *El súbdito* (1919). Por su parte, la novela *El linar* (1907), de Stijn Streuvels, escritor belga en lengua flamenca, sitúa el conflicto en un contexto rural en el que un joven ya no desea vivir como sus ancestros. Aunque el joven campesino entra en razón junto al lecho de muerte del padre, queda claro que se trata sólo de un aplazamiento temporal. En una versión existencialista del mismo tema, el exasperado protagonista de *Niebla* (1914), de Miguel de Unamuno, se dirige a su autor para pedirle una respuesta al enigma de la existencia. Cuando descubre que el autor planea matarlo, elige el suicidio como última y fútil afirmación de independencia. En Trieste, todavía parte de Austria-Hungría, pero de lengua italiana, *Senilidad* (1898), de Italo Svevo, presentaba a un joven protagonista afectado de senilidad prematura a la vez que se enamora perdidamente: una imagen escalofriante de la infertilidad y la pérdida de seguridad en sí mismo.

No es difícil ver un paralelismo social en esas historias de familias venidas a menos que avanzan a tropezones hacia la tumba, crónicas de la rancia nobleza corrupta y hombres paralizados por el pensamiento o la enfermedad mientras una nueva generación de repugnantes trepadores sociales ocupa su lugar. Esas imágenes son una constante en la obra de Chéjov. En *Los pequeños burgueses*, de Maksim Gorki (1902), Vasili, un comerciante que envejece, contempla con desdén las simpatías revolucionarias del hijo y mira al futuro con miedo no disimulado: «¿Qué nos espera? Miro alrededor y todo está viniéndose abajo. Todo está hecho pedazos. Qué tiempos estos. ¿Y si de verdad pasara algo? ¿Quién nos cuidaría? Tu madre y yo nos estamos haciendo viejos y parece como si todo pudiera... destruirnos. La gente quiere

destruir a nuestra familia. Cuidado, quieren destruirnos a todos. Siento que [16] ese terrible desastre está muy cerca.» La muerte estaba en el aire. Émile Durkheim, uno de los primeros sociólogos modernos, eligió para uno de sus estudios más importantes (publicado en 1897) un tema que consideraba sintomático de la sociedad: el suicidio.

Era la de entonces una generación nerviosa que había perdido el equilibrio y la tenacidad de los pioneros. El esteticismo decadente de fin de siglo, de autores como Wilde, Huysmans o el joven Barres, se había basado en el aburrimiento de los hijos de la riqueza y la seguridad, que se divertían rebelándose contra el espíritu de la moral puritana y el servicio público. La suya era una elegancia perversa y hastiada. La nueva ola literaria fue diferente. Nacida de la velocidad del cambio y los recelos sobre el progreso y los ideales progresistas, era existencial, y marcada por el miedo y el declive, no por un espíritu decadente. No veía salida ni ofrecía ninguna. Mientras que, hacia 1890, los nervios de los artistas ya eran como las alas vibrantes de una mariposa que quería levantar vuelo sola, el ruido incesante de las fábricas y el traqueteo de los trenes dejaba al descubierto los de sus sucesores. Como veremos más adelante, la neurosis se convirtió en una idea dominante, y no sólo en la ficción («Soy neurasténico. Esa es mi profesión y mi sino», declara un personaje de una novela corta de Heinrich Mann), sino también en la medicina. El joven Sigmund Freud había viajado al París de Jean-Martin Charcot para estudiar ese fenómeno y la nueva y amplia atención científica que se le prestaba, y los sanatorios de toda Europa hicieron su agosto tratando los desórdenes nerviosos y las crisis no sólo de mujeres «histéricas», sino de un número cada vez mayor de hombres que se sentían agobiados y debilitados.

La dínamo y la Virgen

Si el miedo al futuro era especialmente intenso en Francia y se manifestó tanto en la histeria que rodeó al caso Dreyfus como en la concepción estética de la Exposición Universal de 1900, no todo el mundo temía al cambio que se avecinaba. Los bastante curiosos para atreverse a mirar de frente la transformación cultural operada por la técnica, vieron volar la imaginación ante las dínamos enormes expuestas en las salas de máquinas. «La modesta debutante de 1889 se ha hecho grande y fuerte», escribió Melchior de Vogüé acerca de esa extraña máquina.

Tiene su propio palacio, sus muebles. La pequeña dínamo ha aumentado de tamaño y de fuerza. Antes medía un metro de ancho; ahora, diez; producía la potencia de quinientos caballos, ahora, de cinco mil [...]. Si bien ya puede mover nuestro metropolitano, que a veces incluso funciona [un ataque a la primera línea del metro de París, aún con problemas de dentición], todavía no ha tomado posesión de una de las locomotoras de nuestras grandes líneas [17] ni de un transatlántico.

El profesor berlinés Jean Sauvage había sentido un escalofrío en la espina dorsal cuando contempló esas máquinas. Nadie, sin embargo, tuvo la percepción profética del norteamericano Henry Adams, que en su autobiografía las reconoció como la esencia misma del futuro: «[Adams] se encontró tendido en la Galería de las Máquinas en la Gran Exposición de 1900, con su histórico cuello roto por la repentina irrupción de fuerzas completamente nuevas.» Según Adams, hasta entonces Occidente se había inspirado en la fuerza de una creatividad femenina antaño simbolizada

por el poder del sexo y la terrible atracción de Venus, neutralizada luego por el cristianismo en la persona de la Virgen María. El paso de una fuerza sexual pagana a una cristiana y, por último, a la feminidad moderna, escribió el historiador norteamericano, dejaba a la cultura sin vitalidad, sobre todo en su propio país.



La potencia de una nueva época: la sala de las máquinas en la Exposición Universal de 1889.

Sala de las máquinas, Exposición Universal, París, 1889 (Roger-Viollet/Topfoto)

La Mujer fue una vez el poder más alto; en Francia aún parecía potente, no sólo como sentimiento, sino también como fuerza. ¿Por qué se la desconocía en América? Porque, como es obvio, América se

avergonzaba de ella y ella se avergonzaba de sí misma; de lo contrario no la habrían cubierto con tantas hojas de higuera. Cuando era una auténtica fuerza, ella no hacía caso de esas hojas, pero la mujer norteamericana, hecha a base de revistas mensuales, no tenía un rasgo que Adams hubiera reconocido. La característica era evidente, y a menudo graciosa, pero todo el que había crecido entre puritanos sabía que el sexo era pecado. En cualquier época anterior, el sexo era fuerza. No hacían falta ni el arte ni la belleza [...] Adams empezó a reflexionar, a preguntarse si conocía a algún artista norteamericano que alguna vez hubiese insistido en el poder del sexo como habían hecho siempre todos los clásicos [...]. El arte norteamericano, como la lengua y la educación, [18] era lo más asexual posible.

Esta evaluación crítica tiene ecos del debate francés sobre la esterilidad y el declive de la población. Tanto Adams como sus homólogos europeos sentían que se había perdido y trivializado una fuerza cultural y creativa, aunque el norteamericano localizaba el problema no en su propia época, sino en los comienzos mismos de la cristiandad. El mundo de la publicidad y la producción en serie podía haber dado a luz a la mujer hecha a base de revistas mensuales, pero su antecedente era la virginal Madre de Dios, no la fuerza procreadora de Venus. Lo importante, al parecer, es que para muchos escritores europeos el problema no residía en la feminidad, sino en la impotencia. Francia ya no era masculina; era una nación afeminada y disipada.

Para Adams (y, como veremos, para muchos otros), la respuesta a ese agotamiento de la cultura occidental no estaba en la descomunal fuerza bruta de la técnica. «La

propuesta más cercana a la revolución de 1900 fue la de 310, cuando Constantino levantó la cruz», resumió Adams, y lo dijo muy en serio. Otro visitante a la exposición que sintió la misma clase de sobrecogimiento, y cuya reacción se caracteriza por una mezcla semejante de impaciencia ante lo viejo y una visión religiosa de lo nuevo, fue el poeta vanguardista francés Guillaume Apollinaire (1880-1918):

Al final te has cansado de este mundo anticuado

Oh, Torre Eiffel, pastora, el rebaño de puentes muge
esta mañana

Ya bastante has vivido en la antigüedad
grecorromana

Aquí hasta los automóviles parecen anticuados

Sólo la religión sigue siendo flamante la religión
sigue siendo sencilla como los hangares de
Port-Aviation

La única fe posible era una amalgama de lo antiguo y de la vanguardia. El presente era irredimible y vulgar, tanto para Adams y sus mujeres despojadas de sexo por el mundo puritano y envilecidas por las revistas producidas en serie, como para Apollinaire, que veía a la gente enterrándose a sí misma bajo «folletos catálogos afiches cantando al límite de la voz».

Cuando la Exposición Universal se clausuró en noviembre con una cena para veinte mil alcaldes franceses venidos de todo el país, incluso desde pueblos perdidos (durante esa noche de excesos culinarios el servicio estuvo a cargo de

camareros que pasaban zumbando junto a las mesas al volante de un automóvil), se la consideró todo un éxito, una demostración más que suficiente del poder y la importancia de Francia, de la armonía internacional y de la técnica moderna. Y, lo que es más, la feria casi había recuperado las enormes inversiones. Aunque la había visitado un número de personas equivalente a veinte veces la población de París, ningún incidente digno de mención estropeó el acontecimiento.



De repente todo se iluminó: rayos sobre la Torre Eiffel.

La Parisienne, el emblema de la capital francesa, vestida con ropa moderna y entronizada en lo más alto de la puerta monumental de la exposición, había recibido críticas demoledoras de la prensa, y se la veía como una auténtica

vergüenza. En noviembre la bajaron de su pedestal sin mayores ceremonias y la mandaron al desguace, como hicieron con la mayor parte de las complejas estructuras y ornamentos concebidos y creados para la ocasión. A juzgar por las ilustraciones de la época, los méritos artísticos de la escultura no eran más dudosos que los de la mayoría de obras de arte expuestas. Tal vez la verdadera razón del revuelo causado por *La Parisienne* fue, precisamente, el no ser lo bastante alegórica. La preocupación por las tasas de natalidad e infertilidad, las notas de castración y estrangulamiento en los tópicos antisemitas del momento y, más en general, la obsesión por la corrupción moral y el declive, son indicadores de las angustias que provocaba otro cambio, imparable este, que revolucionaría a la sociedad: el nuevo papel de la mujer. Como Dreyfus, la mujer enorme, fuerte y contemporánea que daba la bienvenida a los visitantes encarnaba profundos miedos públicos. Era demasiado real, demasiado poderosa e inquietante. Tenía, y en muy gran medida, la forma de las cosas que se avecinaban.

II. 1901: CAMBIO DE GUARDIA

Yo vivía en un mundo cerrado intentando ignorar los nuevos tiempos y preservar hasta el final los viejos hábitos e ilusiones.

Condesa Jean de Pange, *Comment j'ai vu*
1900

Nuestros antepasados mantuvieron el poder político del Estado en las manos de aquellos que tenían la propiedad [...] pero sus sucesores destruyeron ese sistema y colocaron el poder político en manos de la masa. Ahora debemos aceptar las consecuencias.

Duque de Northumberland, 1908

Cuando llegó el momento, fue el nieto el que insistió en cerrar los ojos de la anciana, y pudo hacerlo gracias a un gesto de respeto y admiración por parte de sus dos tíos, los hijos de la difunta. Y extendió el brazo derecho, el sano, para cumplir con esa última obligación. Al otro lado colgaba, como exangüe, el brazo izquierdo, atrofiado desde la infancia. Era el emperador Guillermo II de Alemania. Su

abuela, fallecida el veintidós de enero de 1901, era la reina Victoria.

Durante muchos años el imperio no se había gobernado desde Londres, sino desde Osborne House, la mansión construida al estilo continental europeo, lejos de todo, en la isla de Wight, un refugio que había permitido a la soberana vivir entre recuerdos, escapar de las demandas incesantes de sus súbditos, que querían verla en actos oficiales, y de los vulgares ojos saltones de su nieto. La reina se había convertido en una presencia lejana, en una invocación («¡Caballeros, la reina!»), una certeza invisible que todos, desde Glasgow a Melbourne, daban por sentada. Su reinado había durado sesenta y cuatro años; era la única soberana de todo el globo que habían conocido cientos de millones de personas.

En nuestros días, cuando todos los valores son contestables y contestados, es difícil comprender la confianza inquebrantable que los Victorianos tenían en sí mismos, su sentido de determinación, de misión, de derecho concedido por Dios. No los sumisos, sino los británicos, habían heredado la tierra. Gran Bretaña era la nación más rica y poderosa; en 1850 producía la mitad de los bienes industriales del mundo; los británicos habían llevado el Evangelio y las reglas del críquet a los nativos de las selvas y los desiertos más remotos, y se las habían ingeniado para concentrar su inmenso poder en los salones de un puñado de clubs de caballeros con sede social en el Pall Mall londinense, el discreto epicentro de la capital más grande del mundo. Mientras que los gobernantes de otras grandes potencias europeas aparecían regularmente luciendo magníficos uniformes recargados de alamares, Gran Bretaña era en esencia una cultura civil, y si en otras partes la sede

del gobierno era un complicado palacio neo-algo, el primer ministro de Su Majestad residía, en tranquila confianza, en una casa adosada de ladrillo y de fachada sencilla en Downing Street.

Naturalmente, las convenciones sociales de la época encasillaban a la gente «bien» en uniformes civiles y jerarquías estrictas como las de cualquier regimiento, y no hacían falta sables ni cascos para señalar su propósito. Hasta el vulgar príncipe de Gales, luego Eduardo VII, demostró ser inflexible en ese aspecto: «Creía que todo el mundo sabía que una chaqueta corta se lleva siempre con sombrero de seda y por la mañana, para una visita privada», se quejó cuando Frederick Ponsonby, su secretario particular, se presentó despreocupadamente en una exposición de la Royal Academy con el atuendo que no correspondía. La preocupación por el decoro llegaba a los lugares más lejanos del imperio y a las ocasiones más peregrinas. Los estuches de supervivencia de la década de 1860, embalados en toneles de madera y depositados en islas tropicales para que los usaran los náufragos con rumbo a Nueva Zelanda, contenían, además de los predecibles y útiles cuchillos, cerillas, cuerdas y anzuelos, un terno de *tweed*, y todo ello posiblemente para permitir que cualquier Robinson Crusoe de esos días diera la bienvenida a sus salvadores con el debido decoro.

«Creo que la raza británica es la más grande de las razas gobernantes que el mundo ha visto jamás», señaló Joseph Chamberlain, secretario del imperio para las colonias. «No basta con ocupar grandes espacios de la superficie del planeta si no se les saca el máximo provecho. El deber de un hacendado es hacer crecer su propiedad.» Y vaya si lo hicieron: por medio del comercio y la guerra, entrenando

ejércitos y misioneros, construyendo ferrocarriles y capillas prefabricadas de hierro ondulado para enviar a las colonias más remotas.

Fue aquella una época de proezas continuas a la escala más colosal, y hasta los fracasos parecían heroicos a los habitantes del país. En 1854, durante la guerra de Crimea, seiscientos setenta y tres hombres de la caballería británica lanzaron, armados sólo con sables, un ataque sorpresa y, como es sabido, inútil, contra las trincheras de la artillería rusa. Murieron ciento dieciocho, y ciento veintisiete cayeron heridos; el ataque, la proverbial «carga de la Brigada Ligera», versificada por el poeta laureado Lord Alfred Tennyson, se convirtió en un mito del valor y la abnegación: «Lo suyo no es replicar, / ni preguntarse por qué, / sino cumplir y morir: / hacia el Valle de la Muerte / cabalgaron los Seiscientos.» Cuando, en 1885, los titubeos políticos de Londres dejaron sin refuerzos al general Charles George Gordon en Jartum (Sudán), con las tropas aplastadas por los derviches, el general, muy tranquilo, se puso su mejor uniforme blanco e hizo frente él solo a las tropas enemigas, que le abrieron el cuerpo a lanzazos. Gordon fue, a partir de entonces, un mártir del imperio, y el obispo de Thetford lo ensalzó con un lenguaje claramente religioso: «Oh, hermanos, hemos conocido a otros como él, con esa hermosa combinación de coraje y ternura, reflejo de Él, que fue y es el León de la tribu de Judá y el Cordero de Dios[1].»

El británico era un imperio construido para la eternidad, para los ojos de Dios. Hasta las cloacas de Londres tenían el alto techo abovedado de las catedrales, y ninguna nación podía competir con las posesiones británicas, la armada, la gloria del imperio, celebrada siempre a escala apropiadamente grande, y más que nunca en 1897, durante

el jubileo de la reina. Fue una demostración gigantesca del esplendor imperial. Sesenta y cuatro mil soldados desfilaron por la capital, incluidos, en la enumeración casi poética que hizo Barbara Tuchman:

... los fusileros montados del Cabo, los húsares de Canadá, los lanceros de Nueva Gales del Sur, la caballería ligera de Trinidad, los lanceros de Japurtala, con sus magníficos turbantes y barbas, los badnagar y otros Estados indios, los zápticos de Chipre montados en *ponys* engalanados y de negras crines. Regimientos de infantería formados por hombres de piel oscura, «terribles y hermosos a la vista», en palabras de una prensa rapsódica, llenaron las calles con una fantasía de uniformes multicolores: la policía dyak de Borneo, la artillería de Jamaica, la policía real de Nigeria, los altísimos sijs de la India, los houssas de la Costa de Oro, chinos de Hong Kong, malayos de Singapur, negros de las Antillas, de la Guayana británica y de Sierra Leona... Compañía tras compañía desfilaron ante un pueblo deslumbrado, atemorizado ante el testimonio de su propio poder[2].

La anciana reina quedó encantada. Un reportero gráfico consiguió captar una rara imagen de Victoria cuando la soberana dirigía una amplia sonrisa a la multitud, y todo el país vivió un momento de esplendor imperial como la superpotencia indiscutida, el pueblo elegido de Dios. Pero, en realidad, las celebraciones del jubileo fueron casi una despedida, pues no faltaba mucho para el funeral de la reina. No muchos pudieron preverlo cuatro años antes. Tuchman cita uno de los homenajes más admirados, pero también uno de los más extraños que se rindieron a Victoria con ocasión del jubileo, el poema «Recessional», de Rudyard Kipling,

obra de gran dignidad y fuerza cuyo título alude al himno que se entona cuando el sacerdote se retira después del servicio. Si Kipling era el bardo del imperio, para la celebración compuso una advertencia, un obituario incluso: «Se hundén nuestros buques en mares lejanos; / se apaga el fuego en bahías y dunas: / ¡mirad, toda nuestra pompa de ayer / una es hoy con Nínive y Tiro!»

Escasas y muy distantes entre sí habían sido, durante el reinado de Victoria, voces como la de Kipling, aunque la extraordinaria reacción pública al poema, que se publicó en *The Times*, demuestra que la sensibilidad artística del bardo había sabido plasmar un aspecto del estado de ánimo de la nación. El «mar de fe» que treinta años antes Matthew Arnold ya había visto retirarse con «un rugido melancólico y largo que se aleja», ahora se alejaba en silencio, pero de un modo inexorable, «hacia el soplo / del viento de la noche... / y las desnudas playas de guijarros».

Cuando la vida de la anciana reina se apagó finalmente en 1901, el imperio se dispuso a despedir no a una persona, sino a toda una época; el funeral fue una celebración suntuosa de afligida gloria. Las ceremonias fueron tan complicadas, y tan larga la lista de invitados reales, que pasaron casi dos semanas entre la muerte de Victoria de Inglaterra y el funeral.

El cuerpo de la reina, fallecida en la isla de Wight, había llegado a Portsmouth a bordo del *Alberta*, el yate real. Buques de guerra y cruceros de la marina real, y naves enviadas desde Alemania, Francia, Portugal e, incluso, Japón, fueron su última escolta. Los españoles, sin embargo, no pudieron cumplir con ese decoroso deber; su barco no llegó a tiempo, y una nave más pequeña, propiedad del príncipe de Monaco, tuvo que sustituirlo. El viaje del féretro entre el

puerto de Portsmouth y Londres fue en sí testimonio de los cambios de la época; los restos reales viajaron en tren, con decenas de miles de británicos desconsolados a lo largo de las vías durante todo el recorrido.

El cortejo fúnebre llegó a la capital el 2 de febrero; el cuerpo de Su Majestad (por deseo expreso de la propia difunta) desfiló por Londres en un armón. Como un salón victoriano, el ataúd estaba atestado de recuerdos personales y fotografías (incluidos, por supuesto, un retrato de Alberto y otro de John Brown, el criado escocés de Victoria, apoyado en la muñeca de la reina como ella misma había ordenado). Veinte mil soldados la acompañaron en su último viaje, mientras otros treinta mil formaban una guardia de honor a lo largo de las calles. Siguiendo el ataúd iban el emperador alemán —Guillermo, el que le había cerrado los ojos a su abuela—, los reyes de Portugal y Grecia, cinco príncipes herederos, catorce príncipes, dos grandes duques, un archiduque, cinco duques y muchos otros dignatarios menores. En una carta escrita en su club londinense para enviar a los Estados Unidos, el novelista norteamericano Henry James expresó así sus sentimientos: «Lloro la muerte de la prudente reina de la clase media, la madraza que mantuvo arropada a la nación bajo los pliegues de su chal escocés, grande y feo, y cuya larga vida ha sido tan conveniente y beneficiosa. Temo esta muerte mucho más de lo que habría esperado; [la reina Victoria] era un símbolo que daba fuerzas a este país, ahora nos cubrirán las aguas sin cauce[3].»

El «mar de fe» de Arnold y las «aguas sin cauce» de Henry James sólo fueron dos de las metáforas marinas usadas para describir un poder ciego, oscuro e imparable, que, al parecer, arrastraba al mundo hacia un final incierto o

rompía encima de él como las olas del Mar Rojo cuando volvieron a unirse para sepultar a los egipcios. La desaparición del símbolo máximo del mejor siglo de Gran Bretaña dejó tambaleantes a todos los que observaban, y la tierra pareció moverse bajo sus pies. «Pues han perdido el ritmo, / el pulso del mar / en su sangre salada», escribió el poeta Jon Stallworthy refiriéndose a los inciertos sucesores de Victoria.

Con una precipitación impropia de un soberano, Eduardo VII, el nuevo rey, Bertie para sus amigos, no tardó nada en distanciarse de la mohosa herencia de su madre. En el castillo de Windsor, «Bertie» procedió a un auténtico saqueo, destrozando a su paso todo lo que pudo. Los bustos de yeso y las estatuas de John Brown, el criado y confidente escocés de Victoria, terminaron hechos pedazos; se quemaron documentos; se empaquetaron y guardaron en depósito recuerdos del difunto príncipe Alberto y se destruyeron cientos de «fotografías viejas y ridículas». Fumando sus cigarros en lugares donde fumar siempre había estado prohibido, y resollando alegremente al contemplar esa matanza simbólica, Eduardo creyó librarse de una carga enorme y pesada. Con una última pasada de la nueva escoba, convirtió Osborne House, el preciado retiro de su madre, y lugar de su muerte, en una escuela de cadetes de la marina británica y en un hogar para oficiales retirados.

Si la reina Victoria había sido contenida y discreta, Eduardo era grosero y efusivo, y si la madre había visto que la esencia de la vida de un monarca era la estabilidad sin sobresaltos, el hijo sólo creía en la diversión. Hasta ese momento la carrera de Eduardo había sido una ronda interminable de fiestas caseras y cacerías de fin de semana, aventuras con actrices guapas y mujeres casadas, días

enteros en el hipódromo y vacaciones continentales. Quitando a sus dos criados-consejeros, el escocés señor Brown y el indio Munshi, la reina sólo se había codeado con miembros de la alta aristocracia, gente de orden, seria y responsable, como Su Majestad, célebre por su seriedad. No así Eduardo, que prefería la compañía de nuevos ricos, mucho más vitales, mucho más sofisticados y divertidos, y mucho más ricos también, o, como mínimo, mucho más dispuestos a soltar dinero para entretener al rey, que vivía «rodeado de una pandilla de judíos y un círculo de gente muy juerguista», apuntó con desdén *Lady Paget* antes de añadir que Eduardo tenía «el mismo gusto lujoso de los semitas, y la misma pasión por el placer y el confort»[4]. La vieja aristocracia y sus costumbres comenzaron a verse privadas de la compañía del rey.

Para todos, salvo para sus anfitriones más fabulosamente ricos, el nuevo monarca era más un problema que otra cosa. A fin de no disgustarlo, los propietarios de las grandes fincas rurales tenían que tener siempre una buena reserva de pan de jengibre, pasteles franceses, sales de baño y berenjenas exóticas por si el rey decidía invadir su propiedad, en cuyo caso el gasto era enorme. El séquito personal del monarca lo formaban más de doce personas, incluido un muchachito árabe que le preparaba el café. La cena para Su Majestad consistía por lo general en no menos de doce platos, incluidos entrantes ligeros como las *côtelettes de bécassines à la Souvaroff* (agachadiza rellena de *foie gras* y servida con salsa de Madeira). El fornido rey sólo medía un metro sesenta y ocho y pesaba más de cien kilos.



Un monarca jovial: Eduardo VII

Si las cenas eran succulentas —y ruinosas—, las partidas de caza eran aún más caras. No se trataba ni mucho menos de dejar que los cazadores salieran a buscar sus presas y adiós, muy buenas. Estamos hablando de la Inglaterra eduardiana, y las presas había que dárselas, y en grandes cantidades. En 1821, en una finca de Norfolk se mataban sólo treinta y nueve pájaros, pero en tiempos de Eduardo el número aumentó a cinco mil trescientos sesenta y tres. Pájaros que había que criar y soltar en cada ocasión. Lord de Grey, cazador famoso por su rapidez —se dice que una vez mató a siete pájaros de un tiro— se jactaba de haber matado él personalmente, en sus cincuenta y seis años de carrera, cincuenta mil faisanes, ciento cincuenta mil urogallos y cien mil perdices, es decir, una media de más de veinticinco aves por día. También se criaban animales para la cacería, y los mataban por centenares, si no por miles, en un solo fin de semana, y todo para divertir a pandillas de aristócratas

armados y a los ricos de clase media que los imitaban. Naturalmente, no eran muchos los anfitriones que podían permitirse tanto derroche durante mucho tiempo, ni siquiera para halagar al rey.

Turbinas de vapor y derrota de la nobleza

Si Eduardo de Inglaterra fue un mujeriego famoso, un eterno y voraz invitado a casas particulares cuyos propietarios no pudieron más que terminar alarmados por su presencia, su vulgaridad también era síntoma de un largo declive que ya había empezado durante el reinado de su madre, el declive de la aristocracia europea, en apariencia aún espléndida en cuanto columna vertebral jerárquica y social de todas las monarquías de la Europa continental. Pese a la conducta del rey inglés, nada de eso tenía que ver con costumbres principescas o mala gestión de las clases gobernantes; antes bien, era un reflejo de las circunstancias económicas subyacentes de la época. Desde tiempos inmemoriales, el poder de las aristocracias europeas se había basado en la tierra, que les permitía reclutar ejércitos y levantar grandes palacios, o simplemente costearse una vida de ocio en el campo o en la corte. La riqueza de la tierra, y la idea de una estructura social ordenada por Dios, eran las dos grandes piedras angulares del dominio aristocrático, fatalmente minadas en las tres décadas anteriores a la muerte de Victoria.

Hasta la década de 1870, los nobles habían conseguido preservar el poder real en todos los países de Europa, con excepción de Francia (donde la revolución ya había acabado con ellos) y pequeñas naciones como la Suiza republicana y los Países Bajos, que, aunque nominalmente eran un reino,

nunca habían tenido una aristocracia poderosa, en parte al menos porque no eran lo bastante extensos para mantener a una clase terrateniente de peso. Junto con la alta aristocracia de Austria-Hungría y de la Rusia zarista, fueron los nobles británicos los que conservaron la mayor riqueza basada en la tierra, si bien a diferencia de las austrohúngaras y las rusas, las grandes familias de Gran Bretaña habían logrado que el poder se mantuviera concentrado en pocas manos, gracias básicamente al derecho de primogenitura, que permitía que todos los títulos y posesiones pasaran al hijo varón mayor de la familia; las hijas y los menores recibían sólo títulos de cortesía no hereditarios, y, lo que es más importante quizá, no heredaban tierras. En Austria-Hungría y Alemania, por ejemplo, todos los hijos de un duque eran futuros duques y duquesas, y las tierras de la familia solían dividirse entre todos; después se volvían a reunir concertando matrimonios estratégicos en un mosaico de propiedades siempre cambiante; en Gran Bretaña, en cambio, la nobleza siguió siendo un grupo reducido y acaudalado. En 1880, *Burkes Peerage*, la guía definitiva de familias reales, aristocráticas e históricas del Reino Unido, Irlanda y los Estados Unidos, incluía a unos quinientos ochenta pares británicos, y las tres cuartas partes de ellos eran propietarios de mil o más hectáreas. En marcado contraste, en 1800 Prusia sólo tenía unas veinte mil familias con título de nobleza, y en 1914 Rusia podía alardear de más de doscientas cincuenta mil. En Hungría y Polonia, entre el 10 y el 15% de la población pertenecía a la nobleza.

Los aristócratas de Gran Bretaña habían defendido su preeminencia durante siglos. El final de ese régimen, rápido en apariencia, y el de muchos de los patricios hereditarios de Europa, no fue una bala de cañón disparada durante la Gran

Guerra; había llegado antes, y de un modo absolutamente pacífico, desde el otro lado del océano. Es posible que los que supieran escuchar la campana que tañía a la distancia reconocieran el zumbido de las nuevas turbinas que permitían cruzar el Atlántico y, de hecho, surcar todos los mares del mundo, a mayor velocidad y menos precio. Tal vez oyeron los sonidos del avance constante de la tecnología agrícola del Medio Oeste norteamericano, o los gruñidos de los estibadores que cargaban los cereales norteamericanos o rusos en buques nuevos y veloces.

Con la invención de los buques refrigerados (el primero, el vapor *Elderslie*, se construyó en 1884), la carne y los productos lácteos de Nueva Zelanda, Australia y Argentina abrieron el mercado británico a la competencia internacional. Con menos de una tercera parte de la mano de obra en el sector agrícola, Gran Bretaña fue el único país europeo que eligió no proteger a sus campesinos y hacendados por medio de aranceles a la importación; en consecuencia, las nuevas mercancías baratas afectaron brutalmente a la economía rural del país. En 1905 Gran Bretaña importaba el 60 % de los alimentos básicos y el 80 % de los cereales que consumía. El mercado mundial se había convertido en una realidad, y no sólo por sus beneficios, que los británicos habían visto con claridad mucho tiempo antes y que los principales productores y viajeros del mundo llevaban viendo un siglo o más, sino también por sus desventajas. Un mercado nacional seguro durante tanto tiempo, protegido por barreras geográficas y sin competencia extranjera, desapareció en poco menos de diez años, y con él se esfumaron también las ganancias. La tierra ya no era la zona de influencia de la aristocracia. En 1900 se hipotecaron unas catorce mil fincas, y sólo dos mil

ochocientos de sus dueños conseguían pagar las cuotas. Sólo entre 1903 y 1909, los aristócratas británicos vendieron tres millones y medio de hectáreas.

Naturalmente, también hubo quienes tenían recursos suficientes para sobrevivir. Esos aristócratas vendieron la mitad de sus propiedades, redujeron la deuda e invirtieron en acciones, abasteciendo así de gasolina el motor de su caída. Una considerable proporción de inversiones británicas fue a parar a nuevas y lucrativas empresas extranjeras, especialmente en los Estados Unidos, Sudamérica y Rusia, contribuyendo, sin saberlo, a que la competencia desarrollara una base agrícola e industrial eficiente y moderna mientras en Gran Bretaña las fábricas seguían funcionando con maquinaria de mediados de la época victoriana, la misma que había hecho grande al país, pero ahora obsoleta e incapaz de mantener el ritmo cada vez más rápido del desarrollo de la técnica en el mercado internacional.

Si, para las familias terratenientes, la vida después de la caída en picado de los ingresos procedentes de la tierra podía ser peligrosa, la muerte a menudo significaba la ruina. Los derechos sucesorios, introducidos en 1894 por el gobierno liberal, se calculaban inicialmente en el 8 % de los bienes heredados, pero en 1909 ya habían ascendido al 15 % (en 1919 subieron al 40 %). Para una familia ya endeudada, dependiente de unos ingresos precarios y en disminución, una muerte podía ser la gota que colmaba el vaso: «Entre los impuestos que había que pagar en vida y los que se pagaban después de la muerte, la tierra ha dejado de ser una fuente de ganancias o un placer. Da posición, e impide mantenerla»[5], resumió *Lady Bracknell* con aplomo inimitable en *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde (1895).

Si bien la venta de activos permitió la supervivencia económica de algunos, también fue un golpe para la identidad y la seguridad en sí misma de la aristocracia. «A un hombre no le gusta pasar a la posteridad como el que enajenó las viejas propiedades de la familia», señaló arrepentido Lord Aylesbury en 1911. Los lores que no estaban dispuestos a seguir ese camino dijeron adiós a los problemas uniendo sus rancios apellidos a la nueva riqueza, a menudo norteamericana. El hombre que luego llegaría a primer ministro británico pasó llamarse Hannah de Rothschild; el duque de Marlborough se casó con Consuelo Vanderbilt; fue célebre el casamiento de Lord Randolph Churchill con Jenny Jerome, hija de un financiero neoyorquino, que escandalizó a Londres no sólo por su osada independencia, sino también por lucir en la muñeca un elegante tatuaje de una serpiente. El atractivo de la riqueza dejó su huella también en la Europa continental. En 1895, el refinado conde francés Boni de Castellane se casó con la norteamericana Anna Gould, que aportó no sólo su belleza, sino también una muy útil dote de tres millones de libras que el conde destinó a costearse un estilo de vida tan espléndido —incluida la construcción de un palacio de mármol rosa en pleno centro de París—, que apenas tres años después de la boda su esposa comprendió que debía divorciarse si quería salvar lo que quedaba de su fortuna. (Finalmente el conde murió en la miseria, dejando al marcharse una despedida literaria, su libro *L'Art d'être pauvre*.) Una de las hijas de los Vanderbilt aceptó en matrimonio al conde húngaro Széchenyi.

Los novelistas no tardaron mucho en ver el potencial dramático y cómico de esas uniones. *Alteza Real* (1909), de Thomas Mann, se burla de la unión de un príncipe alemán

con una heredera norteamericana; es un retrato afectuoso, aunque impertinente, de su propio matrimonio con una judía adinerada, y colocó al escritor en el sitio de príncipe de la literatura. Israel Zangwill, novelista judío británico, utilizó el mismo tema en su novela corta *Sólo Mary-Ana* (1893).

Grados de disolución

En la Europa continental, las clases aristocráticas de varios países se desintegraron a velocidades distintas. Nobles franceses como el conde de Castellane, o un grupo de duques y princesas muy conocidos en la sociedad parisina, no habían vuelto a ser una fuerza política desde 1789, y la resistencia a los valores republicanos y seculares y a la sociedad capitalista procedía principalmente de la Iglesia. Mientras que los franceses de mentalidad progresista y laica habían apoyado a Dreyfus, casi todas las facciones católicas (curas, partidos políticos, la prensa) lo condenaron en una prolongada y desagradable campaña marcada por sentimientos nacionalistas, antisemitas y antirrepublicanos contra la República «judeomasónica».

En 1901, el presidente radical Émile Combes sacó la artillería pesada. Echando mano de una oscura ley contra las reuniones de cariz ideológico, decretó la disolución de diez mil colegios católicos (reabiertos todos poco después con profesores republicanos) y de muchos monasterios y conventos, el más famoso de los cuales fue la Gran Cartuja, fundada en 1084 cerca de Grenoble: los campesinos reaccionaron a la orden de desalojo de 1902 con hogueras y barricadas en las carreteras. El ejército tuvo que derribar las puertas a hachazos, y los monjes se marcharon cantando y

flanqueados por un cortejo de feligreses bañados en lágrimas.

El caso Dreyfus había sido el catalizador de una batalla de siglos entre la Iglesia y la República, y la llevó a un rápido final con la aprobación, en diciembre de 1905, de una ley sobre la separación de Iglesia y Estado. A partir de entonces, los centros eclesiásticos no sólo se vieron privados de sus fondos; también tuvieron que alquilar sus propiedades al Estado. Ni los disturbios espontáneos ni una encíclica papal de 1906 pudieron hacer nada para atrasar el reloj: el poder de la Iglesia en Francia quedó roto, sus profesores fueron expulsados de las escuelas de la República, se cerraron los monasterios y las organizaciones eclesiásticas terminaron en bancarrota. La burguesía radical, republicana, había vencido a su viejo enemigo, y el trece de julio de 1906 (la víspera del aniversario de la Revolución) coronó la victoria con una exoneración completa y la reincorporación del ahora demacrado, pero aún digno, capitán Dreyfus.

Pese a los sueños de los socialistas, de los anarquistas y muchos miembros de la burguesía, en Rusia la posibilidad de escapar de la nobleza y la Iglesia era casi nula. El zar Nicolás II estaba convencido de que su poder descansaba únicamente en esos dos pilares, y se desvivía por sofocar las tendencias democráticas. La visión medieval y mística de la sociedad era lo bastante deslumbrante para impedirle ver los problemas del país, aunque en realidad gran parte de la aristocracia rusa estaba en quiebra. La emancipación de los siervos en 1861 había dejado sin saber qué hacer a muchos terratenientes incapaces, o sin ganas de poner en práctica una administración mejor, y por esa razón se vieron obligados a venderse al nuevo dinero. «Con la abolición de la servidumbre pronto caímos en la categoría de

terratenientes sin los recursos necesarios para vivir como su círculo estaba acostumbrado a hacerlo»[6], escribió el príncipe G.Y. Lvov (1861-1925), primer ministro ruso desde 1917 (el primero elegido democráticamente).

En *El jardín de los cerezos* (1903), de Chéjov, obra en que la mansión y las tierras de los venidos a menos se venden a un vulgar hombre de negocios, el sonido de la tala, a hachazos, de los árboles de una familia de terratenientes es el compás de ese capítulo de la historia rusa. Los pocos aristócratas lo bastante felices para probar nuevos métodos de cultivo y nuevas máquinas y cosechas, casi siempre fallaban por la ignorancia supina y la tozudez de sus antiguos siervos, que preferían sabotear los nuevos métodos y destruir las máquinas a aceptar el menor cambio, como descubre a su costa Levin, un entusiasta de lo moderno, en *Anna Karénina* (1877), de Tolstói.

El príncipe Lvov fue una extraña excepción entre sus pares. Tras heredar una deuda de ciento cincuenta mil rublos, él y su familia decidieron trabajar ellos mismos unas plantaciones de trébol, un cultivo que, si bien no era tradicional, sí muy apropiado para el suelo del lugar. Los Lvov leyeron obras de la época sobre agricultura y aplicaron las recomendaciones que esos libros contenían, y durante un tiempo vivieron incluso como campesinos, a base de pan de centeno y sopa de col. Al principio los campesinos sintieron pena por ellos, y los creyeron locos de remate, pero la familia se las ingenió para que la finca volviese a ser la que era; al cabo de veinticinco años de duro trabajo, pagaron todas las deudas y la granja empezó a producir modestos beneficios. Como si quisiera refutar el desalentador mensaje de *El jardín de los cerezos*, Lvov llegó incluso a plantar un huerto y producir puré de manzanas para el mercado

moscovita. No obstante, la mayoría de los nobles no podían imaginar siquiera que serían capaces de seguir permitiéndose sus lujos tradicionales, no más, en todo caso, que imaginarse tomando sopa de col. Cuando ya no pudieron disponer del trabajo no remunerado de los siervos, el destino de los terratenientes rusos, como clase, estuvo sellado.

Los nobles de Rusia y Gran Bretaña tenían motivos para envidiar a las grandes familias del imperio habsbúrgico, como las dinastías Windischgrätz, Waldstein, Harrach, Lobkowitz, Liechtenstein, Esterhazy y Palffy, algunas de cuyas propiedades eran extensas como condados ingleses. El imperio de los Habsburgo era, en gran parte, rural y autosuficiente, por lo cual no se vio tan afectado por las fluctuaciones del mercado. Hungría incluso exportaba cereales, y, en el mundo globalizado de 1900, era también el mayor proveedor de grano de Argentina, que exportaba carne vacuna. Las inmensas llanuras de Hungría, y sus estructuras sociales, rurales y conservadoras, seguían permitiendo producir alimentos baratos, un raro contraejemplo de la mayoría de los países europeos, que a esas alturas ya estaban inundados de importaciones alimentarias del Nuevo Mundo. Con todo, los terratenientes más modestos, es decir, los más afectados por la caída general de los ingresos del campo, tuvieron una compensación, a saber, la ingeniosa e incomparable solución de su emperador Francisco José, que, por así decirlo, los puso a todos en nómina, no sólo en el ejército, sino también en el gobierno y, en particular, en el servicio diplomático. Una aristocracia subvencionada por el Estado puede parecer una insensatez ruinosa, pero, en realidad, dadas las

circunstancias dictadas por el momento y el lugar, permitió que el emperador la mantuviera como fuerza social.

Con un imperio que amenazaba con desintegrarse en una serie de Estados nacionalistas escindidos, y con un sinnúmero de movimientos de independencia en busca de liderazgo, Francisco José había logrado unir la nobleza a la corona, no sólo comprando su aquiescencia, sino haciéndola participar activamente en su política. Los suyos no eran puestos decorativos; eran ministros, jefes de departamento, generales y almirantes en servicio activo; el laberinto de la administración imperial y la vida militar garantizaban que no estarían cruzados de brazos. Sólo el Ministerio de la Guerra, que absorbió a un alto porcentaje de burócratas de la aristocracia, supervisaba tres ejércitos separados: el austríaco, el húngaro y las fuerzas mixtas austro-húngaras. Y como si ese no fuera esfuerzo administrativo suficiente, cada uno de ellos era una Babel de idiomas; se animaba a los oficiales a que las aprendieran todas, y todas se hablaban en los ministerios. Los hombres de una unidad del ejército podían recibir órdenes en una lengua (*Kommandosprache*; a fin de cuentas, desde el punto de vista lingüístico las órdenes no son muy complejas), pero podían tener otra lengua de servicio (*Dienstsprache*) para los términos técnicos, y una tercera para usar con otros soldados, la *Regimentssprache*. Algunos regimientos tenían reclutas que hablaban tres lenguas nativas. Uno de ellos, formado por húngaros, alemanes y eslovacos de una región con alto número de emigrantes a Norteamérica, llegó a adoptar el inglés como *Kommandosprache*. Los oficiales lo habían aprendido en la escuela, y todos los grados habían adquirido un vocabulario de trabajo adecuado gracias a amigos y familiares que sólo pensaban en emigrar a los Estados Unidos.

Hacia finales del siglo ^{xix} y comienzos del ^{xx}, ese sistema imposible funcionaba muy bien. Dentro de las fronteras del imperio casi todos reconocían que lo mejor era mantener el *statu quo* (algo de por sí ya bastante complicado), aunque eso significara no poder tomar parte en el juego de expansión imperial al que jugaban otras grandes potencias a escala mundial. La consigna era moderación en todo. Allí, escribió un Robert Musil mordaz y profético en *El hombre sin atributos*, estaba «el centro de Europa», en la intersección «de los antiguos ejes del continente»:

El lujo crecía, pero muy por debajo del refinamiento francés. Se cultivaba el deporte, pero no tan apasionadamente como en Inglaterra. Se concedían sumas enormes al ejército, pero sólo cuanto necesitaba para figurar como la segunda más débil de las grandes potencias. También la capital era un poco más pequeña que todas las otras metrópolis del mundo, pero algo más grande de lo que suele constituir una gran ciudad. El país estaba administrado por un sistema de circunspección, discreción y habilidad reconocido como uno de los mejores sistemas burocráticos de Europa, al que sólo se podía reprochar un defecto: para él, genio y espíritu de iniciativa en personas privadas, sin privilegio de noble ascendencia o de cargo oficial, era incompetencia y presunción [7] [*].

En el imperio habsbúrgico la situación se mantuvo a raya gracias al noble arte de la inercia controlada y la improvisación ocasional y espasmódica, y sólo un puñado de mentes visionarias vio en ello el comienzo del final inevitable.

Inglaterra había tenido su Carta Magna, las guerras de las rosas y la ejecución de Carlos I; los nobles rusos habían sufrido bajo Iván el Terrible, y en 1825 se habían alzado contra Alejandro I; los grandes señores del imperio habsbúrgico siempre habían mantenido una relación beligerante con el régimen, aunque Hungría en particular siguió comiendo de la mano imperial; los italianos habían vivido el *Risorgimento*; los españoles, sangrientas guerras civiles, y los polacos, una larga pesadilla de invasiones, revoluciones y luchas por el poder. Francia había conocido la Fronda y varias revoluciones. Sólo había un país europeo, en el corazón del continente, donde el poder aristocrático y monárquico se había aceptado sin desafíos ni interrupción: Alemania. Ninguna revolución había conseguido derribar a su nobleza; ningún regicidio ni Fronda alemana había alterado el rumbo de las cosas ni lo haría hasta 1944, cuando un grupo encabezado por el conde Claus Schenk von Stauffenberg conspiró sin éxito para acabar con la vida del canciller Adolf Hitler.

Los dirigentes del nuevo Reich alemán proclamado en 1871 salieron a la escena mundial dejando atrás una vida provinciana y depositaron toda su confianza en el espíritu militar tradicional. A diferencia de sus homólogos británicos, todos los nobles salvo uno (el excéntrico príncipe Günter Victor, cabeza del pequeño Estado de Schwarzburg-Rudolstadt, en Turingia, de apenas cien mil habitantes) siempre se presentaban vestidos de uniforme en las ocasiones públicas, y así posaban también ante los fotógrafos oficiales. En vísperas del desfile de la victoria con que se celebró el final de la guerra austroalemana de 1866, se

nombró jefe de los siete *Landwehr-Reiter* de Schwieren al nuevo canciller del imperio, Otto von Bismarck, y con el grado de general de división para que pudiera aparecer con el esplendor militar que correspondía. Bismarck, incluso como principal político civil, vestía regularmente uniforme en las ocasiones parlamentarias, y jamás se presentaba de paisano ante el emperador.

La administración estatal reembolsó generosamente a la aristocracia por esos continuos gestos de respeto a la jerarquía, y la protegió de los fríos vientos de la industrialización y la competencia mundial. Las exenciones fiscales y las barreras arancelarias garantizaron que la agricultura siguiera siendo un sostén viable (si bien cada vez más difícil) para los terratenientes, especialmente en los extensos estados de Prusia Oriental, más allá del río Elba. Mientras que la mayoría de los *junker* de la región, los nobles terratenientes cuyas actitudes y valores militares formaban la columna vertebral de la monarquía prusiana, estaban fuertemente hipotecados y a menudo vivían en la misma pobreza que sus sirvientes, fueron pocos los que se vieron obligados a vender sus tierras. Los ingresos habían mermado, pero los duros *junker* se negaron a darse por vencidos y confiaron en su espíritu de clase tenaz y autosuficiente. Frugales, orgullosos y de mentalidad independiente, esos nobles protestantes hicieron del ahorro un principio casi tan sagrado como su antigua devoción al cumplimiento del deber.

En Brandeburgo, Henning von Tresckow, más tarde uno de los conspiradores de julio de 1944, creció en una de esas propiedades rurales del este de Prusia que funcionaban casi únicamente para asegurar la subsistencia de sus dueños. Su madre, que gestionaba la finca, sabía reducir los gastos al

mínimo indispensable. «Los placeres que se permitían eran modestos», recordó más tarde un amigo. «Cuando la señora Von Tresckow tenía que comprar regalos de Navidad para la aldea, viajaba a Berlín en tren, y en tercera clase. En la ciudad también evitaba gastos innecesarios; casi siempre se alojaba en la pensión más barata.»[8] Incluso a los condes Von Dönhoff, más fastuosos y ricos, se los vio viajar en tercera durante esos años. Al mismo tiempo, el ejército acogió a muchos de los hijos de la baja aristocracia prusiana en apuros, y con frecuencia el salario de los oficiales contribuía a pagar el mantenimiento de las fincas de los *junker*.

El estatus económico especial de los terratenientes del Reich desempeñó un importante papel a la hora de preservar a los poderosos *junker* de Prusia Oriental, y en esas circunstancias económicas favorables no hubo en el seno de la aristocracia alemana una crisis equivalente a las que tenían lugar en otros lugares de Europa, si bien en 1900 ya comenzaba a hacerse oír cierta oposición parlamentaria a los privilegios aristocráticos, concretamente por parte de los socialdemócratas, el partido más numeroso del Reichstag. Pero se enfrentaban a una dura batalla, en especial si se tiene en cuenta que el sistema electoral daba a la clase terrateniente un número desproporcionado de escaños, y también porque el ejército y la administración estaban tachonados con apellidos nobles: dos terceras partes de los miembros del gobierno eran de origen noble, y también las tres cuartas partes de todos los oficiales del ejército y el 84 % de los generales. Hasta 1918, todos los cancilleres del Reich (el príncipe Otto von Bismarck, el conde Leo von Caprivi, el príncipe Chlodwig de Hohenlohe-Schillingsfürst y el príncipe Bernhard von Bülow) fueron aristócratas.

Su alteza el duque Ernesto II de Sajonia-Altenburgo es un ejemplo de la segura vida aristocrática alemana que parece sacado de un manual. En una foto oficial que recuerda a una postal idílica —así era su pequeño ducado en la Turingia oriental— se lo ve muy orondo en un regio sillón de madera tallada, parecido a un trono, rodeado por su devota familia: su mujer, la duquesa Adelaida (de soltera Schaumburg-Lippe), y sus hijos, Jorge Mauricio, Federico Ernesto, Carlota e Isabel.



Familias felices: Ernesto, duque de Sajonia-Altenburgo, con su esposa e hijos.

(Schlossmuseum, Altenburgo)

La vida en esos pequeños Estados solía ser sencilla y marcadamente paternalista. «Mi padre no tardó mucho en tener coche», recordó más tarde Jorge Mauricio, el heredero. «Un día, le dijo al ministro de Tráfico que había que rellenar los baches y mejorar las carreteras. Muy cortésmente, pero con firmeza, el ministro le comunicó que no había dinero para esas cosas, y mi padre lo invitó cordialmente a dar una

vuelta en coche. El ministro, naturalmente, no pudo negarse, y mi padre arrancó a toda velocidad.» Después de una breve pausa, el príncipe heredero añadió, con tranquila satisfacción: «Arreglaron las carreteras con una rapidez asombrosa.»[9]

El pequeño ducado de Sajonia-Altenburgo tenía unos doscientos mil habitantes. Altenburgo, la capital, con treinta y nueve mil, ocupaba el centesimo lugar en la lista de las ciudades más grandes de Alemania. La tierra del ducado era principalmente agrícola, aunque había también algunas minas de carbón y una red de ferrocarriles de ciento ochenta y cinco kilómetros. El industrial más grande del ducado era un fabricante de naipes que aún se producen hoy con el nombre de la capital y son muy conocidos en toda Alemania. Ernesto II sería el último soberano de Alemania (abdicó el catorce de noviembre de 1918, cinco días después que el káiser), e iba a tener la distinción añadida de ser el único de los antiguos gobernantes feudales alemanes que vivió y murió en la comunista República Democrática Alemana.

En el mundo rígido y jerárquico de la Alemania imperial, los jóvenes príncipes aprendieron las sutilezas del estatus desde muy temprana edad; es posible que mamaran de pequeños las implicaciones que conllevaba el rango de su familia, y las relaciones con otros linajes gobernantes, casi junto con la leche materna o de la nodriza. Sus vínculos familiares ilustran la fuerza, profundamente arraigada, de la aristocracia alemana.

Los Sajonia-Altenburgo estaban estrechamente emparentados con los Sajonia-Coburgo-Gotha (el pequeño Jorge Mauricio ostentaba el desalentador n.º 642 en la línea al trono británico) y con muchas otras grandes familias europeas, incluidas las casas reales de Bélgica, Bulgaria y

Portugal. Alejandra, la hermana del duque, estaba casada con el gran duque Constantino Nikoláievich Románov, uno de los hijos del zar Nicolás I. En consecuencia, el zar Alejandro II era, por ese casamiento, primo del duque, y el zar Nicolás II primo segundo. María, otra hermana, se había casado con el príncipe Alberto de Prusia, hermano del emperador Guillermo II. Todos ellos podían remontar su linaje a la Alta Edad Media, una ascendencia que incluía, en el caso de los Sajonia-Altenburgo, a los emperadores medievales Carlomagno y Federico II Hohenstaufen, seguidos de un pintoresco grupo de margraves del siglo XIII: Alberto el Orgullosos, los dos Dietrich, el «oprimido» y el «opresor» (que no fueron padre e hijo), Federico el Remordido, Alberto el Degenerado, Guillermo I el Tuerto y Jorge el Barbudo. En 1900, los lejanos descendientes de esos intrigantes aún llevaban la voz cantante, pero por poco tiempo.

Si la vida de provincias conservaba un fuerte sabor paternalista, el grado de influencia y poder de la aristocracia no era en absoluto el mismo en todo el país, y mucho menos en las zonas más urbanizadas. Los poderosos puertos marítimos del norte, como Hamburgo, Bremen, Lübeck o Danzig (todos pertenecientes a la antigua liga mercantil hanseática), eran pequeñas repúblicas gobernadas durante siglos por el senado de la ciudad. El espíritu de la clase terrateniente dominante en las extensiones rurales de Brandeburgo y Prusia Oriental, era ajeno al de las ciudades industriales de la católica Renania (Colonia, Essen, Bochum, etc.), que, aunque oficialmente era parte de Prusia, tenía tradiciones y maneras de hacer totalmente distintas.

Lejos de ser los súbditos prosternados que a menudo evocan los historiadores, gran parte de las clases medias

alemanas tenía mucha seguridad en sí misma y miraba a la aristocracia como una especie de parásitos degenerados y retrógrados. La clase media alemana (*Bürgertum*) definía sus jerarquías y valores en relación con la educación y el mérito civil, no con el origen noble. Hubo alemanes destacados y ricos a los que se les ofreció un título de nobleza y más de una vez se negaron a aceptarlo. El magnate siderúrgico Alfred Krupp fue uno de los que rechazó un título (aunque su hijo cedió, y en adelante fue el príncipe de Bohnen y Halbach), igual que Rudolph Virchow, el gran patólogo y defensor de la sanidad pública. Oscar Huldshinsky, industrial de Breslau, honrado una vez con una invitación a navegar en el yate imperial, se negó a aceptar la *Kronenorden*, la medalla real prusiana creada por Guillermo I con motivo de su coronación, y, según se dice, comentó: «Si nadie ha pensado en honrarme por mi contribución a la industria alemana, no voy a aceptar una medalla sólo porque he salido a navegar con el káiser.»[10] En resumen, la *Bürgertum*, contrariamente a lo que con tanto pesimismo escribió Mommsen, «no había nacido para ser gobernada».

Aun cuando muchos miembros de la clase media se adhiriesen al imperio y creyeran en la grandeza de su cultura y de su patria, el reconocimiento al que aspiraban no lo concedía el emperador. A los hombres de negocios alemanes, más que un *von* delante del apellido, les interesaba el título civil de *Kommerzialrat*, «consejero de comercio», todo un símbolo de fiabilidad y conducta honorable. Los médicos tenían la vista puesta en el *Sanitätsrat*; los abogados y jueces esperaban conseguir el grado de *Justizrat*, etc. Tal jerarquía de títulos civiles, así como las denominaciones académicas *Doktor* y *Professor*, se tomaban tan en serio en Alemania, que incluso a las esposas se las llamaba por el título del marido:

Frau Kommerzialrat, Frau Professor, etc. Además, considerando la proverbial diligencia alemana, esos títulos podían multiplicarse, en cuyo caso se usaban completos en todas las ocasiones oficiales. Así, por ejemplo, un simple estudiante de medicina podía soñar con tener una consulta, enseñar en una universidad y recibir allí un título honorario, y, al final, que lo eligieran diputado al Parlamento nacional (*Reichstagsabgeordneter*). Luego, tras jubilarse sería *Herr a. D.* [**] *Reichstagsabgeordneter Sanitätsrat Professor Doktor Doktor* (*honoris causa*), y así se dirigirían a él por escrito. Y podía acumular más títulos, hasta donde lo llevaran su entusiasmo por los comités, los exámenes y los puestos oficiales. De un modo típicamente alemán, los burgueses se habían liberado de las restricciones de la vieja jerarquía creando una nueva.

Por su parte, los nuevos nobles plutócratas británicos no les hacían ascos a los títulos, y se pusieron a transformar la aristocracia desde dentro, introduciendo allí donde iban algunos valores de clase media y cierto grado de modernidad. Compraban fincas en el campo e instalaban cañerías modernas y luz eléctrica; no iba con ellos la idea de dejadez elegante. Al final se convirtieron en una nueva clase de aristocracia terrateniente que trabajaba en la ciudad o en las ciudades industriales y sólo los fines de semana cogía un tren o uno de sus modernos automóviles para descansar en su mansión rural. Se había inventado el campesino de fin de semana.

Los grandes magnates de la época, ahora con título nobiliario, hombres como Lord Guinness, con el dinero de sus cervecerías, W.H. Smith, con su cadena de papelerías, y Lord Leverhulme, con sus jabones, compraban tierras a una escala adecuada para su nueva posición. Leverhulme, por ejemplo, era hijo de un tendero; nacido William Lever, en

Bolton, Lancashire, había fundado allí una fábrica de jabones en 1886. Con la ayuda de su visión comercial y los novedosos procesos de fabricación, el jabón de aceite de palma de Lever hizo espuma hasta generar una fortuna inmensa, y el empresario entró en política. Ávido coleccionista de arte, llevó a la práctica sus ideales filantrópicos en Port Sunlight, una urbanización construida para sus trabajadores. En 1917 lo nombraron barón Leverhulme; cinco años después, vizconde. En 1916 compró un espléndido palacio de Londres al marqués de Stafford, y lo rebautizó Lancaster House. Asimismo, en 1918 compró varias islas en las Hébridas Exteriores, y, en una de ellas, el castillo de Lewis, una mole casi ancestral.

No obstante, las nuevas propiedades no eran mucho más que un adorno para esos hombres nuevos, un bienvenido símbolo de estatus, pero, en cualquier caso, secundario en relación con los asuntos realmente importantes de la vida. Durante la época victoriana, Benjamin Disraeli se había visto obligado a comprarse una finca sólo para que lo considerasen posible primer ministro, pues únicamente de la aristocracia, o al menos de la aristocracia terrateniente, se esperaba que ocupara puestos semejantes. En 1911 los tiempos habían cambiado tanto que incluso un partido como el conservador eligió presidente a Andrew Bonar Law, un financiero de Glasgow sin título ni propiedades, y que, además, no quería ninguna de las dos cosas. Para los viejos aristócratas, la gran finca rural había sido la razón misma de la existencia; era la casa de sus antepasados, la sede de su poder. De pronto, la *estate* quedó reducida a un mero adorno de hombre rico. El poder se había mudado a las ciudades.

Nuevos títulos, nueva riqueza

Si los «refugios» campestres eran una mera diversión para los nuevos nobles, los miembros de la nobleza más rancia miraban con envidia las fortunas y la energía que habían amasado los ricos de la época. Tanto a Eduardo de Inglaterra como al emperador Guillermo II les encantaba la compañía de esa poderosa y original generación de amigos; Eduardo, muy probablemente por su hedonismo, y Guillermo porque encarnaban el vertiginoso poder económico de su nuevo imperio.

En su calidad de príncipe de Gales, Eduardo y su círculo social ya habían hecho enarcar más de una ceja entre sus compatriotas conservadores. *Lady Paget*, líder de la sociedad londinense (no deja de ser una ironía que al nacer, en Nueva York, se llamara Minnie Stevens), observó tal vez que el rey estaba siempre «rodeado de una pandilla de judíos y un círculo de gente muy juerguista»[11], pero el soberano no había hecho otra cosa que leer los signos de su tiempo para aliarse con el equipo ganador, el defensor del nuevo orden: Lord Iveagh, cervecero; el barón Hirsch y Sir Ernest Cassel, banqueros judíos, y Sir Thomas Lipton, el de las bolsitas de té, todos nobles de primera generación e increíblemente ricos. Cuando el káiser se enteró de que Lipton y su soberano participaban juntos en la regata Cowes, comentó, en un raro destello de ingenio, que el rey había salido «a navegar con su tendero».

Así y todo, pese a su obsesiva búsqueda de reconocimiento y grandeza, los gustos del emperador eran decididamente de nuevo rico. Mientras que el conde Helmuth von Moltke, mariscal de campo prusiano, había recomendado encarecidamente a sus compatriotas que «fueran más de lo que parecían» —exhortación que resonaba también en la sentencia del conde Alfred von Schlieffen,

padre del fallido plan epónimo: «Grandes logros, poca ostentación. Más realidad que apariencia»[12]—, Guillermo parecía haber invertido la fórmula. Como demuestra su itinerario, gastaba a lo loco y vivía a lo grande. Su corte era un espectáculo itinerante continuo que se detenía en Berlín y en el palacio de Sans Souci, en Potsdam, durante sólo medio año. La primavera era un largo cruce por el Mediterráneo, donde Guillermo también hizo sus pinitos como arqueólogo aficionado (tenía un palacio en Corfú), o en las propiedades imperiales de Alsacia y Prusia Oriental. Durante el verano el kaiser volvía a hacerse a la mar, esta vez en el Mar del Norte y el Báltico, mientras que, en otoño, la temporada de caza era demasiado tentadora para dejársela a los demás: el emperador nunca estaba más orgulloso que cuando lo fotografiaban con una hilera interminable de animales abatidos.

La corte de Berlín no lo aprobaba. El estilo de vida espléndido de Su Majestad era una ofensa al sentido de la austeridad, tan importante en la historia de Prusia, cuyo hijo más eminente, el legendario Federico el Grande, siempre había vestido uniformes sencillos y por regla general sólo tomaba un plato de gachas incluso para cenar. Su menos que heroico descendiente tenía otras ideas, como escribió en su diario, exasperada, la baronesa Spitzemberg, dama de honor de la corte, durante una de las temporadas mediterráneas de Guillermo, ocupado en una excavación arqueológica en la polvorienta Grecia: «S.M. envía a la Sociedad Arqueológica telegramas carísimos, de una página de extensión, en los que se explaya hasta sobre la última rodilla [de estatuas clásicas] que encuentra [...] Bismarck tenía razón: “No tiene sentido de la proporción”.»[13]



La chaqueta metálica: Guillermo II, de uniforme, con la mano atrofiada apoyada en el sable.

La vieja guardia no estaba contenta con los hábitos de Guillermo, pero los industriales y los nuevos ricos eran

menos exigentes y mucho menos proclives a aconsejar a Su Majestad sobre cuestiones como cicatería y sentido de la proporción. Como su tío Bertie (Eduardo VII de Inglaterra), el káiser prefería la compañía de hombres más alegres y menos conservadores, magnates hechos a sí mismos como Albert Ballin, propietario de la Hamburg America Line, la naviera más grande de la época. Ballin se había abierto camino comenzando discretamente como hijo de un comerciante de telas judío y en bancarrota. Vistas sus frecuentes actitudes esquizofrénicas, no es incomprensible que Guillermo, que compartía los prejuicios antisemitas de su tiempo, apreciara en especial la compañía de judíos triunfadores, como Ballin, los banqueros Cari Fürstenberg y Paul von Schwarbach, el magnate del carbón Eduard Arnhold, o Walter Rathenau, presidente de la poderosa AEG. Los miembros celosos de la corte pronto apodaron a esos hombres *Kaiserjuden* (los judíos del emperador). Entre los demás favoritos estaba Philipp Eulenburg, abogado y diplomático de carrera, hijo de un ex oficial del ejército prusiano. Aunque Eulenburg no era rico, Guillermo disfrutaba tanto de su compañía que lo nombró príncipe; como veremos más adelante, las acusaciones de homosexualidad que luego acabarían con el príncipe causarían un gran bochorno al emperador.

Los ojos de la reina Victoria los había cerrado su nieto, el emperador Guillermo, representante perplejo de un nuevo imperio nacido del empuje nacionalista e industrial. Tanto él como Eduardo, el sucesor de la difunta reina, estaban obsesionados con los ritos de su clase, pero preferían con mucho la comodidad y las diversiones de la vida moderna.

Ninguno de los dos era consciente de la contradicción que encarnaba, ni tenía una visión clara de la realidad de su tiempo.

Las marchas *Pompa y circunstancia*, de Edward Elgar, compuestas para la coronación de Eduardo VII en 1902, se caracterizaban por cierta bravuconería chabacana que, incluso en aquellos días, sonaban como el eco de una época pasada, exagerada y amplificadas para dignificar la ocasión. De hecho, tras décadas de frustrada espera a la sombra de su longeva madre, Eduardo casi había dejado de reivindicar el trono. Sólo unos días antes de la coronación, la apendicitis casi le cuesta la vida al nuevo rey, y hubo que posponer el evento. La medicina moderna lo salvó, y cuando el rechoncho monarca avanzó bamboleándose por el pasillo de la abadía de Westminster con sus amantes actuales y pasadas (incluidas Sarah Bernhardt y la «deliciosa» Alice Keppel) ocupando un lugar de honor muy especial, una nación aliviada entonó a coro *Land of Hope and Glory, Tierra de esperanza y gloria*, el nuevo himno —no oficial— del imperio. La letra de la suntuosa y aterciopelada melodía de Elgar la había escrito Arthur Benson, ex profesor encargado de una residencia de Eton, un hombre patológicamente tímido, miembro del Magdalene College, Cambridge, y póstumamente famoso por el copioso diario en ciento ochenta volúmenes manuscritos en los que lidió con su tortuosa homosexualidad. Elgar detestaba la canción, que llegó a ser muy popular, por considerarla estridente. Si bien Benson no era un pro imperialista incondicional, la letra que había escrito reflejaba al menos una parte de las aspiraciones nacionales de Gran Bretaña, al tiempo que hacía un comentario irónico sobre la «talla» del rey: «Anchos, cada vez más anchos / serán tus territorios. / Que Dios, que te

hizo poderoso, / te haga más poderoso aún.»[***] El káiser, si bien no asistió a la coronación —envió en representación suya a su hermano, el príncipe Enrique de Prusia—, aprobó esos sentimientos expansionistas, aunque no una Gran Bretaña expansionista. Mientras en sus respectivos países el poder político se orientaba según los nuevos valores de las masas democratizadas, profesionalizadas y cuantificadas, los hombres en la cumbre, con sus uniformes recargados de borlas doradas, se preparaban para intentar un último acto de resistencia y así salvar al viejo orden.

III. 1902: EDIPO REY

No hay entendimiento posible entre la gente, ni diálogo, ni conexión entre hoy y ayer: las palabras mienten, los sentimientos mienten y hasta nuestra conciencia miente.

Hugo von Hofmannsthal, *Sobre la fisiología del amor moderno*

En Viena, la capital del imperio austrohúngaro, el dieciocho de marzo de 1902 fue uno de esos días oscuros y deprimentes de principios de primavera, con cielos inciertos y plomizos y aguaceros intermitentes, el tiempo ideal para escabullirse en uno de los muchos cafés de la ciudad y disfrutar de una de sus ofertas más atractivas, las decenas de periódicos a disposición de los clientes. Una taza de café era (y sigue siendo) lo único que el cliente tenía que consumir para tener derecho a sentarse y leer todo el tiempo que le apeteciera.

Ese día aburrido las noticias no traían nada destacado. *Das Vaterland*, un periódico conservador, se hacía eco de acontecimientos políticos nacionales y extranjeros: el Parlamento vienés debatía reducir la duración del servicio militar de tres años a dos; el príncipe Schwarzenberg, uno de

los grandes aristócratas del imperio, cumplía setenta años; los diputados húngaros debatían el presupuesto agrícola. El *Pester Lloyd*, un periódico en alemán publicado en Budapest para hombres de negocios, traía un extenso editorial sobre los precios de la grasa de cerdo y el beicon. Noticias sobre las principales familias imperiales: el archiduque Rainer se dispone a visitar una exposición; la archiduquesa María Cristina tiene un embarazo normal.

En el exterior, los sucesos eran un poco más emocionantes. La guerra de los Bóers ocupaba las principales páginas de noticias extranjeras (igual que en los periódicos alemanes y franceses, también disponibles en todo café que se preciara). El ejército británico había caído en Tweebosch y Lord Methuen, herido, había caído prisionero antes de ser devuelto a casa por los bóers, que también habían tenido la consideración de enviar un telegrama a *Lady Methuen* para comunicarle el regreso del marido. El rey Eduardo, comentaba *Das Vaterland*, ese año no saldría al extranjero, pero haría un crucero por aguas británicas; el príncipe Enrique de Prusia había llegado a Plymouth a bordo del *Deutschland*; en San Petersburgo, la policía había abortado, sin violencia, una manifestación, aunque se habían producido unas cien detenciones; un petrolero se había incendiado en el Canal de Suez provocando una marea negra; Constantinopla estaba cubierta por una gruesa capa de nieve.

Las noticias oficiales suelen tener siempre algo que suena familiar, y el mundo de entonces se deja ver en toda su variedad cuando uno se concentra en las noticias locales y los anuncios publicitarios. El *Wiener Zeitung*, el periódico oficial del gobierno, comenta en sus páginas locales que el colegial Wilhelm Sopka se ha escapado de casa y está

desaparecido; han arrestado a la criada Katharina Rybetsky por asfixiar a su hijo ilegítimo; la trabajadora «Josefine St.» se ha suicidado arrojándose por la ventana de un tercer piso; el ayudante de un carnicero ha robado cien mil coronas a su empleador.

«Camaradas, trabajadores y trabajadoras», exclama el socialista *Volksbote* en primera plana, alertando a sus lectores sobre la celebración de una «asamblea del pueblo» en la Gisela-Säle[*] el domingo por la tarde. Asimismo, informa de que, tras una revuelta obrera en la que los militares dispararon contra «decenas» de camaradas, en Trieste sigue en vigor el estado de guerra; además, anuncia que bajará el precio del azúcar aun cuando los «barones del azúcar» austrohúngaros hayan intentado impedirlo, y que se ha descubierto que un sacristán de Viena abusaba sexualmente de los monaguillos a su cargo. Por una vez no hay ninguna noticia sobre trabajadores heridos, despedidos o lisiados, la triste materia prima de las páginas locales en una época de escasa seguridad laboral. En la contraportada, Antón Pollak & Co. ofrece ropa barata para niños y caballeros; una «mujer decente» se ofrece para lavar ropa; el Circo Victor anuncia una función con un comediante y un encuentro de lucha libre; una farmacia ofrece «el mejor ron casero hecho con los mejores alcoholes, 96 % de alcohol garantizado» (barato y lo bastante potente para dejar a cualquiera fuera de combate después de una jornada de dieciséis horas en la fábrica), y los «artículos de goma» (condones) se ofrecen castamente ocultos entre tuberías y arandelas.

Die Bombe, una revista semanal humorística dirigida principalmente a los hombres jóvenes de la ciudad, trae anuncios muy diferentes: «Gratis - Correo interesante»,

promete un «estudio artístico» de Hamburgo; otro: «Desnudos fotográficos». Las novedades en artículos de goma para caballeros, recién llegadas de París, las anuncian A. Kruger, de Berlín, y Karl Franke, de Leipzig. El más respetable *Wiener Zeitung* ofrece artículos mucho más seguros: la cartelera de todos los grandes teatros, horas de apertura de los museos y «clases de canto para damas y caballeros».

En un anuncio oficial al pie de la página uno, un personaje histórico aparece en algo que hoy llamaríamos *cameo*:

Por Decisión Suprema de 5 de mayo de este año, Su Apostólica Majestad Imperial y Real ha tenido la gentileza de nombrar, para el cargo de profesor *extraordinarius* de Higiene en la Universidad de Viena, al profesor doctor Arthur Schattenfroh, y también, por Su Suprema Gracia, ha condescendido a otorgar el título de profesor *extraordinarius* en la misma Universidad a los doctores Sigmund Freud, Julius Mannaberg y Emil Fronz.[1]

El ascenso de Freud, de *Privatdozent* a *Extraordinarius*,[**] era una manera de reconocer el valor de su método para tratar los problemas psicológicos, que ya le había valido el reconocimiento internacional. El nombramiento llegaba muy tarde. Durante largo tiempo la clase médica dirigente se había negado a reconocer al doctor judío y su método, e incluso en su última tentativa —la vencida— Freud tuvo que recurrir a los contactos de un paciente acaudalado para que el asunto se moviera. A los cuarenta y cuatro años logró finalmente cierto reconocimiento público en su país.

Hoy, la monarquía doble, patria de Freud y su lugar de residencia hasta poco antes de morir, ha desaparecido del mapa; sin embargo, todavía quedan personas nacidas en tiempos del águila bicéfala que dominaba un 20 % de Europa, desde Chernovitz (hoy Chernivtsy, en Ucrania), en la frontera rumana, hasta Bregenz, a orillas del Lago de Constanza; desde las septentrionales Reichenberg (hoy Liberec, República Checa) y Cracovia hasta Trieste (hoy en Italia) y, más allá, cientos de kilómetros a lo largo de la costa adriática hasta la fortificada ciudad de Budua, hoy Budva, en Montenegro. Sólo superado por Alemania en número de habitantes, y por delante de Gran Bretaña (incluida Irlanda) y Francia (cuarenta y cinco millones cada una), el imperio habsbúrgico y sus cincuenta millones de súbditos formaban, más que una sola población, varias diferentes, e incluso enfrentadas: alemanes (como se llamaban a sí mismos los germanófonos), húngaros, checos, eslovacos, polacos, rutenos, eslovenos, serbocroatas, italianos, bosnios y rumanos, por no mencionar las minorías nacionales y religiosas.

El mapa revela no sólo el poder y la extensión de la monarquía doble, sino también su defecto fatal: Austria-Hungría no era un país, sino una sucesión de tierras que pertenecían a los Habsburgo, una reliquia política de la Edad Media. Checos, polacos y húngaros exigían la independencia política y cultural, que la enseñanza se impartiera en sus respectivas lenguas, el control de los impuestos y una representación política cada vez mayor en competencia directa con otras nacionalidades, y mientras que la mayoría de los habitantes de la Austria propiamente dicha comían platos de Bohemia por la sencilla razón de que casi todos los cocineros provenían de esa región, los

hablantes de checo no asistían ya a los teatros húngaros, igual que los alemanes no leían una novela escrita en checo, italiano o serbocroata. Praga estaba dividida entre las poblaciones checa y alemana, y cada una de ellas insistía en tener sus propios periódicos, escuelas, clubs de fútbol, cafés e, incluso, universidades. Es muy probable que los intelectuales de lengua alemana que habían vivido toda la vida en la ciudad, como Kafka y Franz Werfel, supieran latín, griego antiguo o francés, pero no checo. El de Kafka es un caso típico: aprendió yídish, obviamente la lengua indicada para comprender la cultura de sus antepasados; en cambio, sus conocimientos de checo se limitaban al «bohemia que se hablaba en la cocina», el *pidgin* alemán de la época, utilizado para comunicarse con el personal doméstico, oriundo de las provincias. Que a lo largo y lo ancho del imperio la situación general diera una impresión de estabilidad se debía a que no había un solo grupo nacional lo bastante grande y poderoso para asegurarse la dominación. Por sus antepasados directos, el ministro de Asuntos Exteriores de Austria en 1914, el conde Leopold Berchtold (o, para llamarlo por su nombre completo, Leopold Antón Johann Sigismund Josef Korsinus Ferdinand Berchtold *von und zu* Ungarschütz, Fráttling y Pullütz), era en parte alemán, en parte checo, en parte eslovaco y en parte húngaro. Cuando un periodista le preguntó con insistencia de qué nacionalidad se sentía, el conde se limitó a responder: «Soy vienés.»

Durante muchas décadas el gobierno manejó ese mosaico de lealtades sofocando las diferencias nacionales y culturales bajo los gruesos pliegues del armijo imperial, pero los gritos a favor de la autodeterminación se oían cada día con más fuerza. Hasta las sesiones del Parlamento imperial de Viena se interrumpían regularmente por alguna que otra refriega

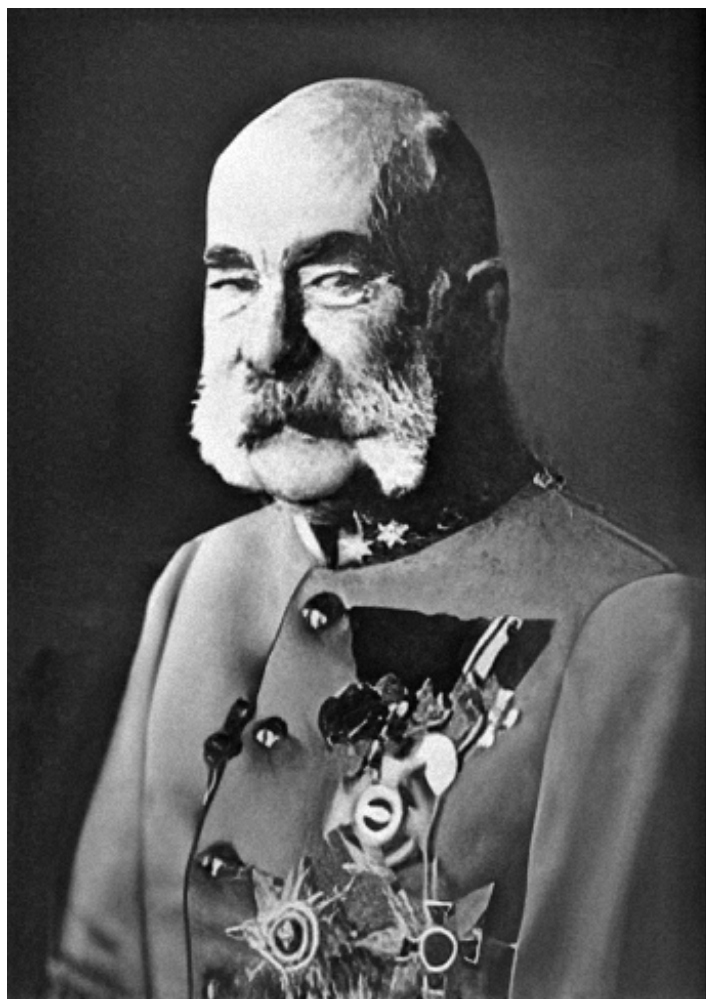
entre sus miembros, y cuando los partidos minoritarios introducían una legislación cultural delicada, los diputados armaban un alboroto muy poco parlamentario haciendo sonar tapas de cacerolas, sonajeros y trompetas de juguete para ahogar a los oradores de la oposición y sabotear el procedimiento. En respuesta a un continuado malestar político por toda clase de motivos, la administración imperial cultivaba el noble arte de la inercia oficial: improvisar, paralizar, esperar, dar un poco con una mano y quitarlo con la otra, sin hacer frente nunca a las cuestiones de peso y siempre esperando que los problemas desaparecieran si la administración conseguía ser más paciente que la historia.

En ese imperio sin identidad nacional, la única idea verdaderamente unificadora era el propio emperador, en esos días el ya mayor Francisco José (1830-1916), cuyo título completo era:

Su Apostólica Majestad Imperial y Real Francisco José I, por la Gracia de Dios, emperador de Austria, rey de Hungría y Bohemia, rey de Lombardía y Venecia, de Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Galitzia, Lodomeria e Iliria; rey de Jerusalén, etc.; archiduque de Austria; gran duque de Toscana y Cracovia; duque de Lorena, de Salzburgo, Estiria, Carintia, Carniola y la Bucovina; gran duque de Transilvania; margrave de Moravia; duque de la Alta y la Baja Silesia, de Módena, Parma, Piacenza y Guastalla, de Auschwitz [Oświęcim] y Zator, de Teschen [Cieszyn/Český Těšín], Friuli, Ragusa [Dubrovnik] y Zara [Zadar]; conde mitrado de Habsburgo y Tirol, de Kyburg, Gorizia y Gradisca; príncipe de Trento y Brixen [Bressanone]; margrave de la Alta y la Baja Lusatia y

de Istria; conde de Hohenems, Feldkirch, Bregenz, Sonnenberg, etc.; señor de Trieste, de Cattaro [Kotor] y de la Marca Véndica; gran voivoda de la Voivodina de Serbia, etc., etc.

Presidiendo un imperio de preguntas sin respuestas, el emperador, aun con todos sus títulos, era un hombre de lo más normal, un oficinista meticuloso que, vestido siempre con su uniforme de la caballería, se pasaba largas horas sentado a su escritorio del palacio vienes de Hofburg garabateando comentarios y decisiones en los márgenes de un sinnúmero de expedientes. Verdadera encarnación del servicio y el deber, era disciplinado, como esperaba que fuesen sus funcionarios, pero sólo se lo veía contento cuando podía tomarse tiempo libre para visitar a su amante, Katharina Schratt, en la villa imperial de Bad Ischl, donde le gustaba vestir trajes regionales y caminar por las montañas. Para sus súbditos, el anciano emperador era una figura omnipresente. Desde los retratos oficiales, Francisco José I, con sus ojos fríos y acuosos, lo observaba todo y a todos: colegiales, funcionarios y parejas casadas en la cama.



El emperador Francisco José I, garante de la estabilidad.

Mientras el emperador seguía funcionando como una muñeca mecánica, una sensación de vacío y falsedad ocupaba el centro de toda esa magnificencia estucada. Sólo el mito griego podía haber producido una familia más disfuncional y más notoriamente inmoral que la de Francisco José. La emperatriz Isabel (1837-1898), más conocida como

Sissi, tenía un aura romántica, pero su vida fue una larga serie de ataques de mal genio, crisis de anorexia y largos y erráticos viajes por el Mediterráneo en busca del elixir de la eterna juventud. Su popularidad sólo se salvó cuando un anarquista la mató en Ginebra de una puñalada. Rodolfo, el príncipe heredero, un hombre brillante y de mentalidad progresista, había roto con su padre, y finalmente se suicidó, tras matar de un disparo a su amante, en el pabellón de caza del castillo de Mayerling en 1889; su primo, el jovial archiduque Otto (que una vez se presentó en sociedad «vestido» sólo con el sable), estaba tan destrozado por la sífilis que tenía que ponerse una nariz de cuero cuando aparecía en público. En cuanto al heredero, el zafio archiduque Francisco Fernando, puede decirse que el emperador lo odiaba cordialmente.

El lugar donde se suponía que latía el corazón moral del imperio estaba vacío. El propio Francisco José, apasionado espectador de teatro en su juventud, alimentaba sin querer esa percepción. En todos los teatros siempre había un palco imperial reservado para él y su familia, forrado de terciopelo rojo y coronado por el águila bicéfala de la monarquía e imperio. Tras la muerte de su mujer, Francisco José apenas iba al teatro. Los palcos imperiales de Lemberg a Trieste estuvieron vacíos durante décadas, y en lugar de conectar ciudades lejanas con la gloria imperial, sólo eran un recordatorio constante de ese vacío que ocupaba el centro del universo habsbúrgico.

Pero la naturaleza tiene horror al vacío, y la ficción de unidad del imperio no era sostenible. Grupos aislados y en conflicto (de índole nacional, social o política) llenaban el vacío de los Habsburgo con contenidos que ellos mismos elegían: modales, arte, hedonismo e ideas de grandeza

nacional. Todas esas proyecciones estaban permitidas siempre y cuando nadie pusiera en evidencia al imperio.

Una gran fachada

Tanto literal como metafóricamente, encubrir lo obvio se convirtió en el principio central de la vida en la Viena de los Habsburgo. «Cuanto más quería una mujer parecer una “dama”, menos se permitía que se notaran sus formas naturales; toda la moda seguía esa doctrina y, con ello, la tendencia moral general de la época, preocupada básicamente por encubrir y ocultar las cosas», escribió el novelista Stefan Zweig al recordar su juventud.[2]

Y la ciudad imperial practicaba lo que exigía a sus mujeres. La Ringstrasse, el gran bulvar vienes, era una sucesión de fachadas de espléndido historicismo arquitectónico, una expresión de varias épocas pasadas como afirmación de valores eternos y proclamación de grandeza. Todos los edificios se construían en un estilo histórico apropiado a su finalidad, desde el gótico (homenaje a la riqueza de las ciudades de Flandes) para el ayuntamiento hasta los dos museos neobarrocos de historia del arte e historia natural, el Parlamento helenizante y la universidad neorrenacentista. Siempre bajo el ojo alerta del viejo emperador, la ciudad, en el cambio de siglo, era un lugar de grandes fachadas, opulencia, decoro y certezas sólo aparentes. Stefan Zweig describe en sus memorias cuán desbordante de confianza y optimismo parecía el mundo a los que tenían la suerte de no pasar hambre: «En nuestra monarquía austríaca, de mil años de antigüedad, todo parecía fundado en la capacidad de durar [...] Sólo esa seguridad hacía que valiera la pena vivir. Hoy [...] sabemos

que ese mundo de certezas no era más que un castillo en el aire. Y, sin embargo, mis padres lo habitaban como si fuera una casa hecha de piedra. Ni una sola vez una tormenta, ni siquiera una violenta corriente de aire, perturbó esa existencia cálida y confortable.»[3]



Esplendor historicista, fachadas espléndidas: el Parlamento y el Ayuntamiento de Viena, en la Ringstrasse.

Para preservar ese confort era necesario aceptar más de una pequeña mentira. Políticamente, el imperio habsbúrgico vivía acuciado por la agitación nacionalista interna y rodeado de potencias rivales. En comparación con otros países europeos, su inmenso *hinterland* rural estaba muy atrasado en lo tocante a desarrollo económico e infraestructuras, y su pobreza endémica y sus jerarquías sociales habrían hecho imposible algo parecido a la apertura del Oeste norteamericano aunque hubiera existido la voluntad de hacerlo. Con todo, el atuendo con que se cubría ese cuerpo en apuros era espléndido, y para muchos de los habitantes de la monarquía doble, el trampantojo imperial

pronto se convirtió en su versión preferida del mundo. «Con el estreno de *El murciélago* [la opereta de Johann Strauss] en 1873», escribe Bruno Bettelheim con gran perspicacia, «Viena empezó una vez más a dominar el mundo [...], no el mundo real, sino el de la opereta.»[4] El atribulado imperio estaba decidido a olvidar sus problemas pasando un buen rato y, según un chiste de la época, la diplomacia de los Habsburgo se parecía a un vals vienés: primero giraba a la derecha, luego a la izquierda, y después daba vueltas y más vueltas hasta que los bailarines volvían al punto de salida, siempre girando y girando y sin llegar nunca a ninguna parte.

En ese mundo de sustancia oculta e incierta, el estilo lo era todo, como escribió Hugo von Hofmannsthal (1874-1929) en el libreto de su fantasía rococó *El caballero de la rosa* (1911, con música de Richard Strauss), en la que todo el mundo actúa por puro hedonismo: la Mariscala con su joven amante Octavian; Octavian haciéndole la corte a la linda Sophie, que, a su vez, es vendida al engreído barón Ochs para que su padre, el rico fabricante Fanimal, pueda acceder a los círculos aristocráticos. Todos pretenden actuar movidos por un elevado principio moral y en interés de los demás; sólo Ochs, el personaje bufo de la pieza, es a veces honesto en lo que respecta a su amor lascivo. En un mundo donde imperaban reglas de hierro, la moral fue la primera baja.

Al igual que en las operetas vienesas, la rigidez oficial tenía otra cara, aceptada esta. Si el deber y la estricta fachada de la moral pública amenazaban con volverse abrumadores, siempre había una bonita dependienta para consolar a un hombre: el culto a las «dulces muchachas» de

Viena escondía una extendida práctica *de facto* de la prostitución. Al menos para los hombres, una diversión u otra siempre los tentaba en los teatros, en las salas de concierto, las cervecerías o las muchas tabernas que salpicaban los alrededores de Viena, donde toda una zona de la ciudad, el Prater, se había reservado como parque de atracciones permanente en el que se podía encontrar, casi las veinticuatro horas del día, un vaso de cerveza o un poco de compañía.

El escritor Arthur Schnitzler (1862-1931) se ganó una reputación innmerecida de pornógrafo cuando combinó los motivos de las relaciones informales y del círculo interminable de actividad en su escandalosa obra *La ronda* (1903), en la que parejas de distintas procedencias sociales —desde una puta y un soldado hasta una actriz y un conde— se conocen en una serie de encuentros sexuales al azar, una sucesión infinita y absurda que no conoce límites sociales. Con más picardía, Félix Salten (1869-1945), el creador de Bambi, el cervatillo de ojos tiernos, puro como la nieve y querido por las niñas de todo el mundo, también escribió una obra pornográfica divertida y sin pretensiones titulada *Josefine Mutzenbacher* (1906), que no dejaba nada a la imaginación del lector adulto.

En Viena y otras sociedades europeas, la duplicidad se había convertido en una institución, un hecho que ejemplifica muy claramente el catastrófico juicio a Oscar Wilde en Londres o el caso Eulenburg en Alemania, en que figuras públicas y respetadas terminaban destrozadas cuando quedaba al descubierto su homosexualidad, que, por lo demás, era un secreto a voces. En la doble monarquía, ese principio se aplicaba con mano férrea: todo el mundo podía divertirse mientras se mantuviera la ficción de la grandeza

imperial y la moral pública. El dogma que mandaba mirar para otro lado hacía del águila bicéfala, cuyas cabezas miraban en direcciones contrarias, el emblema perfecto del Estado, y del estado de ánimo. La Viena de los Habsburgo no era, sin duda alguna, el único lugar donde un rígido código de conducta se compensaba con una esfera en la que regían normas distintas, pero allí ese hecho tenía un sabor particular.

El origen de esa huida colectiva hacia el placer era político, cosa que se verificaba no sólo en los entretenimientos populares, sino también en el gran arte. Desde el régimen de Metternich, a principios del siglo ^{xix}, y más aún después de la fallida revolución de 1848, una oscura autocracia había contribuido mucho a desalentar la participación de la burguesía en los asuntos políticos, y las clases medias en ascenso habían encontrado una solución que parecía imitar a la del Romanticismo alemán de casi un siglo antes: si no podían participar en la vida política de la nación, volverían a fundar su libertad y sus valores por medio de una vibrante vida cultural, una proyección emocional disimulada en las piezas teatrales y en el vestuario.

En todo el imperio, en Viena, Praga, Budapest y Lemberg, el teatro, la literatura y la música tenían una importancia sin parangón en ninguna otra parte del mundo. Sólo allí actores como Joseph Kainz o Eleonora Duse podían llegar a ser celebridades nacionales; la gente, incluso la que no los había visto nunca, hablaba hasta en las verdulerías sobre su carrera y sus apariciones y, como cuenta Stefan Zweig, hasta los estudiantes de secundaria se emocionaban coleccionando autógrafos de sus ídolos. Sólo allí el funeral de un artista podía convertirse en un acontecimiento nacional seguido

por decenas de miles de personas y señalado con retratos y crespones en todos los escaparates. La cultura general de signo humanista formaba parte del repertorio de las clases medias, en cuyos salones los bustos de Goethe y Beethoven se colocaban directamente debajo del retrato del emperador, cuando no lo reemplazaban. Además, para algunos industriales acaudalados, como Karl Wittgenstein, el padre del filósofo Ludwig Wittgenstein, ser un mecenas generoso era cuestión de honor.

Para el doctor Sigmund Freud (1856-1939), el médico cuyo ascenso profesional se había anunciado en el *Wiener Zeitung* del dieciocho de marzo de 1902, la dicotomía entre principio moral y realidad social era algo natural. Había crecido en Viena y sabía todo lo que había que saber de ese clima de falsedad. Hijo de un esforzado comerciante judío, Freud se había abierto camino y llegó a ser un médico moderno —y de moda— cuya reputación se apoyaba en los estudios que había hecho en París con el prestigioso psiquiatra Jean-Martin Charcot y en su capacidad para escuchar a los pacientes sin que lo escandalizara nada de lo que le contaban. A su consulta de la Berggasse acudían miembros de la buena sociedad vienesa, en su mayoría afectados por alguna enfermedad que no podía tratarse con métodos convencionales.



Hombre de familia: Sigmund Freud con sus nietos.

Sigmund Freud con sus nietos, 1922 (Mary Evans Picture Library)

En su juventud Freud había querido dedicarse sólo a la investigación, y se concentró en la fisiología de los testículos de la anguila; su tesis doctoral trató sobre las disfunciones de la médula ósea de los peces inferiores. De esas criaturas de las profundidades el científico pasó al cerebro humano, a experimentar con la cocaína y a visitar al profesor Charcot en París, donde estudió lo eficaces que podían ser el enfoque psicológico de la enfermedad mental y un diagnóstico y una cura que, basados en el discurso de los pacientes en análisis, apuntaran a encontrar las razones emocionales de sus síntomas y su comportamiento. Sus propios intereses ya lo habían llevado en una dirección similar, hacia una cura en la que la palabra ocupaba el lugar de los escalpelos y extirpaba

los tumores incontrolables de la imaginación con vistas a eliminarlos y restablecer una constitución sana.

Fue alrededor de 1895 cuando Freud descubrió el punto de Arquímedes con el que creyó poder trastocar el universo de la mente. Él, que sabía escuchar, había observado que antes o después sus pacientes hablaban de desórdenes sexuales, de deseos o temores, y que el simbolismo de lo que le contaban apuntaba con fuerza en dirección a la sexualidad. Sin embargo, no se quedó ahí y dio otro paso crucial, tal como explicó en una carta a su colega y entonces amigo íntimo Wilhelm Fliess: «¿Ya te he comunicado, de palabra o por escrito, el gran misterio clínico? [...]. La histeria es la consecuencia de un *miedo sexual* presexual. La neurosis obsesiva es la consecuencia de un *placer sexual* presexual que más tarde se transforma en [auto]reproche.»[5] Así, Freud daba a entender que todas las aflicciones del alma eran, de hecho, sexuales, y hundían sus raíces no en la experiencia reciente, sino en recuerdos sepultados, recordados a medias o reprimidos. En consecuencia, la cura verbal que él concebía tendría que utilizar los mismos métodos de los arqueólogos que buscan estructuras ocultas bajo metros de escombros acumulados, verdades profundas escondidas tras una nueva fachada. Y estaba convencido de que esas verdades llevarían indefectiblemente hacia sentimientos sexuales considerados inaceptables, hacia deseos prohibidos, ideas incestuosas, celos sexuales y miedo.

En Viena, una teoría así no podía sino tener una repercusión particular. *La théorie, c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister*; la teoría está muy bien, pero no impide que las cosas existan [6], había dicho Charcot, el profesor de Freud: una afirmación herética en el contexto vienes. Y el joven médico lo había tomado al pie de la letra;

aun si la teoría o las convenciones sociales decretaban que los impulsos conflictivos no existían, que las personas tenían que ser racionales y morales y que el honor residía en el cumplimiento del deber, los impulsos prohibidos eran, no obstante, reales, y reprimirlos sólo podía resultar en un conflicto interno. El choque entre los deseos y las necesidades de la sociedad, del orden y la decencia, conducían a la represión, a la sublimación y el desplazamiento de deseos y emociones de los que el sujeto puede incluso no ser consciente.

En *La interpretación de los sueños* (1899; fechada en 1900), Freud apuntaba que el conflicto destructivo entre valores conscientes y deseos subconscientes se resolvía en los sueños:

... el sueño demuestra que lo reprimido perdura también en los hombres normales y puede desarrollar funciones psíquicas.

El sueño es una de las manifestaciones de lo reprimido [...]. Lo reprimido que, estorbado en su expresión y separado encuentra en la vida nocturna y bajo el dominio de las formaciones transaccionales medios y caminos de llegar a la conciencia [...]

Pero la interpretación onírica es la via regia para el conocimiento de lo inconsciente en la vida anímica.[7]
[***]

Los sueños mandan en el inconsciente, un territorio de la mente profundo e incontrolable semejante al mar «oscuro como el vino» de Homero. La mente racional debe llenarse con ideas normativas y buenas intenciones, pero si la razón y el subconsciente tiran en direcciones opuestas, la personalidad termina desgarrándose. El resultado puede ser una neurosis, un desplazamiento de las necesidades

subconscientes que se expresa en una variedad de síntomas. El papel del psicoterapeuta consiste en sacar a la luz los orígenes ocultos por medio de preguntas y con una cuidada orientación a la vez que da libertad al paciente (el que sufre) para que maneje racionalmente sus pulsiones:

Persiguiendo el análisis del sueño llegamos a un conocimiento de la composición de este instrumento, el más maravilloso y enigmático de todos. A un conocimiento muy limitado, es cierto, pero que da el primer impulso para llegar al corazón del problema, partiendo de otros productos de carácter patológico. La enfermedad [...] no tiene como antecedente necesario la ruina de dicho aparato y la creación en su interior de nuevas disociaciones. Debe explicarse dinámicamente, por modificaciones de las energías psíquicas.[8]

La conclusión obvia de esta teoría fue que todo «funcionamiento normal» era una mentira concebida únicamente para disimular una verdad molesta, a saber, que el funcionamiento de la sociedad misma descansaba en la represión de lo individual, en una negación del placer. Asimismo Freud dedujo que el motor de la sociedad humana es económico; puesto que no hay alimento suficiente para mantener a sus miembros sin que necesiten trabajar, el número de miembros de la sociedad no debe aumentar, y la energía, en lugar de centrarse en lo sexual, debe dedicarse al trabajo. Esa es la angustia eterna, la angustia primera de la vida (*Lebensnot*) y no ha desaparecido.

La sociedad como gran sueño colectivo ideado para forzar a la gente a ser útil en lugar de disfrutar de sí misma y satisfacer la función primaria (sexual) impuesta por la

naturaleza: en el contexto de la política vienesa, esta teoría se leía como un comentario a la realidad austrohúngara.

Sigmund Freud decidió, ya en su juventud, no ser filósofo, sino un clínico, un científico. Por suerte, su interés por lo metafórico lo apartó del laboratorio, y es a Freud el filósofo a quien debemos la obra auténticamente pionera e influyente; casi de pasada, su análisis de la estructura de la personalidad y de las experiencias de la temprana infancia negaron la ideología tradicional dominante —la Ilustración europea—, en la que todo entendimiento y toda moral se basan en la razón y sólo en la razón. Ya en el siglo XVIII Immanuel Kant había afirmado que somos incapaces de conocer de verdad el mundo exterior porque todo conocimiento de ese mundo se basa en la percepción, y toda percepción, en la estructura y la limitación de nuestros sentidos y en la manera en que estos nos comunican el mundo. Para Kant, el único conocimiento auténticamente seguro debe, por lo tanto, encontrarse dentro de la mente misma: la ley moral universal que gobierna nuestros juicios y nuestras acciones, una ley que sólo puede descubrirse con la razón.

La teoría freudiana del desarrollo de la personalidad contradecía de plano esa noble idea. La moral no es en absoluto universal, afirmó Freud, sino un producto del narcisismo. Cuando la «perfección narcisista» de la primera infancia se abre a un mundo lleno de prohibiciones y limitaciones, la pérdida se experimenta como un fallo personal, se instala la culpa y, en su lucha por reconquistar el paraíso, el yo desarrolla normas como la conciencia, la higiene y la compasión. Así, la moral misma tiene un origen sexual, y su estructura depende de las contingencias de la experiencia personal. En el análisis final, no había ley universal, sólo pulsiones y culpa, representados por

metáforas internas: el superyó normativo, el yo racional y, apoyando y socavando todo, el territorio ilimitado del instinto y el placer: el ello. Según Freud, la moral era aún más radicalmente contingente y subjetiva que la percepción. Nadie podía afirmar que descubría o actuaba a partir de principios universales, pues estos sólo son una proyección del fallo neurótico de no poder igualar la perfección de la vida en el útero.

Podría decirse que la experiencia de vivir en Viena, la ciudad de las lenguas en conflicto y los feudos nacionalistas, contribuyó a abolir la ficción de los valores universales y la moral racional. La fidelidad de Freud al texto (en sus interpretaciones de sueños, cada palabra, cada inflexión y cada detalle tienen importancia y significado) lo predestinó a leer entre líneas, y su insistencia a ese respecto puede ser también un legado no reconocido de los métodos y las actitudes de la enseñanza judía. Freud no había recibido educación judía, pero su padre había crecido en un entorno ortodoxo y los paralelos entre la enseñanza talmúdica y el análisis freudiano son sorprendentes. En ambos, el texto (de la Biblia, de un sueño) es sagrado a pesar de toda su aparente arbitrariedad, el lenguaje ocultaría más secretos de los que revela y el texto se ha de interpretar a la luz de otros textos y de principios que pueden adquirirse mediante la rigurosa aplicación de la observación erudita. En ambos también, las estructuras profundas se revelan en medio de una multitud aparente de signos y símbolos. Pese a la actitud rigurosamente secular de Freud, que lo convirtió en uno de los críticos de la religión más radicales de su tiempo, la línea que separa al médico del rabino es delgada y, a menudo, permeable.

Desde la perspectiva actual, el método freudiano ha demostrado ser más útil para analizar universos sociales y literarios que para el tratamiento de pacientes individuales; ni siquiera sus propios pacientes consiguieron la mejora espectacular que prometía el maestro, y muchos recayeron una vez terminadas las sesiones. Vista desde la perspectiva de su tiempo, la crítica freudiana de las fachadas social y personal era subversiva en extremo. En una sociedad que dependía aún más que otras de las apariencias y las convenciones para ocultar la falta de soluciones a cuestiones insolubles en su seno, el médico judío afirmó que toda convención era corrosiva para el alma, que la sociedad sólo era un mal necesario y que los productos más anárquicos de la imaginación eran representativos de realidades profundas. Pero, si la moral de una sociedad se basa en una represión y una violencia psíquica capaces de enfermar a sus miembros y retorcerles la mente, ¿qué valor tiene?

¿Y qué decir del individuo? ¿Podría realmente darse el caso de que toda cultura no fuese otra cosa que una sublimación de los instintos «más bajos», de cosas de las que posiblemente no se pueda hablar en presencia de señoras, cosas de las que muchas jóvenes no sabían nada antes de llegar al tálamo nupcial? ¿Qué pasa con los impulsos oscuros e indecibles del alma humana y, en especial, del alma de niños inocentes? ¿No cabía definir una teoría así de liso y llano ataque a la moral? En una ciudad que tanto se esforzaba por guardar las apariencias, esas ideas planteaban preguntas sin respuesta.

Hay paralelismos obvios entre las teorías de Freud y la obra de artistas y filósofos vieneses. Las novelas de la época contaban cómo las rígidas convenciones sociales destrozaban y distorsionaban a los individuos; por ejemplo,

torturaban al héroe epónimo de *Los extravíos del colegial Törless* (Robert Musil, 1906), testigo de las sádicas costumbres de una academia militar donde se forman oficiales del imperio, y eran más visibles en la obra de otro gran «diagnosticador» del alma vienesa, Arthur Schnitzler, también médico y judío. En una de sus novelas cortas, que lleva como título el nombre de su protagonista, un verdadero antihéroe, el teniente Gustl pasa una noche de angustioso insomnio anticipando un duelo sin sentido en el que va a batirse para defender su honor a causa de un malentendido sin mayor importancia. En otra, un monólogo interior, una joven, la señorita Else, se enfrenta a la exigencia de su padre, en bancarrota, que quiere obligarla a que se acueste con uno de sus acreedores. «Lo mandan a uno a la escuela, y en casa a aprender francés y piano, y los veranos a pasarlos en el campo», reflexiona la protagonista acerca de su educación; «pero lo que ocurre dentro de mí, lo que dentro de mí se atormenta y tiene miedo, ¿os habéis interesado alguna vez por eso?»[9] No, no se habían interesado. En el contexto de la buena sociedad vienesa, el acto mismo de formular esa pregunta era una herejía.

Schnitzler, que conocía y admiraba a Freud, quien a su vez también lo admiraba, se propuso, como objetivo de toda su obra, mostrar a esas personas reprimidas y desconcertadas tanto en la página impresa como en el escenario, presentando las neurosis como electrones que giran alrededor de un núcleo vacío, incapaces de controlar su trayectoria, propulsadas por fuerzas invisibles y a menudo sin saber si duermen o están despiertos. Toda tentativa de escapar de la rigidez de la convención se contrarresta en el acto. En la obra en tres actos titulada *La llamada de la vida* (1906), una joven, Marie, intenta que entre un poco de aire

fresco en el salón, pero su padre la reprende cuando ve que en ese momento pasan por la calle soldados a caballo.

PADRE: ¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Me podría morir!

MARIE: El aire está caliente, y el médico siempre dice que aquí no se puede respirar.

PADRE: ¡Respirar! ¿Y por eso abres las ventanas así, de repente? ¡Respirar! ¿Crees que no sé qué quieres de verdad? Sí, ahí pasan, orgullosos, jóvenes, sanos... ¡sanos y jóvenes hoy! ¡Ja! Vivimos en el centro de la ciudad; ¡aquí la vida pasa por delante! [10]

Imposible confiar en las apariencias en una sociedad en la que las ventanas del alma tenían que cerrarse con fuerza para que la tentación se quedara fuera. Que los impulsos reprimidos quieren salir a la luz fue una de las afirmaciones básicas de Freud, y si no pueden articularse directamente, encontrarán otra manera de hacerlo. Todo lo que se dice, se imagina o se hace estará teñido por esos impulsos centrales no reconocidos.

La conclusión que hay que extraer es que las palabras y los gestos siempre representan algo oculto, que lo dicho tiene también un significado distinto, y que toda acción, en última instancia, está paralizada por el conflicto interior, como en *El hombre sin atributos*, novela en que la «gran acción patriótica», la celebración de un aniversario imperial, termina perdiéndose en una maraña de deliberaciones, consultas y comités. Al irónico Musil le divertía infinitamente la capacidad de sus compatriotas a la hora de procrastinar y disimular. En cambio, a otros escritores les

resultaba más difícil manejarse con la poca fiabilidad de las palabras que ellos mismos empleaban. Hugo von Hofmannsthal, la joven estrella literaria de Viena, vivió tan atormentado por esa desconfianza en el lenguaje, que dejó de escribir poemas. «En una palabra, mi caso es este», le hizo decir a su protagonista en la *Carta de lord Chandos* (1902), «he perdido por completo la capacidad para pensar o hablar sobre algo de manera coherente.»[11] El lenguaje se había vuelto contra el poeta. «De pronto los conceptos que afluían a mi boca adquirieron una coloración tan irisada...», [****] que el protagonista de Hofmannsthal únicamente encontraba solaz cuando se quedaba solo y en silencio.[12]

Como había demostrado Freud, y como había sentido Hofmannsthal, no se podía confiar en el lenguaje para expresar la verdad. El filósofo políglota Fritz Mauthner (1849-1923) sabía hasta qué punto la traducción literal entre lenguas distintas puede ser imposible, y sospechó básicamente de lo que se podía y de lo que no se podía decir con palabras. Después de observar que los conceptos y sus connotaciones presentaban diferencias sutiles en todas las lenguas que conocía y usaba, Mauthner investigó la capacidad del lenguaje para transportar un significado unívoco. La experiencia es única e inmediata, y en cuanto recibe un nombre pierde esas cualidades fundamentales, sostuvo Mauthner, y en las *Contribuciones a una crítica del lenguaje* (1901-1903) necesitó tres gruesos tomos para explicar que la lengua es incapaz de transmitir el contenido del pensamiento: uno de los logros más paradójicos de la filosofía occidental.

El proyecto filosófico de Mauthner culminó en un misticismo que lo abarca todo, pero sin dios. Ernst Mach (1838-1916) tomó la dirección contraria. Distinguido

científico y profesor de física experimental en la universidad alemana de Praga, diseccionó no sólo el lenguaje, sino también la experiencia y la personalidad. En el análisis final sólo reconoció la existencia de una corriente ininterrumpida de sensaciones fisiológicas; todo lo demás sólo era una masa de suposiciones infundadas, un *shoal* gigantesco de pistas falsas filosóficas. Las sensaciones lo eran todo: «En cuanto percibimos que esas supuestas unidades llamadas “cuerpo” y “yo” sólo son recursos de urgencia ideados para la orientación provisional y para fines prácticos definidos (para que podamos asir cuerpos, protegernos contra el dolor, etc.), en muchas investigaciones científicas más avanzadas nos vemos obligados a abandonarlas por insuficientes e inapropiadas.»

Abandonar la ficción del yo inmutable (también una metáfora filosófica del vacío que imperaba en el corazón de Austria-Hungría) tuvo consecuencias dramáticas. Mach afirmó: «Hay que abandonar al yo. Es, en parte, la percepción de este hecho y, en parte también, el miedo que provoca, lo que ha dado origen a los muchos excesos de pesimismo y optimismo y a numerosos absurdos religiosos, ascéticos y filosóficos. A largo plazo no podremos cerrar los ojos a esa sencilla verdad, que es el resultado inmediato del análisis psicológico.»[13] Lo único que existía era la fisiología; todo lo demás era mentira, imaginación, ahí fuera no había ninguna verdad ni realidad oculta, y, ciertamente, no había creador. El hombre no es más que una masa de percepciones sumamente inestables que crean la impresión de personalidad, una tesis adoptada y popularizada por el escritor austriaco Hermann Bahr en su célebre ensayo *Das unrettbare Ich* («El yo insalvable», 1907).

Si el lenguaje no estaba necesariamente del lado del hablante e influencias externas se inmiscuían en la ficción del yo, entonces también el lenguaje de la música estaba condenado a resultar afectado. Los compositores vieneses se situaron en la primera línea de la investigación cultural de la percepción, de la falta de fiabilidad del lenguaje y sus reglas subyacentes. Basándose en el mundo de sonidos imaginado por su compañero de estudios Hans Rott (fallecido en 1884 a la edad de veinticuatro años), el joven Gustav Mahler (1860-1911) compuso la *Primera sinfonía* (1888), que, con un solo tono unísono tocado por las cuerdas e interrumpido por reclamos de aves que finalmente aportan movimiento a un sonido inmóvil, daba la imagen perfecta de un mundo que parece surgir gracias a estímulos externos. Más adelante en la misma sinfonía, otros fragmentos del mundo exterior crean conflictos musicales dramáticos: una marcha militar (de niño, Mahler había vivido junto a un campo de instrucción), una danza, sonidos de la naturaleza..., el mundo recreado como un interior impresionista. Para escapar de las complicaciones y las contradicciones del análisis, en las sinfonías siguientes el compositor empleó la sencillez infantil de los textos de canciones populares.

Mahler dramatizó el conflicto entre la experiencia directa y la forma (sinfónica) convencional. Compositores como Arnold Schönberg (1874-1951) y sus amigos y discípulos Alban Berg y Anton Webern dieron un paso más. Como Mauthner, investigaron la estructura y la función de su lenguaje —la música— tratando de reducirlo a su forma más elemental, la serie de doce semitonos que conforman una octava completa. Más que en el yo romántico y ricamente ornamentado de la tradición clásica, confiaban en la verdad irrefutable de las estructuras basadas en la forma más

sencilla posible. Todos ellos eran compositores talentosos del último estilo romántico, pero se apartaron de la dulzura sofocante del cromatismo wagneriano en busca de un método que ofreciera rigor matemático, aunque no siempre satisfacción emocional. Si el yo era poco más que una trampa del lenguaje, entonces mejor basar la creación artística en la solidez de una estructura racional.



Gustav Mahler, relajado durante un veraneo.

El escepticismo filosófico respecto del lenguaje, la realidad y la capacidad de las palabras para comunicar eficazmente conoció sus extremos conceptuales con Ludwig Wittgenstein (1889-1951). Educado en la casa paterna, en un ambiente muy cercano a la élite artística e intelectual del país, Ludwig eligió proseguir los estudios en el entorno agradable y positivista de Cambridge, donde Bertrand Russell y G.E. Moore eran entonces los dioses reinantes de la filosofía analítica. Espíritu inquisitivo con el empuje mental de un mártir medieval, el filósofo se retiró a un fiordo noruego en busca de una paz que, en 1913, le permitió formular las ideas centrales de la que luego sería una de las obras filosóficas más influyentes —el *Tractatus Logico-Philosophicus* (publicado en 1921)—, en la que se dedicó a esbozar en frases de rigor casi matemático la medida en que el lenguaje puede servir de instrumento para la comunicación coherente.

En ese contexto, y con la atención puesta en la manera en que se pueden y deben decir las cosas, el estilo y la elegancia literaria tuvieron su propio ángel de la guarda en el airado Karl Kraus (1874-1936), periodista cuya obra consiste en una compilación de comentarios maliciosos sobre escritos ajenos. «La gente aún piensa que el contenido humano puede ser excelente a pesar del mal estilo, y que la disposición moral puede establecerse independientemente de este», escribió Kraus, «pero yo sostengo [...] que nada es más necesario que destruir a esas personas convirtiéndolas en pasta de papel igual que se hace con los libros. Otra posibilidad sería instaurar un Parlamento de la Lengua, y dar una recompensa, como se da por cada víbora, por cada tópico que se mate.»[14]

Nada más apropiado para desesperar a Kraus que la falta de cuidado estilístico, las malas metáforas y las frases

hueras; y es un testamento elocuente del clima intelectual de su época el que un hombre que hoy podría enviar un torrente de furiosas cartas al director tuviera su propia revista, *Die Fackel* («La antorcha»), que, además, escribía completamente solo. Mientras que en otros países, especialmente en los Estados Unidos, se construía sobre una fe sólida y casi religiosa en las palabras y en la verdad que se ocultaba detrás de ellas —el principio mismo de la publicidad, entonces en el comienzo de su reinado con vallas por todo el continente—, los pensadores de la monarquía doble y plurilingüe estaban paralizados por el escepticismo respecto de las palabras que empleaban. Por otra parte, esa lucha con la verdad le confirió a la búsqueda de la verdad una importancia casi espiritual.

La ética del estilo

El estilo fue una cuestión de integridad moral para una joven generación de artistas en abierta rebelión contra los modos de representación heredados. «La vida empezó a cambiar», escribió el crítico Hermann Bahr (1863-1934), «pero el espíritu seguía siendo el mismo, viejo e inmóvil, y no se agitaba ni se movía, y ahora sufre sin remedio porque está solo y abandonado por la vida. El pasado es grande, a menudo hermoso. Diremos solemnes oraciones fúnebres por él.»[15]

El arquitecto Adolf Loos (1870-1933) había trabajado durante unos años en Chicago, en el estudio de Louis Sullivan, el creador de algunos de los primeros rascacielos del mundo, como el Guaranty Building de Buffalo (1895), y cuya estética estrictamente funcionalista fijó nuevos estándares para su tiempo. El joven arquitecto vienés era un

ferviente admirador del espíritu escéptico anglosajón y de la actitud «si se puede, se hace», que había descubierto en los Estados Unidos, un contraste flagrante con la inercia endémica de la Viena de los Habsburgo. Talentoso y ambicioso, Loos ardía de deseos de dejar su impronta y llevar el evangelio de la pureza estética al corazón de la capital del imperio. Trabajó con ahínco para que se fijaran en él y así ganarse una reputación como modernizador de la arquitectura, y finalmente su esfuerzo se vio recompensado cuando le encargaron construir un banco en una ubicación única y privilegiada, en el centro mismo de la ciudad, directamente enfrente del palacio imperial (Michaelerplatz) y todo su esplendor hipóstilo del siglo ^{xix}, sus estatuas de Hércules, vasos ornamentales y *putti* neobarrocos. Y Loos supo que había llegado su oportunidad.



Una afrenta al imperio: la «casa sin cejas», de Adolf Loos, frente al palacio de Hofburg.

Cuando en 1910 quitaron los andamios del nuevo edificio de Goldman & Salatsch y el público pudo contemplarlo por primera vez, la prensa se hizo eco de una amplia protesta y el ayuntamiento ordenó que se paralizaran las obras. Ante la alta presencia de Su Majestad, al otro lado de la plaza, el edificio era de una funcionalidad casi agresiva, sin ningún

adorno, sin fachada. No había héroes desnudos y musculosos aguantando los marcos de las ventanas; tampoco niños alados, ninfas o arreglos florales para embellecer algo que podía parecer chocante por su desnudez. En cambio, sí había columnas rectas de mármol verde en la entrada, pero encima, nada... salvo hileras de ventanas cuadradas. En este caso, la pasmosa falta de respeto por los sentimientos de la familia imperial pareció particularmente escandalosa. El archiduque Francisco Fernando juró que nunca más iba a entrar en palacio por la puerta de la Michaelerplatz, y el propio emperador decretó que se corrieran todas las cortinas siempre que él se retirase a una habitación con vistas al ofensivo edificio.

Pero al arquitecto no le daba miedo escandalizar, y arrojó el guante a la vieja guardia confrontándola directamente con las nuevas ideas. Según Loos, el arte y la arquitectura debían emanciparse de la tiranía del mal gusto y la hipocresía inherentes a la estética de clase media.

Cuanto mejor imita uno, más lo apoya el público. El profundo respeto a los nuevos materiales, el signo más claro de que nuestro pueblo ha llegado al estatus de nuevo rico, no permite otra cosa [...]. En las obras arquitectónicas de las últimas décadas ha imperado la imitación. El papel pintado está hecho de papel, pero eso había que ocultarlo a toda costa; de ahí que se lo estampara como si fuese damasco de seda, un gobelino o una alfombra. Las puertas y ventanas son de madera blanda. Pero, como la madera dura es más cara, había que pintarlas como si fueran de madera dura. El hierro tenía que imitar al bronce o al cobre con pintura de esos colores. Sin embargo, frente al hormigón, un logro de nuestro siglo, la impotencia era total. Puesto

que en y de por sí el cemento es un material magnífico, cuando se lo empleaba sólo se pensaba en una cosa: ¿qué se puede imitar con esto?[16]

Atrapado en un mundo de mentiras tácitas, de imitación tal cosa y *faux* tal otra, Loos sostenía que la arquitectura y el diseño tenían que redescubrir la honestidad de la forma. «Estos muebles carecen de estilo», había escrito en señal de aprobación sobre unas sillas vanguardistas en 1898; «no son ni egipcios ni griegos ni románicos ni góticos; tampoco renacentistas o barrocos. Todo el mundo puede verlo de inmediato; son muebles de 1898. Es un estilo que no durará. Después de él, se pondrá de moda el estilo de 1899, y será completamente distinto.»[17] La falta de honestidad y la ornamentación eran dos caras de la misma moneda, una moneda que, además, era falsa. Loos llegó al extremo de escribir que la ornamentación era un crimen.

He descubierto algo y se lo he ofrecido al mundo: la evolución de la cultura equivale a eliminar la ornamentación de los objetos de uso corriente [...] Puesto que la ornamentación (vestigio de una cultura anterior animista) ya no tiene conexión orgánica con nuestra cultura, ya no es expresión de esa cultura. Los ornamentos de hoy no tienen conexión alguna con nosotros, ni con el orden del mundo. Está atascada en el pasado.[18]

Tales planteamientos eran algo más que una mera propuesta artística; eran una cuestión política. Si Loos fue el arquitecto más espectacular y provocador de entre los rebeldes (el edificio de la Michaelerplatz no pudo terminarse hasta 1912 porque él consintió en instalar jardineras en las ventanas), el caso más sorprendente posible es, quizá, la conversión de Otto Wagner (1841-1918), sucesor de los

sumos sacerdotes de la arquitectura de la Ringstrasse y uno de los arquitectos más importantes, prolíficos y creativos de Austria-Hungría. Ningún arquitecto había diseñado espejismos historicistas más grandiosos y hermosos que los suyos. En los planos para la reestructuración completa de Viena (que nunca se llevó a cabo), la visión de Wagner parece una versión aséptica de Piranesi, con sus majestuosas bóvedas e ideas espléndidas y sus nobles columnas de reluciente mármol blanco, verdaderas obras maestras del arte historicista. Después de ese desmadre épico y muy aplaudido, un auténtico atracón de belleza del pasado, llegó lo que Wagner describió como la «resaca artística», la consecuencia de la gran comilona esteticista.

Cuando cambió su estilo y, con ello, también el curso de la historia de la arquitectura, Wagner ya tenía casi sesenta años, una edad en que la mayoría de sus colegas pensaba en retirarse. Ya había rediseñado el sistema de transportes de Viena y demostrado que las necesidades de una ciudad moderna y el diseño funcional y elegante se podían combinar con buenos resultados: sus estaciones de metro y los dos puentes sobre el Danubio aún siguen en pie como monumento a su arte, igual que varios bloques de apartamentos repartidos por toda la capital del antiguo imperio. Consolidado como el realizador más inteligente, enérgico y suntuoso de las utopías retrógradas de la alta burguesía, su clase social, en sus magníficos apartamentos neorrenacentistas, en los que no se dejaba ni un solo detalle al azar, cualquier profesor, cualquier banquero, podía sentirse un Médicis.

Wagner siempre había reflexionado y escrito sobre temas como forma y función, sobre la idea de que «nada que no sea práctico puede ser hermoso»[19], y de que sólo con una

comprensión profunda de la finalidad de cada elemento arquitectónico se podían crear obras de auténtica belleza. Mientras que Adolf Loos había rechazado toda ornamentación y derribado literalmente la fachada de sus propios edificios, Wagner fue más lejos y enseñó la elegancia y la belleza de los elementos constructivos bien diseñados.

Al entrar en la Caja Postal de Ahorros (Postsparkasse, 1903/1904), en el centro de Viena, es imposible no exultar de júbilo al descubrir la pureza de sus formas arrolladoras, el techo de cristal en arco, la sensación de luminosidad y austera belleza, los conductos de aluminio que parecen piezas de una escultura abstracta. El estilo de Wagner no era mero funcionalismo, como el de Loos, ni como, años después, el de Le Corbusier y sus discípulos; sino una unión simbólica de belleza y utilitarismo, mejor modulada y sin privilegiar nunca a ninguno de esos dos elementos. En la batalla por el alma estética de la ciudad del siglo ^{xx}, espacios como la Caja Postal eran posiciones definidas y ocupadas. Para Loos estaba en juego la moral de una civilización, lo cual no era poco, y muchos de sus colegas pensaban como él.

Ninguna forma artística es más pública que la arquitectura, y ninguna más política: podemos elegir no leer un libro o no entrar en una galería, pero es mucho más difícil no ver ciertos edificios o partes de una ciudad. A medida que avanzó el conflicto estético y generacional entre el historicismo y las primeras fases de la modernidad, la pugna dejó huellas visibles en ciudades de todo el mundo, modelos de una manera distinta de pensar la belleza y la naturaleza humana. En los Estados Unidos, gran fuente de inspiración para espíritus innovadores como el de Loos, ciudades libres del peso de la tradición, en combinación con las posibilidades que ofrecían los nuevos materiales de

construcción (el acero mejorado, el hormigón armado) y elementos como la perfección del ascensor, ya habían dado a luz una clase de edificio absolutamente nueva: el rascacielos. Europa siguió el ejemplo con construcciones basadas en el acero, como el Royal Liver Building (Liverpool, 1911). La estética moderna se reafirmó con fuerza alrededor de 1910. En 1909, el arquitecto Peter Behrens construyó una sala de turbinas para la próspera fábrica alemana AEG (Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft); el edificio también fue un monumento al diseño funcional que anunciaba la producción en serie. Por su parte, el edificio de oficinas de Fagus, junto a Hannover, diseñado por un joven Walter Gropius en 1914, es de una austeridad funcionalista que luego demostró ser auténticamente profética.



Construida para un nuevo mundo: la sala de turbinas de AEG en Berlín, obra de Peter Behrens.

Catorce años después de la orgía historicista de la Exposición Universal de 1900, la nueva estética ya había llegado. Sin embargo, esos extremos de pureza artística no fueron el único camino, y el desarrollo de las artes fue, en todas las disciplinas, cuestión más de diversificación que de evolución: compositores como Sibelius, Elgar, Puccini y Max Reger trabajaron al mismo tiempo que Schönberg y Debussy, dos músicos mucho más innovadores; grandes pintores «convencionales», como Max Beckmann o Iliá Repin, crearon a la par que rebeldes como Malévich y Kandinsky. En arquitectura, la gama se extendió —geográfica y artísticamente— desde los maestros de la forma orgánica, como Antoni Gaudí y Josep María Jujol i Gibert, en Barcelona, a interpretaciones modernas de formas tradicionales, presentes en las obras de Fiódor Shejtel y Vladímir y Gueorgui Kosiakov en San Petersburgo y Moscú.

En Viena, la arquitectura y la pintura hicieron causa común en la lucha por conseguir una síntesis de forma y función. El edificio, semejante a un templo, que Joseph María Olbrich construyó en 1898 para el grupo de artistas Secesión, reafirmó esa asociación. A tiro de piedra de la augusta y neorrenacentista Academia de las Artes y sus profesores (que podrían haber cambiado el curso de la historia si hubieran admitido en sus aulas al joven Adolf Hitler, que en 1907 solicitó en vano ingresar en la academia), era una abierta declaración de rebeldía contra las figuras consagradas del arte.



Líneas duras: el edificio Fagus, obra de Walter Gropius, no deja espacio para el historicismo.

Uno de los miembros fundadores del grupo Secesión fue el pintor Gustav Klimt (1862-1918), y tras una conversión artística similar a la de Wagner. Toda época necesita su genio escandaloso, y con sus largas túnicas, su sucesión de líos amorosos y su erotismo pictórico, a veces más que explícito, Klimt fue el apóstol de una vida más libre. Fuera o no auténtica su excentricidad, al maestro se le toleraron sus debilidades; atrajo a un sinnúmero de admiradores y consiguió enormes sumas por sus obras. Como Wagner, Klimt hizo hincapié en la naturaleza simbólica de su obra, y el suyo era un simbolismo peligroso y sugerente. *Nuda veritas*, la «verdad desnuda», era el lema del grupo que él había contribuido a formar, y cuya publicación periódica, *Ver Sacrum*, ponía el acento en la verdad artística por encima de las convenciones académicas. La verdad de Secesión era sensual y subversiva, y su reclamo seductor socavaba la perfecta fachada social de Viena. Los retratos mitológicos de Klimt (algunos de ellos con rasgos de mujeres de la «buena

sociedad») dijeron adiós al decoro característico de la época, que tan bien envolvía los cuerpos en formas antinaturales y metros y más metros de telas exquisitas. La desafiante lascivia que mira desde esos lienzos ya no se conformaba con bañarse recatadamente en el estanque de la leyenda; antes bien, estaba decidida a explorar profundidades ocultas que era más prudente negar por mor de la buena educación. Las ninfas del arte académico habían nacido para excitar desde una distancia segura, pero las nuevas diosas ponían al público frente a su propio deseo y, lo que era más escandaloso aún, con el de las mujeres retratadas.



Una diosa burguesa: la seductora *Judith* de
Gustav Klimt.

Gustav Klimt, *Judith*, 1901. Österreichische
Galerie Belvedere, Viena (Bridgeman Art

La reivindicación de la verdad por parte de Secesión llevaba implícita una paradoja. Un retrato que se vale de todas las habilidades de un prestidigitador de la pintura académica podía terminar mintiendo al espectador al crear una impresión que, pese a todo su realismo, era tan falsa como una fachada rebuscada. Los secesionistas ya no confiaban en el naturalismo como mejor manera de representar mundos interiores. Si querían penetrar en la verdad interior (el núcleo de los deseos y las experiencias, creían ellos), tenían que estilizar los objetos y utilizar el espacio plano de la mitología presentando arquetipos y volviendo a un pasado libre del dominio de la moral cristiana y burguesa. En el cartel de Klimt para una exposición del grupo, ese programa se expresa de modo inequívoco. Teseo y el Minotauro, Palas Atenea con la cabeza de la Medusa en el escudo..., ahí estaban los principios masculino y femenino en sus encarnaciones más nobles y más terribles, estilizados para volver a conectarlos con el mundo icónico de las pinturas de los vasos griegos. Sin embargo, su golpe maestro más asombroso —y una provocación a todos los académicos y todos los miembros de las clases medias, con sus salones literalmente atestados de cachivaches y adornos— fue el centro del afiche, que el artista dejó en blanco, un vacío desafiante que, en el contexto del macho y la hembra mitológicos, planteaba tantas preguntas inquietantes como cualquiera de los libros de Freud, un vacío que también hacía pensar en el que se podía encontrar en el corazón de Austria-Hungría.



El sexo y el vacío en el centro del asunto: cartel de Gustav Klimt para el grupo Secesión.

Gustav Klimt, portada de *Ver Sacrum*, revista del grupo vienés Secesión, 1898; Historisches

Si Klimt sabía provocar desde la seguridad de quien cuenta con el apoyo de la sociedad progresista, su joven amigo Egon Schiele (1890-1918) fue aún más lejos en sus exploraciones (véanse las láminas). En la explicitud existencialista de Schiele no había excitación ni curvas seductoras que atrajeran a los caballeros de cierta edad. Sus criaturas eran angulosas, respiraban solas en el momento mismo del abrazo, privadas de la protección de la mitología que Klimt había concedido a sus figuras, y expuestas a la mirada despiadada del vivisector. Todo lo que había sido tabú, lo que no se podía decir ni enseñar —el sexo, el voyeurismo, la masturbación—, todo lo que se practicaba en secreto pero se negaba en público, Schiele lo expuso con pocas pinceladas, y lo expuso para que todo el mundo lo viera. Esas figuras miran el mundo con los ojos bien abiertos, asustadas o desafiantes, e incluso cuando tocan a alguien son poco más que ramas muertas de un tronco consumido. Esas manos no transmiten la calidez de la proximidad humana, no asen el mundo. Como los filósofos que dudaban de la capacidad de comunicación del lenguaje, que ya no era un asidero, Schiele no permitió a sus personajes que se tocaran.

En sus obras, hasta las últimas fachadas terminan derribadas, y destruidos los últimos lugares seguros del alma, y podría afirmarse que lo que el joven genio formuló (Schiele murió a los veintiocho años, tres días después que su mujer, durante la epidemia de gripe de 1918) no fue un mundo desesperado, sino un lugar de extraña y descarnada belleza.

El arte de Schiele tenía ecos de una sensualidad que es un motivo constante en la cultura vienesa, y del deseo de una generación joven que ansiaba volver a los elementos estrictamente esenciales de la vida y construirlo todo desde los primeros principios. Pintor y dramaturgo, Oskar Kokoschka trabajó en una línea similar, igual que otro joven artista de entonces, Richard Gerstl, que más tarde se suicidó por amor a Mathilde, la mujer de Arnold Schönberg, que decidió quedarse con su marido tras una breve pero apasionada relación con el pintor.

En 1902 Sigmund Freud ya llevaba años esperando una plaza de profesor. A la vista de su antigüedad en la profesión (por no mencionar su brillantez como innovador), hacía tiempo también que debía haberla conseguido, y cuando finalmente se la concedieron el médico vienés recibió la noticia con sarcasmo: «El entusiasmo popular es enorme. Me llueven flores y felicitaciones, como si de repente Su Majestad hubiera reconocido oficialmente la importancia de la sexualidad, como si el consejo de ministros hubiera ratificado la importancia de los sueños y los dos tercios del Parlamento aprobado la importancia del tratamiento psicoanalítico de la histeria.»[20]

A Freud le amargó especialmente que el nombramiento no fuese por sus méritos, sino otro logro de las «influencias», esa red tan habsbúrgica y tan viva entre un puñado de privilegiados y que él siempre había despreciado. Se había ganado el ascenso sólo porque uno de sus pacientes, de la alta sociedad, prometió donar una pintura muy valiosa a una galería pública, el proyecto mimado del entonces ministro de Educación. Freud pensó que, si su paciente hubiera tenido

una obra aún más preciada, podrían haberle ofrecido una cátedra. Perfectamente consciente del provincianismo mezquino que durante tanto tiempo lo había perjudicado, siempre se expresó con gran ambivalencia respecto de Viena y los vieneses. Había basado su teoría del subconsciente en la investigación internacional más reciente, había viajado mucho y devorado la literatura científica antes de formular sus ideas. Pese a todo ello (y lo mismo puede aplicarse a todos los grandes saltos científicos de la historia), su pensamiento fue un producto de su entorno y su tiempo.

Todo súbdito del imperio habsbúrgico era un Edipo bajo la aplastante figura paterna del emperador; todo paseo por la ciudad y toda velada en el teatro reforzaban la idea de la peligrosa dicotomía entre fachada y estructura, entre vida pública y privada. En ese mundo, todo funcionario con patillas como las del emperador era un ejemplo de sentimientos sublimados, y una «dulce muchacha» coqueta en una sombrerería, una señal de que esos sentimientos seguían luchando por aflorar. En ninguna otra parte como en Viena, la cultura judía, la tradición talmúdica de respeto por la palabra escrita y el análisis textual riguroso, llegó a ocupar un lugar tan importante en el pensamiento de la sociedad. En ninguna otra parte había en el aire un olor tan penetrante a decadencia, un olor que agudizaba los sentidos y estimulaba el análisis de las causas que conducían a la muerte del sujeto.

La verdad desnuda miraba a la sociedad vienesa a la cara, y eso a la sociedad vienesa no le gustaba. La intelectualidad admiraba las obras de vanguardia y disfrutaba con ellas (aunque los conciertos con obras de Schönberg en el programa tendían a provocar disturbios), pero la mayor parte de los buenos burgueses de la capital estaban de

acuerdo con el príncipe heredero Francisco Fernando, quien, después de visitar una exposición de los secesionistas, pasó a la historia cuando dijo: «A estos granujas habría que partirles hasta el último hueso.» La monarquía doble, escribió Karl Kraus, era «una estación experimental del fin del mundo»[21], y no hay nada más suntuoso y colorido que el cielo durante el Crepúsculo de los Dioses.

IV. 1903: UNA EXTRAÑA LUMINISCENCIA

Pocos neoyorquinos se dan cuenta de que, a través del rugido de la gran ciudad, pasan sin cesar mensajes entre personas separadas por grandes distancias, y que por encima de las azoteas e incluso a través de las paredes de los edificios y en el aire mismo que se respira, hay palabras que escribe la electricidad.

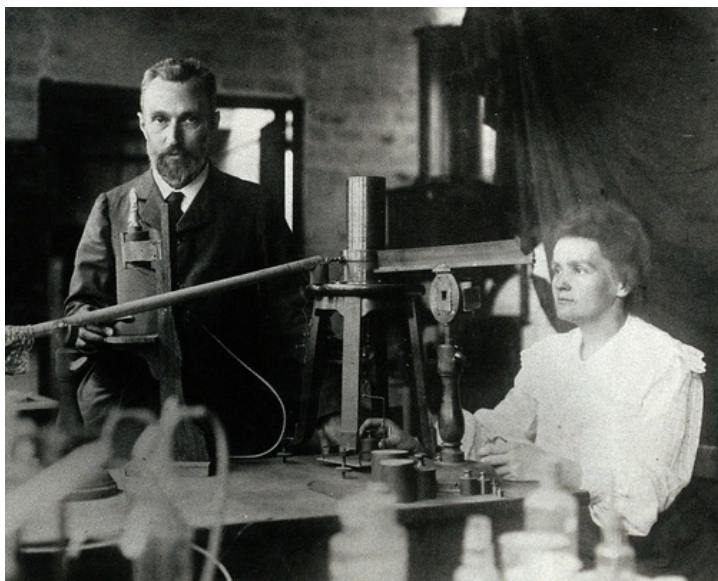
The New York Times, 21 de abril de 1912

Cuando Maria Sklodowska (1867-1934), Manya para los amigos, llegó a París en 1891, desde Polonia, resuelta a proseguir sus estudios, ya estaba acostumbrada a nadar contra corriente, o, mejor dicho, a que la corriente nadara contra ella. Nacida en Varsovia en 1867, creció en un país y en una familia marcados por una historia de ocupación y revueltas. Su abuelo, patriota y republicano, había apoyado el levantamiento de 1864 contra el régimen zarista, y había visto cómo su carrera quedaba destrozada a consecuencia de las brutales represalias rusas que culminaron en el ahorcamiento de los líderes de la rebelión de la ciudadela de

Alejandro. Los cadáveres quedaron expuestos durante meses a los elementos, pudriéndose y comidos por los cuervos, un cruel recordatorio de que el zar estaba decidido a aplastar toda oposición. El padre de Manya, Wladyslaw Sklodowski, era un republicano y ateo ferviente cuyas convicciones le reportaron una carrera frustrada; los oficiales rusos le asignaron plazas de profesor cada vez más humillantes y mal pagadas, de modo que al final le resultó casi imposible mantener a una familia con cuatro hijos y una esposa obligada por la tuberculosis a viajar al extranjero y pagarse prolongadas y costosas estancias en sanatorios. Maria perdió a su madre en 1877, cuando sólo tenía diez años. Poco había sido el cariño que los niños recibieron de su madre. Aun estando con ellos, no los tocaba, y comía en una vajilla aparte por temor a infectarlos.

Manya decidió muy pronto ser científica y estudiar en París. Incapaz de pagarse el viaje y los gastos de mantenimiento, hizo un pacto con su hermana mayor: ella trabajaría de institutriz para permitir que la hermana estudiara si después esta se hacía cargo de ella cuando le llegara el momento de ingresar en la universidad. Durante esos años en provincias, María demostró ya la determinación y la independencia que caracterizaron toda su vida; además de sus obligaciones como institutriz, enseñaba a niños del campo polaco a leer y escribir en su lengua materna, algo que, según la ley rusa, era una traición penada con largos años de exilio. En 1891 Manya Sklodowska se subió a un tren equipada con ropa, un colchón de plumas, comida, agua y un taburete para el largo viaje. Tenía veinticuatro años. Dos días después llegó a París, a la Gare du Nord, donde la recibió su hermana. Manya, que en adelante se hizo llamar Marie, viviría a partir de ese día sin temor a la represión

política, y podría hacer realidad su sueño de estudiar e investigar. En París su vida cambió, y llegó a ser una científica pionera, famosa en el mundo entero junto con su marido, el físico Pierre Curie (1859-1906).



Matrimonio de mentes: Pierre y Marie Curie.

Marie y Pierre Curie, 1904 (Getty)

Todo esto ha llegado a ser parte de la leyenda Curie, igual que los acontecimientos que siguieron: los pacientes años de estudio enclaustrada en una buhardilla sin calefacción del Barrio Latino (según ella, el apartamento de su hermana ofrecía muchas distracciones); largas horas de práctica para llegar a dominar el francés a la perfección, y su encuentro con Pierre Curie, científico brillante e idealista; luego el amor, el matrimonio y una extraordinaria colaboración entre ambos. Tras dedicarse a temas relacionados con el magnetismo, Marie Curie llegó a tener una intuición fuera

de lo común para la investigación científica. En 1897 asistió a un encuentro en la Academia de Ciencias durante el cual el físico Henri Becquerel comunicó a sus colegas un fenómeno interesante e inexplicable, descubierto en el curso de sus estudios sobre el fenómeno más en boga de la época, los rayos X. Mientras investigaba una posible conexión entre los misteriosos rayos invisibles y distintos materiales luminiscentes, Becquerel había observado que el uranio parecía emitir una clase de radiación distinta a la de los rayos X y que daba la impresión de ser una propiedad del material mismo. Los científicos allí reunidos lo escucharon y luego pasaron a discutir otros asuntos, básicamente ponencias sobre los rayos X, su naturaleza y posibles aplicaciones.

El comentario de Becquerel excitó la curiosidad de Marie Curie, que decidió investigar el fenómeno; la decisión la condenó a la oscuridad, pues el interés de la ciencia, las becas de investigación y las oportunidades de hacer carrera estaban en otra parte. Los rayos X eran el tema que más pasiones científicas desataba en la Europa de fin de siglo.

Dos años antes, el físico alemán Contad Wilhelm Röntgen (1845-1923) había hecho un misterioso descubrimiento. Mientras trabajaba con un tubo de rayos catódicos —un tubo de cristal con una alta carga de electricidad en su interior—, Röntgen observó que una placa a la que había aplicado una capa de platinocianuro de bario, el material empleado para detectar la luz ultravioleta, empezaba a fosforescer si se colocaba en la trayectoria de descarga de los rayos, en sí invisible. Gracias a otros experimentos descubrió que los rayos invisibles sombreaban las placas fotográficas y que los objetos interpuestos entre el cátodo y la placa dejaban en esta marcas que mostraban los tejidos más densos con

mayor claridad que los más difuminados. El espectacular efecto se vio con más nitidez cuando Röntgen le pidió a su mujer que pusiera la mano delante de la pantalla. Una vez revelada la placa, la mano se vio perfectamente: la carne era un tenue contorno alrededor de los huesos, y la alianza de matrimonio parecía flotar en el esquelético anular. El investigador había descubierto por casualidad un medio para penetrar en los secretos más profundos del cuerpo humano sin siquiera cortar la piel.

Röntgen era consciente de haber descubierto algo extraordinario, pero fue prudente a la hora de hacerlo público. Envío algunas copias de las placas a otros investigadores, pero hubo uno que filtró la imagen a la prensa. Cuando el periódico londinense *The Standard* la publicó el veinticuatro de enero de 1896, el revuelo fue inmediato y extraordinario. Los rayos X hicieron furor en los ambientes médicos, se pusieron de moda y se los consideró una panacea. Como Röntgen se había negado a patentar el invento, la máquina de rayos X, pronto hubo copias en funcionamiento en todas partes. Apenas un año después salieron al mercado treinta diseños distintos, empleados para diagnóstico, para combatir infecciones y el cáncer y para matar bacterias; un científico llegó a sugerir que la luz invisible podía usarse para «blanquear a los etíopes» y permitir así que los africanos tuvieran la piel clara de sus amos coloniales europeos.



Aparición fantasmal de una mano bajo la
máquina de rayos X.

Pero los nuevos rayos también tuvieron otro aspecto, más siniestro este. Al hacer que todo cuerpo viviente se asemejara a un esqueleto, se convirtieron en un *memento mori* de la técnica puntera, una orden susurrada en la oscuridad: «Recuerda que morirás.» El acto de entrar en uno de esos aparatos casi místicos y someterse al procedimiento, con los ruidos alarmantes que lo acompañaban, pasó a ser, para muchos pacientes, un momento surrealista de la verdad. El médico se convirtió en el mago que oficiaba una ceremonia en el límite entre la vida y la muerte, como la

describe Hans Castorp cuando, en *La montaña mágica*, de Thomas Mann, entra en el «gabinete de la transiluminación» del sanatorio para tuberculosos al que ha ido a visitar a su primo Joachim, que tiene que pasar una revisión médica:

Reinaba allí un olor muy peculiar. Un aire enrarecido llenaba la estancia. Instalada entre las dos ventanas tapadas con cortinajes negros, la cabina dividía el laboratorio en dos partes de distinto tamaño. Se distinguían aparatos de medicina, cristales cóncavos, cuadros de mandos eléctricos, instrumentos de medida, una caja semejante a un aparato fotográfico sobre un chasis con ruedas, y placas de cristal alineadas en las paredes hasta el punto de que uno no sabía si estaba en el estudio de un fotógrafo, en una cámara oscura, en el taller de un inventor o en la cocina de una bruja entusiasta de la tecnología. [...]

Hans Castorp vio miembros: manos y pies, rodillas, muslos, piernas, brazos y caderas. Sin embargo, los redondeados contornos de aquellos fragmentos de cuerpo humano no eran más que una sombra borrosa; una niebla extraña, un fantasmagórico halo que envolvía un núcleo perfectamente reconocible, nítido y de un blanco refulgente: el esqueleto. [...]

En ese momento, el ayudante accionó las palancas correspondientes del panel. Durante dos segundos entraron en acción las terribles fuerzas necesarias para atravesar la materia: corrientes de miles de voltios, de cien mil voltios, creyó recordar Hans Castorp. Apenas sometidas por el hombre, aquellas potentísimas corrientes buscaron una vía de escape. Sonaron descargas como disparos. Una chispa azul vibró en la punta de un aparato. Grandes relámpagos subieron

crepitando a lo largo del muro. En algún lado, una luz roja, semejante a un ojo silencioso y amenazador, vigilaba la habitación, y, a la espalda de Joachim, un matraz se llenó de un líquido verde. Luego todo se fue tranquilizando, los fenómenos luminosos se desvanecieron y Joachim soltó el aire suspirando. Ya estaba...[1] [*]

De pronto el mundo se vio ante una ciencia que rayaba en lo milagroso, una revelación tanto en sentido analítico como religioso, y si el poder oculto de los rayos X subyugó al gran público, también fascinó a los científicos: en los años inmediatamente anteriores a 1900, el 60 % de las ponencias leídas en la Academia de Ciencias de París versaban sobre el tema. Henri Becquerel decidió investigar una posible conexión con cualidades conocidas de la materia. Durante la producción de rayos X, los tubos de vacío emitían una luz tenue parecida a la fosforescencia de ciertas sustancias que brillaban en la oscuridad tras ser expuestas a la luz. Investigador capaz, y pilar del *establishment* científico francés, Becquerel se encontraba en una posición ideal para llevar a cabo esos estudios, pues era director del Museo de Historia Natural de París, igual que lo habían sido su padre y su abuelo, y tenía un extenso número de muestras a su disposición. A fin de comprobar si esas sustancias fosforescentes también emitían rayos X, primero las expuso a la luz y luego las colocó encima de una placa fotográfica para ver si producían una sombra de radiación.

Utilizando para ello sales de uranio fosforescentes, Becquerel ya había programado su experimento cuando el mal tiempo lo obligó a interrumpirlo, y decidió sencillamente guardar las sales en un recipiente, envolver la placa fotográfica en tela negra para evitar cualquier

exposición, y esperar hasta disponer de luz solar suficiente. Cuando volvió a sacar el paquete, descubrió, para su sorpresa, que la placa fotográfica había resultado expuesta aun sin luz. El uranio parecía emitir una radiación desconocida para la ciencia. El descubrimiento le pareció interesante, pero no lo bastante importante para distraerlo de la investigación de los rayos que había descubierto Röntgen.

Marie Curie, entonces estudiante de doctorado en busca de un proyecto —vivía del modesto salario que ganaba dando clases en un instituto de formación profesional para mujeres—, había escuchado a Becquerel con gran interés. Esa forma desconocida de radiación le pareció importante, y decidió aceptar el desafío. Además de sus obligaciones como profesora, y pese a haber dado a luz a una niña cuyo cuidado recaía casi exclusivamente en ella, encontró el tiempo necesario para entrar en uno de los procesos de descubrimiento científico individual quizá más laboriosos y agotadores que vio el siglo ^{xx}.

Como ella misma recordó más tarde, trabajó en condiciones terribles:

La Facultad de Física no podía ofrecernos instalaciones adecuadas, pero a falta de algo mejor, el director nos permitió usar un cobertizo abandonado que había sido el gabinete de disección de la Facultad de Medicina. El techo de cristal no era una buena protección contra la lluvia; en verano el calor era sofocante, y una estufa de hierro a duras penas paliaba el crudo frío del invierno, y sólo si nos pegábamos a ella [...]. Ni hablar de conseguir los aparatos necesarios que entonces solían usar los químicos. Solamente teníamos unas viejas mesas de madera de

pino con hornos y quemadores. Las operaciones químicas que implicaban producción de gases irritantes teníamos que hacerlas en el patio adyacente, y el gas también inundaba a menudo el cobertizo. Fue con ese equipo como comenzamos nuestro agotador trabajo.

[...] Una de nuestras alegrías era entrar en la sala de trabajo por la noche; entonces percibíamos por todas partes las tenues siluetas luminosas de las redomas o de las cápsulas que contenían nuestros productos. Era una vista realmente encantadora, siempre nueva a nuestros ojos. Los tubos brillaban y parecían lucecitas débiles y mágicas.[2]

Para saber más cosas de la misteriosa radiación hacía falta encontrar sustancias que la emitieran y purificarlas, algo que en la naturaleza sólo se daba en conjunción con otros elementos, en especial sales o compuestos metálicos. Becquerel ya había descubierto que el aire expuesto a los «rayos de uranio» podía conducir electricidad. Utilizando un complicado instrumento desarrollado por su marido para medir corrientes muy débiles, Marie pudo demostrar la presencia de radiación determinando el grado en que el aire de su laboratorio era ahora capaz de transportar una corriente eléctrica.

Curie investigó todos los elementos conocidos e hizo dos descubrimientos cruciales: primero, que además del uranio, también el torio parecía emitir radiación; segundo, que pese a tener propiedades químicas muy distintas, varios compuestos con los dos elementos demostraban tener la misma cantidad de radiación. Y la científica concluyó que no era la estructura molecular de una sustancia radiactiva lo que determinaba la fuerza de la radiación, sino la cantidad

de uranio o torio que contenía. En otras palabras, puesto que el uranio y el torio son átomos específicos, partes de la tabla periódica, la radiación tenía que ser una propiedad del átomo, no de la estructura molecular. Fue un descubrimiento revolucionario. Si los átomos, hasta entonces considerados la unidad de materia más pequeña posible, eran capaces de emitir rayos, su estructura tenía que ser más compleja de lo que hasta entonces se había calculado.

De todas las sustancias radiactivas probadas, la pecblenda, un mineral rico en uranio que se encuentra principalmente en Joachimsthal (hoy, Jáchymov, República Checa), parecía ser el candidato más probable para seguir adelante con la investigación, sobre todo porque tenía una cualidad misteriosa, a saber, la de ser más radiactivo que el uranio puro, lo cual indicaba que contenía otros elementos desconocidos hasta la fecha. Junto con Pierre Curie, que abandonó sus investigaciones para trabajar con ella, Marie se dedicó a conseguir grandes cantidades de pecblenda (le fue de gran ayuda una donación generosa de mineral, si bien no desinteresada, hecha por la Academia de Ciencias de Austria-Hungría) y descomponerla en sus elementos individuales procediendo a molerlos y disolverlos en ácido para luego cristalizar una y otra vez distintos compuestos. Uno de esos compuestos destacó entre los demás, y en 1898 los Curie se sintieron lo bastante seguros para presentar sus investigaciones, afirmando que «en consecuencia, creemos que la sustancia que hemos extraído de la pecblenda contiene un metal desconocido hasta la fecha, parecido al bismuto en sus propiedades analíticas. Si se confirma la existencia de ese nuevo metal, sugerimos que se lo bautice polonio, nombre del país de origen de uno de nosotros»[3]. Ese mismo año publicaron también un segundo hallazgo: los

compuestos de hierro contenían otro elemento nuevo, aún más radiactivo, al que llamaron radio.

El Premio Nobel

La tesis doctoral de Marie Curie, que explicaba de modo resumido el descubrimiento de un nuevo elemento con cualidades desconocidas, causó sensación en los círculos científicos. Los miembros de la Academia de Ciencias de París creyeron que el trabajo merecía el Premio Nobel, pero en lugar de recomendar a la joven investigadora propusieron a Pierre Curie y Henri Becquerel para un premio *ex aequo*. La noticia de que le habían concedido el Nobel se le notificó debidamente por correo al señor Curie, que se negó a aceptarlo. Dijo sentirse honrado por la propuesta, pero que la contribución principal era de su esposa, y que él no podía recibir la distinción sin ella. Después de unas negociaciones un punto precipitadas, el comité permitió que Pierre compartiera su parte del premio con Marie, laureada con el Premio Nobel de Física de 1903 por el descubrimiento del radio.

Con todo, Marie estaba tan acosada por la mala salud, que no pudo viajar a Estocolmo para estar presente en la ceremonia de entrega, y una vez más el marido le demostró lealtad. En su discurso de aceptación, Pierre esbozó las esperanzas y los temores asociados al nuevo elemento:

... el radio podría llegar a ser muy peligroso en manos criminales, y cabría preguntarse si la humanidad se beneficia de conocer los secretos de la naturaleza, si está lista para sacar partido de ellos o si ese conocimiento no será perjudicial para el hombre. El ejemplo de Alfred Nobel sirve muy bien a esta

argumentación, pues el potente explosivo que descubrió ha permitido construir obras maravillosas; pero también es un medio de destrucción en manos de los grandes criminales que conducen a los pueblos a la guerra. Soy uno de los que cree, con Nobel, que la humanidad conseguirá, con los nuevos descubrimientos, más cosas buenas que malas.[4]

El premio les reportó a los Curie fama internacional y finalmente les permitió también trabajar en mejores condiciones. Pierre obtuvo una plaza de profesor en la Sorbona, con laboratorio privado incluido. Con todo, la fama repentina tuvo también su parte menos agradable. Los medios de comunicación se interesaron por la pareja, por el descubrimiento y por la extraordinaria mujer que había vencido a los hombres en su propio juego gracias a una inteligencia y una perseverancia casi sobrehumanas. Hubo cenas y ceremonias, entrevistas, visitas de periodistas, lo que en conjunto fue una molesta distracción que perjudicó las investigaciones del matrimonio. Con sus cualidades aparentemente maravillosas, el radio había atrapado la imaginación de la opinión pública.

Los Curie eran más felices lejos de todo ese circo, inmersos en su trabajo. Pierre llegó a atarse un cristal de sales de uranio en el brazo derecho para observar los efectos, y descubrió que la quemadura que producían dejaba una cicatriz gris que no cerraba ni transcurridas tres semanas; también le gustaba llevar en el bolsillo del chaleco una pequeña cantidad de uranio para enseñarles a los amigos sus propiedades fosforescentes. Sin saberlo, los Curie estaban envenenándose sin remedio con dosis masivas de radiactividad.

Sin embargo, cuando la desgracia se abatió sobre uno de los mayores equipos científicos de la historia, la radiación sólo tuvo algo que ver en la medida en que había dejado a Pierre Curie exhausto. En 1906, el lunes de Pascua, el científico cruzó una calle muy transitada. Llovía, y el paraguas le impidió ver que se acercaba un carro cargado de pertrechos militares. Curie cayó al suelo y una de las ruedas traseras le aplastó el cráneo. Pocos días después del funeral, su mujer, deshecha, escribió en su cuaderno: «Mi Pierre, no puedo dejar de pensar en ti. La cabeza me arde como un fuego y siento que estoy perdiendo la razón. No puedo entender que tenga que vivir sin ti, sin verte, sin sonreírle al querido compañero de mi vida.»[5] Pero Marie salió adelante, y no abandonó nunca sus investigaciones pese a varios años de mala salud y una oleada de hostilidad contra ella por parte de la prensa conservadora francesa. Y en 1911 recibió un segundo Premio Nobel por sus investigaciones en el campo de la radiactividad. Murió en 1934 a causa de una leucemia provocada por la radiación.

La disolución de las certezas

La ciencia es un buen lugar para los venidos de fuera. Un mirador insólito a veces permite divisar cosas que otros no alcanzan a ver. Desde su Polonia natal, Marie Curie había logrado introducirse en el corazón de la clase científica francesa. Hubo otro científico talentoso que había crecido en una granja productora de patatas en Nueva Zelanda. Niño precoz e investigador de talento, había estudiado en Christchurch y solicitado una beca para proseguir sus estudios en Cambridge. Cuenta la leyenda que estaba en el campo cosechando cuando se enteró de que se la habían

concedido. Entonces se incorporó y dijo: «Esta es la última patata que cosecho.»

Ernest Rutherford (1871-1937) investigó el fenómeno de la radiación para entender la naturaleza misma de la materia, la estructura del átomo. En experimentos realizados conjuntamente con el joven danés Niels Bohr (1885-1962), Rutherford había observado que una lámina de oro ultradelgada expuesta a la radiación permitía el paso de la mayor parte de los rayos alfa (una de las tres clases de radiación emitida por las sustancias radiactivas) mientras una pequeña cantidad de partículas alfa parecía rebotar contra la superficie de la lámina. Rutherford pensó que sólo había una explicación posible, a saber, que los átomos no fueran lo que se había pensado que eran. Hasta entonces, y para usar la imagen de Rutherford, los átomos se habían imaginado como si fueran un pudín de ciruelas: sólidos y homogéneos, con unos pocos electrones dispersos por dentro, como monedas antiguas de seis peniques o pasas sultanas. Sin embargo, ningún átomo así dejaría pasar los rayos alfa, que son relativamente débiles. Eso sólo sería posible si un átomo fuese realmente un espacio en su mayor parte vacío, si se pareciese más a un sistema solar que a un pudín y toda su masa estuviera comprimida en un núcleo semejante al sol y diez mil veces más pequeño que la órbita de los electrones que rodean y definen el volumen del átomo. Pero resultó que la materia no era ni sólida ni inmóvil, y sí, en parte, una energía en movimiento constante. De hecho, no había nada estacionario en el mundo; a nivel atómico, todo era velocidad y energía, constelaciones formadas por miríadas de partículas que se arremolinaban y cruzaban a toda velocidad el espacio vacío, bombardeándose e interponiéndose recíprocamente en el

camino y poseedoras de una energía y una carga eléctrica ilimitadas.

La relación entre materia y energía, o la convergencia de ambas, también fue el tema que estudió en sus horas extras otro científico *outsider*, un «experto de tercera clase» de la Oficina de Patentes suiza, con sede en Berna, llamado Albert Einstein (1879-1955), que formuló, desde una perspectiva teórica, una visión del mundo que consolidó los descubrimientos de científicos como Röntgen, Rutherford y los Curie. No obstante, sus dudas no se referían a un asunto tan banal como la composición de la materia, sino a la naturaleza del tiempo y el espacio. Después de Einstein, el mundo ya nunca fue el mismo.

Los avances teóricos, la mejora de los instrumentos y la observación de estrellas remotas y de campos electromagnéticos, habían llevado al límite los conceptos físicos de entonces y puesto al descubierto ciertas lagunas de los modelos científicos del mundo. Y un problema preocupaba especialmente a los investigadores: para explicar el movimiento de la luz y de las ondas eléctricas por el espacio, la ciencia había postulado, mucho tiempo antes, la existencia de un medio, el éter. Al igual que los impulsos sonoros hacen vibrar el aire aun siendo incapaces de desplazarse en el vacío (la ausencia de gases), las ondas luminosas y la electricidad, que pueden viajar en el vacío, seguramente debían de necesitar el éter invisible para propagarse.

En consecuencia, detectar el éter y demostrar su existencia pasó a ser uno de los principales desafíos de la física. El más célebre de todos esos intentos fue el llamado experimento de Michelson-Morley. La hipótesis de estos dos científicos fue la siguiente: si en su órbita alrededor del sol la

tierra se movía a través del éter cósmico, entonces las distintas velocidades de la tierra al volar por el éter en su órbita elíptica (mayor cuando se acerca hacia los dos extremos; más lenta cuando casi los alcanza) deberían dar mediciones diferentes para la velocidad de la luz vista desde la tierra, igual que un ciclista que avanza contra el viento sentiría que el viento sopla a una velocidad mayor que otro que pedalea con el viento a favor. Así como los dos ciclistas que avanzaban en la tormenta en direcciones contrarias podían determinar la velocidad del vendaval encontrándose en un bar a comparar notas, utilizando sus mediciones divergentes para añadir la velocidad de cada uno de ellos a la velocidad del viento medida durante la marcha —o restarla de dicha velocidad— para calcular así la velocidad real, Michelson y Morley pensaron que podían establecer la velocidad de la tierra en relación con el éter empleando las diferentes velocidades de la luz previamente medidas.

El experimento se basó en uno de los principios fundamentales de la física clásica, a saber, la llamada invariante de Galileo. En el siglo ^{xvii}, el físico italiano había postulado que las leyes de la física eran las mismas para todos los observadores, fuera cual fuese el movimiento de estos en el tiempo y el espacio. Si un hombre cayera de la Torre de Pisa y otro, desde el suelo, lo observara, los dos medirían el mismo tiempo de caída (aunque el que cae puede tener preocupaciones más urgentes que mirar el reloj), pues el tiempo era un factor absoluto para ambos.

El experimento se llevó a cabo con instrumentos muy complejos contruidos especialmente para ese fin, pero el resultado siempre fue insatisfactorio. Independientemente de la velocidad de la tierra en su órbita, de la hora del día o el momento del año, la velocidad de la luz siempre era la

misma. No obstante, si la velocidad de la luz no dependía de la velocidad del planeta desde el que se observaba, una de dos cosas tenía que ser cierta: o el experimento fallaba debido a una causa desconocida, o las leyes de la física no se cumplían en todas las circunstancias tal como las habían formulado Newton y Galileo. Los científicos se encontraban en un *impasse*: las descripciones de los cuerpos en movimiento, y de la naturaleza del espacio y el tiempo, contradecían los fenómenos observados. En lo tocante a la velocidad de la luz y su movimiento en el espacio y el tiempo, los físicos habían perdido la capacidad de hacer predicciones exactas, es decir, lo que se define como proposiciones científicas.



Albert Einstein, una revolución en la física moderna.

El genio de Einstein reside en el valor intelectual de abstraer una teoría del espacio y el tiempo a partir de la realidad observable; en una palabra, de atreverse a pensar lo impensable. En 1899, Albert Michelson, cuyo experimento resultó tan obstinadamente inútil, había dado un ejemplo perfecto de la convicción de muchos de los físicos de la época cuando afirmó: «Todas las leyes y todos los hechos fundamentales más importantes de la ciencia física ya se han descubierto, y hoy están tan firmemente establecidos, que es sumamente remota la posibilidad de que alguna vez sean

suplantados a raíz de nuevos descubrimientos [...] Nuestros descubrimientos del futuro hay que buscarlos en el sexto lugar de los decimales.»[6] Seis años antes de que, abierta en canal, la física se viera obligada a comprender el mundo de un modo completamente nuevo, uno de sus principales protagonistas daba el caso por cerrado.

Rebelde intelectual desde su primera juventud, Einstein no se dejó intimidar por esa ortodoxia. Antes bien, dedujo que si Michelson y Morley no habían encontrado lo que buscaban, era porque habían pensado en una escala demasiado pequeña, porque no habían liberado su análisis del ámbito de la experiencia humana. Imaginemos al pobre hombre que cae de la torre inclinada de Pisa y al amigo que lo observa. El tiempo de la caída podía parecerles el mismo a los dos, pues la distancia de la torre al suelo y la velocidad de la caída son, en el contexto cósmico, minúsculas; en cambio, trasladadas a una escala superior, el cuadro sería completamente distinto.

Si el que cae sobrevive, pero después tiene la mala suerte de que lo embarquen en una nave espacial pionera y lo lancen hacia una estrella lejana a, supongamos, la mitad de la velocidad de la luz, ocurrirá algo muy extraño: mientras que el astronauta no nota diferencia alguna en el paso del tiempo, los relojes de a bordo parecerían más lentos que los de un observador que se ha quedado en la tierra. Imaginemos una nueva constelación en el cielo, una cadena de relojes estelares colocados en el universo a intervalos regulares. El reloj de bolsillo del astronauta (que, milagrosamente, no se dañó al caer de la Torre de Pisa) continuaría indicando la hora como siempre, y un observador inmóvil que mirase a dos relojes cósmicos equidistantes también los vería hacer tictac a un ritmo

constante, y dar la misma hora, porque la luz que viaja desde los relojes hasta su ojo tarda la misma cantidad de tiempo. Sin embargo, en la nave la historia sería otra: al pasar junto a uno de los dos relojes, la nave ya se encontraría con la luz que viaja hacia ella desde el otro reloj a mitad de camino (viaja a la mitad de la velocidad de la luz) y, en consecuencia, recibiría esa señal antes, y lo mismo pasaría con todos los relojes que fuera encontrando. Para el viajero, los relojes situados fuera de la nave se moverían más rápido y el tiempo transcurriría más rápido también, mientras que a bordo se mantendría constante.

El observador inmóvil notaría lo contrario: en la nave espacial el tiempo parecería dilatarse, un efecto que aumentaría a medida que la nave se aproximase a la velocidad de la luz. De hecho, el tiempo no es un valor absoluto, ni los relojes avanzan de la misma manera para todos nosotros. El tiempo es relativo, y depende del movimiento de cada observador, aunque ese efecto sólo se observe a grandes velocidades. Una persona que cae de la Torre de Pisa podría medir el mismo tiempo que un observador inmóvil; no así una persona a bordo de una nave espacial.

Esa elegante noción le permitió a Einstein explicar por qué Michelson y Morley no habían podido medir variaciones en la velocidad de la luz en relación con la velocidad de la tierra. Mientras que el tiempo medido es relativo para el observador, la velocidad de la luz es, en realidad, una constante, y la dilatación del tiempo a altas velocidades significa que la velocidad de la luz no es relativa a la velocidad del observador, sino que siempre da el mismo valor: 299 792 458 metros por segundo. Ningún objeto con masa puede alcanzar esa velocidad (pues para conseguirla

haría falta una energía infinita), pero cuanto más pueda un objeto acercarse a ella, más lento transcurrirá el tiempo respecto de un observador fijo o de un observador que se mueva a menos velocidad, y se anulará el diferencial entre el movimiento del objeto en relación con la velocidad de la luz. Si bien el movimiento de la tierra por el espacio-tiempo es mucho más lento que el de la luz, una dilatación mínima del tiempo invierte cualesquiera variaciones posibles en la velocidad de la luz tal como se mide en la tierra.

Publicada en 1905 en la revista *Annalen der Physik*, la teoría especial de la relatividad, como dio en llamarse, convirtió al joven empleado de la Oficina de Patentes en una estrella de los círculos científicos. Einstein había liberado al espacio y al tiempo de la experiencia humana, de viejas maneras de entender el mundo. En lugar de la percepción, Einstein eligió la coherencia lógica, y demostró así que las teorías anteriores no podían funcionar porque se habían basado en una concepción errónea del espacio y el tiempo, una concepción basada en el estrecho ancho de banda de velocidades mucho más lentas que la velocidad de la luz. Lo que hace que la aportación de Einstein sea tanto más significativa es el hecho de que la mayoría de los conceptos físicos y matemáticos subyacentes a su teoría ya existían, aunque ninguno de sus colegas había tenido el valor intelectual para dar un decisivo paso más hacia lo desconocido. Científicos como los Curie y Rutherford, el alemán Max Planck y el danés Niels Bohr ya habían empezado a demostrar que la naturaleza de la materia no era lo que parecía. Con Einstein, el espacio y el tiempo mismos se transformaron.

Hay una similitud obvia entre la relatividad radical del espacio y el tiempo postulada por Einstein y el

impresionismo epistemológico de Ernst Mach, mencionado en el capítulo anterior, que reducía el mundo, e incluso el yo, a un agregado individual de sensaciones que podían dar la impresión de ser sólidas e inamovibles aunque no lo fuesen en absoluto. Otro paralelo —o precedente— filosófico se había publicado quince años antes, en 1889; nos referimos a la gran obra del francés Henri Bergson (1859-1941), *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Bergson argumentó que el tiempo era un rehén del espacio. Medir el tiempo según el movimiento en el espacio, en la esfera de un reloj, era convertir el tiempo, la duración de la experiencia pura, de la cualidad pura, en sujeto de la tiranía de la cantidad, del contar y el pesar. Según Bergson, la duración pura tal como se experimenta no tiene nada que ver con el espacio ni con la distancia entre un agujero diminuto y otro en una esfera. La experiencia de la duración es algo totalmente distinto, una dilación y una contracción constantes, ora pasando como un rayo, ora pasando a una velocidad terriblemente lenta:

Si sigo con los ojos, en la esfera de un reloj, el movimiento de la aguja que corresponde a las oscilaciones del péndulo, no estoy midiendo, como podría pensarse, una duración. Lo único que hago es contar momentos simultáneos, que es algo muy distinto. Fuera de mí, en el espacio, nunca hay sino una posición única de la aguja y del péndulo, pues de sus posiciones anteriores no queda nada. Dentro de mí se realiza un proceso continuo de organización y de penetración mutua de los hechos de conciencia, y eso es lo que constituye la verdadera duración.[7]

Tras someter a mediciones en el espacio la experiencia de la duración vivida, la cultura occidental había convertido la

experiencia en esclava de la áspera cultura espacial de los hechos y las cifras, de los centímetros y las toneladas. Lo que Bergson dio a entender era que, por el bien del éxito en el comercio y en la ciencia, la civilización se privaba de su libertad más fundamental.

Para el filósofo francés, la conciencia tenía que depender de la memoria para crear un cuadro coherente del mundo, y, al hacerlo, la mente, por asombroso que parezca, funcionaba como una cámara de cine, proyectaba imágenes estáticas para dar la ilusión de movimiento continuo, de identidad:

Pero si suprimimos mi conciencia, [...] la materia se resuelve en un sinnúmero de vibraciones, ligadas todas sin solución de continuidad, todas solidarias entre sí, y corriendo en todas las direcciones como escalofríos. [...] Restablezcamos ahora mi conciencia [...] las mil posiciones sucesivas de un corredor se contraen en una sola actitud simbólica que nuestro ojo percibe, que el arte reproduce y que pasa a ser, para todo el mundo, la imagen de un hombre que corre.[8]

A Bergson le habrían gustado las líneas de *El corazón de las tinieblas* (1902), de Joseph Conrad, en las que el narrador cree ver momentos puros, no mediatizados, en la asfixiante noche africana: «... una figura oscura proyectaba su sombra en la entrada iluminada de la cabaña del director y se desvanecía; luego, un segundo después más o menos, la entrada misma también se desvanecía.»[9] En el calor de la noche africana sólo había formas, impresiones procesadas para formar un mundo coherente (y, según Ernst Mach, una personalidad) por medio de los mecanismos de la mente.

Cuando los científicos destrozaron el mundo objetivo y lo dejaron reducido a valores relativos y fuerzas invisibles, llevándose por delante la materia y el tiempo como si fueran

dos jarrones Ming que decoraban el salón de una tía ya mayor, la filosofía y las artes recogieron los añicos y se dispusieron a organizarles un suntuoso funeral. El filósofo norteamericano William James (1842-1910), hermano del novelista Henry James, les cortó las alas a sus colegas cuando afirmó que incluso la verdad era relevante si, y solamente si, podía demostrarse que tenía un efecto beneficioso: es verdad lo que es bueno para uno. Para James, más allá de esa definición pragmática sólo había caos y escolástica.

Si la verdad era únicamente una ficción útil, entonces también lo era todo pensamiento, afirmó el alemán Hans Vaihinger en su *Philosophie des Als Ob* («La filosofía del como si»; 1911), e insistió en que, si desarrollamos modelos intelectuales del mundo, es para hacer frente a los desafíos de la vida cotidiana tratándolos como si se correspondieran con una realidad que, en esencia, es incognoscible. Según Vaihinger, esos modelos no tenían nada que ver con ninguna realidad, pero eran lo bastante exactos para predecir el futuro y determinar causalidades. No obstante, esos modelos —Dios, el alma, el átomo— no eran, en última instancia, sino mapas mentales, ficciones útiles válidas únicamente hasta que otras mejores las reemplazaran.

Maldiciendo el tiempo de perros que era la tónica en la ciudad universitaria alemana de Marburgo, donde investigaba, el español José Ortega y Gasset (1883-1955) desglosó todo conocimiento y toda experiencia en dos elementos, la circunstancia individual y la perspectiva, y afirmó, en «Adán en el Paraíso», que no existe nada que pueda calificarse de realidad única e inmutable, pues hay tantas realidades como puntos de vista. Y los puntos de vista se volvieron cada vez más importantes, especialmente para

los artistas que trabajaban con lo que veían; en ninguna otra parte la separación de identidades y la fragmentación del tiempo y el espacio se escenificó de un modo más asombroso que en las artes, por ejemplo, en los lienzos de Picasso y Braque, de Malévich, Kandinsky, Carrà y Boccioni.

La modernidad nació entre el hastío de la realidad y la verdad y las dudas sobre el propio lenguaje y las múltiples perspectivas de la experiencia. Siempre irónico, Robert Musil fijó el tono de *El hombre sin atributos* contrastando, ya en las primeras frases, la aspiración científica a la objetividad con los contenidos de la experiencia:

Sobre el Atlántico avanzaba un mínimo barométrico en dirección este, frente a un máximo estacionado sobre Rusia; de momento no mostraba tendencia a esquivarlo desplazándose hacia el norte. Las isothermas y las isóteras cumplían su deber. La temperatura del aire estaba en relación con la temperatura media anual, tanto con la del mes más caluroso como con la del mes más frío y con la oscilación mensual periódica. La salida y puesta del sol y de la luna, las fases de la luna, de Venus, del anillo de Saturno y muchos otros fenómenos importantes se sucedían conforme a los pronósticos de los anuarios astronómicos. El vapor de agua alcanzaba su mayor tensión y la humedad atmosférica era escasa. En pocas palabras, que describen firmemente la realidad, aunque estén algo pasadas de moda: era un hermoso día de agosto del año 1913.

Corrientes nerviosas

Mientras el mundo era atacado, ridiculizado, reestructurado y cuestionado en un plano conceptual fundamental que sólo entendían un puñado de mentes brillantes, la reestructuración científica de la realidad también tuvo efectos muy palpables, y afectó a la vida cotidiana y la imaginación de la gente corriente. La irrupción, durante el siglo ^{xix}, de los descubrimientos científicos, introdujo de repente la técnica en todos los ámbitos de la experiencia humana. La luz de gas, tras conquistar las ciudades, terminó reemplazada por la luz eléctrica, más barata, menos peligrosa y sin hollín. El teléfono conectó entre sí a cientos de miles de hogares. El telégrafo de Marconi salvó distancias cada vez más grandes gracias a la transmisión por radio (la Oficina Colonial alemana dirigía desde Berlín los barcos situados frente a las costas de África Occidental por medio de señales telegráficas); los avances de la técnica y la comprensión de los procesos naturales se apoderaron de la calle con el automóvil, pusieron cámaras fotográficas baratas al alcance de las masas, prestaron color a la vida cotidiana con la invención de los pigmentos sintéticos, las pinturas y los tintes, y pusieron comida en la mesa con la ayuda de fertilizantes artificiales a base de nitrógeno.

Los protagonistas de esos cambios adquirieron el rango de héroes populares, una raza de semidioses intelectuales que reemplazaron a los santos y al genio artístico. Igual que Marie Curie en Europa, Thomas Alva Edison (1847-1931) llegó a ser un icono en los Estados Unidos. «Si Dante, Miguel Ángel y Beethoven fueron los genios creativos del pasado, Edison fue el “brujo de Menlo Park” y de la edad moderna. Su don especial fue lo material como opuesto a la iluminación espiritual o artística —la bombilla eléctrica, el

kinetoscopio—, aunque también fue el inventor democrático y heroico del papel parafinado, de las pilas alcalinas, del mimeógrafo, etcétera...»[10] A los otros, como Poincaré, Röntgen, Max Planck y Rutherford, y a científicos emprendedores como Werner von Siemens, se los trataba como a dioses menores. Algunos llegaron a ser nombres familiares, celebrados en los periódicos y en postales conmemorativas, estampados en máquinas automáticas y de todo tipo que se abrían camino hacia las consultas de los médicos, los grandes almacenes modernos y, en la forma de la nueva y eficaz bombilla eléctrica, también hacia los hogares más normales.

La electricidad era excitante. Salas como el gigantesco Palacio de la Electricidad fueron las estrellas de la Exposición Universal de 1900, donde millones de personas acudieron para ver el milagro de decenas de miles de bombillas que convertían la noche en día y teñían de colores misteriosos la gran fuente construida delante del edificio; en la sala de las dinamos, Henry Adams saludó el runrún de las máquinas como el poder creativo de una nueva era. La electricidad también tenía poder curativo, o al menos eso se creía. La electricidad había tenido un lugar en la medicina desde los experimentos de Mesmer con damas de la alta sociedad parisina del siglo ^{xviii}, pero de pronto las nuevas posibilidades se combinaron con nuevas angustias. «¡Vamos!», exclamaba un típico anuncio del cotidiano parisino *Le Matin*:

¡Levántese! Lo que me ha curado a mí lo curará también a usted. He probado toda clase de medicamentos y no han servido para nada, pero la electricidad ha funcionado. Electro-Vigueur, del Dr. MacLaughlin, me ha curado, y lo curará también a

usted. Todos los hombres debilitados se felicitarán de haber elegido libremente este gran remedio, que ha dado salud y fuerza a millones de personas. Electro-Vigueur hará de usted una persona resistente. Le calentará la sangre que le corre por las venas. Sentirá que una energía maravillosa le llega hasta la médula [...] Es fácil demostrar que la electricidad devuelve la fuerza vital, y que la fuerza vital no es otra cosa que electricidad [...]. Por la mañana, al despertar, se sentirá activo, con energía, y notará, entre alegre y asombrado, que el dolor ha desaparecido. Tenemos folletos a su disposición.¹⁴, bulevar Montmartre, París. Consulta gratuita: 10:00-18:00 horas.[11]

Vigor, energía, fuerza vital, asombro gozoso: en una época de tensión nerviosa, esas palabras sonaban a conjuro mágico. Las identidades masculinas se veían sacudidas y sutilmente socavadas por las mujeres que desafiaban ese papel, por la referencia constante a la disminución de las tasas de natalidad y el discurso sobre la degeneración, la mecanización y la ansiedad. Se prescribían baños eléctricos para una amplia gama de enfermedades, incluidos los problemas digestivos, el dolor de cabeza, los dolores menstruales, la impotencia y la neurastenia (agotamiento nervioso).

Después de los Curie y sus trabajos con el radio, el espectro de tratamientos médicos casi ocultistas se amplió con las terapias por rayos X y radio, también ampliamente prescritas, sobre todo después de que se demostrara que la radiactividad podía usarse para combatir el cáncer en estado avanzado. De hecho, parecía no haber fin a las propiedades benéficas de esa sustancia nueva y misteriosa. Pronto la industria cosmética explotó el interés general y produjo

bálsamos y cremas con corrientes de torio y de radio, como Tho-Radia, una crema supuestamente milagrosa producida en Francia. «¡Siga siendo fea si quiere!», exclamaba triunfal el eslogan del fabricante, cuyos productos solían dar un significado totalmente nuevo a la idea de «belleza radiante».

Si bien los tratamientos radiactivos siguieron siendo una curiosidad, la electricidad no tardó en conquistar el mundo como portadora de luz y supuesta panacea y fuente de energía, tanto más poderosa por ser invisible. «Pocos neoyorquinos se dan cuenta de que, a través del rugido de la gran ciudad, pasan sin cesar mensajes entre personas separadas por grandes distancias, y que por encima de las azoteas e incluso a través de las paredes de los edificios y en el aire mismo que se respira, hay palabras que escribe la electricidad», comentó el *New York Times* el veintiuno de abril de 1912.

Milagrosa, pero inquietante, la electricidad también podía matar. En 1890, los periódicos de los Estados Unidos habían seguido con fervor la controversia entre Edison y Westinghouse respecto de cuál de las dos corrientes, la alterna o la directa, era la más apropiada para la primera silla eléctrica, prevista para emplearse en la ejecución de William Kemmler, que había matado a su amante de veintiséis hachazos en la cabeza. Edison se embarcó en una serie de experimentos con vistas a determinar el procedimiento adecuado y la corriente necesaria para causar la muerte de un hombre, un proceso que resultó en la electrocución de decenas de perros y varios terneros y caballos atados a arneses eléctricos por los asistentes del brujo. Cuando, el seis de agosto de 1890, tuvo por fin lugar la

ejecución de Kemmler, el condenado parecía sereno. «Tómese su tiempo y hágalo bien, guardia», dijo cuando lo ataron a la silla; «no hay prisa. No quiero correr ningún riesgo con este chisme, ya me entiende.»[12]

Nadie estaba preparado para los momentos que siguieron al movimiento del interruptor. En lugar de desplomarse con elegancia como los perros de Edison, Kemmler dio todos los indicios de estar agonizando, pues la cara se le puso de un rojo oscuro, le reventaron los vasos sanguíneos y las uñas se le clavaron en la palma de las manos. Fue necesaria una segunda descarga para matarlo. A esas alturas la habitación apestaba a carne chamuscada. Dijo el *Chicago Evening Post*: «De hecho, al desdichado lo torturaron hasta matarlo con una crueldad tan refinada que no tiene parangón siquiera en la edad de las tinieblas.» El *New York Times* describió así el estado de los testigos: «Todo lo abatido, todo lo pusilánime que puede concebirse a un grupo de hombres [...] Todos parecían comportarse como si sintieran que habían tomado parte en una escena que se contaría al mundo como una vergüenza pública, como un crimen legal.»[13]

El lado oscuro y peligroso del nuevo medio para iluminar el mundo lo convirtió en motivo ideal de las novelas de ciencia ficción, un género que no tardó en hacer suyo, para sus propios fines, el nuevo descubrimiento: el poder invisible de la electricidad y la radiactividad, de los rayos X y de la estructura atómica era ideal para conjurar los escenarios más descabellados y fascinantes. Ya durante las décadas de 1870 y 1880, Jules Verne había conseguido un gran número de lectores interesados en visiones científicas del futuro. Ahora, una nueva generación de autores llevó sus escritos

futuristas a un nuevo nivel de imaginación y complejidad: revólveres de rayos y microfilmes, bombas atómicas y energía nuclear, robots humanoides y zepelines gigantescos, grabadoras de sonido y televisión, guerra tecnológica, viajes a galaxias remotas e invasiones de extraterrestres, dinosaurios supervivientes, viajes más rápidos que la luz y clonación de seres humanos... Todo eso puede encontrarse ya en la literatura popular anterior a 1914. El tono, sin embargo, difería del de la ciencia ficción anterior. Ya no tenía el inquebrantable optimismo de Verne, la fe en que la ciencia era sinónimo de progreso. Los escritores de la nueva generación eran a menudo distópicos, creían o sugerían que los peligros inherentes a capturar, y luego desencadenar, la fuerza oculta de la naturaleza podían tener resultados devastadores. El cambio era inevitable, pero era imposible afirmar a ciencia cierta que no conduciría al abismo.

Las visiones más fascinantes y proféticas del futuro y sus muchos escollos se encuentran en la obra de H.G. Wells (1866-1946), novelista inglés de imaginación tan ilimitada como siniestra. *La máquina del tiempo* y *El bacilo robado* (ambas de 1895), *La isla del doctor Moreau* (1896), *La guerra de los mundos* (1898), *Los primeros hombres en la Luna* (1901), *Los acorazados terrestres* (1904), *Una utopía moderna* (1905), *La guerra aérea* (1908), *El nuevo Maquiavelo* (1910) y *Un mundo libre* (1914) describen las posibles transformaciones del mundo provocadas por la física, la técnica y el capitalismo moderno, y escenifican viajes a un futuro desolado o al espacio, y guerras con carros blindados y aviones. Para Wells, el nuevo mundo de la ciencia sólo podía abrumar a la humanidad tras siglos de ignorancia:

La humanidad ha permanecido absolutamente ciega
a la electricidad durante un tiempo incalculable.

¿Puede haber algo más empático que la manera que tiene la electricidad de atraer nuestra atención? Ha ensordecido al hombre, lo ha señalado con fogonazos cegadores, a veces lo ha matado, y el hombre no ha podido ver en ella nada lo bastante interesante como para merecer su estudio. Entraba en casa con el gato en un día seco cualquiera, y crepitaba, insinuándose, cada vez que el hombre acariciaba el pelo del animal. Herrumbraba los metales cuando él los aleaba [...] Hasta el siglo XVI no hay ni una sola prueba de que alguien se preguntara por qué el pelo del gato chisporrotea o por qué el cabello se pone tan hirsuto y difícil de cepillar en los días helados. Durante un sinfín de años el hombre parece haber hecho todo lo posible, y con buenos resultados, para no pensar en ella; hasta que el nuevo espíritu del Buscador se volcó en esas cosas.[14]

Sin embargo, los efectos de lo nuevo solían ser amenazadores, cuando no catastróficos, como Wells mismo los describe en *La guerra aérea*, en la que el abatido protagonista se encuentra en un campamento de la fuerza aérea: «Todo reflejaba el poder colosal de la ciencia moderna que lo había creado. Una peculiar sensación de extrañeza la producía la débil luz eléctrica, que, apoyada en el suelo, proyectaba todas las sombras hacia arriba y hacía de él [el protagonista] una grotesca silueta de sombra, como hacía con los portadores, que estaban a ambos lados del dirigible, fundiéndolos a los tres en un animal monstruoso con las piernas difuminadas y un enorme cuerpo jorobado que parecía un abanico.»[15] El hombre, ante la ciencia, se veía a sí mismo como un enano.

Si las utopías de Wells oscilaban entre benignas y catastróficas, el norteamericano Hugo Gernsback (1884-1967) describía la vida en un mundo completamente tecnológico en el año 2660; el protagonista de su novela, un inventor cuyo nombre da título a *Ralph 124C 41+* (1911), utiliza artefactos futuristas como pistolas de rayos y naves espaciales para un fin muy convencional: salvar a la novia. En la Europa continental, los novelistas populares acosaron a los protagonistas de sus historias con los efectos de la técnica. En *La Course au radium* («La carrera por el radio», 1909), Paul d'Ivoi (1856-1915) dramatizó los descubrimientos de su compatriota Marie Curie en un marco de novela de aventuras; por su parte, Arnould Galopin (1865-1934) echó mano de la física preeinsteniana para hacer viajar por el espacio al Doctor Omega. Maurice Leblanc (1864-1941) llegó al extremo de enviar a su personaje, el famoso caballero-ladrón Arsenio Lupin, a que ayudara a desentrañar el secreto de una isla misteriosa y espeluznante (*La isla de los treinta ataúdes*, 1919). La «piedra divina» que daba tanto la vida como la muerte, y que era el objeto de la épica búsqueda de la heroína, al final no era sino un trozo de radio escondido bajo unas flores gigantescas.

Los países de lengua alemana parecían menos ávidos de aventuras futuristas. El periodista Hans Dominik publicó algunas narraciones populares acerca de los viajes en el espacio y el tiempo, pero ningún otro novelista logró hacer suyo el tema, y no surgió héroe de ficción ni serie de narraciones que llenara ese vacío. Pero ¿era un vacío? ¿Es posible que los alemanes, con sus ciudades en rápido crecimiento, su pujante industrialización y sus noticias casi diarias sobre inventos y récords de la técnica, creyeran que sólo necesitaban refugiarse en una vida más sencilla y

primitiva y no más noticias del futuro? Si los lectores franceses, británicos y norteamericanos devoraban nuevas entregas de historias de ciencia ficción a la par que hacían ricos y famosos a escritores como Maurice Leblanc y H.G. Wells, el más célebre autor alemán de aventuras populares, Karl May (1842-1912), se especializó en narraciones exóticas ambientadas en el Oriente Medio o en el Lejano Oeste. Su héroe preferido era un noble guerrero apache, Winnetou, que vivía un episodio arriesgado tras otro junto con Old Shatterhand, su amigo trampero. May, que en realidad nunca había pisado los Estados Unidos, y mucho menos esa tierra salvaje que tan vívidamente describía en la ficción (no viajó a Nueva York hasta 1908, tras escribir la mayoría de sus novelas), se convirtió en uno de los autores populares más vendidos de Alemania, y sus novelas aún siguen editándose.

La popularidad de May seguramente tuvo que ver con el escepticismo respecto de los avances científicos, la sospecha de que, bajo todos esos progresos imparables, seguía existiendo un mundo atávico que esperaba el momento de estallar y arrasarlo con los logros de la civilización urbana. *El mundo perdido* (1912), novela de Arthur Conan Doyle, describe el descubrimiento de vida y de feroces dinosaurios en una remota meseta sudamericana (un relato que, ochenta años después, resuena en *Parque jurásico*), y ese mismo año Edgar Rice Burroughs se hizo famoso con *Tarzán de los monos*, cuya primera adaptación cinematográfica es de 1917.

Sin dejarse perturbar por los temblores culturales por los que tan poco interés demostraba, Marie Curie siguió investigando. Después de la muerte de su marido en 1906, enseñó en la Sorbona, y fue la primera mujer que consiguió

una plaza en la universidad francesa más prestigiosa. La contaminación radiactiva (no identificada hasta ese momento) y su pesar por la muerte de Pierre le dejaron una profunda herida, como escribió un periodista de *Le Fígaro* que asistió a la lección inaugural: «Miro ese rostro extraño y sin edad que parece haber leído demasiado, o llorado demasiado [...] un rostro de una serenidad fría, de dolor contenido [...]. Y a mi espalda oigo decir algo que parece muy cierto: “¡Menuda carrera!”»[16]

Pero no todo el mundo admiraba y comprendía a Marie Curie como el corresponsal de *Le Fígaro*. A muchos de los colegas de la célebre científica no les gustaba nada tener a una mujer en el gremio. Y la hora le llegó cinco años después, en 1911, cuando se unió sentimentalmente al físico Paul Langevin, que por ella decidió divorciarse de su mujer. Si hasta entonces la prensa había admirado a la ganadora de un Nobel, de pronto empezó a atacar a Marie sin piedad, llamándola despectivamente «la polaca» que había destrozado una buena familia francesa, la mujer que no sabía cuál era su lugar. Curie se enfadó, y mucho más cuando, pese a sus innegables logros, no la eligieron para ocupar un sillón en la Academia de Ciencias. Vilipendiada en Francia, la científica encontró más respeto en el extranjero cuando, ese mismo año, la propusieron para su segundo Premio Nobel, esta vez el de química.

«El descubrimiento me sacudió con una fuerza aterradora, como si hubiera llegado el final del mundo. Todas las cosas se volvieron transparentes, sin fuerza ni certeza.»[17] Así reaccionó Vasili Kandinsky después de leer a Rutherford en 1911. Más que nunca, la ciencia daba respuestas a viejas

preguntas, posibilidades a la industria y nuevos sueños a hombres y mujeres corrientes. El precio que hubo que pagar por esas emocionantes perspectivas fue el carácter sólido y tangible del Viejo Mundo. Y las certezas fueron desvaneciéndose a medida que se abrían nuevas posibilidades.

V. 1904: SU MAJESTAD Y EL SEÑOR MOREL

Era una actividad muy interesante, tumbarse en el monte a mirar tranquilamente a los nativos mientras hacían el trabajo del día. Algunas mujeres [...] machacaban plátanos secos para hacer harina. A los hombres se los veía construir chozas y ocupados en otras tareas; los niños y las niñas correteaban, cantaban [...] Abrí el juego disparándole a un tipo al pecho. Cayó como una piedra [...] Inmediatamente después una lluvia de balas cayó sobre la aldea.[1]

Capitán WILLIAM GRANT STAIRS, diario del
Congo, 28 de septiembre de 1887

A principios de 1904, un grueso informe mecanografiado por un oscuro funcionario de la administración colonial se presentó en la Oficina Colonial de Londres. Encargado para investigar ciertos rumores acerca de lo que ocurría en una colonia africana que compartía frontera con la Rodesia

británica, se consideró que el documento no revestía particular importancia. Con todo, contenía el mayor cuento de terror e inhumanidad que el mundo había conocido hasta entonces.

El autor de ese relato fue Roger Casement (1864-1916), un irlandés que había pasado dos décadas de su carrera profesional como cónsul de Sus Majestades británicas en varios territorios africanos. El año anterior lo habían destinado al Estado Libre del Congo para que informara sobre las acusaciones de malos tratos a los nativos por parte de los amos coloniales. Lo que Casement descubrió y registró, en el lenguaje objetivo de un diplomático avezado, fue un catálogo de atrocidades, mutilaciones masivas, esclavitud y asesinato auspiciados por el Estado, y una codicia sin límites. Al parecer, grupos étnicos enteros habían desaparecido por completo:

Cuando visité Lukolela en 1887, el lugar tenía cinco mil habitantes; hoy, la población, según un riguroso censo, no llega a seiscientos [...]

... [en 1887] la población de las tres ciudades [en otra zona] era de entre cuatro mil y cinco mil habitantes [...] Decenas de hombres se habían acercado en canoa para saludarnos e invitarnos a pasar la noche en su poblado. Cuando fui a Irebu el veintiocho de julio de este año, descubrí que el poblado había desaparecido por completo, y que el lugar lo ocupaba ahora un *camp d'instruction* en el que unos ochocientos reclutas nativos, traídos desde distintas partes del Congo, reciben instrucción militar...[2]

Además de la desaparición de poblados enteros, el informe ofrece una crónica detallada de unos hábitos consistentes en

azotes y mutilaciones salvajes, en especial, la amputación de las manos:

Dos casos semejantes llegaron a mi conocimiento mientras estaba en la zona del lago. Uno, el de un hombre joven al que le habían golpeado las manos contra un árbol con la culata de los fusiles; el otro, un niño de unos once o doce años al que le habían cortado la mano derecha por la muñeca. El niño me relató las circunstancias de la mutilación y, al responder a mis preguntas, dijo que, aunque herido, en ese momento sintió perfectamente que le cortaban la mano, pero que se quedó quieto por temor a que lo mataran si se movía. En los dos casos, los soldados del gobierno habían ido acompañados por oficiales blancos, cuyos nombres me fueron dados.[3]

El informe documenta minuciosamente muchos casos parecidos, así como ejecuciones inusualmente crueles (en una de ellas colgaron a un hombre cabeza abajo encima de una hoguera, violaron repetidas veces a las mujeres y luego las destriparon, y otros muchos murieron a consecuencia de los azotes) e incontables encarcelaciones de mujeres y niños.

La razón improbable de ese inconcebible terror infligido a pueblos nativos por los colonizadores europeos fue una idea que unos años antes se le había ocurrido a un genial veterinario irlandés, el doctor John Dunlop, de Belfast: tubos de goma llenos de aire para el triciclo de su hijo. Como Dunlop empezó a comercializarlos, pronto la demanda aumentó hasta el punto de que, en 1890, el doctor decidió dejar de curar caballos e invertir en el que sería el transporte del futuro. Equipadas con neumáticos de goma con una milagrosa función amortiguadora, las bicicletas se convirtieron en un fenómeno cultural, un símbolo para la

generación joven y su época, gracias a su velocidad, la libertad de movimiento que permitían y la forma física que contribuían a alcanzar o mantener. La demanda mundial de caucho conoció un auge repentino.

Y el hombre de negocios perfecto que no tardó en comprender que esa demanda constituía una oportunidad histórica fue Leopoldo II de Bélgica (1835-1909). Gracias a los buenos oficios del legendario explorador Henry Morton Stanley, el rey de los belgas había comprado en 1885 una parte del Congo tan grande como Europa. Quería territorios, pero no para su país, sino como propiedad privada, y desde el principio manejó la colonia, a la que en francés bautizó *État Indépendant du Congo*, como si se tratara de un negocio muy rentable. En el interior de esas tierras había marfil, e incontables nativos a los que se podía obligar a servir. Cuando se produjo el *boom* del caucho, Leopoldo descubrió que la casualidad había querido que su colonia fuese rica en plantaciones de caucho salvaje, y con ello descubrió también el potencial de detentar un monopolio virtual en el mercado mundial, al menos hasta que las plantaciones de otros lugares estuvieran lo bastante maduras para dar inicio a la producción. Leopoldo comprendió que no había tiempo que perder; la fortuna que podía hacer era inmensa. Así pues, puso manos a la obra, o mejor dicho, puso a trabajar a decenas de miles de nativos, para lo cual instauró un régimen de terror ideado para obtener la máxima producción de caucho exportable sin tener en cuenta el coste humano. Como las plantaciones en estado silvestre hacían necesario trepar a los árboles en zonas densamente arboladas, los funcionarios del rey controlaban a los hombres, que no podían trepar encadenados, haciendo rehenes a esposas e hijos hasta que aquellos cumplieran las

cuotas de producción. Cualquier oposición, e incluso la no consecución de dichas cuotas, se castigaba con expediciones militares que incendiaban y asesinaban a poblados enteros. Como prueba de que la orden de castigo se había ejecutado, a los soldados negros, que de otra manera podían desperdiciar cartuchos preciosos para las cacerías, se les ordenaba que trajeran de vuelta las manos de sus víctimas, y como esas campañas solían durar varias semanas, había que ahumar las extremidades cortadas para impedir que se descompusieran. Las unidades militares que participaban tenían un puesto especial, «el guarda de las manos». Los soldados que querían mejorar la prima tendían a cortar tanto las manos de los muertos como de los vivos, y abandonaban a sus víctimas allí donde las habían mutilado.

Los trabajos forzados, las violaciones masivas y la práctica de tomar rehenes, los asesinatos de poblados enteros y la brutalidad endémica fueron los componentes claves del caucho con que el Estado Libre abastecía a un voraz mercado europeo y norteamericano. Desde su palacio belga, el rey Leopoldo amasó una fortuna que superó sus sueños más delirantes.



El rostro del asesinato masivo: Leopoldo II de Bélgica. Unos diez millones de personas murieron asesinadas en el Congo, su feudo privado.

Comercio injusto

La realidad de lo que pasaba en el Estado Libre del Congo la descubrió, casi por casualidad, Edward Dene Morel (1872-1924), un empleado inglés cuya tarea consistía en

verificar los cargamentos que una compañía naviera de Liverpool transportaba hacia y desde la colonia. De extracción francesa y con perfecto dominio del francés, las obligaciones solían llevarlo a Bélgica, donde supervisaba la carga y descarga de los barcos del Congo, que, según las estadísticas oficiales belgas, transportaban marfil y caucho de África y artículos de uso cotidiano en concepto de pago y para el comercio. Un día, mientras asistía a una reunión con el funcionario de mayor categoría de la administración colonial belga, el joven contable fue testigo de una escena que despertó tanto su sospecha como su curiosidad, como él mismo recordó más tarde con las florituras retóricas que lo convirtieron en un periodista formidable:

Una habitación cuyas ventanas daban a la parte trasera del Palacio Real de Bruselas. Una habitación sombría, con alfombras gruesas y pesadas cortinas; una habitación con sombras opresivas. En el centro, un hombre, sentado a su escritorio. Un hombre delgado hasta el punto de parecer escuálido, con los hombros estrechos y encorvados, frente despejada, nariz alta y curvada, orejas grandes y muy salientes; cara larga, mirada fría. Un rostro en reposo, pasivamente inhumano, sin sangre, petrificado, todo huesos angulosos y cavidades demacradas: el rostro del entonces «secretario de Estado» para el Congo [...] El hombre se inclina hacia delante y en un rápido staccato se queja de que se ha filtrado a la prensa información confidencial sobre el último carguero de vapor con destino al Congo [...] El párrafo está señalado. Para ser confidencial, parece bastante inocente, una lista de los principales artículos a bordo, pero esa lista contiene una enumeración de los

cartuchos, las cajas de fusiles y las cajas de pistolas de fulminantes [...] Ese es su defecto, el lapsus del secreto profesional. Cuando denuncia la magnitud de la indiscreción, el hombre se pone de pie, las mejillas cadavéricas se sonrojan, la voz empieza a temblar [...]. No quiere excusas, no permite interrupción alguna. Una y otra vez repite las palabras *secret professionnel* con un énfasis apasionado.[4]

Asombrado por esta escena, Morel verificó los registros valiéndose de las listas de embarcaciones y transportes de su empresa, y descubrió que las estadísticas oficiales eran pura ficción. En su inmensa mayoría, los cargamentos salientes contenían armas pequeñas y munición. No había pruebas de que se comerciara con los que producían el caucho importado del Congo. También advirtió que las estadísticas oficiales sólo daban cuenta de una pequeña parte de las ganancias obtenidas. Por lo visto, alguien, muy discretamente, estaba ganando decenas de millones de francos belgas con lo que se producía en la colonia. Morel tenía experiencia suficiente con estadísticas y márgenes de ganancia para saber lo que eso significaba:

Esas cifras contaban su propia historia [...] El trabajo forzoso ininterrumpido y en unas condiciones tremendas era lo único que podía explicar unas ganancias tan inusitadas [...] unos trabajos forzosos de los que el Gobierno del Congo era el beneficiario directo; trabajos forzados por los más cercanos socios del propio rey [...]. El significado acumulativo de lo que había descubierto me dejó aturdido y horrorizado. Debe de ser bastante malo descubrir un asesinato por casualidad. Yo, por casualidad, había descubierto una

sociedad secreta de asesinos con un rey por compinche.[5]

Hombre de una determinación y un valor excepcionales, lo que Morel en realidad descubrió fue la misión de su vida: sacar a la luz las atrocidades del Congo y ponerles fin.

Pero no fue él el único observador horrorizado por las atrocidades perpetradas en África. El periodista negro norteamericano George Washington Williams ya había puesto en evidencia al régimen de Leopoldo en los años noventa, y el reportaje de Mary Kingsley, extenso como un libro y titulado *Viajes por el África Occidental*, había sido popular desde su publicación en 1897. Sin embargo, Morel fue, con mucho, el defensor más eficiente de la causa. Sus informaciones siempre eran exactas; su tenacidad, legendaria; su estilo, vivaz y enérgico a la vez, y la indignación siempre a flor de piel igual que el día en que hizo su primer descubrimiento. Estaba resuelto a obligar al mundo a tomar nota, y tenía una capacidad de trabajo fenomenal. Con veintiocho años renunció a su puesto (rechazó varias ofertas que pretendían comprar su silencio), recaudó dinero, se carteó con cientos de testigos oculares y gente influyente, recabó información entre misioneros y consiguió documentos facilitados por contactos dentro de la administración colonial, fundó un periódico en el que publicaba la información que podía perjudicar al régimen, pronunció discursos y conferencias, escribió cientos de artículos y miles de cartas, y presionó a muchos políticos. El pueblo del Congo, brutalmente explotado, encontró a su defensor en un hombre de Liverpool, bajito y con bigotes, que no tenía ni sueldo fijo ni amigos influyentes, pero que iba en camino de ser el antagonista más pertinaz y virulento

de un monarca europeo, y sin pisar nunca el continente africano.



Todo un héroe: Edward Dene Morel trabajó sin descanso para poner al descubierto los crímenes cometidos en el Congo.

Con la información privilegiada de Morel, los periódicos de toda Europa y los Estados Unidos comenzaron a publicar revelaciones muy perjudiciales acerca del régimen de Leopoldo. Las salas de conferencias se llenaban a reventar cuando Morel daba sus famosas charlas sobre las atrocidades coloniales. Algunos miembros del Parlamento y otros hombres en puestos decisorios recibían cartas de una aguda elocuencia. Tras varios años de campaña, la administración

colonial ya no pudo ignorar las perturbadoras noticias que llegaban del Estado Libre del Congo, y envió al lugar a uno de sus hombres más fiables y experimentados, Roger Casement.

Casement, que había zarpado en 1903, pasó varios meses viajando por el Estado Libre en un vapor alquilado —un dato importante, pues así no sólo se independizó de las compañías concesionarias y de la administración de la zona; también se volvió imposible de controlar—. Cuando finalmente volvió, desahogó su rabia en un informe muy extenso que envió al ministro de Asuntos Exteriores. Los descubrimientos de Casement confirmaron las acusaciones de Morel en cada uno de sus crueles detalles: «Una de las principales compañías concesionarias del Congo», escribió Morel, «había remitido una petición a su director en Europa para que enviara otra remesa de cartuchos. Los directores satisficieron el pedido pero preguntaron qué había ocurrido con los setenta y dos mil cartuchos enviados unos tres años antes, a lo cual la compañía contestó que todos se habían usado en la producción de caucho.»[6]

Mientras las nativas permanecían encerradas en campos de detención (donde los guardias indefectiblemente las violaban) para asegurarse de que sus maridos, enviados a buscar resina, volverían, a los hombres se los castigaba con dureza si no regresaban con una cantidad suficiente de materia prima: *En lo que atañe al estado de los hombres que pagaban la recogida insuficiente de caucho con una temporada de arresto en la maison des otages, el agente local me aseguró que no los trataban mal y que “recibían alimento”. Por otra parte, en muchos lugares me aseguraron que los azotes con el chicotte, un látigo de piel de hipopótamo, era una de las medidas empleadas por dicha institución para manejar a los*

nativos difíciles. [7] Página tras página aparecen minuciosamente detallados varios actos de barbarie cometidos por los europeos, con lugares, fechas y nombres de los testigos; algunos apéndices aportan pruebas adicionales.

El informe prudente y oficial de Casement ganaba gran parte de su serena fuerza gracias a su tono objetivo y burocrático. Calculaba los beneficios obtenidos en distintas zonas, el número de trabajadores requerido y el impacto del número de muertos en la producción de una manera muy similar a como habría analizado el funcionamiento de una fábrica. Cuando se publicó en los informes parlamentarios de abril de 1904, la enumeración de ganancias obtenidas y de personas torturadas o asesinadas en el proceso fue un gran espaldarazo para la campaña de Morel. Y los dos hombres no tardaron en conocerse y trabar amistad, como cuenta Morel:

Vi ante mí a un hombre de mi estatura, muy ágil y nervudo, el pecho sacado y bien alta la cabeza, que me hizo pensar en alguien que ha vivido en vastos espacios abiertos. El pelo negro y la barba, negra también, le cubrían las mejillas ahuecadas por el sol del trópico. Rasgos muy marcados. Los ojos azul oscuro, penetrantes y hundidos. Una cara como de Vandyck, larga, delgada, de tez morena, esculpida con fuerza y, pese a ello, de una gran dulzura. [...] Ahora lo veo a menudo en mi imaginación como lo vi durante aquella conversación memorable, en cuclillas junto al fuego que ardía en la habitación, que no tenía otra luz [...] Recuerdo que hablaba con voz musical, suave, monótona casi, y que con un lenguaje de una dignidad y una emoción peculiares me contó la historia de una vil conspiración. Habló horas y horas, haciendo una

pausa de vez en cuando, sobre todo cuando lo embargaba el patetismo de lo recordado. Entonces interrumpía el relato y murmuraba entre dientes: «Pobre gente; pobre, pobre gente.»[8]

Casement, movido por el mismo afán de justicia, contribuyó a la campaña del Congo con todos los medios a su alcance. Su propia motivación para ponerse de lado de los desamparados pudo tener su origen en su propia experiencia. Como irlandés, odiaba cada vez más el dominio británico al que estaba sometido su país, un hecho que le creó un conflicto directo con sus empleadores y, es de suponer, no contribuyó en nada a favorecer su carrera. Hombre de una capacidad fuera de lo común, le asignaron puestos menores y de poca importancia en los márgenes del imperio durante toda su carrera, supuestamente porque no pertenecía a la élite aristocrática, mayoritariamente inglesa, de los que habían estudiado en colegios privados (a él lo habían enviado a una escuela de menos prestigio) y de la que se nutrían los escalones más altos del funcionariado. Además, Casement era marginal en otro sentido: era homosexual. Reconocer esa pasión era impensable entonces, y por ello se vio obligado a consumirla en un sinnúmero de encuentros casuales en puertos y en destinos remotos, y todo ello lo registró en sus diarios, testigos de sus sentimientos verdaderos, en los que no hace nada para enmascarar las emociones que le producía la explotación que presenció: «Domingo 30 de agosto. Pasé un día tranquilo. Por la tarde vi a M. Lejeune en Abir. 16 hombres, mujeres y niños atados, de un poblado llamado Mboyo, cerca de la ciudad. ¡Infamia! A los hombres los metieron en la cárcel; a los niños los dejaron ir cuando intervine. ¡Una infamia! ¡Un sistema infame y vergonzante!»[9] Los pasajes en los que

narra sus encuentros sexuales son realmente francos: «Agostinho, lo besé muchas veces; 4 dólares»; «¡Vamos! ¡Oh! Rápido, unos dieciocho minutos». «Alto; “¿cuánto cobras?”.»

Marginal, pues, en más de un aspecto, el carismático Casement asumió la tarea de defender a los que no podían defenderse por sí solos. Sus deberes de cónsul, que casi siempre implicaban negociar con la policía en nombre de soldados borrachos que se habían metido en líos, o escuchar las indignadas diatribas de viajeros británicos extraviados, eran fatigosos y frustrantes, y buscar justicia pareció finalmente una ocupación digna de su inteligencia y su entusiasmo.

Estimulado por ese nuevo y valioso aliado, Morel se dispuso a encabezar una campaña publicitaria internacional reforzada con testimonios de primera mano, como el del reverendo John Harris y su mujer Alice Seely Harris, misioneros bautistas que habían regresado del Congo no sólo moralmente indignados, sino también con fotografías que ellos mismos habían tomado y, además, con tristes *souvenirs*, los látigos y las esposas que enseñaron en las conferencias. Mientras esos instrumentos del terror circulaban entre el público, el reverendo leía sus informes; entre otros, este:

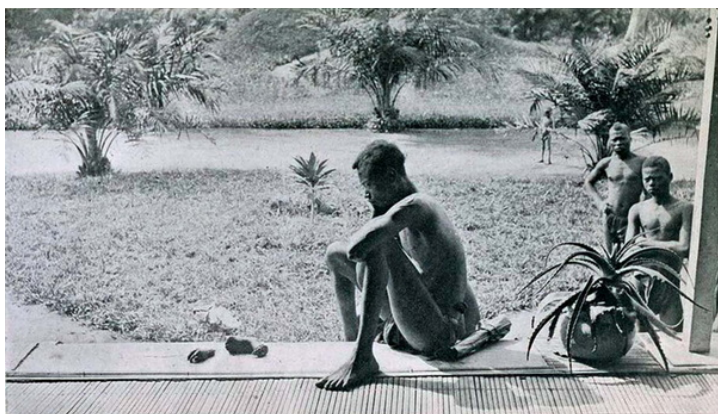
En fila [...] cuarenta esqueléticos hijos de un poblado africano, cada uno de ellos lleva una pequeña cesta con caucho. El contenido se pesa y se acepta, pero... hay cuatro cestas que traen menos de lo que deberían. La orden es brutal, breve y tajante. Sin perder tiempo cuatro lozanos «ejecutores» cogieron al primer rebelde y lo arrojaron al suelo desnudo, le inmovilizaron las manos y los pies mientras otro, el

quinto, se acercaba con un largo látigo de piel de hipopótamo retorcida.

El látigo cae con fuerza una y otra vez, sin pausa, y su filo cortante se clava en la carne, en la espalda, los hombros y las nalgas y la sangre brota de una docena de lugares. La víctima se retuerce en vano, inmovilizado por los verdugos, y luego el látigo le abre otras heridas en el cuerpo tembloroso y, a uno de los cuatro, en la parte más sensible. Los «cien azotes per cápita» dejaron cuatro cuerpos inertes, espasmódicos y sangrantes en la arena reluciente del puesto donde recogían el caucho.

Inmediatamente después de ese incidente, que no dejó lugar a ninguna duda, se produjo otro. Acabábamos de desayunar cuando un padre africano subió a la carrera los escalones de la galería de nuestra casa de barro y puso en el suelo la mano y el pie de su hija, una niña que no podía tener más de cinco años. [10]

Los Harris mostraron la fotografía al público horrorizado para demostrar la veracidad de ese episodio.



El horror: un padre mira las manos y un pie de su hija de cinco años, cortados como castigo por haber recogido muy poco caucho.

Edward Dene Morel (Anti-Slavery International)

Un padre con las manos y un pie cortados de su hija, Congo (Anti-Slavery International)

Ese y no otro era el «corazón de las tinieblas» evocado en la novela de un marinero, y aventurero, polaco-británico con el que Roger Casement trabó amistad en el Congo: Joseph Contad. Ese era el cáncer que minaba la reivindicación de Europa al liderazgo moral y al celo misionero de colonizar el mundo. El propio rey Leopoldo —un hombre aburrido, de mentalidad comercial y poseído por una codicia épica— había alegado motivos humanitarios para apropiarse del Congo, y prometido que el territorio se inspeccionaría a fondo y se cristianizaría. Incluso había fundado una organización científica encargada de llevar a cabo esos estudios, y uno de sus muchos proyectos faraónicos —en Bruselas y los alrededores— fue un museo dedicado a las culturas del África Central. Detrás de esa fachada filantrópica, privaba a la colonia no sólo de materias primas,

sino también de vidas humanas. Durante el mandato de Leopoldo murieron unos diez millones de nativos, asesinados, mutilados o de hambre. Fue el peor genocidio que ha visto el mundo. Lo recaudado con esas prácticas asesinas comerciales también sirvió para financiar interminables ampliaciones y reformas del castillo real de Laaken, un extenso parque a rebosar de caprichos arquitectónicos, un paseo marítimo en la ciudad costera de Ostende, su hipódromo preferido, un campo de golf y, cómo no, su proyecto más mimado, el monumental arco de triunfo que conmemoraría sus logros. Leopoldo también compró propiedades palaciegas en otros países, especialmente en el sur de Francia, donde le gustaba pasar semanas enteras con su amante, a la que había conocido cuando ella era una prostituta parisina adolescente y con la que finalmente se casó poco antes de morir.

La vergüenza de los imperios

No era difícil odiar y despreciar a Leopoldo, pero una vena de violenta opresión corría por debajo de todos los proyectos coloniales. Sin embargo, a pesar de la retórica de las misiones cristianas (a menudo absolutamente sincera) y de la «carga del hombre blanco» (Rudyard Kipling), y en parte gracias al activismo incesante y muy eficiente de Morel, la prensa internacional tomó cada vez más conciencia de aspectos de la política colonial que no aparecían en los documentos oficiales, en los programas escolares y las memorias de administradores distinguidos. Así y todo, un acontecimiento contribuyó más que ningún otro a hacer cambiar de idea a la opinión pública, que dejó de apoyar incondicionalmente las aventuras imperiales: la guerra de

los Bóers (1899-1902), una presencia constante en los periódicos europeos y norteamericanos de la época.

La prensa europea fue muy crítica con el cínico intento de Gran Bretaña de asegurar para la corona las minas de oro más lucrativas de Sudáfrica, en caso necesario exterminando a los bóers, los colonizadores locales de origen holandés. Las primeras derrotas de las fuerzas británicas se celebraron de San Petersburgo a París como grandes victorias patrióticas. Siempre dispuesto a provocar algún escándalo en el ámbito de la política exterior, el emperador alemán había dado lugar a un importante incidente diplomático cuando envió al presidente sudafricano Kruger un telegrama en que lo felicitaba por haber rechazado la primera incursión británica, el «Jameson Raid», en diciembre de 1895. Cuando las fuerzas imperiales recibieron refuerzos y pasaron a la contraofensiva, los periódicos europeos siguieron la suerte corrida por las unidades de bóers y sus comandantes con noticias diarias en primera plana, como si las batallas se librasen en las calles de Frankfurt o de Lyon.

Naturalmente, la indignación pública internacional ante la tentativa británica de someter a los valientes colonos holandeses que defendían sus legítimos intereses fue, hasta cierto punto, política, sobre todo en Alemania, que tenía intereses estratégicos en Sudáfrica. Sin embargo, gran parte de la reacción hostil de otros países fue totalmente sincera, y las voces críticas desencadenaron una tormenta de protestas cuando Lord Kitchener, comandante de las fuerzas británicas, adoptó una política de tierra quemada que implicaba la destrucción sistemática de las granjas de los bóers y encerrar a mujeres y niños en campos de internamiento que él bautizó «campos de concentración» (fue en el contexto de la guerra de los bóers cuando el

término se empleó por primera vez). Veintiocho mil civiles, la cuarta parte de todos los prisioneros, murieron de hambre, por exposición a la intemperie y a causa de las epidemias que pronto devastaron esos campos improvisados. De esas víctimas, veintidós mil tenían menos de dieciséis años. La revista satírica austro-húngara *Der Floh* plasmó en unos ripios el estado de ánimo de muchos europeos respecto del acuerdo final de paz que se cerró en 1902: «¡Hurra, vieja Inglaterra! / La guerra ha terminado. / Ahora ya podemos ir / a buscar todo el oro del Transvaal / y vivir aquí como reyes. / Que corra el champán, que hay muchos bóers por esquiluar.»[11]

Fue la izquierda la que casi siempre lideró la oposición a la guerra. El periódico socialista vienés *Arbeiterzeitung* se hizo eco de los sentimientos de muchos izquierdistas cuando escribió sobre la «lucha sanguinaria de Gran Bretaña contra un pueblo de héroes»[12]. En Gran Bretaña, la idea central del argumento contra el gran capital y su implicación en las empresas mineras de propiedad británica en el Transvaal adquirió a menudo tonos antisemitas, como en los escritos de J.A. Hobson, que, en un libro muy popular, sostuvo que el negocio del oro estaba «casi por completo en manos de los judíos»[13], y que «Judianesburgo» no merecía que se derramase tanta sangre de soldados cristianos. Igual que el capitán Dreyfus encarnó a la perfección las angustias de los franceses, la imagen de unos honrados bóers cristianos aplastados por las botas de una potencia superior por innegables motivos económicos, convirtió a esos colonos en un símbolo ideal para una angustia común, en un punto de unión para admiradores de muy distintos orígenes.

Para los observadores europeos fue relativamente fácil solidarizarse con los bóers; a fin de cuentas, eran europeos,

y, además, se atrevían a desafiar al colosal imperio británico. La guerra de los Bóers no fue un conflicto colonial *stricto sensu*; antes bien, pareció una guerra de liberación, muy semejante a las luchas por la independencia polaca a principios del siglo ^{xix}, una visión que encajaba perfectamente con la percepción que los bóers tenían de sí mismos y de su lucha. Pese a los modernos y temidos máuseres, los hombres de larga barba que posaban orgullosos para fotografías de prensa que luego se publicaban en todo el mundo, parecían una nación de profetas que defendían su tierra prometida, una sociedad blanca y pía que ellos defenderían hasta la última gota de sangre. Con todo, hay que decir que luchaban con tesón para defender una sociedad en la que el *apartheid* ya imperaba de hecho, y no por algo que se pareciera, siquiera vagamente, a una sociedad con libertades civiles para la población negra. Cuando el coronel Robert Baden-Powell, más tarde fundador de los *boy-scouts*, armó a hombres negros para la defensa de Mafeking, en manos británicas y sitiada por los bóers, el comandante de las fuerzas atacantes, el general Pieter Arnoldus Cronje, se enfadó tanto ante ese acto de traición racial, que envió a Baden-Powell un mensaje: «Quiero pedirle que haga una pausa y [...] aunque le costara la pérdida de Mafeking, que desarme a sus negros y [...] represente el papel de hombre blanco en una guerra de hombres blancos.[14]» Baden-Powell se negó a desempeñar ese papel, y si conservó la ciudad, en parte fue gracias a su vergonzoso ardid.

Aunque al final sus tropas arrollaran a las exhaustas fuerzas de los colonos en junio de 1902, para Gran Bretaña la guerra fue un desastre histórico. La victoria tuvo un atroz coste humano, y nadie, salvo los imperialistas más ciegos,

podía pensar en esa guerra como un conflicto honorable entre iguales. Las gloriosas fuerzas británicas se vieron más de una vez humilladas por una banda variopinta de colonos que, cuando se inició el conflicto, en poco podían apoyarse aparte de su coraje y su determinación (más adelante recibieron apoyo material, e incluso refuerzos voluntarios, de Francia y Alemania). Cuando finalmente consiguieron forzar la decisión en su favor, lo hicieron a costa de decenas de miles de vidas de civiles inocentes y con una motivación muy cuestionable. Los sólidos principios con que los colonizadores justificaban su imperio ya no parecían tan puros. Lo que había sido una victoria desde el punto de vista militar seguía considerándose una derrota moral de proporciones devastadoras. «La horrible conciencia de que, en el mejor de los casos, hemos demostrado tal falta de escrúpulos en lo que atañe a nuestros métodos, y vulgares e ineficientes en grado sumo, es un antecedente desagradable para la vida personal [...]». Los bóers son, individualmente, superiores a nosotros en dignidad, devoción y capacidad... Sí, en capacidad»[15], señaló disgustada en su diario la activista fabiana Beatrice Webb, y lo hizo en 1900, antes de los campos de concentración y la tierra quemada.

A la vista de la historia reciente, la reacción, dos años más tarde, del gobierno británico al «Informe Casement» acabó, como era de esperar, silenciada. Indignarse por la brutal explotación de un territorio africano no habría sido muy creíble; de hecho, la experiencia colonial no favorecía a ningún país colonialista. En el caso de Alemania, uno de los partidarios más ruidosos de los bóers, el cáncer de la violencia brotó ese mismo año, cuando un grupo de tribus del África Sudoccidental alemana se rebeló contra las tropas de Guillermo II. Guerreros armados de la tribu herero

sitieron el distrito segregado de Okahandja y atacaron granjas y comisarías de la zona. Murieron ciento cuarenta alemanes.

Con apenas un pequeño contingente en el lugar, el gobernador de la colonia se dirigió a Berlín pidiendo refuerzos, y consiguió más de lo que había esperado. Por orden directa del emperador, y en contra de lo que aconsejaban los oficiales más veteranos del estado mayor, se envió a la zona al teniente general Lothar von Trotha, un hombre con varios años de experiencia en el servicio colonial y, según se decía, de una dureza fuera de lo común. Cuando Trotha descubrió que no podía derrotar a los rebeldes en campo abierto y se vio enfrentado a una guerra de guerrilla exasperante y eficaz, se decantó por tácticas más amplias y envió a los herero el siguiente decreto:

Yo, el gran general de los soldados alemanes, envío esta carta al pueblo herero. Los herero ya no son súbditos alemanes. Han asesinado y robado, han cortado las orejas, la nariz y otras partes del cuerpo a soldados heridos, y ahora son demasiado cobardes para luchar [...]. El pueblo herero debe abandonar esta tierra. En caso contrario, los obligaré a hacerlo con el *Groot Roor* [la artillería]. Dentro de las fronteras alemanas, todo herero, armado o no, con o sin ganado, será fusilado, y ya no daré refugio a mujeres y niños. Los llevaré de vuelta con su pueblo o los haré fusilar. Estas son las palabras que dirijo al pueblo herero. El gran general del poderoso emperador alemán.[16]

Las fuerzas de Trotha, en su mayor parte agotadas por la campaña en un clima tórrido que no les era familiar, y debilitadas o incapacitadas por enfermedades tropicales, no estaban en condiciones de ejecutar esa brutal orden. Sin

embargo, enfrentados a otras medidas punitivas, como el bloqueo de las fuentes de agua, unos treinta mil herero huyeron al árido interior, donde las fuerzas alemanas no podían alcanzarlos. El camino los llevó al desierto de Sandfeld, donde murieron de sed entre doce mil y catorce mil hombres, mujeres y niños junto con la mayor parte del ganado. Las tropas de reconocimiento encontraron después pozos de varios metros de profundidad, rodeados de esqueletos, pero sin agua. Cuando llegó la orden de Berlín (acompañada de una enérgica protesta en los medios de comunicación) que revocaba la declaración y decretaba el cese de las hostilidades y que se prestara ayuda humanitaria a los supervivientes, aproximadamente una tercera parte del pueblo herero había muerto, ya en las batallas, ya en el Sandfeld, el «campo de arena».



En el desierto: supervivientes de una tribu herero.

Si la bárbara tentativa de Trotha y el terrible número de muertes pagado por el pueblo herero fueron un caso aislado en la breve historia colonial de Alemania, la violencia asesina era frecuente y sistemática en el imperio otomano, donde, entre 1894 y 1915, millones de armenios murieron a manos del ejército o de sus verdugos, a menudo kurdos, y, en menor medida, en algunas de las colonias holandesas, especialmente Java y Sumatra. También en 1904 el teniente coronel holandés Van Daalen organizó una expedición de castigo contra una insurrección en la región de Aceh (alterada ya por la guerra civil), durante la cual sus soldados incendiaron varios poblados y mataron a dos mil novecientos nativos, de los cuales mil ciento cincuenta eran mujeres. Para documentar la expedición, un fotógrafo trajo a Europa fotos de oficiales orgullosos con un pie encima de la cabeza de los cadáveres de los nativos. Un joven teniente que diez años antes había tomado parte en otra incursión de castigo recordó así la experiencia en las cartas enviadas a su mujer: «Tuve que conducir a cinco mujeres y tres niños que imploraban clemencia y entregarlos a la muerte. Fue un trabajo desagradable, pero no podría haber hecho otra cosa. Los soldados los mataron a golpes de bayoneta.[17]» El se había limitado a cumplir el «terrible deber del soldado colonial». Este teniente, llamado Hendrikus Colijn, más tarde fue primer ministro de los Países Bajos. Unos dos mil nativos murieron a balazos o a machetazos en la expedición en la que Colijn participó con sobrada diligencia.

Las guerras de los medios de
comunicación

Gracias a hombres como Morel y Casement atrocidades como las descritas se hicieron más difíciles de ocultar, y aumentó la presión pública internacional en favor de un cambio. En gran parte, la eficiencia de Morel se debió a su enorme capacidad para explotar el alcance y la avidez, sin precedentes de los periódicos de masas. Más gente que nunca sabía leer y podía permitirse comprar la prensa diaria, convertida en la principal fuente de información y entretenimiento. Una década antes, la composición, más barata y más rápida, la reproducción fotográfica y las técnicas de impresión habían revolucionado la industria, y una buena historia siempre vendía, sobre todo si trataba de horrores cometidos por una potencia extranjera. Morel alimentó a la prensa y avivó las llamas de la indignación pública con una exitosa campaña que incluyó, en septiembre de 1904, un viaje a los Estados Unidos durante el cual visitó al presidente Roosevelt en Washington y se ganó el apoyo de Mark Twain después de haberse asegurado en Europa el de Anatole France y el del premio Nobel noruego Bjørnstjerne Bjørnson. En todo el mundo surgieron comités y sociedades para salvar el Congo, cuyas actividades incluían desde manifestaciones en Zúrich hasta una serie de charlas en Nueva Zelanda. Casi en solitario, Edward Morel había hecho del Congo un problema que no desaparecería.

Los periódicos habían pasado a ocupar un nuevo lugar en la conciencia pública. Leopoldo no tardó en comprender que la única manera de contrarrestar la influencia de Morel era acercarse él mismo a los medios de comunicación, y creó una comisión formada por misioneros de reconocido prestigio, elegidos a dedo, para que trabajasen en una región que no tenía una importante explotación de caucho y, además, en lugares inaccesibles. Inmerso en una campaña

sistemática a escala internacional, el rey de los belgas pagó a grupos de presión para que influyeran en los políticos, y sobornó a directores de periódicos para que cambiaran de enfoque. Su agente alemán consiguió la extraordinaria hazaña de que el *National-Zeitung* de Berlín, que previamente había atacado a Leopoldo llamándolo «ese comerciante sin escrúpulos que vive en el palacio de Bruselas», cambiara de bando y ridiculizara, considerándolos «cuentos de viejas»[18], los nuevos informes sobre atrocidades. En Gran Bretaña, el agente del rey de los belgas fue aún más lejos, y envió a dos respetables especímenes de la sociedad inglesa en una misión de investigación precedida por ciertos retoques cosméticos en los lugares a los que se dirigían los viajeros. Uno de ellos, el vizconde de Montmorres, publicó un libro muy efusivo acerca de esforzados funcionarios y nativos alegres. A la otra enviada, la escritora Mary French Sheldon, la guiaron en su periplo empleados de las empresas concesionarias; Sheldon se enamoró del capitán de su barco y más tarde escribió en *The Times*: «He sido testigo de más atrocidades en las calles de Londres que las que he visto en el Congo.[19]» Leopoldo se cercioró de que su mensaje llegara a quien tenía que llegar, y pagó de su bolsillo una conferencia de Sheldon seguida de una cena para quinientos invitados en el Savoy.

Pero todo fue en vano. La guerra en torno al Congo era una guerra de los medios y, pese a todos sus esfuerzos, el rey belga iba perdiendo. La derrota pudo deberse a su estrategia, consistente en seleccionar a gente a la que consideraba importante seduciéndola con fastuosas cenas o folletos titulados, por ejemplo, *La verdad sobre el Congo*, que se colocaban en los compartimentos de primera clase de los trenes de lujo. Morel, en cambio, se ocupaba de dirigirse a un

público más amplio. No obstante, también pudo deberse a que Leopoldo defendía lo indefendible, hasta el punto de divulgar historias acerca de atrocidades cometidas por otros regímenes coloniales y desestimando las manos amputadas de sus desafortunados súbditos congolese como casos aislados de cáncer maligno tratados por abnegados médicos belgas. Las pruebas en su contra eran sencillamente abrumadoras, y el peso político de Bélgica era demasiado insignificante para que otras grandes potencias la protegieran por razones estratégicas.

Uno de los *lobistas* reclutados por Leopoldo para cambiar la opinión pública fue el coronel Henry I. Kowalsky, un abogado de San Francisco, extravagante y desenvuelto, amante de la buena vida, cuya legendaria barriga hizo que el alcalde de San Francisco comentara, en una cena dada en honor de Kowalsky: «No respetaré a rajatabla el texto que me han asignado para el brindis. Como nuestro invitado, es un tema demasiado *amplio*.^[20]» Con un sueldo anual de cien mil francos (equivalentes a trescientas mil libras), el jefe de relaciones públicas, un auténtico novato en la materia, viajó a Bruselas para visitar a su nuevo jefe, y luego se mudó a Nueva York, donde se instaló en unas lujosas oficinas de Wall Street. El «coronel», cuyo rango era tan espurio como sus otras cualificaciones, demostró ser un desastre. La oficina colonial belga pronto intentó marginar al molesto norteamericano, famoso por su ropa de mal gusto y porque en su voluminosa correspondencia con el rey llamaba a Leopoldo «mi querida Majestad». Cuando Bruselas cerró el grifo del dinero, Kowalsky, indignado, cambió de bando y vendió su abultada y detallada correspondencia con Leopoldo al magnate de la prensa Randolph Hearst.

La publicación de pruebas de que el rey manipulaba a la prensa y a políticos de Washington tuvo consecuencias catastróficas. Una vez más, Leopoldo trató de prevenir lo peor creando una comisión de investigación. Sin embargo, esta vez no le bastaría con un puñado de misioneros ingenuos, y pese a haber sido elegidos con suma cautela por sus opiniones, los tres jueces europeos integrantes de la comisión que viajó al Estado Libre del Congo se tomaron su trabajo muy en serio y oyeron a centenares de testigos. Durante la toma de declaraciones, uno de los jueces se derrumbó y lloró. Un testigo, el jefe de una tribu al que habían azotado y hecho rehén, colocó en la mesa de la comisión ciento diez ramitas, una por cada miembro de su tribu asesinado durante la fiebre del caucho. En marzo de 1905, tras oír las primeras conclusiones de la comisión, Paul Costerman, el gobernador general del Congo, se cortó el cuello con una navaja. El Estado Libre del Congo tenía los días contados.

Aunque la mayor parte del desgarrador testimonio directo de nativos congolese se publicó fuera del informe y se enterró en los archivos estatales de Bruselas, y aun cuando Leopoldo se las ingenió para engañar a muchos periódicos internacionales y consiguió hacerles publicar un «resumen» del informe que él mismo amablemente les había proporcionado —un informe sin una sola referencia a atrocidades cometidas de manera sistemática—, las conclusiones condenatorias de su propia comisión confirmaron las acusaciones de Morel en todos los puntos importantes y no tardaron en hacerse públicas. Leopoldo, entonces ya septuagenario y dado a recorrer en triciclo el parque de su palacio y a aterrorizar a la corte con su hipocondría descomunal y su miedo a los gérmenes,

finalmente decidió que no valía la pena seguir manteniendo la colonia (mucho menos lucrativa ahora, cuando en el mercado mundial habían aparecido otros productores de caucho), y generosamente aceptó venderla al gobierno belga. Gracias a ese gesto real, Bélgica se endeudó en ciento diez millones de francos (trescientos treinta millones de libras esterlinas de hoy), aceptó financiar todos los proyectos arquitectónicos reales ya iniciados y le pagó al rey otros cincuenta millones de francos «como prueba de gratitud por sus grandes sacrificios en el Congo»[21]. Leopoldo II murió en diciembre del año siguiente.

Tras una década de trabajo agotador, Edmund Morel, el empleado administrativo que se atrevió a plantarle cara a un rey, había salido vencedor. Su cruzada fue la primera campaña internacional en defensa de los derechos humanos, y su estudio de Liverpool la primera organización no gubernamental financiada por donantes privados, modestos a menudo, y capaz de hacer presión en el corazón de las principales potencias. Que algo así fuera posible se debió a que los nuevos medios de comunicación de masas habían, hasta cierto punto, democratizado el poder. Incluso en países como Austria-Hungría y Rusia, donde la censura de prensa seguía en vigor, el mero volumen de material impreso a menudo convertía a los censores en una instancia prácticamente redundante. La información y las ideas se propagaban como reguero de pólvora en las ciudades, y llegaban hasta las granjas más remotas en cuestión de días. Su fuerza podía obligar al cambio simplemente por lo abrumador de la presión, y en última instancia imponía un clima de opinión incontrolable.

No fue sólo Morel el que se benefició de ese cambio radical en la política de fuerzas. Al capitán Dreyfus volvieron a juzgarlo y lo exoneraron gracias a una campaña de prensa aun cuando el suyo había sido un asunto nacional movido «desde arriba» por poderosos miembros de la sociedad parisina, de la política y de los militares. Otro ejemplo importante del poder cada vez más nivelador de la prensa, el caso Beylis, lo encontramos en Kiev en 1913. Contable judío de una fábrica local, Mendel Beylis fue acusado de un absurdo y falso cargo de asesinato ritual de un niño cristiano. El zar, rabiosamente antisemita, se había encargado de instruir a los jueces para que hallasen a Beylis culpable, y el tribunal fue objeto de todas las presiones imaginables. Aquí también, la atención que la prensa internacional prestó al caso aseguró la pronta absolución del acusado.

La parodia de juicio, con sus «testigos» comprados y falsos expertos, se siguió y comentó en todo el mundo hasta que, al final, cayó por su propio peso. Los medios de comunicación de masas habían alterado el equilibrio del poder, cuya imagen, siempre primordial en política, dejó de ser propiedad de los artistas oficiales y los proyectos grandiosos y pasó a decidirse en las redacciones de los periódicos. Los monarcas «modernos», como Guillermo II de Alemania, hicieron todo lo posible para cortejar y utilizar a los medios y proyectar un personaje inventado con esa finalidad, pero también él tuvo que aprender que eso se parecía a bailar con un demonio que podía girar en dirección contraria sin previo aviso. Los portavoces de todos los campos siempre han sabido que la percepción es infinitamente más potente que los hechos desnudos.

Los costes del poder

El éxito de Morel fue un ejemplo de la importancia que revestía la victoria en la guerra de la imagen, y casi un siglo después los historiadores han reevaluado a fondo la imagen misma del colonialismo y su peso para Europa. Difícilmente puede dudarse de que las posesiones coloniales fueron cruciales para la imagen que las grandes naciones de entonces tenían de sí mismas. Las colonias tenían una importancia fundamental para países como Gran Bretaña, Alemania y Francia, que crearon un club de «grandes potencias» con imperios considerables y un sentido de misión histórica y grandeza nacional.

El lado oscuro de esa carrera por el poder y el prestigio mundiales fue el legado profundo, y a menudo profundamente perjudicial, que el sistema dejó a los colonizados. En los peores casos, como el Congo, desangró a una región que ya sufría las consecuencias de siglos de esclavismo (un negocio de comerciantes árabes, principalmente, que ya se habían llevado a quinientas mil personas un año antes de que llegaran los europeos), sentando así las bases de una historia poscolonial de crueldad, miseria, dictaduras y guerras civiles. En los mejores casos, el colonialismo dejó unas fronteras mayormente arbitrarias, pero también redes ferroviarias, escuelas, sistemas judiciales y una apariencia de democracia, si bien no una élite local formada para administrar ese legado. Y en todos los casos dejó abiertas preguntas de muy difícil respuesta.

También para los colonizadores, la imagen del colonialismo se separó de la realidad, y la investigación rigurosa muestra que gran parte de nuestra percepción de

ese sistema está en deuda con la retórica de hace un siglo: ninguna colonia era ni por asomo tan vital para las grandes potencias como estas les hacían creer a sus súbditos. Gran Bretaña era, por supuesto, el país más influido por la realidad del imperio, pues reinaba sobre una quinta parte del mundo y una cuarta parte de su población. La cultura imperial conoció su apogeo con las colosales celebraciones organizadas para el jubileo de la reina Victoria en 1897, que se extendieron por todo el globo y movilizaron a masas enormes. El imperio era un socio comercial importante de la madre patria, así como un lugar para hombres jóvenes en busca de carrera y fortuna, y, en cierta medida, un lugar donde confirmar la superioridad de la raza inglesa. En efecto, nos contaron que fue el imperio lo que hizo que Gran Bretaña llegase a ser lo que fue.

Y, hasta cierto punto, es cierto. Si Gran Bretaña desempeñó un papel fundamental en la mayoría de las regiones del imperio (los campesinos de la India rural que aún seguían a las órdenes directas de un gobernante local «aprobado» habrán notado relativamente poco la presencia de sus administradores coloniales), el papel de ese imperio era mucho menor en Gran Bretaña misma. La balanza comercial se inclinaba a favor de la madre patria (no en última instancia a causa de las brutales tácticas de Londres durante las guerras del opio y el muy jugoso tráfico de la droga a China); la India absorbía cerca de una quinta parte de las exportaciones británicas y producía mercancías valiosas como té, algodón y opio. Pero el imperio también tuvo un alto coste para los colonizadores, pues deprimió la industria textil nacional; además, administrarlo costaba mucho dinero. Vista desde una perspectiva a largo plazo, la inversión de doscientos setenta millones de libras en la India

hacia 1900 también significó que esos fondos dejaron de estar disponibles para mejorar las instalaciones industriales británicas, ya anticuadas, y competir con los vecinos europeos.

Por si fuera poco, la joya de la corona hacía necesario mantener la marina más grande y poderosa de mundo, armada con sucesivas generaciones de buques de batalla ruinosamente caros. Quedarse a la zaga de la competencia, especialmente la representada por la Alemania guillermina, habría significado el fin del imperio. Para garantizar el predominio estratégico británico también hacían falta inversiones en zonas del mundo mucho menos rentables: sin el control del Canal de Suez, por ejemplo, el dominio sobre la India y el comercio que ese país generaba era impracticable; y sin control sobre Egipto y Palestina no había seguridad para el canal. Y gobernar Egipto (de hecho, pues oficialmente nunca fue una colonia) significaba asegurar su vasto interior meridional, incluido el Sudán destrozado por la guerra, una zona que creó su propia mitología con «héroes» militares como Lord Kitchener en Jartum, pero que también arrastró al imperio a enfrentamientos interminables y agotadores sin ser nunca una propuesta lucrativa.

Si bien es muy probable que el imperio creara tantas obligaciones como oportunidades, siguió siendo una fuente de inagotable orgullo nacional. Pero ¿lo fue de verdad? Depende de a quién se le pregunte. Sin duda existía un importante *lobby* colonial, y también una extendida creencia en la «carga del hombre blanco», en la misión histórica de Gran Bretaña, una visión paternalista que Joseph Chamberlain, el secretario de Estado para las colonias, resumió así: «El deber de un hacendado es hacer crecer su propiedad.[22]» La presencia del imperio en la vida

cotidiana de las clases medias también puede inferirse de las innumerables chucherías que llenaban las casas victorianas y eduardianas, muchas de las cuales tenían un toque colonial. En la casa del compositor Sir Edward Elgar, por ejemplo, podía verse una gran cantidad de recuerdos de ese estilo, reliquias de la familia de *Lady* Elgar: unos apagavelas de bronce, indios; un escabel cuadrado de palisandro tallado, de Bombay; dos elefantes de mármol en plena lucha; un elefante con el *howdah*, la silla de montar; un ídolo de mármol con un perro, etcétera, etcétera.

Esta enumeración puede ser una prueba de la presencia del imperio en la vida cotidiana, pero afirmarlo es problemático: cuando Max Nordau caricaturizó el contenido de una casa de la gran burguesía de Viena, Praga o Budapest, pintó un cuadro similar, oriental, con borlas turcas, alfombras persas y dagas indias, aunque Austria-Hungría no tenía colonias. El gusto por lo exótico era muy marcado en esos días, una válvula de escape para fantasías de libertad, erotismo y dignidad primitiva, algo parecido al «orientalismo» de Edward Said, lo cual no era, necesariamente, una prueba del orgullo colonial.

Ese orgullo (luego vergüenza), tal como lo encarnó Cecil Rhodes, el coloso de África y principal instigador de la guerra de los Bóers, era imperialismo en su forma más visible y más cruda, pero no era representativo de la cultura ni del pensamiento británicos. Si la política exterior y la retórica gubernamental podían a veces estar dominadas por cuestiones imperialistas, estas tenían, de hecho, una presencia relativamente escasa en la experiencia cotidiana de la gente. De ahí que no sea de extrañar que la historiografía muestre que los ciudadanos estaban bastante más preocupados por su propia vida, por su clase, por el

trabajo y la política nacional que por sociedades que quedaban a miles de kilómetros de distancia. En los periódicos se publicaban noticias sobre las colonias, pero la imaginación popular nunca se preocupó especialmente por las posesiones de ultramar de Su Majestad. Existía, naturalmente, una cultura *Boy's Own*, pero ni las canciones de las comedias musicales (con la posible excepción de la popular *The Boers Have Got My Daddy*) ni las piezas teatrales del West End, ni la literatura y la pintura, dedicaban mucha atención a las colonias.

Para los pintores, la moda ya había pasado. El victorianismo subido de las doncellas de Lord Frederic Leighton en oscuros harenes, y las multitudes de colores abigarrados y los pechos bamboleantes de Sir Lawrence Alma-Tadema, pertenecían firmemente al siglo ^{xix}. En 1900 ya predominaba un tono más sobrio. La nueva generación de artistas no miraba a la India y África, sino a la campiña inglesa, o a Francia, al otro lado del canal.

Con excepción de Rudyard Kipling, los autores británicos nunca habían explotado realmente el tema de la vida en las colonias, y hacia 1900 el imperio tenía muy poca resonancia en la literatura. Desde la atemporal Inglaterra de Thomas Hardy hasta las pesadillas utópicas de H.G. Wells, en los temas escogidos por los novelistas no había motivos coloniales. *La isla del doctor Moreau*, de Wells, en la que un científico, recurriendo a la cirugía, trata de transformar a los animales de una isla lejana en una «raza sin malicia» parecida a la humana y luego los gobierna con la mano de hierro de un dictador, puede leerse como alegoría del imperialismo. Sin embargo, es precisamente ese carácter alegórico lo que convierte la novela en un comentario sobre los virulentos debates en torno a las ideas de Darwin y

Malthus y en un espejo de la propia sociedad británica, en la tradición de Robert Louis Stevenson y Francis Bacon.

Cuando en la literatura aparecían las colonias o personajes coloniales, a menudo tenían un papel subordinado, muy parecido al del doctor Watson, ex oficial del ejército indio y leal pero nunca brillante amigo de Sherlock Holmes. Es cierto que muchos de los casos del gran detective se desarrollan sobre un fondo colonial, pero esa referencia sólo es útil porque en las colonias había serpientes raras, venenos poco comunes, opio, fortunas inexplicables y hombres que después volvían a su país con la salud arruinada. Eran una bolsa llena de trucos, no una presencia inmanente en la vida cotidiana. Gran parte de lo que hoy consideramos cultura e imaginaria del imperio —Lawrence de Arabia; *Vidas privadas* de Noël Coward («He viajado por el mundo, ya sabes...» «¿Y qué tal?» «¿El mundo? Muy placentero.»); *Pasaje a la India* (1924), de E.M. Forster)— es posterior a la Primera Guerra Mundial. En una divertida maniobra intelectual (aunque sin intención humorística), el difunto Edward Said intentó darle la vuelta a ese razonamiento postulando que era precisamente la ausencia de toda referencia al imperio antes de 1914 lo que demostraba cuán teñida estaba Inglaterra con una ideología imperial y orientalizante; tanto, de hecho, que se daba por sentada como subtexto implícito. Con todo, la evidencia histórica no lo confirma.

En las escuelas estatales, sucesivos observadores de mentalidad imperialista descubrieron, para su consternación, que los niños no sabían casi nada de las colonias. En las escuelas públicas, el cuadro era bastante parecido: los niños empollaban verbos griegos y latinos, estudiaban a Shakespeare y Tennyson, y si escogían lenguas modernas, lo

más probable era que aprendiesen alemán o francés. La socialización en un contexto de internados y cuerpos de cadetes, institucionales y a menudo militarizados, los preparó bien para desempeñar futuros cargos en la administración imperial, pero pocos de sus trabajos o debates escolares trataban de asuntos relacionados con el imperio. Para muchos de ellos, el imperio seguía siendo un asunto confuso, y eso a pesar de la noche de «Mafeking», una celebración patriótica, en primavera, para recordar la liberación del bastión británico durante la guerra de los Bóers, y ocasión ideal, para los estudiantes, no sólo para quemar efigies del presidente Kruger, sino también para la confusión y el desorden general. Como señala Bernard Porter, en el recreo los niños no jugaban a «colonizadores y zulúes», sino a «ingleses y romanos», y eso antes de que llegaran los «indios y vaqueros»[23]. Stanley y Livingstone eran héroes nacionales, pero también lo eran Shackleton, Scott e incluso Amundsen unos años más tarde, aunque sus proezas no se valoraban como empresas coloniales y Amundsen ni siquiera era británico. Eran héroes aguerridos, deportistas, en cierto modo, adorados por una nación que veneraba los deportes.

Los administradores coloniales se formaban en las universidades británicas. Oxford y el Imperial College de Londres eran famosos por su departamento de estudios orientales. En esas instituciones se enseñaban lenguas y culturas indias y africanas, se editaban textos en sánscrito y se estudiaba de todo, de arte a agricultura, pero los estudiantes no salían de su torre de marfil o se marchaban a gobernar. El intercambio con la cultura general del país de destino era escaso. En el capítulo ^{xi} veremos la fascinación que muchos artistas experimentaron por las culturas

«primitivas» como contrapeso al mundo moderno e hipercivilizado y al desarraigo de la vida en las grandes ciudades. Sin embargo, resulta interesante que casi ninguno de esos pensadores imaginativos se centrara en las colonias de su país de residencia. A Pablo Picasso lo fascinaban los objetos del África Central francesa, que lo ayudaron a descubrir una nueva estética en las máscaras y las esculturas tribales; otros, como Vasili Kandinsky, que se fue a vivir entre los chamanes de los Urales, o Ígor Stravinski, que revivió rituales imaginarios de los antiguos rusos, buscaban inspiración más cerca de casa. En Gran Bretaña, fue especialmente William Butler Yeats el que buscó una espiritualidad más auténtica y original, pero, así y todo, se volcó en la antigua mitología irlandesa y en el ocultismo, no en los templos de la India. «Por decirlo de alguna manera, parecemos haber conquistado y poblado la mitad del mundo en un ataque de distracción», dijo, suspirando, Sir John Seely, *professor regius* de Historia en la Universidad de Cambridge.

En Francia, aún angustiada por la virilidad y el declive nacional, la situación era muy distinta. La *gloire de la France* está inextricablemente vinculada al destino de su imperio, y lo había estado desde Napoleón. En parte, esa situación se debió a que, según la ley francesa, los territorios de ultramar *eran* Francia, y se esperaba que en las junglas de Indochina y en los desiertos de Argelia los franceses se sintieran como si estuviesen en Picardía o en los Campos Elíseos. La prensa contribuyó mucho a mantener ante el ojo de la opinión pública los temas y las imágenes coloniales. En 1904, por ejemplo, el popular periódico *L'Illustration* traía en casi

todas las ediciones no sólo importantes noticias sobre la guerra ruso-japonesa (con una notable admiración por los japoneses), sino también largos reportajes, historias por entregas, fotografías, dibujos, tiras cómicas y otros artículos sobre las colonias francesas y su población. *Le Petit journal*, un periódico con una tirada de casi un millón de ejemplares, llegó a dedicar su edición del seis de marzo de 1910a «los héroes de la expansión colonial». Como en la política francesa, había también un grupo anticolonial. La revista satírica *L'Assiette au beurre* satirizaba sin piedad la idea colonial (como hacía con todo lo demás), y *La Revue socialiste* polemizaba furiosa en nombre de los «gritos de dolor de una humanidad violada».

La Francia *d'outre mer* era una presencia constante en la vida francesa: la Exposición de 1900 tuvo una extensa sección colonial con maquetas de poblados nativos, y le siguieron dos exposiciones coloniales monográficas, una en Marsella en 1906 (con un millón ochocientos mil visitantes) y otra en París, un año después, visitada por dos millones de personas. La exhibición de «personas reales» en una reproducción paródica de su entorno natural, decorada con una plétora de animales, danzas y rituales exóticos, era una atracción tremendamente popular en toda Europa. La visión comercial de Cari Hagenbeck, el fundador del zoo de Hamburgo, lo llevó a importar ejemplares de países tan distintos como Finlandia, Ceilán y África Oriental y mostrarlos en su «hábitat natural» en Hamburgo y durante largas giras europeas a partir de 1874. Un público boquiabierto podía disfrutar contemplando, entre otras cosas, «caníbales australianos, machos y hembras, la única colonia de esta raza, que es extraña, de rasgos desfigurados y la más brutal que ha surgido jamás del interior de un país

salvaje. El orden más bajo de la humanidad»[24]. Antes de 1914 una veintena de esos espectáculos etnográficos recorrieron Europa, atrayendo a cientos de miles de visitantes.

El público se dejaba llevar por la curiosidad. En Francia, no obstante, el interés tenía su base en una larga historia de orientalismo y gusto por lo exótico que se remontaba a las poderosas fantasías de Eugène Delacroix, las lánguidas mujeres de los harenes pintados por Jean Auguste Ingres o descritos por Flaubert en *Salambó*, e incluso a la egiptomanía que se había apoderado del país después de la breve conquista de Egipto por Napoleón y a las *Cartas persas* escritas por Montesquieu en el siglo ^{xvii}. Oriente no quedaba lejos, y no sólo geográficamente hablando. Escritores como André Gide, Louis-Ferdinand Céline, Jules Verne y Guy de Maupassant siguieron los pasos creativos de Victor Hugo, que, con característico aplomo megalómano y toques sexuales bien calibrados, había afirmado: «¡Id, pueblos! Dios ofrece África a Europa. Tomadla...»

Un escritor que siguió el consejo de Hugo (en Oriente, no en África) en el sentido más personal posible fue el popular Pierre Loti (1850-1923), académico, que inmortalizó su aventura amorosa con una mujer turca a la que describe a su manera orientalizante: «Las cejas oscuras, ligeramente rizadas, tan juntas una de la otra que casi se tocaban; la expresión de esos ojos era una mezcla de energía e ingenuidad; podía ser la mirada de un niño, a juzgar por la pureza y la juventud que había en ella.[25]» El amor del escritor por la hermosa Aziyadé se convirtió en un tema que perduró a lo largo de toda su vida, sobre todo cuando la turca murió, obedientemente, cuando el deber de marino llamó al escritor. Loti estaba convencido de que Aziyadé

había muerto de amor. El autor, al que le gustaba lucir un fez en sus retratos, saciaba el apetito del público con exquisitos cuentos sentimentales ambientados en lugares exóticos que él adoraba. Su casa de Rochefort, en la costa atlántica, es una fantasía oriental en piedra, con habitaciones turcas y árabes, ornamentos y arcos intrincados, telas suntuosas y el suave murmullo de las fuentes.

El imperio colonial ejercía un considerable dominio sobre la imaginación nacional, sin duda también movida por la voluntad de compensar la traumática pérdida de Alsacia y Lorena tras la guerra francoprusiana de 1870-1871. El popular político francés Léon Gambetta llegó a especular seriamente sobre la posibilidad de cambiar Alsacia y Lorena por alguna colonia francesa. Pero ¿cuál era la importancia real de las colonias? ¿Eran tan cruciales para la economía como para el orgullo nacional? Sin duda, no. Para empezar, Francia no tenía un excedente de población al que pudiera haberse obligado a poblar las colonias, una motivación fundamental para Gran Bretaña y Alemania, donde se esperaba poder enviar a las colonias a un número suficiente de trabajadores y mantener así a raya el fantasma constante del malestar social. Con una población que se mantenía estable sólo gracias a la inmigración, para Francia no tenía sentido fomentar una política de colonización de territorios extranjeros. En lo económico, el Congo francés se explotaba casi tan despiadadamente como el vecino Estado Libre, y había intercambios con Túnez y Argelia (importaciones de vino barato a Francia, básicamente) y con Indochina, pero nada parecido al volumen del comercio de Gran Bretaña con sus colonias.

Para Alemania, poseer un imperio colonial era simplemente una cuestión de estar a la altura de los países vecinos, un ejercicio de poder político mundial sin significado económico. Entre las clases dirigentes, las colonias eran fuente de un nada desdeñable orgullo nacional, pero incluso en ese aspecto el entusiasmo que despertaba la idea de un imperio alemán estaba lejos de ser unánime. Los conservadores la apoyaban, y, lo que es más importante, también el poderoso *Deutscher Flottenverein*[*] que presionaba para contar con una marina importante y así desempeñar un mayor papel colonial e internacional; sin embargo, Bismarck, el canciller, conservador hasta la médula, consideraba que la idea era un capricho costoso e hizo todo lo posible para que no se hiciera realidad, al menos hasta que en 1884 el oportunismo político lo obligó a convertirse a la idea colonial. Los socialistas estaban divididos; la mayoría se oponía por motivos humanitarios, mientras que una minoría estaba a favor, en la esperanza de ayudar a «civilizar» a los nativos y hacer de ellos socialistas en potencia, y de que la inevitable opresión en las colonias precipitara la revolución internacional.

Pese a la importancia simbólica del imperio, poco peso tenía en la vida política. Walter Rathenau, entonces un industrial que intentaba hacerse un hueco en la política, tuvo su propia y amarga experiencia en 1907-1908, cuando viajó al África Sudoccidental alemana en una misión de investigación. Con todo, dejó claro que el puesto de secretario para las colonias no era bastante interesante para él, pues aspiraba a un ministerio «importante». La baronesa Von Spitzemberg, incansable cronista de la élite política en la corte de Berlín, se explayó en su diario sobre la guerra ruso-japonesa, las relaciones con las grandes potencias, la

debacle del imperio otomano y la crisis de Marruecos. Las colonias las menciona sólo de pasada; la única frase que les dedica entre 1900 y el año de su muerte, 1914, es una crítica exasperada: «Qué equivocado es el camino que ha tomado Alemania para sus colonias. Introduce allí sin tardanza nuestra burocracia y nuestro autoritarismo [...]. Los ingleses les dejan mucha más libertad individual.[26]»

Entre la población en general, las colonias tenían aún menos presencia cultural. Las verdulerías que vendían frutas exóticas se llamaron *Kolonialwarenläden* (tiendas de ultramarinos) hasta bien entrado el siglo ^{xx}, pero no había casi ninguna expresión cultural popular, ni de las clases medias, del orgullo colonial que el gobierno quería infundir, y muy pocos alemanes visitaron alguna vez las colonias. El poder colonial de Alemania se elogiaba en los libros de texto, pero las redacciones versaban en torno a temas europeos: era mucho más probable que Siegfried o Tucídides hicieran sudar más a un alumno que las hazañas de la nación en el África Sudoccidental. Un ejemplo de 1900: la lista de los temas de redacción, de libros para la biblioteca del centro o de material recibido durante un año en una escuela secundaria de Berlín no contiene referencia alguna a ningún ensayo, mapa, libro u objeto específicamente colonial[27]. La tierra más lejana que visitaban los alumnos era la antigua Grecia.

En comparación con lo que ocurría en Francia, es muy poca la literatura alemana seria que aborda el tema de las colonias. Hubo novelas de éxito acerca del imperio, sobre todo después del levantamiento de 1904. *Peter Moors Fahrt nach Südwest Afrika* («El viaje de Peter Moor al África Sudoccidental»), del ex sacerdote Gustav Frenssen (1863-1945), fue un éxito de ventas arrollador, con doscientos

mil ejemplares vendidos antes de 1914. Pese a la presencia de imágenes coloniales en la literatura, había otros lugares exóticos más populares entre los escritores de novelas de aventuras, en particular Karl May, que creó para millones de lectores jóvenes mundos poblados por exploradores intrépidos, nativos nobles y crueles bandidos; no obstante, sus escenarios eran exclusivamente el Oriente Medio y el Lejano Oeste americano. Los niños jugaban con soldaditos de plomo, pero sus molestos enemigos eran franceses, rusos o pieles rojas, no africanos. Vestían trajes de marinero, no de soldado. Las colonias estaban casi ausentes, y no sólo en sus habitaciones, sino también en los salones. Muy pocas personas trabajaban en la administración colonial o en las unidades del ejército destacadas en el extranjero, y si hemos de creer lo que nos cuentan las novelas y los periódicos de la época, las colonias casi nunca eran tema de conversación. Si Alemania había llegado a ser un imperio colonial, el hecho había causado poca impresión en la conciencia del pueblo.

¿Por qué? Es posible que el inestable sentido de identidad nacional que se había vuelto a alterar con la fundación del imperio en 1870 dejara poco espacio a las nuevas definiciones. Es posible también que influyera el hecho de que la mayor parte de Alemania no tuviera salida al mar, y de que a lo largo de su historia el país hubiera dedicado más tiempo a rechazar invasiones que a invadir territorios ajenos. Los imperios eran para naciones marítimas, como Gran Bretaña y los Países Bajos, Portugal y Francia. Potencias como Austria-Hungría y Rusia, cuyo acceso a los mares peligraba —para el imperio británico, el obstáculo eran Gibraltar y Suez en manos extranjeras; para Rusia, el hielo—, no hicieron ningún intento serio por fundar un imperio colonial.

Las razones económicas nunca estuvieron en el centro de la política colonial alemana, y las críticas daban en el blanco al señalar que las colonias y el descomunal desarrollo de la marina hacían perder dinero al país y lo colocaban en un peligroso camino que conducía al enfrentamiento con los intereses de Gran Bretaña y Francia en el extranjero. El káiser estaba apegado a la idea colonial por razones de prestigio. Para ser una potencia de primera categoría había que tener colonias, y esa idea fue lo que en 1911 llevó también a Italia a dilapidar millones en las arenas de Libia en busca de la gloria nacional.

Cultura imperialista e imaginación orientalizante son dos cosas muy distintas. La segunda era una parte importante de la cultura europea hacia 1900. Sin embargo, su función, más que representar el imperialismo, consistía en proporcionar una manera de escapar del vértigo de la vida moderna. Oriente se proyectaba como todo lo que Occidente no era. Los hombres codiciaban la supuesta libertad sexual simbolizada por las fotografías «etnográficas» de muchachas africanas desnudas (y, de vez en cuando, también de algún muchachito) y sus descripciones literarias: sensuales e ingenuas, pero vibrantes de energía y con unos labios como frutas maduras, igual que la amada Aziyadé de Loti; promesas de placeres que el matrimonio burgués rara vez ofrecía... De hecho, el repertorio popular de imágenes del negro fuerte, pero salvaje, del asiático resistente en la cama y del árabe célebre por su potencia sexual, con sus harenes e infinitas mujeres a su disposición, simbolizaba la propia fuerza vital que, en opinión de muchos, estaba desapareciendo en Occidente. La fascinación por Oriente también era fascinación por un mundo sensual de emociones fuertes y «naturales», un paraíso erótico aún no tocado por

la mano fulminante de la Iglesia ni por la perversión de la gran urbe.

Ese universo, con su predilección por las cosas de Oriente, tenía también otra atracción. La sensación de estar fuera del tiempo, los espejismos del desierto, las selvas tropicales y los altiplanos remotos (que, como imaginaba Conan Doyle, podían albergar mundos prehistóricos enteros de dinosaurios y dragones), y las ciudades antiguas en que las costumbres ancestrales regían la vida de habitantes fatalistas, eran la antítesis de la vida compulsiva y tecnificada que la ciudad moderna imponía a sus habitantes. Hasta el opio y el hachís, las dos drogas importadas de ese mundo tentador, prometían el dulce abrazo del olvido y unos momentos de dicha fuera del tiempo y el espacio. Si la velocidad era el veneno de la modernidad, Oriente era el antídoto.

Uno de los artistas que percibió esa conexión fue el gran poeta y novelista ruso Andréi Bély. Nikolái Apolonovich, el protagonista de su novela Petersburgo, hijo de un alto funcionario, y cuya mayor ambición es cruzar todos los días la Perspectiva Nevski «a velocidad máxima» en su carruaje, dice adiós a la frenética vida moderna a temprana edad. Abandona los estudios, se levanta tarde, lleva un batín de Bujara (Uzbekistán), un casquete y pantuflas persas, y ha transformado su salón en un decorado oriental:

La bata de Bujara se prolongaba en un banco bajo en tonos castaños oscuros y con incrustaciones de delgadas listas de ébano y madreperla; se prolongaba también en el escudo de un guerrero negro, hecho con la piel de un rinoceronte abatido en algún lugar con una flecha sudanesa oxidada [...] y, por último, la bata se prolongaba en la piel de leopardo, extendida a sus

pies con la boca abierta; encima del banco, una pipa de agua azul oscuro y un quemador de incienso, de tres pies y con forma de medialuna; pero el objeto más asombroso era una jaula de colores en la que de vez en cuando revoloteaban unos loros pequeños y verdes.
[28]

Como en la casa de Loti en Francia, todos los objetos, todos los tropos orientales aparecen hechos un revoltillo en esa habitación, una celda desde la que oponer resistencia contra la tiranía de la modernidad. La imaginación orientalista se alimentaba de esas fantasías, aun cuando lejos de la civilización industrial la realidad no se pareciera en nada a esos sofocantes escenarios de seducción. Importantes para los políticos como símbolos del poder y prestigio (pero sin duda no como fuente de beneficios), las colonias también interesaban porque prometían una vida distinta.

Esa brecha entre la percepción y la realidad de los imperios coloniales tiene un matiz casi cruel en el caso del Congo belga. Mientras se maravillaban ante las máscaras tribales y los nuevos museos, en los periódicos los belgas leían sobre el bien que se hacía en África en nombre de la misión civilizadora del país.

No obstante, la realidad que ocultaba esa pantalla tan bien cuidada no sólo era horripilante; sus balances secretos inclinan toda la perversa operación hacia lo grotesco. Rentable como muy pocas otras inversiones durante el breve periodo en que Leopoldo tuvo de hecho el monopolio mundial del caucho, el Estado Libre del Congo convirtió al rey en un hombre inmensamente rico, pero el negocio del asesinato a gran escala también creó sus gastos generales. El

historiador belga Jean Stengers ha calculado que, hasta 1908, el Congo reportó al rey unos beneficios aproximados de sesenta millones de francos, y veinticuatro millones más tras cederlo a Bélgica. Con todo, la administración, el transporte y la defensa le costaron al rey —y a la patria— unos doscientos diez millones, lo cual equivale a unas pérdidas netas de ciento veintiséis millones de francos.



Bello, orgulloso y desbordante de fuerza viril: *El centinela del palacio*, de Ludwig Deutsch, un magnífico ejemplo de arte orientalista.

Que el coste humano del régimen de Leopoldo fuera incalificable no significa que sea incalculable. Sin un censo de población exacto es imposible determinar cuántas personas murieron asesinadas en el Estado Libre del Congo, pero son varias las fuentes que han dado a los historiadores una idea muy aproximada de la magnitud de la tragedia. Según el cambio en las pautas de población, los informes y las estimaciones de misioneros sobre los pueblos de su respectiva zona, y de acuerdo con los análisis históricos recientes, es probable que entre 1885 y 1908 murieran, ya asesinadas directamente por los esbirros de Leopoldo, ya a consecuencia de la hambruna y las enfermedades (les impedían cultivar la tierra o criar animales, los echaban de sus casas o los dejaban morir de hambre en los campos de rehenes o en la jungla), unos diez millones de personas, es decir, más de las que murieron en la Primera Guerra Mundial.

Aun con su crueldad sin precedentes, la explotación del Congo belga sólo fue rentable durante muy pocos años. Si Leopoldo pudo forrarse, y «forrar» el suelo del Congo de cadáveres de nativos, fue sólo porque se embolsó directamente los beneficios y traspasó a Bélgica sus deudas y el grueso de los costes administrativos; a cambio, adornó las calles de todo el país, de Bruselas a Brujas, con ostentosos proyectos arquitectónicos *ad majorem gloria sua*. En el Congo había asesinado a nativos, y en su país estafó a los belgas, a quienes sólo les dejó un paisaje que conmemoraba con gratitud a un gran monarca. Muchas de esas estatuas aún siguen en pie.

Ni Edmund D. Morel ni Roger Casement tendrían monumentos erigidos en su nombre, y ninguno de los dos tuvo una muerte tranquila. Morel —una de las «pocas

personas a las que pude admirar de verdad»[29], dijo el filósofo Bertrand Russell— luchó por la causa pacifista y la prensa lo vilipendió en casi todo el mundo. Encarcelado en la prisión de Pentonville, lo mantuvieron en régimen de aislamiento y cosiendo sacas de correos en absoluto silencio hasta 1917. Cuando lo liberaron era un hombre físicamente destrozado, pero siguió trabajando y llegó a ser miembro del Parlamento en el primer gobierno laborista de Gran Bretaña.

En reconocimiento a sus servicios, Sir Roger Casement empezó a tomar parte en el nacionalismo irlandés. Viajó a los Estados Unidos para recaudar fondos de irlandeses-norteamericanos que se destinarían a comprar armas de fuego en el mercado negro para usarlas en un levantamiento antibritánico; después viajó de Nueva York a Alemania para hacerle una oferta al gobierno del Reich: a cambio del apoyo a la independencia irlandesa, Casement propuso formar una brigada de luchadores por la libertad de Irlanda con prisioneros de guerra en poder de Alemania, una unidad que combatiría del lado de los alemanes. Cuando regresó a Irlanda lo arrestaron y lo llevaron a Londres, donde lo encerraron en la Torre.



«Lo mejor de todo fue el Congo»: Roger Casement (a la izquierda), héroe y traidor.

Sus amigos y partidarios organizaron de inmediato una campaña en su defensa; entre los que donaron dinero o escribieron peticiones de clemencia cabe mencionar a la Negro Fellowship League, fundada en Chicago en 1910, y a los escritores Arthur Conan Doyle y George Bernard Shaw.

Después del juicio y el veredicto de culpable, la policía puso fin, de una manera rápida y discreta, a todos los esfuerzos por conmutarle la pena de condena de muerte a cadena perpetua, y se aseguró de que figuras influyentes del Parlamento y miembros de los clubs de Londres vieran las entradas acusatorias (a menudo muy explícitas) sobre encuentros sexuales que incluían los diarios de Casement encontrados durante los registros que se llevaron a cabo en su casa tras detenerlo. Al parecer, la traición era un delito grave, pero ser homosexual era imperdonable. Las peticiones de clemencia fueron rechazadas.

Sir Roger Casement murió en la horca, en la cárcel de Pentonville (en la que Morel cumplió su pena un año después) la mañana del tres de agosto de 1916. Pocos días antes de la ejecución escribió a un amigo: «He cometido errores tremendos, he hecho muchas cosas mal y he fracasado en muchos proyectos, pero... lo mejor de todo fue el Congo.»[30]

VI. 1905: CON TODA LA FURIA

¡La tormenta! ¡Pronto
estallará la tormenta! El audaz
petrel vuela orgulloso entre el
rayo y la espuma del mar
bravío; ya grita el profeta de la
victoria:
«¡Que la tormenta estalle con
toda su furia!»

Maksim Gorki, *La canción del
petrel*

La mañana del domingo nueve de enero de 1905, uno de esos días de invierno claros y suaves en que San Petersburgo parece más sereno, Serguéi Yúlevich Witte, un hombre alto, de cincuenta y cinco años, se levantó de la cama y se acercó a la ventana de su suntuoso apartamento para mirar al bulvar. «Vi una multitud formada por trabajadores e intelectuales, también por mujeres y niños que marchaban por la perspectiva Kammenno-Ostrovski llevando estandartes de la iglesia, fotos y banderas», escribió. «En cuanto esa multitud, mejor dicho, esa procesión, pasó, salí al balcón, desde donde podía ver el puente Troitski, hacia el

que se dirigían. Salí al balcón justo a tiempo para oír disparos, y algunas balas pasaron zumbando muy cerca. Una de esas balas mató al bedel del liceo Tsárkoie Seló, cerca de mi casa. Después se oyeron una serie de salvas. En diez minutos, una enorme multitud volvió a pasar corriendo; algunos cargaban muertos y heridos, entre los que había niños.»[1]

La gente que había formado esa multitudinaria procesión, cien mil personas quizá, había acudido con ánimo festivo, vestida de domingo. Salieron en dirección al Palacio de Invierno para ver a su «padrecito», el zar. Entonaban himnos religiosos. Algunos habían ayunado y rezado por la noche. Otros, menos optimistas, habían escrito cartas de despedida, e incluso hecho testamento. Ese día iba a ser importante en la historia de Rusia, un acto de amor y lealtad sin precedentes: el pueblo pediría al soberano que oyera su aflicción. Los manifestantes habían preparado una petición que querían entregarle al zar. «Nosotros, trabajadores y residentes de la ciudad de San Petersburgo [...] hemos venido a ti, señor, en busca de justicia y protección», decía el documento. «Nos hemos convertido en mendigos; vivimos oprimidos, agobiados por el peso del trabajo, que supera nuestras fuerzas; vivimos humillados; ya no nos consideran seres humanos, sino esclavos que han de soportar en silencio su amargo destino...» Esos trabajadores pensaban que el zar no tenía ni idea de sus penurias, pero que, si se lo contaban, castigaría a los capitalistas, a los burócratas y a todos los que oprimían al pueblo ruso. Irían como quien acude a celebrar misa, a «llorar sus penas sobre su hombro», llevando con ellos sus iconos sagrados y sus esperanzas. «Salva a tu pueblo, oh, Señor», cantaban, y la respiración formaba vahos en el aire frío. Al borde del camino, los que contemplaban el

paso de la multitud se persignaban; las campanas de la iglesia tañían.

Las distintas columnas que convergieron en el Palacio de Invierno pronto encontraron bloqueadas todas las vías públicas importantes: en Mytninskaia, en el muelle del Neva (cerca de donde Witte observaba la escena), en la isla de Vasilevski. Cuando la columna principal llegó a la magnífica fachada de cobre de la puerta de Narva, construida para conmemorar la victoria sobre Napoleón, un escuadrón de granaderos a caballo de la guardia cargó contra la multitud con sables y se retiró. A la izquierda, apostado junto a un puente, un regimiento de artillería apuntaba. Tras los primeros momentos de confusión se hizo el silencio. Los manifestantes unieron las manos y cantaron aún más alto. Después se concentraron alrededor de un cura ortodoxo vestido con una larga sotana, un hombre joven y carismático. Y sonó la corneta, señal de abrir fuego. Un oficial de policía gritó: «¿Qué estáis haciendo? ¿Cómo podéis disparar contra una santa peregrinación que lleva el retrato del zar?» Fue uno de los primeros en caer. Sus compañeros cayeron bajo la lluvia de proyectiles, alrededor del sacerdote. Iconos y estandartes también cayeron con estrépito en la nieve sucia. Después, la multitud huyó.

En la isla Vasilevski fueron los soldados del regimiento de la Guardia Finlandesa los que detuvieron a los peticionarios. Enviados con pañuelos blancos se acercaron a los soldados para tratar de explicarles a qué habían ido: no contra el zar, sino en busca del zar. Cuando vieron los fusiles que los apuntaban, algunos de los manifestantes se descubrieron el pecho y desafiaron a sus hermanos de uniforme a que les dispararan. Se gritaron órdenes y se oyeron salvas de disparos; la caballería redujo a los demasiado lentos y los

obligó a dispersarse. Se ha conservado una fotografía de la escena: una línea de soldados con pesados y largos abrigos apuntan a una multitud apiñada al otro lado de una plaza de un blanco reluciente. Los manifestantes buscan como pueden un lugar seguro; son unos puntos borrosos en la distancia. Una figura aislada destaca en la tierra de nadie. Al final de ese domingo sangriento, mientras una suave nevada cubría la ciudad, habían muerto ciento treinta y nueve manifestantes, y doscientos noventa y nueve estaban heridos, según las estimaciones oficiales. Los periodistas extranjeros contaron que hubo cuatro mil seiscientas víctimas.

¡No hay Dios!

El «domingo sangriento», como llegó a conocerse ese día, pronto fue visto por la mayoría como el día en que el zar mandó que el ejército cargara contra su propio pueblo. La indignación resultante provocó meses enteros de agitación revolucionaria y marcó un punto decisivo en la historia de Rusia. «¡No hay Dios, no hay zar!», había gritado, presa de la desesperación, el cura alto que encabezaba la procesión en la puerta de Narva cuando los disparos resonaron por toda la plaza y vio caer a sus camaradas. Era el padre Gapon, y su grito se oyó hasta en los rincones más remotos de Siberia.

En muchos sentidos, la ciudad y el campo estaban más estrechamente conectados en Rusia que en cualquier otro gran país. Era la quinta economía mundial, y tenía modernas ciudades industriales, pero sólo el 20 % de los rusos vivía en ellas. La abrumadora mayoría seguía trabajando la tierra, y pensaba casi exactamente igual que siglos antes, lejos, muy lejos de la gran transformación que experimentaron los

vecinos occidentales del país. Cualquier visión de Rusia y de la «pequeña revolución» de 1905 debe partir de una de las miles de plazas de pueblos polvorientos rodeadas por las cabañas en las que la mayor parte de los súbditos del zar vivía hasta el fin de sus días.

Las aldeas campesinas, *derevni*, derivaban su nombre de *derevno*, voz rusa que significa madera, el principal material usado para la construcción de viviendas, que por lo general, si el fuego no las destruía antes, se levantaban y desmantelaban en pocos días. Familias numerosas de varias generaciones vivían hacinadas en una sola casa, y a menudo en una única habitación con una estufa encima de la cual dormían, una mesa para comer y un altar con el icono de la casa. Era, como dijo León Trotski, un mundo de «iconos y cucarachas» cerrado detrás de sus habitantes y no sólo en sentido metafórico: «Las puertas permanecen cerradas a cal y canto; las ventanas, herméticamente selladas, y la atmósfera es indescriptible», escribió en una carta un cuáquero inglés. «El aire allí es tan viciado que sólo la experiencia permite que uno se haga una idea.»[2]

Detrás de esas puertas cerradas la vida continuaba como en tiempos inmemoriales. Hasta finales del siglo ^{xix} la mayoría de esos aldeanos fue analfabeta, y hasta 1917 sólo uno de cada cinco niños en edad escolar iba a la escuela. Si bien casi una tercera parte de las escuelas de los pueblos estaba en manos de la Iglesia ortodoxa, los curas tenían poca influencia en sus feligreses. Ellos mismos eran poco más que campesinos, profundamente ignorantes; estudiar teología y doctrina estaba reservado a los «clérigos negros» —togados— de los monasterios, que no realizaban tareas pastorales. Por lo tanto, el conocimiento de la doctrina cristiana era mínimo; Maksim Gorki contó que una vez le

oyó decir a un campesino que Dios «no puede estar en todas partes a la vez; demasiados hombres han nacido para eso. Pero él lo conseguirá, ya verá usted. Sin embargo, ¡no puedo entender a Cristo! Y, si me lo pregunta, le diré que no sirve para nada. No hay Dios, y eso es suficiente. ¡Pero ahora hay otro! El hijo, dicen. Que yo sepa, Dios no ha muerto»[3].

La vida campesina era una ley en sí misma en el sentido más literal. Según Serguéi Witte, el ministro de Finanzas, en Rusia había diez mil policías para cien millones de campesinos, y la justicia, por llamarla de alguna manera, se administraba según el capricho y la costumbre, por lo general en forma de humillación pública o azotes que aplicaban tribunales campesinos. Los castigos más crueles se reservaban para las mujeres adúlteras y los ladrones de caballos. A las mujeres acusadas de engañar al marido las desnudaban o les ataban la falda por encima de la cabeza antes de golpearlas y arrastrarlas por el pueblo atadas a un carro. Los ladrones de caballos podían esperar un castigo incluso peor: a menudo los castraban, los azotaban, los marcaban al rojo vivo o los despedazaban a golpes de hoz hasta que morían. La violencia de la vida cotidiana era extrema, sobre todo para las mujeres, a las que el marido podía pegar sin que ninguna ley las protegiera. «Cuanto más se le pegue a una vieja, mejor sabrá la sopa», decía un proverbio ruso. «Péguele a un pellejo, y calentará más; péguele a la mujer, y será más dulce», decía otro. Durante la ceremonia de la boda, la autoridad que el marido comenzaba a tener sobre la mujer se afirmaba simbólicamente cuando el padre de la novia le entregaba un látigo al novio. Las fiestas casi siempre terminaban en grescas de borrachos, y comúnmente se aceptaba, como parte de la diversión, que

algunos de los que se enzarzaban en la pelea nunca volvieron a levantarse.



Campesinos de provincias: ¿la verdadera cara de Rusia?

Campesinos rusos, hacia 1900 (Weidenfeld & Nicolson Archive)

Una medida, quizá, de la mentalidad medieval del *mujik* la da el hecho de que, pese a esas condiciones de vida miserables y la miseria y la hambruna constantes que se vivían en el campo, fueran muy pocos los que emigraban de la Rusia rural. El 70 % de los tres millones de súbditos del zar que dejaron el país entre 1897 y 1916 en busca de una vida mejor eran polacos o judíos. La vida fuera de la aldea era algo casi inconcebible.

Un préstamo del pueblo

Casi, pero no del todo. A medida que fueron disminuyendo las tierras para familias en las comunidades aldeanas, y cuando las familias empezaron a ser aún más numerosas que antes, cientos de miles de campesinos emigraron a las ciudades para trabajar en fábricas y formaron una subclase urbana que nunca se pareció en nada al proletariado industrial que los marxistas deseaban ver. En comparación con otros países, la mayoría de campesinos rusos que trabajó en las ciudades terminó volviendo al pueblo. El proletariado industrial de Manchester, Milán o Essen formaba un distrito urbano en el verdadero sentido de la palabra. Los obreros de las fábricas rusas sólo eran hombres pedidos prestados a las aldeas.

Los hombres solían ser casados; enviaban dinero a casa y volvían con la familia cuando se lo podían permitir. Las mujeres lo tuvieron mucho peor. Al regresar de su temporada en el «antro impío del pecado» las consideraban menos virtuosas, menos casaderas. Por lo tanto, muchas no tuvieron más remedio que quedarse en la ciudad y ganarse precariamente la vida entre la fábrica, el servicio doméstico y la prostitución.

Los trabajadores que volvían llevaban con ellos los signos del cambio inexorable. Se los reconocía de inmediato: los faldones de la camisa por dentro de los pantalones, y a veces hasta usaban chaqueta; se habían afeitado la barba y ya no se hacían cortar el pelo con un tazón. Volvían con dinero y bienes de consumo, ropa de confección según la moda de la ciudad, y también con libros e ideas políticas. Habían visto mundo y querían más independencia que los que se habían quedado en casa. Hasta las mujeres que habían trabajado en

fábricas parecían distinguirse por una «forma de hablar más vivaz, una mayor independencia y un carácter más obstinado»[4].

Cuando la ciudad empezó a infiltrarse en el pueblo, el pueblo llevó su brutalidad y sus penurias a los tugurios y los barrios dormitorio de Moscú y San Petersburgo, donde los obreros vivían casi como animales, muchos en una habitación sin agua corriente ni servicios sanitarios y sin apenas calefacción, sólo la suficiente para caer agotados después de una jornada de trece horas seis días a la semana. Ni el agua de las fuentes públicas era potable, y había barrios enteros prácticamente anegados por una combinación de desechos industriales y humanos. En 1909, una epidemia de cólera se cobró treinta mil víctimas en San Petersburgo.

Y otra vez fueron las mujeres las que más sufrieron: embarazos, numerosos partos seguidos y malos tratos por parte de maridos o amantes alcohólicos: «Una mujer trabajadora de cincuenta años ve y oye mal; le tiembla la cabeza; tiene los hombros terriblemente encorvados. Parece tener unos setenta años. Es obvio que sólo la necesidad extrema la mantiene en pie, obligándola a trabajar más allá de sus fuerzas. Mientras que en Occidente los mayores cobran una jubilación, nuestras trabajadoras no pueden esperar nada mejor que vivir sus últimos días como señoras de los lavabos»[5], escribió un médico en 1914:

... son extraordinarias por el hecho de que, con muy pocas excepciones y pese al frío y a la nieve húmeda y helada, van prácticamente sin ropa... Los pantalones sin abrochar, unos harapos en lugar de blusa y literalmente ninguna de las necesidades de la vestimenta humana corriente. Aquí también, algunas mujeres dudosas mantienen un comercio animado aun

con esos harapos horribles y cosas peores. La gente se desviste bajo el portal más próximo, e incluso en plena calle, a la vista de todos, y no provocan sorpresa ni curiosidad. Es obvio que se trata de algo muy común.
[6]

Otro observador, el periodista Alexéi Svirski, había escrito en 1905:

Tres días y dos noches me pasé entre personas que habían quedado al margen de la vida. Esa gente no vive; lo que hace es descomponerse como troncos calcinados que han quedado dispersos después de un incendio. En la lúgubre media luz de sucios antros, en albergues para vagabundos, hacinadas y comidas por las chinches, en las casas de té, las tabernas y los tugurios del libertinaje barato —en todas partes donde se vendan vodka, mujeres y niños—, encontré personas que ya no parecían seres humanos.[7]

El pugilista en la corte

La fulgurante ascensión de Serguéi Witte, de empleado de provincias a jefe del gobierno, es un ejemplo de las frustraciones y oportunidades que Rusia brindaba a sus habitantes más capaces. La formidable carrera de Witte sólo fue posible porque era un técnico cuya competencia se necesitaba: era trabajador, y conocía el mundo de los ferrocarriles, un elemento clave en la modernización económica del país. A diferencia del zar, el pragmático y previsor Witte entendió desde el principio que una puesta a punto tan parcial del país no sólo era injusta, sino imposible: «La norma general dice que si un gobierno se niega a satisfacer las demandas populares de reformas económicas y

sociales, el pueblo comenzará a exigir cambios en la estructura política. Y si un gobierno no satisface esas demandas [...] estallará la revolución.»[8]

Aun siendo un forastero en la corte, Witte llegó a lo más alto de la clase política. Había nacido en Tiflis, en el Cáucaso (hoy Tbilisi, Georgia), en el seno de una familia que probablemente descendía de alemanes del Báltico y en una región que fue la cuna de muchos de los profesionales y administradores más capaces del país. El padre era un alto funcionario, y el niño creció en un clima de precario privilegio. Más tarde lo enviaron a estudiar a Odessa. En la universidad, el joven, que era alto y patoso (Witte nunca adquirió lustre metropolitano y se hizo famoso por sus modales toscos y su acento provinciano, y también por su costumbre de mascar chicle), encontró un mundo en que los orígenes privilegiados tomaban la forma de libertinaje y visitas a burdeles, pero en el que se ponía un duro freno a cualquier compromiso político o cívico. «Los profesores podéis reuniros, pero sólo para jugar a los naipes. Y vosotros, estudiantes, recordad que miraré con ojo tolerante las borracheras, pero que el uniforme de soldado [es decir, el servicio militar obligatorio de veinticinco años en el ejército] espera a todo el que destaque por librepensador»[9], había recordado al claustro el rector de la Universidad de Kiev.



Admitir la derrota: Serguéi Witte abandona las negociaciones de paz con Japón.

El temperamento político de Witte se parecía al de Bismarck: instinto conservador y un pragmatismo sin aspaviento. Su época en la universidad coincidió con el punto culminante de un debate intelectual acerca del futuro y de la naturaleza de Rusia que marcó el tono durante décadas y, posiblemente, sigue marcándolo hoy en día. Mientras que los modernos argumentaban con vehemencia que el país tenía que superar su atraso «semiasiático» y hacer todo lo posible por ser un Estado moderno y occidental, sus adversarios, eslavófilos, sostenían que un cambio semejante significaba la muerte de la nación. Los eslavófilos afirmaban que Rusia era diferente, que era intrínsecamente mitad europea y mitad asiática, un pueblo especial puesto en la tierra por Dios para realizar una tarea única y según una visión de la vida que era exclusivamente rusa, ligada al suelo, a la piedad primitiva del campesino y a la grandeza de la Iglesia y del zar. Huelga decir que ese

enfoque dejaba poco margen para la democracia, la industrialización, la educación secular o para dar cabida a las distintas culturas nacionales del imperio —una cuarta parte de los súbditos del zar no eran ni rusos ni ortodoxos—, es decir, los polacos, mongoles, musulmanes, finlandeses y judíos.

Joven ingeniero de ideas audaces y rebosante de energía, Witte ascendió rápidamente en las filas del embrionario servicio ferroviario (en 1853, el imperio ruso, el país más grande del mundo, sólo tenía seiscientos cincuenta kilómetros de vías), y pronto atrajo la atención de la jerarquía gubernamental, especialmente después de hacerse impopular por enfrentarse a sus superiores por una cuestión de seguridad de una línea ferroviaria. Nadie hizo caso de sus advertencias, y la negligencia casi le costó la vida al zar, cuyo tren descarriló con él a bordo.

Acelerada su carrera por ese suceso, Witte no tardó nada en encontrar una plaza en San Petersburgo, primero en el Ministerio de Transportes y, en 1892, gracias a sus novedosas ideas para ampliar la red ferroviaria y atraer inversión extranjera, como ministro de Finanzas. El ministro imperial, de cuarenta y tres años, era una excepción en muchos aspectos. En la administración, el hábito de otorgar nombramientos teniendo en cuenta únicamente la antigüedad en el cargo tenía la inevitable consecuencia de que la mayoría de los puestos de responsabilidad estuviesen en manos de hombres que ya estaban en sus años de decadencia, desconectados de la realidad e incapaces de entender los desafíos a los que tendrían que hacer frente. Los ascensos se regían por un organigrama introducido por Pedro el Grande, un escalafón de catorce peldaños que no sólo permitía a los funcionarios tratamientos maravillosos

como «Su Elevada Ascendencia», sino también el paso automático a la nobleza hereditaria. La tabla también garantizaba una equivalencia de categoría entre el funcionariado, el ejército y la marina, lo cual permitía que los oficiales de alto rango que se licenciaban de un empleo militar entrasen en el funcionariado con grado equivalente, y eso a su vez significaba que toda una provincia podía verse de repente gobernada por un coronel ya senil que nunca había hecho mucho más que matar el tiempo en el casino de oficiales y gritar a los reclutas, y cuya única experiencia práctica podía ser la de los días en la guerra de Crimea o la de ahorcar a campesinos después de alguna revuelta. Una reforma, fuera de la clase que fuese, era lo último que a esos hombres se les pasaba por la cabeza; la calidad de muchos administradores del imperio era, por lo tanto, pésima.

Witte fue un personaje excepcional en el gobierno de San Petersburgo, un cuerpo normalmente formado por príncipes, burócratas que habían ido ascendiendo y unos cuantos profesores universitarios en los puestos más técnicos y de menos prestigio. Witte desdeñaba a la camarilla de grandes duques y generales de la corte, y el sentimiento era mutuo. Mientras que la facción aristocrática lo consideraba un advenedizo y un zafio cuya intención era alterar su confortable vida con reformas y otras exigencias, el ministro tenía mucho que decir sobre los funcionarios nombrados por el zar. Como el propio Witte señaló, un gobernador enviado a pacificar el rebelde ducado de Finlandia, el príncipe Iván M. Obolensky, miembro de una de las familias más eminentes de Rusia, a la corte le parecía ideal para ese puesto. Se «había distinguido como gobernador de Jarkov cuando aplastó una serie de desórdenes campesinos en el curso de los cuales había supervisado personalmente los

azotes infligidos a los rebeldes [...]. Que el príncipe mandase azotar a los campesinos con severidad fue algo que se tomó como prueba de su juventud y decisión; “qué joven más firme”; “qué tipo más estupendo”; “¿quién sino él debería ser el gobernador general de Finlandia?”»[10].

Del general Kleigels, gobernador de Kiev, Witte escribió que, aunque «sin duda alguna era mejor que los que lo sucedieron, esa no era una recomendación. Era muy limitado, con poca educación, que sabía más de caballos que de hombres»[11], un juicio más bien elogioso comparado con el veredicto sobre el virrey del Lejano Oriente, el almirante Alexéiev, «un hombre con la mentalidad de un astuto comerciante de alfombras armenio», que, según Witte, hizo carrera porque una vez había salvado al joven gran duque Alexis Alexandrovich del bochorno público cuando este hizo de las suyas en un burdel de Marsella (después de que lo enviaran al extranjero para que olvidara a una amante de la que se había encaprichado en exceso). Alexéiev se hizo responsable del sórdido incidente ante la policía francesa, y desde entonces el gran duque fomentó sus ascensos.[12]

Si Witte tenía poca comprensión para los escalones más altos del gobierno imperial, su opinión del zar y la familia imperial era, en todo caso, más penosa. En primer lugar, naturalmente, estaba el emperador, Nicolás II, del que Witte pensaba que tenía la personalidad de «un coronel de la guardia, común y corriente, de buena familia», afable pero absolutamente ineficiente e iluso. «El emperador Nicolás II no se parece en nada a su padre: es bien educado (más que cualquier hombre que yo haya conocido jamás), siempre viste de punta en blanco, nunca usa un lenguaje rudo, nunca se comporta de mala manera»[13]; eso era lo más amable que tenía que decir de su soberano.

El corazón del imperio ruso era un vacío, el «carácter, o la falta de carácter» de un emperador completamente dominado por su mujer alemana, Alexandra Fedorovna, cuyos «natural aburrido y egoísta y estrechez de miras» se hacían patentes en las opiniones políticas del zar. «Podría haber sido una esposa adecuada para un príncipe alemán o para un zar con garra», reflexionó con malicia Witte, pero, «es triste decirlo, este zar no tiene voluntad.» El resultado fue un pequeño mundo de hipocresía e ignorancia autocrática, completamente alejado de la realidad: «la emperatriz [...] y su consorte [...] se enclaustran en fortalezas —los palacios de Tsárkoie Seló y Peterhof—. Desde allí envían telegramas de pésame a las viudas de los hombres que han caído a manos de repugnantes asesinos revolucionarios, alaban a los caídos por su coraje y declaran cosas como “no me importa mi vida mientras Rusia sea feliz”»[14].

La corte estaba casi íntegramente secuestrada en un mundo paralelo en que el zar aún creía presidir una unión mística entre la Vieja Rusia y su Dios eterno, una visión tanto más cómica y fuera de lugar cuanto que las credenciales rusas del propio Nicolás II eran, en el mejor de los casos, poco convincentes. El embajador francés Maurice Paléologue calculó que, incluso según el análisis genealógico más optimista, el monarca, que se parecía tanto a su primo, el rey Jorge V, que ni los miembros de su séquito eran capaces de distinguirlos el día en que los dos soberanos intercambiaban uniformes —y que había imitado a sus antepasados tomando por esposa a una alemana con la que se carteaba en inglés—, de ruso no podía tener más que una cientoveintiochava parte; y que si eran ciertos los rumores de que Catalina la Grande no había concebido a su hijo

Pablo con su marido, sino con un conde de la lista de sus muchos amantes, de ruso Nicolás no tenía nada. Sin embargo, el zar se sentía el padre del sentimiento ruso, el guardián por gracia divina del alma eslava, un alma que él estaba dispuesto a defender contra los efectos corrosivos de la modernidad y los insolentes desafíos del liberalismo.

Reformador y pragmático en una corte profundamente reaccionaria, Witte tenía que mirar dónde pisaba, y fue hábil a la hora de redactar su mensaje a la medida del destinatario. Cuando Alejandro III, padre de Nicolás II y conocido por su mentalidad antisemita, le preguntó al entonces ministro de Finanzas si era cierto que «los judíos le caían bien», Witte, al que no le caían bien los judíos, contestó con una pregunta: «Le pregunté si podía arrojar a todos los judíos de Rusia al Mar Muerto. Si podía hacerlo, se solucionaba la cuestión judía. Pero, dado que era imposible, lo único que se podía hacer para resolverla era abolir poco a poco todas las leyes discriminatorias contra los judíos.[15]» De hecho, Witte era a la vez un hombre de gran lucidez y arraigados prejuicios. No tenía tiempo para «judíos insolventes», pero entendía que la cuestión judía, como se llamaba entonces, era un problema que Rusia misma había creado. «La legislación antijudía, interpretada arbitrariamente y fortalecida por la influencia negativa de las escuelas rusas, contribuyó a que las masas de judíos, especialmente los jóvenes, se convirtieran en extremistas revolucionarios»[16], señaló, refiriéndose a las condiciones inhumanas a que se veía reducida la abrumadora mayoría de judíos del imperio por una legislación que, además de agobiarlos con impuestos especiales, les limitaba el movimiento y las profesiones a que podían dedicarse. Como comprendió Witte, esas cargas recaían «sobre los judíos más pobres, pues, cuanto más rico

era un judío, tanto más fácil le resultaba comprar la salida»[17]. Con todo, su actitud siguió siendo contradictoria; dado a despotricar contra los judíos que ascendían en la sociedad petersburguesa, escogió poner en peligro toda su carrera casándose con Matilda Lisanevich, una divorciada judía; escandalizada, la buena sociedad local no tardó en condenarlos al ostracismo. A decir de todos, Witte fue un marido devoto y fiel.

Ideas peligrosas

Nicolás II nunca pudo resolver la cuestión relativa a cómo llevar un Estado medieval apoyado y financiado por una economía industrial moderna que dependía de una clase instruida; y si bien el zar buscaba los conocimientos prácticos y técnicos de los profesionales de clase media, temía sus ideas progresistas y rebeldes. Cualquier tentativa de innovación o reforma, cualquier coqueteo con ideas liberales, el más ligero tufo revolucionario, terminaban invariablemente truncados, ya por la todopoderosa burocracia, ya por los métodos más despiadados de la policía secreta. Tampoco había otros instrumentos de participación democrática aparte de las *zemstvo*, las asambleas locales que pronto se convirtieron en puntos de concentración de los reformistas. No había un Parlamento nacional ni un partido político oficial, y la prensa seguía sometida al estricto control de siempre.

Era peligroso parecer interesado por las ideas. En el mejor de los casos, ese interés contribuía a arruinar una carrera de funcionario; en el peor, podía costarle a uno la vida. En 1849 Fiódor Dostoievski había tenido que pasar por un simulacro de ejecución por recitar un poema subversivo. No obstante,

la atmósfera opresiva sólo conseguía hacer tanto más irresistible el atractivo de la libertad. Las ideas revolucionarias se discutían a puerta cerrada, y se importaban camufladas entre las tapas de diarios y libros clandestinos que después se copiaban a mano y se hacían circular en la mayor medida posible. De vez en cuando, hasta el censor imperial podía descuidarse durante un segundo crucial. *El capital* se autorizó porque el censor no podía concebir que nadie quisiera leer una obra tan aburrida de teoría económica. En 1862, uno de sus colegas tuvo un día especialmente malo cuando, abrumado por el desalentador estilo acartonado y el argumento machacón de *¿Qué hacer?*, novela de un tal Nikolái Chernichevski, autorizó su publicación. El protagonista sobrevive a pruebas durísimas, se hace fuerte para la revolución y termina comiendo sólo carne y durmiendo en una cama de clavos para redoblar su dedicación a la causa. Para toda una generación de jóvenes rusos desencantados, entre ellos Vladímir Ulianov, luego conocido como Lenin (1870-1924), la obra de Chernichevski sirvió de inspiración para su propia supeditación al ideal revolucionario. Muchos ya no creían en la posibilidad de una reforma constitucional y un desarrollo pacífico. Intimidados, acosados y amenazados por el Estado, se volvieron en busca de otros medios. El mismo año en que se publicó *¿Qué hacer?*, otro estudiante revolucionario publicó su visión de lo que se avecinaba:

Pronto, muy pronto, llegará el día en que despleguemos el gran estandarte del futuro, la bandera roja, y al enérgico grito de «¡Viva la República Social y Democrática Rusa!» avancemos hacia el Palacio de Invierno para exterminar a todos sus moradores [...] y mataremos a la partida imperial sin más piedad que la

que ellos tienen hoy con nosotros. Los mataremos en las plazas si esos sucios cerdos se atreven a salir; los mataremos en sus casas, los mataremos en las estrechas calles de las ciudades, en las avenidas de las capitales y en los pueblos. No lo olvidéis: el que no está de nuestro lado es nuestro enemigo, y para exterminar a nuestros enemigos cualquier método es válido.[18]

La desesperación aparente de la causa había radicalizado a todos los miembros de una generación de revolucionarios hasta convertirlos en yihadistas. Las armas preferidas de la que fue la primera oleada de terrorismo suicida del mundo moderno fueron los revólveres y las bombas de fabricación casera, que se lanzaban desde muy cerca, a menudo cobrándose la vida del blanco y del asesino. La campaña demostró ser cruelmente eficaz: unas diez mil personas murieron en ataques terroristas durante los veinte años anteriores a 1917, incluidos dos primeros ministros y varios gobernadores provinciales. Si a eso se añaden las muchas rebeliones locales, sobre todo en Polonia y en Finlandia, donde fueron aplastadas con crueldad, las muchas revueltas campesinas y las huelgas masivas en las ciudades, el cuadro que vemos aparecer es el de una guerra civil que se cocía a fuego lento, y cuyos estallidos de insurrección y represalias interrumpieron un precario punto muerto a nivel estatal.

Una pequeña guerra victoriosa

Dada la situación reinante en el imperio ruso, con su mayoría campesina insensibilizada e ignorante, sus minorías cruelmente reprimidas, una clase media frustrada y la incompetencia a menudo pasmosa de sus administradores,

parece un milagro que la gran revolución no se produjera mucho antes. Cuando finalmente estalló, fue a raíz de una causa tan ridícula como necesaria: la desastrosa guerra con Japón.

Ávido por ensanchar su imperio hacia el sudeste de Asia y asegurarse en el Pacífico un puerto no bloqueado por el hielo, el zar había estudiado maneras de consolidar su influencia en Manchuria y Corea. Así, se las había ingeniado para forzar a Japón a ceder la septentrional isla de Sajalín, y presionó a China para que arrendara a Rusia la ciudad portuaria de Port Arthur (hoy Lüshun), estratégicamente valiosa por ser un puerto natural en la bahía formada por la China del norte y Corea. En cuanto se firmó el contrato de arrendamiento, Rusia comenzó a fortificar el puerto y a reforzar sus bases militares en el este, una tarea que en gran medida simplificó el Transiberiano, uno de los proyectos favoritos de Witte, que ya estaba casi terminado y cuyo propósito, más que económico, era a todas luces militar.

Todo ello había enfurecido al imperio del Sol Naciente, que, en silencio, pero a conciencia, se preparó para la guerra invirtiendo en asesores militares prusianos y buques de guerra británicos. En enero de 1904 Japón comenzó a instar a Rusia a que aceptara un tratado de garantías territoriales mutuas en Manchuria y Corea; al no recibir respuesta de San Petersburgo en varias semanas, el emperador japonés retiró a su embajador. El almirante Alexéiev, virrey del Lejano Oriente, que por casualidad se hallaba en Tokio, telegrafió al zar para decirle que Japón estaba marcándose un farol. Nunca atacarán, dijo, y aunque lo hicieran, el primer ministro Viacheslav Plehve pensaba que la situación nacional de Rusia podía mejorar muchísimo con una «pequeña guerra victoriosa».

A última hora de la tarde del ocho de febrero de 1904, buques de guerra y torpederos japoneses rodearon Port Arthur y abrieron fuego sobre la flota rusa, fondeada en el puerto sin poder hacer nada. Con gran parte de la flota del Pacífico destruida, dañada o rodeada, los generales del zar no pudieron hacer otra cosa que observar cómo Japón desembarcaba soldados en Corea y marchaba sobre las posiciones rusas. En San Petersburgo cundió el pánico entre los jefes del estado mayor, pues no había en el este fuerzas suficientes para responder al avance de los japoneses. El Transiberiano tenía entonces una sola vía y aún no se había terminado el trayecto que rodeaba el lago Baikal, una masa de agua de aproximadamente la superficie de Suiza. Hubo que colocar los rieles en el hielo para transportar a las tropas al teatro de operaciones mientras la construcción de la ruta alrededor del lago continuaba a toda velocidad. En pocos meses el nuevo ferrocarril transportó a Manchuria cuatrocientos diez mil soldados, noventa y tres mil caballos y mil cañones pesados.

Cuando, en las semanas siguientes, las noticias procedentes del este empeoraron, el pánico cedió el paso al desorden y dio lugar a planes descabellados. Se ordenó a la flota del Báltico que rescatara a las fuerzas atrapadas en el Mar de Japón, y así comenzó una travesía penosa y larga que, pasando por Dinamarca, seguía hacia África y el Cabo de Buena Esperanza. La confusión y la paranoia eran tan fuertes entre los militares rusos, que la marina del zar estuvo a punto de provocar una guerra con Gran Bretaña cuando hundió a una barca pesquera en Dogger Bank, frente a las costas de Norfolk, pensando que se trataba de un torpedero japonés. Los barcos rusos llegaron incluso a dispararse entre sí.

Fiel a su primera decisión, Nicolás II había nombrado a su virrey comandante supremo de la guerra, una decisión que Serguéi Witte comentó con mordacidad: «El almirante estaba tan calificado para ese nuevo puesto como yo. No sabía nada del ejército, y muy poco de la armada.[19]» Negándose a oír a sus asesores y a relevar a Alexéiev, el zar, con vistas a salvar la situación militar, decidió enviar a un segundo comandante, el general Kuropatkin, oficial competente y con experiencia cuya tarea resultó imposible por las órdenes contradictorias y las continuas interferencias del jactancioso virrey. Horrorizado por el rumbo que tomaba la situación, Serguei Witte habló con Kuropatkin antes de que este partiera hacia el frente, y le suplicó que hiciera arrestar a Alexéiev en cuanto llegara y lo enviara a San Petersburgo custodiado. Kuropatkin «soltó una carcajada y, al marcharse, dijo: “Tiene razón”». Al día siguiente salió para Manchuria, «con mucha pompa, como si estuviera seguro de la victoria»[20].



Una auténtica carnicería: soldados rusos caídos en combate (fotografía de prensa).

En los meses que siguieron se hizo cada vez más evidente que tal victoria no se iba a producir. En mayo, Rusia sufrió un gran número de bajas en la batalla del río Yalu; en agosto, un intento de romper el cerco de la flota rusa estacionada en Port Arthur terminó en desastre, y en febrero de 1905, después de una batalla masiva y costosa, los japoneses forzaron a Kuropatkin a retirarse de su cuartel general de Mukden (Shenyang), a cuatrocientos kilómetros al norte de Port Arthur. Las fuerzas rusas iban mal equipadas, estaban mal entrenadas, descoordinadas, y la información con que se contaba era tan rudimentaria que el ejército estaba obligado a depender del londinense *Times* si quería noticias exactas acerca de los movimientos de las tropas. En una tentativa de elevar la moral y fortalecer el sentido de misión de las fuerzas que se enfrentaban al «peligro amarillo», el zar mandó enviar al frente un enorme cargamento de iconos, incluida la Santa Madre de Dios y varios santos ortodoxos, una iniciativa que muchos consideraron típica de las prioridades y de la ceguera del poder central. «Los japoneses nos derrotan con ametralladoras», señaló el general Dragomilov; «pero no importa; ¡nosotros los derrotaremos con iconos!»[21]

Las ametralladoras demostraron ser más fuertes. Cuando la flota del Báltico, después de haber dado la vuelta al mundo, llegó por fin a destino en mayo de 1905, los almirantes japoneses tuvieron todo el tiempo del mundo para elegir el lugar del combate, y dieron batalla a las fuerzas rusas frente a la isla de Tsushima, entre Corea y Kyushu; allí hundieron ocho acorazados y pusieron fin a la pequeña guerra victoriosa que había ansiado Plehve. En un intento por salvar lo posible del muy mermado prestigio de Rusia como gran potencia, el gobierno envió a Serguéi Witte

a los Estados Unidos para que hiciera un llamamiento a la paz.

Si el gobierno ruso había sobrestimado muchísimo su capacidad militar, también su cálculo de la situación interna tuvo consecuencias fatales. La «pequeña guerra» terminó siendo un enorme desastre; en lugar de silenciar las críticas, provocó una oleada de protestas que pronto vincularon la decisión de ir a la guerra con la incompetencia general y con la ignorancia y la arrogancia del gobierno. El quince de julio de 1904, el cruel pero competente ministro ruso de Interior, Viacheslav Plehve, murió asesinado por una bomba de ocho kilos colocada por un joven revolucionario socialista. Nadie lloró la muerte del impopular partidario de la mano dura. En Varsovia, cuando llegó la noticia de su muerte, la gente salió a bailar a las calles, y el conde Aerenthal, embajador austrohúngaro, informó a Viena de que varios hombres con los que había hablado opinaban que «serán necesarias nuevas catástrofes parecidas al asesinato de Plehve para provocar un cambio de mentalidad de las más altas autoridades»[22].

El súbito vacío de poder en el corazón del gobierno lo tapó a toda prisa el emperador, que, como sucesor de Plehve, nombró a Piotr Dmítrievich Sviatopolsk-Mirski, de quien esperaba que calmara las aguas turbulentas, pues se lo tenía por hombre íntegro y moderado. La gravedad que para el zar revestía la situación puede deducirse de la promesa que hizo a su futuro ministro del Interior: «varios meses» de permiso al año si aceptaba el puesto, que Mirski intentó rechazar alegando debilidad nerviosa. En cualquier caso, si el nuevo ministro se embarcó en esa aventura, fue con la esperanza de

que fuese una lenta campaña para cambiar el punto de vista del emperador y prepararlo para las inevitables y muy postergadas reformas que la prensa liberal exigía cada vez con más firmeza, especialmente la relativa a la instauración de una asamblea nacional, precursora de un Parlamento central. Sin embargo, pronto tuvo que reconocer que se había propuesto una tarea imposible, pues el zar, totalmente desconectado de la realidad política, aun cuando una vez pareció coincidir con su ministro en la conveniencia de una asamblea nacional, añadió: «Así podrán ocuparse de la cuestión veterinaria», un clásico ejemplo de la mala costumbre de cerrar la puerta del establo después de que el caballo ha salido desbocado. Cuando Mirski le advirtió que de lo contrario estallaría una revolución, Nicolás se limitó a guardar un cortés silencio.

A medida que las *zemstvo* regionales —desde hacía tiempo el foco de la fuerza nacional que reclamaba un cambio— fueron presionando al ministro del Interior para que permitiera una reunión general de todas las *zemstvo* en la capital, Mirski llegó a un compromiso con los representantes. Y lo que les dijo fue que, si bien no podía autorizar una reunión oficial que discutiera abiertamente la reforma constitucional y la creación de una asamblea nacional, nada les impedía ir a San Petersburgo por asuntos personales y reunirse «a tomar una taza de té» en casa de amigos. Nadie podría decirle que ese asunto era de su competencia. La muy política taza de té tuvo lugar del seis al nueve de noviembre de 1904 en las residencias de varios peces gordos de la ciudad, entre ellos, Vladimir Nabokov, cuyo hijo, el futuro escritor, fue testigo de lo que allí se tramó.

En noviembre las noticias ya iban de mal en peor. Port Arthur, sitiado, capituló ante los japoneses, en un acto que muchos vieron como otro ejemplo de cobardía e incompetencia de los comandantes del zar. En el país, los activistas de las *zemstvo* locales celebraron, siguiendo el ejemplo de los banquetes revolucionarios previos a la Revolución Francesa de 1848, una serie de «banquetes profesionales» por la democracia. Esa demostración de fuerza por parte del *camp bourgeois* dio lugar a una situación única, pues a los censores imperiales se les ordenó que permitieran el debate y que dejaran que se airease en los periódicos, obviamente con la esperanza de impedir que llegara a las calles. De pronto aparecieron cientos de artículos sobre la reforma constitucional y ataques abiertos al gobierno, y no tardó en verse con claridad que la batalla por la opinión pública estaba perdida y que los aires de apertura ya eran imposibles de controlar.

Los gritos de desafío chocaron incluso contra los altos muros de Tsárkoie Seló, el lugar en que a Nicolás II le gustaba pasar el tiempo. De espaldas a la pared, y no sólo en términos morales, sino también militares (si una rebelión estallaba en el país, le dijo un general, las fuerzas gubernamentales estaban demasiado ocupadas en Manchuria para controlar las ciudades rusas), el emperador le pasó el cáliz envenenado al conde Mirski, a quien le pidió que redactara un decreto imperial sobre las reformas necesarias. Cuando le presentaron el borrador, Nicolás tachó las partes más esperadas por los liberales. «Nunca aprobaré una forma de gobierno representativa porque la considero perjudicial para el pueblo que Dios me ha confiado», declaró. Mirski, que captó el mensaje, perdió la esperanza de

ser capaz de conseguir nada. «Todo ha fracasado», le dijo a un colega. «Construyamos cárceles.[23]»

Un cura útil

A fin de controlar la oleada de descontento, S.B. Zubatov, jefe de la *Ojrana*, la policía secreta de Moscú, había desarrollado una novedosa estrategia de la cual se sentía particularmente orgulloso. Más que a borrar del mapa a todos los clubs de trabajadores y sindicatos, Zubatov había ayudado a crear asociaciones patrióticas de trabajadores, toleradas (y también constantemente espiadas) por la policía. Esas organizaciones se idearon para que absorbieran parte de las reivindicaciones a la vez que inspiraban lealtad al Estado y al emperador a través de un mensaje cuidadosamente redactado según los preceptos de la ortodoxia rusa, y calculado para apelar a la supuesta piedad de los recién llegados del campo. Las reuniones empezaban con el padrenuestro y terminaban con himnos.

Según los primeros informes, la estrategia funcionaba a las mil maravillas. La Sociedad de Trabajadores de Fábricas y Plantas Rusas (San Petersburgo), encabezada por el carismático y joven ex capellán de prisiones Gueorgui Apolónovich Gapon (1870-1906), pronto contó con treinta mil miembros. Gapon era un organizador talentoso, y en pocos meses creó una red de bibliotecas públicas, salas de lectura, planes de seguros y actividades sociales. Si bien los militantes socialistas lo consideraban un títere de la policía y sospechaban de sus motivos, eran muchos los trabajadores que apreciaban la atmósfera que reinaba en los clubs, donde oían discursos inspiradores y se leían periódicos conservadores aprobados por el gobierno. El propio Gapon

era un orador desenvuelto, un buen comunicador, pero, en lo político, profundamente ingenuo y movido por una gran ambición personal.

Incluso durante el verano de 1904, Gapon manifestó abiertamente su confianza filial en el zar. Un obrero de la siderúrgica Putilov recordó más tarde un discurso en el que el cura dijo: «Aunque el zar está lejos y Dios en las alturas, y aunque hay muchas cosas que las autoridades no saben, llamaremos la atención sobre la situación de la gente trabajadora, y no sólo a los dueños de fábricas, sino también a los que mandan.[24]» El «cura del pueblo» había quedado consternado al enterarse de las penurias de sus feligreses; según él mismo prometió a su público, castigaría a aquellos cuyas codicia y crueldad estaban en el origen del sufrimiento de los trabajadores.

Gapon era también un hombre inteligente que detestaba el conservadurismo de la Iglesia oficial y había elegido el compromiso social activo. Conocía la lucha diaria por la existencia de los trabajadores que acudían a él, y no le eran ajenas sus miserables condiciones de vida, el peligro constante de accidentes y penurias, el hambre, el alcohol y la enfermedad que acosaban a esas vidas. Estaba de acuerdo con los socialistas en que la situación se había vuelto insostenible. Sin embargo, a diferencia de los revolucionarios, Gapon estaba firmemente convencido de que todo podía cambiar si al bondadoso zar no lo engañaban sus arteros consejeros. El capitalismo era un cáncer en el alma de Rusia porque añadía una perniciosa capa de funcionarios y empresarios ricos que rompía el antiquísimo vínculo entre el zar y su pueblo. Por lo tanto, la solución era sencilla: había que decírselo personalmente al «padrecito», lejos de la influencia de su séquito de malvados.



«¡No hay Dios!» El padre Gapon rodeado de sus seguidores.

El ministerio obrero del padre Gapon cobró mucho más ímpetu del que esperaban las autoridades que habían permitido que su organización y su influencia crecieran, y comenzó a celebrar reuniones con intelectuales, activistas políticos y hombres de negocios; además, junto con un círculo de allegados comenzó a trabajar en una petición que se iba a presentar al zar en persona tan pronto se ofreciera una oportunidad, posiblemente con ocasión de otra gran derrota militar, un momento en que el soberano no podría hacer otra cosa que oír a su pueblo. La oportunidad llegó antes incluso de lo que Gapon había esperado, cuando cuatro ferroviarios fueron despedidos sin previo aviso de la planta de Putilov. Los cuatro eran miembros de la organización de Gapon; por lo tanto, quizá para demostrar sus credenciales en el mundo del trabajo real, el cura asumió la responsabilidad de interceder para que los readmitieran. Pero la dirección no cedió, y señaló que los trabajadores en

cuestión eran perezosos y poco fiables. El cinco de enero, en medio de una tensa situación general, unos doce mil quinientos trabajadores de la planta fueron a la huelga para apoyar a los compañeros despedidos. Gapon respaldó la acción y de improviso se encontró a la cabeza de una oleada de huelgas que se extendieron por la ciudad como un reguero de pólvora. El cuatro de enero se sumaron los obreros de la fábrica de maquinaria francorrusa; un día después, dieciséis mil trabajadores de la constructora naval del Neva, dos mil de la fábrica textil del Neva y otros cientos de fábricas más pequeñas. En tres días se negaron a trabajar unos ciento cuarenta mil obreros de trescientas ochenta fábricas.

En el cuartel general del padre Gapon, el estado de ánimo imperante era de gran optimismo. Se celebraba una reunión tras otra, y por toda la ciudad hasta bien entrada la noche, mientras la organización tomaba conciencia de que la huelga les daba una base de poder sin precedentes. Si había que obligar al zar a ver la desesperada situación en la que se encontraban sus súbditos más humildes, ese era el momento de hablar. Se decidió organizar una marcha pacífica y concentrarse ante el Palacio de Invierno, una peregrinación de trabajadores al centro del poder para implorar a Su Majestad que los escuchara. Consciente de los peligros que el proyecto conllevaba, el padre Gapon escribió personalmente a Mirski, el ministro del Interior, solicitándole permiso y adjuntando una copia de la petición que querían presentarle al emperador ante las puertas de palacio. A todos los miembros de la organización se les pidió que la mañana del ocho de enero acudieran vestidos con sus mejores ropas y llevando iconos y otros símbolos religiosos. Y sobrios.

La petición, que ya hemos citado, estaba formulada en los términos más sumisos y respetuosos, pero terminaba con un florido elogio al emperador que era casi una amenaza: «Tú harás a Rusia feliz y famosa, y Tu nombre quedará grabado para siempre en nuestros corazones y en los corazones de la posteridad. Y si no respondes [...] a nuestros ruegos, moriremos aquí, en esta plaza, ante Tu palacio. No tenemos adonde ir ni intención de irnos.[25]» Pudo ser el tono de velada amenaza y determinación contenido en ese documento, por lo demás inofensivo, lo que hizo que el gobierno decidiera no autorizar la marcha y repartir por toda la ciudad folletos en los que advertía que cualquier concentración numerosa se recibiría con «las medidas apropiadas».

Por su parte, el zar no había dado ninguna muestra de jugar al juego de los trabajadores y se había quedado en Tsárkoie Seló, fuera de la capital, donde, el ocho de enero, varias unidades de infantería y caballería se apostaron alrededor de las rutas estratégicas. Mientras tanto, los trabajadores ultimaban los preparativos. Corrían rumores de que no les permitirían marchar, pero siempre corrían rumores de una u otra clase. La presencia de policías de paisano, que, de todas maneras, acudían a todas las asambleas a oír sus discursos, no significaba necesariamente que podría haber problemas. Un anciano dijo que si los que marchaban hacia el Palacio de Invierno se topaban con un cordón de soldados armados con bayonetas, simplemente se acercarían a ellos y dirían: «Hermanos, ¿de veras queréis disparar contra mí?»; y todos los presentes estuvieron de acuerdo.

Una calma sobrenatural cubría San Petersburgo la mañana del nueve de enero. El tiempo era agradable; los escalones

amanecieron cubiertos por la nieve caída durante la noche; en la ciudad en huelga, el tráfico y la actividad cotidiana estaban casi paralizados. Pero los trabajadores fueron llegando, primero por cientos, luego por miles, y se congregaron en varios puntos de la ciudad para iniciar la marcha. No estaban seguros del destino que les esperaba, pero, previendo lo peor, habían puesto en primera línea a hombres fuertes y sanos. Un trabajador se dirigió a la multitud que esperaba en la isla Vasilevski: «Vosotros sabéis por qué marchamos. Vamos a ver al zar, marchamos por la Verdad. Esta vida no hay quien la soporte [...] Tenemos que salvar a Rusia de los burócratas que nos aplastan y nos dejan sin sangre y sin sudor. Vosotros sabéis cómo es la vida del trabajador. Diez familias en una sola habitación. ¿Digo la verdad?» Entre el gentío se oyeron voces de aprobación. «Por eso vamos a ver al zar. Si es nuestro zar, si ama a su pueblo, debe escucharnos [...] Vamos a verlo con el corazón en la mano. Yo iré en primera fila, y si caemos, la segunda fila vendrá detrás. Pero es imposible que abran fuego contra nosotros.[26]» Luego la multitud recitó el padrenuestro. Se oyeron sollozos, palabras dichas entre dientes. Y la marcha empezó.

Entre los que se abrían camino lentamente hacia el puente Troitski (que en ese mismo momento observaba desde la ventana de su salón un Serguéi Witte aún medio dormido), estaba Maksim Gorki, que más tarde describió así el asesinato de un obrero a manos de la caballería cosaca:

El dragón lo rodeó y, chillando como una mujer, blandió el sable en el aire [...] Después, lanzándose en picado desde el caballo bailarín [...] le dio en la cara un sablazo que le abrió un tajo desde los ojos hasta la barbilla. Recuerdo que al obrero se le abrieron los ojos

con expresión extraña [...] y la cara del asesino, desencajada y roja de frío, los dientes apretados en una sonrisa y el pelo del bigote erizado encima del labio saliente. Blandiendo una vez más el acero sin brillo, soltó otro grito y, resollando, le echó un escupitajo al muerto.[27]

Cuando los cosacos atacaron con el sable desenvainado y dispararon contra la multitud, el amargo desencanto de los manifestantes fue más terrible que las balas. «¡No hay zar, no hay Dios!», se oyó gritar al padre Gapon mientras sus camaradas se desplomaban a su alrededor y los iconos sagrados caían en la nieve desde unas manos sin vida. Mientras la multitud se dispersaba por las calles adyacentes, el cura consiguió escapar y refugiarse en el apartamento de Gorki, donde lo acogió Sava Morozov, el industrial revolucionario y millonario que se divertía haciendo de guardaespaldas de su amigo escritor. («Huye de la Revolución como un diablo antes del amanecer», dijo de él Chéjov.) «¡Dadme algo de beber! Vino. Todos han muerto», gritó Gapon, agotado y mirando a su alrededor absolutamente desconcertado. Gorki intentó en vano calmar al sacerdote, que iba afeitado y se había quitado la sotana para evitar que lo arrestaran. La prioridad era demostrarles a los trabajadores que su héroe no estaba entre las víctimas (ya corrían rumores de que el sacerdote había sido uno de los primeros en caer), y Gorki pidió a Asaf Tijomirov, el director del Teatro de Arte, que fuera a su apartamento y maquillara al cura para darle un aspecto vigoroso y sano. El vodka haría el resto.

El anochecer del domingo sangriento el padre Gapon apareció ante los muchos trabajadores e *intelligentii* que se congregaron en la Sociedad Económica Libre. Cuando lo

vieron junto a Gorki en el escenario, era un hombre bajito y bien afeitado que vestía ropa rara y parecía «un dependiente de una tienda elegante»; un murmullo de entusiasmo atravesó la multitud. El mensaje de Gapon fue tan poco habitual como su atuendo: «Los medios pacíficos no han dado resultado. ¡Ahora tenemos que usar otros!», gritó, y lanzó una «maldición de pastor» al «zar traidor que ordenó el derramamiento de sangre inocente»[28]. Un poco más tarde esa misma noche, Gapon, convertido en un revolucionario, huyó a Finlandia, y de allí a Zúrich, donde se encontró con Lenin.

Incluso al propio monarca se lo vio más afectado que de costumbre por los sucesos del día. En su diario, que por lo general contenía fieles pronósticos del tiempo y la cantidad de animales abatidos durante una cacería, anotó: *Un día terrible. Las tropas tuvieron que disparar en muchos lugares de la ciudad y hubo muchos muertos y heridos. Dios, qué doloroso y terrible. Mamá vino a misa directamente de la ciudad. Almorzamos juntos. Un paseo con Misha. Mamá se queda a pasar la noche con nosotros.*

Rumbo al caos

Las reacciones al domingo sangriento no se hicieron esperar. Se convocó una huelga general, y en San Petersburgo la vida se paralizó por completo cuando los ferroviarios se sumaron en bloque. Grupos armados de «protección de trabajadores» comenzaron a merodear por las calles y tuvieron varias escaramuzas con la policía. La situación se deterioraba por momentos, con huelgas y disturbios que ahora también estallaban en otras ciudades, especialmente en Moscú. La respuesta del zar a la catástrofe

inminente fue nombrar nuevo gobernador de San Petersburgo al general Dmitri Trepov, un hombre duro de la caballería —y, en palabras de Witte, «brigada por formación y *pogromshik* por convicción [29]»— al que ordenó que restableciera el orden con mano de hierro. Trepov fue el responsable del derrumbe del orden civil, y se afanó por meter entre rejas a los mismos activistas democráticos que podrían haber aliviado la situación en las calles, mientras el monarca se dedicaba a no hacer nada.



«Un coronel de la guardia, común y corriente, de buena familia»: el zar Nicolás II.

En ese momento, hasta los más conservadores de entre los admiradores de Nicolás manifestaron su desencanto y desesperación. Iliá Repin, pintor de retratos de la alta sociedad, le escribió a un amigo el veintidós de enero: «Es una suerte que, pese a su carácter vil, codicioso, rapaz y

ladrón, [el zar] sea también lo bastante estúpido para caer, quizá, en una trampa y dar lugar así a la felicidad general del pueblo inteligente»; Lev Tolstói comentó que el zar «escucha a sus tíos, a su madre [...] Es un hombre que da lástima, insignificante, cruel incluso». Otro observador, el conde Bobrinski, escribió en su diario: «El zar duerme. Duerme sobre un volcán», y luego: «El zar sigue sin voluntad; duerme. El zar y la zarina están detrás de puertas cerradas en Tsárkoie Seló. Los grandes duques están muertos de miedo.»[30]

El resultado de ese miedo paralizante fue la sustitución, el veinte de enero, del bienintencionado conde Mirski como ministro del Interior. En su lugar pusieron a Alexandr G. Bulygin, de quien se podía esperar que, más que dar órdenes, las acatara. Sin embargo, hasta el nuevo ministro insistió en que habría que hacer concesiones. «Cualquiera pensaría que teme usted que estalle la revolución», comentó críticamente el zar, pero la única respuesta que obtuvo fue: «Su Majestad, la revolución ya ha comenzado.» Finalmente, el dieciocho de febrero, el zar hizo público un manifiesto en el que prometía una Duma consultiva elegida conforme a una nueva fórmula que, según calcularon los periodistas liberales, permitiría que votara menos del 1% de los potenciales electores de San Petersburgo. En otras regiones, el porcentaje de votantes sería aún menor. Fue, en palabras de Witte, «un órgano modelado según los parlamentos europeos occidentales en todos los sentidos, menos en el esencial, el poder de legislar»[31].

La Duma de Bulygin no fue en absoluto suficiente para satisfacer las reivindicaciones que los revolucionarios pedían en la calle. Pero ¿eran revolucionarios auténticos? ¿Fue una revolución el levantamiento de 1905-1906? Quizá no en el

estricto sentido de la palabra, pues no hubo un esfuerzo coordinado ni traspaso de poder. Así y todo, después de un año de huelgas y estallidos esporádicos de guerra civil en algunas ciudades, la «pequeña revolución» provocó el derrumbe completo de la frágil sociedad civil rusa y la suspensión casi total del imperio de la ley. Las huelgas continuaron a lo largo de todo el año, con números que iban de treinta y seis mil huelguistas en septiembre, un mes relativamente tranquilo, al momento álgido de la revuelta en diciembre, cuando dejaron de trabajar unos cuatrocientos dieciocho mil hombres y mujeres de trece mil fábricas. Las universidades de todo el país fueron escenario de violentas protestas masivas protagonizadas por estudiantes, y se cerraron durante el resto del año. En las ciudades más grandes, las manifestaciones multitudinarias ya eran cosa de todos los días. En Nizhni Nóvgorod atacaban cuando se les antojaba a cualquiera que pareciera bien vestido, e hirieron a más de setenta personas en un solo día; en Moscú se acusó de «sedición» a niños de apenas diez años, golpeados por masas enfurecidas ante la mirada impasible de la policía; en Moguilev, la propia policía arrasó la ciudad, mientras que, por su parte, el gobernador de Kishinev (hoy Chisinau, Moldavia) temía que su territorio estuviera convirtiéndose en la «arena de una guerra civil». Las frecuentes intimidaciones por parte de grupos de trabajadores tropezaban con contraterrorismo: las «Centurias Negras», organización derechista con una larga historia de violencia contrarrevolucionaria, lanzaron ataques contra aquellos a los que consideraban responsables del desmoronamiento del orden. Creyendo que los judíos estaban detrás de toda esa deslealtad y agitación de signo izquierdista, comenzaron una

serie de pogromos y ataques individuales a judíos de todo el imperio.

En el campo, la situación, en parte más allá del brazo de la ley en el mejor de los casos, se deterioró hasta convertirse en anarquía generalizada cuando los campesinos dejaron de pagar el alquiler de las tierras, iniciaron talas ilegales en los bosques de los terratenientes y atacaron las casas solariegas. Todo lo que supiera a decadente, a lujos occidentales de las clases dirigentes, terminó hecho pedazos, o simplemente saqueado y repartido entre los aldeanos: porcelana, ropa, bibliotecas enteras. En un caso, los campesinos llegaron a destrozar un piano de cola y se repartieron las teclas de marfil. A principios de 1906 ya se habían incendiado o saqueado unas tres mil fincas.

El gobierno ya no controlaba grandes zonas de su territorio. En Varsovia se había declarado el estado de sitio tras la sangrienta represión de una manifestación en la que habían tomado parte unas cien mil personas y durante la cual los soldados dispararon contra la multitud y mataron a noventa y tres manifestantes; Finlandia estaba atrapada en una huelga general, y en el oeste de Georgia gobernaba *de facto* el movimiento marxista de liberación nacional. A apenas ciento veinte kilómetros de Moscú, Serguéi Semonov, un campesino admirador de Tolstói, fundó la República de Markovo, se negó a reconocer la autoridad del Estado ruso y gobernó una región formada por varias aldeas instaurando un sistema de consejos democráticos. La nueva república dirigió peticiones al gobierno de San Petersburgo, incluido el derecho a una asamblea legislativa nacional, derechos civiles para el campesinado, enseñanza libre y universal, libertad de movimiento y amnistía de los presos políticos. Sólo cuando se satisficieran esas exigencias los ciudadanos de Markovo

pagarían sus impuestos al zar y obedecerían su autoridad. Semenov fue el presidente de ese valeroso Estado improvisado, cuya breve historia terminó, para sus líderes, en las celdas de la cárcel de Moscú en 1906.

Abrumadas por la ruptura del orden en todo el imperio, las autoridades sabían que no podían confiar en las fuerzas armadas para restablecerlo. Más de una vez los soldados, campesinos ellos mismos, obligados a servir en el ejército durante muchos años y, a causa de la lamentable paga que recibían, obligados también a arreglarse las botas y cultivar sus verduras y cuidar ganado («un ejército de remendones y granjeros», los llama Orlando Figes), desobedecieron la orden de reprimir las revueltas en el campo.

El sector técnicamente más exigente de las fuerzas armadas era la marina, que también tenía en sus filas el porcentaje más alto de hombres alfabetizados y de ideas socialistas. El descontento cundía entre los marinos, y aumentó aún más tras el penoso desperdicio de barcos y hombres en Port Arthur y Tsushima, culpa del incompetente almirante Alexéiev, frente a una marina japonesa numéricamente inferior pero muchísimo mejor entrenada que la rusa. Sólo hizo falta un trozo de carne podrida para desencadenar una rebelión en toda regla en uno de los buques de la marina que aún seguían en el Mar Negro, el acorazado *Potemkin*. Cuando el catorce de junio el médico de a bordo decidió que la tripulación podía y debía comer parte de una res agusanada, los hombres protestaron y el capitán ordenó que los oficiales armados controlasen a los marineros. Temiendo una ejecución sumaria y masiva de sus líderes, los marineros se lanzaron sobre los oficiales y mataron a siete de ellos; también cayó Grigori Valenchuk, uno de los amotinados. En manos de los rebeldes, el

Potemkin izó la bandera roja y puso rumbo al puerto de Odessa, donde los huelguistas y las fuerzas gubernamentales llevaban dos semanas enzarzados en continuos enfrentamientos.

El episodio del *Potemkin* envió al gobierno una señal inequívoca. Esta vez ni siquiera el zar pudo negar que la situación había ido más allá de la rebelión habitual que podía aplastarse con una centena de azotes y un puñado de prisioneros, y hasta los más reaccionarios de sus consejeros le instaron a que crease una Duma estatal y cediera a las principales reivindicaciones de la oposición liberal. De otro modo, dijeron, las huelgas, violentas pero dispersas, antes o después darían lugar a una reacción coordinada y a un movimiento revolucionario imparable. Había que elegir entre aflojar o arriesgar, no sólo la corona, sino también la vida; ese fue el argumento que los consejeros dieron al emperador. Al principio Nicolás II no se dejó impresionar: «No temo por mi vida», comentó. «Creo que Dios tiene algo planeado para todos nosotros.»

El zar no tenía la menor idea de cómo reaccionar ante las crecientes presiones que colapsaban su reinado. Desesperado, recurrió a un hombre en el que ni confiaba ni le caía bien, Serguéi Witte, que acababa de obtener un resultado notable en la mesa de negociaciones de Nueva York, donde había conseguido asegurar una paz ventajosa con Japón. El nueve de octubre de 1906, el emperador lo llamó a su despacho y le preguntó qué opinaba de la situación. Witte le hizo saber que la Duma propuesta por Bulygin no había satisfecho las exigencias de los revolucionarios, y que el país se encontraba al borde de la revolución. Sólo quedaban dos posibilidades: autorizar la reforma constitucional y celebrar elecciones a la Duma a fin

de crear un Estado parlamentario con sufragio universal, o nombrar a una «persona de fiar con poderes dictatoriales virtuales que le permitieran reprimir sin piedad cualquier clase de desórdenes»[32]. La segunda opción, advirtió Witte, podía ser muy sangrienta, y su éxito era incierto, pues las tropas podían ponerse del lado de los insurrectos; e insistió en que el tiempo era esencial: las huelgas en las principales ciudades, hasta entonces espontáneas, comenzaban a ser coordinadas por los líderes del movimiento socialista que habían vuelto del exilio para organizar y dirigir una revolución en toda regla, y la situación podía volverse imposible de controlar en cualquier momento. El emperador vaciló, reflexionó, escuchó a sus tíos y cambió de opinión.

Serguéi Witte, ahora conde Witte en reconocimiento a su actuación en la mesa de negociaciones, se exasperó al ver que el zar aplazaba indefinidamente una decisión. «Su Majestad no tolera a los que considera mentalmente inferiores, y tampoco a los que no piensan igual que la camarilla de la corte, es decir, los esclavos de su familia», se quejó el conde. «Como es un hombre débil, cree, por encima de todo, en el uso de la fuerza [...] para destruir a sus enemigos, reales o imaginarios, y considera enemigos personales a los que se oponen al régimen ilimitado y arbitrario de servidumbre.[33]» A medida que el movimiento de huelgas fue cobrando nueva vida, hasta el ultrarreaccionario gran duque Nicolás Nikolaievich advirtió a su sobrino que las fuerzas de la capital eran demasiado escasas incluso para vigilar los ferrocarriles, y mucho más para aplastar una revolución a gran escala. Finalmente el zar cedió e insinuó que podía estar dispuesto a tolerar que se instituyera la Duma, pese a los rumores aplicadamente difundidos por miembros de su entorno en el sentido de que

la opción constitucional era un intento del propio Witte para hacerse con el poder, pues el flamante consejero ya se veía elevado a presidente de una república rusa.

El diez de octubre, una huelga general bien organizada paralizó al país. No circularon ni los trenes ni los tranvías, no hubo periódicos ni electricidad, no funcionaron el telégrafo ni el teléfono, y las fuerzas rusas que combatían en Manchuria dejaron de recibir municiones y víveres. Seguida tanto por los conductores de *droskys* como por los bailarines del Marinski, los médicos, los corredores de Bolsa y hasta unos cuarenta mil obreros, la huelga llevó a Rusia a un punto muerto total. Ningún país había visto jamás una demostración de fuerza semejante por parte de la población trabajadora. Enfrentada a la insubordinación general, la policía había dejado de operar, y bandas de hombres merodeaban por las calles saqueando y robando todo lo que podían. Privado de toda comunicación en su cuartel central de Siberia, el general Kuropatkin, comandante en jefe del ejército, se inquietó ante los informes del Banco Ruso-Chino, según los cuales partes del ejército se habían unido a los revolucionarios, Moscú estaba en llamas, los enfrentamientos de San Petersburgo se habían cobrado treinta mil vidas y el zar y la zarina habían huido a Kronstadt y Dinamarca, respectivamente.

El diecisiete de octubre el zar finalmente despidió a Bulygin, el ministro del Interior, y emitió un decreto que convocaba para mayo del año siguiente elecciones libres y generales a la Duma. No le resultó sencillo tomar esa decisión. Dos días después escribió a su madre una carta en la que decía: «No puedes imaginarte lo que pasé antes de ese momento [...] Lo pedían a gritos desde todos los rincones de Rusia, lo imploraban, y a mi alrededor, muchos, muchísimos

opinaban lo mismo [...] Lo único que se pudo hacer fue persuadirse y conceder lo que todos exigían.»[34]

El pueblo celebró la publicación del decreto en las calles. Para los liberales, el diecisiete de octubre fue el principio de una nueva era democrática. El poder de la autocracia se había roto (aunque no tardaría en recuperarse), y Rusia ya podía ocupar su lugar entre las naciones modernas. Sin embargo, al pueblo ruso aún le esperaban días de más encono. Moscú sufría bajo el aliento caliente de la guerra civil cuando el funeral de un trabajador asesinado por un grupo de Centurias Negras se convirtió en una manifestación masiva a la que acudieron unas doscientas mil personas y que acabó en enfrentamientos callejeros entre manifestantes, milicias de las Centurias Negras y el ejército.

Se montaron barricadas, y el ejército bombardeó varias fábricas, cebándose especialmente en la fábrica de muebles Schmidt y en la textil Projorov, donde los obreros se habían encerrado con sus familias. En Moscú, bombas y balas mataron a casi mil personas antes de que la insurrección terminara aplastada. Nikolái Pávlovich Schmidt, de veinticuatro años, propietario de la fábrica de muebles y simpatizante de los revolucionarios, fue arrestado en su casa sita en el número 16 del bulevar Novnsky. Si la policía se hubiera tomado la molestia de registrar el sótano, habría encontrado cajas de fusiles y revólveres, «todavía con grasa del transporte en barco»[35]. En cualquier caso, los inspectores interrogaron al joven cuya fortuna había contribuido a apoyar la insurrección, le impidieron dormir y comer durante ocho días y lo amenazaron con ejecutarlo. Finalmente Schmidt firmó una confesión. El doce de febrero le escribió a una hermana diciendo que había pasado una noche terrible y que temía la siguiente. Por la mañana

apareció en la cama de la celda con cortes en el cuello, las manos y los antebrazos y magulladuras en la cara. La policía dio el suicidio como causa de la muerte.

Hacerse con el control

Cuando el *camp bourgeois* se lanzó con entusiasmo a crear partidos políticos y elegir un parlamento, el apoyo a las huelgas flaqueó y terminó desvaneciéndose. El orden volvió al país poco a poco, o, para ser más exactos, se impuso de manera brutal, pues el gobierno dio inicio a una larga serie de represalias. Los regimientos Semionov y el XVI de Letones destacaron por la brutalidad indiscriminada que desplegaron cuando avanzaron por pueblos y aldeas de todo el imperio en una orgía de ejecuciones sumarias, violaciones, azotes y destrucción. Las tropas reunían a los aldeanos por la fuerza y los apaleaban hasta que entregaban a los cabecillas locales, a los que ahorcaban en árboles cercanos sin juicio previo. A los cosacos, siempre borrachos, se les permitió saquear, y se quemaron decenas de miles de edificios.

Se calcula que entre octubre de 1905 y abril de 1906 murieron en la horca o fusilados quince mil campesinos y obreros; veinte mil más resultaron heridos, y cuarenta y cinco mil enviados al exilio, mientras que en las ciudades se condenó a muerte a cinco mil revolucionarios y a otros treinta y ocho mil se los castigó con penas de prisión o trabajos forzados. «*Cela me chatouille!*», exclamó encantado el zar al enterarse del éxito de las expediciones de castigo y otras represalias de las fuerzas derechistas cuando empezó el ajuste de cuentas.[36] «¡Qué gusto!» Una oleada de pogromos salvajes contra las poblaciones judías atravesó el país. Una vez más, el zar seguía bien firme en la silla de

montar. Los disturbios eran lamentables, pero su visión del mundo permanecía intacta, como escribió en una carta a su madre:

La gente está indignada por la insolencia y el atrevimiento de los revolucionarios y los socialistas, y puesto que nueve de cada diez son judíos, todo el odio se dirige contra ellos. Por eso los pogromos. Asombra ver con qué unidad y simultaneidad se han producido en todas las ciudades de Rusia y de Siberia. En Inglaterra, por supuesto, escriben que es la policía la que organiza esos desórdenes, pero es una fábula muy conocida. No sólo han sufrido los judíos, sino también ingenieros, abogados y toda clase de gente mala. Lo ocurrido en Tomsk, Simferopol, Tver y Odessa permite ver con claridad las cosas que pueden pasar en un estallido de furia... Rodearon las casas de los revolucionarios y las incendiaron. A los que no murieron quemados los mataron en cuanto salieron. He recibido telegramas muy emotivos dándome las gracias por la libertad que otorgo, pero también expresando de manera inequívoca el deseo de que se preserve la autocracia.[37]

Toda la culpa era de los judíos, pero ya había vuelto la calma. Era, como lo había expresado Friedrich Schiller casi un siglo antes, «la calma del cementerio».

Cuando, con mano de hierro, se impuso una apariencia de orden, el fermento que acechaba bajo la superficie no pudo más que aumentar; de hecho, la revolución ya empezaba a devorar a sus hijos. El padre Gapon, instigador involuntario del domingo sangriento y de la revuelta que le siguió había intentado en varias ocasiones imponerse como líder revolucionario. Incapaz de defenderse entre los teóricos del

socialismo, había regresado a Rusia y vuelto a marcharse; lo vieron en Montecarlo, y al cabo de un tiempo trató de fundar una nueva organización de trabajadores en San Petersburgo. Su incompetencia política y el apoyo popular lo convirtieron en blanco de los revolucionarios y, también, de la policía secreta. El largo brazo de Serguéi Witte implicó a Gapon en complots y traiciones para desacreditarlo; y en una turbia conspiración en la que estuvo implicado un famoso agente doble, a Gapon, revolucionario aficionado, lo llevaron engañado a una casa cerca del centro turístico finés de los lagos de Ozersky para unas consultas secretas. Las auténticas razones de lo que ocurrió después siguen siendo confusas, pero nos ha llegado una versión: un puñado de hombres esperaba a Gapon en la cabaña para juzgarlo. Todos votaron que merecía morir y comenzaron a atarle las manos. «¡Hermanos, queridos, deteneos! ¡Dejad que diga mis últimas palabras!», gritó el cura aterrorizado cuando lo ataron a un gancho en la pared; tan bajo estaba el gancho, que uno de los agresores tuvo que sentarse encima de los hombros de Gapon hasta que este se asfixió y murió.

Todos temían algo

Las experiencias de 1905 dejaron en la sociedad rusa una sensación teñida de oscuros presentimientos. Todo camino racional para salir de ese estancamiento catastrófico parecía bloqueado por el régimen autocrático, una puerta cerrada de un modo tan concluyente que sólo una explosión podía abrirla. Los sentimientos oscilaban entre el desaliento y la rabia, entre la frustración impotente y la certidumbre fatalista de que otro apocalipsis, mucho más sangriento, sólo era cuestión de tiempo. La generación más joven de artistas

expresó con fuerza y convicción la desesperación que provocaba esa visión de la vida. En el cuento de Ivan Bunin titulado «Un caballero de San Francisco» (1910), un transatlántico atraviesa un mar agitado y sus pasajeros son rehenes de la fortuna. Bailando en los elegantes salones del barco, no son conscientes del infierno de la sala de máquinas ni del mar asesino, y no pueden influir sobre su propio destino.

En su gran novela *Petersburgo*, también Andrei Bély evocó la sensación de angustia que marcó a su generación. Quiso la casualidad que Bély llegara a la capital el domingo sangriento; los sucesos de ese día le produjeron una impresión tan profunda que escribió una novela con los disturbios como telón de fondo. A lo largo de la novela la ciudad vive atemorizada por el espectro del Dominó Rojo, una aparición fantasmal exagerada a más no poder por la prensa sensacionalista y que en realidad sólo es el hijo de un alto funcionario que recorre la ciudad vestido con un traje teatral. Sin embargo, el dilema del protagonista es tan terrible como absurdo: tras prometer a un terrorista que va a lanzar una bomba, ha descubierto que la víctima es su propio padre. Aunque horrorizado, prepara el artefacto, que espera el momento de hacer explosión dentro de una lata de sardinas mientras el joven se tortura pensando qué hacer. Entre el esplendor del caótico palacio clasicista y la destrucción sólo hay unas pocas horas.

No es sólo el protagonista el que se encuentra en un dilema asesino; toda la ciudad está atrapada por una sensación de amenaza.

En los talleres, en las imprentas, en las peluquerías, en las lecherías, en míseras tabernas, ahí estaba a toda hora, parloteando, ese turbio individuo. Ocultando los

ojos bajo un pesado sombrero de piel de los campos de una Manchuria salpicada de sangre y, en el bolsillo, una Browning que había sacado de alguna parte, ponía en las manos de la gente unos panfletos mal impresos.

Todos temían algo, esperaban algo, salían a las calles, se concentraban formando multitudes, y volvían a dispersarlos.[38]

Esos campos de Manchuria fueron el escenario sangriento en que Moscú había representado su estúpida guerra con Japon, una fuerza «primitiva» de Oriente que ahora amenazaba con sepultar la civilización:

Y Petersburgo perecerá.

En esos días todos los habitantes de la tierra saldrán a toda prisa de sus moradas. Los combates serán intensos, combates como nunca se han visto antes en este mundo. Las hordas amarillas de asiáticos saldrán de sus viejísimas casas y cubrirán de púrpura los campos de Europa, convertidos ya en océanos de sangre.[39]

Esa sensación de miedo y de farsa llegó a impregnar toda Rusia después de 1906. El zar le arrebató poderes a la Duma en cuanto esta se inauguró, y a Witte lo enviaron a un cruel retiro. A medida que la corte volvía aún más al oscurantismo y el aislamiento mientras místicos y locos como el monje Rasputín, absolutamente corrupto y vicioso, ganaban poder sobre una pareja imperial que perdía sus últimos contactos con la realidad, el zar contemplaba su país con ojos empañados por el incienso y el alcohol. Mientras tanto, la cultura rusa estallaba en una creatividad airada y radiante. En ninguna otra parte del mundo la precariedad se sentía con más urgencia que en esa sociedad reprimida y desgarrada por las fuerzas ineluctables del cambio, y en

ninguna parte esa urgencia era más evidente que en las obras de muchos artistas para los que su vocación era una manera de prolongar la revolución con otros medios, o una huida de un mundo absurdo y oprimido hacia un reino de simbolismo puro y de inspiración mística.

A finales del siglo ^{xix} y comienzos del ^{xx}, ciudades como Viena y París se consideraban centros de la innovación artística, pero después de 1906 Moscú y San Petersburgo no les fueron en absoluto a la zaga. Alimentada por sueños desenfrenados, una generación entera de artistas empezó a dar forma a una nueva visión del mundo, salvaje y extraña, brutalmente mecánica, oscura e incomprensible. El joven Ígor Stravinski trasladó los espasmos sangrientos de la revolución a *La consagración de la primavera*, el cruel sacrificio ritual de una joven en un *ballet* cuya coreografía cambiaba el clásico tutú por sencillos blusones y las piruetas expresaban una rabia que no cedía; Alexandr Scriabin hizo audible su sentido de la dislocación en piezas para piano que flotaban libremente entre diversas tonalidades y en poemas orquestales que combinaban luz y sonido en alucinaciones desbordantes; Kandinsky llevó a sus lienzos, en composiciones geométricas inquietas e inconexas, símbolos primigenios de ritos chamánicos; Kazimir Malévich descubrió la fuerza intransigente de la abstracción, y el pintor Mijaíl Lariónov reprodujo su visión de un mundo fracturado, y a menudo aterrador, en formas irregulares muy parecidas a las que concibieron Braque y Picasso. Los viejos valores habían muerto. «El genio de nuestros días: pantalones, chaquetas, zapatos, tranvías, autobuses, aviones, trenes, barcos fabulosos. Negamos que en una obra de arte la individualidad tenga valor», declaró Lariónov, cuya obra, hacia 1905, evolucionó de las composiciones expresionistas

tiernas y líricas hacia un primitivismo infantil con colores saturados y rasgos toscamente labrados. Tras arrancar el delgado barniz de la civilización, Lariónov se encontró entre semihombres y mujeres salvajes, entre maleantes y juerguistas, turcos y artistas de circo que fumaban y se sentaban con las piernas abiertas. Otros pintores, como Roben Falk, Piotr Konchalovski y Natalia Goncharova, la compañera sentimental de Lariónov, experimentaron un desarrollo similar.

La profunda vena de oscuridad y absurdo que corre por la imaginación rusa afloró a la superficie en varias obras literarias de la época, y nunca como en el poema de Valeri Briúsov titulado «El caballo pálido», que tomaba su imagen central no sólo de uno de los jinetes del Apocalipsis, sino también del jinete de bronce de San Petersburgo, la ufana estatua de Pedro el Grande montado en un caballo rampante, que había dominado la mente de los escritores rusos desde el poema del mismo título compuesto por Pushkin. En *Petersburgo*, la novela de Bély, el jinete cabalgaba de noche por la capital; su corcel reapareció, con el color púrpura de la sangre, en algunas pinturas de Malévich y Kuzmá Petrov-Vodkin, y bramó en la aterradora descripción que Briúsov hizo de una aparición brutal que atraviesa a toda velocidad la frenética ciudad de San Petersburgo del mismo modo que, unos años antes, la revolución había desgarrado el tapiz de la vida:

La calle parecía una tormenta. La muchedumbre pasaba como si la persiguiera un destino inevitable. Los coches, los taxis y los autobuses rugían entre el río de gente, furioso e interminable. En lo alto, las señales giraban y echaban chispas como ojos cambiantes desde las terribles alturas del piso treinta. Las ruedas

zumbaban orgullosas, gritaban los chiquillos que vendían periódicos, restallaban los látigos. De repente, en medio de la tormenta... un murmullo infernal. Y el sonido extraño y disonante de una pisada, un griterío mortal, una colisión tremenda. Y aparece el Jinete. Su caballo vuela. El aire aún tiembla y no se ha apagado el eco. El tiempo tiembla y el espectáculo es el Terror. En letras de fuego el pergamino del Jinete dice: Muerte.[40]

La vida de Briúsov fue igual de tormentosa que su imaginación, acelerada por la morfina; el escritor se pasó varios años encerrado en un infeliz triángulo amoroso con Andrei Bély y la trastornada y delicada Nina Petrovskaia. Costó mucho persuadir a los dos hombres de que no se batieran en duelo por ella.

Igual que los revolucionarios que querían hacer volar la sociedad en pedazos para empezar de cero, muchos artistas de vanguardia creyeron que no había nada que valiera la pena salvar de ese *statu quo*. Mijaíl Lariónov, Natalia Goncharova, Vladímir Maiakovski y otros se paseaban por Moscú con la cara pintada y cucharas de palo o rábanos en la solapa, en lugar de flores. Se adornaban la ropa con letras y signos. Vasily Kamenski afirmaba que, como los terroristas anarquistas, los artistas querían «arrojar una bomba en la calle triste y provinciana de una existencia por lo general triste»[41], y Lariónov y un amigo escribieron en uno de sus manifiestos futuristas: «Nos pintamos porque una cara limpia es una ofensa, porque queremos ser los heraldos de lo desconocido, cambiar la vida.»[42]

Una bofetada en la cara del gusto del público fue el título de un manifiesto publicado en 1912 por un grupo de artistas; al parecer, los miembros de la vanguardia querían mostrarse

todo lo ofensivos, blasfemos y groseros que pudieran. En la tradición campesina rusa, la autoridad no era más que el poder que permitía subyugar por la fuerza, y los escritos de los jóvenes artistas rusos se hicieron eco de ese sentimiento: «Miremos a donde miremos, el mundo se nos muestra completamente desnudo, rodeado de montañas desolladas como trozos sangrientos de carne humeante. ¡Cogedlo, hacedlo pedazos, clavad vuestros dientes en él, trituradlo, volved a crearlo! ¡Es todo vuestro, vuestro!»[43]

La vanguardia artística de Moscú y San Petersburgo oscilaba sin freno entre esperanzas utópicas y la desesperación absoluta, entre alocados enredos eróticos y el celibato (que nunca duraba demasiado tiempo), gestos vacíos y momentos brillantes. El asombroso cuento de Briúsov «La República de la Cruz del Sur» describe una ciudad-Estado artificial en la Antártida, protegida de los elementos por un techo gigantesco. Ese logro capital de la ingeniería humana alberga a la comunidad más avanzada de la tierra, una magnífica sociedad democrática con carreteras elevadas, casas confortables, enseñanza libre, bibliotecas, buena comida y las diversiones más refinadas. En realidad, es una siniestra utopía, y algunos de sus rasgos se han vuelto familiares para los que vivimos un siglo después:

Hay que decir que detrás de esa fachada democrática se ocultaba la tiranía autocrática de los accionistas y directores del antiguo trust. Puesto que cedían a otros los escaños de diputados de la Cámara, era inevitable que colocaran a sus propios candidatos como directores de las fábricas. La vida económica del país se concentraba en manos del Consejo de Dirección [...] La influencia del Consejo en las relaciones internacionales de la República era enorme.

Sus decisiones podían arruinar a países enteros. Los precios que fijaba determinaban el salario de masas de trabajadores de toda la tierra. Además, la influencia del Consejo, aunque indirecta, era siempre decisiva en los asuntos internos de la República. De hecho, la Cámara legislativa parecía ser únicamente el humilde siervo de la voluntad del Consejo.[44]

La ciudad ideal de Briúsov, secretamente enferma, termina destruida por un brote de «contradicción», una enfermedad que hace que quienes la padecen se rebelen contra todo lo razonable:

Los enfermos, en lugar de decir que sí, dicen que no; si lo que quieren es decir palabras halagüeñas, farfullan insultos. La mayoría también empieza a tener un comportamiento contradictorio: cuando intentan ir hacia la izquierda giran hacia la derecha, cuando creen levantarse el ala del sombrero para ver mejor, se lo calan aún más en la frente y no ven nada, y así sucesivamente. Cuando esta enfermedad se desarrolla, la contradicción se apodera de toda la vida física y espiritual del paciente, haciendo gala de una diversidad infinita según la idiosincrasia de cada enfermo. En general, el discurso del paciente se vuelve ininteligible, y sus acciones, absurdas.

Vencida por ese repentino ataque de sinsentido y destrucción, la ciudad termina hundida en la ruina y la desolación.

Mientras que muchos artistas de moda, como Briúsov, Bély y la poeta mística Zinaida Gippius, escribieron gran parte de su obra en los «pastos perfumados» del lenguaje simbolista e intentaron captar una realidad más alta con la ayuda de sesiones de espiritismo, otros escogieron el

enfoque polémico de una realidad que se había vuelto insoportable. Leonid Andréiev dio lugar a un escándalo cuando el censor aprobó su novela *Los siete ahorcados* (un claro indicio de lo mucho que habían cambiado los tiempos), que presentaba a los lectores desconcertados un despiadado retrato periodístico de una noche que pasan en la cárcel siete terroristas condenados a morir en la horca por la mañana. Los reos son personas amables y serias a los que unas circunstancias extremas empujaron a cometer un acto extremo (un asesinato frustrado). La novela vuelve a contar el juicio, las reacciones de los padres de los condenados —todos ellos muy respetables— y revela las conversaciones entre los presos, así como sus pensamientos solitarios:

[El condenado] Se ha transformado en un animal que espera que lo sacrifiquen, en un objeto sordo y mudo que cualquiera puede llevar de un lugar a otro, y quemar y romper. Diga lo que diga, nadie escuchará sus palabras, y si intentara gritar, le taparían la boca con un guiñapo. Pueda o no caminar solo, ellos vendrán, se lo llevarán y lo ahorcarán.

Y en caso de que opusiera resistencia, si luchara o se echara en el suelo, ellos lo dominarán, lo levantarán, lo atarán y lo llevarán, atado, hasta la horca. Y el hecho de que ese trabajo, que parece ejecutar una máquina, estuviera a cargo de seres humanos como él, les daba a esos hombres un aspecto nuevo, extraordinario y ominoso; le parecían fantasmas que se le acercaban con ese único propósito, o muñecos automáticos que caminaban sobre muelles. Lo cogerían, se lo llevarían, lo ahorcarían, le tirarían de los pies. Después, cortarían la soga, lo bajarían y se lo llevarían para enterrarlo.

[45]

En el mismo tono sombrío de las primeras páginas, la novela de Andreiev termina cuando meten los cadáveres en ataúdes baratos.

En Rusia nunca se había publicado nada semejante, y a los lectores les molestó especialmente no poder ver a esos jóvenes como terroristas. Sus motivos, el dolor del viejo oficial cuando visita al hijo antes de la ejecución, la mujer joven y digna que consuela a los otros, todo estaba muy lejos de la propaganda oficial. Bajo la mirada fría y concentrada del novelista parecían desmoronarse valores como la justicia y la verdad. Y otros autores se atrevían incluso a desechar todos los valores. En *Sanine*, novela erótica de Mijaíl Artsybáshev, el héroe se pasea por la vida como un moderno marqués de Sade, un ser completamente amoral e indiferente, un hombre que sólo busca la gratificación de su deseo. El sexo sin gozo aparece descrito todo lo gráficamente que el censor podía permitir, y casi todos los protagonistas terminan mal. «¡Qué chiste más malo es el hombre!», exclama el protagonista al final de la novela.

«Puede decirse sin temor a exagerar que por toda Rusia resonó este *cri de coeur*: “¡Es imposible seguir viviendo así!”»[46], escribió Serguéi Witte refiriéndose a los años durante los cuales la cultura rusa adquirió todos los rasgos de una esquizofrenia avanzada, una época de violencia aplastada con furia. Era obvio que las cosas no podían terminar bien. Cómo y cuándo se produciría la catástrofe seguía siendo incierto, pero, como dicen entre ellos los estudiantes de *Los siete ahorcados*: «¡Ya no falta mucho!»

VII. 1906: «*DREADNOUGHT*» Y ANGUSTIA

Queremos glorificar la guerra —la única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los libertadores, las ideas hermosas por las que se muere y el desprecio por la mujer.

F.T. Marinetti, *Manifiesto futurista*

Casi todas las mansiones de los alrededores de los Campos Elíseos y el parque Monceau están en manos judías; a veces, por una ventana abierta, se oían, en la soledad, ecos de un concierto: algún judío tratando su neurosis.

ÉDOUARD DRUMONT, *La Francia judía*

Portsmouth, diez de febrero de 1906. Con un suave pero sonoro ¡paf!, la botella de vino australiano tocó el enorme casco de acero, pero una guirnalda de flores impidió que se rompiese. La botella colgaba de una larga sogá; alguien la rescató, y Su Majestad Eduardo VII, vestido con uniforme de almirante de la flota y luciendo un sombrero con pluma,

todavía jadeando visiblemente por el esfuerzo de subir a la plataforma, la soltó otra vez. Esta vez la botella obedeció y derramó su contenido sobre la vasta superficie de acero gris que dominaba la escena y hacía que la multitud que asistía al acto pareciera insignificante. «Te bautizo *Dreadnought*», proclamó el monarca. Después cogió una maza más pequeña y con ligeros golpes comenzó a quitar la última sogá que mantenía amarrado al buque en el muelle seco. El coloso empezó a deslizarse por la rampa: «De repente, el barco disminuyó de tamaño ante nuestros ojos», escribió el corresponsal del *Manchester Guardian*. «Después, el estruendo de las aguas despertó otros sentidos. Se oyó un rugido, luego hurras, los primeros sonidos de la banda que tocaba *Dios salve al rey*, y remolcadores que hacían sonar las sirenas, todo ello entre el aroma a vino derramado y a flores.»[1]

No fue una ocasión cualquiera, ni siquiera para un rey que era todo un veterano en el arte de cortar cintas, romper botellas y dar golpes con mazas ceremoniales. La botadura del buque de la marina británica *Dreadnought* (dieciocho mil toneladas y ciento sesenta metros de eslora, diez cañones de 305 mm), el buque más rápido, potente y destructivo que todos los que en ese momento surcaban los mares, fue el comienzo de una nueva era. En honor a ese momento especial, la marina británica no había escatimado en nada: el obispo de Winchester inició el servicio religioso con el salmo 107 («Los que descienden a la mar en navios...») y después bendijo el barco; un coro de niños había entonado himnos; miles de trabajadores, marinos y curiosos de vacaciones se abrían paso a empujones para entrever la enorme estructura de acero coronada por cuatro arcos triunfales y, en el agua,

barcos militares y un sinfín de embarcaciones de recreo añadían brío y color al espectáculo.

La botadura de un gran barco siempre es un espectáculo emocionante y estimulante. Sin embargo, ningún crío con una bandera en la mano sintió una emoción comparable a la del primer Lord de los mares, el almirante John Arbuthnot «Jackie» Fisher, de pie junto al rey, al que parecía querer ahogar con su entusiasmo y una avalancha de datos técnicos: velocidades máximas, poder de fuego, alcance, armamento, maniobrabilidad y otros detalles por los que el monarca, cortésmente, fingía interesarse. Para Fisher ese día era la culminación de una campaña de muchos años, una cruzada personal para reformar la marina británica y volverla a forjar en la fuerza y la eficiencia. La marina debía ser otra vez la misma fuerza combativa e imponente que cien años antes había vencido en Trafalgar. El *Dreadnought*, símbolo máximo del poder naval de Gran Bretaña, había sido su único sueño durante bastante más que una década.

La férrea e intransigente determinación de Fisher era tanto el resultado como la continuación de una carrera armamentística internacional que antes de 1914 llevó al límite la capacidad de varios países europeos, avivada en parte por los recuerdos de infancia de un solo hombre, Guillermo II de Alemania con sus vacaciones junto al mar, el káiser que no se avergonzaba a la hora de confesar tan personal motivación para su programa de construcción naval. «Cuando era pequeño», le dijo el emperador a su tío Eduardo VII durante una cena oficial, «me dejaban visitar Portsmouth y Plymouth de la mano de tías cariñosas y almirantes muy amables. Yo admiraba los ufanos barcos

ingleses fondeados en esos dos magníficos puertos. Allí nació en mí el deseo de construir, algún día, barcos como esos que fueran de mi propiedad y, cuando fuese adulto, poseer una marina tan soberbia como la inglesa.»[2]

La relación entre el káiser y Gran Bretaña y su marina lo mostraba en su faceta más exasperante y narcisista, insegura y ambivalente. Hijo de una inglesa (la princesa Victoria, que vivió echando de menos su país natal y detestando con toda el alma el espíritu militar prusiano), la ambivalencia fue una semilla sembrada muy pronto en Guillermo. «Ella lo juzgaba todo, y aquí todo le parecía mal, y mejor en Inglaterra, el lugar al que ella acostumbraba a llamar “casa”»[3], escribió el emperador en sus memorias. Para el joven príncipe, la «querida Inglaterra» de su madre llegó a ser un punto de referencia en muchos aspectos, tanto más cuanto que para él era casi imposible destacar en las habilidades valoradas y admiradas en la corte de Potsdam. Un tremendo error médico en el parto le había dejado el brazo izquierdo atrofiado y casi inútil, razón por la cual montar a caballo, cazar y otros pasatiempos aristocráticos eran una tortura. Montar fue, sobre todo, el terror de su niñez. A su madre le parecía «intolerable» que el heredero al trono no supiera lucirse en un corcel, y por ese motivo instauró un severo régimen de entrenamiento que incluía montar por la fuerza al llorón Guillermo, de ocho años, en un caballo sin estribos y mandarlo a galopar. «Se caía una vez sí y otra también; y pese a sus súplicas y lágrimas, cada vez que se caía volvían a levantarlo y a montarlo a lomos del animal. Después de varias semanas de tortura se consiguió el difícil objetivo y Guillermo aprendió a mantener el equilibrio»[4], apuntó su tutor con evidente satisfacción.

En Inglaterra, cuando visitaba a su abuela, la reina Victoria, Guillermo se alejaba de esos tormentos y de una instrucción casi militar con lecciones que duraban de seis de la mañana a seis de la tarde todos los días de la semana. En la atmósfera de Osborne House, informal comparada con la que reinaba en Prusia, el joven respiraba más libre, podía jugar con otros niños y contemplar los majestuosos acorazados que entraban silenciosamente en el puerto de Portsmouth. Más tarde, el ambicioso príncipe se aficionó a navegar durante la regata Cowes Week, en la isla de Wight, y tuvo un yate de lujo, el *Meteor*, construido expresamente para derrotar a su tío Bertie, heredero al trono británico. Siempre furioso, Guillermo perdía año tras año a pesar del aluvión de quejas por hándicaps y reglamentos que le soltaba al comité del Royal Yacht Squadron, al que acusaba de ser injusto sólo con él.

Guillermo estaba desesperado por pertenecer a la lánguida y elegante sociedad de Cowes, encarnación perfecta de la vida de la aristocracia británica. Allí vestía de paisano, hablaba inglés casi como un inglés y organizaba cenas fastuosas en el yate imperial, el *Hohenzollern*, pero el centro de toda la atención era su tío: «Llevaba gorro blanco de regatista, fumaba unos cigarros enormes y nunca olvidaba el bastón de marfil. Tenía los ojos saltones y tiernos, de un azul cobalto [...] Lo seguía siempre una comitiva de amigos íntimos [...] la hermosa señora George Keppel, la muy conocida señora Langtry y, a veces, su esposa, la reina Alejandra, en mi opinión la más hermosa de todas las damas»[5], recordó un testigo ocular.

Guillermo no conseguía librarse de la sombra de su tío, que lo propuso como socio del exclusivo Royal Yacht Squadron; además, la reina le había encomendado a Eduardo

la tarea de vigilar y controlar al futuro emperador, cosa que a «Bertie», que tenía la cabeza en otras cosas, lo fastidiaba mucho, sobre todo cuando el joven prusiano, pese a la sangre inglesa de la que tanto se enorgullecía, demostró ser incapaz de encajar en el espíritu del evento, que de hecho era una gran fiesta en los jardines de palacio, decorado para la ocasión con espléndidos barcos. Durante la regata se esforzaba demasiado, pues estaba obsesionado por ganar, y eso era un pecado capital. Como participante, la costumbre de aparecer frente a la costa en su yate —y rodeado por una cantidad de barcos tan impresionante que hacía pensar en la mitad de la flota de guerra del Reich— daba lugar a divertidos comentarios de los iniciados. Como persona a la que se veía muy a menudo en sociedad, solía ser demasiado jovial, demasiado gritón, y obligaba a los caballeros a encogerse bajo tantas palmadas en la espalda y otros signos de familiaridad. Otras veces se enfurruñaba al ver que no lo trataban con el respeto que se merecía, y se quejaba a voz en cuello por asuntos de los que hasta un colegial podría haberle dicho que era mejor no mencionar. En una palabra, el atrevido príncipe no hacía más que dar la lata. Al final, en 1895, declaró que los hándicaps eran injustos y decidió no volver a participar en la regata Cowes.

Siempre ansioso por superar a su tío, el káiser fundó su propia semana de regatas en Kiel, con la intención, por supuesto, de que fuese mucho más espléndida que su homóloga británica. El entorno era magnífico, pero los oficiales y soldados en posición de firmes y las imponentes bandas militares no pudieron competir con el estilo tranquilo y relajado de Cowes. Como señaló el príncipe Enrique, hermano del emperador, Kiel llegó a ser una preocupación muy personal del monarca: «No hay ninguna

duda al respecto, nuestra gente compra yates y navega sólo para complacer a mi hermano [...] La mitad nunca ha visto el mar. Pero si van a la playa y leen algo sobre el yate del emperador [...] y si los comerciantes acaudalados que no saben nada del mar se aficionan a la vela para complacer al emperador, entonces el deporte suscitará interés y podremos sacar dinero para la marina.[6]» En un país sin una fuerte tradición naval reciente, la semana de regatas del emperador llegó a ser un lugar de diversión para los nuevos ricos. A los norteamericanos pudientes les gustaba codearse con la aristocracia, y a los invitados los alojaban en transatlánticos de lujo fletados para la ocasión como hoteles flotantes. Guillermo era feliz allí, y en algunas competiciones llegó a hacer incluso sus pinitos al timón, aunque no se le daba muy bien. «Si el káiser estaba al timón, no era raro que chocase con la boya», comentó con acidez y mucho efecto el canciller Bülow, siempre efusivo y elogioso delante de su empleador.

La agresiva política naval de Alemania tenía también una finalidad menos personal y más política. El auge industrial del imperio y el rápido aumento de la población fueron factores que pusieron a los políticos de un humor expansionista. A medida que el país iba adquiriendo colonias y se preparaba para utilizar su poder en el extranjero, sus aspiraciones a escala mundial se enfrentaban a un dilema: con puertos en el Báltico y en el Mar del Norte, para llegar a mar abierto los barcos alemanes tenían que circunnavegar Gran Bretaña, ya por el Canal de la Mancha o rodeando Escocia. A la vista de la abrumadora fuerza naval británica, capaz de bloquear esas salidas en cualquier momento, Alemania era, en realidad, una potencia colonialista a merced de Gran Bretaña. Si el país se hubiera conformado

con el poder económico en la Europa continental, y si la marina imperial hubiese aceptado la imposibilidad de liberarse del dominio de los británicos, el interrogante geográfico no habría tenido mucha importancia. Sin embargo, eso habría significado renunciar a toda aspiración a ser un verdadero poder colonial, y depender, en cambio, de su fuerza tradicional, el ejército, para conseguir prestigio y seguridad. Pero la Alemania guillermiana estaba decidida a desempeñar en el mundo un papel parecido al de Gran Bretaña y Francia, y al final incluso mayor. «Nuestro futuro está en los mares»[7], declaró el káiser. A la larga, el conflicto era inevitable.

La propuesta alemana para salir de ese cerco de acero naval ineludible la formuló el almirante Alfred von Tirpitz, y era tan simple como elegante: aparte de Alemania, los dos rivales directos de Gran Bretaña en la contienda por la superioridad naval eran Francia y Rusia, dos países que también tenían una política expansionista. Alemania ganaría independencia simplemente construyendo una marina lo bastante fuerte para que derrotarla fuese demasiado costoso para las fuerzas británicas, lo cual de por sí acarrearía cuantiosas pérdidas y, en consecuencia, tampoco garantizaría la defensa de sus costas, de sus rutas comerciales y sus colonias. Aun siendo sencilla, esa política coartó los sueños alemanes de grandeza y un programa de construcción naval costoso y faraónico.

Como el káiser, Tirpitz, cuyas hijas iban al *Cheltenham Ladies' College*, era un anglófilo que hablaba un inglés excelente y leía novelas y periódicos ingleses. Y también como Guillermo, el joven oficial había aprendido a admirar la marina británica mientras estaba en Plymouth, la base que la bisoña marina alemana usaba para abastecerse: «Casi

podría decirse que allí nos sentíamos más en casa que en el pacífico e idílico Kiel, que no hacía más que gruñirle a Prusia», recordó más tarde el almirante. «Nuestro exiguo cuerpo de oficiales miraba la marina británica con admiración [...] Crecimos sobre esa marina como una planta trepadora. Y preferíamos que nuestros suministros llegaran de Inglaterra. Si un motor funcionaba sin problemas [...] si una soga o una cadena no se rompían, entonces no eran artículos de fabricación nacional, sino productos de los talleres ingleses [...] En esos días no podíamos imaginar que los cañones alemanes pudieran ser iguales a los ingleses.[8]» Como Guillermo, Tirpitz era también sumamente sensible a la condescendencia con que lo trataban los oficiales navales británicos, y un apasionado por el papel que Alemania desempeñaba en el contexto mundial.

Fue él quien le dio forma decisiva al entusiasmo naval del káiser. La cuestión era estratégica: Alemania necesitaba una marina fuerte, pero ¿con qué fin y con qué estrategia en mente? Empujado por el resentimiento que le producía la obligación de mantenerse al margen en la guerra de los Bóers, Guillermo quería una flota ágil, cruceros que permitieran a Alemania ser un actor en la escena mundial, presionar en el extranjero y proteger los transportes alemanes. Sin embargo, los cruceros tenían pocas posibilidades contra los acorazados con artillería de largo alcance, más potentes y capaces de hundir a sus adversarios antes de que se acercaran lo suficiente para abrir fuego. Por lo tanto, Tirpitz convenció al emperador de que lo que necesitaba en primer lugar eran acorazados que asegurasen unas rutas marítimas abiertas y capacidad de respuesta ante cualquier tentativa de bloqueo naval. «Para Alemania, hoy el enemigo marítimo más peligroso es Inglaterra»[9], dijo el

almirante sin rodeos en un memorándum en el que pedía una flota de diecinueve acorazados que debían estar listos en 1905 y con un presupuesto de cuatrocientos ocho millones de marcos. Los acorazados tenían un armamento más pesado y, en consecuencia, un alcance operacional más corto; usarlos para proteger los intereses alemanes en alta mar era totalmente imposible. Así pues, sólo tenían sentido si Alemania esperaba luchar contra un enemigo poderoso cerca de sus propias costas. Construirlos equivalió a enviar a Londres una señal inequívoca.

Dominar los mares

Uno de los hombres que captó esa señal fue el almirante Jackie Fisher, que se había fijado como misión modernizar la marina británica. Durante los primeros años de su carrera en buques escuela del imperio, en el Mar de China y en el Mediterráneo, Fisher había aprendido que la flota estaba lejos de ser una fuerza de ataque eficaz; los buques y cañones eran de los días de la guerra de Crimea, y sus estrategias seguían imitando las victorias de Nelson, con intercambios de disparos y entrenamiento semanal con alfanjes para el combate de proximidad tras el abordaje de un buque enemigo. Los barcos de madera y tres cubiertas con cañones de carga frontal que le habían dado a Gran Bretaña la victoria en Trafalgar seguían siendo el ideal del almirantazgo. El *Victoria*, el último buque construido según ese modelo, se botó en 1879. En un tiempo de buques de acero y artillería de varios kilómetros de alcance, esa flota estaba obsoleta, pero la jerarquía seguía aferrada a maneras probadas y eficaces. El ambicioso Fisher no tenía tiempo para semejantes ideas preconcebidas sobre lo que debía ser

un combate glorioso, y tampoco para el espíritu de clase del cuerpo de oficiales. El había ascendido por sus méritos: su padre había sido oficial colonial en Ceilán (la actual Sri Lanka), se había arruinado con una plantación de café y había hecho ingresar al hijo en la marina cuando este sólo tenía trece años. El muchacho nunca volvió a ver a su padre.

Durante los últimos años del siglo ^{xix}, la posición de primera potencia marítima mundial correspondió a Gran Bretaña por defecto; sólo los franceses tenían una marina lo bastante poderosa para desafiar a la reina Victoria. Esa falta de competencia era la culpable de que las fuerzas británicas se hubiesen dormido en los laureles, y la preocupación principal de los oficiales era capitanear un barco bien pulido y fregado, y pintado y bruñido a la perfección. Fregar las cubiertas de madera con piedra pómez era un ritual cotidiano para los marineros, que dejaban las superficies como espejos, aunque lo más probable era que la siguiente ola las dejara hechas una pena. La ortodoxia decía que la actividad mantenía a los hombres ocupados. La regla era similar a la de la marina francesa: saludar a todo lo que se mueve y pintar todo lo que no se mueve. Otro aspecto de la vida a bordo eran los recordatorios de los aspectos más brutales de los viejos tiempos. «El día en que ingresé, siendo aún casi un crío, vi azotar a ocho hombres, y me desmayé al verlo»[10], comentó Fisher.

Pero la marina no podía reformarse en dos días, y los que pensaban en innovar a menudo se sentían frustrados y veían peligrar su carrera. Cuando el emprendedor capitán Sir Percy Scott tomó el mando del *Edinburgh* en 1886, descubrió que no sólo la calidad de la artillería del barco era lamentable, sino que también los marinos se resistían a la idea de entrenarse, una actividad que podía manchar sus

inmaculadas naves, «íbamos veinte años por delante», recordó Fisher después, «y al final tuvimos que hacer lo que hacían los demás. Así que dejamos de practicar con los cañones, gastamos dinero en esmalte, bruñimos hasta el último centímetro cuadrado de acero y pronto nos ganamos la reputación de buque elegante. Y es cierto que el *Edinburgh* se veía muy hermoso. Las tuercas de todos los tornillos de la cubierta de popa eran doradas, las llaves de la santabárbara eran galvanoplateadas, y unas estatuas de Mercurio remataban los armarios en que se guardaban los revólveres. [11]»



El almirante Jackie Fisher fue el propulsor de la carrera por el *Dreadnought*.

Almirante Jackie Fisher, hacia 1913 (Topfoto)

Para el almirante Fisher esos detalles no tenían ningún lugar en el futuro de la marina, y tampoco en el de su país. Tras recibir el mando de un buque tan decrepito que a duras penas podía capear un temporal, y mucho menos salir airoso

de una batalla, Fisher decidió reformar la marina de abajo arriba, una misión que consideraba demasiado importante para dejar que los asuntos sociales se interpusieran en su camino: «El imperio británico depende de la flota británica. Sólo un idiota de nacimiento con tendencias criminales permitiría que alguien jugara con el mantenimiento de nuestra supremacía marítima», proclamó a los cuatro vientos, haciendo suyo el mensaje de que la guerra moderna entre fortalezas flotantes con artillería pesada probablemente se decidiría con una rapidez inusitada. «Una vez derrotados, la guerra habrá terminado», dijo. «Si nos derrotan en tierra, se pueden improvisar nuevos ejércitos en unas semanas. Pero no se puede improvisar una marina; para eso hacen falta cuatro años.[12]»

Cuando el programa de construcción naval alemán empezó a cobrar vida, Fisher revisó la estrategia británica, que hasta entonces se había centrado en Francia como enemigo más probable. Empujado con rigor tiránico por el almirante Tirpitz, famoso por su histrionismo, el Parlamento alemán ratificó una ley naval tras otra, dedicó cada vez más millones a asegurar la supremacía marítima del Reich, y los astilleros, una vez puestos a trabajar día y noche, no tardaron en producir un número creciente y cada vez más alarmante de acorazados modernos y eficaces con más y más cañones y de más tonelaje. Entre 1893 y 1903 salieron de los muelles catorce grandes acorazados de una media de once mil toneladas de desplazamiento. Durante la década siguiente se construyeron veintidós nuevos acorazados de última generación, esta vez con desplazamientos de entre doce mil y dieciocho mil toneladas, unos monstruos de la

mitad del tamaño del *Titanic* y con potentes turbinas, cañones de doce pulgadas y blindaje de acero. Además, en los muelles alemanes se construyeron unos setenta cruceros, torpederos y otros buques de guerra más pequeños.

Fisher estaba decidido a no permitir que Gran Bretaña perdiera el dominio de los mares. Apoyándose básicamente en su amistad con el rey, engatusó, amenazó y rogó al gobierno para que le diera dinero a fin de construir barcos cada vez más potentes. Su intención, más que jugar al juego alemán, era aumentar las apuestas. Y en 1904 concibió un buque que haría que toda la flota alemana quedara obsoleta. Sería más rápido y más grande, tendría armamento más pesado y haría pedazos la *Kriegsmarine* antes de que un solo barco alemán pudiera acercársele. El ideal de la guerra súbita que había predicado durante tanto tiempo se encarnó a la perfección en el *Dreadnought*. Como otros visionarios, Fisher tuvo la perversa satisfacción de contar con el apoyo del rey aun cuando sus adversarios lo tomaban por tonto y por loco, y perseveró. Con dos escuadrones de acorazados *Dreadnought* la marina británica sencillamente impondría sus propias nuevas reglas a la guerra en el mar, reglas británicas.

Los críticos señalaron que la nueva clase de acorazados no sólo dejaría obsoleta a la flota alemana, sino también a los buques más viejos de la marina británica, es decir, que en materia de grandes batallas, la mayor flota de guerra del mundo se convertiría en chatarra de la noche a la mañana. Y se necesitarían más *Dreadnoughts*, e incluso más grandes, para seguir el ritmo a las fuerzas del káiser. Fisher no se amilanó. El veintidós de diciembre de 1904 convocó a un comité al que se le encargó que diseñara el buque según las recomendaciones de un ingeniero italiano y la experiencia

de la batalla de Tsushima, durante la cual observadores navales británicos comprobaron las operaciones de los buques de guerra de Japón, recién construidos y sin hacer concesión alguna a la tradición. Desde el buque insignia del almirante Togo, uno de dichos observadores comunicó a su país: «Cuando disparan los cañones de doce pulgadas, los disparos de los cañones de diez pasan inadvertidos, y pese a todo el respeto que infunden, los proyectiles de ocho o seis pulgadas podrían tomarse por guisantes.»[13]

A bordo del *Dreadnought* la eficacia industrial lo era todo, tanto en lo relativo a la construcción como al funcionamiento. La decisión de equiparlo con cañones de un solo calibre, por ejemplo, se basó en que así sólo habría que usar un único tipo de munición, y en que se podría entrenar a la tripulación para que manejara todos los cañones con la misma eficiencia. Así pues, cañones idénticos con igual munición, mucho más fáciles de dar en un blanco, pues todos debían dar en el mismo punto si se los disparaba en el mismo ángulo. Fisher no cabía en sí de alegría: «Supongamos que un cañón de doce pulgadas dispara una andanada por minuto. Seis cañones permitirían que cada diez segundos estallara un proyectil con una carga enorme y apuntado deliberadamente. El 50 % de esos disparos deberían dar en blancos situados a cinco mil quinientos metros. ¡Tres proyectiles de doce pulgadas estallando a bordo cada minuto sería el infierno!»[14]

Llevando aún más lejos la lógica industrial, Fisher se movió a velocidad de vértigo. En el astillero de Plymouth se almacenaron planchas de acero prefabricadas antes incluso de que el dos de octubre de 1905 se colocara la quilla, y a partir de entonces se pudo ver cómo esa nave enorme crecía día a día. En dos meses, el casco del acorazado más grande

del mundo ya se alzaba como una amenaza por encima del astillero; empezaban a pintarlo. El nueve de febrero de 1906 tuvo lugar la botadura en presencia del voluminoso rey, visiblemente afectado, aunque no tanto por la emoción, sino por problemas respiratorios. En los meses que siguieron equiparon el barco a una velocidad récord: las calderas en marzo, las turbinas y seis capas de pintura en mayo, los cañones en junio y julio. En septiembre, el *Dreadnought* estaba en servicio y listo, y pronto zarpó hacia las Antillas para pasar una prueba de las baterías. Un arma de dimensiones nunca vistas se había construido en una fracción del tiempo habitual.

La carrera armamentística naval, la mayor que el mundo había visto jamás, pronto pasó a ser un fenómeno internacional. Francia y los Estados Unidos, Rusia, Austria-Hungría, Japón, Italia, el imperio otomano y varias otras naciones construyeron, cada una por su lado, sus propios acorazados con grandes cañones, a su vez sustituidos después por otros aún más grandes. El gasto militar se llevaba algo más de la tercera parte de los presupuestos militares de Francia y Rusia, un poco menos en Gran Bretaña, y casi una cuarta parte en Alemania y el imperio austrohúngaro.

Fuerza masculina

La carrera por el *Dreadnought* fue sintomática de su tiempo. Sociedades enteras vivían subyugadas por los uniformes y la fuerza militar. Rusia mantenía un ejército permanente de un millón cuatrocientos mil hombres y tenía un sistema de rangos que se aplicaba tanto a las fuerzas armadas como a la administración civil. Aunque la guerra

ruso-japonesa había mostrado que el ejército y sus mandos eran dolorosamente ineficientes, siempre habían sido un elemento importante para el control interno. El servicio militar obligatorio existía nominalmente desde 1874, pero, en la práctica, la mayoría de los jóvenes podía salvarse o comprar la exención, dejando a los campesinos más pobres la carga de un servicio militar de veinte años que a menudo comenzaba con un simulacro de funeral oficiado por el cura de la aldea natal del soldado, donde nadie esperaba volver a verlo vivo. Temida y odiada, especialmente en el campo, la presencia del ejército se cernía sobre la vida del pueblo como una nube oscura.

También en Francia el ejército y la sociedad estaban unidos por fuertes vínculos. El país tenía una larga tradición de militares como jefes de Estado, desde Napoleón hasta el mariscal MacMahon en 1873, y luego desde Boulanger en 1888 y Pétain en 1940 hasta el general De Gaulle. Desgarrados como siempre entre dos visiones, una republicana y otra conservadora y católica, los franceses no conseguían ponerse de acuerdo en lo tocante a la función cívica de su ejército. Mientras que la clase dirigente conservadora lo veía como instrumento de la gloria nacional (muy afectada por la derrota de 1870), la tradición jacobina lo consideraba más que nada una escuela de la nación, donde se mezclaban las clases sociales y se formaba a los reclutas en los valores de la ciudadanía republicana y la solidaridad nacional, una visión célebremente articulada por el líder socialista Jean Jaurès en su libro *El nuevo ejército* (1907), en el que postulaba que un servicio militar corto era, desde el punto de vista democrático y militar, más ventajoso que un pequeño ejército profesional, que siempre representaba un peligro para el orden constitucional. No se trataba de una

teoría huera: en 1889 el general Boulanger estuvo a punto de marchar sobre el palacio del Elíseo rodeado de partidarios entusiastas.

El caso Dreyfus había dejado al descubierto las angustias del conjunto de la sociedad, y del ejército en particular, una enconada división entre los que pensaban que el papel del ejército, como prueba de sus tendencias reaccionarias y monárquicas, consistía en echar tierra sobre un flagrante fallo de la justicia, y los que, por el contrario, consideraban al oficial judío culpable por defecto, el epítome de todo lo que habían odiado del funcionamiento del país. Infinitamente argumentativa, la sociedad francesa miraba a su ejército con medidas iguales de orgullo, sospecha y agresión. Como cuenta Théodore Zeldin, a los cadetes de la prestigiosa academia militar de Saint-Cyr se les aconsejaba que salieran vestidos de civil para evitar incidentes en algunas zonas de París, mientras un oficial se quejaba: «Entre las masas nos consideraban el enemigo, *les payots*[*] En los círculos burgueses nos tenían por imbéciles.»[15]

Si la identidad del ejército se tambaleaba, había algo en lo que todas las partes coincidían: para bien o para mal, era «una escuela de la subordinación, del espíritu viril, del orgullo masculino»[16], como lo expresaba el manual francés para suboficiales (escrito en 1893 y reeditado hasta 1913). «El que no es soldado», le dijo a un recluta su madre campesina, «no es hombre»[17]. Porque los hombres de verdad luchaban, y los que tenían honor, sobre todo honor militar, para defender a la patria, solían considerar que su deber era combatir aun con el más nimio pretexto ceremonial. En la década de 1880 los duelos hacían furor, y siguieron de moda hasta bien entrado el siglo ^{xx}.

No eran sólo oficiales del ejército los que tenían la costumbre de retarse a duelo. Marcel Proust se sentía particularmente orgulloso de haber desafiado a Jean Lorrain, crítico literario que había insinuado públicamente la homosexualidad del escritor, y de haber sobrevivido para contarlo; en 1908 desafió a un joven amigo suyo que no sabía siquiera qué había hecho para ofenderlo. Resultó ser que el joven en cuestión, Marcel Plantevignes, de apenas diecinueve años, había oído a una dama hacer un comentario sobre las «extrañas costumbres» del famoso escritor y no había salido en su defensa. El asmático Proust tuvo la consideración de permitir que fuese el padre del muchacho quien luchara en lugar de este, y también le dejó elegir el arma. Ante la firme insistencia de *Monsieur* Plantevignes, el asunto se zanjó sin violencia, pero es obvio que Proust pensaba que no podía permitir que cayera la menor sombra de duda sobre su robusta masculinidad, una idea más bien cómica para todos los que lo conocían. Así y todo, estaba en juego algo más que las apariencias: «Mis padrinos pueden decirte si me comporto con la debilidad de un hombre afeminado»[18], confesó el escritor en una carta a Paul Souday.



Mortalmente serio: el número de duelos aumentó alrededor de 1900, aunque la mayoría de los enfrentamientos se libraban a primera sangre.

Duelo Landau-Maurras, 7 de diciembre de 1909
(Roger-Viollet/Bridgeman Art Library)

Ni siquiera los pacifistas comprometidos y progresistas, como los políticos y escritores Léon Blum (luego primer ministro) y Jean Jaurès, vacilaron a la hora de coger el arma para defender su honor. El último duelo a espada del que se tiene noticia en Francia fue, en 1967, entre Gaston Defferre y René Ribière, dos diputados de la Asamblea Nacional. El presidente De Gaulle consideró prudente prohibir formalmente que los ministros de su gabinete hicieran de padrinos. Georges Clemenceau (1849-1929), *«le Tigre»*, primer ministro de 1906 a 1909 y nuevamente de 1917 a 1929, se batió en doce duelos: siete con pistolas y cinco con espadas. Como informó el periodista norteamericano Wythe

Williams sobre uno de esos duelos, Clemenceau era un esgrimista excelente:

Los adversarios que se atrevían a ponerse delante de la punta de su espada no tenían ninguna oportunidad. Primero él disfrutaba desarmándolos con un rápido pero tremendo *coup de seconde*, el golpe más potente que se puede dar con la espada y que casi paraliza el brazo. Después «el Tigre» reía, se burlaba, y se inclinaba esperando que retirasen el arma para luego pinchar a su rival en una parte de la anatomía que él mismo elegía. Lo hacía con delicadeza, causándole el daño suficiente para considerar satisfecho su honor, y así dar por zanjada la cuestión.[19]

Líder del Partido Radical, Clemenceau no vacilaba a la hora de desafiar a los oponentes políticos que, en su opinión, habían ido demasiado lejos. En 1892 se batió en duelo con pistolas con el escritor antisemita Paul Deroulène, y delante de una gran multitud controlada por oficiales de policía. Seis años después, su defensa de Dreyfus lo enfrentó al conocido autor de *La Francia judía*, Édouard Drumont. Sus oponentes fallaron las dos veces, de modo intencionado muy probablemente, pues se consideraban «malas formas» atacar a un adversario con armas de fuego. Sin embargo, los duelos con sable o espada se libraban como mínimo a primera sangre, y solían resultar en heridas graves y a veces fatales. El duelo se percibía como un saludable tónico contra el *dolce far niente* y la decadencia de los tiempos modernos, «la primera herramienta de la civilización, el único medio descubierto por el hombre para reconciliar sus instintos brutales con el ideal de justicia»[20], en palabras de Anatole France, premio Nobel de Literatura en 1921.

La Alemania de Guillermo fue sinónimo de sociedad gobernada por oficiales uniformados, bigotudos y amantes de la disciplina militar. En ninguna otra parte del mundo era tan estrecho el vínculo entre Estado y ejército, y entre ejército e historia nacional. Fue el ejército el que transformó a Prusia, antes un no-lugar arenoso sin recursos naturales ni fronteras naturales, en una potencia mundial, un milagro obrado por el pacto entre los reyes prusianos y la aristocracia. Los generales y soldados de Prusia habían allanado el camino que, tras la victoria sobre Francia en 1870, condujo a la Galería de los Espejos de Versalles; la disciplina y la fuerza prusianas fueron los cimientos de un nuevo imperio germánico; en parte al menos era cierto que, para usar un cliché de la época, el imperio se «había forjado en el calor blanco del campo de batalla».

Pero no toda Alemania era Prusia, naturalmente, y los excesos de esa mentalidad de campo de instrucción y estupidez a paso de ganso eran objeto de burla no sólo en el extranjero, sino también en Stuttgart, Hamburgo y Renania, prusiana pero católica. No obstante, Prusia era el socio más poderoso de la federación de Estados que formaban el imperio alemán, y su cultura se imponía en las escuelas y universidades a través del ejército mismo y gracias a una corriente propagandística que afectaba a todos los ámbitos de la vida: «La gente bebía en tazas decoradas con símbolos e imágenes de distintas clases de pertrechos, con escenas de despedidas [soldados que se iban al frente], eslóganes y perfiles de los Hohenzollern; comían en platos con escenas de batallas y adornaban la casa con chucherías militares: soldaditos de porcelana, castillos en miniatura, bandas de música, regimientos de la guardia, monumentos, cañones,

soldaditos de hojalata en formación de batalla y “vasos de cerveza reservistas”.[21]» Así describieron más tarde dos historiadores alemanes el paisaje doméstico de muchos hogares alemanes. Bajo el árbol de Navidad, ese símbolo de la dicha familiar alemana, los niños esperaban encontrar lo que les había prometido una popular canción de temporada: *Mañana viene Papá Noel, viene con regalos: tambores, gaitas y un fusil, una bandera, un sable y mucho más, ¡sí! ¡Lo que quiero es todo un cuerpo del ejército!*

La instrucción y el espíritu militar se apoderaban de los niños de la nación en cuanto entraban en la escuela. Un manual popular para maestros de primaria daba a los jóvenes educadores útiles consejos sobre las órdenes que debían usar: «¡Siéntese derecho! ¡Silencio! ¡Cállese la boca! ¡Manos arriba! ¡Las plumas bien rectas! ¡Enséñeme el cuaderno!» Y, tras pasar revista, «¡fuera!». La obediencia había que enseñarla; por lo tanto, era perfectamente natural que un maestro ordenase y el alumno obedeciera las órdenes de inmediato.[22] Si el maestro iba a ser el sargento de la nación, los profesores del *Gymnasium*, el instituto de secundaria, se movían envueltos en una nube de esplendor que era un reflejo no sólo de un profundo respeto por la educación, sino también de la jerarquización absoluta de la sociedad. Mal pagado, pobremente vestido y a menudo demasiado pobre para casarse, hasta el más humilde de ellos tenía derecho a que lo llamaran «señor profesor», y los alumnos se dirigían a él en posición de firmes. Ese es el mundo que, con pinceladas memorables, se evoca en *El ángel azul*, de Heinrich Mann, más tarde un clásico del cine alemán en blanco y negro, protagonizado por Marlene Dietrich en el papel de una bailarina que consigue descarriar a un profesor de instituto ya maduro y provoca el derrumbe

de su universo social. Sin embargo, el mundo en el que introducían a los estudiantes de secundaria muy poco tenía que ver con la realidad política de la época, como recordó más tarde Hans Kohn, entonces colegial en Praga: «La política —la austriaca, la europea, la turca o la asiática— nos interesaba muy poco, y no sabíamos nada de ella. La gente no viajaba como hoy, y en gran parte nuestro horizonte estaba definido por una educación clásica y la lengua alemana. El mundo vecino, el de los eslavos, nos era desconocido, aunque devorábamos las novelas de moda de Dostoievski y otros rusos.»[23]

Demasiado a menudo el Estado instruía a sus súbditos sin educarlos para hacer de ellos auténticos ciudadanos. Con la intuición que lo caracteriza, Thomas Mann había expresado la percepción que un niño alemán podía tener de la sociedad en que vivía: «De niño me gustaba personificar al Estado en mi imaginación como si fuese un severo personaje de madera, con frac, barba negra y una estrella en el pecho, y con una mezcla de títulos militares y académicos que expresaba perfectamente su poder y su seriedad: era el *General Doktor Von Staat*».[24]

El espíritu militar era parte integrante de la sociedad, o de cierta clase de sociedad. Si quería acceder a los escalones más altos de la administración, del sistema judicial e incluso de la industria, a un joven ambicioso le convenía ser uno de los ciento veinte mil oficiales prusianos de la reserva. Si era profesor universitario y quería esforzarse aún más por el éxito de su futura carrera, ingresaba en una *Burschenschaft* (hermandad de estudiantes), la mayoría de las cuales eran totalmente reaccionarias, antisemitas y nacionalistas y se dedicaban más que nada a beber, a cantar y a seguir bebiendo, y también a batirse en duelo, con sable. Eran

duelos sin una causa real. No estaba en juego el honor, pero podía ganarse. Los estudiantes desdeñaban usar pistola o espada ligera (según la costumbre francesa); esos eran «duelos de muchachas», y los miembros de las *Burschenschaften* alemanas estaban hechos de una pasta más dura. Se desnudaban de cintura para arriba, y después, en un *Mensur* —un ritual reglamentado hasta el último y más pequeño detalle—, se lanzaban uno sobre el otro con pesados sables. Los duelistas estaban obligados a mantener cierta distancia reglamentaria, y no se les permitía mover los pies, no se fomentaba el manejo defensivo de la espada y el duelo terminaba cuando los árbitros, protegidos con un chaleco grueso y acolchado, veían aparecer la primera sangre en una mejilla, en la frente o en el mentón. No era raro que uno de los duelistas perdiera la nariz. Para los estudiantes de la hermandad, valía la pena: las cicatrices en el rostro serían un pasaporte seguro para el ascenso, un mérito que reconocerían unos superiores comprensivos que también habían pertenecido a alguna de esas hermandades.

Si los duelos estudiantiles eran un *rite de passage* que creaba su propia clase, fuertemente corporativa, con cicatrices como signo exterior de hombría, valor y pertenencia, también estaban muy difundidos los duelos en que se defendía el honor. No obstante, en Alemania tenían una peculiaridad. Sólo los oficiales y los graduados universitarios y, en muchos casos, no judíos, se consideraban *satisfaktionsfähig*, es decir, socialmente aceptables para tomar parte en una disputa por el honor. Así se daba a entender que los otros tenían muy poco honor que defender. El honor de un hombre era, por necesidad, una virtud que se simbolizaba mejor con un uniforme, y los uniformes eran un rasgo omnipresente en la vida pública. Los oficiales y

soldados rasos aparecían en público con la capa del káiser; los funcionarios tenían uniforme para ocasiones especiales; los hombres de negocios e incluso los profesores universitarios solían lucir el uniforme con su grado de la reserva; por todas partes había policías; los miembros del gobierno llevaban uniforme, y el propio emperador, un apasionado del elaborado atavío militar, hacía largos viajes con tal de poder lucir su uniforme de almirante o uno de los muchos trajes de oficial de los regimientos extranjeros de los que era miembro honorífico. Guillermo aparecía en las jarras de cerveza, y en cuadros y postales, con el casco rematado por un águila, ya con una coraza reluciente o con la sencilla guerrera azul de su regimiento, pero siempre con el hombro derecho vuelto hacia el espectador, y el brazo izquierdo, el de la mano atrofiada, discretamente oculto en un bolsillo o apoyado en el sable.

El alcance al que podía llegar el respeto a los uniformes y el porte militar se demostró el dieciséis de octubre de 1906, cuando un capitán del ejército de la capital ordenó a un pelotón que se dirigía a los cuarteles que lo siguiera, lo hizo subir a un tren y entró con todos los soldados en el Ayuntamiento de Köpenick, cerca de Berlín, donde arrestó al alcalde y lo mandó a la capital con escolta, confiscó la caja registradora, extendió un recibo, ordenó a los soldados que permanecieran en sus puestos, abandonó el edificio y se esfumó. Cuando seis semanas después lo arrestaron, el culpable, un tal Friedrich Wilhelm Voigt, resultó no ser ni haber sido nunca militar. En cambio, se había pasado veintinueve años en la cárcel por diversos casos de hurto y fraude, y sencillamente se había hecho él mismo el uniforme (de capitán del Primer Regimiento de la Guardia de a pie) comprando las distintas prendas en casas de empeño locales

tras dedicar un par de semanas a buscarlas. Con el porte glorioso que daban las hombreras, el bribón se convirtió en un dios. Al ver que un oficial entraba en su despacho, el desafortunado alcalde de Köpenick se había puesto de pie de un salto, con los dedos pegados a las costuras del pantalón y más que dispuesto a acatar las órdenes. Voigt, al encontrar dormido al policía de guardia en el ayuntamiento, lo reprendió severamente, con tono de auténtico oficial, y el agente, temblando, le prometió que en adelante tendría más cuidado. Los soldados habían seguido al desconocido capitán sin siquiera enarcar una ceja. Es evidente que Voigt disfrutó del espectáculo: tras huir con más de cuatro mil marcos y despachar a sus prisioneros a Berlín en tren, no pudo resistir la tentación de volver a la capital, instalarse en un café frente a la comisaría, contemplar la llegada de los presos escoltados y ver cómo la confusión general se adueñaba del lugar.

Lo condenaron a cuatro años de cárcel, pero el káiser en persona no tardó mucho en indultarlo; por lo visto, tuvo la cortesía de encontrar el incidente enormemente divertido. El capitán de Köpenick se convirtió en un fenómeno. Apareció una biografía suya, se imprimieron miles de postales y, tras ser puesto en libertad, el antiguo embaucador empezó a ganarse muy bien la vida con apariciones públicas en ferias y clubs nocturnos donde contaba su historia y firmaba autógrafos. Incluso emprendió una gira; saliendo de Dresde, llegó hasta Viena y Budapest, y en Londres, el público, tras pagar la entrada, pudo admirar su estatua de cera, con uniforme de capitán, en el Museo de *Madame Tussaud*.

Aunque la atrevida broma de Voigt se tiñó con toques sensacionalistas para regocijo de toda Europa, sólo fue posible gracias a un ya existente mercado de imágenes de la

virilidad heroica y de su icono principal, el káiser. Antes que él, ningún gobernante había explotado con tanto placer los medios de comunicación, y no hubo otro monarca que se aplicara tanto a proyectar una imagen de heroica masculinidad. Al anciano emperador austríaco Francisco José I se lo veía generalmente de uniforme, pero sin armas y con pocas medallas, una imagen de autoridad debida más al bigote blanco y su firme mirada; a Eduardo VII, el rey jovial y famoso por lo promiscuo, apenas se lo veía de uniforme; en cambio, el casi enano zar Nicolás II se deleitaba en su pasión por los alamares, los galones dorados y las condecoraciones militares. Así y todo, ni el zar podía competir con las poses soberbias de su primo alemán.

Guillermo II de Alemania

Presunta encarnación de la masculinidad marcial, el impulsivo Guillermo desesperaba regularmente a sus oficiales con su necesidad incontrolable de retórica pomposa cada vez que se encontraba frente a una multitud, cosa que no era infrecuente. Según Christopher Clark, entre 1897 y 1902 el emperador hizo no menos de doscientas treinta y tres visitas a ciento veintitrés ciudades alemanas, y en cada una de ellas aprovechó la oportunidad para improvisar un discurso, haciendo caso omiso del texto sin riesgos que le había preparado el gabinete[25]. El canciller Bülow dedicaba gran parte de su tiempo a tachar las frases pretenciosas de los comunicados de su jefe antes de que llegaran a la prensa, pero luego veía que el emperador mismo lo acusaba de haber *quitado lo mejor*. Y «lo mejor», lo que se suprimía en las versiones oficiales para la prensa, por lo general nacía directamente del corazón del emperador y decía más de su

estado de ánimo que de sus prioridades políticas. En 1890, preocupado por los peligros del socialismo, recordó a los reclutas de un regimiento de la guardia que tenían que estar preparados para «disparar contra sus padres y hermanos si él les ordenaba que lo hicieran»[26]. En 1900, al despedir a la fuerza expedicionaria enviada a contener la rebelión de los bóxers en China, dirigió a sus soldados una famosa exhortación en que los conminaba a actuar como hunos: «No habrá piedad, no se harán prisioneros. Igual que los hunos hace mil años [...] se hicieron un nombre en el que aún resuena su grandeza, que el nombre de Alemania se conozca en China de manera tal que ningún chino se atreva jamás a mirar mal a un alemán.»[27] En 1907 prometió al público que el águila alemana «volvería a desplegar sus alas sobre Europa», una frase corregida en la versión oficial, que decía «sobre el imperio alemán».

La retórica exaltada del káiser no reflejaba el pensamiento de los políticos alemanes, cuya exasperación tocó techo con el escándalo del *Daily Telegraph* a raíz de una entrevista a Guillermo publicada en Gran Bretaña en 1908. El emperador había pasado algunas semanas en el castillo de Highcliffe, que le había alquilado a su dueño, el coronel Edward James Montague Stuart-Wortley. Regodeándose en el papel de caballero del campo británico, en largas conversaciones junto a la chimenea Su Majestad había dado a su anfitrión generosas visiones de la mentalidad imperial, y Stuart-Wortley tomó esos comentarios como base de la «entrevista» que ofreció al *Daily Telegraph*. El texto se había acordado con la Cancillería alemana, pero esta vez —por negligencia o cálculo— se permitió que apareciera con los habituales comentarios ofensivos del emperador, que en esta ocasión atacó a Gran Bretaña, para gran consternación de

los diplomáticos de Londres y Berlín, comprometidos en una delicada y complicada ronda de negociaciones para sondear la posibilidad de evitar el conflicto provocado por los programas de construcción naval de sus respectivos países. La torpe baladronada del emperador cayó como una bomba sobre las relaciones germano-británicas: «Vosotros, los ingleses, estáis locos, más locos que una cabra [...] Ver que siempre me juzgan mal, ver cómo sopesan con ojos envidiosos y desconfiados mis reiterados ofrecimientos de amistad, es algo que pone seriamente a prueba mi paciencia. He dicho una y otra vez que soy amigo de Inglaterra, y vuestra prensa [...] pide al pueblo de Inglaterra que rechace la mano que le tiendo e insinúa que en la otra tengo un puñal.»[28]

No sólo la oposición tembló de rabia. La baronesa Spitzemberg, en Berlín, escribió en su diario: «¡Esto es lo más vergonzante, lo más bajo, indiscreto y preocupante que el káiser ha hecho jamás...! ¡Es la ruina para nuestra postura política y nos convierte en el hazmerreír del mundo entero...! ¡Uno sólo puede llevarse las manos a la cabeza y preguntarse si esto es una casa de locos!»[29] Se oyeron más voces públicas, y no menos censoras, particularmente entre los políticos electos, cuando vieron que su imprudente soberano echaba una vez más por tierra todos sus esfuerzos. Ernst Basserman, diputado liberal de ideología nacional, se puso de pie en el Reichstag para desahogar su «sensación de infinito asombro y de profunda tristeza». El socialdemócrata Paul Singer habló de «rabia legítima, de profunda vergüenza entre el pueblo alemán», y hasta el archiconservador prusiano Ernst von Heydebrandt und der Lasa dio rienda suelta a la «acumulación de preocupaciones y resentimientos que ha venido formándose durante años,

incluso en círculos cuya lealtad al káiser y al imperio hasta ahora nunca se había cuestionado»[30].

«¡Me gustaría poder ponerle un candado en la boca cada vez que habla en público!»[31], ya había exclamado en 1892, exasperada, la madre del káiser, pero la arrogante impetuosidad de Guillermo era incontrolable pese a los esfuerzos de sus más íntimos, incluido el consejero en que Guillermo más confiaba, el conde (luego príncipe) Felipe de Eulenburg (1847-1921). Sólo él se atrevía a hablarle al emperador sin tapujos, y los ministros de Estado a menudo se dirigían al conde cuando querían hacer entrar en razones a su autoritario soberano. Eulenburg era «el embajador del gobierno alemán ante el káiser», decían en broma los miembros del Reichstag, y él estaba más que contento de ejercer esa influencia informal. Además, era lo bastante astuto para saber que debía su extraordinaria influencia sobre el emperador al hecho de haberse mantenido siempre al margen de la esfera del poder oficial. Y Guillermo lo adoraba. «Cada vez que venía a nuestra casa de Potsdam», comentó, «era como un rayo de sol en la rutina de la vida.»[32] Varias veces el emperador lo invitó a que formara parte del gobierno, y el príncipe siempre declinó con cortesía y una delicada burla de sí mismo, prefiriendo, en cambio, el cargo mucho más modesto de embajador de Prusia en Viena y, luego, el de representante de Prusia en las ciudades alemanas de Oldenburg, Stuttgart y Múnich: «Una pobre gallina como yo ataviada de águila. Me oigo cacarear en lugar de dar zarpazos, y me veo poniendo un huevo en lugar de sentado con ojos furibundos en el gablete del 76 de la Wilhelmstrasse [la sede del Ministerio de Exteriores]. Eso es algo totalmente imposible.»[33]

Para el káiser, el príncipe «Phili» Eulenburg, un hombre doce años mayor que él al que había conocido en 1886 durante una cacería en casa de amigos, no era uno de esos burócratas de Berlín siempre ajetreados y humillándose, que vivían diciéndole al emperador lo que no podía hacer y lo que el Reichstag no aprobaría ni pagaría. Antes bien, era un amigo fiel y desinteresado cuya casa de campo en Liebenberg era un paraíso apartado del bullicio de la corte. Allí el emperador disfrutaba cazando, encantado de tener compañía sencilla, largas conversaciones y noches con amigos apiñados alrededor del piano mientras el anfitrión tocaba sus propias composiciones y él pasaba con entusiasmo las páginas de las partituras. Era una atmósfera totalmente distinta de la que, en la corte, había marcado la educación de Guillermo a manos de su estricto preceptor Hintzpeter. En Liebenberg, el emperador se relajaba en un círculo de hombres que le eran afines, acompañado por el príncipe y el refinado conde Kuno von Moltke, y podía admirar las dotes de su amigo Phili para contar anécdotas divertidas y a veces picantes, así como para la música y la literatura; a fin de cuentas, Eulenburg no sólo era diplomático de carrera, sino también un compositor ambicioso cuyo ciclo de canciones *Rosenlieder* ya había vendido quinientos mil ejemplares, y también un dramaturgo cuyas obras las representaban compañías profesionales. De vez en cuando se permitía participar en esas veladas a la esposa de Eulenburg y a sus hijos, y las niñas cantaban las canciones del padre; después volvían a dejar otra vez solos a los hombres.

Guillermo estaba embriagado por la atmósfera de Liebenberg, y también por el príncipe, de quien dijo —a Hintzpeter— que era su «único amigo del alma»[34]; al

parecer, Eulenburg también estaba auténticamente entusiasmado con las cualidades del afable pero errático y joven príncipe heredero, como escribió en una carta a Guillermo en la que describía esa amistad como «un resplandor en mi vida»[35]. No fueron pocos los observadores que hicieron algún comentario sobre esa amistad íntima. Al volver de las negociaciones de paz tras la guerra ruso-japonesa, Serguéi Witte, el ex primer ministro ruso, visitó al emperador en la casa de campo de Rominten. El príncipe de Eulenburg lo recibió al bajar del tren, y Witte pasó la noche con la familia imperial. Sobre la conversación vespertina alrededor del fuego el visitante señaló: «Me sorprendió especialmente la actitud del emperador para con Eulenburg. Se sentó en el brazo del sillón del príncipe, con la mano derecha apoyada en su hombro, casi como si lo abrazara.»[36]

Tanto admiraba Guillermo a su amigo mayor, que lo trataba con una consideración que no prodigaba a nadie más. Bromista empedernido y grosero (el rey de Bulgaria una vez se marchó de Berlín «blanco de odio» después de que el emperador le diera, bromeando, una palmada en las nalgas, y en público), en sus cruceros por el Báltico Guillermo solía divertirse reuniendo a todos los invitados para una sesión de gimnasia matutina en cubierta y luego dando un empujón bien calculado a uno de los generales, mientras se soplaba las manos para disfrutar de ese momento desopilante mientras los demás caían formando una pila. Pero nunca empujaba a Eulenburg. «El emperador no me ha tocado nunca», se limitó a declarar el príncipe; «sabe que yo no lo toleraría.»[37]

Si la suave influencia de Eulenburg era casi siempre positiva y ayudaba a quitarle al káiser algunas de sus ideas

más desastrosas, también es cierto que el príncipe se aprovechaba de su poder y era más que capaz de montar complejas intrigas para cerciorarse de que un candidato al que apoyaba obtuviera el nombramiento para un puesto de importancia. En una ocasión, Friedrich von Holstein, viejo aliado y eminencia gris del Ministerio de Exteriores, pidió a Eulenburg que le preguntara al embajador ruso en Baviera si estaba dispuesto a pedirle al zar que recomendara a su primo el emperador a determinado diplomático para el puesto de embajador alemán en San Petersburgo. El príncipe, muy serio, advirtió a Guillermo que sería un grave insulto ir contra el deseo personal y espontáneo de Nicolás II, y se ordenó el nombramiento en toda regla.

La caída de Phili

Eulenburg siempre había evitado poner en evidencia al gobierno con vistas a conservar una influencia segura y tanto más omnipresente. Sin embargo, al final su considerable poder terminó molestando incluso a sus aliados más íntimos, que montaron su propia intriga para quitárselo de encima, una campaña que empezó con insultos privados pero que pronto se disparó hasta convertirse en el mayor escándalo jamás visto por la Alemania de Guillermo II. El desencadenante de esa serie de sucesos fue una carta de renuncia que había querido ser signo de un honor herido, si bien no aspiraba a que nadie la tomara en serio. La escribió Friedrich von Holstein (1837-1909), aliado de Eulenburg y primer consejero del Ministerio de Asuntos Exteriores, con sede en la berlinesa Wilhelmstrasse, conocido por sus enemigos como el «monstruo del laberinto», pues, en efecto, había movido los hilos de gran parte de la política exterior

alemana (y había sido responsable de algunos de sus fracasos más estrepitosos) desde el anonimato en que se resguardaba en su despacho revestido de paneles de madera. Como Eulenburg, era sospechoso de detentar cierto poder oficial, y en reiteradas ocasiones había rechazado un ascenso argumentando que las obligaciones sociales y las recepciones diplomáticas que conllevaba un alto cargo serían una pérdida de tiempo. Antiguo protegido de Bismarck y dado a aislarse —hasta el punto de escabullirse por la puerta trasera de su despacho cada vez que el káiser visitaba el ministerio—, prefería trabajar tranquilo doce horas al día de lunes a viernes, rodeado de mensajeros silenciosos que entraban, se inclinaban, dejaban los documentos en el escritorio y salían sin decir una palabra. No aceptaba invitaciones de casas elegantes; vivía solo, y también cenaba solo, en un reservado del restaurante Borchardt, en el que entraba por una puerta lateral después de un breve paseo desde el despacho. Los cancilleres y ministros de Asuntos Exteriores habían ido cambiando, pero la mano de hierro de ese hombre callado, y su trabajo, seguían intactos.

Pese a toda su dedicación y capacidad, Holstein era un hombre muy susceptible, se ofendía rápido y tardaba mucho en perdonar la más mínima falta de respeto, incluso por parte de sus superiores, a quienes asustaba regularmente amenazándolos con renunciar si alguien se manifestaba en contra de sus opiniones. Como señaló Eulenburg, su carácter vengativo y sus berrinches se toleraban: «Las grandes dotes de Holstein [se consideraban] indispensables. Nadie podía competir con él en cuanto a comprensión de asuntos complejos de importancia internacional [...] En interés del emperador y del gobierno, había que seguirle la corriente igual que a un perro de caza malhumorado y errático,

verdaderamente peligroso, si uno quería salvar el pellejo.»[38]

En 1906, los caros lujos de una presencia incontrolable y oscura, aunque brillante, en el corazón del Ministerio de Asuntos Exteriores le pareció un abuso excesivo a Heinrich von Tschirschky, el nuevo ministro de Exteriores. Holstein había estado implicado en el último desastre de la política exterior alemana, a saber, la crisis de Marruecos de 1905, que por poco no hizo estallar una guerra innecesaria y nada rentable contra Francia y Gran Bretaña. Ahora, Von Tschirschky, su superior, decidió tener más controlado al monstruo del laberinto. Holstein reaccionó como había hecho en frecuentes ocasiones: presentó la dimisión. Sin embargo, esta vez se le fue la mano. El canciller Bülow, su viejo aliado político, transmitió la renuncia al káiser, con la recomendación de que la aceptara. Tras varias décadas en el cuerpo diplomático, Holstein se quedó sin trabajo, y echando chispas.

¿Quién pudo intrigar contra él? ¿Quién podía ser lo bastante descarado para atacar al cerebro del Ministerio de Exteriores? Holstein hizo un repaso de todos sus amigos y enemigos. Calculó que Bülow era demasiado leal, un aliado de demasiados años para traicionarlo... Pero el mismo día en que el emperador aceptó su renuncia, Eulenburg había almorzado en palacio. Era él, el adulador, el inescrutable, el que había envenenado la mente de Guillermo, concluyó Holstein en un raro juicio de la situación política, y absolutamente erróneo además. El emperador prestaba oídos a Eulenburg, y Eulenburg había tramado algo contra Holstein; *ergo*, había que destruir a Eulenburg.

Holstein supo de inmediato lo que tenía que hacer. Tras décadas de buenas relaciones con Eulenburg, él, como toda

la corte, sabía algo que entonces ya era un secreto a voces: al príncipe, padre de ocho hijos en un matrimonio que detestaba, no le interesaban nada las mujeres, y detrás de toda su cultura y su camaradería masculina ocultaba un delito castigado, según la ley alemana, en virtud del infame artículo 175 del Código Penal. En una carta airada, Holstein le escribió a su viejo amigo: «Mi querido Phili: no es necesario que tomes este encabezamiento como un cumplido, pues en estos tiempos que corren, llamar “Phili” a un hombre quiere decir..., bueno, nada muy halagador. Ahora que has conseguido el objetivo para el cual has estado intrigando durante años —mi jubilación— [...] soy libre de tratarte como se trata a una persona tan despreciable y con tus peculiaridades.»[39]

Incluso para el delicado y nada militar Felipe de Eulenburg, la carta sólo permitía actuar de una manera: desafió a Holstein a un duelo con pistolas «hasta la invalidez o la muerte». Horrorizado por la perspectiva de un enfrentamiento entre dos estadistas ya mayores, Von Tschirschky se embarcó en un torbellino de diplomacia interna y consiguió sacarle a Holstein una mezquina disculpa, pero esa humillación adicional sólo logró que el ofendido diplomático buscara otro medio más devastador de acabar con Eulenburg. Y encontró a un insólito pero eficaz aliado en Maximilian Harden (1861-1927), periodista de investigación y director de *Die Zukunft*, una antigua espina clavada en el costado del gobierno. Holstein le facilitó documentos oficiales confidenciales y Harden montó un ataque total acusando de homosexualidad a Eulenburg y otros miembros del círculo de Liebenberg, primero por indirectas y luego abiertamente.

El principal interés de Harden en el asunto (dejando de lado su ego monumental) era de índole política. Eulenburg era un emblema del estilo de gobierno antidemocrático, irresponsable y personalizado que a Guillermo tanto le gustaba y que la oposición democrática tanto despreciaba. Periodista implacable con dotes para la polémica, Harden comprendió que esa era su oportunidad de demostrar que el káiser era permeable a las oscuras y malsanas influencias de un círculo decadente y pervertido que gobernaba en secreto uno de los principales países del mundo. La ruina social de Eulenburg era un precio que el periodista estaba más que dispuesto a pagar.

En la Alemania guillermina (como, de hecho, en otros países europeos), la mera sospecha de homosexualidad era suficiente para arruinar vidas y carreras, incluso —y, quizá, especialmente— en las capas más altas de la sociedad. Pocos años antes, el archiduque austrohúngaro Luis Víctor («Luzi-Wuzi»), hermano del emperador Francisco José, conocido por su inclinación a aparecer en público con ropa de mujer, había tenido que exiliarse a la provinciana Salzburgo tras tener un lío con un masajista. En Alemania, en 1902, nada menos que Fritz Krupp, el industrial más rico y poderoso de Europa, se suicidó en su lujosa Villa Hügel, en Essen, después de que se lo acusara públicamente de veranear en Capri no tanto por el sol, sino por los jóvenes hijos de la isla.

Harden no tenía prueba alguna que demostrase que Eulenburg era homosexual, pero fue atacando con un artículo tras otro: «Señalo con el dedo a Felipe Federico Carlos Alejandro Botho, príncipe de Eulenburg y Hertefeld, conde de Sandels», decía su primera salva, «que le susurra al káiser al oído que sólo él está llamado a gobernar [...] Al

menos los insidiosos manejos de este hombre no deben seguir más tiempo en la oscuridad.[40]» El año siguiente fue más explícito. El periodista dio a entender que el círculo de Liebenberg había quitado fuerza masculina a la política exterior alemana, y conseguido que el emperador diera un paso atrás allí donde habría debido mantenerse firme. El resultado era una política caracterizada por una indecisión femenina; el círculo ya no «soñaba con quemar mundos» porque sus miembros ya estaban «bastante calientes»[41]. Poco después Harden escribió abiertamente sobre la «morbosa *vita sexualis*» de Eulenburg.

Si parte de la acusación apuntaba a que una «camarilla de la corte» formada por nobles no electos y algunos adláteres mantenían al emperador apartado de la realidad, la reacción de Guillermo brinda el mejor ejemplo: la primera vez que oyó hablar del asunto fue el tres de mayo de 1907, cuando el príncipe heredero le enseñó un ejemplar de *Die Zukunft* con uno de los perjudiciales artículos. El canciller Bülow y otros funcionarios de la corte habían considerado prudente no agobiar a Su Majestad con detalles como esos. El emperador se quedó atónito, pero actuó con rapidez para evitar cualquier perjuicio que tales revelaciones pudieran causarle. A uno de los acusados, su viejo amigo el conde Kuno von Moltke, lo despidió en el acto. El día siguiente, el emperador escribió a Eulenburg preguntándole no sólo qué pasos tenía intención de dar para rebatir esas acusaciones, sino también si se sentía «más allá de todo reproche en lo relativo a ciertas alusiones». A finales de mes, Guillermo envió un ultimátum a ese mentor antes tan adorado: demanda a Harden, le decía, o vete del país «y evita toda publicidad». Los dos hombres nunca volvieron a verse.

Eulenburg se sintió profundamente herido por la «repugnante vulgaridad» de la reacción del káiser, que puso fin a una intensa amistad de más de veinte años. Durante el año siguiente, la opinión pública alemana siguió con embelesada atención una serie de casos de difamación. Eulenburg presentó cargos en su propia contra y salió absuelto de todos. Kuno von Moltke desafió a Harden a duelo. Cuando el periodista se negó a batirse, Von Moltke presentó cargos en su contra en la audiencia provincial. En las semanas que siguieron, la acusación y la defensa citaron a un testigo tras otro, y cada uno de ellos aportó al caso una nueva faceta escandalosa. Se reveló que el círculo de amigos de Liebenberg llamaba al emperador *Liebchen* («cariño»), y un fichero completo de chicos de alquiler pasados y presentes testificó haber conocido a los caballeros en cuestión. Von Moltke perdió el juicio y apeló. «Nunca hice nada sucio», se limitó a afirmar; esta vez salió absuelto —otro juez presidió el tribunal—, y a Harden lo condenaron a cuatro meses de prisión.

El periodista se vengó urdiendo otro juicio, ahora para defenderse contra un artículo difamatorio aparecido en la prensa, aunque secretamente encargado por él. Muy bien preparado y con energías renovadas, llevó al juzgado de distrito de Múnich al vendedor de leche Georg Riedel y al pescador Jakob Ernst, que declararon haber tenido relaciones con Eulenburg en su juventud. «Cada vez que salíamos, hacíamos alguna marranada», afirmó Ernst. Para Eulenburg, que ya había sufrido un ataque al corazón por el estrés de los juicios, ese fue el final. El juez ordenó la prisión preventiva y mandó que lo ingresaran, vigilado, en el hospital de la Charité de Berlín. Su viejo amigo el emperador hurgó un poco más en la herida cuando ordenó al príncipe que

devolviera su medalla del Águila Negra, la más alta condecoración del imperio. Un desilusionado e indignado Eulenburg se la devolvió junto con todas las demás medallas que había recibido. Su salud siguió deteriorándose, y tuvieron que llevarlo ante el tribunal en camilla todos los días que duró el juicio.

Cuando su presa ya no pudo salir de su cuarto de enfermo, Harden hizo pasar junto al lecho de Eulenburg a ciento cuarenta y cinco testigos (la mayoría de ellos con antecedentes policiales o de alguna enfermedad mental), les hizo mirar al príncipe, o lo que quedaba de él, y afirmar que habían tenido relaciones íntimas con él. El juicio se suspendió en 1909 y nunca se reabrió. Amargado y aislado, Eulenburg murió en su finca de Liebenberg en 1921. «Estas cosas son indeciblemente tristes, pues la aniquilación social [de Eulenburg y Von Moltke] es total», suspiró la baronesa Von Spitzemberg en su diario, «pero la moral y la conciencia moral exigen un boicot y la exclusión total de estos pecadores.»[42]

Enfrentado a las ruinas de la campaña que había dirigido, hasta Maximilian Harden se planteó si había hecho bien en usar un prejuicio que él personalmente no compartía para destruir a un adversario político. Mientras el periodista meditaba sobre si era ético o no destrozarse la vida de un hombre a cambio de un beneficio político, al propio emperador le recordaron cruelmente al amigo abandonado en 1908, cuando a su amigo de infancia, el general Dietrich Hülsen-Haeseler, jefe del gabinete militar, se le encargó, a raíz del caso Eulenburg, que limpiara de homosexuales el cuerpo de oficiales prusianos. Hülsen-Haeseler apareció ante los invitados a una partida de caza vestido con «un tutú color rosa y una corona de rosas y se puso a bailar al compás

de la música»[43]. Finalizado el numerito, el general saludó al público con una reverencia y se desmayó. Cundió el caos entre los invitados. La princesa Fürstenberg, la anfitriona, lloraba a mares, y al nervioso káiser lo vieron ir de un lado para otro. El médico, al que llamaron a toda prisa, no pudo hacer otra cosa que certificar la muerte de Hülsen-Haeseler por un fallo cardíaco. Cuando finalmente la atención volvió a centrarse en el difunto, el *rigor mortis* ya se había instalado, y resultó muy difícil quitarle el tutú al jefe del gabinete militar y amortajarlo con un atuendo militar más apropiado.

Ser uranista

Muchos de los grandes escándalos de las dos décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial tuvieron que ver con el ejército y las acusaciones de homosexualidad. El juicio de Oscar Wilde en Londres enfrentó al poeta escandalosamente homosexual con el marqués de Queensberry, oficial del ejército y fanático del boxeo; durante el caso Dreyfus, zanjado en 1906 con la absolución total y la reincorporación del capitán judío, el trasfondo había sido tanto antisemita como sexual; en el asunto Eulenburg, Kuno von Moltke, el comandante militar de Berlín, representaba a las fuerzas armadas y pagó el precio; al coronel Alfred Redi, traidor y agente doble austrohúngaro, sus superiores lo forzaron a suicidarse en 1913 tras haber vendido secretos militares a los rusos, que habían chantajeado a Redi por mantener una relación con otro oficial, y las pruebas de homosexualidad contra Roger Casement fueron suficientes para llevarlo a la horca en 1916.

A medida que una maquinaria bien engrasada fue suplantando al poder de los músculos, haciendo que la fuerza masculina perdiera valor en el lugar de trabajo, y cuando el papel cambiante de la mujer planteó cuestiones fundamentales acerca de la relación entre los sexos, los hombres se sintieron menos seguros de sí mismos, de lo que se suponía que eran y del espacio que en una sociedad industrializada seguirían teniendo las virtudes masculinas tradicionales: el valor, el honor, la fuerza. Entre esas inseguridades, la homosexualidad se había convertido en un fantasma inquietante, capaz de destrozar vidas y, con toda seguridad, de acaparar los titulares.

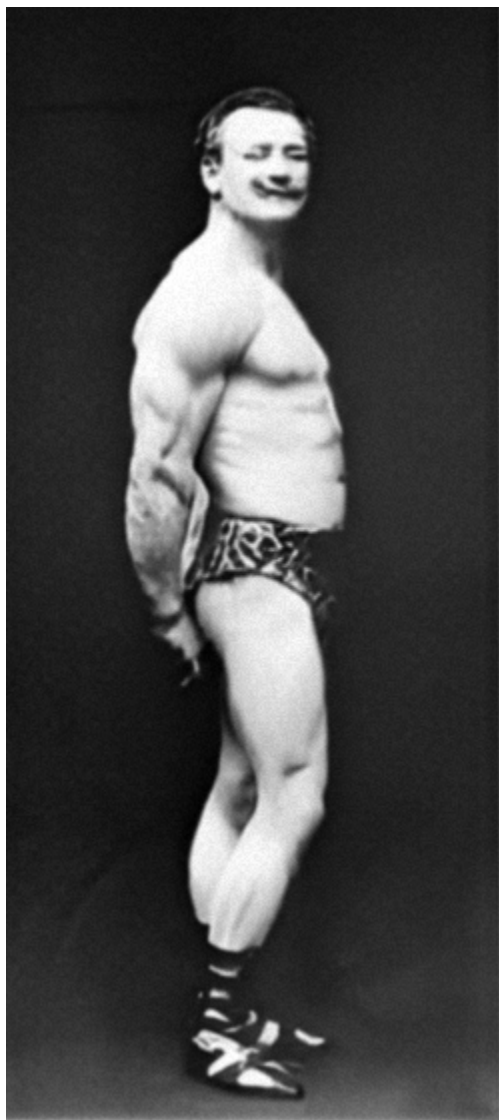
La homosexualidad seguía siendo un delito en todos los países europeos, y una acusación, aunque fuera anónima, podía conducir al ostracismo social y a prolongadas penas de prisión. Sin embargo, como había demostrado Freud, las sociedades con prohibiciones tan estrictas de las pasiones humanas nunca pueden existir sin un grado operativo de hipocresía. En Berlín, por ejemplo, existía una floreciente escena gay que el sexólogo y psiquiatra pionero Magnus Hirschfeld (1868-1935) describió de manera encantadora en su reportaje *Berlins drittes Geschlecht* («El tercer sexo de Berlín», 1904). Según Hirschfeld, la gran ciudad permitía que las identidades escaparan del control del vecindario, y ahí estaba el resultado para quien quisiera verlo: «En las calles y en varios cafés de Berlín, los enterados ven no sólo a hombres y mujeres en el sentido convencional de estas palabras, sino también, y a menudo, a personas cuyos gestos e incluso su aspecto físico pueden ser distintos de los del resto. Es casi como si no hubiera únicamente un sexo masculino y otro femenino, sino un tercero.»[44]

Utilizando una denominación entonces de moda (de ahí el conocido juego de palabras en *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde), Hirschfeld describió un ambiente «uranista» de sorprendente franqueza, una subcultura importante y apenas oculta de cafés, *pubs*, cervecerías, clubs, gimnasios, piscinas y hasta ocasiones sociales, como bailes, frecuentados casi exclusivamente por homosexuales. «Hemos visto a homosexuales de provincias que, cuando llegan por primera vez a lugares como esos, lloran a causa de la profunda sacudida psicológica»[45], comentó Hirschfeld sobre el efecto liberador que ese ambiente ejercía en aquellos que habían vivido siempre «privados de derechos y humillados».

Sadow el Magnífico

Ser hombre significaba cosas distintas según el país en que se viviera. Para el canciller alemán Bülow, pasar al galope junto al emperador, y a la cabeza de su viejo regimiento, el Guillermo I de Húsares, era una cuestión de honor y motivo de un enorme orgullo, una hazaña recompensada con un grado inmediatamente más alto que el de general de división. El historiador Robert Massie señala acertadamente que sería imposible imaginar a los primeros ministros británicos —Salisbury, Balfour, Campbell-Bannerman o Asquith— practicando semejantes payasadas. Gran Bretaña era un país sosegado, comedido y civil, y miraba mal la pose marcial de sus vecinos. Sin embargo, como demuestra un rápido vistazo a cualquier periódico de la época, las preocupaciones subyacentes eran muy parecidas: los mismos anuncios de mejunjes que prometían curar el «agotamiento masculino» y de corsés

disimulados para luchar contra la grasa de la mediana edad —sólo en Londres y en Manchester— era menos probable que la figura del héroe se encasillara en un uniforme antes que en pantalones cortos de piel de leopardo.



Un hombre perfecto: Eugen Sandow exhibe su fuerza.

Los pantaloncitos en cuestión cubrían los lomos muy musculados de Eugen Sandow (1867-1925), forzado y profeta del *fitness*, hombre de negocios y fenómeno internacional. Sandow había nacido con el sencillo nombre de Friedrich Wilhelm Mueller en el enclave prusiano-oriental de Königsberg, y se había fijado el objetivo de desarrollar un cuerpo perfecto. Tras un periodo en que exhibió sus proezas en ferias de provincia, el legendario empresario Florenz Ziegfeld lo vio y no lo dejó escapar; pronto Sandow llegó a ser una estrella del mundo anglosajón. Cada vez que actuaba, las entradas se agotaban, tanto en Chicago como en Invercargill (Nueva Zelanda); las multitudes aclamaban a su héroe y le pedían autógrafos; las mujeres se metían entre bastidores y pagaban trescientos dólares para tocar sus músculos de acero, y sus libros, con títulos como *El sistema de entrenamiento físico de Sandow*, *Fuerza y modo de adquirirla* y *Culturismo*, eran éxitos de ventas. «En ningún teatro de Australia se había visto jamás semejante entusiasmo», escribió en Perth un periodista sin aliento. «El público se volvió absolutamente loco al ver el maravilloso espectáculo de Sandow, y pidió que volviera a salir a escena no menos de quince veces.»[46]

No conforme con imitar a las estatuas griegas y levantar pesos imposibles en el escenario, Sandow también creía que su misión era mejorar a los enclenques de este mundo, para lo cual fundó una cadena de veinte gimnasios, publicó una revista dedicada a la fuerza física y abrió una empresa de venta por correo para comercializar desde cigarros marca Sandow a pesas y libros de ejercicios a fin de que otros hombres, de menor valía que él, alcanzaran sus milagrosas proporciones. Jorge V y Sir Arthur Conan Doyle se contaron entre sus amigos, y las finales de 1901 de su Gran

Competición, el primer concurso oficial de belleza para hombres musculosos, atrajeron a quince mil espectadores al Albert Hall de Londres.

Es posible que los hombres británicos estuvieran menos preocupados que sus homólogos continentales en lo que respecta a identidades modernas —al fin y al cabo, la revolución industrial había tenido lugar en Gran Bretaña mucho antes que en el resto de Europa—, y la vida y la cultura urbana predominaban en un país con la población rural más baja de todos los países desarrollados (en 1911, sólo el 8% de los británicos en edad activa trabajaban en la agricultura; en Alemania, el porcentaje era tres veces mayor, y cuatro veces mayor en Francia); pero si la visibilidad del ejército en la vida pública era mucho menor en Gran Bretaña que al otro lado del Canal, también vale la pena recordar que su importancia en la historia británica también había sido muy inferior. El ejército británico era numéricamente muy inferior a los ejércitos de sus vecinos europeos, y estaba siempre destacado en regiones remotas; era un ejército respetado, pero distante. A fin de cuentas, Gran Bretaña era una isla, y un imperio naval que nadie había invadido durante siglos; de ahí que diera a la marina, la clave de su duradero poder, el lugar de honor. La carrera por el *Dreadnought* no fue sólo un asunto militar; fue la defensa de la imagen nacional que los británicos tenían de sí mismos. Todos los políticos y periódicos coincidían en que Britannia tenía que dominar los mares. Tener los cañones más grandes era una simple necesidad.

Por otra parte, aunque los británicos estaban orgullosos de su cultura esencialmente civil, el entusiasmo militar de sus vecinos puso al descubierto ciertas inquietudes latentes. ¿Quién podía asegurar que Gran Bretaña sería capaz de

resistir un intento de invasión? ¿Quién podía afirmar que todavía tenía el temple y la fuerza moral necesarios para derrotar a un enemigo en casa? ¿No era acaso posible que ya estuviera minada de espías extranjeros? Siempre al acecho de una noticia sensacional, el *Daily Mail* consideró prudente aconsejar a sus lectores: «Niéguese a que les sirva un camarero austríaco o alemán. Si el camarero dice que es suizo, pídanle que les enseñe el pasaporte.»[47]

El camarero-espía, el peluquero demasiado curioso y con acento sospechoso, el taxista que era todo oídos, fueron personajes que se convirtieron en lugar común. El novelista William Le Queux (1864-1927) advirtió a la opinión pública británica:

Fueron alemanes quienes, tras servir en el ejército, vinieron a Inglaterra y consiguieron empleo como camareros, empleados administrativos, panaderos, peluqueros, criados y, unidos como estaban por juramento a su patria, también hicieron trabajos de espionaje para su país. Cada hombre, al acatar la orden imperial que mandaba alistarse en las fuerzas armadas alemanas, puso en la solapa de su chaqueta un botón de forma singular que le habían otorgado mucho antes, y por el cual se lo reconocía al instante como un súbdito leal del kaiser.[48]

Esa forma de paranoia popular experimentó un cambio importante. Desde Guillermo el Conquistador, y sin duda alguna desde Napoleón, el enemigo tradicional de Gran Bretaña había sido Francia. Sin embargo, hacia 1900, Alemania se percibía como una amenaza cada vez mayor. En público se insinuaban cifras que daban miedo. Lord Roberts, héroe de guerra, calculó que había ochenta mil soldados alemanes entrenados viviendo en Gran Bretaña, mientras

que el diputado conservador Sir John Barlow afirmó saber que en Londres y sus alrededores vivían sesenta y seis mil reservistas alemanes. Los novelistas populares no tardaron en rentabilizar esa idea. En la increíblemente exitosa *El enigma de las arenas* (1903), el escritor Erskine Childers hace que dos jóvenes ingleses descubran por casualidad un sórdido plan del káiser, por quien uno de los protagonistas manifiesta sentir gran admiración:

Yo sabía algo sobre Alemania, naturalmente, y podía contestar a sus constantes preguntas con cierta autoridad [...] Le describí el maravilloso despertar de ese país durante la última generación bajo la fuerza y la sabiduría de sus gobernantes; su intenso ardor patriótico, su efervescente actividad industrial y, más potentes que todo eso, las fuerzas que están modelando a la Europa moderna, su sueño de un imperio colonial, lo cual implicaría una transformación, pues de potencia terrestre Alemania pasaría a ser una potencia marítima. Basados de un modo irrefutable en vastos recursos territoriales de los que nosotros no podemos abusar, los débiles instintos de su pueblo no están sólo dirigidos, sino también anticipados por el genio de la casa gobernante; nuestros grandes rivales comerciales de hoy, nuestro gran adversario naval de mañana, crecen y se fortalecen y aguardan, un factor cada vez más formidable en el futuro de nuestra delgada red imperial, sensible como la telaraña a las sacudidas externas, irradiando desde una isla cuyo comercio es su vida, y que para su ración diaria de pan también depende del libre tránsito de los mares.[49]

A la manera de un cuento de *Boys Own*, los dos protagonistas finalmente se dan cuenta de que los movimientos inexplicables que han observado en la costa alemana apuntan a un peligro enorme: «Al final comprendí. Estaba asistiendo a un experimento, a un ensayo de la gran escena que tal vez se representaría en un futuro no muy lejano..., una escena en la que multitudes de gabarras de altura, cargadas hasta los topes de soldados, no de carbón, saldrían simultáneamente, en siete flotas coordinadas, desde siete puntos poco profundos y, escoltadas por la marina imperial, atravesarían el Mar del Norte y se lanzarían en bloque sobre las costas inglesas.[50]» El problema, al menos según afirmaba uno de los protagonistas, radicaba en que los ingleses se habían ablandado: «Hemos vivido seguros tanto tiempo, y nos hemos hecho tan ricos, que hemos olvidado a qué lo debemos. Pero no hay excusa para esos brutos estadistas, como se llaman a sí mismos, que cobran para ver las cosas tal cual son [...] Por Júpiter, queremos a un hombre como el káiser, que no se cruza de brazos y espera que lo echen a patadas, sino que trabaja como un negro por su país y ve el futuro [...] No estamos preparados para Alemania.»

Otros autores coincidían, tanto en el sentimiento como en su no disimulado racismo, y a Lord Northcliffe el asunto le pareció lo bastante importante para que su *Daily Mail* publicara por entregas *La invasión de 1910*, una novela de William Le Queux en la que Gran Bretaña sufre la invasión de una horda alemana parecida a la que el emperador Guillermo debió de tener en mente durante su famoso «discurso de los hunos». Saquean, incendian, violan, matan, se abren camino hacia la capital, al principio consiguen conquistarla, pero es inevitable que vuelvan a perderla bajo una oleada de indignación, valor y tenacidad de los

británicos. Para lanzar la novela, hombres-anuncio vestidos con uniforme azul prusiano y cascos de punta recorrieron Oxford Street de un extremo al otro. *La Invasión* vendió más de un millón de ejemplares, aunque, para gran disgusto suyo, Le Queux descubrió que en la traducción alemana era el káiser el que triunfaba sobre el imperio que llevaba tanto tiempo envidiando.

Uno de los mayores encantos de Gran Bretaña es que sus ciudadanos se niegan a tomarse nada muy en serio, ni siquiera, y especialmente, sus propios grandes símbolos; una de sus mayores flaquezas es el prestar a las sutilezas de clase la misma atención que un alemán a las hombreras. Esta lección la aprendió, no sin dolor, el almirante al mando del *Dreadnought* en 1910, cuando recibió a bordo al emperador de Abisinia, o eso creyó. La visita se había anunciado con un telegrama y la marina no escatimó en gastos: alfombra roja, guardia de honor, banderas al viento, banda de música, toda la tripulación en posición de firmes y luciendo sus mejores uniformes. Dada la escasa antelación, fue imposible encontrar una sola bandera abisinia, por lo que se izó la de Zanzibar. Sin dejarse perturbar por esos detalles, la delegación imperial visitó el buque mientras un intérprete le susurraba al oído a Su Majestad. Se quedaron asombrados al ver el barco. Un interruptor eléctrico primero los asustó y luego les encantó. Durante la visita también pidieron alfombrillas para rezar y otorgaron honores militares de su país a algunos oficiales.

Pasaron unas semanas hasta que se identificó correctamente a los visitantes en un artículo sensacionalista del *Daily Mirror*, periódico al que miembros de la delegación habían enviado una foto de grupo tomada en la ocasión. Los visitantes eran, en realidad, un grupo de amigos ingleses

tizados con maquillaje teatral y ocultos bajo barbas postizas. Entre ellos estaban Duncan Grant y la joven Virginia Stephen (con una barba negra que le sentaba muy bien), la misma que luego se casó con Leonard Woolf. Durante la visita habían conversado entre ellos, pero usando un puñado de palabras en swahili aprendidas en el tren y hábilmente mezcladas con fragmentos de la *Eneida*, que recordaban a medias de la escuela. El «intérprete» y el falso representante del Foreign Office, que no habían ido disfrazados, eran Horace de Vere Cole, cerebro y financiero de la operación, y un hombre que dedicó gran parte de su vida a concebir y ejecutar complicadas bromas. Además, era un veterano experto en disfraces: en su facultad de Cambridge había aparecido una vez vestido como el sultán de Zanzíbar, y en la madurez había rentabilizado su parecido con Ramsay MacDonald fingiendo que el líder laborista se había «perdido» temporalmente en un taxi entre el tráfico londinense mientras él iba en su lugar a una reunión del partido y pronunciaba un discurso en el que instaba a los obreros a que trabajaran más por menos.

Locos y judíos musculosos

El culto de la fuerza masculina podía hacer brotar flores extrañas, y quizá ninguna más extraña ni más sintomática de las preocupaciones de la época que la elogiosa invocación de Max Nordau al Judío Musculoso como objetivo físico y espiritual del sionismo. *Degeneración*, un libro plagado de vaguedades pero muy vendido e influyente, había convertido a su autor en uno de los principales críticos de todo aquello que, en su opinión, eran efectos debilitadores de la vida y el

arte modernos. Nordau afirmaba que la amenaza a la civilización era seria y que provenía de:

...el desprecio a las concepciones tradicionales de las costumbres y de la moral [...] la emancipación, en la práctica, de la disciplina tradicional [...] una lascivia desenfrenada, el desencadenamiento de la bestia en el hombre [...] el desdén por todo respeto al prójimo, de derribar y pisotear todas las barreras detrás de las cuales se hallan encerradas la codicia salvaje y el ansia de placer [...] significa para todos el final del orden establecido, un orden que durante miles de años ha satisfecho la lógica, puesto freno a la depravación y hecho madurar algo de belleza en todas las artes.[51]

Nordau no tuvo miramientos a la hora de atacar el exceso que representaban las nuevas máquinas, veloces y amenazadoras, o la degeneración del arte contemporáneo. Del legendario poeta Paul Verlaine, por ejemplo, escribió: «Vemos a un degenerado repulsivo con un cráneo asimétrico y cara de mongólico, un vagabundo impulsivo y dipsomaniaco que terminó en una penitenciaría por delitos contra la moral, [...] un viejo senil que en su discurso incoherente exhibe la falta de cualquier idea clara y usa expresiones que no significan nada e imágenes retorcidas. [52]» La criatura de esa vida de debilitamiento mecánico y sobreexcitación inmoral era una aberración: «físicamente, enfermo y débil; moralmente, un pillo redomado; intelectualmente, un idiota insoportable que pasa los días eligiendo los colores de cosas con que revestir artísticamente su habitación, observando el movimiento de peces mecánicos, olisqueando perfumes y bebiendo licores [...] Un parásito del más bajo nivel».[53]

Nordau, que era médico, sabía que a los parásitos hay que exterminarlos, y aplicó sin vacilar ese principio científico a la sociedad:

Los débiles y degenerados perecerán; los fuertes se adaptarán a los logros de la civilización o se subordinarán a su propia capacidad orgánica (...) El arte del siglo ^{xx} se conectará en todos sus puntos con el arte del pasado, pero tendrá que realizar una nueva tarea, a saber, aportar una diversidad estimulante a la uniformidad de la vida refinada, una influencia que probablemente sólo la ciencia, muchos siglos más tarde, estará en condiciones de ejercer sobre la gran mayoría de la humanidad [...] Quien, como yo, crea que la sociedad es la forma natural orgánica de la humanidad [...], quienquiera que considere que la civilización es un bien valioso y merece que se lo defienda, debe aplastar sin piedad, con los pulgares, a esa sabandija [*Ungeziefer*][**] antisocial.[54]

Para el autor, esa retórica violenta era poco más que una pose. Nacido en Pest (luego parte de Budapest), Hungría, en 1849, Nordau era hijo de un rabino ortodoxo de apellido Südfeld. Alejado de la religión, el joven Maximilian Südfeld cambió de dirección, y no sólo en la vida; también se cambió el apellido, en el que en lugar de sur (*Süd*) puso norte (*Nord*) y en lugar de campo puso pradera (*Au*), y así nació el doctor Max Nordau, un periodista hecho a sí mismo que finalmente abrió una consulta en París y publicó una serie de libros sobre temas culturales. Como Theodor Herzl, corresponsal vienes en el extranjero, Nordau estaba profundamente disgustado por la ola de antisemitismo que inundó Francia durante el caso Dreyfus, y pronto los dos hombres comenzaron a discutir sus ideas acerca del futuro del pueblo

judío. Nordau llegó a ser uno de los partidarios más fervientes de Herzl, pero su visión de un renacimiento judío tenía otras connotaciones. Mientras que la visión de Herzl era básicamente pragmática, el autor de *Degeneración* fusionó sus dos preocupaciones, a saber, el declive y la decadencia de las sociedades occidentales y el futuro de su propio pueblo, en una amalgama curiosa pero influyente: judaísmo heroico, una raza de nuevos judíos con la «cabeza clara, el abdomen robusto y músculos duros».

El mensaje de Nordau sintonizaba a la perfección con las angustias de la emancipación judía, ávida por distanciarse de los estereotipos antisemitas del habitante pálido y débil del gueto, con los ojos rojos de tanto estudiar, el cuerpo consumido y no tocado por el sol, y la sangre floja y sin vida, parte de una avalancha de extranjeros paupérrimos transformados en capitalistas explotadores del honrado trabajo físico. Los autores antisemitas, como Houston Stewart Chamberlain (1855-1927), el yerno británico de Richard Wagner, habían hecho proselitismo por todas partes con ese mensaje, y Nordau aceptó el diagnóstico:

La microbiología nos enseña que, mientras vivan al aire libre, los microorganismos inofensivos se transforman en terribles agentes patógenos portadores de enfermedades si se les quita el oxígeno y que, para usar la terminología médica, los transformamos en anaerobios. Los gobiernos y el pueblo harían bien en cuidarse de convertir a los judíos en seres anaeróbicos. Podrían tener que pagar, al margen de lo que hagan, un alto precio para desembarazarse de esos judíos a los que han convertido en una plaga por su propia culpa.[55]

Para Nordau, el sionismo no era sólo una necesidad política, sino también la llamada a un renacimiento espiritual, y muchos de sus lectores descubrieron que coincidían en que los judíos podían ser realmente libres si eran dueños no sólo de sus países, sino también de un cuerpo sano. Proliferaron en esos días los clubs deportivos judíos, a menudo con nombres que recordaban a guerreros bíblicos: el Bar Kochba (1898) y la Unión de Clubs Deportivos Maccabi (1902), en Berlín; el Hakoah («la fuerza») en Viena (1909), y muchos más por toda Europa. El movimiento tenía sus propias publicaciones, sus campeonatos y sus ídolos. La importancia que se le atribuía se ve también en el hecho de que el forzudo universal Eugen Sandow eligiera publicar un artículo sobre la cultura judía del cuerpo en el primer número de su *Sandow Journal*.

Para Sandow, vestido con piel de leopardo, y para los nuevos judíos orgullosos, la masculinidad revestía una importancia fundamental, como él mismo sostuvo con lenguaje florido:

Nuestros nuevos judíos musculosos aún no han recuperado el heroísmo de sus padres [...] para tomar parte en batallas y competir con los entrenados atletas helénicos y los fuertes bárbaros del norte. Pero, moralmente hablando, estamos mejor hoy que ayer, pues los artistas de circo judíos de antaño se avergonzaban de ser judíos y buscaban, por medio de un toque quirúrgico, esconder el signo de su filiación religiosa [...] mientras que hoy los miembros del Bar Kochba proclaman libre y orgullosamente su condición de judíos.[56]

Nordau estaba encantado de aceptar el papel de profeta de la nueva clase de judaísmo que con tanto entusiasmo

apoyaba la juventud sionista de toda Europa. Sin embargo, nada más odioso para él que tener profetas a su lado. Su ponzoña especial la reservaba para un hombre que había sido, escribió, «obviamente insano de nacimiento» y cuya influencia en la civilización occidental había sido absolutamente negativa. «De la primera a la última página [...] el lector cauteloso tiene la impresión de estar oyendo a un loco, un hombre con los ojos encendidos y gestos alocados que echa espuma por la boca y suelta un discurso grandilocuente y ensordecedor [...] En la medida en que pueda extraerse algún significado del interminable torrente de oraciones, este presenta, como elementos fundamentales, una serie de ideas delirantes y repetidas hasta la saciedad que tienen su origen en engaños de los sentidos y procesos patológicos orgánicos.[57]» El loco, cómo no, era Friedrich Nietzsche.

Una virilidad angustiada

La lucha contra el esclavismo debilitador de las convenciones y el deseo de llegar a ser un «superhombre» eran los sueños de Nietzsche, y una generación entera los soñó después de que él lo hiciera. Todas las personas instruidas de esa época habrían estado familiarizadas con su obra. Algunos de sus libros, como *Así habló Zaratustra*, se leyeron cientos de veces, pasaban de mano en mano y se discutían como grandes profecías, especialmente entre la generación más joven. De gran sutileza intelectual y profundidad en su conjunto, algunas de sus frases más declamatorias estaban fatalmente destinadas a que muchos las citaran fuera de contexto. Eso y el devastador trabajo editorial de su hermana, Elisabeth Forster-Nietzsche (más

tarde apasionada admiradora de Hitler), cuando Nietzsche sucumbió a la locura, convirtieron su legado en materia ambivalente, y al pensador mismo en un profeta aclamado por movimientos tan distintos entre sí como los nihilistas de finales del siglo ^{XIX} y los nacionalsocialistas.

Lo que Nordau tanto despreciaba de Nietzsche era la determinación a derribar todos los valores burgueses con vistas a hacer regresar a la humanidad (o a los pocos que tenían la fuerza interior necesaria) a un paraíso premoderno donde el instinto estaba dominado por la fuerza espiritual. Nordau, judío asimilado, no quería acabar con las bendiciones de la civilización, con la disciplina y el orden; simplemente pensaba que las amenazaba la decadencia, y quería limpiarlas con métodos que tenían inconfundibles notas darwinistas. Hay una ironía aquí, por supuesto, una ironía que Nordau, víctima de esa grave ceguera que es propia de los que no quieren ver, no parece haber captado: sus sueños de poder se parecían mucho a los soñados antes por Nietzsche, y sus judíos ideales y musculosos eran, en efecto, superhombres incomprensidos con un «toque quirúrgico», como él mismo lo expresó. El sionismo físico de Nordau y su amplia crítica de la cultura eran, de hecho, un segundo saque más débil de las ideas revolucionarias del viejo Nietzsche. El escritor sionista no fue el único que padeció esa indignidad. El culto de la fuerza y la masculinidad, un rasgo tan predominante de la cultura anterior a 1914, se celebraba en todas partes a la sombra de Nietzsche.

Eugen Sandow y el emperador Guillermo, los acorazados *Dreadnought* y los duelos, el culturismo, los trajes de marinero y los imponentes desfiles militares tuvieron todos un papel en el culto de la fuerza viril, que, en parte al menos,

fue una reacción a la cada vez más extendida incertidumbre acerca de las virtudes masculinas y la masculinidad en sí. La nueva época parecía exigir nuevos modelos, nuevas identidades, y es verdad que los hombres parecían abrumados por tantas exigencias. Eso, al menos, fue una de las conclusiones a las que llegaron los escritores franceses tras estudiar la disminución de las tasas de natalidad, y sin duda fue una de las razones de la ola de neurastenia masculina que inundó los sanatorios desde Suiza hasta Escocia.

En 1904, la escritora feminista Rosa Mayreder analizó el fenómeno. «El “puño fuerte” que, en otras circunstancias, era crucial y constituía la base jurídica del dominio masculino, llegó a ser algo enteramente superfluo.[58]» Los hombres que, a la vista de un cambio impredecible, no podían pensar en nada mejor que aferrarse a códigos morales caducos, estaban lamentablemente mal equipados para la vida en las ciudades modernas:

El hombre moderno sufre de la práctica que transforma su intelecto en algo parecido a una enfermedad [...] ¿No es significativo que los hombres, educados para ser críticos en todas las materias, lo sean menos a la hora de analizar la masculinidad? Ser masculino [...] lo más masculino posible [...] ese es el auténtico honor para ellos; con tal de que coincida con el canon tradicional de la masculinidad, son insensibles a la brutalidad de la derrota o al mero hecho de que una acción no sea la correcta.[59]

Pero ese canon estaba desapareciendo. Las mujeres como Rosa Mayreder no reclamaban sólo el voto femenino y mejores condiciones de trabajo; como veremos en el capítulo IX, algunas desafiaban abiertamente los valores

culturales sobre los que se había construido Occidente: la relación entre hombres y mujeres, las nociones de honor, la propiedad y el valor físico, el patriarcado mismo. Hasta las sufragistas que se negaban a ir tan lejos se adentraban en ámbitos masculinos y actuaban como mujeres resueltas y eficientes, no como los ángeles de la casa. En los primeros días de la era de los medios, esos argumentos y sus a menudo escandalosas protagonistas, eran una presencia cotidiana en los periódicos y las conversaciones. Casos como los juicios a sufragistas, las huelgas de hambre y los discursos pronunciados por Emmeline Pankhurst y el activismo de mujeres como Anita Augspurg, despertaron el interés de la prensa internacional, igual que las figuras femeninas con garra, como Sarah Bernhardt, Jenny Churchill y *Lady Astor*.

La cultura masculina reaccionó a esa amenaza a su supremacía glorificando la masculinidad en su forma más tradicional, desde el amor que el kaiser profesaba a los uniformes y el fetichismo del zar por el detalle de la vestimenta militar hasta el vanguardista Guillaume Apollinaire y sus máquinas rápidas, de gran carga sexual, la energía desbordante y ostentosa del futurista Marinetti y el lugar que el estamento militar ocupaba en la vida pública. Nunca se habían visto tantos uniformes y bigotes en las calles de Berlín, París y San Petersburgo; nunca se habían devorado en casa tantas exhibiciones abiertamente misóginas de grandeza masculina, como los éxitos de ventas de Otto Weininger y Julius Möbius. Sin embargo, ni todo ese pavoneo, esos desfiles, ese retorcerse de bigotes y sacar brillo a grandes fusiles, consiguieron ocultar que el juego había terminado. Algo nuevo tendría que sustituirlo; una nueva forma de vida, quizá, una nueva visión del mundo.

VIII. 1907: SUEÑOS Y VISIONES

Ya renace la tierra. Ya otorga el cielo
suaves contornos a todas las cosas. Desde el
sol, luz, mas aún encabritada en olas
amarillas —Pronto será la hora de que tu oro
espume en los verdes valles de la
primavera— En el arco de fuego que la
mañana traza sobre el cielo, ya baila la
paloma que en el pico lleva la hoja de olivo
cargada de promesas.[1]

ERNST Stadler, *Resurrectio*, 1913

Los doscientos cincuenta y seis delegados venidos de cuarenta y dos países, hombres ya ancianos en su mayor parte, que asistieron a la inauguración de la Conferencia Internacional de Paz (La Haya, quince de junio de 1907), sólo tenían una cosa en común: no les interesaban nada unos tratados de paz que, como casi todos ellos pensaban en privado, sólo eran un incordio y un obstáculo al desarrollo saludable de las naciones. Pero no tenían más remedio que estar ahí y aguantar —cuello almidonado, pajarita, levita cruzada o uniforme—, apartados del mundo en la Ridderzaal (la sede habitual del Parlamento neerlandés); la opinión

pública se entusiasmaba con ideas confusas, y no era bien visto ningún Estado que por principio estuviera contra la paz. En una palabra, ahí estaban los veteranos de la diplomacia internacional, los más curtidos, con una orden de sus gobernantes en el bolsillo para que no cedieran en nada y, sobre todo, para que no dieran el visto bueno a ninguna iniciativa vinculante que pudiera limitar las acciones de sus respectivos gobiernos. Invitados a hablar de paz, acudieron preparados para la batalla.

A nadie se le ocurrió molestar a los verdaderos mandamases de las grandes potencias; las negociaciones mantenidas en nombre de Rusia, por ejemplo, se dejaron en manos del turbio y anciano Mijaíl Nelidov, cuyos frecuentes achaques le impidieron salir de sus habitaciones durante la mayor parte de la conferencia. Los Estados Unidos enviaron a Joseph Hodges Choate, de setenta y cinco años; Gran Bretaña se hizo representar por Sir Edward Fry, de ochenta y dos, y Sir Ernest Satow, que apenas pasaba de sesenta, igual que el barón y mariscal Von Bieberstein (un prusiano perfecto con el bigote retorcido y las cicatrices de sus muchos duelos), ex embajador alemán en Constantinopla y ahora emisario de Guillermo II. Obligados por el protocolo y la opinión pública a poner la paz en el orden del día, los delegados discutieron el asunto a regañadientes en una sesión plenaria que apenas duró veinticinco minutos. El resto del periodo de consultas de cuatro meses se dedicó a formalizar las normas de guerra, incluidas las disposiciones relativas al uso de minas terrestres y marítimas, el trato reservado a los buques mercantes enemigos en tiempo de guerra, los derechos de los países neutrales, etcétera. El diecisiete de septiembre, día en que todas las potencias participantes firmaron la declaración final, la causa de la paz

mundial no había avanzado ni un centímetro. Antes al contrario, representantes de algunas grandes potencias habían cerrado, entre bastidores, más de un acuerdo secreto. Mientras que los gobiernos representados en la conferencia se declararon satisfechos con los resultados, los participantes no gubernamentales destilaban rabia y frustración. Uno de ellos en especial, la incansable baronesa Bertha von Suttner, premio Nobel de la Paz, consideró que se trataba de una oportunidad histórica desperdiciada, una tragedia para la humanidad.

Mujer excepcional, la baronesa Suttner (1843-1914) había nacido condesa Kinsky en Praga, y pertenecía a una de las familias más ilustres del imperio habsbúrgico. El padre había muerto antes de que ella naciera, y la infancia de Bertha transcurrió dominada por una madre nerviosa e impulsiva cuya adicción al juego agotó muy pronto la fortuna familiar. Aunque una educación aristocrática la había preparado para poco más que una vida ociosa en salones elegantes, la joven condesa se vio obligada a ganarse la vida. Emprendedora desde el principio, intentó hacer carrera como cantante, luego como profesora de música. Pero, a pesar de sus progresos al piano, le resultaba difícil salir adelante, y escogió la única alternativa que les quedaba a las mujeres de su clase: en 1873 se empleó como dama de compañía en casa del barón Von Suttner, en Viena. A partir de entonces su historia parece sacada de las páginas de una novela romántica. La joven, de noble cuna pero golpeada por la pobreza, se enamoró de Arthur von Suttner, el hijo del barón, pero, al verse enfrentada a la rígida oposición del barón, huyó de la tentación y se instaló en París, donde respondió a un anuncio clasificado que pedía una secretaria privada para un «acaudalado señor mayor». Y el «señor» era

Alfred Nobel, el industrial inventor de la dinamita, y a la joven Bertha le encantó su personalidad, mezcla de melancolía y cultura. Sin embargo, pocas semanas después la pasión pudo más que la razón y la futura baronesa regresó a Viena para fugarse con Arthur.



Apóstol de la paz: Bertha von Suttner, la primera mujer que recibió el Premio Nobel de la Paz.

La pareja, que no tenía un céntimo ni estaba en condiciones de elegir el lugar de su exilio, se fue al Cáucaso (hoy Georgia), donde un amigo de la familia tenía una finca en el campo. Siguieron doce años de penuria durante los cuales Bertha intentó ganar dinero escribiendo algún que otro artículo para periódicos vieneses y Arthur dando clases de conversación en francés y también de equitación. Durante la guerra ruso-turca de 1877-1878, Bertha, horrorizada por la crueldad de la guerra y tantos soldados y civiles heridos, convirtió su casa de Tiflis en un hospital improvisado. La impresión que le produjo la guerra fue tan honda que decidió dedicar el resto de su vida a fomentar la paz. En 1885 la situación económica de la pareja y la relación

con la familia Suttner ya eran lo bastante estables para plantearse el regreso a Viena, donde Bertha se dedicó con vehemencia a escribir una novela autobiográfica, *¡Abajo las armas!*, que, tras su publicación en 1889, fue un inmediato éxito de ventas. El retrato de esposas y madres angustiadas y de soldados masacrados, de vidas y esperanzas truncadas en nombre de la gloria y de la patria, emocionó a cientos de miles de lectores, y Bertha von Suttner pasó a ser un nombre muy conocido. A *¡Abajo las armas!* le siguieron más de treinta novelas.

Era inevitable que la fama de la baronesa no fuese unánime. La moral burguesa solía ver en la guerra no una tragedia, y ni siquiera un mal necesario, sino un mecanismo tonificante y saludable de progreso histórico. Cien años antes, el filósofo alemán Friedrich Wilhelm Hegel había proporcionado la lógica de ese punto de vista: la historia es una ascensión continua hacia la razón y la libertad, y ese progreso se manifiesta a través de la lucha de ideales en conflicto de cuyo choque surge algo nuevo y mejor. Los pueblos eran los portadores de esos ideales, el camino que el *Zeitgeist* escogía para afirmarse a sí mismo en la historia. Por lo tanto, las guerras eran necesarias para el progreso de la humanidad, pues gracias a ella un pueblo más fuerte y más sano imponía su cultura y creaba una nueva civilización hasta que inevitablemente desaparecía a manos de otra encarnación de ese espíritu, más avanzada incluso.

Era una manera de pensar hondamente arraigada en la moral burguesa, para la cual un llamamiento a deponer las armas no era más que cobardía ante el enemigo y la historia. Los enemigos eran tan necesarios para el progreso como la noche al día. Era frecuente que la combativa baronesa apareciera ridiculizada en la prensa: sus serios llamamientos

emocionales eran un blanco fácil, sus numerosas conferencias y el aluvión de artículos y novelas publicadas la hacían parecer, más que una paloma de la paz, una gallina clueca, siempre ocupada en poner huevos literarios. Que era una aficionada, decían; que no entendía nada, que vivía exaltada por grandes ideas, que era una histérica. A fin de cuentas, sólo era una mujer.

En un momento en que hacían furor el darwinismo social y los razonamientos basados en las «leyes naturales», no es de extrañar que no únicamente la oposición a Suttner, sino también los razonamientos mismos estuvieran marcados por la guerra entre los sexos. Los hombres eran de Marte; las mujeres, de Venus. «Desde el punto de vista teórico», escribió la líder socialista austríaca Rosa Mayreder, «la guerra representa el producto más extremo de la masculinidad, la última y más terrible consecuencia de una actividad absolutamente masculina.»[2] Lida Gustava Heymann, activista por la paz y sufragista alemana contemporánea (combinación frecuente en esos días, como veremos en el capítulo IX), llevó esa lógica un paso más lejos: las mujeres eran de Venus, pero estaban atrapadas, en régimen de servidumbre, en el planeta Marte: «El principio masculino, destructivo, es diametralmente opuesto al principio femenino, que es constructivo y se basa en la ayuda mutua, en la bondad, en la comprensión y en la buena voluntad. En los modernos Estados masculinos no sólo se ha privado a las mujeres de toda posibilidad de expresar su naturaleza esencial; también han tenido que someterse al principio masculino, las han obligado a reconocerlo, las han violado.»[3]

Sin dejarse intimidar por la política sexual, las críticas y la ridiculización, la baronesa Suttner siguió adelante con su

campana. Cuando volvió a Viena en busca de su amante, su amor platónico con Alfred Nobel se prolongó en una correspondencia ininterrumpida con el industrial sueco, mayor que ella, convertido ahora en figura paterna. «Mi deseo es descubrir una sustancia o una máquina con tal potencial de destrucción total que haga imposible las guerras», le había dicho Nobel a su secretaria durante el breve periodo en que Suttner trabajó para él, y su interés por la paz y el arbitraje internacional era sincero. Concebida para utilizarse en obras de ingeniería como la construcción de túneles, minas y carreteras, la dinamita también había transformado la guerra, y Alfred Nobel, plenamente consciente de que parte de su fortuna era debida a la destrucción, decidió dedicar sus beneficios a fomentar la paz. En 1892 concibió, con Bertha von Suttner, la idea de un premio que reconociese la labor de los activistas del pacifismo. Nobel murió en 1896, y en su testamento legó toda su fortuna a una fundación encargada de conceder premios de física, química, fisiología o medicina, literatura y también de la paz.

En 1905, el Nobel de la Paz fue para Bertha von Suttner, que pintó un cuadro apocalíptico de los conflictos bélicos en la era de la guerra industrial. La baronesa sostuvo que, en una guerra futura:

Todos los Estados reducidos a polvo, todos los trabajos interrumpidos, todos los fuegos del hogar vueltos hacia arriba, y un único grito de dolor de una frontera a otra. Cada poblado será un holocausto, cada ciudad una pila de escombros, cada campo, un campo de cadáveres, y la guerra seguirá haciendo estragos: disparando bajo las aguas, los torpederos hundirán a potentes buques de vapor; en las nubes, aviones

armados y tripulados se enfrentarán contra otras tropas aerotransportadas, y guerreros mutilados caerán desde una altura de dos mil metros como copos de nieve ensangrentados.[4]

Un extraño defensor de la paz

Si los años previos a la Primera Guerra Mundial Rieron una época de militarismo rampante, también fueron un periodo de intensa actividad en favor de la paz. De los llamamientos de Suttner se hizo eco un gran número de personas alarmadas por la carrera armamentística en que se habían embarcado las grandes potencias y consternadas por el espectro «incivilizado» de la masacre total. Mientras tanto, con cada año que pasaba, el mundo parecía acercarse cada vez más a la catástrofe, surgían importantes movimientos contraculturales que buscaban o proclamaban visiones distintas de la sociedad. Había activistas por la paz en todos los países y todas las ciudades, a menudo (si bien no siempre) partidarios también del voto femenino y el socialismo. El contraste entre belicistas y pacifistas era más marcado en Alemania, que alardeaba de tener el movimiento por la paz más fuerte y activo de toda Europa. La *Deutsche Friedensgesellschaft* (Sociedad Alemana por la Paz), fundada por Bertha von Suttner y el periodista Alfred Hermann Fried, tenía diez mil miembros sólo en Alemania, y crecía a un ritmo constante; además, contaba con un apoyo real mucho más amplio. Casi todos los seguidores del Partido Socialdemócrata (que en las elecciones legislativas de 1912 obtuvo el 35% de los votos) veían la guerra como poco más que una práctica burguesa muy útil para seguir oprimiendo a los trabajadores. Una marcha por la paz organizada en

Berlín contra la línea dura alemana en la crisis de Marruecos de 1911 (uno de los muchos puntos álgidos que hicieron temer el estallido de una guerra mundial) sacó a cien mil personas a las calles de la capital del Reich, y hubo concentraciones similares en todas las grandes ciudades alemanas. En septiembre de ese mismo año, doscientas cincuenta mil personas se manifestaron contra la guerra en el parque berlinés de Treptow. A nivel gubernamental, la Unión Interparlamentaria, formada casi exclusivamente por socialistas, en 1912 contaba con tres mil seiscientos cuarenta miembros pertenecientes a cuarenta parlamentos de tres continentes, incluidos ciento cincuenta y siete diputados alemanes, ciento cuarenta y un diputados rusos, quinientos dieciséis franceses y algunas figuras políticas claves como Jean Jaurès.

Pese a las novelas, los panfletos, las conferencias, los congresos y el trabajo de agitación, la campaña internacional por la paz parecía incapaz de cambiar el clima marcial que reinaba en la política europea, e incluso tuvo que ver cómo su retórica se usaba para perseguir objetivos políticos muy distintos. En 1898, la causa de la paz mundial había recibido un espaldarazo del más improbable de todos los aliados, el zar Nicolás II. En un gesto sin precedentes, el zar de todas las Rusias había invitado a las potencias mundiales a una conferencia de paz que se celebraría en La Haya el año siguiente. El joven soberano hablaba extasiado de la causa que acababa de abrazar. Para Nicolás, la paz era un objetivo histórico, y en ese momento las grandes naciones no estaban próximas a alcanzarlo: «Las cargas económicas, cada vez mayores, golpean y paralizan la prosperidad pública en su origen; la fuerza intelectual y física de las naciones, su fuerza de trabajo y su capital, en su mayor parte se desvían de su

aplicación natural y se consumen de manera improductiva; se gastan cientos de millones en comprar terribles máquinas de destrucción [...] La cultura nacional, el progreso económico y la producción de riqueza están paralizadas o pervertidas en su desarrollo.[5]» Ni Bertha von Suttner ni Karl Marx podrían haberlo dicho con más elocuencia.

Sin embargo, a pesar de tan florido entusiasmo, el llamamiento del zar no se diferenciaba mucho de una farsa. Todo había empezado con un excelente trabajo de los servicios de espionaje rusos, gracias al cual el general Alexei Kuropatkin —más tarde trágico comandante en la guerra ruso-japonesa y, en 1898, ministro de Guerra— se había enterado de que Austria-Hungría planeaba invertir en cañones de campaña rápidos con una cadencia de fuego seis veces superior a los de la artillería rusa. Una mirada a las arcas vacías del Ministerio de la Guerra dejó más que claro que Rusia no podría competir con el imperio. Por lo tanto, Kuropatkin, que tuvo la feliz idea de proponer una moratoria a los austríacos, los principales enemigos de Rusia, sometió su astuto plan al ministro Serguéi Witte (entonces en la cima del poder), quien, con el pragmatismo que lo caracterizaba, señaló que el plan tenía muy pocos elementos que pudieran interesar a los ministros del imperio habsbúrgico y sólo serviría para «revelar nuestra debilidad a todo el mundo»[6]. A fin de consolar al militar, y también a su aliado el conde Muraviev, ministro de Exteriores, Witte les habló de las modernas ideas de paz y de las negociaciones internacionales, de los sucesivos intentos de crear un consejo de arbitraje internacional y del llamamiento a celebrar una conferencia internacional de paz. Las ideas como esas se discutían poco entre los círculos aristocráticos de Muraviev, a quien la perspectiva le pareció radicalmente

nueva. Una conferencia internacional de paz no sólo solucionaría el aprieto económico de Rusia; también permitiría presentar al país como benefactor de la humanidad.

Muraviev sabía que convencer al zar de los beneficios de esa estrategia sería casi imposible. En Rusia mandaban los militares, y a Nicolás nunca se lo veía más feliz que cuando se rodeaba de soldados. No obstante, al conde le vino de perlas la publicación de *El futuro de la guerra*, un extenso tratado en seis volúmenes del judío e industrial polaco Ivan (Jean) Bloch (1836-1902). Tras estudiar a fondo los nuevos avances militares y técnicos y sus implicaciones estratégicas, Bloch había llegado a la conclusión de que la guerra clásica del siglo ^{xix} —un ejército muy vistoso enfrentado a otro en grandes batallas ensayadas de antemano y ganadas con osadas cargas de la caballería y mucho coraje individual— era cosa del pasado. Después de interpretar un sinnúmero de datos estadísticos, la capacidad bélica de varias naciones y otros factores (hasta el alcance y el coste de los proyectiles de artillería y el precio de los botones de los uniformes), Bloch se convenció de que en adelante la guerra sería industrial, y que dependería de la capacidad de producción, de las líneas férreas y de la logística, es decir, un conflicto total entre economías nacionales que sólo podría ganarse cuando el enemigo estuviera económicamente agotado —o más agotado que las demás partes—. En consecuencia, toda victoria militar sería también un suicidio nacional, la quiebra, y a su paso traería la revolución. La perspectiva de una revolución socialista inevitable en caso de guerra bastó para sacar temporalmente, incluso al zar, de sus sueños de victoria gloriosa, y Nicolás decidió ser un defensor de la paz

internacional. Una invitación suya sería imposible de declinar.

La Primera Conferencia de Paz celebrada en La Haya en 1899 tuvo lugar en medio de un enorme interés público y un profundo escepticismo por parte de los diplomáticos, como lo expresó, muy disgustado, el conde Münster, jefe de la delegación alemana: «La Conferencia ha traído hasta aquí a la chusma política del mundo entero, a periodistas de la peor calaña [...], a judíos bautizados como Bloch y a fanáticas del movimiento pacifista como la señora Von Suttner. [...] Toda esa gentuza, apoyada activamente por jóvenes turcos, además, y por armenios y socialistas, trabaja a cara descubierta bajo la égida de Rusia.[7]»

Otros delegados vieron un cuadro más positivo, profético incluso. ¿No podía esa asamblea de naciones ser un primer paso hacia una estructura permanente, una federación de Estados de Europa o, quizá, una liga de naciones? ¿No podía el arbitraje dar como resultado la creación de una corte internacional de justicia en La Haya, el lugar escogido para celebrar la Conferencia de Paz? De momento, eran visiones lejanas, infladas generosamente por una imaginación pública exaltada con las propuestas para la paz mundial. «Las extrañas canas y las propuestas estrafalarias que nos llegan todos los días son algo asombroso»[8], escribió el duro embajador norteamericano Andrew D. White. «Huelga decir que los cuáqueros se han lanzado con todo [...] Es enorme la cantidad de gente con planes, ardides, ideas, remedios mágicos y caprichos de toda clase que nos presiona y quiere aprovecharse de nuestro tiempo.»

Mientras la conferencia quedaba atascada por la *realpolitik* y negociaciones sobre los detalles de la guerra moderna y la matanza ética, los planes utópicos pronto pasaron a un

segundo plano. Alemania y Rusia no querían saber nada de una limitación de sus ejércitos («El pueblo alemán no está asfixiado por el peso de los gastos de defensa... ¡ni marcha a pasos agigantados hacia el agotamiento y la ruina!»[9], gritó el coronel alemán Gross von Schwartzkopf, imitando la pomposa retórica del zar); los Estados Unidos no pensaban dar el visto bueno a ninguna limitación de sus ambiciones navales, y Gran Bretaña había tenido la precaución de enviar al almirante Jackie Fisher para impedir cualquier medida que pudiera amenazar al programa del *Dreadnought*. Fisher se distinguía por ser un bailarín excelente en las ocasiones sociales. Sin embargo, en las reuniones de comité sólo insistía en llevar el compás: «Gracias a la actitud enérgica y los continuos esfuerzos de Sir John Fisher, se han eliminado cuidadosamente todas las disposiciones de los artículos originales que de una manera u otra podían coartar u obstaculizar la libre acción de las partes beligerantes»[10], escribió un aliviado primer Lord del Almirantazgo.

Cuando, a finales de julio, la Conferencia se acercaba a su fin, se hizo evidente que todos los intentos por conseguir la paz y el desarme habían zozobrado en las rocas de la intransigencia gubernamental. «Fríos, fríos son los corazones; fríos como el aire que penetra por las ventanas abiertas. Estoy helada hasta los huesos»[11], escribió desencantada en su diario Bertha von Suttner, siempre presente en La Haya, temblando pese al agradable tiempo veraniego. La Segunda Conferencia, celebrada en 1907, y convocada una vez más por el zar Nicolás II, esta vez con la intención de recobrar prestigio internacional tras el desastre de la guerra ruso-japonesa, arrojó resultados parecidos. «No fue una conferencia sobre la paz, sino sobre los hábitos de guerra», se lamentó Suttner, y tenía razón.

El movimiento pacifista, y su campaña en contra de la cultura bélica dominante, de la instrucción militar y la masculinidad compulsiva, eran sólo una manera de imaginar sociedades y modos de convivencia. Toda sociedad tiene sus marginados, y toda sociedad opulenta y rígida sus culturas alternativas (véase 1968), postuladas generalmente sobre la misma base segura que dicen despreciar. Cuando las sociedades de Europa y de los Estados Unidos luchaban para hacer frente al cambio explosivo que transformaba su vida, surgió un gran número de movimientos alternativos, profetas y modas pasajeras, desde los admirables visionarios y eruditos hasta el excéntrico o el chalado.

El primer profeta de todos esos apóstoles de la Nueva Vida había salido de Rusia. El conde Lev Tolstói (1828-1910), escritor y reformador social, tuvo la suerte de poder disfrutar de una vida sencilla y un blusón de campesino, y también de una enorme finca en el campo y los ingresos que le reportaban sus novelas, famosas en todo el mundo. Se le criticó a menudo esa idea de una vida en armonía con la naturaleza, pero a los lectores también les resultaban seductoras sus ideas progresistas en contraste con las múltiples estructuras de la vida de clase media.

Esos modelos de nuevo cuño solían entremezclarse mutuamente y, también, con una vida bohemia, un paisaje continuamente cambiante de líderes espirituales y acólitos del más variado pelaje, de místicos y sabios, encantadores y charlatanes. En el país de Tolstói, ese embelesamiento por lo oculto había penetrado hasta llegar al corazón mismo del poder en la persona de Rasputín y el control que ejercía sobre la zarina y su círculo, pero fuera de los muros de

Tsárkoie Seló había otros grupos más subversivos. A nivel popular destacaban figuras carismáticas como las del padre Gapon; en la esfera política, en cambio, el mayor entusiasmo y los debates más acalorados los provocaba el mesianismo secular de socialistas, comunistas y anarquistas.

No obstante, había figuras más profundamente subversivas, cuya visión no se limitaba a cambiar el orden político, sino la manera de sentir de la gente y su modo de vida. El más famoso de todos ellos fue Vyacheslav Ivanov (1866-1949), un filólogo clásico brillante que había dejado el mundo académico para construirse uno propio. Como en el caso de Bertha von Suttner, su historia comienza con una fuga, un hecho característico, quizá, de los que ansiaban huir de los valores burgueses. Para Ivanov el motivo fue el encuentro, en 1893, con Lydia Dmitrievna Zinovieva-Annibal, poeta y traductora que, como él, estaba casada. La pareja se instaló primero en Atenas y luego en Ginebra, e hizo numerosos viajes a Palestina, Egipto e Italia, donde el erudito quedó fascinado con el trágico y excesivo Dioniso, el dios oscuro. Esa fascinación hizo que Ivanov se convirtiera al misticismo pagano, un proceso que él mismo documentó en su primer libro importante, *La religión helénica del dios sufriente* (1904).

En 1905 los Ivanov volvieron a San Petersburgo, donde se aislaron en un edificio al que todos llamaban «la Torre», y en cuyo interior no eran de aplicación las rígidas normas de la Rusia contemporánea. El enorme apartamento era un espacio diáfano, con los ambientes divididos sólo por estanterías no muy altas y decorados con muebles y toda clase de objetos orientales. Completaban el conjunto alfombras gruesas y pesadas, liliáceas de aroma sensual y velas que apenas iluminaban la penumbra de ese extraño

reino. No había relojes ni horarios fijos. Ivanov solía irse a dormir a las ocho de la mañana y no despertaba hasta última hora de la tarde, listo para recibir a sus muchos invitados, a los que agasajaba con tazas y más tazas de té, vino y mucho misticismo durante el tiempo que quisieran quedarse.

Algunos de sus jóvenes admiradores lo tomaban al pie de la letra. Andrei Bély, por ejemplo, el autor de la novela *Petersburgo*, una vez se quedó en ese bosque sagrado cinco semanas enteras; otros, como su amigo Emil K. Metner, no aguantaron más de dos días. Cuando llegaban los invitados a las reuniones vespertinas, comenzaban unas discusiones sobre filosofía, literatura, religión, poesía y arte que podían ser interminables. Ivanov se explayaba sobre su visión de una religión del futuro que fusionaría a Cristo y Dioniso, la redención y el éxtasis, la conquista del mundo por venir y el disfrute del presente en un gran misterio cúltico que se completaría con ritos orgiásticos; en resumen, un renacimiento cultural impulsado por las fuerzas ocultas de la Antigüedad. Entrada la noche, cuando la mayoría de los invitados ya se había marchado, los que aún resistían seguían debatiendo, mientras otros, tras formar pareja, se escabullían discretamente en busca de una de las zonas más privadas de la Torre para continuar el intercambio, aunque sin hablar mucho.

Dioniso y Cristo aparecían muy a menudo en las visiones de los que predicaban nuevas formas de vida. Nietzsche había hecho renacer al dios griego de su muerte mitológica; su dimensión extática e irracional atrajo, y mucho, a toda una joven generación cuya infancia había estado dominada por rígidas nociones de disciplina, control, razón y abnegación. Y es significativo que el epicentro de ese

estallido alternativo se situara en Alemania y en el imperio austrohúngaro.

Bohemios y profetas descalzos

Era más que nada en Viena y Múnich, los dos polos de ese pequeño universo, donde abundaban los profetas de todos los colores y sabores. Algunos sólo eran socialistas excéntricos, o misioneros católicos movidos por su sentido de misión, pero otros tenían concepciones más radicales y personales. Múnich fue la cuna y la casa de la bohemia alemana y de la colonia de artistas del barrio de Schwabing; entre sus habitantes hubo lumbreras como los escritores Thomas Mann y Frank Wedekind y los pintores Vasili Kandinsky, Franz Marc y Gabrielle Münter, y allí se publicó la revista satírica *Simplicissimus*. Schwabing era un laboratorio donde ensayar nuevos modelos de vida.

Una de las figuras más emblemáticas de ese ambiente fue la condesa Fanny von Reventlow (1871-1918), cuya vida —breve, difícil, rica en experiencias— terminó en la miseria, no sin antes legarnos uno de los análisis más extraños e inteligentes del universo de Schwabing: *Los apuntes del señor Dame*, novela publicada en 1913. Nacida en una familia aristocrática del norte de Alemania, Fanny se rebeló muy pronto contra los valores conservadores locales. Si bien el matrimonio parecía una forma de escapar, la vida conyugal enseguida le resultó demasiado agobiante (y también quedó embarazada de otro hombre). Esta bohemia apasionada, que aún no tenía treinta años cuando ya se había divorciado, se instaló en Múnich decidida a estudiar pintura, aunque lo único que descubrió fue que no tenía talento. En los años siguientes la condesa rebelde se ganó precariamente la vida

trabajando de traductora, periodista, cocinera, secretaria, esmaltadora y agente de seguros mientras perseguía su sueño de ser artista y era, a su vez, perseguida por más de un león literario de Schwabing. Ella respondió con entusiasmo, y tuvo aventuras varias, episodios que luego plasmó en su *roman à clef* sobre sus años en Múnich.



Una belleza bohemia: Fanny von Reventlow, sagaz cronista de una nueva forma de vida en Múnich.

La novela de Reventlow no sólo caricaturiza la «movida» de Schwabing; también se explaya sobre la cuestión de la angustia masculina en un mundo que estaba cambiando. Su protagonista, el señor Dame, vive excusándose por su ridículo apellido («dama») y está convencido de que nunca será capaz de encontrar a una mujer dispuesta a llevarlo y llamarse *señora Dame*. Marginado sólo por el apellido, el señor Dame se dedica a observar a los artistas, los profetas y los impostores que pueblan el barrio y pone por escrito sus absurdas fiestas y conversaciones, siempre a rebosar de misticismo, neologismos y murmullos indescifrables. «Me siento como si tuviera que desmontar mi cerebro y volverlo a armar», se queja el protagonista. «Ya no me sirve la manera en que ha venido funcionando hasta ahora, ni las líneas de pensamiento que conozco y a las que estoy habituado; quisiera apagarlas, dejarlas fuera de servicio hasta que sea capaz de moverme con más seguridad entre todas estas novedades.[12]»

La incesante chachara del grupo sobre matriarcado, ritos dionisiacos, religión antigua y rituales paganos, desembocan en el proyecto de celebrar una bacanal, un episodio que, como el resto de la novela, se inspira en una fiesta real dada en casa de Karl Wolfskehl, uno de los semidioses filosóficos de Schwabing. Mitad rito, mitad orgía, la celebración propuesta promete algo nuevo y excitante, y los miembros del círculo se lanzan a organizar los preparativos para la gran ocasión: «Fuimos a comprar tela de tricot [para los trajes] y entramos en montones de tiendas hasta que encontramos hojas de parra rojas para las coronas y gotas de rocío simbólicas, hechas de cristal.[13]» Cuando por fin llega el gran día, ligeramente estropeado porque uno de los invitados no ha entendido bien la idea y se presenta vestido

de Pierrot, el resultado es otro desafío cómico a la masculinidad de pelo en pecho.

Había llegado Delius, vestido con la capa negra de una matrona romana; en la cabeza, un velo negro, y en las manos un triángulo de metal que él hacía sonar melodiosamente con una varilla. Y también el profesor, vestido de Dioniso indio, con túnica púrpura, corona de hojas de parra y un largo bastón dorado. Durante el baile [...] ponía los ojos en blanco, y me di cuenta de que con ese cuerpo robusto y la barba oscura era un hombre muy apuesto. Parecía caerles bien a muchas mujeres, y a todas las miraba embelesado, y todas se le antojaban indeciblemente hermosas. Entusiasmo no le faltaba, y vivía plenamente su papel, si es que se lo puede llamar así, excepto en una sola escena. En un momento especialmente animado, a María se le ocurrió trepar por su enorme bastón dorado y él, muy alegre, la miró embobado y se lo ofreció. El bastón se partió en dos mitades.[14]

No era sencillo para un hombre estar a la altura de la tarea que el momento histórico le exigía. El señor Dame y el Dioniso profesional con el bastón partido por la mitad por una jueguista femenina eran dos ejemplos de ese problema.

Mientras los bohemios de Schwabing se divertían conversando sobre grandes temas, fumando demasiado y disfrazándose, Munich también atraía a profetas mucho más radicales, como el imponente Wilhelm Diefenbach, barbudo, melenudo, misterioso y vestido con largas túnicas. Este pintor fundó una comuna de veinticinco adeptos al nudismo y con una estricta dieta vegetariana. Para interminable

regocijo de la prensa local, Diefenbach se pasaba la mayor parte del tiempo en los tribunales, pues él y sus seguidores insistían en andar desnudos, al menos dentro de los límites de su propiedad: «A su discípulo», publicó el *Münchener Post* con obvio placer, «el hijo del pastelero Hugo Höppeler, de Lübeck, un joven muy hermoso con las mejillas color púrpura y rizos negros al viento, también lo acusaron [...] Al parecer ha cometido un pecado aún peor, a saber, tumbarse vestido con el traje de Adán en el césped soleado y con el trasero apuntando irrespetuosamente hacia el cielo.»[15] El joven se defendió diciendo que su acción «agradaba a Dios», pero presentarse desnudo en los tribunales sólo le sirvió para que le impusieran dos días más de cárcel por comportamiento obsceno, pues para los jueces la conducta del grupo era lisa y llanamente una guarrada. Artista talentoso y prolífico, Diefenbach terminó aplastado por los políticos locales, que le hicieron casi imposible exhibir sus cuadros y ganarse la vida. Murió de neumonía en 1913.



El profeta descalzo: Gusto Gräser. En sus peregrinaciones por Italia lo tomaban por Jesucristo.

Hugo Höppeler, que había comparecido ante un tribunal por seguidor del díscolo genio de la pintura, estaba destinado a convertirse, como Fidus, en uno de los pintores alemanes más famosos. Siguió interesado en los cuerpos hermosos, el nudismo y las maneras de vida alternativas mientras se centraba también en ritos supuestamente germánicos, magníficos diseños de templos del sol y una serie de cuadros y obras gráficas inmensamente populares y palpitantes de carga erótica.

Hubo otros «profetas descalzos», como los llamaban entonces: Gustav Nagel, de un parecido inquietante con Jesucristo, combinaba un bigote bien atusado con una melena que le caía sobre los hombros desnudos, vivía en una cueva y merodeaba por el vecindario proclamando su evangelio naturista cristiano; Gusto Gräser, profeta

ambulante y reformador que despreció una segura existencia burguesa, incluida toda su ropa, y se fue andando hasta Italia, barbudo y descalzo y con una melena hasta los hombros como un auténtico *hippy avant la lettre*. A su paso los campesinos se descubrían y exclamaban «*Ad venit Christus!*». Entre rejas un día sí y otro también, y expulsado de las ciudades que visitaba para dar charlas, recitar sus poemas y distribuir folletos sobre la Nueva Vida, Gräser terminó fundando, en nombre del amor universal, la comunidad natural Monte Verita, entre cuyos primeros adeptos estuvieron Fanny von Reventlow, desencantada de la vida en Múnich, y el joven Hermann Hesse, luego premio Nobel de Literatura por sus novelas teñidas de fantasías de huida a un mundo de delicado misticismo, a un tiempo anterior o posterior a la moral burguesa que a él, hijo de un severo pastor calvinista, lo había abrumado en su infancia y adolescencia en Suiza. Y hubo muchos, muchos otros creadores de comunidades experimentales que se rebelaron contra la moral guillermina y el decoro convencional.



Un buscador de la verdad en la colonia del Monte Verita (Italia), que también atrajo al joven Hermann Hesse.

Esa rebelión y la búsqueda de una vida más sencilla y más natural surgieron al abrigo de una fachada más aceptable. Fundado en 1896, el movimiento alemán *Wandervogel* atrajo a decenas de miles de jóvenes. A diferencia del escultismo británico de Baden-Powell, que ponía el acento en la disciplina, la supervivencia y una educación casi paramilitar, las jóvenes «aves migratorias» estaban hartas de disciplina,

de uniformes y de instrucción. Querían caminar en libertad, hacer largos recorridos en bicicleta por el campo y, en general, escapar de las restricciones de la angustia burguesa hacia un mundo sin limitaciones ni prohibiciones mientras cantaban felices alrededor de una hoguera. Como se podía predecir, era una mezcla volátil. Chicos y chicas juntos y revueltos, sin vigilancia, por esos campos de Dios tras un largo y tonificante paseo en bicicleta..., una idea repugnante para la sociedad guillermina biempensante, y con cierta razón. Es probable que, a la larga, esas noches pasadas junto a un fuego escuchando el rasgueo de una guitarra contribuyeran más a cambiar la sociedad alemana que todos los debates que se mantenían en el Reichstag. Sin embargo, la volatilidad también demostró tener su lado intelectual. El movimiento se dividió y se fisuró de un modo espectacular y, mientras algunos grupos de *Wandervogel* terminaron absorbidos por el ecologismo y el naturismo, otros acabaron en las Juventudes Hitlerianas.

Compartiendo el entusiasmo de los *Wandervogel* por la naturaleza y la voluntad nietzscheana de transformar todos los valores y crear un Hombre Nuevo, los sionistas fueron los defensores de un grupo que llevaba mucho tiempo observando desde fuera. Nacido de los emponzoñados debates nacionalistas de Austria-Hungría y la cruel opresión de la Rusia zarista, el sionismo era básicamente un movimiento político que sólo aspiraba a normalizar la situación de los judíos, que, como todos los demás pueblos, debían tener su propio Estado. No obstante, algunos sionistas fueron mucho más lejos en su objetivo, pues esperaban nada menos que un renacimiento espiritual de la cultura judía y de la fuerza heroica de Sansón.

Uno de los ejemplos más asombrosos de sionismo espiritual lo brinda una corporación estudiantil de Praga, un grupo de jóvenes de familias judías burguesas que se pusieron el nombre de Bar Kochba por el legendario rebelde que se había enfrentado a Roma en la Palestina del siglo II. No fue Bar Kochba la única fraternidad judía (aislados por sus compañeros «arios», muchos profesores judíos fundaron su propia fraternidad; algunos de ellos incluso se batieron en duelo, con sable), pero su correspondencia mutua y la que mantuvieron con conocidos filósofos a los que invitaban a dar charlas son un valioso testimonio de sus ideas.

El profeta en el que esos jóvenes entusiastas depositaron sus grandes esperanzas era Martin Buber (1878-1965), barbudo, cómo no, y nieto de un gran erudito en el Talmud. Tras iniciar su carrera como poeta, con composiciones sobre temas judíos y no judíos, el joven se había interesado por el resurgimiento de la cultura judía a partir de las tradiciones aún vivas de los judíos jasídicos, cuyo énfasis en la irracionalidad y el misticismo se complementaba a la perfección con el interés de Buber por las tradiciones místicas de Asia y Occidente. En 1908, la publicación de *Leyendas del Baalshem* y de las *Historias del Rabino Nachman* lo hicieron interesante para un amplio público lector judío. Los jóvenes estudiantes de Praga habían crecido en un entorno completamente asimilado; es muy probable que nunca hubiesen intercambiado una palabra con un judío ortodoxo en la calle, ni tenido una lengua en la que comunicarse con un ortodoxo, pues este sólo hablaba yídish y hebreo y, quizá, un poco de ruso; los otros, en cambio, alemán y, posiblemente, francés, latín y griego. De ahí que

en los escritos de Buber vieran la posibilidad de salir del doble gueto de antisemitismo y cultura «extranjera» y de redescubrir la voz interior de su identidad judía, y Buber los animó a hacerlo en una serie de discursos:

... cuando uno descubre la sucesión de generaciones, de padres y madres que ha conducido a este presente suyo, y toma conciencia de la unión de hombres y mujeres y de la confluencia de sangre que lo han creado [...] siente, en esa inmortalidad de las generaciones, la comunidad de la sangre [...] Además [...] el descubrimiento de la sangre se verá como la fuerza primigenia y nutritiva del individuo, un descubrimiento de que las capas más profundas de nuestro ser están determinadas por la sangre, y de que nuestro pensamiento y nuestra voluntad están teñidos por ella.[16]

Ideas como esas sitúan a Buber en un contexto inesperado, el de los neorrománticos nacionalistas alemanes como Paul de Lagarde y Eugen Diederichs, editor de sus libros, así como en el de quienes proclamaban el renacimiento espiritual del *Volk* alemán a partir de la nobleza de su antigua sangre, como hizo Julius Langbehn en su libro *Rembrandt como educador* (1890), del que pronto hubo un considerable número de ediciones y en el que retrataba al genio holandés como encarnación viviente de ideales alemanes como la introspección, la creatividad y la rectitud. Otros libros suyos tenían títulos como *El nuevo misticismo*, *La germanización de la cristiandad* y *Las afinidades electivas de la sangre alemana*.

En Praga, los estudiantes judíos de Bar Kochba prestaban gran atención a la voz de la sangre, y reforzaron el mensaje de Buber con lecturas propias. Leían e intercambiaban

ávidamente libros de Nietzsche, del virulento antisemita Paul de Lagarde, del archirracista Houston Stewart-Chamberlain, del católico y conservador francés Paul Claudel, y de Henri Bergson, el filósofo francés apóstol del espontáneo *clan vital*. Puede parecer paradójico, pero tanto hincapié en la comunidad del pueblo, en la sangre, la tierra y las fuerzas vitales irracionales no liberó a los estudiantes judíos del cautiverio de la asimilación; antes bien, les sirvió para asimilar un mundo intelectual europeo y, en particular, alemán, de pensamiento racista que fue un antecedente directo del nacionalsocialismo. Parecía imposible sustraerse a la fuerza seductora de esa retórica.



Peligrosa subversión: jóvenes activistas de ambos sexos de *Wandervogel* disfrutando de la naturaleza.

Ese culto a la vida, la idea de fundar una auténtica comunidad de espíritus libres no sometidos a las reglas de la sociedad, y la visión de un renacimiento de verdades

perdidas hacía mucho tiempo, fascinaron también a los artistas alemanes. En el caso de Richard Strauss, burgués hasta la médula, esa fascinación se expresó en la elección de los temas de sus piezas orquestales, desde las pasiones proteicas de Don Juan hasta personajes como el mítico ermitaño Zaratustra y el legendario pícaro medieval Till Eulenspiegel, un *outsider* radical condenado a la horca por un tribunal que no compartía su sentido del humor. Los textos escogidos por Gustav Mahler conjuran un amor a la naturaleza y una ingenuidad que dan fe de un profundo anhelo de vivir en comunión absoluta con la naturaleza y retornar a un estilo de vida primitivo.

Ningún otro artista fue tan lejos en el culto a la comunidad como el poeta y esteta conservador Stefan George (1868-1933), cuyo desprecio por la vida monótona de la gente corriente sólo puede compararse con el amor que sentía por los textos —y los efebos— hermosos. Despótico e idealista, adorador del alma germana, George, al que le gustaba que lo llamasen «amo», supo rodearse de un gran número de seguidores durante los muchos años en que viajó por el país trasladando su corte de una ciudad a otra, siempre preocupado por que no lo ensuciara algo tan banal como tener que ganarse la vida. Su poesía fue muy apreciada en la época, pero su verdadera influencia la ejerció a través del grupo de jóvenes inteligentes y de buen ver que llevaba allí adonde fuese. Uno de ellos, un muchacho llamado Max Kommerell, murió a edad temprana, y su memoria se convirtió en un auténtico culto para el poeta, que lo resucitó en sus versos con el nombre de «Maximin».

Ecos del círculo homoerótico de George pueden encontrarse en el aristocrático grupo de Liebenberg que rodeó al príncipe Eulenburg, un reflejo que arroja más luz

sobre el temor del emperador Guillermo II a terminar envuelto en el escándalo que salpicó a su amigo y consejero. La ira que demostraron quienes persiguieron a Eulenburg y Von Moltke en la prensa, en la justicia y en la corte, fue también una reacción contra la cultura subversiva que postulaba una vida alternativa basada en la comunidad, y que, para muchos burgueses decentes amenazaba con socavar los cimientos de la sociedad guillermina. La tensión entre comunidades electivas que aspiraban a hacer realidad una concepción especial de la vida y la sociedad, y la creencia en una comunidad con una moral rígida e impuesta, fue un factor dominante en la sociedad y el arte alemanes. Ferdinand Tönnies ya la había articulado en su libro *Comunidad y sociedad* (1887), en el que contrastó dos modos de organización social radicalmente distintos y sus consecuencias, y sostuvo que la sociedad tiende siempre a eliminar el fermento carismático de las visiones comunitarias.

Visiones inquietantes

Siempre que las visiones alternativas chocaban con las instituciones oficiales cabía esperar problemas. Como hemos visto en el capítulo III, Secesión, el movimiento de jóvenes artistas vieneses, contenía un fuerte elemento de creación de modos de vida alternativos y de visiones del mundo, y nadie expresó ese deseo de ser diferente con mayor elocuencia que Gustav Klimt. Vestido por lo general con ropa que él mismo diseñaba, parecida a los blusones de campesino que usaba Tolstói; famoso por su dejadez, y dotado de una capacidad aparentemente sobrehumana de satisfacer los deseos de sus admiradoras —y también los de su amante fija Emilie

Flöge—, Klimt fue prácticamente un universo alternativo habitado por un solo hombre. Su actitud iba más allá de la bohemia que solían cultivar los artistas, y su visión de la vida, anárquica y centrada en el eros, se trasladó directamente a su obra. Esa franqueza fue la causa del mayor escándalo artístico que conoció la Viena inmediatamente anterior a la Primera Guerra Mundial.



Túnicas anchas: Gustav Klimt vestido con ropa diseñada por él mismo.

Todo había empezado con un palmadita oficial en la espalda, en 1894, cuando Klimt, entonces joven pintor,

aunque ya famoso por sus espléndidos interiores en edificios públicos de la Ringstrasse, recibió un encargo del Ministerio de Educación para pintar tres paneles destinados a decorar el salón de actos del edificio neorrenacentista de la universidad, recién construido. Las obras iban a formar parte de un conjunto que mostraría el «Triunfo de la Luz sobre la Oscuridad», y a Klimt le correspondió representar a tres de las cuatro facultades de la universidad: Medicina, Filosofía y Derecho. Se trataba, en principio, de un asunto clásico y alegórico, típico del siglo ^{xix}, que debía ejecutarse de la manera más digna posible y, también, con la mayor carga posible de exotismo. El pintor se tomó su tiempo antes de poner manos a la obra; era un encargo de una institución prestigiosa y en una época que coincidió con una reorientación artística total. Klimt, aunque había ganado bastante dinero con sus suntuosas procesiones y sus fantasías artísticas, ya no confiaba en esa manera de representar las cosas, y pensaba que la auténtica naturaleza de estas era más oscura, más arcaica y sensual, y que, en consecuencia, había que representarla de una manera radicalmente distinta.

Cuando en 1902 entregó por fin los paneles a la universidad, las obras dieron fe de su evolución: de lo meramente sugerente a lo descaradamente escandaloso, dos modos de ver la sociedad por el mismo artista. El primer panel, dedicado a la Filosofía, era inquietante por su oscura voluptuosidad. En la parte inferior del cuadro, una esfinge con aspecto de máscara miraba fijamente al espectador, mientras, arriba, un remolino misterioso y un torrente de cuerpos que descendía, desde la primera infancia, encarnado en dos parejas de amantes, hacía desesperar a la vejez solitaria. Era una visión existencial en peligroso desacuerdo

con el racionalismo optimista de la Ilustración y las predicciones analíticas y positivistas de la escuela vienesa de filosofía. *La Medicina*, el segundo panel, presentaba en primer plano la figura severa de Higiea, una mujer inalcanzable y ricamente engalanada con una serpiente y una copa. Sin embargo, el resto del lienzo —como un drama de Schnitzler puesto en escena por un orientalista trastornado— desarrollaba la idea de líos amorosos sin esperanza y una soledad fundamental. A la derecha, una nube de figuras desnudas, cada una de ellas aislada en su propia desesperación y agrupadas en torno a un esqueleto cuyos ojos ciegos se dirigían a una sola figura femenina, situada a la izquierda, vista provocativamente de frente y desde abajo como una imagen del deseo perdida en el espacio. La verdad desnuda miraba al espectador a la cara.

De estilo más avanzado y provocador era *La Jurisprudencia*, obra en la que Klimt trabajó de manera intermitente hasta 1907. En este panel, el frígido espectro de la Justicia parece haberse alejado, pues sólo ocupa una cuarta parte de la altura de la composición, donde es una figura insignificante y remota flanqueada por dos etéreas compañeras, la Ley y la Verdad. Con todo, en el lienzo dominaba la visión de desesperación característica de Klimt: atrapada en un sobrecogedor reino submarino y por los tentáculos de un pulpo gigante y despiadado, una figura masculina desnuda —de mediana edad, encorvada, avejentada y nada heroica— agacha la cabeza como a la espera de un castigo inevitable. A su alrededor, tres furias desnudas, seductoras pero inalcanzables a fuer de vengativas y sanguinarias. Esta «pesadilla erótica en un infierno pegajoso»[17], como la definió Cari Schorske, no prometía justicia, sino sólo sufrimiento bajo la mirada sentenciosa de

los rostros incorpóreos y brutales que rodeaban a esa diminuta trinidad como una parodia de *putti* barrocos en una iglesia rural. El orden burgués de las cosas, proclamaba el joven pintor, no tenía nada que prometer; el terror kafkiano y el aislamiento existencial eran lo único que se podía esperar de las grandes instituciones del imperio y de su moral.

Los profesores de la Universidad de Viena reaccionaron indignados, y ochenta y siete firmaron una petición contra las pinturas, que, en su opinión, representaban «ideas confusas de una forma confusa» y sólo eran «fantasmas lúgubres» que ilustraban el caos y la confusión que reinaban en la mente del artista. Mientras los conservadores se quedaron pálidos ante ese ataque a la moral pública y al decoro, los críticos más progresistas descubrieron, para vergüenza propia, que estaban de acuerdo con personas a las que no habrían saludado en la calle. El conocido filósofo liberal Friedrich Jodl, por ejemplo, se opuso a las pinturas argumentando que, con tanto oscurantismo y ocultismo amenazando los logros de una sociedad ilustrada y racional, lo último que necesitaba la principal universidad del imperio habsbúrgico era un grupo pictórico que escenificara la oscuridad del alma y la impotencia de la razón.

Espoleado por las actitudes marciales del propio Klimt (un periodista amable contó que al final de una entrevista el artista había sacado un revólver de un cajón y le había dicho que se fuera porque estaba esperando a sus enemigos), el rechazo de las pinturas universitarias dio lugar a un furioso debate público en torno a la naturaleza y la finalidad del arte, catapultó al pintor a una posición destacada como *artiste à scandale*, especializado en imágenes perversas y

hermosas, y lo convirtió en el más cotizado del imperio austrohúngaro.

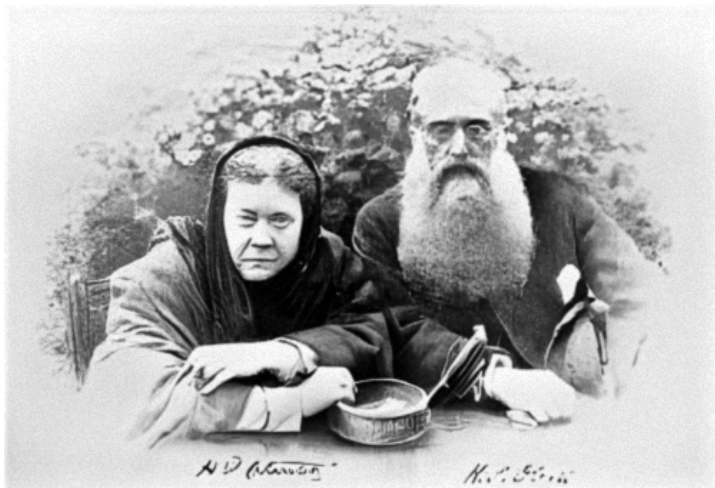
Isis sin velo

Las visiones alternativas de la realidad y de un futuro mejor podían adoptar muchas formas, pero ninguna más rica en personalidad y detalles que el movimiento que más cultivó el rechazo de toda verdad aparente, y el más importante a la hora de postular, en lugar de esa verdad, un mundo espiritual que rige el reino terrenal de las apariencias. Nos referimos a las enseñanzas ocultas de la teosofía y la antroposofía. Antecesora e inspiradora de esa visión del mundo fue Helena Blavatsky (1831-1891), prima del pragmático primer ministro ruso Serguéi Witte.

Madame Blavatsky, como se la llegó a conocer en todo el mundo, tuvo en sus inicios una carrera turbulenta que la obligó a huir de un matrimonio infeliz con un aburrido burócrata sólo tres meses después de la boda. Se embarcó en un vapor con destino a Constantinopla, y nada seguro puede decirse de su paradero durante los diez años siguientes, un tiempo que pasó recorriendo los centros espirituales del mundo, especialmente el Tíbet, donde, según su propio relato, unos monjes budistas le enseñaron ciertos antiguos misterios iniciáticos. Casi por casualidad trabajó también como caballista de circo, recorrió Siberia dando conciertos de piano, abrió y dirigió una fábrica de tinta en Odessa, trabajó en París como importadora de plumas de avestruz y fue amiga íntima de la emperatriz Eugenia. Tras un romance apasionado con un cantante de ópera y una temporada en El Cairo, en 1873 Blavatsky se materializó en Nueva York, donde, según escribió años más tarde, quiso reponerse de un

intento fallido de rehacer su vida en Occidente y una serie de episodios un tanto dramáticos, como encuentros con cabalistas egipcios, un naufragio frente a las costas griegas, luchas a favor de Garibaldi en Italia y reuniones con indios en las fronteras interiores de la Norteamérica de la década de 1860.

El aspecto fascinante de Blavatsky —ojos profundos, tristes, sabios; un pitillo detrás de otro; el pelo «rizado como el de un negro o una oveja de Cotswold»[18] y sus fantásticas túnicas— causaba una honda impresión a quienes la conocían. Después de trabajar en Nueva York de costurera y, luego, como médium, y tras publicar el *opus magnum* del ocultismo, *Isis sin velo* (1877), Blavatsky presidió, junto con su compañero Henry Steel Olcott, una corte de personas en busca de verdades más profundas, una búsqueda dirigida por medio de cartas procedentes del mundo espiritual y escritas con tinta dorada sobre papel verde que ella misma escribía y entregaba a sus seguidores, generalmente con algunas cláusulas ventajosas para ella. Junto con Olcott, *Madame* Blavatsky fundó la Sociedad Teosofica, se mudó a la India y, desde allí, a Würzburg, Alemania, y Londres, donde murió en 1891.



Ojos brillantes, barba de profeta: *Madame* Blavatsky con su compañero sentimental.

Helena Petrovna Blavatsky y el coronel Henry Steel Olcott, 1908 (Bridgeman Art Library)

Las enseñanzas iniciáticas de *Madame* Blavatsky, de inspiración ocultista e india, tuvieron muchos y muy interesados adeptos, especialmente en Gran Bretaña, Alemania y Rusia. Blavatsky afirmaba que la ciencia era demasiado limitada para comprender el mundo, pues excluía la realidad del mundo del espíritu. Ese, en su opinión, había sido el principal error de Darwin (mientras vivió en Nueva York, Blavatsky tuvo en su habitación un babuino embalsamado con un ejemplar de *El origen de las especies* bajo el brazo), que podría haber sido un gran científico si hubiera sido más abierto. Ella, *Madame* Blavatsky, estaba ahí para corregir los errores del padre de la teoría de la evolución. Otra de las ideas que la médium rusa puso por escrito fue que la realidad física es una mera distracción de la verdad espiritual, y que sólo a través de la meditación y la

iniciación es posible desviar la atención del cuerpo terrenal hacia el cuerpo astral, un cuerpo que la humanidad, la primera especie que habitó el planeta Tierra, había poseído mucho antes de tener un cuerpo físico.

Blavatsky fascinó e intrigó a los intelectuales londinenses. La búsqueda mística llevó hasta su puerta al poeta irlandés W.B. Yeats; el socialista fabiano George Bernard Shaw escribió una biografía de la teosofa y desarrolló ideas místicas estrechamente relacionadas con las suyas, y el arquitecto Edwin Lutyens fue uno de los mecenas y seguidores más entusiastas del movimiento, igual que el muy artero Charles Webster Leadbeater, que, en gran medida como *Madame* Blavatsky, pretendía haber vivido una multitud de aventuras exóticas y ocultas antes de volcarse en la teosofía y la iniciación.

El entusiasmo de Leadbeater, sin duda alguna real, afectó a los jóvenes muchachos a los que se dedicó a cultivar, supuestamente para encontrar el alma pura destinada a ser el próximo Gran Maestro. Leadbeater creyó encontrar a ese individuo extraordinario en la India: Jiddu Krishnamurti, un joven bello pero, según todas las fuentes, de muy escasas luces, que, junto con su hermano, se fue a vivir con Leadbeater para seguir un riguroso programa especial de clases y de iniciación en misterios universales que incluía una estricta vigilancia de las comidas y los horarios del aseo corporal. Al final, Leadbeater (que comunicó que en 40 000 años antes de Cristo había sido el marido de Annie Besant y que Krishnamurti era fruto de ese matrimonio) se instaló en Inglaterra para continuar con sus planes educativos para los dos muchachos, que lo siguieron tras recibir la cauta bendición del padre, que podía o no saber que al tutor de sus hijos ya lo habían excluido, en 1906, de la Sociedad

Teosofica, acusado de practicar la pederastia con dos muchachos norteamericanos a los que, según Leadbeater, sólo había mencionado el tema de la masturbación como parte de una educación saludable. Su defensa pareció poco sólida tras descubrirse una carta cifrada a uno de los muchos niños que tenía a su cargo, en la que decía: «Mi querido muchacho [...] Dos veces a la semana es permisible, pero pronto descubrirás qué produce el mejor efecto [...] Si eso viene sin ayuda, necesita que lo frieguen más a menudo, pero no demasiado a menudo, o no vendrá bien [...] Me alegra saber que la sensación es muy agradable. Mil besos, querido.»[19]

En 1911 la teosofía británica ya había florecido hasta convertirse en un movimiento importante. Con dieciséis mil miembros, el movimiento se organizaba en logias y disfrutaba practicando complejos rituales que los adeptos celebraban vistiendo túnicas ceremoniales y uniformes y luciendo joyas especiales para la ocasión. En el centro de todo, la figura semidivina del niño santo Krishnamurti, de pronto triste y huraño en medio del gris apagado de su nuevo hábitat inglés. Así y todo, permaneció fiel a su vocación y siguió ejerciendo de maestro espiritual hasta su muerte en 1986.

En Gran Bretaña, el interés por la mitología era considerable incluso fuera de esos reducidos círculos. Con su éxito de ventas *La rama dorada* (1890, reeditado en versión muy ampliada en 1905-1916), el antropólogo escocés Sir James George Frazer ejerció una gran influencia en las clases medias, pero las sobrias exposiciones de sus textos no se prestaban a fantasías espiritistas. Antes al contrario, poniendo a Jesús al lado de Buda y analizando las repercusiones de las distintas mitologías en la fe cristiana, el

antropólogo y profesor contribuyó más que nada a desmitificar la religión.

Como ocurre con tanta frecuencia, el gusto de la clase media por creencias alternativas iba de la mano de ideas de cambio en las costumbres sexuales. Edward Carpenter (1844-1929), activista y antes sacerdote, encarnó esa actitud polivalente con una mezcla muy personal de liberación homosexual, nudismo, agricultura orgánica, anglicanismo, vegetarianismo, socialismo y poesía. Fue uno de los primeros hombres de su clase social que se atrevió a vivir abiertamente con sus parejas del mismo sexo; en 1908 publicó *El sexo intermedio*, libro en el que se explayaba sobre el potencial subversivo de la liberación sexual y espiritual:

Eros es un gran nivelador. Quizá la verdadera democracia se base [...] en una emoción que traspasa fácilmente los límites de la clase y de la casta y une en el afecto más íntimo las categorías sociales más distantes. Sabido es que los uranistas de buena cuna y posición suelen sentir atracción por tipos más toscos, como trabajadores manuales, y es frecuente que así prosperen alianzas muy permanentes, que, si bien no reconocidas públicamente, tienen una marcada influencia en las instituciones sociales, las costumbres y las tendencias políticas.[20]

Las inclinaciones «uranistas» de Carpenter y su activismo político le reportaron muchos enemigos; cuando, junto con George Bernard Shaw, fundó el Partido Laborista Independiente, él y sus seguidores despertaron la ira de George Orwell, que se quejó de que «todos los bebedores de zumo y nudistas, los que calzan sandalias [y] los maniacos sexuales»[21] de pronto creían tener un mensaje político que transmitir. Mientras que a los socialistas serios como Orwell

los consternaba la aparente frivolidad de Carpenter, otros se sintieron alentados por su ejemplo. El novelista E.M. Forster se inspiró en él para escribir su novela *El más largo viaje*, y el joven poeta Rupert Brook, que acababa de graduarse en Cambridge, formó un alegre círculo «neopagano» cuyos rituales consistían principalmente en bañarse desnudos en el río, a la luz de la luna, con amigos igualmente atrevidos, entre otros, Virginia Stephen.

Esos experimentos de la incipiente bohemia artística e intelectual británica fueron sólo el comienzo. La variedad de visiones, escuelas experimentales, movimientos artísticos y publicaciones de vanguardia que sacudió a la cultura británica floreció después de la guerra. Al fin y al cabo, el principal centro de esa contracultura, el grupo de Bloomsbury, que se desarrolló alrededor de las hermanas Virginia y Vanessa Stephen (luego Virginia Woolf y Vanessa Bell, respectivamente), apenas acababa de nacer. El prolífico y muy promiscuo Augustus John, un pintor que gastaba trajes de gitano y dotado de una libido verdaderamente titánica y una moral decididamente anticonvencional, pasó gran parte de esos años en París, donde encontró espíritus más afines entre *la bohème* de la capital.

Mientras tanto, en Alemania había comenzado su propia andadura un miembro de la Sociedad Teosofica: Rudolf Steiner (1861-1925). Hijo de un jefe de estación de la Estiria rural austrohúngara, fue un profeta carismático de la Verdad Espiritual, y su legado perdura hasta hoy. Brillante erudito literario con sólidos conocimientos de filosofía, historia y ciencias naturales, Steiner había estudiado en Viena y en Rostock. Con veintisiete años lo invitaron a hacerse cargo de

la edición de los escritos científico de Goethe, un proyecto con base en Weimar, ciudad en la que el investigador vivió ocho años fascinado no sólo por la poesía de Goethe, sino también por sus ideas científicas, que, aunque desacreditadas por los naturalistas, a él le parecían anunciar un conocimiento superior de la naturaleza.

Tras varias conferencias en el capítulo berlinés de la Sociedad Teosofica, en 1904 Steiner pasó a liderar el capítulo alemán y el austrohúngaro, pero pronto descubrió que el elemento budista de la escuela de Blavatsky era demasiado limitado y fundó una organización rival, la Sociedad Antroposófica, de la que seguiría siendo el maestro y figura central durante largos años, en los que trabajó y produjo como un auténtico maniaco. Steiner fue mucho más que el fundador de una «ciencia del espíritu» concebida para desarrollar órganos ocultos de la percepción que permitiesen acercarse al mundo espiritual. Su producción literaria es enorme, y abarca unas seis mil conferencias y decenas de libros. Además de escribir y viajar sin descanso y dar conferencias por toda Europa, en los veintiún años de vida que le quedaban encontró tiempo para fundar escuelas y confeccionar el plan de estudios íntegro, y también para trabajar con campesinos en un sistema agrícola en armonía con el cosmos, que luego llegó a conocerse como agricultura biodinàmica. Asimismo, fue escultor, pintor y autor de misterios ocultistas; el inspirador de formas de danza expresionistas y de una escuela de arquitectura basada en sus propios diseños para diecisiete edificios; desarrolló una teoría médica afín a la homeopatía, una nueva escuela de pensamiento económico, una especie de banco cooperativo y, después de la Primera Guerra Mundial, fundó una

comunidad religiosa basada en una mezcla de catolicismo y estética expresionista.

Steiner parecía incansable, y muchos seguidores atribuían esa energía inagotable a poderes místicos. En 1913 decidió construir en Dornach, cerca de Basilea, un centro espiritual para el movimiento: el Goetheanum, un edificio dedicado al culto de la verdad espiritual y de su apóstol, Goethe, hecho íntegramente de madera y diseñado hasta el último detalle por «el doctor», como lo llamaban, y siguen llamándolo, sus adeptos. Con su aspecto monacal, sus ojos brillantes y oscuros y sus misteriosas declaraciones, Steiner consiguió atraer a una multitud mejor que la liderada por los teosofistas. Su aparente rigor intelectual y sus vastas lecturas eran impresionantes, y su sistema tenía la ventaja doble de la complejidad y la coherencia, sobre todo porque siempre inculcaba a sus discípulos la importancia no sólo de creer en lo que les decía, sino también de usar sus enseñanzas como vía para descubrir por sí mismos las verdades del mundo espiritual según un complicado sistema «científico» de sensibilización y mediación.



El profeta triste: Rudolf Steiner, uno de los muchos visionarios de la época, en 1913.

Las enseñanzas antroposóficas, que relegaban la áspera y rígida realidad social a un insignificante segundo plano y explicaban el mundo como una lucha mística entre Cristo y las fuerzas del mal encarnadas por Lucifer y la deidad persa Arimán, eran una forma atractiva de huir de las restricciones de la sociedad y de la desorientación que en esos días

afectaban a mucha gente. Después de todo, el vértigo de la técnica y las máquinas veloces no eran más que el medio empleado por Arimán para hacerse con el control de almas inmortales. La antroposofía tenía una respuesta para todo, y ejercía una atracción irresistible en muchos intelectuales con inclinaciones místicas e insatisfechos con los conocimientos mundanos. Mientras su amigo, el glorioso Vyacheslav Ivanov, sucumbía a los encantos espirituales de *madame* Blavatsky, Andrei Bély caía víctima del hechizo de Steiner, cuya influencia se extendió a las obras del poeta alemán Christian Morgenstern, del compositor ruso Alexandr Scriabin, de la premio Nobel sueca Selma Lagerlöf, del pintor Piet Mondrian y del director de orquesta Bruno Walter. Otra admiradora, si bien más distante, fue la pacifista Bertha von Suttner, que mencionó a Steiner en varias publicaciones. Steiner tuvo su base en Berlín durante varios años, y allí sus conexiones llegaban hasta el corazón mismo de la sociedad guillermína. Fue amigo personal del conde Helmuth von Moltke, jefe del estado mayor y primo de Kuno von Moltke, ex gobernador de Berlín caído en desgracia. Además, en la capital del Reich tenía admiradores también entre los miembros del gobierno del káiser, como Max von Badén, el último canciller de Guillermo.

Para un hombre que hasta pocos años antes había trabajado en el ámbito de la educación de la clase obrera, fue un punto de inflexión muy arriesgado, tanto en el aspecto ideológico como social. Con sus ideas de destino histórico y sus notas racistas, las enseñanzas de Steiner agradaban no sólo a aquellos que buscaban una verdad superior más allá de la racionalidad, sino también a hombres salidos del fondo conservador alemán. Más allá de toda la pirotecnia de la reencarnación, la cristología y los reinos del espíritu, su

filosofía de la historia tenía una sólida base hegeliana, y era una visión del progreso que se alcanzaba por medio de una lucha que culminaba inevitablemente con el dominio de una civilización cristiana, europea, aria y, más que nada, alemana. Junto con la dialéctica y el determinismo, Steiner también importó las ideas de Hegel acerca de los méritos de otras razas, concretamente, las consideradas representantes de fases previas del desarrollo humano.

Opiniones como esas mostraban que Steiner, más que un auténtico iniciado, era un genuino hijo de su tiempo y de sus orígenes rurales austríacos. Algunas de sus obras parecían originales e innovadoras, mientras que otras eran un claro préstamo de asunto trillado. Su obra artística, venerada por sus seguidores, fue espantosa. El sistema antroposófico se basaba en una generosa amalgama de misticismo indio, cristianismo católico sublimado, estética expresionista y una idea casi animista de un mundo natural habitado por fuerzas ocultas muy próximos al culto alemán de la vida que propugnaba Nietzsche. Y todo eso fuertemente condimentado con Hegel y la grandiosidad y la retórica de Goethe más una pizca de metodología kantiana.

Para las mentes escépticas que asistían a sus conferencias, todo eso era un guiso bastante difícil de digerir. Hermann Hesse dijo que eran «incomibles». Franz Kafka, tras oír una conferencia de Steiner, dijo que «hablaba muy bien», pero que también tenía algo «de flautista de Hamelín», además, lo visitó personalmente, y al constatar una gran diferencia entre el hombre real y el augusto divulgador de una doctrina mística, pudo registrar en su diario el lado ridículo de la situación: «De vez en cuando movía la cabeza como diciendo que sí, cosa que, al parecer, él considera que lo ayuda a concentrarse. Al principio estornudaba sin hacer ruido, y eso

lo hacía sentirse molesto: le moqueaba la nariz y estuvo todo el rato hurgándosela con el pañuelo, un dedo en cada ventana.» Y Albert Einstein se burló: «¡Ese hombre nunca ha oído hablar de la geometría no euclidiana! ¡Experiencias extrasensoriales! ¡Qué disparate! ¡Hay que usar al menos uno de los sentidos para experimentar algo!» Hasta una observadora más comprensiva y ex amiga de Steiner, la socialista Rosa Mayreder, escribió perpleja: «No puedo entender el efecto que le produce a la gente. Va vestido de negro como un cura, abotonado de arriba abajo [...] y habla monótonamente, con demasiado patetismo y ampulosidad, como un predicador. Lo que dice puede clasificarse en tres categorías: aforismos ingeniosos sacados de sus vastas lecturas, cháchara vacía basada en frases hechas, y alusiones incomprensibles sobre capacidades extrasensoriales...»[22]

La escuela de la vida

Si se contempla el conjunto de la escena europea, sorprende ver lo desigual que era el interés por las visiones alternativas de la vida y el futuro. Muy vivo en Alemania, Austria-Hungría y Rusia, era muy inferior en Gran Bretaña y casi inexistente en Francia. El auge de la educación alternativa brinda un buen ejemplo.

Una vez más, Alemania, con su sistema educativo relativamente uniforme y controlado por el Estado, se sitúa en primer lugar. El imperio de Guillermo II fue un fértil caldo de cultivo en el que surgieron varios métodos para criar y educar a los niños. *El siglo del niño* (1909), obra de la pedagoga sueca Ellen Key que ejerció una influencia extraordinaria, pronto se tradujo a varios idiomas. En 1909 ya había vendido más de treinta mil ejemplares sólo en

Alemania. Key no veía a los niños como la mayoría de profesores y educadores. Para ella, tenían derecho a una educación en la que primaran el afecto y la sinceridad, sin hipocresías, restricciones ni castigos físicos, y derecho también a libertad de juicio y una educación en libertad. «La condición fundamental para formar una conciencia individual es [...] dar a un niño la seguridad de conciencia necesaria para ir en contra de la opinión general, de un uso común o una emoción conocida.» La educación de esa época, proseguía Key en su libro, «asesinaba almas»[23], pues moldeaba el espíritu infantil brutalizando y aburriendo a los niños para hacer de ellos unos cobardes. En un mundo en que muchos maestros se comportaban como sargentos y en las escuelas el modelo de conducta era el soldado, sus propuestas resonaron como un cañonazo.

Varios reformadores pedagógicos del Reich oyeron llamamientos como el de Key. En Alemania, el conservador Hermann Lietz fundó no menos de cuatro escuelas, y su discípulo, y luego rival, Gustav Wyneken se ganó muchos enemigos con sus panfletos contra la enseñanza de los clásicos y los cánones establecidos, y fundó una escuela experimental basada en la idea de una «cultura juvenil» en la que prevalecían la sinceridad y la camaradería. Inspirado por un rechazo parecido al ritmo inhumano de la vida moderna, Paul Geheeb fundó dos escuelas, y la segunda de ellas, llamada Odenwaldschule (1910), ejerció una considerable influencia en la educación. En otros países europeos, entre las iniciativas similares cabe destacar la apertura, en 1907, de la Casa dei Bambini, a cargo de la italiana Maria Montessori; de la escuela de Francesc Ferrer i Guàrdia (Barcelona, 1901), inspirada en principios educativos anarquistas, y, en Varsovia, del orfanato Dom

Sierot, un proyecto del sabio y valeroso Janusz Korczak. El orfanato lo administraban los propios niños, que tomaban todas las decisiones —desde el presupuesto hasta el plan de estudios y la disciplina— en su propio parlamento democrático. Pese a que le ofrecieron la posibilidad de salir del país, Korczak murió en Treblinka en 1942, junto con «sus» niños, a los que no quiso abandonar.

Uno de los proyectos educativos más exitosos y progresistas fue la escuela privada para niñas fundada en el centro de Viena por Eugenie Schwarzwald (1872-1940). Rica, muy segura de sí misma y una auténtica intelectual (era doctora por la Universidad de Zürich), Schwarzwald quiso ofrecer a los niños una alternativa ejemplar a su propia y aburrida educación, y para ello confeccionó un plan de estudios que reflejaba la visión del mundo de la vanguardia artística vienesa, cuyos principales exponentes frecuentaban su famoso salón y a algunos de los cuales los convenció para que enseñaran en su escuela. Adolf Loos dio las clases de arquitectura; Arnold Schönberg enseñó música. Sólo el pintor Oskar Kokoschka le causó a Schwarzwald un problema con las autoridades. Como no tenía permiso oficial para enseñar, el ministerio le prohibió dar clases. Cuando Schwarzwald protestó diciendo que era un genio, el ministro se limitó a responder con frialdad: «El genio no está previsto en nuestro plan de estudios.»

Mujer de fortuna e inteligente que participó activa y enérgicamente en la vida intelectual vienesa, Schwarzwald caía muy mal a varios hombres, en especial al cáustico y misógino Karl Kraus, que se burló de ella sin piedad y casi obsesivamente en su revista *Die Fackel*. En el pequeño mundo de los salones, no era raro que ambos se encontrasen; una vez, Eugenie, con ánimo conciliador, le reprochó a Kraus

que nunca pareciera recordarla y que nunca la saludara. «Debe disculparme, señora», fue la respuesta de Kraus. «La había confundido con la Schwarzwald.»

En Gran Bretaña la situación era mucho más tranquila. Para los que podían elegir, siempre hubo colegios privados, pero los valores y actitudes que se imponían en esas instituciones fomentaban cualquier cosa menos un mundo nuevo y utópico. Para los que tenían ideas distintas acerca de la educación, había una serie de escuelas de base confesional, como las dirigidas por cuáqueros y católicos. Más cercanos al movimiento reformador europeo y, de hecho, modelos luego de inspiración para muchos colegios, fueron Abbotsholme, fundado en 1889 por el escocés Cecil Reddie, y Bedales, fundado en 1893 por John Haden Badley a modo de respuesta a las restricciones educativas victorianas.

Las brillantes hermanas Stephen, más tarde el epicentro del grupo de Bloomsbury, nunca fueron a la escuela. Las educó el padre, en casa, y les abrió su biblioteca, una de las más completas del país, un hecho que proporciona otro pequeño dato sobre la razón por la cual, en Inglaterra, faltaban gurús y grupos utópicos. Al parecer, la visión inglesa alternativa del futuro era esencialmente privada y doméstica. Las grandes respuestas se miraban con actitud divertida, pero también desconfiada. Tanto Yeats como Shaw, los dos intelectuales londinenses más comprometidos con una manera mística de ver el mundo, eran irlandeses.

Si bien no es posible una comparación con Francia en lo que respecta a educación, el hecho es en sí significativo. En Francia no había colegios privados experimentales por la sencilla razón de que eran ilegales. En 1905 y 1906 el país

conoció el punto culminante de la larga batalla entre la Iglesia y la República, que había terminado con una derrota casi fatal para la primera. Hasta entonces muchos colegios contaban con financiación estatal, pero los administraba la Iglesia católica. Sin embargo, cuando se aprobó la Ley de separación de la Iglesia y el Estado, la situación cambió de la noche a la mañana. Todos los colegios de la República pasaron a ser financiados y gestionados por el Estado, y se dotaron de maestros de confianza formados según los ideales republicanos. Las visiones alternativas de la educación no tenían lugar en ese nuevo mundo.

Comparada con su vecino al otro lado del Rin, en general Francia mostró muy poco entusiasmo por las utopías sociales, educativas o espirituales. Los socialistas eran una fuerza importante (el compromiso pacifista de Jean Jaurès), y París era una parada obligatoria en el itinerario de todos los profetas y charlatanes de la época, pero la reforma de la vida, el naturismo, el ocultismo y la antroposofía tuvieron muy pocos seguidores entre los franceses. Es posible que, en cierta medida, la enconada división social de la generación anterior explique ese hecho. La brutal represión de la Comuna de París en mayo de 1871 no sólo había dado al gobierno conservador la oportunidad de rodear a los enemigos ideológicos de todas las tendencias y meterlos en la cárcel o exiliarlos; también había dejado en la nación una profunda cicatriz, una herida que el caso Dreyfus volvió a abrir. Lo que Francia necesitaba era curarse, y la unidad bajo el estandarte de la República.

No todo el mundo estaba de acuerdo, por supuesto. París aún tenía su *bohème* legendaria, un imán para artistas y excéntricos de todo el orbe, pero un grupo de gente anticonvencional no equivale a una visión del futuro. Incluso

aquellos que buscaban de verdad modos de vida alternativos lo hacían como parte de un proyecto estético e intelectual, no de una actitud de rechazo, sino como adorno. André Gide, por ejemplo, con su homosexualidad hedonista; Anatole France con panfletos y novelas humanistas rigurosamente razonados; el novelista Pierre Loti, tal vez, con su celebración de la vida como fantasía oriental. No había a la vista ni un solo profeta descalzo ni un redentor vegano. ¿Un vegano en París? La mera idea parecía blasfema.

Los visionarios de esos años tuvieron en común el sentir que el presente tenía serias carencias, pero no de aspectos superficiales, sino una carencia total que sólo se podía solucionar con un replanteamiento íntegro de la civilización, «reimaginando» de un modo radical la sociedad y lo que significaba ser humano. Gozoso, y a veces también cruel, Dioniso se alzaba contra el Cristo sufriente, la Vida se alzaba contra la Ciencia, la Naturaleza contra la Convención, la voz de la sangre contra la de la razón, y el sexo contra todo lo que se interpusiera en su camino. Las estructuras heredadas ya no podían dar respuestas adecuadas al frenesí de la vida moderna, a las nuevas realidades sociales creadas por las sociedades urbanas e industriales, al consumismo y, mucho menos, a la nueva seguridad en sí mismas que empezaron a manifestar las mujeres.

IX. 1908: SEÑORAS DE ARMAS TOMAR

Los hombres, siempre que tienen la ocasión, insisten en que son superiores a las mujeres, se aferran angustiados a esa idea, que es el último recurso del desgraciado al que los demás hombres miran por encima del hombro, pues, si la mujer no fuese más tonta que él, ¿quién iba a serlo?

GRETE MEISEL- HESS

Bulliciosas y desafiantes, las mujeres a bordo de la lancha de vapor echaron amarras frente al Parlamento británico con la intención de hacer entrega de una invitación a los diputados que tomaban el té en la terraza. «Hyde Park, 21 de junio», se leía en una de las pancartas alzadas para que los parlamentarios lo vieran. «Los miembros del Parlamento están especialmente invitados», decía otra. Por megafonía, las portadoras de la invitación prometían a los hombres que las miraban desconcertados que no habría arrestos y que contarían con sobrada protección policial.

Pero la amable invitación cayó en saco roto. Una barca de la policía intentó en vano atrapar a las intrusas, y no es probable que alguno de los hombres sentados en la terraza de la Cámara de los Comunes considerase siquiera la posibilidad de pasarse por Hyde Park. Se perdieron un espectáculo colosal: casi medio millón de personas, incluso más, según algunas fuentes, la mayor concentración humana hasta la fecha, inundó el centro de la capital como un vasto mar de cuerpos. En diez podios montados por todo el parque, las oradoras se dirigieron a la multitud bajo la mirada vigilante de la organizadora del evento, la «general» Flora Drummond, que asistió a caballo y de uniforme, mientras cuarenta bandas tocaban por toda la zona para entretener a los asistentes. Se parecía mucho a cualquier ocasión de la época eduardiana, pero con una diferencia importante: la mayoría de esas quinientas mil personas (incluida la formidable Drummond, con hombreras y fusta), los oradores, los músicos de la banda, los camilleros y organizadores, eran mujeres, y habían acudido a pedir el derecho al voto.

Fue una concentración concebida para impresionar y silenciar a los críticos. Las organizadoras, miembros de la WSPU (Unión Política y Social de las Mujeres), eran expertas a la hora de organizar actos que atrajeran publicidad. Además de las cuarenta bandas femeninas, tambores incluidos, magníficamente ataviadas con uniforme de chaqueta cruzada, decenas de miles de mujeres lucieron los colores de la Unión, blanco, verde y púrpura. Habían llegado a Hyde Park en siete pacíficas columnas desde la estación de Euston, desde la plaza de Trafalgar, los muelles de Victoria y Chelsea, desde Kensington High Street, Paddington y Marylebone Road, llevando un total de setecientos carteles

de casi tres metros por uno, diez enormes pancartas de seda y miles de banderas. Algunos escaparates amanecieron decorados con los colores de la WSPU, y exhibían carteles que exigían el sufragio femenino; los autobuses se habían transformado en plataformas publicitarias móviles, y entre los manifestantes que se dieron cita en Londres estuvieron Keir Hardie, el líder del Partido Laborista; George Bernard Shaw; los novelistas Israel Zangwill y Thomas Hardy, y Amy Catherine Wells, la mujer de otro escritor visionario, H.G. Wells. El *Daily Chronicle* estimó en trescientos mil el número de manifestantes; el *Times*, entre doscientos cincuenta mil y quinientos mil, y la revista *Votes for Women* anunció en tono triunfal: «No es una exageración afirmar que el número de manifestantes fue el mayor que se ha visto jamás en ningún lugar del mundo.»[1]

No todos los que habían elegido esa cálida tarde de domingo para acudir a Hyde Park se identificaban con la causa del sufragio femenino; en realidad, muchos —la mayoría, quizá— sólo habían salido con ganas de pasar un rato agradable, como escribió en su diario la oradora sufragista Helen Fraser: «El veintiuno fue un día maravilloso. Tuvimos éxito y, sin embargo, no fue totalmente satisfactorio —éramos casi medio millón de personas [...] en tres podios hubo mucho alboroto [...] En el mío prestaron mucha atención. Sin embargo, tuve la impresión de que en esa inmensa masa de gente sólo había curiosos, personas que no simpatizaban con nosotras ni se oponían. Sólo indiferentes.»[2]

Atractivo o no en lo que a política se refiere, el encuentro de Hyde Park superó los sueños más osados de las sufragistas. Asquith, el primer ministro, llevaba tiempo desestimando las peticiones a favor del voto femenino con el

argumento de que él sencillamente creía que a muchas mujeres no les interesaba, y que sería ridículo introducir un cambio tan importante sólo para apaciguar a un puñado de radicales. Asquith había afirmado que las mujeres no estaban hechas para el toma y daca del poder: «Su ámbito natural no es el polvo de la política, sino la vida social y doméstica [...] Las desigualdades [...] contra las que debemos luchar, las que debemos eliminar, son el privilegio inmerecido y la distinción artificial que ha hecho el hombre [...] no esas diferencias indelebles de facultad y función por medio de las cuales la propia naturaleza ha dado diversidad y riqueza a la sociedad humana.»[3] En absoluto, replicaron airadas las sufragistas, y se fijaron un objetivo ambicioso: si en 1867 los sesenta y siete mil hombres que se habían manifestado en Hyde Park bastaron para acabar con una ley cuya finalidad era abolir el derecho de manifestación en lugares públicos, entonces doblarían ese número para demostrar que su campaña contaba con un apoyo generalizado.

El voto y las mujeres trabajadoras

El mitin de Hyde Park de 1908 tuvo lugar en un momento decisivo para el movimiento sufragista británico, si no el mayor, sin duda el más espectacular de todos los grupos de presión por los derechos de la mujer en Europa y los Estados Unidos. Después de más de una década de paciente trabajo, de repartir octavillas, de presionar a parlamentarios, recoger decenas de miles de firmas, enviar peticiones, recaudar fondos, manifestarse y celebrar reuniones por todo el país, la frustración y la furia superaban al entusiasmo. Si bien el movimiento conoció su apogeo en el Londres anterior a la Primera Guerra Mundial, no surgió en la capital: llegó hasta

la sede del gobierno desde las ciudades industriales del norte.

La campaña a favor del voto femenino echaba sus raíces en el activismo y los escritos que defendían los derechos de la mujer, desde *Vindicación* (1792) de Mary Wollstonecraft, pero fue la industria textil que florecía en Manchester y sus alrededores, y en Huddersfield, Bradford y Salford, la que dio a esas reivindicaciones el peso social necesario para crecer hasta convertirse en un movimiento popular. Más que cualquier otra industria, las manufacturas textiles empleaban a un alto porcentaje de mujeres, que a menudo constituían más de la mitad de su fuerza de trabajo. Alrededor de 1900, por ejemplo, tres cuartas partes de las mujeres no casadas de Blackburn, Burnley y Preston trabajaban, y una tercera parte seguía haciéndolo después de casadas, un cuadro que contrasta marcadamente con las zonas mineras del norte de Inglaterra, donde la mayor parte del trabajo lo hacían los hombres y estaba mejor pagado que en las fábricas, dando lugar a unos hábitos y unas actitudes mucho más conservadoras entre los trabajadores, a los que les gustaba que la mujer se quedara en casa y que, para variar, tenían la familia más numerosa de toda la clase trabajadora.

Mientras que las mujeres de los mineros participaban poco en política y apenas tenían representación en los movimientos a favor de los derechos de la mujer, la vida laboral de las hilanderas y tejedoras de Lancashire fomentó necesariamente un espíritu de independencia e incluso de rebelión. Las mujeres llevaban a casa su salario (siempre menos dinero que los hombres; por lo general, las tres cuartas partes de un salario masculino); trabajaban y discutían sus problemas con otras mujeres en las fábricas; se organizaban en clubs, asociaciones, tiendas cooperativas y

sindicatos como la Women's Trade Union League y el Cooperative Guild.

Si las mujeres (y a veces los niños a partir de los diez años) eran indispensables para redondear los ingresos de la familia, también eran las más afectadas por la carga de trabajo. Al volver a casa después de una jornada de doce horas entre ruidosos telares y máquinas de hilar, se enfrentaban a las pesadas tareas domésticas (no había entonces aparatos que permitiesen ahorrar tiempo, y mucho menos una criada que las ayudara) y al cuidado de los niños, con frecuencia seis o más, y siempre bajo la agotadora tensión de las preocupaciones económicas, que obligaba a algunas familias a empeñar su ropa de domingo de un fin de semana al otro. Atrapadas en la lucha por la respetabilidad y la limpieza, y amenazadas sin cesar por las deudas y la casa de caridad, las mujeres trabajadoras vivían, como cuenta la modista Lavena Saltonstall, atrapadas en un ciclo de trabajo que no les daba respiro: «En mi ciudad natal, las mujeres, por regla general, los lunes hacen la colada, los martes planchan, los miércoles salen con el novio, los jueves hornean el pan, los viernes limpian, los sábados van al mercado o vuelven a salir con el novio, y los domingos van a la iglesia. Hay excepciones, por supuesto, cientos de excepciones, pero las excepciones se consideran poco femeninas y excéntricas.» Lavena no se hacía ilusiones acerca de lo que les esperaba a las radicales:

Si alguna joven demuestra tener inclinaciones políticas, o ideas propias, la mayoría de mujeres la mira con desprecio como a alguien que no se ocupa de limpiar la entrada ni de los asuntos domésticos, y que, por lo tanto, no es apto para juntarse con sus respetables hijas y hermanas. Si las muchachas llegan

a desear una vida diferente o ideas más amplias, las madres temen que se vuelvan socialistas o sufragistas; y un socialista es una persona con opiniones laxas sobre los relojes y los monederos de los demás, y sobre los maridos y las esposas de los demás. Una sufragista es una persona que tiene la casa siempre sucia.[4]

La vida se reducía a fregar, guisar, trabajar y parir. Lo agotadora que podía ser esa vida lo ilustra el relato de una mujer, Hanna Mitchell, de Ashton-under-Lyne, que recordó así el nacimiento de su primer (y único) hijo:

Un viernes, después de terminar la limpieza del fin de semana y de hacer una hornada de pan durante el día, lo único que deseaba era descansar bien por la noche, pero apenas me había retirado cuando empezaron los trabajos del parto. La criatura no nació hasta el día siguiente al anochecer, después de veinticuatro horas de intensos dolores que una comadrona ignorante apenas pudo aliviar [...] Trajeron al bebé al mundo con instrumentos y sin anestesia [...] Después de muchas amargas reflexiones, sólo una cosa vi con claridad, la decisión inamovible de no traer más hijos al mundo. Sentí que me sería imposible volver a hacer frente a ese sufrimiento personal, o a la dura tarea de criar a otro hijo en la pobreza.[5]

Pese a ocupar una posición inferior en la familia, las mujeres tomaban decisiones por sí mismas, y la campaña por el voto femenino nació de sus discusiones y preocupaciones casi de un modo natural. A diferencia de la mayoría de las mujeres con las que había vivido y trabajado, Hanna Mitchell decidió no tener más hijos y encontró, en su marido, un compañero interesante. También se dedicó a

hacer campaña por el voto femenino. Hubo otras mujeres que también decidieron introducir un cambio en el modelo fijado para sus madres y abuelas.

La historiadora Jill Liddington ha desenterrado las biografías de sufragistas de clase trabajadora de Lancashire, y nos ha dado una vívida imagen de esas mujeres, quiénes fueron y por qué decidieron tomar parte activa en política. A una de ellas, Mary Gawthorpe, nacida el doce de enero de 1881 en Leeds, cuya infancia transcurrió en una casa adosada de ladrillo rojo, la vivienda típica de los trabajadores de la época, Liddington la describe con pinceladas muy vívidas:

En la planta baja, delante de la chimenea, la pesada bañera de madera (que después se reemplazó con una de zinc), siempre ocupada los sábados por la tarde. El suelo estaba revestido con esteras de coco y una alfombra hecha en casa; la valiosa máquina coser de su madre, que tampoco paraba, estaba a la izquierda de la chimenea para aprovechar la mejor luz. Arriba había dos dormitorios. Cuatro hijas y un hijo habían nacido en la cama grande, a intervalos regulares durante más de doce años, «controlados totalmente por el ritmo de la naturaleza». Como la casa no tenía cuartos de baño, en los dormitorios se guardaba «lo imprescindible para la noche», pues la alternativa era subir a oscuras por Melville Street hasta los espantosos retretes públicos al aire libre.[6]

La madre de Mary había trabajado en las fábricas desde que tenía diez años; el padre era un anglicano practicante que se pasaba gran parte del tiempo en la iglesia y haciendo campaña a favor del Partido Conservador. De hecho, debía en parte su trabajo de capataz a que su empleador, que por

casualidad también era el diputado local, valoraba su militancia. Las convenciones ineludibles —la familia, la iglesia, el partido, la limpieza y la devoción— comenzaron a resquebrajarse cuando el padre tuvo un lío de faldas y perdió el norte, perdiendo, además, interés por la fe religiosa con la misma rapidez con la que había descubierto que sus convicciones políticas podían discutirse con mucho mayor provecho en la taberna. Como recordó Mary más tarde, para la madre, una mujer partidaria de la moderación, fue un duro golpe:

Estoy de pie, junto a la chimenea. Mi madre también. Papá acaba de entrar; llega tarde para el té, la comida de la noche. Se pone a dar explicaciones y mi madre dice: «¡Deja de lloriquear!», y me mira. Dentro de mí cae *algo que se puede sentir*, y me doy cuenta de que mi padre —después de tanto decir yo en el patio de la escuela que era abstemio, pues en casa no se bebe cerveza— bebe, como de hecho ha dicho alguien.

Ahora, al recordar, veo esa escena como el momento de la transformación, la primera vez que me vi llevada a ponerme, en silencio, del lado de mi madre.[7]

A Mary, chica inteligente, a los trece años le permitieron quedarse en el colegio más tiempo que a la mayoría de las demás niñas, que ya habían empezado a trabajar media jornada en una fábrica, en turnos de seis horas por la mañana —para luego recuperar por la tarde el muy necesitado sueño en el colegio— o se habían colocado como modistas o empleadas del hogar. A ella le dieron la oportunidad de evitar una vida de criada y trabajar de alumna-maestra, una especie de aprendiz. «Un día era alumna», contó, «y el siguiente, era alumna-maestra.»

Mientras la niña progresaba en el colegio, la madre comenzó a flaquear bajo la doble presión de un marido informal y una carga de trabajo que ya no podía manejar. A los cuarenta y cinco años ya había perdido todos los dientes y luchaba para salir adelante en el día a día. Mary, que ya era profesora ayudante y ganaba cincuenta libras al año, tomó la decisión de independizarse y de liberar a su madre del marido alcohólico. Aceptó un puesto de profesora residente en Beeston Hill, y como entonces ya era la que más dinero llevaba al hogar, la familia no tenía más remedio que seguirla. Pero el padre se negó, y eso pudo ser parte del plan de Mary en una época en que el divorcio seguía siendo una mancha para el nombre de la familia. La madre, Mary y su hermano Jim se marcharon solos. «Lo abandonamos... El trabajo estaba hecho. Habíamos abandonado a papá.»

Hay una fotografía, pequeña y dañada por la humedad y con la mitad derecha casi borrada, en la que se ve a Mary en esos años, una chica bonita y segura de sí misma, de ojos chispeantes, el pelo recogido en un moño y luciendo un vestido oscuro de algodón con cintas bordadas. Es una joven desbordante de energía a la que difícilmente alguien le tomaría el pelo. El trabajo en la escuela la puso en contacto con las ideas del Partido Laborista Independiente y con el Club de Arte de Leeds, dirigido por un profesor excéntrico y talentoso, admirador de Nietzsche, que se interesaba por todo, del socialismo a la teosofía. Allí Mary descubrió todo un mundo de ideas, nuevas perspectivas y horizontes desconocidos en casa de sus esforzados padres o en el programa de estudios, muy parecido a la instrucción militar. Fue en ese club donde oyó hablar por primera vez del sufragio femenino, y la idea prendió en ella. A partir de

entonces se prometió dedicarse a conseguir el voto para la mujer.



«Lo abandonamos...» Mary Gawthorpe, una de las muchas pioneras de clase trabajadora que lucharon por los derechos de la mujer.

Mary Gawthorpe, enero de 1909 (Mary Evans Picture Library)

Durante ese periodo, alrededor de 1904, la primera oleada del movimiento sufragista, encabezada por la activista de

Manchester Emmeline Pankhurst (1858-1928) y su hija Christabel, ya había superado su primera y casi tímida fase de charlas respetables y recogidas de firmas para pasar a emplear medios de presión más directos. Hasta entonces sólo habían conseguido promesas corteses y sermones condescendientes. Cuando, durante un mitin político celebrado en Leeds le preguntaron a Herbert Gladstone cuándo pensaba conceder el voto a las mujeres, el ministro del Interior opinó que «la maquinaria parlamentaria (seis millones de votos) “ya” era grande y pesada», y que si se concedía ese derecho, las mujeres serían «elegibles para todos los puestos [...] igual que los hombres», cosa que, como salta a la vista, al ministro le parecía de mal gusto. Sin embargo, no todos sus colegas masculinos hacían gala de semejante ofuscación victoriana. Víctor Grayson, del Partido Laborista Independiente, afirmó secamente: «Colocar constitucionalmente a la mujer en la misma categoría que a los bebés, los idiotas y los lores no me parece ni masculino ni justo.»[8]



Detenida por sus ideas: Emmeline Pankhurst en una manifestación.

Emmeline Pankhurst arrestada delante del palacio de Buckingham, enero de 1914 (Getty)

Voces como la de Grayson siguieron siendo excepcionales. Enfrentadas a una oposición mayormente fría e inamovible, las sufragistas se decidieron a dar un paso más. «¡Las ideas y los métodos más nuevos y más revolucionarios suplantando poco a poco a los más viejos y serviles, pues las mujeres empezamos a darnos cuenta de lo que significa realmente la libertad!»[9], dijo una sufragista en una asamblea de protesta del Partido Laborista Independiente, y Mary iba a situarse a la cabeza de esa nueva camada contestataria. «Los que de verdad se toman esto en serio», escribió, «deben de estar dispuestos a ser algo o a no ser nada en la estima del mundo y, en público o en privado, en o fuera de temporada, admitir que simpatizan con las ideas despreciadas o perseguidas y con sus defensores, y asumir las consecuencias.»[10] Junto con activistas de ideas afines,

Mary asistía a mítines con la intención de alterar el orden interrumpiendo a los oradores para pedir el sufragio femenino, una práctica que, por supuesto, provocaba que las echaran de esos actos; no era raro que el público y los encargados de la vigilancia las maltratasen e insultasen. Pero nada de eso desanimó a Mary Gawthorpe, que llegó a ser una de las figuras centrales del movimiento sufragista; su papel sería decisivo en la siguiente y más espectacular fase de la campaña. Todos los mítines, todas las manifestaciones y todas las demostraciones de hostilidad sólo parecían fortalecer su determinación.

Entre las jóvenes atraídas por esa promesa, por la posibilidad de huir de una vida sin derechos y una pobreza dickensiana, mujeres destrozadas por el trabajo, la respetabilidad y los embarazos constantes, destaca Lavena Saltonstall, nacida cerca de Hebden Bridge en 1881. Los Saltonstall luchaban para salir adelante con el salario que el padre traía de las tintorerías; vivían mudándose de una casa barata a otra en la que la humedad les arruinaba la salud: una hermana de Lavena murió de tuberculosis con cinco años; el hermano, a los nueve, de la misma enfermedad. Menos afortunada que Mary Gawthorpe, Lavena trabajó en régimen de media jornada desde los diez años. La vida empezaba a cercar a esa niña vivaracha, que reflexionó con amargura:

Como soy modista mucha gente cree que mi obligación moral es hacer pantalones y chalecos, y tejer y hacer ganchillo y coser y dar gracias a Dios por mi condición.

La gente supone que tengo que convertirme en una inútil e ignorar cosas importantes, como la literatura, la música, el arte, la historia, la economía, la vida de

las personas que me rodean y los males de nuestro tiempo. Piensan que lo que debo hacer es ocuparme de tener limpia la entrada y las fundas del aparador, cosas que en realidad no son tan importantes...[11]

«Lo importante» venía siempre dictado desde fuera, y no sólo para las mujeres trabajadoras. La sociedad tenía ciertas esperanzas depositadas en la mujer, presiones de las que era imposible escapar.

De entre las fuerzas políticas tradicionales, el Partido Liberal parecía el más apto para presentar en el Parlamento una ley de sufragio universal, pero tras la abrumadora victoria de 1906 no tardó en quedar claro que Henry Campbell-Bannerman, el primer ministro, no tenía prisa alguna para incluir una reforma del sistema electoral en la batería de cambios que su gobierno quería hacer aprobar. Tras hacer campaña por los liberales, y sintiéndose facultadas para compartir el triunfo, las sufragistas se sintieron traicionadas y se enfadaron. Al parecer, las acciones sosegadas, respetables y legales ya no bastaban, y las activistas decidieron cambiar de táctica.

El trece de octubre de 1905 Christabel Pankhurst y Annie Kenney interrumpieron a gritos un discurso de Sir Edward Gray en el Free Trade Hall de Manchester: «¿Está dispuesto el gobierno liberal a aprobar el voto femenino?» Primero, las ignoraron; luego la policía las echó. El agente que intervino actuó con dureza, y las dos mujeres se defendieron con uñas y dientes, pateando, gritando y escupiendo al oficial en un acto de desafío que acabó con las dos en los tribunales, donde les pusieron una multa de un chelín a cada una. Ellas se negaron a pagar y prefirieron ir a la cárcel. La noticia causó sensación en la prensa británica. Mujeres violentas, jóvenes de clase media y de familia respetable encarceladas

no sólo por su conducta decididamente nada femenina, sino también por sus opiniones políticas... Todo eso tocó una profunda fibra de la opinión pública británica e inspiró a sufragistas como Mary Gawthorpe:

El toque de rebato [...] se oyó cuando arrestaron a Christabel Pankhurst y Annie Kenney [...]

Lo oí y respondí al instante, en cuanto al día siguiente la prensa informó de que a las dos mujeres las habían obligado a ir a la cárcel en lugar de hacerles pagar una multa. Según mis posibilidades, dije en una carta que envié a la señorita Pankhurst en la prisión de Strangeways, si era necesario estaba dispuesta a ir a la cárcel con tal de conseguir el derecho al voto. Esa afirmación me puso en contacto directo con Christabel [...] que me respondió con un aluvión de recortes de prensa.[12]

Mary no fue la única en presentarse voluntaria, y después de la decepción tras la victoria de los liberales en 1906, pronto quedó claro que una nueva generación de sufragistas alcanzaba la mayoría de edad, una generación para la cual los recatados téis para recaudar fondos y los desfiles decorosos y de aspecto militar ya no eran suficientes. Lavena Saltonstall formó parte de un grupo de mujeres que decidió que sólo la cobertura periodística de esos acontecimientos espectaculares podía influir en la opinión pública y presionar a los políticos. Decidieron volver a pedir el derecho al voto; sin embargo, esta vez no enviaron la petición a un alto cargo político ni a su despacho privado, sino a la Cámara de los Comunes en pleno, y sin esperar que las invitaran. Las sufragistas planearon marchar hacia el edificio del Parlamento con la intención de abrirse camino a toda costa hacia la sala de debates. El once de febrero ejecutaron el

plan; pero las arrestaron y las llevaron ante un juez, en cuya presencia Lavena se limitó a señalar que no tenía nada que decir más que: «El agente de policía opuso resistencia mientras yo cumplía mi deber.» La condenaron a seis semanas de prisión, y fueron varias las que la acompañaron a la cárcel de Holloway.

Violencia

La campaña sufragista fue haciéndose cada vez más violenta. Se arrojaban piedras contra los escaparates de Oxford Street y las ventanas de los despachos de parlamentarios y ministros; en 1912, incluso contra las del número 10 de Downing Street. A las mujeres arrestadas a menudo las trataban brutalmente, y ellas siempre preferían ir a la cárcel a pagar las multas o ser conminadas legalmente a buena conducta. El gobierno se puso nervioso, y la prensa comenzó a explotar las historias de policías violentos que pegaban a señoras y a jóvenes obreras por igual. Pronto ocurrió algo que agravó aún más la situación. En junio de 1909, una de las sufragistas encarceladas se negó a comer, y al Ministerio del Interior no le gustó nada la idea de ser responsable de que una mujer se dejase morir de hambre en la cárcel porque le negaban el derecho al voto. Se dictó orden de obligar a ingerir alimentos a las mujeres en huelga de hambre, y la medida terminó en un desastre de relaciones públicas aún mayor. Los periódicos publicaron informes detallados de mujeres sujetadas a una silla por varios guardias mientras los médicos les introducían sondas de goma por la nariz para administrarles alimento líquido. Era un procedimiento largo y doloroso, y tuvo consecuencias casi fatales para al menos dos mujeres que tuvieron que

comer gachas de avena a la fuerza; la papilla se les fue a los pulmones en lugar de al estómago y estuvieron a punto de morir de neumonía séptica.

Leonora Cohen fue una de esas rebeldes extremas de la causa del sufragio femenino. Nacida en Leeds en 1873, hija de un artista y cantero de ideas progresistas, se había casado con el joyero Henry Cohén, algo que en sí mismo constituía un acto de violencia, pues a los padres del marido, inmigrantes judíos de Rusia y de Prusia, les horrorizó la idea de que su hijo se casara con una mujer no judía y dejaron de hablarle. Leonora no era una joven trabajadora. El negocio del marido marchaba bien, y Reginald, el hijo del matrimonio, estudió en un internado. Por su parte, el señor Cohén era uno de los pilares del Leeds and County Liberal Club. Tras pasar unos años felizmente inmersa en las tareas domésticas y el cuidado de Reginald (una hija había muerto de meningitis tuberculosa), la señora Cohen empezó a interesarse por la política. Con treinta y ocho años, esposa de un respetado comerciante local y madre, su situación era complicada, como no tardaron en demostrar sus primeras incursiones en el activismo. Sólo su marido la apoyó incondicionalmente: «Lo aguantó todo por mí», escribió Leonora más tarde. «Perdí todos los amigos que tenía [...] Mi nombre era fango.»[13]

A esas alturas, los intentos de las sufragistas para tomar por asalto el Parlamento se habían convertido en un espectáculo público al que acudían multitudes de curiosos y periodistas a esperar que las mujeres aparecieran, como contó, casi sin aliento, un periodista del *Yorkshire Post*:

Todas las calles adyacentes al Parlamento terminaron bloqueadas por unos hombres corpulentos vestidos de azul que formaron una fila continua a la

espera de que las mujeres arremetieran [...] Hombres de paisano pasaban dándose aires [...] Nos pareció poco sugerir que no faltaba mucho para el asalto al Palacio de Westminster [...]

Pero, de repente, algo trastocó por completo la escena. El *flash* de un fotógrafo anunció que el enemigo se acercaba desde Caston Hall [el punto de encuentro de las sufragistas] [...] Los oficiales de Scotland Yard tenían el semblante pálido de hombres que sabían que tendrían que hacer lo que les mandaban. En la Torre del Reloj, el Big Ben dio las ocho...[14]

Esa tarde, como en varias otras ocasiones, Leonora Cohen[15] tomó parte en la refriega, intentó romper el cordón policial y se fue disparada hacia el Parlamento, pero las fuerzas del orden repelieron a las mujeres. En la batalla campal que tuvo lugar a continuación, «un policía me dio un puñetazo en la mandíbula y caí bajo el caballo de un guardia montado», contó ella misma más tarde. Finalmente Leonora consiguió levantarse, arrojó una piedra contra los despachos del Local Government Board, el órgano del Gobierno británico que supervisó las administraciones locales desde 1871 hasta 1919, y rompió una ventana. El misil iba envuelto en un papel que llevaba escrito en tinta verde:

Votos para la mujer.

Esta es mi protesta contra el gobierno del Partido Liberal por traicionar a las sufragistas de Gran Bretaña que reivindican el derecho al voto y a que las reconozcan como ciudadanas.

Firmado: Leonora Cohén.

Leeds

Como había ocurrido con otras activistas, a Cohén se le impuso una pena de prisión, y la experiencia le sirvió para tomar la decisión de seguir adelante. En medio de un clima de radicalismo creciente, de incendios de edificios desocupados y buzones, e incluso una carta bomba dirigida al primer ministro Asquith, la activista comprendió que esa clase de guerra era simbólica y que, por lo tanto, tenía que dirigirse contra los símbolos. «Fui a Londres», recordó años después, «y compré una guía. La hojeé en busca de galerías de arte y Dios sabe qué más. Hasta que llegué a la T. La Torre de Londres. Y pensé, ese es el lugar. Hasta entonces allí nunca habían visto a ninguna mujer armando jaleo.»

Y vaya si lo armó. A las diez y media del once de febrero de 1911, Leonora entró en la Torre como una turista más, con la única diferencia de que ella llevaba oculta una barra de hierro. Tras esperar que se retirasen los Beefeaters que patrullaban el lugar, rompió con la barra una vitrina de la sala donde se exhibían las joyas de la corona. «¿Por qué lo ha hecho?», le preguntó un miembro de la Guardia Real después de arrestarla. «Es mi protesta por la traición del gobierno contra las mujeres trabajadoras de Gran Bretaña», respondió ella. Nuevamente en los tribunales, esta vez tuvieron que dejarla en libertad por un tecnicismo jurídico. En otra ocasión, en la que también hizo añicos una ventana, las cosas se pusieron serias, pues en la cárcel Leonora se negó a comer y beber y tuvieron que liberarla en aplicación de la «ley del gato y el ratón», que permitía a la policía volver a arrestar, después de que recobraran las fuerzas, a mujeres en huelga de hambre puestas en libertad por motivos de salud. Y la salud de Leonora estaba tan perjudicada que se debatió varios días entre la vida y la

muerte. Pero vivió, y vivió mucho tiempo: murió a los ciento cinco años en 1978.



Mi protesta: Leonora Cohén atacó
simbólicamente las joyas de la corona.

Durante la última y desesperada fase de la lucha sufragista, la campaña degeneró en una guerra de guerrillas, incendios y ataques esporádicos a miembros del gobierno (por lo general, con paraguas, no con granadas como en Rusia) y dramáticas huelgas de hambre. La policía contraatacaba con una vigilancia cada vez más estrecha, llegando al punto de tomar fotografías secretas de las

sufragistas encarceladas para su identificación. En una de esas fotos robadas puede verse a una de las activistas más radicales, Lillian Lenton, con el pelo cayéndole sobre los hombros (en la cárcel se prohibían los pasadores) y vestida con una chaqueta ligera; aunque demacrada y cansada, se la ve resuelta y tranquila, una imagen tanto más asombrosa en cuanto que su aspecto informal la hace parecer una mujer de nuestros días.



Mujeres peligrosas: la policía tomó fotos de las sufragistas; aquí, la radical Lillian Lenton.

Lillian Lenton, fotografía tomada por la policía hacia 1910 (National Portrait Gallery, Londres)

La etapa más radical del movimiento tuvo un triste punto culminante cuando, el cuatro de junio de 1913, Emily Wilding Davison intentó detener el caballo del rey lanzándose a la pista durante el *derby* de Epsom. El animal la

arrolló, y Emily murió a causa de las heridas tres días más tarde. El funeral se convirtió en la última ocasión para que las activistas exhibieran, vestidas de suntuoso negro, toda la pompa y solemnidad que tan memorablemente habían orquestado cinco años antes para la concentración de Hyde Park. El estallido de la Primera Guerra Mundial pronto eclipsó a todos los demás asuntos nacionales, y muchas de las sufragistas pusieron su energía en el trabajo bélico. Emmeline Pankhurst, la principal figura del movimiento británico, volvió a recorrer todo el país, esta vez para pronunciar exaltadas arengas patrióticas. Sin embargo, tanto en Inglaterra como en otros países, la guerra también resultó ser un poderoso catalizador del cambio: un porcentaje creciente de mujeres reemplazó a los hombres en las fábricas y las minas, demostrando así, en la práctica, una competencia que en teoría se les negaba. Y si bien eso contribuyó a cambiar la opinión general, las mujeres aún tuvieron que esperar el cese de las hostilidades para que las reconocieran como ciudadanas de pleno derecho. A las británicas mayores de treinta años se les concedió el voto en 1918; el sufragio universal no se introdujo hasta 1923, mucho después de que lo hicieran Nueva Zelanda (1893), Australia (1902), Finlandia y Noruega (1908) y Canadá (1917).

Entre Tolstói y la autocracia

La vida de Mary Gawthorpe, Lavena Saltonstall y Leonora Cohen es un ejemplo para miles de mujeres que trabajaron incansablemente por la causa del sufragio femenino, que en Gran Bretaña tuvo tintes políticos mucho más dramáticos que en otros países europeos. La historia oficial cuenta que los movimientos femeninos del continente no consiguieron

sus objetivos, pero aceptar esa versión equivale a adoptar un punto de vista decididamente miope. La realidad, como siempre, fue mucho más compleja.

En Rusia, antes de la Revolución de Octubre, el feminismo era un evidente y absoluto fracaso. Con sólo una pequeña clase media, y en lucha contra un chovinismo abrumador y todos los prejuicios masculinos imaginables, las mujeres no podían hacer más que gestos simbólicos, tanto más trágicos si se piensa que allí las mujeres trabajadoras vivían en unas condiciones de penuria indescriptibles. En la ciudad, la única manera de salir adelante era la prostitución. Hacia finales del siglo ^{xix} y principios del ^{xx}, en San Petersburgo había entre treinta y cincuenta mil prostitutas callejeras y de lujo (las cifras de Viena y París son parecidas), un número que dice mucho del condicionamiento emocional y social en una ciudad de un millón cuatrocientos mil habitantes y en la que había más o menos una prostituta por cada diez hombres adultos.

Sin embargo, esa prostitución legal era sólo la punta del iceberg de la depravación y la miseria. Un informe gubernamental de 1906 llamó la atención de las autoridades sobre el problema de la prostitución infantil, que iba en aumento; se ofrecía a los borrachos niños de apenas cinco años por unas copecas, y a menudo los dormían con cloroformo antes de entregarlos al «cliente». También había un comercio de menores como esclavos sexuales, a los que enviaban a mercados tan remotos como Estambul o Argentina.

Las muchachas rusas tenían muy pocas oportunidades. En 1907 sólo había ciento veinte mil niñas en los institutos de enseñanza secundaria; un año más tarde, A.M. Shwarts, ministro de Educación del imperio, intentó en vano convertir

todas las escuelas para niñas en institutos de economía doméstica. Enfrentadas a ideas reaccionarias sobre el papel de la mujer, puestas aún más de moda por el antifeminismo tolstoiano y su insistencia en la sumisión total de la mujer, las feministas rusas, como la formidable Anna Filosofova (1837-1912, tía del filósofo Dmitri Filosofov y del coreógrafo y empresario Serguéi Diágilev) y Anna Nikitichna Shabanova (1848-1932), poco más pudieron hacer aparte de contemplar, impotentes y frustradas, cómo se seguía tratando a niñas y mujeres como a ciudadanas de segunda categoría.

El único soplo de esperanza se hizo sentir con los sucesos del domingo sangriento de 1905. En los días que siguieron a la masacre, marcados por el caos y los proyectos utópicos, el movimiento feminista cobró nuevo ímpetu y se formaron varias asociaciones y clubs. Siguiendo el ejemplo inglés, las sufragistas rusas también intentaron entrar en la recién constituida, y poco longeva, Duma, pero sólo encontraron la mirada incomprensiva o abiertamente hostil de los diputados, que creían tener cosas más importantes de que ocuparse. Algo desconcertado, Bernard Pares, un diputado conservador, escribió en sus memorias sobre un episodio en el vestíbulo de la Duma, «asaltado por sufragistas, jóvenes damas de pelo corto y gafas, la mayoría de ellas bajitas y enclenques»; y un diputado campesino, un hombre ya mayor, se llevó a un lado con amabilidad a una de las mujeres para decirle: «Déjeme que le dé un consejo. Cátese. Así tendrá un marido que cuidará de usted.» Otro representante campesino vio en esa intrusión un síntoma de los males de la ciudad. «A nuestras mujeres no les interesa el sufragio universal», exclamó indignado; «nuestras mujeres se ocupan de la casa, de los hijos, de la cocina.»[16]

Pese a contar con una declaración a favor del voto femenino firmada por ciento once diputados, las activistas pronto descubrieron que incluso el Partido Cadete, que agrupaba a la burguesía liberal, opinaba que debía solucionar miles de problemas antes de fijarse como prioridad el sufragio universal. Lo peor aún no había llegado. Cuando el Estado se recuperó del caos y la represión volvió con ferocidad renovada, las ideas «modernas» de las sufragistas fueron de las primeras en olvidarse. En 1906, la Unión de Mujeres, la mayor organización feminista, contaba con ocho mil miembros. Un año después el número se había reducido a la décima parte, pues se prohibieron las reuniones y se clausuraron las revistas. En esa misma época el Consejo Nacional de Mujeres de Dinamarca contaba con ochenta mil miembros. Mientras en otros países las mujeres se organizaban, el movimiento ruso estaba acabado.

Un resultado de esa imposibilidad de cambiar la suerte, de mejorar una situación a todas luces intolerable, fue eso que el historiador Richard Stites llamó «oblomovismo»[*] de las mujeres rusas: una indiferencia profunda, resignación, incluso entre las económicamente privilegiadas, que no necesitaban trabajar. Preguntándose qué hacer con su vida, una joven de clase media escribió en su diario:

No tengo la preparación, el fervor o la perseverancia necesarios para un estudio serio. Y ahora que soy vieja, es demasiado tarde. No se pone una a estudiar a los veinticinco. No tengo el talento ni la vocación para la creación artística independiente. Soy negada para la música y no entiendo nada de música. En cuanto a pintar, hace unos años, cuando todavía estudiaba, sólo hice un curso. ¿Y la literatura? Nunca he escrito nada salvo este diario. Así que sólo me queda alguna

actividad cívica. Pero ¿de qué clase? ¿Esa filantropía moderna que se ridiculiza en todas las revistas satíricas? ¿Abrir comedores baratos? Eso se parece a querer remendar un trozo de carne desmenuzada y podrida. ¿Abrir escuelas de alfabetización cuando lo que necesitamos son universidades? Yo misma me he burlado de los que intentan vaciar el mar con una cucharilla de té. ¿O quizá deba dedicarme a hacer la revolución? Para hacer eso hay que creer. No tengo fe, no tengo un norte, no tengo energía espiritual. ¿Qué queda que yo pueda hacer?[17]

No obstante, algunas mujeres sí creían, tenían un norte y se concentraron en la revolución. Cuando se les hizo imposible expresar legalmente sus quejas, un sorprendente número de jóvenes se unieron a las filas de los terroristas anarquistas y los socialistas revolucionarios. En 1905 una mujer murió en Odessa en la horca por sus actividades terroristas; otra arrojó una bomba contra un funcionario del gobierno y se suicidó disparándose un tiro. A otras seis mujeres las juzgaron acusadas de terrorismo. A Zina Konofianikova, la maestra rural que había asesinado al brutal «pacificador» de la insurrección moscovita de 1905, la ahorcaron en la fortaleza de Schlüsselberg, igual que a Lidiya Struve, una estudiante bolchevique que había participado en el asesinato del ministro de Justicia Scheglovitov. Antes de salir a encontrarse con la muerte, Struve le pidió al padre que donara diez rublos para ayudar a las estudiantes pobres. Su historia inspiró a Leonid Andréiev el personaje de Musya en la dura novela *Los siete ahorcados*. Entre tantas vidas desperdiciadas, el único ejemplo alentador fue el de Mariya Spiridónova, que mató al general Luzhemovsky, uno de los carniceros de las represalias de

1906, disparándole a la cara en un andén. Los soldados que la arrestaron la golpearon salvajemente, le arrancaron el pelo y le quemaron los pechos con cigarrillos, un trato tan poco común y despreciable que dio lugar a una protesta internacional cuando los periódicos extranjeros se hicieron eco del caso. Bajo la mirada de los corresponsales europeos, el incidente terminó de un modo poco habitual: a Mariya se le conmutó la pena de muerte por diez años de destierro en Siberia, de donde regresó triunfal.

Mujeres escandalosas

Sorprende ver las diferencias de estilo e intensidad de los distintos movimientos feministas europeos anteriores a 1914. Las mujeres de Finlandia y Noruega consiguieron el voto muy pronto y ya participaban en política. En Francia, cuna de revoluciones, el activismo no escaseaba, pero sí la organización. Al parecer, la opinión pública, exhausta tras el caso Dreyfus, estaba escindida por la división entre Iglesia y Estado, y demasiado preocupada, en cualquier caso, para prestar mucha atención a los derechos de la mujer. Había algunas asociaciones dedicadas a la causa, se escribían libros en contra y a favor, se daban importantes conferencias, se organizaban marchas sufragistas y circulaban varias publicaciones. Marguerite Durand (1864-1936), actriz y periodista, se convirtió a la causa después de que la enviaran a un congreso feminista a fin de que escribiera, en tono despectivo, un artículo para *Le Fígaro*. Convencida por los argumentos que oyó en el congreso, Durand fundó *La Fronde*, un periódico para mujeres escrito, compuesto e impreso íntegramente por mujeres que defendían las reivindicaciones feministas, desde la admisión de mujeres en

la Escuela de Bellas Artes hasta su ingreso en el ejército regular. Como si quisiera subrayar la seriedad de su empeño, Marguerite Durand se paseaba por las calles de París con una singular mascota: un león.

Madeleine Pelletier (1847-1939), mucho más radical e intransigente en sus convicciones que las activistas británicas, era psiquiatra de formación, y fue la primera médica que trabajó en un asilo estatal para enfermos mentales. Pelletier llevaba el pelo corto, vestía trajes de hombre y usaba sombrero hongo; en una palabra, era la viva imagen del desafío de la mujer a las convenciones masculinas. Reclamaba derechos políticos para las mujeres, pero también se adentró en un territorio mucho más polémico, pues hizo campaña en favor del aborto libre y de cambios radicales en la educación de las niñas. Su catálogo de reivindicaciones quedó documentado en sus libros: *Le Femme en lutte pour ses droits* (1908), *Idéologie d'hier: Dieu, la morale, la patrie* (1910), *L'Emancipation sexuelle de la femme* (1911), *Le Droit à l'avortement* (1913) y *L'Éducation féministe des filies* (1914).



Una postura sorprendente: Madeleine Pelletier, temprana activista francesa a favor del aborto y el amor lésbico.

Pelletier asistió a la concentración feminista de 1908 en Hyde Park como parte de una delegación sufragista francesa. Agitadora inveterada, también militaba en el movimiento anarquista y fue miembro fundador del movimiento socialista francés unificado (Section française de

l'Internationale ouvrière, 1905), así como una de las primeras francmasonas. Sus múltiples intereses terminaron convirtiéndola en una figura trágica, pues sus compañeras de ruta de los distintos movimientos apenas comprendían su promiscuidad ideológica y se distanciaron de ella. En última instancia, su compromiso político fue la causa de su caída: como insistía en practicar abiertamente el aborto (aún prohibido en Francia, como en toda Europa, excepto en caso de urgencia médica), la detuvieron en 1939 y la enviaron a un asilo, esta vez por la fuerza y como interna. Murió antes de que pasara un año.

Pese a las aparatosas campañas, el feminismo político siguió siendo una preocupación marginal en Francia. Incluso el presidente liberal Georges Clemenceau, casado con una mujer decididamente progresista, se oponía con firmeza al avance del movimiento, y por una razón absolutamente típica del debate francés: tras haber luchado con éxito en 1906 por la eliminación de la Iglesia como principal poder social y educativo, estaba convencido de que las mujeres, sobre todo en las zonas rurales, votarían en su gran mayoría por los partidos clericales y dejarían así sin efecto unas conquistas que para él eran lo más importante de su carrera. Esa actitud echaba raíces en la férrea misoginia de los jacobinos, y siguió afianzada en Francia, donde el sufragio universal no se introdujo hasta 1944; las mujeres del departamento francés de Argelia tuvieron que esperar hasta 1956.

Otro motivo pudo contribuir a la debilidad del feminismo francés en el debate nacional: la presencia pública de mujeres emancipadas y, a menudo, escandalosas, pudo hacer que su causa no pareciera tan urgente. La gran científica Marie Curie había recibido dos Premios Nobel; Sarah

Bernhardt era una actriz cuya fama llegaba al otro lado del Atlántico; a la escultora Camille Claudel se la consideraba una artista por derecho propio, segunda sólo después de su amante y mentor Auguste Rodin (quien, sin embargo, siempre restó importancia a la ayuda que ella le prestó). Las novelas de Colette hacían furor, y otras escritoras también consiguieron hacerse un nombre: Natalie Clifford Barney, Renée Vivien y, detrás de sendos seudónimos protectores, Missy (Mathilde de Morny), ex amante de Colette, y la novelista satírica Gyp (seudónimo de Sibylle Gabrielle Marie Antoinette Riqueti de Mirabeau). Además, había mujeres de fortuna que vivían muy públicamente según unas ideas que no debían nada a la moral patriarcal y sí a una independencia ganada a base de fuerza de voluntad: Winaretta Singer, la princesa de Polignac (heredera norteamericana), Hélène Van Zuylen, la joven Gertrude Stein (otra importación transatlántica) y la poeta y anfitriona social Anna de Noailles, centro del círculo parisino de Proust. En ningún otro país de Europa tenía la mujer una presencia pública tan fuerte, ni tantas estrellas con una moral bohemia y unos escándalos personales que no fueran su perdición, sino parte integrante de la gloria de la capital, de su mitología y su atractivo.

En los dos imperios de lengua alemana la situación era muy diferente. Apenas había militantes sufragistas como en Gran Bretaña, o terroristas anarquistas como en Rusia, y muy pocas eran las mujeres abiertamente emancipadas como las que decoraban París. No obstante, pese a esa apariencia de pasividad, las feministas alemanas podían ser tan ambiciosas en sus objetivos que el mundo tuvo que

esperar otras dos generaciones hasta que algunas de sus ideas volvieron a aflorar en la década de 1970.

Las sufragistas inglesas eran espectaculares en sus acciones, pero gran parte de sus reivindicaciones se limitaba a querer ser mujeres eduardianas con derecho al voto y libre acceso a la sociedad, sin que por ello aspirasen a transformar la base sobre la que dicha sociedad se construía. No obstante, y como sostuvo Anita Augspurg (1857-1943), un buen número de feministas de lengua alemana querían el voto sólo como un preludio a cambios mucho más profundos: «A la pregunta sobre si es necesario reformar la relación entre hombres y mujeres hay que responder no sólo afirmativamente; podemos incluso afirmar que esa relación tiene que revolucionarse en sus cimientos.»[18] El matrimonio y la sexualidad, el amor libre, la homosexualidad, la planificación familiar, el aborto, todo se analizaba en panfletos, discursos y debates, todo estaba disponible y a la espera de una transformación total de los valores como la que postuló Nietzsche. En Gran Bretaña esas ideas se trataban con escepticismo o se recibían con abierta hostilidad, pues se consideraba que socavaban la respetabilidad del movimiento. Millicent Garrett Fawcett, una de las principales líderes de la sufragista WSPU, atacaba mordazmente cualquier tentativa de «vincular con ataques al matrimonio y la familia las reivindicaciones de las mujeres a la ciudadanía y la independencia social e industrial»[19].

Esa era, quizá, la principal diferencia entre las feministas británicas y las de lengua alemana. Si bien la mayor parte del trabajo del movimiento no pasaba del activismo clásico, de las presiones contra la prostitución y el alcoholismo, de las campañas por el sufragio femenino, el acceso a la educación y la igualdad ante la ley, existía también una rama radical,

un fermento intelectual que aspiraba a cambiar los cimientos de la sociedad. Ya hemos citado a Anita Augspurg, una de las defensoras más convincentes y tenaces de los derechos de la mujer en Alemania. Hija menor de un abogado de provincias, Augspurg estudió en la habitual escuela para *höhere Töchter* (niñas de clase media), donde aprendió las habilidades que le serían útiles para una vida de esposa y madre. Lida Gustava Heymann, la feminista que luego sería la amante y compañera de Augspurg, hizo un vívido esbozo de las frustraciones de esa clase de niñez, seguramente las mismas que habría sentido Anita: «De joven [...] ya me indignaba la manera en que los hombres se sobrestimaban, y también su altivez, y me repugnaban la condescendencia y el desprecio con que trataban a las mujeres, en especial a sus esposas [...] De adulta me juré que nunca dejaría que un hombre limitara mi libertad personal, es decir, en la medida en que, en las circunstancias actuales, esa vida sea posible en un Estado masculino.»[20]



Con el pelo corto y lista para enfrentarse al mundo: la doctora Anita Augspurg.

También Augspurg comenzó su vida profesional en un país de hombres, ayudando a su padre en el bufete mientras seguía un curso de formación de profesores. Sin embargo, pronto esa trayectoria tan convencional le pareció desalentadora y deprimente. Decidió entonces estudiar arte dramático y trabajó en teatros de Alemania y los Países Bajos, pero la desanimaron las obvias expectativas de interpretar únicamente los papeles fijados por las pautas establecidas; así pues, abandonó la carrera de actriz, se mudó al Múnich bohemio de Fanny von Reventlow, y allí alquiló

un apartamento con Sophie Goudstikker. Juntas abrieron un estudio fotográfico y vivieron orgullosas de la reputación escandalosa que no tardaron en ganarse:

En Múnich causó gran consternación que dos mujeres de poco más de treinta años se independizaran socialmente, llevaran el pelo corto —piénsese que era la década de 1880—, recibieran en su casa a personas interesantes y estimulantes, lucharan abiertamente por la emancipación de la mujer, practicaran deporte, montaran a caballo y en bicicleta, hicieran excursionismo y vivieran como les daba la gana.[21]

El Atelier Elvira, como se llamaba el estudio, pronto se convirtió en un imán para la bohemia múniquesa, y durante un tiempo fue el lugar más elegante donde hacerse fotografiar. Hasta el príncipe heredero bávaro eligió hacerse su retrato allí. No obstante, Augspurg volvió a sentirse inquieta. Su relación con Sophie Goudstikker se acercaba a su fin y ella estaba ávida de nuevos desafíos. En 1893 se instaló en Zúrich, sede de la única universidad de lengua alemana que concedía licenciaturas a las mujeres; estudió Derecho, se graduó al cabo de cuatro años y fue la primera mujer alemana que se doctoró en leyes.

Para entonces ya era una curtida activista política, y había trabajado en causas que iban desde la educación de las niñas hasta la regulación de la prostitución legal. Más tarde se mudó a Berlín, donde vivió con Lida Gustava Heymann; juntas editaron el *Zeitschrift für Frauenstimmrecht*, revista a favor del sufragio femenino. En el trabajo de Augspurg se reflejaba su admiración por las sufragistas británicas, que ella también había manifestado asistiendo al mitin de Hyde Park en 1908.

Hacía tiempo que Augspurg había comprendido que los argumentos racionales caían en saco roto entre la élite de Alemania; de ahí que para hacer entender su mensaje eligiera la vía de la provocación. En 1905, por ejemplo, llamó públicamente a boicotear el matrimonio, argumentando que ninguna mujer que se respetara a sí misma podía tolerar la pérdida de derechos jurídicos a la propiedad y la autodeterminación que tenía lugar cuando firmaba un contrato matrimonial: «El impulso a su propia preservación, el respeto a sí misma y su derecho a ser respetada por el marido hacen que el concubinato sea la única opción»[22], afirmó antes de pasar a enumerar los obstáculos que impedían vivir como mujer independiente: «Si una mujer quiere alquilar un estudio para trabajar, el casero le pide el consentimiento del marido, ansioso por cerrar el trato con él [...] Si va a un banco a depositar sus ingresos, o a sacar dinero [...] tienen allí la desfachatez de pedirle la firma del marido.»[23]

A la hora de decidir las cuestiones más importantes para sus campañas, las activistas tenían de sobra para elegir. Un caso al que se dio amplia cobertura lo protagonizó una estudiante sueca de bellas artes a la que arrestaron por ejercer la prostitución cuando en realidad lo que hacía era caminar por la calle sin que un hombre la acompañase (Augspurg se las ingenió para hacerse arrestar por un policía sospechoso sólo para demostrar que esas cosas pasaban); otro, realmente espeluznante, fue el de una criada de catorce años violada por varios jóvenes en una isla del río Elba. A los violadores los juzgó un tribunal de Hamburgo, y salieron absueltos porque el juez dictaminó que la muchacha «ya no era inocente», pues en una ocasión anterior había tenido relaciones sexuales con uno de los violadores. Augspurg,

indignada, denunció públicamente al juez, al que llamó «bestia brutal», lo que le valió una multa por injurias.

Como muchas feministas radicales de décadas posteriores del siglo ^{xx}, Augspurg consideraba el sexo casi exclusivamente una forma de opresión masculina, «una esclavitud que afecta directamente a algunas mujeres e indirectamente a todas»[24], y este análisis la condujo a adoptar una posición no muy distante de la que mantenía la Iglesia católica: «En la naturaleza, la sexualidad sirve a la finalidad de preservar y mejorar la especie; en nuestra civilización se ha convertido en un fin en sí misma [...] se ha vuelto una causa de depravación que degrada y destruye a nuestra raza.»[25]

Mientras que Augspurg y Heymann eran mujeres de clase media que reclamaban su derecho no sólo a la plena ciudadanía, sino también a la plena expresión personal, intelectual y sexual, los problemas a los que se enfrentaban las mujeres se veían distintos desde un entorno de clase trabajadora. El socialismo alemán había abrazado la emancipación de la mujer desde que el líder socialista August Bebel publicara su estudio *La mujer y el socialismo* (1879), que vendió más de ciento cincuenta mil ejemplares antes de la Primera Guerra Mundial.

La visión de Bebel, en el sentido de que la «mujer fue una esclava antes de que existiera el primer esclavo», fue un desafío a toda la sociedad y definió el enfoque del movimiento socialista alemán. Según el dirigente socialdemócrata, no bastaba con luchar aisladamente por los derechos de la mujer, pues: «La verdadera naturaleza de la sociedad y sus leyes, que están en la base de esta evolución, debe comprenderse antes de concebir, con alguna posibilidad de éxito, un movimiento encaminado a poner fin a las

condiciones injustas.»[26] En otras palabras, la emancipación de la mujer sólo era un detalle en el gran cuadro de la lucha de clases, y tenerla como objetivo único sólo era una distracción burguesa de la cuestión central. La activista socialista y líder obrera Clara Zetkin (1857-1933) siguió el análisis de Bebel. El socialismo, dijo Zetkin, requiere primero una sociedad sin clases que conduzca a la emancipación de la mujer de un modo totalmente natural. Zetkin despreciaba a las activistas feministas por burguesas, y afirmaba que se aferraban a sus privilegios de clase en lugar de adherirse a la causa de la justicia universal, pero su propio compromiso con los derechos de la mujer y una legislación más justa, y su posición a la cabeza del movimiento socialista femenino, en el que militaban ciento setenta y cinco mil mujeres, la convirtieron en líder de la que llegó a ser, en todo menos en el nombre, la mayor organización feminista de Europa.

Si la eficacia política de las feministas del Reich se vio restringida por la división entre las activistas y el pensamiento socialista sobre los derechos de la mujer, las feministas de la Viena habsbúrgica fueron capaces de llevar aún más lejos los límites del debate. Pese a contar con una oposición considerable, el feminismo floreció en Austria-Hungría. La cultura del imperio del Danubio se caracterizaba por un debate de intensidad desacostumbrada, y la sociedad vienesa (en gran medida como la parisina) daba más importancia y presencia cultural a mujeres extraordinarias, ya fueran pacifistas como Bertha von Suttner, o la escandalosa y escandalosamente atractiva Alma Mahler, la escritora feminista Rose Mayreder, la pedagoga Eugenie Schwarzwald, o una escritora, *salonnière* y mecenas cultural como Berta Zuckerkandl, por no mencionar a

Eleonora Duse y otras estrellas del teatro y de la ópera a las que el público seguía con fervor casi idólatra.

El pensamiento feminista que surgió de ese clima fue a menudo radical, y se dirigía no sólo contra las desigualdades sociales, económicas y jurídicas de la mujer, sino también contra sus preconceptos ideológicos. La inspirada escritora Grete Meisel-Hess (1879-1922), por ejemplo, luchó contra la oposición atacando a los dos dioses del antifeminismo, a saber, Otto Weininger y Friedrich Nietzsche. Nacida en el seno de una acaudalada familia de Praga y formada (como estudiante invitada, la única posibilidad para las mujeres) en la Universidad de Viena, Meisel-Hess se decantó por el análisis de las actitudes masculinas y desestimó de plano los pasajes más dudosos de las obras de Nietzsche, cuya misoginia había tenido un profundo efecto en toda Europa: «Hasta las grandes mentes tienen una experiencia de cinco dedos de ancho, y directamente al lado de esa experiencia se les termina la capacidad de reflexionar y empiezan el espacio indefinido y vacío de la estupidez.»[27]



Una oposición enérgica: a Grete Meisel-Hess no le resultó difícil desmontar el virulento *best-seller* de Otto Weininger.

Filósofa muy capaz, Meisel-Hess atacó los pilares del discurso antifeminista. No perdió mucho tiempo desmontando la mezcla, a menudo demencial, de antisemitismo, misoginia y pseudociencia en que se basaba *Sexo y carácter*, de Otto Weininger, y se concentró en su propio y ambicioso análisis de la sexualidad en la sociedad

occidental. Weininger y Nietzsche fueron sus principales testigos, si bien no en el sentido que ellos habrían deseado. «La mayor parte de la humanidad civilizada», escribió en un estudio pionero titulado *Die sexuelle Krise* («La crisis sexual», 1909) «sufre ese doloroso trauma, esa represión penosa de una emoción dada por la naturaleza [...] La psicosis sexual es, por tanto, también la consecuencia patológica más extendida de nuestra desgracia sexual.»[28]

Según Meisel-Hess, la cultura occidental había alejado a la humanidad de un enfoque natural de los impulsos sexuales no teñidos por el poder y las relaciones de propiedad. El mismo sistema, al enseñar a los niños valores humanistas y la pureza moral, pero separando la emoción del acto, también forzaba a la mujer a la esclavitud o la abstinencia sexual. Al mismo tiempo, empujaba a los hombres a mantener relaciones sexuales con prostitutas, unos contactos que no sólo eran peligrosos para su salud, sino también moralmente estériles. Así, todas las relaciones sexuales estaban manchadas por la lógica de la posesión y la represión de la mujer, y hasta el propio acto sexual se convertía en un placer mortal: «El capitalismo permite que de vez en cuando un joven ahorre un par de marcos para ir con una prostituta y volcar su semilla sana y vital en un útero esterilizado artificialmente [...] Lo que hace [el capitalismo] es emascular a los ciudadanos de esta sociedad.»[29]

Igual que Gretel Meisel-Hess, la escritora feminista Rosa Mayreder (a quien ya tenemos el gusto de conocer) pensaba que la solución a la «cuestión sexual» residía en la superación de los estereotipos modernos, lo cual resultaría en la plena emancipación sexual de la mujer y del hombre, que eran, cada uno a su manera, víctimas de un sistema

moral perjudicial y antinatural. Mayreder era hija de un posadero lo bastante rico para enviar a sus hijos a buenos colegios, un hombre que animó a la precoz Rose a que estudiara con sus hermanos. Una fotografía sorprendente la muestra, con dieciséis años, en una convencional pose de estudio de la década de 1880, de pie entre la inevitable palmera con la musa ornamental y un pesado escritorio de estilo historicista, el cuerpo envuelto en un vestido de terciopelo oscuro y girada para enseñar el pelo, que le llega hasta la cintura en una casta trenza. El rostro irradia inteligencia y curiosidad. Los intereses artísticos de Mayreder —fue una acuarelista consumada y escribió varias novelas cortas y el libreto para una ópera del compositor vienés Hugo Wolf— la condujeron muy pronto a completar el círculo de actividades, estrictamente limitado, que se permitía a una muchacha burguesa cuyas ambiciones podían tolerarse pero nunca tomarse en serio. Su enérgico compromiso con la política socialista y el movimiento feminista no tardaron en hacer de ella una exponente destacada de ambos, y los artículos que publicó en periódicos nacionales la consolidaron como una polemista de mucho cuidado.



Con la fuerza de la razón: Rosa Mayreder, una de las críticas más lúcidas de los valores masculinos.

En 1905 Mayreder publicó *Kritik der Weiblichkeit* («Crítica de la feminidad»), en la que resumió su pensamiento sobre las identidades sexuales femenina y masculina. Mientras que el elocuente análisis de Mayreder sobre la sumisión social y sexual de las mujeres y su necesaria emancipación seguía una pauta convencional, su comprensión del papel otorgado a los hombres hacía que su razonamiento fuese tanto más polémico. La situación actual, afirmaba, permite que los hombres sean los que mandan, pero a costa de distorsionarles en grado extremo la vida emocional y forzándolos —y, con ello, en última instancia también a toda

la sociedad— a venerar ciegamente una masculinidad heroica desbancada hace ya mucho tiempo: «Como un viejo ídolo divino aún venerado y honrado públicamente con los sacrificios de rigor aunque hace tiempo ya que ha dejado de obrar milagros, el concepto de masculinidad sigue rigiendo en nuestra cultura moderna. El contenido conceptual que se asocia a ese ídolo está lleno de vestigios de tiempos pasados, de restos de circunstancias ya desaparecidas.»[30]

Los hombres, escribió Rosa Mayreder, son selectivamente ciegos cuando se trata de analizar ese rasgo mental: Muchos hombres destacados, y con inclinaciones intelectuales completamente progresistas, son burgueses en lo que atañe a la mujer. Las razones para ello residen en la naturaleza de una clase particular de masculinidad; es un erotismo [es decir, una identidad sexual, de género] que conduce a la violencia normativa.[31] El hombre-guerrero ya no era necesario en una sociedad moderna en la que incluso el trabajo manual solía requerir poca destreza física; sin embargo, a los hombres se les seguía pidiendo que se adhiriesen a un ideal que ya no podían encarnar:

Hasta el trabajo de un hombre lo hacen ahora las máquinas. El que trabaja con una máquina es el mero ejecutor de un movimiento de la mano que en la mayoría de los casos también podría hacerlo una mujer o un niño [...] La «mano dura» que en otras circunstancias sociales era un atributo indispensable del hombre, y el fundamento jurídico de su dominio, se ha vuelto algo superfluo. Pero aun cuando la vida moderna limita con cada día que pasa la eficacia de la masculinidad primitiva [...] en nuestras costumbres y nuestras normas la valoración bárbara sigue

existiendo. El militar sigue siendo el primer orden social.[32]

Ser masculino [...] lo más masculino posible [...] ese es para ellos el auténtico honor; [los hombres] son insensibles a la brutalidad, a la derrota o al mero hecho de que una acción no sea correcta, siempre y cuando todo eso encaje en el canon tradicional de masculinidad.[33]

Sólo sabremos qué son realmente las mujeres cuando dejemos de imponerles lo que se supone que son.[34]

La civilización feminizaba a los hombres haciendo que la vida de hombres y mujeres se pareciera más: «La cultura y la educación salvan la distancia entre hombres y mujeres, feminizan al hombre, lo convierten en el polo opuesto de lo viril. Cuanto más se desarrolla una cultura, cuanto más refinada se vuelve, tanto más aumentan las influencias opuestas a la virilidad.»[35]

Mayreder evocó las peores pesadillas predicadas por los filósofos de la degeneración y los teóricos de la fuerza masculina: «Así pues, se llegaría a una conclusión paradójica, a saber, que por la civilización —que es casi exclusivamente una obra de la inteligencia masculina— los hombres mismos han trabajado en la destrucción de la masculinidad»[36], concluía, y conectaba ese análisis con la enfermedad de la época: «La oficina, el lugar de trabajo, el bufete o la consulta de un profesional, el estudio... son todos ataúdes de la masculinidad. Pero el mausoleo monumental es la ciudad misma [...] todas las influencias de la vida en la metrópolis conspiran para agudizar la enfermedad menos compatible con el carácter masculino: el agotamiento nervioso.»[37]

El contragolpe

La sociedad nunca es estática, y a lo largo de la historia el equilibrio de libertad y poder entre los sexos ha oscilado desde la relativa independencia de que disfrutaban las mujeres en la época isabelina hasta la represión casi total dos siglos más tarde; así y todo, nunca tantas cosas habían cambiado de un modo tan repentino y con tanta fuerza. Fue una transformación tan vertiginosa como omnipresente, que afectó a las relaciones personales y a la vida de todos y cada uno, y tanto más enérgica por cuanto no se conceptualizó de manera inmediata y conveniente dentro de los marcos de referencia tradicionales. El cambio no cristalizó en una nueva religión, ni como un nuevo Estado o un nuevo profeta, sino que transformó a los individuos y las sociedades desde dentro y de un modo tanto más duradero.

Esa revolución oculta se había producido a una velocidad asombrosa, acelerando el éxodo a las ciudades y la consolidación de nuevas realidades sociales que habían surgido a mediados del siglo ^{xix} y se habían convertido en una fuerza totalmente nueva hacia finales de la década de 1890 y principios de la de 1900. En menos de una generación quedó invalidada la mayor parte de las verdades recibidas acerca del orden social y el papel de los sexos. Entre los millones de mujeres que no se hicieron feministas, o que incluso fueron hostiles a las ideas feministas, apenas hubo una cuya vida no se viera afectada por los cambios que se iban registrando, sea por ocupar un puesto de trabajo, por tener acceso a la educación básica o elegir tener menos hijos que sus madres y abuelas.

Hubo un contragolpe, naturalmente. El número de panfletos y asociaciones antifeministas (algunas apoyadas

activamente por mujeres) fue enorme, y muchos hicieron carrera bramando contra esa camada de mujeres «poco femeninas», contra la pérdida de los valores tradicionales y contra la modernidad en todas sus formas. En opinión de sus adversarios, la emancipación de la mujer se asociaba a otros males del nuevo orden.

El principal exponente de la línea científica de ataque a las nuevas ambiciones de las mujeres fue el psiquiatra alemán Paul Julius Möbius (1853-1907), cuya obra *La inferioridad mental de la mujer* (1900) conoció varias ediciones antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. Basándose en mediciones de los cerebros masculino y femenino y de sus partes, Möbius afirmó que la naturaleza misma había creado a la mujer exclusivamente para que pariese y criase a los hijos, y con un cerebro tan pequeño y débil que era casi inutilizable. No puede decirse que se trataba de un argumento nuevo, pero el tono de discurso científico y la seriedad de las supuestas pruebas fueron decisivos para los que querían confinar a las mujeres a los fogones y la casa.

La oposición más cruel fue la de Viena. Ya hemos mencionado la misoginia del brillante periodista Karl Kraus y su resentimiento para con Eugenie Schwarzwald, pero el desprecio de Kraus no fue nada en comparación con la locura de Otto Weininger (1880-1903), un estudiante de doctorado judío que un día (probablemente en 1902) se presentó en casa de Sigmund Freud y le pidió que leyera el manuscrito de un libro basado en su tesis doctoral. Freud, impresionado por la lectura, le aconsejó que no lo publicara nunca. Con todo, Weininger lo sacó a la luz con el título *Sexo y carácter* (1903). Su diatriba, caótica y rebosante de odio, se convirtió en un éxito de ventas instantáneo.

Si el razonamiento «científico» de Weininger tuvo una acogida extraordinaria fue porque hacía explícito lo que los debates culturales habían dado a entender durante años, a saber, la identificación de los judíos y las mujeres como los dos principales enemigos de la individualidad y la masculinidad: «El judío real y la mujer real viven sólo como parte de su especie, no como individuos.»[38] Eso afirmaba Weininger, y a continuación condimentaba sus argumentos con detalladas estadísticas y análisis. Ninguna mujer, ningún judío era capaz de un trabajo creativo y original; los dos eran corruptores y viles por naturaleza. Movido, al parecer, por la paranoia sexual, Weininger había formulado una opinión crucial de la cultura de su época, para la cual las mujeres y los judíos causaban problemas y, además, causaban *los mismos problemas*, que eran de índole sexual.

En el primer capítulo de este libro hemos analizado el debate francés sobre la fertilidad y el caso Dreyfus, y el papel que en ambos desempeñó el antisemitismo. El capitalismo, la vida urbana, los periódicos, los mercados de valores y otros aspectos de la vida moderna se identificaban fuertemente con los judíos, que prosperaban por razones que en parte se debían a su emancipación legal y subsiguiente asimilación, de las que hacía tiempo ya que debían disfrutar, y en parte también a su cultura de aprendizaje y su punto de vista internacional y empresarial tras siglos de exilio en un mundo que les había cerrado las puertas.

Puesto que la esclavitud de la era industrial y el trabajo en las fábricas a menudo se hacía equivaler a un desarraigo, a una privación de la identidad y a la castración simbólica (recuérdese el papel que en este debate desempeñaron las tasas de natalidad en disminución), los estereotipos antisemitas reflejaban a los judíos como urbanitas

afeminados que atraían a la ciudad a campesinos viriles para apartarlos de las plantaciones y emplearlos en sus fábricas, donde esos verdaderos hombres, portadores del alma nacional, terminaban siendo unos emasculados esclavos de las máquinas.

El mismo miedo es visible en muchos argumentos contra las sufragistas y en la percepción que la sociedad tenía de ellas; cuando no se las acusaba de ser unas depravadas y unas prostitutas u obsesas sexuales, se las describía como mujeres masculinas y poco atractivas o en palabras de un diputado ruso a la Duma, como «jóvenes damas de pelo corto y gafas, la mayoría de ellas bajitas y enclenques».[39] Algunas exponentes del activismo feminista, como Anita Augspurg o Madeleine Pelletier, con sus trajes, ropa de montar y corte de pelo a lo paje, daban pie a tales críticas, pero ni la más femenina de las feministas se salvaba de ver cuestionadas su sexualidad y su feminidad. A esos seres no se los consideraba mujeres «reales», sino monstruos hermafroditas, engendros de la naturaleza. Alteraban el orden natural, dividido en hombres y mujeres, cada uno dentro de una esfera propia y claramente definida.

Una vez se hubo divulgado el monstruoso ataque de Weininger, el paralelismo con las mujeres era obvio: ellas también prosperaban y conseguían destacar como nunca en el entorno de la ciudad moderna; trabajaban y se instruían; usurpaban derechos e invadían ámbitos masculinos, y parían menos hijos. El judío de gueto de las viñetas de los periódicos también era enclenque, amén de pálido y poco masculino, si no decididamente afeminado. El estereotipo de las sufragistas las retrataba como mujeres muy masculinas, unas lesbianas prósperas. Por lo visto, las mujeres conspiraban con los judíos para trastornar el tradicional

orden de los sexos, para crear un tercer sexo extraño y amenazador, ni hombre ni mujer, sino una criatura inhumana, hija de la ciudad moderna.

Weininger tuvo poco tiempo para disfrutar del sonado éxito de su libro, que influyó no sólo en pensadores de derecha sino también en importantes mentes de la época, como Robert Musil, Elias Canetti y Ludwig Wittgenstein. Arquetipo del judío que se odia a sí mismo, y también misógino patológico y hondamente trastornado por sus propios impulsos sexuales, el estudiante terminó superado por la repulsión que sentía por su propia existencia. Poco después de publicar el libro, alquiló una habitación en la casa en que había muerto Beethoven y, en un último y patético gesto, se suicidó pegándose un tiro. Tenía veintitrés años.

La realidad había cambiado para las mujeres y los hombres, tal como con tanta sagacidad lo había analizado Rosa Mayreder. Los viejos valores ya no reflejaban la realidad, aun cuando en casi todos los países la élite dirigente estaba resuelta a aferrarse a ese ideal marcial y caballeresco de la masculinidad que era una rémora de la era preindustrial. La masculinidad definida como fuerza bruta ya no tenía valor alguno en un mundo dominado por las máquinas y por tecnócratas especializados; la materia gris pesaba más que la masa muscular y, pese a las protestas de los científicos opuestos al feminismo, el cerebro, la inteligencia, no era un terreno exclusivo de los hombres. En la economía, la fuerza muscular se asociaba ahora a la más baja y peor pagada de las ocupaciones, siempre y cuando no estuviera ya totalmente relegada al barracón de feria.

Confundiendo los agentes visibles con las causas invisibles del cambio, tanto los antisemitas como los antifeministas dirigieron su odio contra un grupo al que percibían como corrupto y sexualmente anormal. Para ellos, ese grupo amenazaba a la masculinidad tradicional, ya por su depravación insaciable (una acusación alternativa dirigida contra judíos y mujeres emancipadas por igual), ya porque simbolizaba una identidad sexual peligrosamente inestable que, al parecer, en un abrir y cerrar de ojos podía pasar de las raíces primigenias a la inmoralidad sexual. Los judíos y las mujeres llegaron a simbolizar el miedo del hombre a una emasculación resultante de verse convertido en el sujeto sin alma de la máquina. A los hombres les preocupaba ese ritmo de vida inhumano capaz de erosionarle los nervios hasta al más pintado antes de hundirlo en una vida de sombras, lejos de las leyes de la naturaleza, que, casualmente, decretaba que el lugar del sexo masculino era el más alto.

Si hacia 1900 las mujeres masculinas y los hombres afeminados eran algunos de los ogros que acosaban la imaginación de los antimodernos, la imagen de la androginia y otros juegos con la identidad sexual ejercieron una poderosa atracción en muchos artistas. Giorgio de Chirico satirizó perversamente los miedos de los hombres en su lienzo *La incertidumbre del poeta* (véanse las láminas), obra en la que un torso femenino —el más alto objeto sexual— aparece sin cabeza y sin brazos pero con pechos turgentes y unas nalgas tentadoras detrás de un racimo de plátanos maduros como una horda de falos que parecen brotar de sus costados: el hombre-mujer perfecto en algo más que un guiño a la supuesta virilidad del «salvaje» africano en su

natural esplendor. Como si quisiera subrayar el asunto del que trata el cuadro, un tren de vapor eyacula humo blanco en el fondo mientras cruza a toda velocidad la línea del horizonte. De Chirico era de todo menos sutil. En *El sueño transformado*, una variación sobre el mismo motivo, la cabeza triste de un dios patriarcal, Zeus o, quizá, Poseidón, contempla un racimo de plátanos amontonados en actitud impotente ante un par de pifias tropicales que parecen testículos. Y el tren sigue ahí detrás. Los dos cuadros muestran figuras inconexas, aunque compuestas según las convenciones clásicas, confrontadas ahora con la fuerza bruta de la naturaleza y la potencia desbordante de la técnica, y en los dos vemos identidades sexuales alteradas irremediablemente en su esencia.

El francés André Derain se limitaba, como una cámara fotográfica, a fijar la mirada en la realidad. En el *Baile de los soldados en Suresnes* (1903) nada sale como tendría que salir. Al fondo, tres hombres uniformados permanecen impassibles, dos de ellos con un enorme sable en la entrepierna, mientras una mujer conduce a un soldado a la pista de baile; él se aferra a ella y le pone una mano posesiva en la cadera, pero no parece impresionarla en lo más mínimo. Ella es una mujer alta, segura de sí misma, y salta a la vista que se aburre mientras él se esfuerza por sacarla del centro del lienzo, que los atraviesa como un cuchillo. Pero el soldado no tiene oportunidad alguna de conseguirlo: es un miembro atrofiado de una especie inferior, e intenta en vano afirmarse sobre una amazona moderna.

A medida que las identidades sexuales se perdían en las ambigüedades de la construcción social y el libre albedrío, niños afeminados y mujeres de aspecto andrógino invadían la imaginación de escritores y pintores por igual. Pueden

encontrarse en obras desde *Los niños soñadores* (1903) de Kokoschka hasta *La muerte en Venecia* (1912) de Thomas Mann, en la que un escritor que envejece comienza a sentir una pasión arrolladora por un hermoso adolescente; y también en la relación incestuosa de Ulrich con su hermana andrógina Agathe en *El hombre sin atributos* de Robert Musil o en los ambiguos efebos de los cuadros del ruso Kuzma Petrov-Vodkin. Las mismas imágenes aparecen en las primeras escenas de Picasso y en obras de artistas excéntricos como Edith Sitwell, en la belleza desgarrada de la joven Anna Ajmátova y en el ambiguo atractivo de Sarah Bernhardt. Esa androginia también se expresó en el flagrante y célebre interés de Isadora Duncan por mujeres y hombres.

La ambivalencia moderna no era el erotismo suntuoso y decadente del *fin de siècle* simbolista y sus jóvenes lánguidos, sino una sensualidad peligrosa, una amenaza que había invadido las imágenes y los fantasmas de principios del siglo xx. No implicaba una promesa de seducción en un más allá lujurioso, sino la amenaza de la identidad socavada por las infinitas posibilidades de las pulsiones ocultas. Ni un solo hombre podía estar seguro de que su constitución nerviosa o su universo moral resistiría el aluvión de tentaciones de la ciudad moderna, ni de que bajo una mujer encorsetada y con falda larga no se ocultaba una furia de ojos salvajes con sangre en las uñas y los dientes, lista para desgarrar la delgada capa de la civilización: un animal salvaje y bisexual como los bailarines estáticos del aquelarre rural del alemán Emil Nolde. Ya ni en los lienzos iban las mujeres a seguir recatadamente tumbadas.

X. 1909: EL CULTO DE LA MÁQUINA RÁPIDA

Hay que admitirlo: [...] el automovilismo es una enfermedad, una enfermedad mental. Y esa enfermedad tiene un bonito nombre: velocidad [...] [El automovilista] ya no puede estarse quieto; trepida, los nervios tensos como muelles, impaciente por volver a partir en cuanto llega a algún sitio, ansioso por llegar a otro sitio, siempre a otro sitio, más lejos incluso...

OCTAVE MIRBEAU, *El 628 E-8*, 1910

«Estoy solo. No veo nada. Pierdo la orientación durante unos diez minutos. Es una situación extraña: desorientado, en el aire, sin brújula, sobrevolando el Canal de la Mancha. Mis manos y pies descansan ligeramente en las palancas. Dejo que el avión escoja su propio rumbo. Y luego, veinte minutos después de haberme alejado de la costa francesa, veo los acantilados de Dover, el castillo y, más lejos, hacia el oeste, el lugar en que debería haber aterrizado.»

Muy poco después, a las cinco y trece minutos de la mañana del domingo veinticinco de julio de 1909, el piloto aterrizó en un campo de golf junto al castillo de Dover. Louis Blériot (1872-1936), ingeniero francés, se convertía así en el primero en cruzar por el aire el Canal de la Mancha, y también en cobrar el premio de mil libras que ofrecía el *Daily Mail*. Había necesitado treinta y un minutos. Quitándose el gorro de cuero y bajando de la cabina de la máquina que él mismo había construido, aún con dolores en el pie derecho, afectado por graves quemaduras sufridas durante un vuelo apenas un mes antes (el pionero de la aviación ya había sobrevivido a más de cincuenta accidentes, y el sastre tenía que cortarle los trajes según sus deformidades), Blériot se dispuso a recibir a los periodistas y a los miembros de la guardia de honor que se acercaron a la carrera en cuanto lo localizaron. Cuando los primeros soldados llegaron al avión, el francés los saludó muy cortésmente. «¿Serían tan amables de alcanzarme las muletas?», preguntó en inglés. El vuelo sobre el Canal de la Mancha fue la sensación de la época. Enormes multitudes recibieron a Blériot en Dover; más tarde, ese mismo día, el piloto hizo su entrada triunfal en Londres, donde Lord Northcliffe, el poderoso magnate de los medios, le entregó el premio. Los periódicos de todo el mundo sacaron al ídolo del momento en primera plana: «¡Inglaterra ya no es una isla!», anunció con júbilo *Le Matin*.



Así entró en la historia: Louis Blériot cruzando
el Canal de la Mancha,
julio de 1909 (Topfoto)

A Blériot el récord casi se lo quita de las manos su rival Hubert Latham, que ocho días antes había intentado sobrevolar el Canal; a mitad de camino el motor había pasado a mejor vida y al piloto tuvieron que rescatarlo de las aguas. Blériot, en cambio, siguió adelante pese a las heridas, pues no quería dejar escapar esa oportunidad. Había programado el vuelo para el veintitrés de junio, pero el mal tiempo lo había retrasado. A las cuatro y treinta cinco de la mañana del veinticinco de junio montó, cojeando, en la frágil máquina voladora que supuestamente debía llevarlo hasta la otra orilla. Con diecisiete litros de gasolina en el motor se enfrentó a vientos que le hicieron difícil controlar el aparato, una situación agravada por la escasa visibilidad; así y todo, al cabo de poco más de media hora divisó, entre delgadas nubes, los famosos acantilados blancos. Poco después tocaron tierra las dos ruedas del avión, que en

realidad eran ruedas de bicicleta, y, con ellas, el primer hombre que llegaba a Gran Bretaña por aire.

Blériot no fue el único pionero de la aeronáutica, por supuesto... No hay que olvidar a Otto Lilienthal en Alemania y a los hermanos Wright en los Estados Unidos, ni a otros inventores menos conocidos; pero sí fue el primero en marcar el hito simbólico de pilotar un avión a motor sobre mar abierto y entre dos países. Había demostrado que los aviones podían hacer algo más que volar un par de cientos de metros por encima de un campo en un día precioso, como habían enseñado los inventores de tantos modelos experimentales. Ahora el avión podía usarse como un auténtico medio de transporte.

Esos hombres magníficos

En aquellos días, volar era elegante y peligroso a la vez, una tentación irresistible, la realización de un viejo sueño, del mito griego de Dédalo, el gran artesano y arquitecto de la Antigüedad, a quien los dioses habían castigado enviando a su hijo Ícaro a una muerte prematura cuando le derretieron la cera de las alas. Ahora, casi tres mil años después, la humanidad arrebatava el monopolio de los cielos a los dioses olímpicos y a los pájaros. Pero los dioses seguían tirando de los jóvenes pilotos del aire y los hacían perecer en las llamas de sus cacharros... El número de 1912 de la popular revista francesa *Je sais tout* trajo un impresionante retrato de grupo de decenas de aviadores muertos en vuelos de prueba en los últimos cinco años. No obstante, ya había caído la última barrera, y, a partir de entonces, sería el progreso de la técnica, no del mito, el que dictaría el ritmo de los acontecimientos.

No sólo los pilotos ejercían una atracción mágica sobre el gran público. Los pilotos de coches de carreras, los corredores de *rallies* y los campeones del ciclismo también se convirtieron en héroes populares. Los periódicos seguían cada paso de sus respectivas competiciones; se batían y se marcaban nuevos récords todas las semanas. Correr a toda velocidad era una de las obsesiones de la época; más aún, era la droga favorita. Y vaya si había velocidad, sobre todo en la pujante Alemania, cuna de los mejores ingenieros del mundo. El veintiocho de octubre de 1903 la compañía alemana AEG ya había probado una locomotora eléctrica que alcanzó los doscientos diez kilómetros por hora, convirtiéndose así en el vehículo más rápido construido por el hombre. Sólo una semana antes, una locomotora parecida, obra de la compañía rival Siemens, había llegado a los doscientos seis kilómetros por hora.

En una sola generación, el país dejó de ser un mosaico confuso de pequeños estados feudales para convertirse en un gigante de la industria dispuesto a enfrentarse a cualquiera que se atreviese a retarlo. Alemania había vencido a su archienemiga Francia, se había transformado en un imperio y comprado colonias. Desde las arenosas llanuras de Prusia llegaban soldados y administradores; el sur rural ya era el líder mundial de la industria química y de la ingeniería de precisión; los puertos marítimos del norte estaban a rebosar de productos venidos de todo el mundo, y también de mercancías «Made in Germany»; mientras tanto, en el flanco occidental se afianzaba el mayor conglomerado urbano de Europa, la cuenca del Ruhr, donde se extraía carbón y se producía acero con más rapidez que en cualquier otro país del Viejo Mundo. Esa expansión sin precedentes había hecho de Alemania un país rico en muchos sentidos. Cada vez más

y más gente podía permitirse llevar una vida de clase media y pagar a sus hijos una educación de corte clásico y no una mera formación profesional. Las universidades crearon la élite más productiva y original en humanidades y ciencias que el mundo había visto jamás (Alemania acumulaba más Premios Nobel que ningún otro país), y la nación podía hacer alarde de la mayor densidad mundial de teatros, salas de ópera, bibliotecas y museos y de un mercado más que floreciente de libros y periódicos. Quitando a los Estados Unidos, ningún otro país había llegado tan lejos en tan poco tiempo.

Al filo de esa fiebre de desarrollo, la creciente sensación de velocidad era una preocupación importante, una historia de amor pública, un temor profundo y, también, el motor que impulsaba a millones de vidas humanas. Las grandes máquinas de las fábricas Krupp, industrias químicas como Bayer y BASF, gigantes de los electrodomésticos como AEG y Siemens o la próspera Daimler Benz, absorbían a cientos de miles de mineros, ingenieros, obreros no cualificados y capataces que fichaban todos los días de la semana; su trabajo lo contabilizaban y puntuaban las manos muertas de los relojes y las sirenas de las fábricas, que convertían a hombres y mujeres en muñecos mecánicos que repetían sus tareas con una regularidad embotadora. En medio del ruido de las clavijas y el murmullo constante de las voces, las operadoras de centralitas telefónicas creaban en un segundo multitudes de conexiones; las secretarias escribían, a unas cien palabras por minuto, las cartas que les dictaban unos jefes muy impacientes, y los teléfonos ponían fin a esa decorosa y secular costumbre llamada correspondencia. Los rótulos de las tiendas iluminadas y las enormes vallas publicitarias eran mensajes instantáneos que desfilaban a

velocidad de vértigo ante los ojos de los viajeros. Los ferrocarriles se enorgullecían de ser rápidos y, sobre todo, puntuales; los tranvías eléctricos circulaban por Berlín desde 1879; las grúas del puerto libre de Hamburgo se movían en una coreografía de carga y descarga cuidadosamente cronometrada, pues no había un minuto que perder; las ruedas gigantes de las torres de las bocaminas giraban las veinticuatro horas del día mientras un turno de mineros tras otro desaparecía en la oscuridad de los túneles. Para los obreros de la industria, la amenazadora visión de *Tiempos modernos*, de Charlie Chaplin, se hizo realidad mucho antes de que su futuro creador dejara de llevar pantalones cortos.

El mesías de ese evangelio que mandaba no desperdiciar ni un segundo en el lugar de trabajo fue Frederick Winslow Taylor (1856-1915), un ingeniero norteamericano que dedicó su vida a racionalizar las prácticas de trabajo analizando los movimientos y hasta el más mínimo gesto de cada obrero, desmontando esa cadena de acciones y volviéndola a montar del modo más apto para ahorrar tiempo. Taylor, hijo de una familia de cuáqueros, había recibido parte de su educación en Alemania. Durante la crisis del acero de la década de 1880 se dedicó a observar a los obreros, lo cual le permitió concluir que la antigua manera de trabajar —gobernada por una aplicación artesanal de las normas del pulgar y la independencia, y con trabajadores que arrastraban los pies— ya no servía. En adelante había que analizar científicamente cada movimiento, y la responsabilidad de las prácticas y los horarios se concedería únicamente a los directores y gerentes. «En el pasado», escribió Taylor, «el hombre fue lo primero. En el futuro lo principal debe ser el sistema.» Valiéndose del ejemplo de un obrero imaginario al que, como queriendo inspirar confianza, bautizó Schmidt, Taylor

demostró que sólo el análisis riguroso podía aumentar la velocidad del trabajo y la eficiencia, y aplicó sus principios a muchos ramos de la industria, mejorando la eficiencia en una fábrica de bicicletas de modo tal que «treinta y cinco muchachas pasaron a hacer el trabajo que antes hacían ciento veinte. La precisión del trabajo hecho a más velocidad era dos terceras veces mayor que la obtenida con la velocidad lenta empleada anteriormente.»

Henry Ford (1863-1947) fue el primer fabricante de automóviles que comprendió que podía ganar más dinero vendiendo cientos de miles de coches baratos a gente con ingresos modestos que vendiendo sólo un puñado de automóviles caros a los ricos. El aspecto más revolucionario de su visión consistió en hacer que la unidad llegara al trabajador idóneo antes que hacer que el obrero especializado fuese a cada unidad. Y así nació la cadena de montaje. Lanzado en 1908, el Ford T costaba ochocientos veinticinco dólares; fue el primer automóvil que pudieron permitirse las masas, sobre todo porque la mayor eficiencia en las fábricas se traducía inmediatamente en una bajada del precio. En 1916 un modelo T recién salido de fábrica costaba trescientos sesenta dólares. Era un automóvil en el que todo se calculaba para maximizar la velocidad y la eficiencia de la producción. También la pintura negra se había elegido porque secaba más rápido. «Todo cliente puede tener un coche pintado del color que quiera siempre y cuando sea negro», bromeó Ford. Es divertido imaginar lo que podría haber pasado si hubiera secado más rápido la pintura rosa.

Las ideas de Ford y Taylor no se aplicaron en toda la Europa anterior a 1914, pero se discutían con vehemencia, y entre los jefes el «taylorismo» se convirtió en sinónimo de eficiencia, y en sinónimo de explotación mecanizada de los

obreros para los sindicalistas, que opusieron una decidida resistencia a todas las iniciativas «tayloristas». No obstante, los europeos con visión de futuro sintieron una extraordinaria atracción por el enfoque norteamericano del trabajo, de la vida y del presente. «La historia es casi siempre una bobada. Es tradición, y nosotros no queremos tradición. Queremos vivir en el presente, y la única historia que vale algo es la que hacemos hoy», exclamó Henry Ford. Haciendo frente a las sociedades y prácticas conservadoras que aún prevalecían en Europa, algunas de las mentes más innovadoras del viejo continente —entre ellos, el fabricante de automóviles Louis Renault, el magnate austrohúngaro del acero Karl Wittgenstein y el arquitecto Adolf Loos— viajaron a los Estados Unidos para observar cómo funcionaba una sociedad libre de las ataduras de la tradición. Volvieron convencidos de que a Europa había que racionalizarla, quitarle el polvo, acelerarla y hacerla más eficiente.

La velocidad se había convertido en una experiencia psíquica. Cuatro veces más rápida que un peatón, la bicicleta sacaba al ciclista fuera de los límites de su propia vida y lo llevaba al campo, lejos de los salones y hacia una vida libre del peso de las convenciones sociales. Los moralistas reaccionaron escandalizados por los efectos que esos vehículos anárquicos tendrían en la moral pública, sobre todo en las mujeres, que ya pedaleaban alegremente tras tirar a la basura el corsé y decantarse por una ropa más práctica, pantalones incluidos. Mientras tanto, los científicos advertían muy seriamente que la velocidad, y también la posición —a horcajadas en el sillín, con descaro—, estimularía a las mujeres más de lo que eran capaces de resistir y las reduciría a la infertilidad, a la histeria o cosas

peores, hasta dejarlas hechas unas criaturas licenciosas sin compostura ni moderación.

El novelista Maurice Leblanc (creador de Arsenio Lupin, el famoso ladrón de guante blanco) hizo un uso divertido de ese temor generalizado en la novela de 1898 *Voici les ailes!*, en la que describía el paseo en bicicleta de dos parejas jóvenes. El primer día, uno de los hombres comenta que nada evoca la velocidad con más intensidad que el roce de las ruedas en la carretera; los sentidos de los ciclistas se agudizan, y permite a estos una nueva experiencia del paisaje. Entretanto, las mujeres empiezan a desabotonarse las blusas. El segundo día las mujeres salen sin corsé, y el tercero se quitan la blusa y atraviesan el campo como Amazonas modernas. Al final, las dos parejas mandan al diablo todas las convenciones y se entregan a una orgía de amor libre.

El nexa entre velocidad y exceso sexual lo reforzó Alfred Jarry en su novela *El supermacho*, publicada en 1902, en la que el héroe, un ciclista, primero gana una carrera de diez mil millas contra una locomotora de vapor y luego vive un episodio de sexo paroxístico («Esto no es un hombre; esto es una máquina», comenta otro personaje) que lo deja literalmente exhausto, víctima de su propia energía y sin deseo carnal. En las vías de un ferrocarril de provincias del estado de Nueva York, lejos de la noble esfera de la literatura de vanguardia, el sueño de ganarle una carrera al tren ya se había hecho realidad. En 1899, el veloz Charlie Murphy pedaleó un kilómetro y medio en menos de un minuto a la sombra de una locomotora, y consiguió adelantarla. Murphy estuvo a punto de morir de agotamiento, y sufrió serias quemaduras por culpa de los desechos que escupía la máquina en marcha, pero durante unos segundos la mera

fuerza de los músculos lo había hecho avanzar más rápido que una locomotora.

La técnica y la velocidad crearon una nueva clase de superhombre artificialmente mejorado, el precursor de los héroes biónicos de nuestros días. En *La Locomotion à travers le temps, les mœurs et l'espace* (1912), Octave Uzanne habló extasiado sobre la «fiebre de la velocidad»: «Con sus trenes subterráneos, el ciudadano es una mole; con sus automóviles es un antílope, un rayo, una bala de cañón, y un águila, un gorrión, un albatros con sus aviones.»[1] En la revista *Je sais tout*, un autor anónimo calculaba cuánto más alta era ahora la gente gracias a las mejoras de la técnica. Calculó también el «tamaño físico real» de un viajero comparando con la velocidad de un peatón aquella a la que un ciclista podía cubrir una distancia determinada. Su estudio mostró la estatura que debía tener el peatón para andar a la velocidad del ciclista: ese peatón hipotético tendría que medir quince metros de altura. Las comparaciones con otras modalidades de transporte demostraron que, para alcanzar la velocidad de un tren rápido, un viajero tenía que medir cincuenta y un metros, mientras que el piloto de un coche de carreras eclipsaría o casi, en altura, a la catedral de Notre Dame. La técnica había creado una nueva raza de gigantes —en los dos sentidos de la palabra— y cambió la experiencia misma del tiempo y el espacio. Las nuevas velocidades hacían que las distancias se encogieran, y que viajar pareciera algo trivial. No obstante, mientras el espacio se encogía, el tiempo se ensanchaba espectacularmente, dando cada vez más importancia a los intervalos pequeños, desde Taylor y su sistema hasta los periódicos que publicaban noticias de todo el mundo, y con fotos de sucesos ocurridos apenas unas

horas antes, y los deportistas ganaban o perdían por décimas de segundo.

En las carreras

Todos los fines de semana cientos de miles de personas iban a las carreras en busca de la euforia que provocaba la velocidad. Hasta entonces terreno reservado a la alta sociedad y sus purasangres, las nuevas carreras de bicicletas y de automóviles llevaron a las masas la emoción de las máquinas rápidas. El estadio cubierto llamado coloquialmente *Vel d'hiv* (velódromo de invierno) se inauguró en París en 1900; el Tour de France se corrió por primera vez en 1903, y el Sportpalast de Berlín abrió sus puertas en 1906. Las carreras de coches y los ralbes ya estaban bien arraigados, y los periódicos rebosaban de noticias trepidantes sobre esos hombres magníficos y sus máquinas, voladoras o terrestres.

Registrar los logros deportivos dependía de otra invención de la técnica que de pronto afirmó su control universal sobre la humanidad: mientras que antes sólo los ricos podían permitirse un reloj, la fabricación industrial y las necesidades de una economía cada vez más compleja masificaron el uso del reloj de bolsillo. El historiador Karl Lamprecht ha calculado que, sólo en los últimos años del siglo ^{xix} y principios del siglo ^{xx} [2], Alemania importó unos doce millones de relojes de bolsillo. Los primeros cronómetros con manecillas para indicar las décimas de segundo llegaron al mercado en 1900. Los récords deportivos, que hasta entonces habían sido objeto de anécdotas y de cálculos, de pronto adquirieron la dignidad de hecho documentado.

Había comenzado una carrera que no conocía descanso alguno. Para el escritor francés Octave Mirbeau, la mente del hombre moderno era una pista de carreras infinita: «Sus pensamientos, sus sentimientos y sus amores son un remolino. En todas partes la vida se precipita locamente como una carga de caballería, y se desvanece cinematográficamente como árboles y siluetas a lo largo de un camino. Todo lo que rodea al hombre salta, baila, galopa en un movimiento que está desfasado con el suyo.»[3] A Marcel Proust le fascinaban los automóviles, e incluso decidió gastar veintisiete mil francos en un avión para su chófer e ídolo de entonces, Alfred Agostinelli, que soñaba con ser piloto. Antes de que Proust pudiera completar la operación, su joven amigo cayó al Mediterráneo y se ahogó. Proust quedó destrozado por la pérdida.

No sólo los escritores se entusiasmaron con los juguetes de la técnica. Si alrededor del cambio de siglo Francia tenía unos tres mil automóviles, en 1914 ese número ya había ascendido a cien mil; en París, una exposición de automóviles atrajo a medio millón de visitantes en 1903. Mientras tanto, en otras regiones menos industrializadas casi no había coches: Budapest sólo tenía ciento cincuenta y nueve en 1905. Norteamérica era una historia totalmente distinta. Tin Lizzie, el legendario Ford T, montado en sólo doce horas y ocho minutos, se vendía como rosquillas. Sólo en 1914 la fábrica Ford produjo y vendió trescientos ocho mil ciento sesenta y dos automóviles. Los alemanes, algo más frugales, sólo tenían cincuenta y cinco mil en 1914. Aun así, la visibilidad y el prestigio del automóvil eran altos. El káiser mismo era un conductor entusiasta, patrocinador del exclusivo Allgemeiner Automobil Club con su espléndido cuartel general en el centro de Berlín. La mayoría de los

miembros más antiguos del gobierno, y los jóvenes de la alta aristocracia, también eran socios del Automóvil Club alemán.

La velocidad del nuevo tráfico automotor difícilmente puede definirse de impresionante si tenemos en cuenta los criterios actuales. En 1904 el límite de velocidad en Gran Bretaña era de veinte millas (32 km) por hora en las carreteras públicas; en Alemania, en ciudad, era de quince kilómetros por hora, y de veinticinco en la acelerada capital. Sin embargo, esos vehículos lentos, que a menudo infundían respeto por voluminosos y relucientes, poco le decían a una imaginación pública dominada por las noticias de carreras temerarias, récords de velocidad y exploradores intrépidos. En 1902 el *Deutsche Zeitung* publicó un extenso reportaje sobre dos aventureros, uno británico y el otro alemán, que habían equipado un automóvil especialmente construido en Francia por Panhard-Levassor para dar la vuelta al mundo [4]. Antes de averiarse el coche, les dio tiempo de llegar hasta Nizhni Nóvgorod. No obstante, pequeños contratiempos como ese no hacían más que conferir a las hazañas motorizadas un aura de desafío y peligro. Las revistas publicaban regularmente reportajes sobre acontecimientos y marcas deportivas, y también largos artículos sobre el Tour de France, sobre pilotos de aviones y diseño aeronáutico, sobre el papel de la futura aviación militar (incluidas batallas aéreas, imitación Trafalgar, entre flotas de zepelines), servicios postales rápidos y motorizados, el caos provocado por los automóviles particulares en París (una situación que requería la atención de varios agentes de policía), la «increíble velocidad» de la telegrafía sin hilos, las mujeres deportistas que batían récords, y también sobre una nueva y curiosa moda francesa: *le camping*. [5]

Hasta los desastres se habían vuelto parte de esa aceleración del mundo. La novela *Futilidad* (1898), de Morgan Robertson, imaginaba un buque enorme e «insumergible», «el más grande que ha surcado los mares y la mayor obra del hombre», que competía por la codiciada Blue Riband a la travesía más rápida del Atlántico, pero que chocaba contra un iceberg con muy pocos botes salvavidas a bordo. Robertson bautizó *Titán* a esa nave imaginaria. El protagonista reconoce «la destrucción gratuita de la vida y de la propiedad» que provoca la velocidad, pero no puede hacer nada para evitarlo. La novela de Robertson fue profética: catorce años después tuvo lugar el famoso hundimiento del *Titanic*, el transatlántico que batía todos los récords, y el suceso conmocionó al mundo. Las primeras noticias llegaron a las redacciones en pocas horas, y se sacaron ediciones especiales a toda velocidad. No había tiempo que perder; sobre todo, no había que regalar tiempo a la competencia. Las noticias se habían convertido en parte de la vida, y sólo la última noticia era interesante.

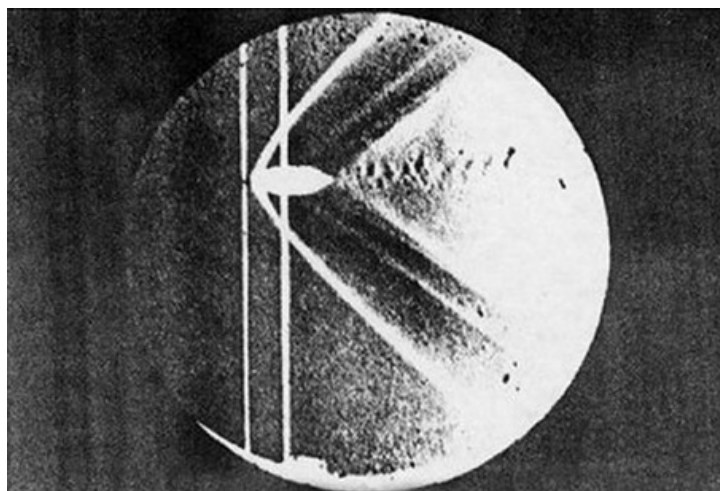
En 1865 el *Great Eastern* había tendido la primera línea telegráfica a través del Atlántico, conectando así Europa con los Estados Unidos a la espectacular velocidad de ocho palabras por minuto. Desde entonces se habían tendido cientos de miles de kilómetros de cables de telégrafo y teléfono, y ya se daba prácticamente por seguro que las noticias llegarían en cuestión de horas desde cualquier lugar del planeta. Las noticias «de última hora», enviadas por teletipo, mostraban un mundo nuevo. Si antes los corresponsales recopilaban y desarrollaban con calma las historias que enviaban por correo a las centrales, ahora los hechos se relataban día a día, a medida que iban sucediendo, y en un tono fragmentario e inmediato acentuado por el

famoso «estilo telegráfico» que adoptaban los periodistas cuando dictaban sus noticias: oraciones más breves, menos adverbios y una gramática más sencilla para evitar la confusión en el otro extremo de la línea.

Los avances de la reproducción fotográfica también contribuían a dar una imagen más inmediata y menos retocada del mundo. Los sucesos ya no tenían que reproducirse en el estilo estandarizado y heroico de un grabador o un dibujante; podían captarse vírgenes. Los reporteros de guerra y de sucesos criminales ya no enviaban reconstrucciones de artista, sino imágenes de explosiones reales, ciudades destruidas y víctimas de la violencia, en especial durante la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. Seguían viéndose las imágenes habituales de políticos barbudos y serios y de generales que posaban con todo cuidado ante las cámaras, pero la misma técnica pasó a usarse para transmitir una imagen asombrosamente anárquica del mundo: multitudes y cadáveres, víctimas de catástrofes y soldados rasos, héroes deportivos y estrellas de cine, todos compartiendo las mismas contadas páginas y todos fotografiados unos días o unas horas antes.

A finales del siglo ^{xviii} los filósofos idealistas habían contado a un mundo boquiabierto que lo que sabemos no es otra cosa que una función de lo que percibimos, que la única revelación en la que podemos confiar está dentro del universo cerrado de nuestros sentidos: una idea hondamente inquietante en una época religiosa. Un siglo más tarde, en la década de 1870, los fotógrafos con iniciativa habían hecho suyo ese punto de vista fijando instantes demasiado breves para que el ojo humano los registrase. En los Estados Unidos, Eadweard Muybridge hizo estudios de movimientos de personas y animales en reproducciones múltiples,

deteniéndolos en una serie de imágenes individuales tomadas en un periodo de tiempo muy breve. La serie resultante (una única persona, y desnuda, para una mayor exactitud, y también mucho más evocadora de la Antigüedad clásica) parecía una secuencia de seres humanos clonados que al mismo tiempo confería dignidad estatuaría incluso a las tareas más humildes. Sin embargo, el aspecto más sorprendente de esas fotografías era el de hacer visibles motivos e instantes efímeros que hasta entonces habían permanecido ocultos. Pronto las cámaras fueron lo bastante rápidas (los tiempos de exposición bajaron a una milésima de segundo hacia 1880) para fotografiar incluso las cosas más fugaces, y en 1886 el físico y filósofo austriaco Ernst Mach llegó a fotografiar una bala en plena trayectoria, consiguiendo una imagen que permitía apreciar claramente la circulación del aire que despedía el proyectil. Y la fotografía aún podía hacer mucho más: en lugar de mostrar únicamente lo demasiado lejano o demasiado rápido para verse a simple vista, la cámara también podía revelar lo invisible. En efecto, los novedosos rayos X permitieron ver el esqueleto de los seres vivos: una pequeña muerte por anticipado. Los sentidos humanos ya no eran lo bastante agudos para asimilar ese ritmo vertiginoso del mundo; la técnica los había superado y completado.



Velocidad congelada: fotografía de la trayectoria de una bala, de Ernst Mach.

Las cámaras pequeñas y baratas, fabricadas en serie y con rápidos tiempos de exposición y película comercial, hicieron que el ojo mágico de la fotografía fuera accesible también a los no profesionales. Había nacido la instantánea. Después de recibir su primera cámara en 1904, cuando sólo tenía nueve años, el parisino Jacques-Henri Lartigue apenas pudo reprimir el placer que le causaba todo ese frenesí. Hijo de una familia acaudalada, ese niño maravillosamente dotado descubrió que era capaz de documentar el mundo que lo rodeaba, y lo que a menudo decidió fotografiar (cosa que no sorprende tratándose de un niño) fue el mero sentimiento de euforia que producía la velocidad. Un coche de carreras tomaba una curva, con la forma distorsionada por la velocidad y seguido por una nube de polvo; amigos que no le tenían miedo a nada bajaban por las colinas como bólidos en karts de fabricación casera; el horizonte de un piloto de competición captaba la carretera como vista desde un coche

lanzado a toda pastilla; un niño se tiraba al agua y luego era fotografiado como si flotara por encima de la quieta y tranquila superficie del agua en pleno y extraño vuelo, y hasta una mujer adulta podía terminar reducida a una forma borrosa que cruzaba una plaza deprisa y sin el menor decoro.

Sin embargo, como veremos en el capítulo ^{xii}, en ningún ámbito de la técnica esa locura mundial se hizo más patente que en otro nuevo medio: el cine, que pronto gozó de una enorme popularidad. Los noticiarios cinematográficos podían divulgar acontecimientos importantes tan rápido como podían transportarse los rollos. Con ocasión de la investidura del príncipe de Gales en Carnarvon (1911), la película filmada durante la ceremonia viajó en un tren especial equipado con una cámara oscura en uno de los vagones, se reveló durante el viaje y se proyectó en Londres esa misma noche. La ceremonia, vista a cientos de kilómetros de distancia apenas unas horas después de haberse celebrado, era menos majestuosa que en directo: como siempre, el proyector giraba a una velocidad acelerada, y los espectadores vieron a un príncipe que, junto con su comitiva, se movía con los pasitos rápidos y entrecortados de un robot.

Pero el cine pudo hacer mucho más aparte de registrar lo que había ocurrido, ya fuese puesto en escena o no, porque su logro más perdurable fue el de cambiar el modo en que se narraban las historias. Mudas, y más allá del ingenio verbal, desbordantes en sus efectos y en avidez de velocidad y emociones, las películas pronto definieron su propio repertorio estético. El montaje podía sobresaltar a los espectadores y hacer avanzar la historia; los primeros planos se usaban para intensificar las emociones; los recuadros podían aportar comentarios mudos; el avance rápido podía

deslumbrar a todo un auditorio. Las flores se abrían ante los ojos incrédulos del público; una oruga desarrollaba su crisálida y de ella salía una mariposa espléndida. Lo que en la naturaleza tardaba semanas en producirse, en el cine era cuestión de minutos. El teatro no podía competir con el cinematógrafo. Especulando acerca de la muerte del melodrama, un crítico, refiriéndose al cine, señaló: «La rapidez hace difícil respirar y es la causa de una excitación que el melodrama propiamente dicho no evoca.»[6]

Capturar el mundo en movimiento

Los artistas quedaron fascinados por esa realidad acelerada y sus posibilidades, por su fragmentación en milésimas de segundos y fotogramas, por las fuerzas que empujaban al mundo y lo distorsionaban, la energía en estado puro y la carga sexual de la velocidad y sus agentes técnicos. El culto de la velocidad y la técnica fue un elemento importante de la visión pesimista de H.G. Wells y sus monstruosos mundos del futuro. En sus manos, las máquinas no se convertían en aparatos excitantes y casi sexuales, sino en instrumentos de destrucción. En *Los acorazados terrestres* (H.G. Wells, 1906) se describe, con una presciencia que roza lo asombroso, una guerra de trincheras con soldados inmersos en un derramamiento de sangre que no termina de resolverse, una guerra repentina y cruelmente transformada por la llegada de vehículos acorazados con ametralladoras mecánicas que pasan por encima de las trincheras enemigas. Un joven oficial le explica así a un corresponsal de guerra por qué el enemigo no tiene posibilidades de ganar:

Sus hombres no son lo bastante brutos; ese es el problema. Son un montón de habitantes de la ciudad, sin fuerza vital, la verdad es esa. Son oficinistas, obreros, estudiantes [...]; son hombres civilizados, pero en la guerra, pobres aficionados. No tienen aguante, eso es lo que pasa [...] Nuestros chicos de catorce años pueden ser más fuertes que esos hombres adultos...[7]

No obstante, los acorazados vencen sin dificultades la heroica resistencia de los «jinetes corpulentos y bronceados» que defienden las trincheras. El regimiento del joven oficial cae bajo el fuego graneado de los atacantes: «cuarenta, sesenta hombres jóvenes en unas máquinas atrocemente injustas» dejan boquiabierto al periodista: «“La hombría contra la maquinaria”, piensa; es un titular muy gráfico [...] Después se dirigió hacia los prisioneros que formaban fila, se acercó todo lo que los guardias parecían dispuestos a permitirle, los miró de arriba abajo y comparó sus proporciones, nada desdeñables, con las de quienes los habían hecho prisioneros, que eran de complexión ligera. “Unos degenerados muy listos”, dijo entre dientes. “*Cockneys*[*] anémicos.”»[8]

Por el contrario, para otros autores británicos el frenesí de la velocidad parecía estar muy lejos. Con la mirada aguda de un admirador foráneo, T.S. Eliot plasmó una actitud respecto del futuro que no tenía nada que ver con el entusiasmo ni con una confianza desmesurada:

Ya habrá tiempo, sí, ya habrá tiempo
para preguntarse «¿Me atreveré?» y «¿Me atreveré?»,
tiempo para dar media vuelta y bajar la escalera,
con una coronilla calva en mitad de la cabeza.
¿Me atreveré

a alterar el universo?

En un minuto hay tiempo

para decisiones y correcciones que un minuto
rectificará.[9]

En Londres, ciudad de gente precavida y cortés, esa clase de respuesta lacónica podría haber tenido sentido, pero no era así cómo veían las cosas los escandalosos jóvenes artistas del imperio ruso, pues alterar el orden del universo era su misma razón de ser. Maiakovski y compañía hicieron todo lo posible con tal de dar «una bofetada en la cara del gusto público», como se llamó su manifiesto de 1912. Querían, como escribió Maiakovski en uno de sus poemas, velocidad, peligro, destrucción:

¡Soldados, os envidio!

¡Qué bien lo tenéis!

Aquí, en un muro viejo y feo quedan pedacitos de
cerebros humanos, la huella de los cinco dedos de la
metralla. Qué bien que cientos de cabezas humanas
cortadas se hayan quedado pegadas a un campo
estúpido.

¡Sí, sí, sí, para vosotros es más interesante!

La poesía de hoy es la poesía de las luchas.

Cuando uno pasa arrasando en un coche por entre
cientos

de enemigos que lo persiguen, no sirve para nada
ponerse sentimental y exclamar: «Ay, bajo las ruedas
ha

quedado aplastada una gallina.»[10]

Si los jóvenes radicales de Moscú y San Petersburgo
deseaban trastocar la calma sofocante del gobierno

autocrático, el premio a la nación más obsesionada con la velocidad debe ser sin duda para Italia, donde todo un movimiento, el futurismo, se dedicaba a adorar los automóviles, la velocidad, la técnica y la violencia.

El futurismo fue la creación de un solo hombre, Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), poeta italiano al que le encantaba que lo fotografiasen en poses visionarias y asombrar al mundo con gestos extraordinarios y una retórica desenfrenada. Nacido en Alejandría, Egipto, y educado mayormente en París, el joven Marinetti se había contagiado de la fascinación de los franceses por el automóvil, la velocidad y la técnica en general y llevó la buena nueva a su país. El futurismo es probablemente el único movimiento del mundo que surgió de un accidente automovilístico. Marinetti escribió que las ideas centrales se le ocurrieron cuando fue a parar con su reluciente automóvil a una cuneta, sobrevivió y vio el coche como si fuese «una ballena varada». En 1909, cuando proclamó el futurismo, decretó:

1. Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la temeridad.
2. El coraje, la audacia y la rebeldía serán elementos esenciales de nuestra poesía.
3. La literatura ha magnificado hasta hoy la inmovilidad del pensamiento, el éxtasis y el sueño; nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, la carrera, el salto mortal, la bofetada y el puñetazo.
4. Afirmamos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una belleza nueva: la belleza de la velocidad. Un coche de carreras con su capó adornado

con grandes tubos parecidos a serpientes de aliento explosivo; un automóvil rugiente que parece correr sobre la metralla es más bello que la Victoria de Samotracia.

5. Queremos alabar al hombre que tiene el volante, cuya lanza ideal atraviesa la Tierra, lanzada ella misma por el circuito de su órbita.

Tomar la delantera se había convertido en la esencia de la vida para aquellos que, en palabras de Marinetti, entendían que «el Tiempo y el Espacio murieron ayer. Ya vivimos en lo absoluto porque hemos creado la velocidad eterna y omnipresente». El futurismo no toleraría nada que bloqueara el camino hacia esa época nueva y gloriosa. «Queremos liberar a este país de su fétida gangrena de profesores, arqueólogos, cicerones y anticuarios. Italia lleva demasiado tiempo siendo un mercado de antiguallas. Queremos liberarla de los incontables museos que la cubren como tantos cementerios.» El mundo quedaría galvanizado por una limpieza grandiosa y viril: «Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las bellas ideas por las cuales se muere y el desprecio a la mujer. [...] De hecho, el arte no puede ser sino violencia, crueldad e injusticia.»

Hoy es imposible no ver en el *manifiesto*, publicado por primera vez en *Le Fígaro* el veinte de febrero de 1909, una mezcolanza demencial de adoración a la máquina, Nietzsche mal digerido (nunca un autor para estómagos débiles) y fascismo incipiente; sin embargo, esas palabras tuvieron el efecto de un tónico en los lectores de todo el mundo occidental. Por fin alguien cuestionaba a la vieja guardia y

sus valores, y no en una pequeña revista literaria o en un volumen de poemas en edición del autor, sino en un periódico de gran tirada, para que todo el mundo lo leyera. No obstante, Marinetti y los amigos que lo siguieron no tenían intención alguna de dedicarse a la política; ellos estaban ocupados viendo el mundo a través del prisma de la velocidad y el dinamismo, tratando de captar esas impresiones en obras de arte y preguntándose cómo el movimiento (un proceso) podía plasmarse en una imagen estática que enseñara la auténtica naturaleza de un objeto y la energía que lo propulsaba.

Los pintores futuristas experimentaron con imágenes fragmentadas o borrosas que en gran medida tomaron prestadas del cubismo. Sin embargo, donde Picasso y compañía habían pintado escenas estáticas, sus seguidores italianos usaban objetos con los contornos destrozados, para sugerir así rapidez y fuerza. Cuadros con títulos como *El dinamismo del automóvil*, *Ritmos de un arco*, *La velocidad de una motocicleta* o *Velocidad abstracta* (todos fechados entre 1909 y 1914) son el testimonio de esa determinación. Uno de los artistas más talentosos de ese círculo fue Giacomo Balla, cuyo *Dinamismo de un perro con correa* (1912) es una maravillosa transformación de un motivo perfectamente burgués. Pintado desde la perspectiva de un fotógrafo espontáneo o de un transeúnte, y coloreado casi como si fuera una fotografía en sepia, en el cuadro las patas del perro y los pies de su amo se muestran en todas las fases del movimiento, de modo tal que las patitas del perro se abren como un abanico. Con auténtico desdén futurista por la normalidad, el pintor no se interesaba por el objeto propiamente dicho, sino exclusivamente por su movimiento, por el hecho mismo de que el paso sólo señalaba un

momento de fugaz anonimato. Como si la imagen dijera al espectador: aparta la vista un instante y el lienzo quedará vacío.

Otros futuristas celebraron la muerte de la individualidad y la vida de clase media que propiciaba la velocidad. Umberto Boccioni (1882-1916) intentó pintar estados mentales puros antes de dedicarse a retratos que mostraban la inestabilidad de lo que observaba. En *La calle entra en la casa* (1911), una mujer mira desde el balcón una plaza de la ciudad (véase la sección de láminas). La escena se contempla desde dentro de la habitación, pero ni la mujer ni el balcón ni la plaza son capaces de defenderse de la energía irresistible de una obra en construcción. Fuera y dentro, la persona y el fondo terminan entreverándose en una danza diabólica. Los andamios que montan unos trabajadores muy ajetreados se clavan como alfileres en el pelo de la mujer; un carro pasa por entre los barrotes de la barandilla de hierro del balcón, y cuatro caballos escapan del carro —y de la leyenda clásica— para trepar por la tela y salirse del cuadro mientras la figura de la mujer termina cubierta por los colores y las formas de la ciudad. Hasta los edificios que rodean la plaza, típicos garantes de la respetabilidad, se ven despiezados e inclinados como si se doblaran bajo la fuerza de los trabajadores. Unas líneas diagonales audaces y repetidas evocan un estallido de fuerza.

El premio Nobel Luigi Pirandello (1867-1936) también fue el primer escritor que convirtió a un técnico, un proyccionista, en protagonista de una novela. *Cuadernos de Serafino Gubbio, operador* (1915) es el relato de un hombre cuyo trabajo le hace ver el mundo a una luz diferente, pues lo ve, por así decirlo, por el ojo del proyector. «También conozco los aparatos externos y mecánicos de la vida que

están siempre en movimiento, un movimiento atronador y vertiginoso. Hoy hay que hacer esto o aquello, una cosa o la otra; hay que correr, con el reloj en la mano, para llegar allí a tiempo.» Gubbio sabe que su función sólo es la de una máquina de segunda categoría, que un mecanismo inteligente podría reemplazarlo a la perfección, y sospecha que las máquinas pueden querer algo más que su trabajo: «Una máquina está hecha para que actúe, para que se mueva, y necesita zamparse nuestra alma, devorarnos la vida. ¿Y cómo podría devolvernos el alma y la vida con su producción por centuplicado y continua?» Es obvio que Pirandello no compartía el entusiasmo sin límites de los futuristas por la edad de las máquinas. Para su desafortunado personaje, la cuestión no es tanto si las líneas de la batalla están trazadas, sino que la guerra ya está perdida: «Por una antigua costumbre, hasta mis propios ojos y oídos han comenzado a percibirlo todo con el aspecto de esta rápida, temblorosa y entrecortada reproducción mecánica.» Al final de la novela, Gubbio está tan invadido por la era de la máquina como la mujer del cuadro de Boccioni. Ya no sabe dónde termina su cuerpo y dónde empieza la máquina, y se rinde ante la eficacia incansable y despiadada de esta. «Dejo de existir. Ahora camina sobre mis piernas [...] Formo parte de este equipo.»[11]

Después de 1914 se coló en los escritos sobre el ritmo frenético de la vida moderna una nota aún más atribulada y angustiada, y nada menos que en el largo ensayo *Quelques aspects du vertige mondiale* (1917), del novelista francés Pierre Loti:

Tras haber perdido el equilibrio por culpa del saber, hoy sabemos que debajo de nosotros no hay nada más que vacío..., un vacío que cae vertiginosamente, el

vacío en el que todo cae sin esperanza. Y, a ciertas horas, el pensamiento empieza a pesarnos, se vuelve angustioso tomar conciencia de que nunca, nunca, ni nosotros ni nuestras cenizas, el polvo que al final seremos, podrán descansar en paz sobre algo estable, porque la estabilidad ya no existe y estamos condenados, en esta vida y después de esta vida, a dar vueltas a toda velocidad en ese oscuro vacío [...] no hay punto de referencia que no termine atrapado en el vértigo del movimiento, y esa velocidad espeluznante sólo se puede evaluar en relación con otras cosas en movimiento, a otras pobres y pequeñas cosas... que también caen.[12]

Si bien esos artistas estaban muy abiertos a las posibilidades y los peligros de un futuro dominado por la técnica, en la Alemania imperial, la economía europea más dinámica y próspera, la idea de velocidad y de una época imparable que se adueñaba de todo, se contemplaba con profundo escepticismo y casi no encontró eco en las artes. Entre el rugido de una economía en rápida expansión, la urbanización creciente y la técnica moderna, los escritores que definieron ese periodo fueron estetas como el joven Thomas Mann, Hugo von Hofmannsthal y Rainer Maria Rilke, célebre por su delicadeza: cantos del cisne para una burguesía agonizante que los futuristas habían prometido destruir. Otros, más radicales y comprometidos, como la artista gráfica y escultora Käthe Kollwitz o los dramaturgos Gerhart Hauptmann y Frank Wedekind, prefirieron la crítica social a las proclamas estéticas.

Si la técnica consiguió penetrar las obras de arte alemanas fue a menudo como una advertencia: *El hombre sin atributos*, de Musil, comienza con un accidente automovilístico, y en *El*

súbdito, la novela de Heinrich Mann, el protagonista, un monárquico humillado, «conoce» al káiser mientras corre junto al automóvil imperial y grita «*Heil! Heil!*» una y otra vez, hasta que casi se desmaya preso de una histeria que lo deja sin aliento. Los poetas y pintores expresionistas mostraron un mundo revuelto, y a tal fin utilizaron técnicas verbales y visuales que tomaron prestadas del estilo telegráfico y de las imágenes rápidas del cine.

Nerviosismo a la americana

La creciente velocidad de la vida cotidiana, de las noticias, del trabajo y del tiempo libre fue un fetiche de los artistas y de los industriales, y un factor importante de la experiencia de todos los días. No todos demostraron ser capaces de seguir ese ritmo, y el efecto fue especialmente visible en Alemania. Nunca se habían producido a semejante velocidad tantos cambios sociales. Al mismo tiempo, una enfermedad de proporciones epidémicas atacó a los que vivían en el carril rápido. Desde obreros fabriles a jefes de Estado, desde telefonistas a profesores universitarios, la gente se quejaba de tener los «nervios destrozados»; abrumados y desorientados, cientos de miles de enfermos se trataban en hospitales psiquiátricos y sanatorios que proliferaban como hongos.

Los síntomas de ese misterioso malestar los describió por primera vez en 1869 George Miller Beard (1839-1883), un médico norteamericano aficionado a las terapias espectaculares, tras observar que un alarmante porcentaje de sus pacientes padecía un trastorno que él llamó «neurastenia», el agotamiento nervioso. Sus tratamientos para ese desorden hasta entonces desconocido iban del

cannabis y la cafeína al vino, «en especial clarete y borgoña», y a electrodos aplicados en el cuerpo de los pacientes. El «nerviosismo americano» llegó hasta el otro lado del Atlántico. La obra de Beard se tradujo al alemán en 1881, y su diagnóstico se convirtió en una manera práctica de denominar un grupo de síntomas que los médicos observaban cada vez con mayor frecuencia en sus pacientes.

«Hay una gran familia de desórdenes funcionales de origen nervioso cada vez más frecuentes entre las clases de los países civilizados que no trabajan al aire libre», escribió Beard. «Los que sufren ese tipo de trastornos se cuentan por miles y cientos de miles en este país: en todos los Estados del norte y del sur los hay en casi cada familia que hace un trabajo mental.»[13] El patriótico médico no pudo ocultar su orgullo ante ese estado de cosas. Al fin y al cabo, la neurastenia era la enfermedad de una civilización avanzada, y «no hubo época ni país ni forma alguna de civilización, ni en Grecia ni en Roma ni en España ni en los Países Bajos, en sus días de gloria, que tuvieran esa clase de trastornos». Demasiado trabajador y cada vez más productivo, los Estados Unidos eran sin duda el país más avanzado de la tierra. En 1901 el escritor John Girdner sugirió un nuevo nombre para esa misteriosa enfermedad: «newyorquitis», una inflamación especial de los nervios que afectaba a los habitantes de las metrópolis.

Hacia finales del siglo XIX Europa tenía un número en continuo aumento de grandes ciudades, y cada una de ellas tuvo su camada de neurasténicos. Lo que conmocionó a la clase médica (y sin duda alguna hizo más urgente el problema) fue el hecho de que esa oleada de agotamiento nervioso no tuviera nada que ver con la histeria que los médicos de sexo masculino habían diagnosticado mucho

antes a las mujeres. Ahora se derrumbaban hombres adultos y profesionales; jueces, abogados, profesores e ingenieros se veían de repente incapaces de manejar su vida. El historiador Joachim Radkau ha analizado las historias clínicas de varios hospitales psiquiátricos alemanes durante los años del *Kaiserreich*, la Alemania imperial.[14] Los testimonios de los pacientes ofrecen un cuadro vivido de los síntomas que experimentaban, ya que la mayoría lo que más quería era hablar. Hubo uno que llegó incluso a preparar un expediente de cincuenta y cinco páginas sobre su caso.

Un hombre de veintiún años, ingresado en un sanatorio privado, contó una historia bastante típica:

El nerviosismo ya se había manifestado en mi más tierna infancia. Recuerdo que, de niño, me desmayaba con frecuencia, y que me sobresaltaba al oír el silbido de una locomotora [...] Entonces los síntomas eran estos, y se presentaban en este orden: estaba siempre agitado, cualquier nimiedad podía alterarme terriblemente. Si de pronto me encontraba en medio de una muchedumbre, me mareaba. De un modo automático me llevaba la mano al corazón, creía que iba a tener un infarto [...] Me pasé años sufriendo por pensar que no sería capaz de hacer satisfactoriamente mi trabajo, y eso me hacía vivir en continuo estado de agitación.[15]

En 1905, a otro paciente, un noble terrateniente de Prusia Oriental, se le diagnosticó: «... muy irritable. Desde hace cinco o seis años no para de trabajar, muchos cargos honorarios, etc.; se esfuerza mucho, también por aumentar continuamente su fortuna, trabaja demasiadas horas en su finca. Desde el nacimiento de su último hijo, el paciente sólo piensa en hacer más dinero, aunque a la mujer y al hijo no

les falta nada. Muy excitable sexualmente, también en su matrimonio. Fumador empedernido, entre treinta y treinta y cinco cigarrillos al día.»

El exceso de trabajo era un tema común en las historias de esos pacientes. De hecho, la enfermedad parecía cebarse en los que llevaban la vida más moderna y más rebotante de éxitos: personal con movilidad, profesionales, trabajadores, muy a menudo hombres con un título universitario. Un enfermo había fundado una empresa en Londres y ganaba mucho dinero cuando se derrumbó. «Exceso de trabajo como motivo de crisis agudas de vértigo, pérdida del conocimiento, balbuceo ininteligible y convulsiones», apuntó el médico. El paciente regresó a su Alemania natal a recuperarse, y a los dos años reanudó su vida en Londres. «Aquí empezó a sentirse atraído por una *puella publica* [por prurito moral, a los médicos les gustaba disimular con voces latinas las referencias polémicas] y pensó en casarse con ella. Cuando la mujer emigró a América, el paciente comenzó a tener depresiones, una presión constante en la cabeza, ideas de suicidio que no lo abandonaban, dolores nerviosos en la espalda y los brazos.»[16] Otro empresario, que había emigrado a Argentina, donde llegaron a llamarlo «el hombre nervioso de Buenos Aires», contó una historia parecida: mucho trabajo y mucha diversión, irritabilidad, «exceso de actividad sexual», crisis y nervios destrozados. La relación entre actividad sexual y neurastenia también era un motivo recurrente. «Tengo veintiséis años», cuenta un paciente de la clínica Ahrweiler en 1907. «Durante los últimos años mi madre ha sufrido unas terribles crisis de neurastenia. En el decimosexto año de mi vida empecé a masturbarme. Mis primeros síntomas de neurastenia también datan de esa época: cansancio mental, debilitación

funcional de la parte baja de la espina dorsal, sueño interrumpido, languidez, desánimo, etc.» Más tarde el muchacho buscó alivio en el tabaco y con una prostituta, pero su estado de salud empeoró.

¿Quién, entonces, era neurasténico? Según un estudio realizado en 1893 en un hospital psiquiátrico, entre casi seiscientos casos había casi doscientos empresarios, ciento treinta funcionarios, sesenta y ocho profesores, cincuenta y seis estudiantes [17] (en esa clínica no se ingresaban trabajadores manuales). La neurastenia —acaloramiento y agotamiento nervioso— afectaba principalmente a empleados administrativos abrumados por las exigencias.

Durante el paso al nuevo sistema de cableado telefónico de Berlín, un observador señaló que los desafíos de la técnica podían ser demasiado para operadoras que apenas sabían defenderse. El cambio no fue sencillo, y a las telefonistas no les resultó nada fácil adaptarse:

Muchas llamadas no se pasaban; era imposible realizar un alto número de conexiones; las señales acústicas no funcionaban como correspondía y los que llamaban se impacientaban. Todo eso era una provocación para nuestras trabajadoras, y al final hubo una que rompió a llorar, presa de convulsiones, y pronto empezó a ocurrirles lo mismo a casi todas. El director del telégrafo, que por casualidad estaba allí, se retorció las manos mientras gritaba: «¡Mis niñas, mis pobres niñas!»[18]

Después de 1900 aumentó el número de obreros que empezaron a quejarse de agotamiento nervioso; así y todo, siguieron siendo una minoría, y el tratamiento para miembros de su clase era raro. «Como mi trabajo se hacía con máquinas, con los rodillos que se usan en los hornos,

que ahora emplean a unas ochenta o cien personas», le dijo a su médico un obrero metalúrgico; «bueno, pues ya ve, si uno trabaja cuarenta y dos años con semejante ruido..., bueno, eso a un viejo puede destrozarle los nervios. Sudo todo el día, tengo miedo, a veces lloro como un crío, de noche no puedo dormir... Y hay otros obreros con la misma enfermedad. Uno llegó al extremo de cortarse el cuello.[19]»

Las personas que trabajaban con las nuevas técnicas—operadores telefónicos, cajistas con imprentas modernas y más veloces, ferroviarios, obreros que manejaban maquinaria rápida—y las que estaban en el centro de una economía en rápido crecimiento, como empresarios y administradores, eran más vulnerables a los síntomas agrupados bajo el nombre de neurastenia, o nivel de estrés alto, como diríamos hoy. Un médico alemán dijo que las enfermedades del sistema nervioso «eran la marca patológica de la época en que vivimos». La médica norteamericana Margaret A. Cleaves se limitó a señalar: «Todo el trabajo del mundo lo hacen en su mayoría neurasténicos.»[20]

Con todo, las dimensiones del problema eran aterradoras. En Alemania se registraron cuarenta mil trescientos setenta y cinco casos en 1870. En 1900 el número ascendió a ciento quince mil ochocientos ochenta y dos, y a doscientos veinte mil ochocientos ochenta y uno en 1910. A lo largo de ese mismo periodo, el porcentaje de pacientes ingresados en hospitales generales con «enfermedades del sistema nervioso» ascendió del 44 al 60 %. Si bien estas cifras incluyen a los que padecían de muchas y variadas enfermedades mentales, y no sólo neurastenia, no dan cuenta de la gran cantidad de pacientes que preferían hacer una cura o pasar largas temporadas en sanatorios privados,

balnearios u otros establecimientos paramédicos en los que un facultativo podía cuidar de los huéspedes, como el descrito por Thomas Mann en *La montaña mágica*. Dichas cifras tampoco incluyen a los neurasténicos que se limitaban a consultar con un médico. No obstante, hay otra cifra más interesante. Mientras que los histéricos eran, en su gran mayoría, mujeres, al menos según las cifras de una institución especializada un 68 % de los neurasténicos eran hombres.

¿Era la neurastenia una enfermedad de hombres prósperos de clase media? La cuestión no es tan sencilla, naturalmente; pero los trabajadores hospitalizados por tener los «nervios destrozados» solían quejarse de la presión del trabajo a destajo y del ruido y el peligro que representaban las grandes máquinas con las que trabajaban; por su parte, un alto porcentaje de las mujeres tratadas se derrumbaba por la tensión laboral sumada al tiempo que tenían que dedicar al estudio y al esfuerzo para ganarse un lugar en el mundo. Son estas situaciones que los médicos de hoy diagnosticarían como diferentes de la sensación de ineptitud y la lucha con la identidad sexual a las que se refería la abrumadora mayoría de los pacientes masculinos que trabajaban en el ámbito de la economía, en la universidad o el gobierno. La neurastenia fue una enfermedad que arrojó luz sobre las constelaciones emocionales de la época.

Sexo, mentiras y los primeros días del cine

A lo largo de las últimas décadas, los estudios sobre la historia de las mujeres han puesto de manifiesto una dimensión de realidad histórica olvidada durante mucho tiempo. No obstante, la elevada incidencia de enfermedades

nerviosas entre los hombres demuestra que el cambio de siglo también fue una época difícil para ser hombre. Apretadas entre algo que muchos consideraban exigencias despiadadas de rendimiento y el papel cambiante de la mujer, las identidades masculinas se sintieron amenazadas. Por lo tanto, no es de extrañar que las angustias expresadas por los neurasténicos casi siempre tuvieran un componente sexual.

El sexo se había vuelto más accesible, pero al mismo tiempo se había convertido en un problema, en una amenaza. Las esperanzas y las oportunidades habían cambiado, sobre todo en las ciudades, y en especial entre los jóvenes. El carbón para la calefacción era más barato, y los apartamentos, funcionales ahora, favorecían la intimidad. Los miembros más jóvenes de una familia tenían más probabilidades de disponer de una cama e incluso de una habitación propia. Los estudiantes solían vivir en habitaciones alquiladas o en pensiones. La técnica y la ciencia también fomentaron una relación distinta con el mundo exterior y con la sexualidad. Las tesis de Freud sobre la omnipresencia de la sexualidad se abrieron camino hasta las salas de las familias más formales (no delante de los criados, por supuesto), y prosperaron las publicaciones que relacionaban la sexualidad con lo «natural» y lo «primitivo», como lo demuestra el éxito arrollador de libros populares de divulgación científica como *Das Liebesleben in der Natur* («La vida amorosa en la naturaleza», 1898-1902), del alemán Wilhelm Bölsche, o los muchos sensibles y sensatos tratados del médico británico Havelock Ellis.

La ciudad misma ofrecía un sinnúmero de tentaciones y posibilidades eróticas entre la multitud anónima, incluidos todos sus peligros, reales o imaginarios. Los bulevares

atraían a los noctámbulos; las posadas ofrecían la posibilidad de encuentros informales que la bebida propiciaba aún más; los teatros, los cines y las revistas excitaban al público enseñando la mayor cantidad de carne posible; las fotografías pornográficas se vendían en las esquinas (también las ofrecían los periódicos, que las enviaban por correo); se proyectaban películas picantes en todas las fiestas *sólo para hombres*, y había bastantes mujeres jóvenes y solteras, y a menudo pobres, para asegurar una oferta ilimitada de prostitutas. De los hombres solteros se esperaba tácitamente que satisficieran sus impulsos en ese ambiente, siempre y cuando sentaran cabeza una vez casados.

Al mismo tiempo, sexo era sinónimo de peligro. Muchos neurasténicos pensaban que su enfermedad era «la consecuencia de las locuras juveniles», alusión inequívoca a la sífilis y a los supuestos efectos devastadores de la masturbación. El miedo a la locura, y a una muerte lenta y dolorosa por culpa de la sífilis, era una presencia constante en Occidente, y hasta una disposición anímica moderadamente hipocondriaca bastaba para que un adulto maduro viera el mundo aterrorizado al menor síntoma que pudiera aludir a ese cruel recuerdo de sus ardores de juventud.

«La masculinidad», escribió Ernest Monin en 1890, «se origina muy probablemente en la reabsorción incesante del esperma [en la sangre] [...] El abuso del coito, o de la masturbación, la pérdida de esperma, etcétera, produce el agotamiento de las secreciones seminales y, con ello, neurastenia, fobias y demás.»[21] La actividad sexual, en particular la no destinada a la procreación, desembocaba en un declive inevitable y en la degeneración del individuo debilitado. Hasta Sigmund Freud creía que los dolores

neurálgicos que padecía eran el resultado de «una relación sexual incompleta» con su mujer, y en todo el mundo los médicos daban serios consejos a los pacientes sobre cómo impedir que sus hijos se masturbaran, consejos que iban desde evitar comentarios licenciosos y comidas picantes hasta la temida ducha fría, inyecciones y la cauterización de los genitales de las muchachas, todo siempre por una muy buena causa.

El mundo se había vuelto más emocionante; la ética capitalista lo invadía todo e invitaba a más gente, y con más fuerza que antes, a ser dueña de su propia vida, a trabajar mucho, jugar fuerte y decidir quiénes y qué querían ser, si bien se convenía universalmente en que ceder a esa excitación tenía consecuencias gravísimas. Mientras que la «masculinidad» era una virtud cardinal, el sexo seguía siendo pecado mortal. «La cama es el verdadero campo de batalla del neurasténico» [22], señaló un paciente alemán.

La transformación del papel de las mujeres fue una presión añadida para el hombre y su identidad. Ahora que las sufragistas se manifestaban por sus derechos y eran cada vez más las mujeres con mayor grado de independencia por ganarse su propio sueldo e ir a la universidad, los hombres tenían que ser más fuertes y más masculinos que antes. Enfrentados a ese cóctel de energía constante, tentaciones, una sexualidad demonizada y una clase nueva y fuerte de mujer, los sentimientos masculinos de ineptitud eran inevitables. «Cada criatura femenina», escribió un estudiante alemán de veinte años a su padre desde un hospital psiquiátrico, «me daba una puñalada en el corazón: ¡eres anormal, eres anormal! ¡No puedes tener relaciones sexuales! ¡Eres un sádico perverso!» [23]

Para la medicina, la neurastenia también tenía una cualidad muy gratificante: como enfermedad, era lo bastante vaga para convertirse en un lienzo sobre el que pintar más de un cuadro de las preocupaciones de la sociedad. En Rusia, la investigación psicológica era muy avanzada y activa, muchos investigadores se sintieron intrigados por la enfermedad antes de desilusionarse con el batiburrillo terminológico. Más allá de la clase médica, la «enfermedad de la civilización» provocaba reacciones muy diversas. Para los que soñaban con occidentalizar el imperio, era una parte esencial de la modernidad y, en consecuencia, casi un signo favorable: «Hoy día Rusia difícilmente encontrará rivales en otras naciones para el inmenso número de neurasténicos que tenemos en casa. Por lo tanto, ¿no podría uno tener razones para decir que la neurastenia es la enfermedad rusa?»[24], preguntó Pavel Kovalevski, que sin duda alguna no era un modernizador. La respuesta que él mismo dio fue condenatoria: «Como no tiene a Dios en el alma, [el pueblo ruso] se precipitó a los brazos de Mammón [...] La búsqueda de beneficios requería la máxima energía y esfuerzo: interminables noches de insomnio, falta de recursos, mucho regateo con la propia conciencia..., nada de eso podía ayudar, sino, antes bien, destrozar el sistema nervioso.»[25]

La civilización, reinventada a imagen de París y Londres, había hecho surgir seres no rusos, sin moral, degenerados urbanos que, según el escritor Serguéi Aksátov, pecaban de «desdeñosa falta de fe en las propias fuerzas, en la firmeza de la voluntad y la pureza de intenciones; esta epidemia de nuestro tiempo, esta negra impotencia del espíritu es ajena a la naturaleza sana de los rusos, pero se nos inflige por nuestros pecados»[26]. Esa impotencia de la nación equivalía, para la Madre Rusia, a una amenaza idéntica a la

impotencia real que padecían muchos pacientes, y venía de las ciudades: «No hay sol en San Petersburgo», comentó Kovalevski en 1903.

Para ver el sol de San Petersburgo se podría cobrar entrada; es algo tan raro. No hay aire en San Petersburgo. En San Petersburgo no hay luz, no hay espacio, no hay vida [...] Lo único que hay es una existencia vegetativa. La gente ha convertido el día en noche y la noche en día [...] En San Petersburgo la gente trabaja más de lo que le permiten las fuerzas, pero aún más hablan por hablar [...] Ante esta vida, ¿podemos esperar de verdad tener salud, preservar nuestra raza, fortalecer la sociedad? [...] Nunca. La degeneración es su sino.[27]

Aunque en otros términos, el mismo debate se reflejaba en el país que menos gustaba a quienes creían en la Sagrada Rusia: Francia. Si en el imperio del zar la idea de neurastenia evocaba la eterna polémica entre eslavófilos y occidentalizantes, en Francia las ideas de velocidad y nerviosismo provocaban no sólo el entusiasmo de Apollinaire y la paciente escritura de un neurasténico confeso como Proust (cuyo padre, médico, había publicado estudios sobre la enfermedad), al tiempo que conjuraban el fantasma de la decadencia nacional y la infertilidad. Muchos de los motivos de ese debate se inscriben en el contexto del juicio a Dreyfus y las preocupaciones por la disminución de las tasas de natalidad, pero la neurastenia los reforzó y los centró. Un grupo de jóvenes artistas de la capital podía divertirse con sus coches rápidos, pero para otros la velocidad de la época era un signo de degeneración y de inmoralidad. En 1901, Louis Bally lanzó un virulento ataque contra «una generación de *playboys* y buscadores de placer,

anémicos y neurasténicos, tipos que no tenían ni voluntad ni valor [...] los impotentes y los tuberculosos, que se pasan los días en [...] los cafés-concierto y las *brasseries* de moda».[28] La neurastenia, endémica tanto en Francia como en Alemania, se veía principalmente como un defecto moral inducido por la «nada saludable» vida en las ciudades. «No es de extrañar que nuestros muchachos se vuelvan neurasténicos», comentó indignado Virgil Borel, porque todas las circunstancias conspiraban para «aniquilar la iniciativa individual, la fuerza de voluntad, la energía moral y la firmeza de carácter.»[29]

Como sus homólogos de vanguardia, que en la velocidad y la energía veían fuerzas eróticas, ellos se preocupaban principalmente por el sexo. La neurastenia era cuestión de egoísmo moderno, de hombres que, en lugar de dedicarse a la nación, buscaban placer en la ciénaga febril de la capital. Los libros de texto ya les contaban a los niños que la enfermedad era prueba de debilidad moral. «Es necesario resistirse [a la enfermedad]; seamos fuertes y no nos vencerá. Pero si no somos fuertes, la culpa es nuestra. Nos abandonamos a nuestros vicios, y los vicios nos matan.»[30] La sífilis era consecuencia directa de la depravación moral, y el agotamiento nervioso solía considerarse casi una enfermedad venérea; lo padecían hombres que eran demasiado «egoístas» para sentar cabeza y tener muchos hijos y que preferían «echarse a perder» permitiéndose todos los placeres de la carne. Los hombres que, como los onanistas, «malgastaban su semilla», terminaban exhaustos, hechos polvo; en una palabra, se perdían.

En Austria-Hungría la desorientación se contemplaba con interés más que con temor. En parte, la razón puede residir en que en el imperio habsbúrgico, más rural y menos

industrializado, el número de personas que padecían neurastenia era menor; los enfermos había que buscarlos principalmente en miembros de las clases medias de ciudades como Viena, Praga, Budapest y Lemberg. La enfermedad se intensificaba incluso por la constante rivalidad entre grupos étnicos y la fragilidad de las identidades sociales.

Los retratos de Schiele, la sensualidad inquietante de Klimt, las complejas relaciones sociales y eróticas de Arthur Schnitzler y sus personajes dramáticos están todos teñidos de neurastenia, y la vida de Gustav Mahler se lee como un caso clínico: desde su búsqueda de la realización erótica en brazos de su joven esposa Alma (Mahler no era un buen amante, dijo después ella) hasta su obsesiva agenda de trabajo, sus orígenes humildes y la falta de confianza en sí mismo, sus crisis nerviosas y su necesidad de estar solo. Mahler llegó a consultar a Sigmund Freud, que lo recibió en Leiden, en los Países Bajos: un gran cumplido al compositor, pues Freud solía negarse a tratar a meros neurasténicos ya que pensaba que no tenían nada que descubrir en sus sueños y fantasías, cosa que aburría al padre del psicoanálisis. Los grandes gestos sinfónicos de Mahler, desde los mórbidos e introspectivos hasta los grandiosos y maniacos, son ilustraciones musicales de su malestar: intrusiones constantes del mundo exterior (la banda militar; la banalidad de la música para danza en medio del delicado *scherzo* de la Primera Sinfonía, por ejemplo); los arrebatos mecánicos; el sentimentalismo ocasional; la constante y desgastadora ironía y un deseo arrollador de trascendencia y paz, son rasgos que se expresan en textos de una sencillez infantil.

En Austria-Hungría predominaba la sensación de que la neurastenia era sinónimo de cultura (véase, por ejemplo, la

afición de Freud a buscar ejemplos en la literatura y la mitología), y no es sorprendente que el crítico conservador más chillón e injurioso de la época, el sionista Max Nordau, invirtiera la ecuación. Para Nordau, la cultura contemporánea era en sí misma un síntoma de enfermedad y degeneración. El médico, escribió Nordau, «reconoce de un vistazo ese temperamento finisecular en las tendencias del arte y la poesía contemporáneos, en la conducta de hombres que escriben obras místicas, simbólicas y “decadentes”, y en la actitud que adoptan sus admiradores y los instintos estéticos de la sociedad elegante, la confluencia de dos estados bien definidos de la enfermedad [...] la degeneración y la histeria, de la cual los estadios inferiores se denominan histeria»[31]. La cultura padecía de un exceso de sofisticación y de vida urbana. «El habitante de una gran ciudad [...] está continuamente expuesto a influencias perniciosas que reducen su fuerza vital.»

Así, el arte habsbúrgico fue decididamente ampuloso en su a menudo fascinada indagación de la neurastenia y sus dimensiones psicológicas. En la clase médica británica, la reacción a la neurastenia se limitó básicamente a una desaprobación despectiva y un punto histriónica. No es que nadie dudara de la existencia de la enfermedad, como señaló Sir Thomas Clifford Allbutt, uno de los facultativos más famosos de la época, que también ostentaba el título de Comisionado para la Locura: «No sólo oímos hablar de ellos; los vemos a diario. Neuróticos, neurasténicos, histéricos y casos por el estilo. ¿No están todas las grandes ciudades a rebosar de especialistas en enfermedades nerviosas, no rebosan sus consultas de pacientes?»[32]

«Neuróticos, neurasténicos, histéricos y casos por el estilo» se habían vuelto parte del paisaje de la medicina. No

obstante, la exhaustiva teorización sobre la enfermedad se dejó a los europeos del continente. A Allbutt no le interesaba elevar a los pacientes a la categoría de antihéroes modernos que trabajaban con el cerebro y vivían rápido. En su opinión, «la neurastenia es bastante común también entre las clases asalariadas de Inglaterra; es frecuente en West Riding, y sobre todo, creo, entre los mineros [...] La verdad es que no hay más neurastenia en el mercado que en la rectoría o en el asilo para pobres, ni la sufren más los ciudadanos muy ocupados que las damiselas ociosas»[33]. Mientras que la degeneración de la energía nacional era una preocupación como en cualquier otra parte, había poca o ninguna tolerancia con las manías extranjeras. Algunas personas eran nerviosas por naturaleza; su dolencia empeoraba con el exceso de obligaciones y mejoraba si se la trataba con baños fríos, curas de reposo, abstinencia sexual, actividades saludables como montar a caballo, la entomología o la apicultura, y una pequeña dosis de arsénico, que enriquecía la sangre.

No obstante, esa actitud displicente de los expertos no redujo la preocupación de la opinión pública. Los periódicos populares estaban llenos de anuncios de tónicos para los nervios y centros de salud, y en los textos de esos anuncios las viejas preocupaciones por el agotamiento sexual y la ineptitud general reaparecían con más fuerza que en el debate oficial. Píldoras Beechams, sal marina Tidman's, vino de coca Armbrecht's, prendas odomagnéticas..., los productos para tratar la neurastenia, «el agotamiento nervioso y la constitución debilitada» se anunciaban por centenares.

Alemania y la tensión nerviosa

Si la neurastenia era la enfermedad de la época, también se convirtió pronto en un estilo de vida para hombres modernos, como el emperador. Como ningún monarca antes que él, Guillermo «el Viajero», que así lo llamaban a sus espaldas los miembros de su comitiva, se había declarado ferviente admirador de la técnica, de la velocidad y de los medios de comunicación; igual que millones de sus súbditos, él también padecía del vértigo provocado por ese viaje a toda velocidad.

Célebre por sus prontos, por su carácter irritable y su incapacidad para mantener la atención durante periodos prolongados, el kaiser exasperaba a quienes lo rodeaban. «Siempre quería que ocurriese algo, nuevas impresiones, nuevas imágenes»[34], recordó el ex canciller del Reich Bernhard von Bülow. Al monarca le resultaba sencillamente imposible estar quieto; antes bien, corría por la vida como alguien que se hubiera «lanzado muy rápido cuesta abajo y con dificultades para controlar el vehículo», escribió el diplomático Friedrich August von Holstein al príncipe de Eulenburg, que contestó: «El pobre káiser pone nervioso a todos, pero eso no tiene remedio» [35]. El teólogo protestante Friedrich Naumann tenía la interpretación más positiva y más general a la vez: «Guillermo II es el primer virtuoso de la era del tráfico moderno. Participa de la vida en todas partes; al teléfono, habla y escucha a la vez», escribió en 1905, y concluyó: «Es la encarnación de las tendencias eléctricas activas en todos nosotros.»[36]

Al emperador le encantaba la velocidad, y siempre tenía prisa. Cuando en 1901 llegaba tarde al funeral de la reina Victoria, en Portsmouth ordenó al conductor del tren que metiera en la locomotora hasta la última onza de carbón que llevaba; el hombre lo hizo y puso la máquina a ciento treinta

y cinco kilómetros por hora, una velocidad inaudita que casi hizo descarrilar al grupo imperial. A lo largo de todo su reinado, Guillermo mantuvo una agenda de viajes constante y prodigiosa. En un año normal no pasaba más de cuatro meses en Berlín. Apenas sorprende que una velada sátira sobre su persona, la novela *Calígula*, de Ludwig Quedde (1894), que no tardó en alcanzar las treinta y cuatro ediciones, describa a un emperador «que corre sin parar de una tarea a la otra, víctima de una prisa nerviosa».[37] Como su homólogo de ficción, el emperador alemán se entusiasmaba con una idea e intentaba hacerla realidad a toda costa, y mucho más si le daban la oportunidad de demostrar su fuerza, su modernidad y su poder. «Nunca una tentación ha excitado más los nervios del káiser que el proyecto de la flota» [38], apuntó Holstein.

La velocidad y la energía —no siempre bien dirigida esta— se adoptaron como las dos consignas del momento. Tan universal era la sensación de presión, que el respetado y conservador periódico *Deutsche Rundschau* pudo publicar una noticia acerca de un alumno de secundaria que había contraído una meningitis fatal mientras aprendía el gerundio del verbo latino *amare*. [39] Hay que admirar al periodista que encontró una noticia con todos los ingredientes: la rigidez de la sociedad, representada por la institución educativa, la presión que implicaba la obligación de trabajar duro para salir adelante, y la devastadora confusión resultante de toda confrontación con el sexo, incluso —o especialmente— en gerundio.

En la Exposición de París de 1900, Henry Adams había adorado el altar de la dínamo, con su fuerza serena y su velocidad. En Alemania muchos tenían la impresión de que la dínamo finalmente se había impuesto. No eran sólo los

futuristas italianos los que veían la energía como una virtud en sí. La energía mecánica se convirtió en antónimo de decadencia, de la cultura degenerada de la neurastenia. «Donde la “energía” se convirtió en la virtud más alta, surgió una visión del mundo en la que ya no había “bien” ni “mal”, ni siquiera lo “verdadero” o lo “falso”, sino solamente lo “energético” y lo “neurasténico”, lo “vigoroso” y lo “flácido”», [40] escribió el historiador Joachim Radkau.

Thomas Mann también escribió acerca de la «tensión nerviosa» casi insoportable de esos años, y con su talento condensó los motivos del debate de toda una época en *La montaña mágica*, en la que Hans Castorp, un joven ingeniero, visita a su primo, oficial del ejército alemán, enfermo de tuberculosis e ingresado en un sanatorio suizo. La breve visita se convierte en una estancia de siete años en un lugar cuya característica principal es la suspensión de toda velocidad, y hasta del tiempo mismo. Días, meses y años se funden unos en otros mientras las normas del tiempo parecen suspendidas, y al cabo de un tiempo Hans se mezcla con los residentes y llega a perder interés en el único libro que había llevado consigo, *Ocean Steamships*. La contrafigura del ingeniero y sus máquinas rápidas es su primo Joachim Ziemsen, el oficial tuberculoso, cuyo miedo más grande es que se lo tenga por «blando» e incapaz de cumplir con su deber de hombre. Disfrazado de institución para el tratamiento de enfermos pulmonares, el sanatorio es en realidad un cosmos neurasténico en miniatura, un refugio para personas que ya no pueden seguir el ritmo, un universo saturado de ansiedad y sensualidad mórbida, tanto más cuanto que el feroz y freudiano doctor Krokowski tiene tendencia a dar conferencias sobre temas tales como el «amor como fuerza inductora de la enfermedad».

La velocidad era fascinante a causa de su peligro inherente, pues las máquinas encarnaban la fuerza y la pujanza de la modernidad. Cuando Henry Adams proclamó el final de la era de la Virgen y el comienzo de la era de la dínamo, lo que hizo fue equiparar la fuerza callada del generador con un principio femenino; los equivalentes masculinos eran los aviones y los coches de carreras, que transformaban a cada piloto y a cada conductor en un superhombre biónico y mecánicamente mejorado cuya potencia se medía en caballos de fuerza. Los coches rápidos, como había sugerido Apollinaire, tenían carga sexual, y los hombres de 1900 los necesitaban más; al menos eso pensaban ellos.

La alternativa a dar una vuelta en coche era terminar atropellado por uno de esos bólidos. Los que no se podían adaptar a la velocidad, los que se quedaban paralizados por el abismo que mediaba entre la moral pública y el impulso individual, y los que no tenían fuerza suficiente para no soltar el vehículo, esos terminaban en la cuneta, y ahí se quedaban, magullados y sangrando tras el choque. Pese a los nuevos horizontes que se abrían, el nuevo mundo era un lugar despiadado que dividía a la humanidad en dos grupos, los que podían manejarlo y los que no. La batalla por el alma del siglo ^{xx} se alimentaba de técnica, pero se libraba con el sexo.

XI. 1910: CAMBIOS EN LA NATURALEZA HUMANA

Hemos dejado de preguntar «¿qué representa este cuadro?» para preguntar «¿qué nos hace sentir?». Esperamos que una obra de arte plástica tenga más en común con una pieza musical que con una fotografía coloreada.[1]

CLIVE BELL

Una noche de 1923, una mujer de increíble elegancia y un rostro de una belleza severa y casi clásica se plantó ante un grupo de estudiantes de Cambridge para pronunciar una conferencia sobre literatura contemporánea, construida en torno a una frase tan deslumbrante como hermosa era la conferenciante: «En o alrededor de diciembre de 1910, la naturaleza humana cambió.»[2] Quien hizo esa afirmación grandilocuente hablaba de novelas, pero lo que declaró se aplicaba a todas las artes, y ella estaba más cualificada que nadie para hacerlo porque en 1910 ya había estado en el centro de uno de los grupos artísticos más sonados de Europa. Era, por supuesto, Virginia Woolf.

El cambio en la naturaleza humana que Woolf creía haber observado era sutil y difícil de atrapar: «No digo que saliéramos como se puede salir al jardín y viéramos que allí había florecido una rosa o que una gallina había puesto un huevo. El cambio no fue repentino ni tan claro. Pero se produjo un cambio, y puesto que hemos de ser arbitrarios, fechémoslo alrededor de 1910.» En lugar de producirse fuera, y sin la gratificante obviedad de una floración completa o la producción de algo útil, la transformación había tenido lugar dentro, en casa, y en la cabeza de la gente:

Si se me permite usar un ejemplo doméstico, en la vida el cambio puede detectarse en el carácter de la cocinera. La cocinera victoriana vivía como un Leviatán en las profundidades, formidable, callada, oscura, inescrutable; en cambio, la cocinera de la época georgiana es una criatura solar y gusta del aire fresco: entra y sale del salón, pero no para tomar prestado el *Daily Herald* sino para pedir consejo acerca de un sombrero. ¿Se necesita un ejemplo más solemne del poder de la especie humana para transformarse?

[3]

Puede que una criada de mejillas rubicundas con un sombrero elegante no sea el símbolo más obvio de una revolución, pero Woolf insistía en que no representaba otra cosa: «Todas las relaciones humanas han cambiado..., las relaciones entre amos y sirvientes, entre maridos y esposas, entre padres e hijos. Y cuando las relaciones humanas cambian, se produce a la vez un cambio en la religión, en el comportamiento, en la política y en la literatura.»[4] Woolf, escritora, se interesaba por esta última, y el cambio que describió —palpable en la década de 1920, pero fechado hacia 1910— era tanto más fundamental por no ser plenamente

comprendido. Hasta ese momento, afirmaba Woolf, los novelistas habían descrito el mundo más o menos como era, ya se concentraran en los personajes y el argumento o escogieran utilizar a los personajes como ejemplos de ideas más grandes. Sin embargo, ahora las herramientas de la narrativa parecían inadecuadas para fijar en la página los sentimientos y la naturaleza de las personas y los acontecimientos. Antes sutil y exacto, el lenguaje pasó a ser «el sonido de algo que se rompe y cae, del estrépito y la destrucción». Ya no era posible capturar el mundo en frases sencillas; las convenciones, los papeles y las expectativas cambiaban tan rápido y tan radicalmente que la red metafórica del lenguaje tenía dificultades para seguirles el paso. El contrato entre escritor y lector, un pacto tácito similar al de las conversaciones formales, se había roto y había dejado a ambas partes retorciéndose en el intento de decir algo con sentido:

En la actualidad sufrimos, pero no de decadencia, sino por no tener un código de estilo que los escritores y los lectores acepten como prelude a un intercambio de amistad más emocionante. Las conversaciones literarias de hoy son tan artificiales —durante toda una visita hay que hablar del tiempo y sólo del tiempo—, que, como es natural, los débiles se sienten tentados a escandalizarse y los fuertes, abocados a destruir las normas y los cimientos mismos de la sociedad literaria. Los indicios saltan a la vista en todas partes. Se viola la gramática; se desintegra la sintaxis; igual que un niño que pasa el fin de semana con su tía se revuelca en el parterre de geranios por pura desesperación a medida que transcurren las solemnidades del domingo. Su sinceridad es

desesperada y su coraje es tremendo [...] pero ¡qué desperdicio de energía![5]

La consecuencia de esa reinención del lenguaje era doble: por un lado, la energía creativa invertida en palabras hacía que la nueva escritura fuese rica y colorida; por el otro, sin embargo, quedaba demasiado poco para empujar el texto, para transmitir un mínimo de confianza incluso al más audaz de los lectores. Woolf dijo que al leer la poesía de T.S. Eliot sintió a la vez admiración y agotamiento: «Mientras me dejo bañar por la luz de la belleza intensa y cautivadora de uno de sus versos, y pienso que debo dar un salto vertiginoso y peligroso al siguiente, y así de verso en verso, como un acróbata salta de una barra a otra, confieso que pido a gritos el decoro de antaño y envidio la indolencia de mis ancestros, que, en lugar de girar a lo loco por el aire, soñaban tranquilamente a la sombra con un libro.» Se había invertido tanto esfuerzo en idear nuevas herramientas narrativas, un nuevo lenguaje y un nuevo estilo, que el texto mismo quedaba sin fuerza vital, como si las propias palabras padecieran neurastenia: «Si se compara *Victorians eminentes* [la obra maestra historiográfica de Lytton Strachey] con algunos de los ensayos de Lord Macaulay, renombrado historiador victoriano, aunque sintamos que Lord Macaulay se equivoca siempre y el señor Strachey siempre tiene razón, en los ensayos de aquel también sentimos un cuerpo, sentimos un ímpetu y una riqueza que muestran que detrás de él estaba su época, que toda su fuerza iba directamente a su obra y nada se usaba para ocultar o transformar.»[6]

En o alrededor de 1910 todo se había vuelto difícil para los escritores, afirmaba Woolf. Los cambios eran demasiado radicales para ignorarlos, demasiado rápidos para asimilarlos

plenamente, y habían dejado atrás al lenguaje mismo. La consecuencia era una mala temporada para el arte, un arte de una índole tal que exigía a su público que «tolerarse lo espasmódico, lo oscuro, lo fragmentario, el fracaso»[7].

Hablar de la cópula

Aunque era un atrevimiento fijar 1910 como fecha clave para la humanidad, para Virginia Stephen, luego Virginia Woolf, fue un año de gran resonancia biográfica. Tras la muerte de su padre en 1904 (la madre había muerto diez años antes), los cuatro hermanos Stephen se habían mudado a una casa muy espaciosa en el número 46 de Gordon Square, Bloomsbury, una zona de ajada elegancia lejos del ambiente social en que había transcurrido su infancia. La decisión de vivir juntos, sin figura materna y autoritaria que velara por la virtud de los jóvenes, y sin una carabina para Virginia y Vanessa, hizo enarcar más de una ceja, pero los hermanos estaban decididos a vivir su vida sin las restricciones de la respetable clase media alta eduardiana.

Para Virginia fue una época de comienzos. Tenía veintidós años, quería escribir y comenzó a redactar reseñas para revistas literarias. La muerte del padre precipitó una seria crisis nerviosa, la primera de muchas, y en la nueva casa comenzó a desarrollar una personalidad adulta. Su determinación tuvo que pasar otra vez una dura prueba cuando su adorado hermano Thoby murió de tifus durante un viaje a Grecia en 1907; como para compensar la desgracia, Virginia heredó de él un círculo de amigos de Cambridge que siguieron visitando la residencia bohemia de los Stephen, esa casa de habitaciones enormes y luminosas, pañuelos indios cubriendo las paredes y los muebles, y pilas

de libros por todas partes. Allí tomaban café fuerte, fumaban cigarrillos y discutían sobre todos los temas posibles, incluso sobre cosas escandalosas y nefandas. El golpe liberador lo dio en 1908 uno de los amigos de Thoby, y así lo contó Woolf:

La larga y siniestra figura del señor Lytton Strachey se detuvo en el umbral y señaló con el índice una mancha en el vestido blanco de Vanessa.

—¿Semen? —dijo.

¿Se puede decir algo así?, pensé & todos soltamos una carcajada. Con esa única palabra cayeron todas las barreras de la reticencia y la reserva. Una ola de ese fluido sagrado pareció cubrirnos. El sexo impregnaba nuestra conversación. Y nosotros casi siempre con la palabra follar en los labios. Hablábamos de la cópula con la misma vehemencia y franqueza con que habíamos discutido sobre la naturaleza del bien. Qué extraño resulta pensar lo reticentes y reservados que habíamos sido, y durante cuánto tiempo.[8]

Strachey (1880-1932), homosexual extravagante, y más tarde autor de *Victorians eminentes*, tenía el don particular de encontrar la frase adecuada en el momento adecuado. Cuando en 1914 se hizo objetor de conciencia y tuvo que presentarse ante un tribunal militar, los oficiales le preguntaron qué haría en caso de que un soldado alemán violara a su hermana, la respuesta fue: «Intentaría por todos los medios ponerme entre ellos.»

Tras el casamiento de Vanessa con el pintor Clive Bell, la bohemia familia Stephen cambió y Virginia se mudó, junto con su hermano Adrián, a una casa cercana, donde el entusiasmo de esa vida entre libros, discusiones y planes de vida no disminuyó ni un ápice. En 1910, con veintiocho años,

Virginia estaba lista para zambullirse en el mundo, y de cabeza. Tres sucesos de ese año, cada uno de ellos característico de un aspecto de la época, fortalecieron su determinación. En febrero decidió, en el último minuto, participar en una broma pensada para hacer volar por los aires la retórica pomposa, al estilo «Gran Bretaña, la reina de los mares», que predominaba en esos días, e interpretando el papel del príncipe Mendax se subió al *Dreadnought* con la cara tiznada y una barba postiza. Durante ese año también participó en el movimiento sufragista, cuando la campaña llegaba a su punto culminante. Su compromiso personal no pasó de llenar y cerrar sobres en una oficina local de la ^{NWUSS} (Unión Nacional de Sociedades por el Sufragio Femenino), pero, en todo caso, durante esa temporada como activista Virginia tuvo que adoptar una postura aun cuando pensara que no estaba hecha para los movimientos y la agitación política.

El tercer acontecimiento de 1910 que intensificó la sensación de que algo nuevo estaba ocurriendo y de que el carácter y la actitud ya no eran los mismos, fue la exposición de pintores «posimpresionistas» comisariada por otro miembro del círculo, el pintor y crítico de arte Roger Fry.

¡Oh, para una vez que el arte tenía capacidad de escandalizar! La nueva ola rompió e hizo zozobrar el mundo refinado de James Abbott McNeill Whistler y de John Singer Sargent, en la vida de una clase media con la cabeza llena de obras de mercaderes de sueños Victorianos como Dante Gabriel Rossetti y John Everett Millais. El gusto público, marcado por infinidad de paisajes ingleses, se vio invadido por la intensidad emocional primigenia de Vincent Van Gogh, por la grandeza casi abstracta de Paul Cézanne y la sensualidad primitiva de los lienzos tahitianos de Paul

Gauguin. El efecto fue extraordinario. Demoledores y abiertamente hostiles, los críticos tildaron esas obras de «mamarrachos histéricos», de «atrocidades burdas e intolerables», de «basura infantil». Como era de esperar, atacaron a las obras de Van Gogh tachándolas de desvaríos de un «maniaco adulto»; a las de Gauguin las atacaron por su «salvajismo grosero», y a las de Cézanne, con su revelación de la geometría de la naturaleza, las consideraron «estériles» y «poco viriles» mientras criticaban toda la exposición por ser una colección de «aberraciones nauseabundas» creadas por «mentes enfermas» y «mórbidas», un síntoma de la «última degradación del arte». [9] Muchos críticos coincidieron cuando dijeron que eso no era arte, sino un ataque a todo lo bello, verdadero y sagrado que tenía la civilización.

Algunos de sus colegas al otro lado del Canal de la Mancha fueron más comprensivos con las energías que entraban en funcionamiento en esas telas. En su libro *Entwicklungsgeschichte der modernen Kunst* («Historia de la evolución del arte moderno», 1904), el crítico alemán Julius Meier-Graefe explicó el mensaje de Gauguin, con la sagacidad que lo caracterizaba, aludiendo a conceptos como enfermedad y civilización, salud y naturaleza, virilidad y feminidad:

«Vuestra civilización es vuestra enfermedad», nos dice [el artista]; «mi barbarie es mi vuelta a la salud. La Eva de vuestra concepción civilizada hace de casi todos nosotros unos misóginos. La vieja Eva, la que os impresionó en mi estudio, puede que un día os parezca menos odiosa [...] Unicamente la Eva que yo he pintado puede aparecer desnuda ante nosotros. La

vuestra sería vergonzosa en ese estado natural, y, de ser hermosa, sería la fuente del dolor y del mal.»[10]

El mundo artístico inglés había vivido mayormente al abrigo de los nuevos cambios del arte europeo, y a decir verdad llevaba una generación de retraso. Las obras de Picasso y Klimt, de Schiele y Malévich, de los fauvistas y los futuristas habían pasado casi totalmente inadvertidas (incluso para vanguardistas como Fry); por tanto, fue la generación anterior de investigadores y provocadores la que logró que un público conmocionado tomara conciencia de que el arte podía representar muchas cosas aún no vistas ni comprendidas. Woolf leyó las duras críticas publicadas en la prensa inglesa, que no era más que la voz de una clase dominante que la hacía sentirse cada vez más alienada, y se dio cuenta de que la manera de ver el mundo que ella y sus amigos cultivaban estaba, en efecto, en conflicto con la estética, la política y la moral de la buena sociedad eduardiana y sus manifestaciones públicas. Para ella, esa sociedad se negaba a aceptar que algo había terminado con la muerte de la reina Victoria, y que algo nuevo estaba surgiendo, una manera distinta de ver el mundo, de estar en el mundo.

Hubo otra fecha que a Woolf le vino de perlas para precisar el momento de la transformación: el seis de mayo de 1910, cuando Jorge V ascendió al trono después de que su padre, Eduardo, exhalara su último suspiro. Haciendo una clara división entre la vieja época eduardiana y la suya, Virginia Woolf denominó a este periodo «georgiano», esperando tal vez que la segunda época georgiana (un término que no ha sobrevivido en la historiografía) trajera tantas innovaciones y cambios sociales como doscientos años antes la primera.

Si bien son varias las apoyaturas que permiten percibir un cambio radical en 1910, no debemos olvidar los cambios de actitud y comportamiento, menos evidentes pero sí más omnipresentes, que iban marcando la vida cotidiana. La propia Woolf señala en esa dirección cuando, con algo más que una pizca de esnobismo e ironía, toma a la «cocinera» como único y máximo ejemplo de su solemne afirmación. Relegada hasta entonces a los sótanos, la cocinera es ahora una persona lo bastante segura de sí misma para entrar tan campante en la sala y pedirle a la señora que le aconseje sobre tal o cual sombrero hablando como si estuviera entre iguales y comportándose como alguien que tiene una vida al margen de su profesión y de su papel prefijado, una mujer que quiere parecer femenina, disfrutar, quizá encontrar un hombre, tener una familia, una mujer que se siente con derecho a pedir todo eso de la vida y a hacerlo delante de sus superiores. Y no estaba sola. Las sufragistas se manifestaban en las calles; los mineros de Gales estaban en huelga e Irlanda pedía la Home Rule, el autogobierno. Para muchos, todo eso era un peligroso síntoma de la degeneración moderna que había que combatir con todos los medios posibles; del mismo modo, los posimpresionistas no eran más que unos bárbaros que contaminaban los pozos de la civilización. Sin embargo, había quien consideraba necesarios esos cambios y concluía que no sólo la sociedad, sino la manera misma de sentir y de percibir el mundo tenían que dejar paso a algo nuevo, y que el arte estaba obligado a reaccionar.

Mientras el mundo artístico de Londres en 1910 aún se tambaleaba por la conmoción de haber tenido en casa a la

vanguardia francesa de la década de 1880, toda Europa vivía un momento crucial para la renovación artística, pues la corriente dominante seguía siendo la conservadora.

La música acababa de dejar atrás el romanticismo y toda una generación salía a escena —Chaikovski había muerto en 1893, Bruckner en 1896, Brahms en 1897, Verdi en 1901 y Dvořák en 1904— e intentaba, con mucha cautela, dominar las innovaciones armónicas y formales de Richard Wagner. La primera década del siglo fue un periodo fructífero para los tardorrománticos ya consolidados: los paisajes anímicos del finés Jean Sibelius; el heroísmo trágico de Edward Elgar; los toques folklóricos de Nikolái Rismki-Kórsakov en Rusia; las texturas elegantes de Gabriel Fauré y la grandeza académica de Camille Saint-Saëns en Francia; las composiciones de Max Bruch en Alemania, de Manuel de Falla en España, de Cari Nielsen en Dinamarca, y los poemas tonales ricamente sazonados de Ferruccio Busoni. A todos ellos los eclipsaron, sin duda alguna, las óperas de Giacomo Puccini, cuyo infalible trío, el formado por *La Bohème* (1896), *Tosca* (1900) y *Madame Butterfly* (1904), se representaba a sala llena en todos los teatros de ópera del mundo. Más tarde Puccini compuso un guiño a su propio siglo con *La Fanciulla del West* (1910), una ópera sobre emigrantes a Norteamérica. Esos artistas eran de natural conservador y cuando experimentaban lo hacían con vacilación, pero todos fueron extraordinarios a su manera. Así es como la historia se interesa especialmente por el cambio, por las fisuras, por las obras de importancia fundamental y los nuevos avances, pero no sirve de nada dejar que ese interés empañe nuestra idea de que el arte puede ser grande aun sin ser radicalmente nuevo ni crear una nueva escuela.

Las librerías de toda Europa ya vendían mucha basura sentimental, libros de autoayuda y ciencia ficción; a los lectores con más criterio y más ambiciosos socialmente les reservaban a los decadentes del siglo XIX (Wilde, Baudelaire, Maeterlinck) y las obras de ficción más recientes, abiertamente realistas y con un fuerte elemento social, de Émile Zola, del alemán Gerhart Hauptmann, de George Bernard Shaw, del ya mayor Thomas Hardy y del italiano Gabriele d'Annunzio. En una galería o un museo de arte moderno se podían ver lienzos del popular retratista ruso Iliá Repin, del agudo impresionista tardío alemán Max Liebermann (quien, cuando le preguntaron cómo pintaría al entonces canciller Bismarck, respondió: «¿A Bismarck? ¡A ese lo pinto meando yo en la nieve!»), así como las fantasías expresionistas de Edvard Munch y las suntuosas —y empalagosas— telas de Sir Lawrence Alma-Tadema y Frederic Leighton. Por su parte, Gran Bretaña aún seguía recuperándose de los exquisitos pecados artísticos de los prerrafaelitas.

Ese es el fondo sobre el que ha de analizarse la revolución artística descrita por Virginia Woolf. A menudo esos experimentos se limitaban a grupos como el de Bloomsbury. Imaginar lo nuevo es más sencillo cuando las ideas rebotan de un lado al otro. En París, la norteamericana Gertrude Stein fue el foco que atrajo a muchos artistas que iban a su casa a comer algo caliente, a hablar de arte o a vender sus obras para poder pagar el alquiler un mes más; en Alemania realizaron esa función el círculo de Schwabing, en Múnich, otros grupos de Darmstadt o de la aldea de Worpswede, en el norte del país, y el grupo Die Brücke («el puente»); en San Petersburgo, el frenesí que se vivía en «la Torre» de Vyacheslav Ivanov fue un punto de atracción para artistas y

filósofos por igual (y también para la infaltable y variopinta pandilla de seguidores); Milán fue el cuartel general del movimiento futurista italiano; Secesión y los salones de Eugenie Schwarzwald y Bertha Zuckerkandl fueron el centro de la nueva generación de artistas vieneses. Y a todo eso hay que sumarle incontables pequeñas comunidades, a menudo de corta vida. Es interesante señalar que esos grupos se diferenciaban mucho unos de otros. En Viena, por ejemplo, no había cubistas, ni futuristas en Berlín o Múnich, y la música dodecafónica no se componía ni en San Petersburgo ni en París. Pese a que circulaban libremente muchas revistas de arte, y al auge de la reproducción fotográfica, parece que los distintos movimientos artísticos, los periodistas y el público lector sencillamente no se interesaron por ensanchar el horizonte de la apreciación artística más allá de las fronteras nacionales e incluso de la propia ciudad.

Inmediatamente nos viene a la mente una excepción: 1909 fue el año de publicación del *Manifiesto* de Marinetti en el periódico parisino *Le Fígaro*. Ya nos hemos referido a ese texto en capítulos anteriores, pero es importante recordar, a la luz de la afirmación de Virginia Woolf, que el *Manifiesto futurista* pedía «la renovación completa de la sensibilidad humana a consecuencia de los grandes descubrimientos de la ciencia. Los que hoy se sirven del telégrafo, del teléfono, del fonógrafo, del tren, del dirigible, del avión, del cine, de los grandes periódicos (síntesis de un día en la vida mundial), no se dan cuenta de que los diversos medios de comunicación, de transporte y de información tienen una influencia decisiva en la psique»[11]. Es posible que la mayoría no se diera cuenta, pero había algunos que sintonizaban, y mucho, con ese cambio.

A los círculos conservadores toda esa cháchara los alarmaba, y también lo que, en su opinión, eran consecuencias nefastas para la moral pública. En 1910 el papa Pío X llegó al extremo de introducir, para todos los sacerdotes, un juramento obligatorio en virtud del cual renunciaban a la modernidad y sus valores. La oleada de cambios, imparable desde finales de la década de 1890, había llegado finalmente a su punto más alto, y en la vieja, pero ahora más enconada, guerra entre antiguos y modernos, el arte pasó a ser el principal campo de batalla.

Durante el año 1910 los vientos de cambio, con sus experimentos intelectuales, fueron especialmente cáusticos. Se los podía oler, y si bien algunas pituitarias percibieron un aroma a libertad y descubrimiento, otras creyeron detectar el olor a podrido del cadáver de Europa. La generación nacida y educada en las décadas de 1880 y 1890, años prósperos y relativamente pacíficos, alcanzaba ya la mayoría de edad y comenzaba a articular su propia visión de la vida, su rebelión contra los padres, teñida por una infancia que, por primera vez en la historia, se veía cada vez más influida por una cultura de la administración profesionalizada, por la educación estandarizada y el consumo de masas. No era para ellos la decadencia perfumada de *l'art pour l'art* ni la literalidad sensual de los impresionistas; no era para ellos el sólido naturalismo de Thomas Hardy, Theodor Fontane y Gustave Flaubert ni la seriedad de las luchas de Émile Zola. Su visión de las cosas la modelaban las lecturas de revistas infantiles y sobre carreras en máquinas rápidas, las conversaciones en voz baja de los adultos acerca de crisis nerviosas y mujeres disolutas, una vida cotidiana cada vez más dominada por las grandes ciudades, los periódicos, y una relación intensa con el futuro, sin que importara lo que

ese futuro deparase. La imaginación estaba atenta al hecho de que una época había terminado y una nueva —a veces promesa, a veces amenaza— irrumpía con fuerza en escena, aún visible sólo en imágenes fugaces y fragmentadas. Su obra era un conjunto irregular atravesado por ráfagas de información sin digerir que llegaba hasta el arte como ruido, *collage* o cita, y también por rostros que sólo eran pedazos de rostros, por un remolino de formas y por personalidades que hacían implosión y cuya esencia misma se revelaba únicamente como una conflagración violenta de formas geométricas, la explosión de una supernova hecha de verborrea sin pulir, un alarido lanzado desde el escenario.

¿Había cambiado la naturaleza humana? ¿Podía cambiar alguna vez? Esas eran las principales preguntas que se hacía la vanguardia artística. A la vista de la ejecución revolucionaria de las obras utilizadas para formular preguntas y darles respuesta, la reacción de los artistas fue desconcertante, pero sólo al principio: ¡No!, exclamaron con firmeza, ¡no ha cambiado! No hay nada nuevo bajo el sol. No negaban que se había producido algo radicalmente nuevo; su argumento era a la vez más sutil y más enérgico. Nietzsche había enseñado a su generación que el cristianismo no era sino una perversión que había convertido en esclavos a personas libres doblegándolas bajo el yugo de la teología y de la abnegación. Era de ese yugo del que los jóvenes artistas estaban ansiosos por desuncirse, de las ataduras de una civilización cuyo ritmo galopante sólo les parecía la continuación tecnificada de la antigua esclavitud. La naturaleza humana siempre había sido distinta: salvaje, primitiva, mitológica. El individuo burgués no era más que un simio disfrazado con sarga fabricada en Manchester. Quitadle ese traje y se descubrirá la naturaleza subyacente a

todas las cosas, quitádselo o id directamente al lugar donde nunca se usaron trajes. Así veréis que la mente humana existe en su forma antigua y original. Buscad las estructuras más profundas y emprenderéis un viaje hacia el interior del género humano, un regreso a las fuentes, una búsqueda de lo primitivo, del ritual y del mito.

Ritual, mitos y máscaras

Incluso en un mundo artístico aún capaz de escandalizarse, ninguna protesta fue más sonora que la que se oyó en 1913 con ocasión del estreno, en París, de un *ballet* escrito por un joven compositor ruso, Ígor Stravinski (1882-1971), que ya se había hecho un nombre con dos partituras innovadoras: *El pájaro de fuego* y *Petrushka*.

El *ballet* lo encargó el voluntarioso Serguéi Diágilev (1872-1929), el fundador de los Ballets Russes. Sin dinero propio, el joven ruso se había asegurado el respaldo económico de uno de los hombres más ricos de Francia, el conde Greffuhle, banquero, a quien convenció para que invitara a París a toda una compañía, decorados y trajes incluidos. Diágilev admitió que el proyecto podía ser caro y hasta arrojar pérdidas, pero insistió en que los bancos franceses tenían importantes inversiones en Rusia y que, después de la desastrosa guerra ruso-japonesa y la revolución, con su sangrienta represión, había que tranquilizar a los inversores franceses y hacerles ver que Rusia era una nación civilizada y con una enorme cultura, en suma, una apuesta segura. Greffuhle se convenció y fue a ver a otros banqueros. Diágilev consiguió el dinero y se lanzó a encargar partituras y decorados y, por regla general, a gastar

en cualquier cosa que lo fascinara importantes sumas de los fondos conseguidos.

La primera temporada de los Ballets Russes (1909) fue un éxito, y no en última instancia por la coreografía brillante, innovadora y atrevida de Michel Fokine, que ya se había hecho famoso en San Petersburgo. A partir de entonces Diágilev llevó a sus bailarines de gira por Europa todos los años. La compañía se hizo célebre por su estilo y sus montajes innovadores, aunque la mayor parte de los *ballets* eran tradicionales y con música de compositores prestigiosos como Alexandr Borodín, Antón Arenski y Nikolái Rimski-Kórsakov. Los primeros dos *ballets* de Stravinski habían tenido una buena acogida, pero el compositor y empresario decidió que hacía falta algo más osado y que realmente atrapase la imaginación.

Y pensó en un antiguo ritual ruso de primavera, una danza sacrificial alrededor de una virgen que moría bailando, una bienvenida pagana a la nueva estación con ancianos y mujeres vestidos con trajes antiguos y grupos de jóvenes que irrumpían en movimientos extáticos. Comenzó, pues, a componerlo, y trabajó con ahínco en la partitura mientras seguía a la compañía para supervisar las representaciones de las otras piezas. En 1912 el joven ruso recibió una buena advertencia del público parisino, que no recibió nada bien una obra que consideró escandalosa. Diágilev le había permitido a Nijinsky que representara una coreografía original basada en *La siesta de un fauno*, de Claude Debussy (1862-1918), una soberbia escena impresionista que evoca la tarde ociosa de un fauno griego que persigue a una ninfa de la que sólo puede atrapar el velo que ha perdido. La decoración, de Léon Bakst, escenógrafo de la compañía, se inspiraba en las pinturas de los vasos griegos; y el papel del

fauno le correspondió a Vaslav Nijinsky, el primer bailarín. «Nijinsky, en el papel del fauno, estaba magnífico», recordó Lydia Sokolova, la única bailarina inglesa del grupo.

Aunque sus movimientos eran de lo más sobrios, también eran viriles y enérgicos, y la manera como acariciaba y llevaba el velo de la ninfa era tan animal que uno esperaba verlo subir la colina con el velo en la boca. Hubo un momento inolvidable, justo antes de ese descenso amoroso final sobre el pañuelo, cuando se hincó en una rodilla en lo alto de la colina con la otra pierna estirada detrás. De repente echó la cabeza para atrás, abrió la boca y rió en silencio. Fue una interpretación magnífica.[12]

Con todo, al público, más que la interpretación, lo que le importó fue ese «descenso amoroso final» durante el que Nijinsky se envolvía con el fular y mimaba un explícito acto de onanismo ante la concurrencia más granada de París.

¡Escándalo! Algunos espectadores se marcharon incluso antes de que terminase la función, y las críticas fueron abrumadoramente hostiles. «Hemos visto a un fauno incontinente ejecutar movimientos repugnantes de bestialidad erótica y hacer unos gestos groseros y desvergonzados», escribió Gaston Calmette, el poderoso director de *Le Figaro*, que describió a la criatura mítica como «una bestia contrahecha, fea de frente y aún más fea de perfil», una descripción motivada por el hecho de que, para recalcar la intención y el carácter de su personaje, Nijinsky decidiera no ponerse nada bajo las mallas de lentejuelas, lo cual hizo que la representación fuese aún más explícitamente viril y obscena. En efecto, la «pantomima demasiado expresiva» dejaba muy poco a la imaginación. «El verdadero público nunca aceptará esas realidades

animales» [13], opinó Calmette, sin duda identificando el gusto «verdadero» con el de los círculos selectos de la capital.

Mientras tanto, Stravinski trabajaba como un poseso, y antes de que terminase el año completó su muy complicada partitura. «Hoy, 4/14.IX.1912, domingo, y con un dolor de muelas insoportable, he terminado la música de *La consagración*. Í. Stravinski, Clarens, Hotel Chatelard», garabateó en su cuaderno. Con todo, si él mismo estaba convencido de que era una gran pieza, música como hasta entonces nadie había escrito jamás, no todo el mundo la recibió con el mismo entusiasmo. Pierre Monteux, el director de orquesta, fue más que escéptico cuando el compositor le hizo escuchar la pieza:

Stravinski se sentó a tocar al piano un resumen de la partitura. Antes de que pudiera avanzar mucho, yo ya estaba convencido de que deliraba. Oída así, sin el colorido de la orquesta, que es una de las cosas que más distinguen a esa pieza, lo que destacaba era la tosquedad del ritmo, y se ponía de relieve su descarnado carácter primitivo. Hasta las paredes retumbaban mientras él aporreaba el teclado y de vez en cuando daba una patada en el suelo o se levantaba de un salto y volvía a sentarse para subrayar la fuerza la música, que, a decir verdad, no necesitaba que nadie subrayara nada [...] Cuando terminó, lo único que dije fue que esa obra sin duda provocaría un escándalo.[14]

El escepticismo del director tuvo su eco en la orquesta. Los incesantes cambios de tempo, las claves discordantes tocadas al unísono y los motivos disonantes en pugna en todos los grupos instrumentales los hacían sentirse inseguros. Durante los ensayos, algunos no pudieron evitar

reír. Sentado al piano, Stravinski defendió su música con vehemencia, tocó, contó, dio instrucciones a gritos a los cantantes e insistió en cada detalle y en cada complejidad rítmica.

Después vino la función. El auditorio *Art Nouveau* del recién construido Théâtre des Champs-Élysées se llenó hasta los topes, el público acudió de buen humor y preparado para disfrutar cómodamente de una hermosa noche de danza tras una agradable primera composición, bailada *en pointe* y con el clásico tutú blanco. Pero en cuanto empezó a sonar *La consagración de la primavera* quedó claro que esa noche iba a verse algo insólito: una melodía aguda tocada con fagot, un instrumento pensado para un registro mucho más bajo. Entre el público, el compositor Camille Saint-Saëns, gran músico aunque no se lo identificara con la vanguardia, se levantó de un salto y dejó la butaca. «¡Si eso es un fagot [fr. *basson*], yo soy un babuino!», dijo por lo bajo a su vecino al levantarse. Y al instante se armó la gorda. «Durante los dos primeros minutos el público permaneció callado», recordó más tarde Monteux; «después se oyeron abucheos y silbidos del segundo piso, y unos instantes después en platea. Los que estaban sentados en la misma fila comenzaron a darse puñetazos y bastonazos en la cabeza, o a atizarse con lo que tuvieran a mano. Pronto la furia se dirigió contra los bailarines, y sobre todo contra la orquesta. Tiraron todo lo que tenían a mano, pero nosotros seguimos tocando.» El caos fue total cuando el público se dividió entre los que estaban a favor y los que estaban en contra del espectáculo. Una dama muy enjoyada le estampó una bofetada a su vecino antes de marcharse hecha una furia; otra le escupió en la cara a su detractor. Hubo peleas por todas partes, y hasta desafíos a duelo.

Monteux tenía claras instrucciones de seguir tocando pasara lo que pasase en la sala, pero pronto el jaleo fue tal, que los bailarines ya no pudieron seguir a la orquesta. Stravinski, presa del pánico, dejó su asiento de platea; entre bastidores encontró a Nijinsky, el coreógrafo, que, colgado precariamente de una de las alas, daba instrucciones en ruso a los bailarines. Para impedir que Nijinsky cayera al escenario, el compositor, miope y de constitución frágil, lo cogió por los faldones del abrigo mientras la música seguía sonando, ahogada casi por el alboroto que armaba el público. Entretanto, Monteux y los músicos se concentraban desesperados en la compleja partitura, tocándola como si en ello les fuera la vida.

La consagración de la primavera fue una pieza revolucionaria no sólo por la orquestación y el uso de los instrumentos, sino en toda su concepción. El autor había abandonado la estructura tradicional, en cuyo lugar asaltaban al oyente, con una fuerza inesperada, toda clase de motivos y pasajes: tambores, ritmo de pisadas para las que la percusión y las cuerdas formaban un bloque sonoro aterrador; maderas a veces discordantes, y otras con un sonido plañidero y de una severidad arcaica; interrupciones agresivas y a menudo brutales de los bronces; después, de improviso, un silencio total. El serpenteo de las flautas y una abundancia de gorjeos llevaban a pasajes insistentes y casi extáticos en los que toda la orquesta se esforzaba al límite de su capacidad; a una masa palpitante de ritmos cruzados, calculados con precisión y no faltos de momentos de extraña belleza y calma sobrecogedora, seguían erupciones de una fuerza tremenda, motivos folklóricos, y coros de peregrinos les pisaban los talones a sínkopas frenéticas en un ritual despiadado durante el cual la fuerza visceral de la danza era

tan audible como el canto de los pájaros y los gritos de la víctima. La música ya no volvería a ser lo que había sido. Gaston Calmette, que ya había destrozado el *Fauno* de Debussy, arremetió contra este «extraño espectáculo de barbarie laboriosa y pueril»; otro crítico dijo que la pieza, más que la consagración, era «la masacre» de la primavera. [15] [*] Hasta los periodistas dijeron estar educadamente impresionados: la revista *Excelsior*, de tendencia bohemia, comentó con delicadeza: «Los invitados más interesantes no siempre son sinónimo de hallazgos felices. Este parece ser el caso de la nueva pantomima que ha presentado en el Théâtre des Champs-Élysées la compañía del señor Serge de Diágilev. Hay que rendir homenaje a su audacia inventiva; más lejos no se puede ir.» Jean Cocteau, joven entonces, comentó con auténtico entusiasmo que se sentía «arrancado de cuajo» por la pieza. «La belleza habla directamente a las tripas. Del genio puede decirse lo mismo que de la electricidad. Se tiene o no se tiene. Y Stravinski lo tiene [...] La compañía rusa me ha enseñado que para renacer hay que quemarse vivo...» [16] Para la mente receptiva de Cocteau, el genio que lo «arrancaba» de su identidad absolutamente burguesa era un fenómeno eléctrico, una conmoción nerviosa que prendió fuego a todo lo viejo con vistas a crear una nueva cultura a partir de las cenizas.

La fascinación de Stravinski por los rituales arcaicos la compartían otros artistas, en especial en su Rusia natal; y si bien el compositor se dio por satisfecho empleando una selección de motivos folklóricos tomados de una antología de canciones editada por el profesor Rimski-Kórsakov, otros fueron más lejos en su búsqueda de auténtico arte popular y

pensamiento mitológico. En 1889, el jurista Vasili Kandinsky (1866-1944) se había sumado a un grupo de científicos que viajaron a los Urales con la intención de estudiar las costumbres del pueblo komi, y allí se fascinó por los ritos chamánicos y los símbolos religiosos abstractos empleados para decorar objetos ceremoniales y también otros de uso cotidiano. Cuando, en 1896, Kandinsky decidió abandonar el Derecho y dedicarse a la pintura, el lenguaje simbólico de los chamanes komi se convirtió en el motor de su obra. Se mudó a Múnich, donde conoció a otra artista talentosa, Gabriele Münter (1877-1962), que, además de ser luego su amante, se instaló en casa del ruso, que entonces aún estaba casado.

Durante los quince años siguientes Kandinsky se apartó de cierto impresionismo tardío de mal gusto y descubrió un lenguaje visual mucho más personal y arcaico en el que los cascabeles y los tambores de los chamanes, con las figuras de pájaros y serpientes utilizadas en sus encantamientos, volvían a aflorar en el lienzo creando un universo gráfico que iba más allá de las convenciones pictóricas, o que, más bien, las predata. Para Kandinsky, esos símbolos tenían trascendencia universal: la fuerza necesaria para despertar recuerdos colectivos de una existencia anterior a la electricidad, a los automóviles, a las ciudades y a la civilización misma. La reacción de la crítica a obras como las suyas fue tremendamente hostil, como descubrieron algunos colegas alemanes de Kandinsky tras una exposición organizada en 1911. Un crítico del *Kölnische Zeitung* arremetió con una lección de estética conservadora:

Es imposible superar a esos cuadros en inutilidad. No son más que chillones juegos coloreados a los que juegan esos caníbales. Si se los mira como pinturas, son el final del arte, una broma. Pero muestran

también un lado más nefario. La trillada afirmación moderna según la cual el objeto de arte es indiferente se expresa allí de un modo verdaderamente malvado [...] Lo que se nos enseña respira el aliento envenenado de los más negros antros de la gran ciudad, y muestra la constitución de los artistas, que sólo puede entenderse como patología.[17]

En otros lugares las cosas no iban mucho mejor. Los críticos londinenses se mofaron de los posimpresionistas que les presentó Roger Fry; en 1905, un crítico de París concluyó fríamente, tras asistir a una exposición de Matisse: «Ha tirado una lata de pintura a la cara del público»; y a los fauvistas franceses los bautizaron así cuando el periodista Louis Vaucelles vio, entre las telas vanguardistas, una estatua de bronce de aspecto italiano —un desnudo femenino tirando a insulso— y exclamó: «*Donatello chez les fauves!*» (¡Donatello entre las fieras!). Y ya nadie les quitó el nombre.

Aunque Kandinsky decidió vivir en Alemania, su evolución hacia algo que podríamos llamar abstracción chamánica tuvo claros paralelismos en Rusia, donde toda una generación de jóvenes artistas buscaba maneras de acercarse a la naturaleza y retratarla. En Moscú, Mijaíl F. Lariónov (1881-1964) creaba figuras robustas y sencillas inspiradas por el arte *folk*, semejantes a pinturas rupestres reducidas a lo esencial y con referencias no exentas de ironía a los elementos básicos de la vida: el sexo, la comida, el hombre, la mujer. Su amante, Natalia Serguéievna Goncharova (1881-1962), una artista igualmente fascinada por el arte campesino, pintaba vividos *tableaux* y retratos de inspiración arcaica. Sin embargo, nadie avanzó tan rápido ni llegó tan lejos como Kazimir S. Malévich (1878-1935), que asimiló todas las corrientes artísticas de su época y llegó a la

más austera de todas las abstracciones (véase la sección de láminas). Para Malévich, el mundo y la imaginería del arte y la fantasía campesinos eran la piedra de toque de la autenticidad y una manera de dejar atrás la pintura excesivamente elaborada de la generación anterior. Sus retratos de campesinos y leñadores muestran personajes sólidos como troncos, seres monumentales y tubulares como dioses de una mitología perdida, nacidos del suelo de la Madre Rusia. Tras completar una serie de lienzos de esa índole, Malévich volvió a su época y a la vida moderna. Si a los campesinos los redujo a figuras de una fuerza primitiva, sus habitantes urbanos aparecían partidos en un sinnúmero de fragmentos, irreconocibles detrás de trozos de escritos y jirones de imágenes semicubiertas por curiosos símbolos (un pez, un sable, una cuchara de palo), impotentes contra el vórtice de información y velocidad que los arrastraba hacia su oscuro centro.

La técnica y el desarrollo estilístico de Malévich se reflejaron casi exactamente en la obra de un pintor del otro extremo de Europa, el joven Pablo Picasso (1881-1973), que también descubrió la fuerza de las formas primitivas y la desintegración del sujeto como medio de expresión artística. Sin embargo, Malévich se inspiraba en el arte rural ruso, mientras que el español acusaba influencias de un mundo estético muy distinto. En su nueva ciudad, su exuberante talento estalló en una multitud de formas y estilos. Para él, la inspiración estaba en todas partes: en predecesores como Cézanne y en la publicidad, los circos ambulantes y objetos curiosos comprados en una chamarilería, o en tallas africanas traídas por las tropas estacionadas en el África occidental y vendidas en algún puerto por un par de copas. Nadie les atribuía valor alguno, ni estético ni económico, y

aunque los que habían servido en las colonias podían tal vez colgarlas en una pared junto con alfombras bereberes, trofeos de caza y una selección de sables y pistolas, en general nadie se fijaba en ellas.



Comer beber hombre mujer: Mijaíl Larionov redujo la vida a sus elementos más primitivos.

Mijaíl Larionov, *Otoño*, hacia 1910-1912; Musée National d'Art Moderne, Centre Pompidou, París (Bridgeman Art Gallery) © AD AGP, París y DACS,

Londres, 2008

Salvo Picasso. Fascinado con esas esculturas, compró todas las que sus escasos ingresos le permitían. Las formas toscas, la asimetría, y la simplificación le parecían la única respuesta posible al excesivo refinamiento del gusto burgués con sus ninfas etéreas, jóvenes *Art Nouveau*, plantas y flores delicadas, alegorías por doquier, desnudez inocente, y una belleza y una perfección técnica abrumadora. Sin importarle lo que esos objetos africanos pudieran significar en su cultura de origen, y haciendo caso omiso de su trascendencia y su simbolismo, Picasso empleó el repertorio formal del arte tribal para sus propios fines. En las máscaras reconocía, bajo el rasgo personal, la estructura inmutable de la condición humana: un individuo reducido a un signo, a la cifra despojada de algo único.

Esa visión de la civilización, nueva y profundamente escéptica, se plasmó por primera vez, y quizá también con mayor plenitud, en *Las señoritas de Aviñón* (véase la sección de láminas), una gran tela de franqueza brutal e inquietante, que, en gran medida como *La consagración de la primavera*, de Stravinsky, hacía todo lo posible para ocultar el virtuosismo técnico y composicional subyacente. Pintado en 1907, el cuadro muestra el interior de un burdel donde unas prostitutas desnudas posan para un cliente. Sin embargo, las mujeres no se parecen a nada de lo que hasta entonces se había visto en arte. Los cuerpos allí expuestos aparecen reducidos a componentes geométricos, insinúan apenas un brazo o una pierna, un pecho o una entrepierna. Los rostros sólo son líneas negras trazadas sobre una mancha color carne. A la mujer de la derecha parece salirle del cráneo una máscara africana, y la figura que ocupa el primer plano, en cuclillas, está totalmente desfigurada, con cada ojo a una altura distinta y la nariz transformada en una línea a la vez

monstruosa y abstracta, un recordatorio, quizá, de los terribles estragos de la sífilis.



Invasión y fragmentación: el *Hombre con violín*, de Braque, no puede proteger sus contornos de las fuerzas externas.

Georges Braque, *Violín y jarra*, 1910,
Kunstmuseum, Basilea (Bridgeman Art Library)

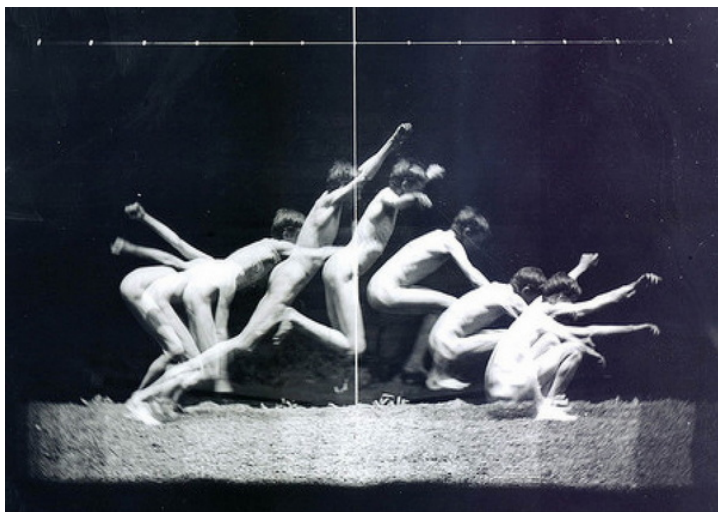
© ADAGP, París y DACS, Londres, 2008

Tanto Picasso como su amigo y colega Georges Braque (1882-1963) comprendieron que la técnica consistente en disolver formas fluidas en elementos aparentemente arcaicos era un medio muy eficaz para apropiarse de la realidad y articular una reacción a la vida en la metrópolis francesa. Si bien podía usarse para reducir a los individuos a arquetipos, y la realidad cotidiana a mito, el proceso de desmontar formas complejas en elementos simples podía conseguir también el efecto opuesto y mostrar la vida moderna mirándola con ojos antiguos. Hasta bien entrada la Edad Media la pintura se entendió como representación de algo más que un solo momento, pues lo que en realidad representaba era una esencia espiritual. Así, en un único panel, un altar podía representar íntegramente la pasión de Cristo, las doce estaciones de la cruz con la figura de Jesús, una progresión temporal vista como progresión en el espacio. Partiendo del punto en que se había detenido Cézanne, los cuadros «cubistas» de Picasso y Braque pasaron a aplicar el mismo principio a temas modernos y seculares. Al enseñar una figura desde varios ángulos a la vez, destruían la coherencia formal del sujeto y toda sensación de momento o lugar concreto. No obstante, al hacerlo esperaban atrapar una esencia, ver todas sus facetas desde todos los ángulos, percibir algo más profundo y verdadero de lo que se consigue captar cuando el pintor se aferra a una sola perspectiva o a un único punto en el tiempo y el espacio.

Al mismo tiempo, el lenguaje cubista era un recurso muy eficaz para transmitir otro mensaje: en la ciudad moderna, las personas ya no eran de una sola pieza como los campesinos monumentales de Malévich. Eran objetos compuestos, figuras partidas y pegadas en el cuadro y

hechas de recortes de tal o cual cosa; no una entidad plenamente desarrollada, sino una refundición casi aleatoria de elementos y puntos de vista dispares. Georges Braque, en cierto modo el polo opuesto del temperamental Picasso, era un intelectual metódico que trabajaba despacio y con intenciones claras. Le interesaban el alcance teórico de la pintura y las paradojas fascinantes implícitas en la recreación, en dos dimensiones, de un mundo tridimensional, reconocibles también en la tensión entre ilusión y representación simbólica, en la representación de un solo momento a partir de un trabajo de meses, y en el hecho mismo de la creación artística en un mundo dominado por el diseño industrial, las formas utilitarias, la publicidad y la reproducción en serie. Hijo de un pintor decorativo y restaurador de muebles, en sus cuadros Braque usaba las imitaciones en madera más como pregunta dirigida al espectador que como *trompe l'œil*. Le fascinaban sobre todo los violines, sin duda no sólo por su forma redondeada y el contraste de las líneas rectas con las curvas de los lados y la voluta que remata el arco, sino también porque el violín era un instrumento pensado no para ser visto, sino oído, todo un reto para el pintor, obligado a traducir el lenguaje del sonido a un lenguaje visual. En *Hombre con violín* (1912), Braque reflexiona sobre varias de esas ideas. Como si revoloteara por encima de la forma multifacética del violín, la figura del intérprete se insinúa con los contornos, la boca y la nariz de un robot. El hombre parece aturdido, inmerso entre sonidos que lo rodean en forma de notaciones musicales. Más que el retrato de una persona, el cuadro de Braque es la representación visual de una experiencia perturbadora, pues la forma humana es el elemento menos sólido de la

composición, ya que aparece disuelta en las formas y los sonidos que la envuelven.



La rana de Thomas Eakins. Secuencias fotográficas como esta inspiraron a los pintores de vanguardia.

Fotografía de Thomas Eakins (Weidenfeld
& Nicolson Archive)

Ciertas influencias contemporáneas, como el cine, intensificaron aún más esa fragmentación de identidades. Cuando el montaje efectista y los trucos fotográficos se consolidaron como elementos cinematográficos, cambió la manera de pensar las historias. Los escritores y pintores comenzaron a imitar los rápidos cambios de perspectiva y la separación de realidades que veían en las películas. La afirmación epistemológica de Ortega y Gasset, en el sentido de que la única manera posible de ver el mundo era desde múltiples puntos de vista, comenzaba a parecer una teoría del cine, y el flujo de ideas en autores como Luigi Pirandello,

Arthur Schnitzler y Andrei Bély parece ver por el ojo de una cámara que registra al azar detalles e impresiones y los funde en ideas vividas. Como había afirmado Ernst Mach, el yo sólo era una acumulación de sensaciones y experiencias.

Influido por la fotografía secuencial desarrollada por Eadweard Muybridge y Thomas Eakins, que dividían un único movimiento en las partes que lo integraban, el pintor francés Marcel Duchamp (1887-1968) anatomizó la sensación humana en *Desnudo bajando una escalera N.º 2* (1912), obra pionera sobre un tema clásico, un desnudo femenino, desplegado aquí en las muchas facetas de un instante, un trabajo entre analítico y romántico y con una gran carga de ironía. Colegas como Picasso y Braque miraron la obra con suspicacia, pues percibieron que representaba un punto de partida independiente a partir del credo cubista. Un año después el *Desnudo* se presentó en el Armory Show de Nueva York con no poco revuelo. Como el futurista italiano Giacomo Billa, Duchamp incorporó el paso del tiempo en un único lienzo, señalando una vez más una antigua paradoja de la pintura, a saber, la relación entre el instante representado y el tiempo empleado en crear una obra, entre fidelidad a la vida y fidelidad al arte. El cuadro de Duchamp demostró que la fidelidad a la experiencia empírica cambiaba no sólo lo que se veía, sino también el modo de traducirlo en sentimientos y experiencias. La obra desafiaba al público a preguntarse cómo es posible enamorarse de una serie de formas en movimiento y cómo los momentos sensoriales se transforman en experiencia o en personalidad.



Conquistar el tiempo: *Desnudo bajando una escalera*, de Duchamp, capta en un solo lienzo la

secuencia íntegra de un movimiento.

Marcel Duchamp, *Desnudo bajando una escalera*
N.º 2, 1912; Philadelphia Museum of Art,
Pennsylvania (Bridgeman Art Library) ©
Herederos de Marcel Duchamp/ADAGP, París y
DACS, Londres, 2008

En el mundo real, la naturaleza episódica y fragmentaria de la existencia iba de la mano del frenesí y la inconstancia de la moda y de las imposiciones del desarrollo industrial, que barrían con una escoba de hierro todo lo que no estaba a la última. Pese a la mayor esperanza de vida y a un abanico de elecciones más amplio, la vida nunca había parecido más fugaz ni más frágil. Para muchos de los que sintieron esa fragilidad, esa lucha por la respetabilidad, el pasado pareció de repente una tierra prometida de estabilidad y pertenencia.

Pero volvamos a la fascinación por lo primitivo. Henri Matisse (1869-1954) no tuvo el empuje existencial propio del talento analítico de un Picasso o un Braque. Su obra nos dice que se sentía demasiado feliz de estar vivo para desperdiciar una parte no desdeñable de su energía en análisis intelectuales de cosas que a él, bajo el sol mediterráneo de su refugio del sur de Francia, le parecían completamente claras. Así y todo, si bien Matisse no se centraba en analizar la modernidad o en trocear con un hacha la forma humana como se podría tallar una canoa con el tronco de un árbol, su propio paraíso se encontraba decididamente en un mundo arcaico, era la larga y lánguida siesta de un fauno que miraba a la humanidad y su potencial con mejores ojos. Los personajes desnudos de su gran lienzo *La alegría de vivir* (véase la sección de láminas) respiran la calma estival de un

encuentro imaginario entre la sensualidad de los dioses griegos y las sencillas alegrías de la vida en la prehistoria. Las cabras de la derecha del cuadro parecen vestigios de pinturas rupestres de las cuevas de Altamira, mientras que el gesto y la actitud del joven cabrero se inspiran en figuras de los vasos griegos.

Lejos y cerca

Como muchos artistas, Matisse encontraba la belleza y la felicidad en un estado de la humanidad anterior a la civilización, un retorno a las raíces. La civilización y la modernidad significaban velocidad y neurastenia, identidades cuestionadas, mentes y cuerpos débiles. Matisse se soñaba a sí mismo en un Edén saturado de color donde podía llegar a ser realidad una vida feliz, anterior a la caída. Otros no se conformaban con un sueño; una corriente artística modesta, pero estable, se dedicó a buscar ese paraíso en la tierra, ya en colonias y comunidades de artistas, ya en viajes al extranjero, donde se podían estudiar las culturas no contaminadas por la modernidad europea y, quizá, ponerle freno a la moral burguesa. Los artistas franceses tenían la gran ventaja de pertenecer a la nación colonizadora de Argelia y Marruecos, unos dominios que, además, estaban a un paso de su casa (el África subsahariana era demasiado remota y ajena), y no fueron pocos los que aprovecharon esa tentadora oportunidad.

En 1914, el pintor alemán August Macke (1887-1914) y el suizo Paul Klee (1879-1940) viajaron a Túnez y volvieron con apuntes rebosantes de vívidos colores y formas semiabstractas; en 1912 Matisse estuvo en Tánger, donde sacó gran partido al colorido, a la artesanía y la decoración

tradicionales, y también a la vida, en apariencia más sencilla, de los norteafricanos. Para los que no pudieron hacer ese viaje, una exposición de arte islámico organizada en Múnich en 1910 llevó un nuevo universo estético a uno de los centros neurálgicos de la vanguardia europea.

Fueron muchos los que siguieron la llamada de una vida más «natural» en el extranjero, en parte siguiendo los pasos de los pioneros de la generación anterior. Paul Gauguin, una de las estrellas de la exposición posimpresionista de 1910 en Londres, mostró las alegrías de los mares del sur a los aficionados europeos. Embarcándose en una búsqueda mística que lo redimiera a través de la pasión y la lucidez, el novelista francés André Gide tuvo el coraje de seguir sus instintos amorosos en repetidas estancias en Argel. A Gide le gustaban los jovencitos, y muchos hombres que vivían de rentas elegían el norte de África o el sur de Italia para satisfacer sus pasiones prohibidas: el fotógrafo alemán Wilhelm von Gloeden en su villa de Taormina, Sicilia; Friedrich Albert Krupp en Capri. En todos los casos, el interés de los viajeros lo suscitaba no sólo una manera distinta de entender la sexualidad —homosexual o de otra clase— en las distintas culturas, sino también una actitud diferente respecto de la sensualidad y las emociones, como el propio Gide escribió en su relato autobiográfico *Si la semilla no muere* (1936):

¿En nombre de qué dios, de qué ideal, me impedis vivir según mi naturaleza? Y esa naturaleza, ¿adónde me llevaría si la siguiera? Hasta entonces había aceptado la moral de Cristo [...] Para obligarme a someterme a ella terminé sintiendo un desarraigo profundo de todo mi ser.[18]

La búsqueda de una moral primitiva y «natural» no necesariamente llevaba a sus adeptos al extranjero, ni físicamente ni con la imaginación.

Las formas de vida mayormente rurales y a menudo subdesarrolladas, casi medievales, que aún se conservaban en el este de Europa ofrecían un país extranjero dentro de las fronteras nacionales a muchos de los que se embarcaron en esa búsqueda de la autenticidad. En 1905 los compositores Béla Bartók (1881-1945) y Zoltán Kodály (1882-1967) viajaron por el interior de su Hungría natal con la intención de documentar melodías del folklore magiar y gitano. La música compuesta tras esa expedición a un mundo rural aportó, fuera de los sistemas tonales clásicos y de las limitaciones formales, una nueva estética que se expresaba en la propia composición: una música con los bordes dentados, tan poco familiar al oído como los sonidos de Stravinski. Las partituras no fueron meras paráfrasis de dulces conciertos *folk* ni de la música orquestal popularizada por Liszt, Brahms, Dvořák y Chaikovski en el siglo ^{xix}. Estas obras, así como las del checo Leoš Janáček (1854-1928), no pretendían adornar una música rebuscada y de altos vuelos con toques sutiles y exóticos; antes bien, los compositores quisieron cambiar la música artística y reformar las maneras de oír volviendo a los sonidos, con frecuencia duros, desconocidos y disonantes, de la música folklórica, que, suponían ellos, aún no estaba recubierta con el barniz empalagoso de la vida occidental.

Por supuesto, la búsqueda de una cultura nacional con raíces antiguas tenía aspectos políticos. A lo largo del siglo ^{xix} los motivos folklóricos en la música y la pintura, en las historias populares, los cuentos de hadas y las lenguas minoritarias se habían usado para proclamar una identidad

nacional, y los artistas competían en la defensa de la idea nacional, como fue el caso de los compositores Smetana y Dvořák, cuyos estilos, si bien dividieron a los checos en dos bandos musicales, los unieron en su oposición a Viena. De pronto se intensificó el tono político del resurgimiento nacional, en especial cuando se puso al servicio de la búsqueda de un pasado prehistórico. Los vanguardistas de lengua alemana se interesaron en particular por el pasado germánico. Emil Nolde (1867-1956) y Max Pechstein (1881-1955), por ejemplo, pintaron lienzos en los que presentaban danzas arrebatadas de grupos de niñas y mujeres, escenas con toda la energía de un sacrificio primaveral o de un aquelarre, si bien era imposible decir si originarias de los bosques alemanes o de una playa tahitiana.

La tensión entre la alienación de la vida urbana y la nostalgia de un pasado idealizado y más sencillo se hizo patente sobre todo para muchos judíos asimilados, atrapados como estaban entre un mundo occidental en el que hacían todo lo posible por sobresalir y ser aceptados, y la vida en el *shtetl*, la aldea, fuera del tiempo pero aún en la memoria de los mayores. Para muchos judíos, el recuerdo de la pobreza en el gueto era demasiado reciente para romantizarlo, y la atracción que ejercía sobre ellos la posibilidad de gozar de la plena ciudadanía en la sociedad occidental era demasiado fuerte. Es significativo que un gran número de artistas e intelectuales judíos de la época tuviesen la sensibilidad agudizada del *outsider* y estuvieran ávidos por aprovechar temas relativos a las costumbres, la clase social y el origen; pero salvo excepciones como Marc Chagall y Martin Buber, rara vez lo hicieron invocando el pasado judío que la familia había dejado atrás. En sus sinfonías y *Heder*, Gustav Mahler empleó melodías folklóricas austríacas, música militar y

poemas populares alemanes, no melodías *klezmer*[**] Sigmund Freud escribió sobre Moisés, pero los arquetipos de su obra psicoanalítica los tomó de la mitología griega, no de la Biblia.

El dios del éxtasis

Freud fue uno de los muchos intelectuales de la época que intentaron sacar agua refrescante de las profundas fuentes de la antigua Grecia. ¿Qué mejor remedio para una civilización bloqueada por un legado de opresivos valores cristianos que recurrir a sus mitos fundadores precristianos? ¿Qué impulso podía ser más natural para una generación educada en latín y griego en colegios humanistas y que sabía más de las guerras del Peloponeso que de cualquier otro conflicto de la historia? Nietzsche, el gran profeta de la renovación y autor leído por toda persona culta que se preciara, había sido profesor de clásicas, por supuesto, y exigido que se diera un lugar más alto en la cultura al elemento dionisiaco, extático y a menudo destructivo, como contrapeso a la mirada fría y vidriosa de Apolo y Atenea.

Entre los que revisitaron a los griegos para modelarlos según su propia imagen destaca el ensayista y dramaturgo austríaco Hugo von Hofmannsthal. La actriz alemana Gertrud Eysoldt lo había enfrentado a un nuevo desafío, y Von Hofmannsthal se concentró en la tragedia *Electra*, de Sófocles, en la que inspiró para escribir su pieza homónima. El trabajo avanzaba bien, y al cabo de sólo tres semanas el autor, encantado, pudo enviarle un manuscrito a la actriz, célebre por interpretar papeles atrevidos y por entregarse por completo en las representaciones. La reacción de Eysoldt

fue inmediata, como confesó con fervor en una carta al dramaturgo, teñida, naturalmente, de dramatismo:

Esta noche me he traído a casa su *Electra* y acabo de leerla. Estoy tendida aquí, rota —estoy sufriendo—, grito, oprimida por esta violencia. Me da miedo mi propia fuerza, me da miedo la tortura que me espera. Sufriré terriblemente [mientras interprete el papel de Electra] [...] La ha escrito usted con mi propia vida ardiente..., ha formado con mi sangre posibles sueños salvajes [...] y yo aquí, sin sospechar nada [...] esta voluntad infinitamente inflamada de mi sangre.

Lo reconozco todo —estoy terriblemente impresionada [por haberlo reconocido] — Tengo miedo.[19]

¿A qué le tenía tanto miedo? Hofmannsthal había escrito un drama impresionante, en efecto, «furor sanguinario con estilo», [20] como dijo el afamado crítico Alfred Kerr tras asistir al estreno en 1904. Electra vive para vengar a su heroico padre Agamenón, muerto a manos de su mujer, la madre de Electra, y de su amante. Como Hamlet, Electra quiere reparar una injusticia, pero a diferencia del príncipe de Dinamarca la consumen sus sentimientos asesinos y sacrifica todas sus esperanzas una vez que decide matar a la madre y al amante de esta. El público se escandalizó al ver a una mujer sedienta de sangre, desgarrada por emociones arrolladoras que no eran ni histeria ni lealtad, y tampoco defensa de la pureza de la infancia. Tomando como punto de partida el mito griego, Hofmannsthal creó una nueva clase de mujer: peligrosa, fuerte y apasionada, es decir, con todas las cualidades que supuestamente no eran propias de la mujer. Y fue incluso más lejos. En el original griego, Electra es el instrumento de la venganza divina, y el drama real y la

responsabilidad por las acciones humanas se situaban en el Olimpo. Sin embargo, en la nueva versión, esa dimensión tranquilizadora desaparecía y toda la pasión, toda la locura y todo el deseo se ponía en la mente y el alma de los protagonistas. Electra no es un instrumento de fuerzas más altas ni una mujer lanzada a una búsqueda justificada; es una mujer torturada por los impulsos violentos y sanguinarios que le han hecho perder todo control:

He sembrado oscuridad
y cosechado placer tras placer.
Fui un cadáver negro
entre los vivos, y ahora
soy el fuego de la vida
y mi llama
consume la oscuridad del mundo.
Mi rostro debe de ser más blanco
que el blanco rostro incandescente de la luna.
Cuando alguien me mira,
debe recibir la muerte o morir de placer.
¿Veis mi cara?
¿Veis la luz que brota de mí? [21]

El verdadero escándalo eran la rabia y el deseo: una mujer como agente, no en actitud pasiva; una mujer de una pasión intensa e indomable. El efecto fue extraordinario, electrizante. Cuatro días después de estrenarse en el vanguardista Kleines Theater de Berlín, con la dirección de Max Reinhardt, otros veintidós teatros alemanes pidieron permiso para montar *Electra*, y en pocas semanas se vendieron tres ediciones del texto.

Hofmannsthal insistió en que esa Grecia no era la utopía enjalbegada tan cara al siglo ^{xix}, sino un lugar mucho más oscuro y sin «banalidades» de cuño histórico como dejó claro en las acotaciones escénicas. «El carácter del decorado está marcado por la estrechez, por la sensación de drama inevitable, de encierro. El escenógrafo no irá desencaminado [...] si se deja guiar por la atmósfera que reina en una casa de una ciudad densamente poblada [...] en lugar de orientarse por los templos y palacios convencionales.»[22]

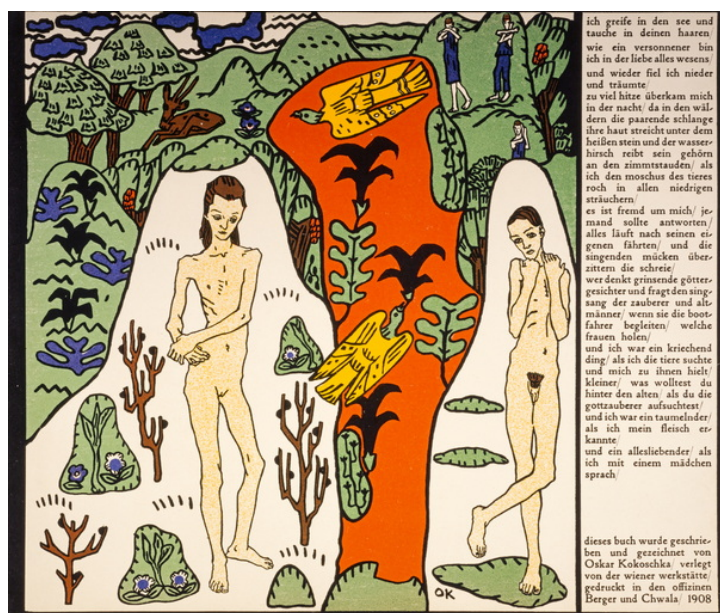
El efecto demoledor del drama se hizo aún más intenso cuando el compositor Richard Strauss (1864-1949) le pidió a Hofmannsthal que adaptara el texto para la ópera; cuando este trabajo se estrenó en Dresde en 1909, dio lugar a un escándalo sin precedentes. En lugar de atenuar el impacto con la textura voluptuosa de sus poemas tonales tardorrománticos, Strauss puso su música al servicio de una amplificación de la carga emocional, haciéndola así tanto más aterradora. En la primera escena, un grito atravesó la sala cuando la orquesta sonó como una máquina de cien brazos pensada para exaltar la fiebre asesina; no había arias convencionales, sólo una masa en ebullición de emoción vertiginosa, una música que dramatizaba la pasión de una mujer sin condenarla (en el tercer acto, el encuentro de Electra con su hermano Orestes contiene algunos de los momentos operísticos más líricos e íntimos del siglo ^{xx}), hasta que volvía a caer en el frenesí de la venganza. Nadie tranquilizó al público con un espectáculo de belleza sencilla. El caos emocional de Electra fue la clave de la noche.

Semejante temeridad indignó a los críticos. «En manos de estos “modernizadores”, las nobles imágenes de esas mujeres, dibujadas por los poetas clásicos con rasgos eternos, se han distorsionado y pervertido», [23] se quejó

uno, mientras otros, como era de esperar, acusaron a la *Electra* de Hofmannsthal de ser una «*mege*ra [una de las tres furias de la mitología griega] sádica, casi lesbiana». Los miedos articulados en el rostro de esa mujer furiosa son obvios, en especial la acusación de lesbianismo, equiparado, entonces como ahora, con fuerza femenina. En resumen, se estaba ante el mayor miedo del macho: la marginación absoluta, volverse superfluo. El ensayista vienés Hermann Bahr lo comprendió: «La tragedia sólo desea lo que desean esos dos médicos [Sigmund Freud y su mentor Josef Breuer]; recuerda a los enfermos de su propia cultura cosas que la gente no quiere que se le recuerde: les recuerda sus efectos perversos, ocultos, y a ese hombre salvaje que aún sigue merodeando y haciendo rechinar los dientes bajo la fachada de persona culta.»[24]

El monstruo mitológico que amenaza la apariencia de orden de la humanidad civilizada fue un tópico frecuente; pero mientras que los pintores del siglo ^{xix} usaron a menudo motivos mitológicos como excusa apropiada para echar mano de ropajes exóticos y enseñar un poco de carne tentadora, la nueva generación quería exponer no sólo el cuerpo, sino también los rincones oscuros de la mente. La frágil tregua de Viena entre el sueño y la realidad se convirtió en el escenario ideal para esa clase de fantasías: el poema ilustrado *Los muchachos soñadores*, de Oskar Kokoschka (1908), era una ensoñación peligrosa suspendida entre la inocencia arcádica y la tensión sexual; los lienzos de Ferdinand Hodler parecían documentar antiguos ritos paganos; el poeta y artista gráfico Alfred Kubin mostraba a Marte, el dios de la guerra, como un gigante salvaje y ciego con casco y escudo griegos que aplastaba a ejércitos enteros bajo unas botas monstruosas que parecían de piedra.

En esa reinterpretación de la mitología griega nadie llegó más lejos que Gustav Klimt, de sus diosas emanaba una peligrosa carga erótica. En su obra no hay equilibrio clásico ni calma olímpica. «Todo arte es erótico», proclamó Klimt, y la sensualidad que vibraba en sus formas y colores parece un tributo apropiado a las deidades de la mitología griega, obsesionadas por el sexo. Los paneles de Klimt para el gran vestíbulo de la Universidad de Viena habían provocado una gran indignación en los círculos oficiales. Su iconografía y su composición estaban en abierta contradicción con todo lo que representaba una institución pública. Su objetivo no era utilizar el envoltorio clásico al servicio de la eficiencia moderna; antes bien, incluso ante el motivo más moderno, lo que Klimt quería era arrancar la capa de convención y contención emocional a fin de exponer la pasión primigenia que circulaba por debajo.



Ensoñación suspendida: los muchachos
soñadores de Kokoschka están aislados y tensos.

Oskar Kokoschka, *Los muchachos soñadores*,
1908; Scottish National Gallery of Modern Art,
Edimburgo (Bridgeman Art Library) ©
Fundación Oskar Kokoschka/DACS 2008

En su esfuerzo por enseñar el elemento primitivo que se oculta en lo cotidiano, la mirada impertinente de Klimt, de sátiro y filósofo a la vez, no se detenía ante ningún límite. *Mäda Primavesi* (1912) es el retrato de una niña de nueve años que se adentra bien hondo en la mente del espectador (véase la sección de láminas). En principio, sólo es una niña rodeada de juguetes, pero a medida que el ojo se fija en los detalles, van abriéndose grietas invisibles por toda la tela y el espectador se siente arrastrado hacia un vórtice de fuerza inquietante. Primero, el rostro de la niña. ¿No es demasiado

mayor y demasiado poco inocente para tener nueve años? Si parece más el rostro de una mujer adulta que lo ha visto todo, que lo anticipa todo e invita a todo... Desafía al espectador con su mirada insolente, la mano derecha en la cadera, los pies bien separados. El observador se convierte en cómplice del artista inmoral, y es el observador quien, al mirar lo que tiene delante, mira en realidad su propia y vergonzosa alma. Klimt ve en la niña a la futura mujer, y su mirada es sutil y lasciva, ve la niñez en crecimiento y su propia reacción. Como si fueran rayos X, los ojos del pintor desnudan a la niña mientras el espectador mira; y, desde los pies, una línea apenas visible traza el contorno de los muslos hasta que alcanza, por encima de los volantes del vestido, el lugar donde a través de la gasa se puede ver con claridad el sexo. No hay nada inocente en ese cuadro. La fachada de las convenciones morales es poco más que un estímulo para los sentidos de los que han aprendido a ver a través de ese muro, a ver, bajo el decoro almidonado, carne rosada y desnuda.



El dios de la muerte: la obra visionaria de Kubin muestra los peligros de la virilidad excesiva.

Alfred Kubin, *La guerra*, hacia 1903;
Kupferstichkabinett, Dresde © Everhard
Spangenberg/DACS, 2008

¿Cambió de verdad la naturaleza humana en o alrededor de diciembre de 1910?

Gran parte de la vanguardia europea respondió, con un rotundo no, que la naturaleza humana no había cambiado ni podía hacerlo. Sin embargo, la represión emocional impuesta por el cristianismo, por dos mil años de negación de la pasión y de lucha contra la pasión, contra el eros, contra todo lo auténtico y espontáneo, la habían desviado temporalmente de su verdadero rumbo. El resultado, escribieron antropólogos y psicoanalistas, filósofos y poetas,

era la alienación de la mente humana, separada ya de sus propias emociones, la cabeza separada del corazón; el resultado, tal cual lo pintaron Picasso y Klimt, Malévich y Braque, era la vida cobarde del profesional urbano y de los esclavos de la industria, castrados por las enormes máquinas del capitalismo; el resultado, dijeron Stravinski y Bartók, era la necesidad de volver a familiarizar los oídos cansados del público moderno con la áspera vitalidad de los sonidos arcaicos de una presunta edad de la verdad.

Así pues, la naturaleza humana no había cambiado. Una nueva generación de artistas e intelectuales intentó volver a atrapar algo que para ellos siempre había estado ahí: la esencia imperecedera de la humanidad, empañada por las enseñanzas de la moral cristiana y su sucesor legítimo, aunque secular: la burguesía, tal como la describió en 1904 el sociólogo alemán Max Weber (1864-1920). Hombre de inmensa capacidad intelectual cuya disposición maniaco-depresiva le impidió publicar la obra magna que intentaba escribir, Weber fue un perfecto ejemplo de su clase y su época: trabajador y sumamente profesional, pero siempre acuciado por angustias sexuales y episodios «neurasténicos» que paralizaban su capacidad de trabajo hasta el punto de que tuvo que abandonar una brillante carrera académica. Situado en el borde emocional de su época, a Weber le importaba ver y comprender el mecanismo que mantenía a la sociedad en funcionamiento. Su obra fundamental tiene un título poco estimulante, *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo* (1904-1905), pero creó un marco de referencia para la comprensión de la sociedad moderna y el modo en que había cambiado la naturaleza humana. Tras demostrar el éxito económico desproporcionado de las sociedades y de los individuos

protestantes, en especial la sociedad calvinista, (y, podríamos añadir, los judíos), Weber explicó ese fenómeno con un golpe de genio analítico; mientras que el catolicismo forzaba a sus fieles al ascetismo y a sublimar el deseo de salvarse en el otro mundo, la doctrina calvinista de la gracia divina, dada o quitada al individuo desde el principio, interpretaba muy oportunamente el éxito terrenal como religiosidad. El éxito en los negocios pasó a ser una prueba de la gracia divina. Sin embargo, al mismo tiempo, la debilidad humana de exhibir la riqueza y vivir rodeado de lujos se consideraba disipación y decadencia. Por lo tanto, el dinero debe ganarse para asegurarse la bendición de Dios, pero no debe gastarse. Hay que invertirlo, hay que hacer crecer el capital. Así nació el capitalismo. Y a los trabajadores se los puede explotar; el hecho mismo de que vivan en una pobreza miserable es un clarísimo indicio de que se los ha privado de la gracia divina:

Así surgió una ética económica específicamente «ciudadana». Con la conciencia de gozar de la plena gracia de Dios y de estar visiblemente bendecido por Él, el ciudadano empresario, mientras se mantuviera dentro de los límites de la corrección formal, mientras su comportamiento moral fuera intachable y nada se pudiera objetar al uso que daba a su riqueza, podía perseguir sus intereses pecuniarios como quisiera, y sintiendo que, al hacerlo, cumplía con un deber. La fuerza del ascetismo religioso le daba, además, trabajadores serios, concienzudos e inusitadamente industriosos, que se aferraban a su trabajo como a un propósito vital deseado por Dios.[25]

El espíritu del capitalismo según Weber describe de un modo admirable el modo de pensar del típico explotador capitalista, de las esforzadas clases medias, el dinero que

genera dinero. Sin embargo, también presenta un sistema basado en el ascetismo y en la represión de las emociones para conseguir un objetivo más alto.

No es difícil ver cómo el análisis de Freud sigue al de Weber: la represión de los impulsos naturales es la condición previa del éxito capitalista, pero, si bien es productivo para el grupo y su riqueza, un enfoque semejante terminará cobrándose la venganza en el individuo. Las emociones reprimidas desde la primera infancia no podían exorcizarse según el modelo de la educación cristiana, centrada en la victoria sobre el demonio y el legado del pecado original. Los elementos reprimidos seguían ahí, supurando en la oscuridad hasta que estallaban en una serie de sueños, psicosis y síntomas físicos y salían a la superficie de la única manera posible. La salvación, dijo el psicoanálisis, reside en tomar conciencia de esos impulsos negados y otorgarles un lugar dentro del todo mental. Ese también era un regreso a las fuentes, a una visión de la humanidad anterior a la represión, del hombre antes de la caída.

¿Nos hemos alejado demasiado de Virginia Woolf y su cocinera de mejillas rubicundas que entra como un rayo en la sala con un sombrero nuevo? No, en absoluto. Woolf escribió que en la época victoriana la cocinera «vivía como un Leviatán en las profundidades, formidable, callada, oscura, inescrutable». ¿Y no es esa una imagen perfecta de la fuerza vital reprimida en el organismo económico de la casa burguesa? Si la nueva generación de cocineras eran criaturas solares a las que les gustaba el «aire fresco», también eran (dejando a un lado la ironía de Woolf) hijas de una nueva época en la que se dejaron aflorar las fuerzas vitales, los corsés pasaron de moda y la naturaleza y la luz del sol se adoraban como nunca. ¿Qué mejor imagen de la liberación

psicológica (y de los peligros que conllevaba) que Leviatán sacado de la oscuridad y expuesto al sol y al aire? Para Woolf, la naturaleza humana había cambiado simplemente porque comenzaba a volver a una forma de expresión más natural y más antigua.

Lo que Virginia Woolf dijo acerca de los escritores de la década de 1920 como herederos de 1910 —«se viola la gramática; se desintegra la sintaxis»— ya podía aplicarse a los pintores y compositores antes de 1914. Ya quisieran retratar la realidad de la vida en una metrópolis que destrozaba los nervios o la posibilidad de retornar a una manera de ser anterior, tenían que adaptar su respectivo lenguaje a ese desafío. La identidad del habitante de una ciudad moderna —una identidad polifacética, formada artificialmente, vestida industrialmente, ideológica y politizada— sólo podía retratarse reflejando ese estado fragmentario, poniendo un espejo hecho añicos delante de personalidades que estaban constantemente a punto de hacerse añicos. Para evocar lo que podríamos haber sido y lo que podría volver a ser posible, los artistas tenían que encontrar un idioma radicalmente distinto del de la tradición occidental, que, al fin y al cabo, también era una tradición de represión, la del cristianismo y el capitalismo. Los sonidos discordantes y en estado puro, las pasiones extremas, las figuras labradas con tosquedad y las máscaras rígidas eran recursos necesarios para exponer y, luego, destrozarse las sutilezas que el yo burgués ocultaba en sus reglas y prohibiciones. Más liberada que cambiada, la naturaleza humana nunca volvería a ser la misma.

XII. 1911: PALACIOS DEL PUEBLO

Aquí viene el Hombre Nuevo, el que se desmoraliza con el periódico de medio penique.

GEORGE BERNARD SHAW

La realidad parece no tener valor si se la compara con los sueños de imaginaciones febriles.

ÉMILE DURKHEIM

En el arte, la búsqueda de una autenticidad propia de tiempos arcaicos fue la obsesión de un reducido grupo de artistas brillantes. Mientras tanto, millones de personas se lanzaban a los brazos de una época de confort y de emociones sin precedentes, de cosas que hasta entonces habían estado fuera de su alcance. Los intelectuales podían soñar con rejuvenecer la cultura a partir de raíces antiguas, con maneras de salirse de la sociedad capitalista, pero la mayor parte de sus contemporáneos buscaba una manera de entrar: tener comida suficiente, viviendas mejores, un trabajo decente, un buen salario, un traje, un coche, una

diversión novedosa. Y diversiones sí que tuvieron, y en ningún lugar más accesibles que en las salas de cine, un fenómeno en rápido desarrollo en que participaron desde pequeñas trastiendas, cafés y *pubs* reconvertidos hasta grandes palacios, templos del entretenimiento popular.

La más grande de esas salas fue un hipódromo reformado, el Gaumont Palace, sito en la parisina plaza de Clichy; con capacidad para tres mil cuatrocientos espectadores, en 1911 abrió sus puertas a un público azorado. La emoción del momento supo captarla Abel Truchet, un pintor de género especializado en escenas callejeras de París y Montmartre. En el centro de su lienzo destacan unos contrastes maravillosos: el mayor santuario del cine es objeto de una pintura al óleo; la fachada iluminada por bombillas eléctricas; pasajeros que bajan de un coche de alquiler, todavía de caballos; el negro de la multitud en movimiento contra los tonos azufre del cine iluminado. Por los ventanales casi puede verse la decoración azul cielo de la gran sala, con sus largas filas curvas de butacas y su enorme galería, el pozo de la orquesta en la que una dotación completa de músicos no sólo tocaba en los intervalos, sino también acompañaba la proyección de las películas, y con efectos sonoros producidos por técnicos de sonido especializados.



La fachada de los sueños baratos: el Gaumont Palace (París), la sala de cine más grande del mundo.

Leon Gaumont (1864-1946) y sus competidores, los hermanos Pathé, fueron los más grandes impulsores del cine francés, y, de hecho, los mayores productores a nivel mundial de películas y equipos cinematográficos, así como

los propietarios de las principales cadenas de salas. Antes de la guerra, el cine —un entretenimiento moderno que no tardó nada en tener un público de decenas de millones de personas— era casi exclusivamente francés. Las películas se habían inventado y desarrollado en varios sitios, y en paralelo: el cinetoscopio de Edison se presentó en Chicago en 1893; el *cinématographe* diseñado por los hermanos Lumière y el bioscopio de los hermanos Skladanowsky, en Berlín, dejaron boquiabierto al público en 1895. Durante más o menos un año, la nueva atracción científica entusiasmó a los que tenían dinero para pagarse una entrada, pero a medida que se fabricaban más proyectores y más carretes, los primeros cines se convirtieron, para la clase trabajadora, en un entretenimiento itinerante, ya que se montaban en cafés, teatros de variedades y barracas de feria, donde se proyectaban películas de corta duración por unos pocos peniques la entrada. El cine era una especie de linterna mágica animada —un breve atisbo, de pocos minutos de duración, de personas en movimiento, como los trabajadores (mujeres en su mayoría) a los que se veía saliendo de la fábrica Lumière en Lyon—; no es que fuese un tema para un gran drama, pero, no obstante, como visión era asombrosa. Pronto se sumaron al repertorio los episodios cómicos, como el de un hombre que termina empapado mientras mira una manguera que de repente cobra vida (*Fred Ott's Sneeze*, 1894), y trucos de magia. Otras películas presentaban a boxeadores y artistas de variedades o de circo, y durante más o menos una década el variopinto mundo de las proyecciones cinematográficas se consideró una especie de *peep show* realista y vulgar para las masas no instruidas.

La mayor atracción de las primeras películas fue el propio movimiento, pero esa atracción dejó de ser novedad (lo cual

impulsó al emprendedor Louis Lumière a suspirar exasperado: «El cine no tiene futuro») en cuanto el público comenzó a pedir películas con más argumento y decorados más elaborados, más espectáculo y un entretenimiento que no se quedara en aspersores y estornudos. Para vencer a otro gran competidor —las ferias—, el cine tenía que ser más emocionante y la producción más cara, es decir, dejar el campo libre a los pocos empresarios importantes y con dinero suficiente para pagar el trabajo de un director y de actores profesionales, la escenografía, los efectos especiales y a miles de extras. Gaumont y Pathé Frères se desarrollaron básicamente como productores de equipo técnico —cámaras, proyectores y película virgen—, y así consolidaron una próspera situación dominante en un mercado en rápida expansión.

Las primeras películas mudas hoy nos parecen curiosas por sus interpretaciones afectadas, más propias del teatro, por el maquillaje espeluznante, los decorados obvios y, especialmente, por los característicos movimientos nerviosos con que, como marionetas, primeras estrellas, tropas enteras y testas coronadas se tambaleaban por la moderna pantalla de cine, casi inevitablemente acompañadas de un alegre *ragtime* al piano. Incluso así, hacia 1910 la atmósfera acelerada y demencial de las viejas películas habría sido familiar al público contemporáneo; mientras que los productores tendían a aminorar aún más la velocidad para ahorrar unas preciosas existencias de película, los proyeccionistas y los propietarios de salas a menudo aceleraban la proyección para que entrase cada vez más gente, y cada vez más rápido; llegó a ser *vox populi* que en el último pase muchos cines proyectaban todavía a más velocidad cuando el personal, aburrido, le daba más y más

rápido a la manivela para irse antes a casa. Es muy probable también que el mundo tal como aparecía en la pantalla fuese un asunto frenético y enloquecido, y hasta los proyeccionistas mejor intencionados tenían que ser verdaderos artistas para no traicionar el material. En una época de estandarización, cada película y cada camarógrafo tenían su velocidad particular.

El éxito de Pathé Frères, el principal de los dos competidores, es un ejemplo perfecto de esos primeros años del cine. Estos astutos hermanos comenzaron importando el fonógrafo de Edison antes de ponerse a producir su propia versión —mejor dicho, plagio— del cinetoscopio, y en 1905 vendían doscientas cámaras y proyectores al mes y doce mil metros de película virgen por día. En 1906 llegaron a vender cuarenta mil metros de película por día, a producir unas doce películas de corta duración por semana, a razón de setenta y cinco copias de cada película, y comenzaron a crear una red mundial de distribución para sus producciones. En 1904 se abrieron sucursales de Pathé en Moscú, Nueva York y Bruselas; en 1905, en Berlín, Viena, Chicago y San Petersburgo; en 1906, en Amsterdam, Barcelona, Milán y Londres; pronto las filiales llegaron hasta las regiones más remotas del mundo a lo largo de las rutas coloniales que llevaban hacia la India, el Sudeste Asiático, América del Sur y Central y África. En 1908, doscientas copias de cada película Pathé fueron solamente para los Estados Unidos; en Francia y Bélgica, un imperio de doscientas salas garantizaba el control del mercado nacional. En o hacia 1910, el cine ya era una industria que movía millones de francos, con un público inmenso y un potencial aún mayor. En los Estados Unidos, los *nickelodeons*, los cines baratos, pronto se convirtieron en un fenómeno popular, una

industria anárquica y feroz que despegó prácticamente de la noche a la mañana, como señaló un periodista norteamericano en 1907:

Hace tres años no había en Norteamérica un solo *nickelodeon*, nuestra sala de cinco centavos dedicada a la proyección de películas. Hoy hay en funcionamiento entre cuatro y cinco mil, y no les va nada mal; además, el número sigue creciendo rápidamente. Todos hacen dinero [...] El *nickelodeon* se alimenta de una nueva capa de la población, y convierte en espectadores a una parte del público que antes poco sabía y poco se interesaba por los dramas como realidad de la vida [...] Por increíble que parezca, una media de dos millones de personas van al *nickelodeon* todos los días del año, y una tercera parte de ellas son niños.

Los *nickelodeons* suelen ser salas pequeñas, con ciento noventa y nueve butacas, que programan desde doce hasta diecinueve funciones diarias todos los días de la semana. Las paredes están pintadas de rojo, los asientos son simples sillas de cocina y no están fijados al suelo. El único respiro en ese horizonte rojo es una media docena de letreros en blanco y negro que dicen

PROHIBIDO FUMAR, QUÍTENSE EL SOMBRERO y, a veces, pero no siempre,

QUÉDENSE EL TIEMPO QUE QUIERAN.

Como cabía esperar, los espectadores de origen latino son los mejores clientes, más que los judíos, los irlandeses y los norteamericanos. Y no faltan los marineros de todas las nacionalidades. Los propietarios, siempre muy emprendedores, suelen contratar a un pianista de carne y hueso al que le dan instrucciones para que toque, cuando se proyecta una escena de miedo, *Eliza-crossing-the-ice*, y un *ragtime*

rápido durante la proyección de carreras y persecuciones jocosas. No obstante, si la competencia es escasa, el dueño se limita a apretar el botón y dar comienzo a la proyección automática, capaz o no de soltar, a todo volumen, *I'd Rather Two-Step Than Walz, Bill* en el preciso momento en que el ángel se eleva del cadáver del protagonista.[1]

Europa tuvo su propia oleada de salas pequeñas, dudosas algunas, pero esa fiebre ya empezaba a remitir. La nueva generación de cines se propagó como un reguero de pólvora. En 1912 Londres tenía unas quinientas salas, y Manchester ciento once, y sólo en Gran Bretaña se vendían unos trescientos cincuenta millones de entradas al año. Hasta Hungría, país mayormente rural, tenía doscientos setenta cines, de los cuales noventa y dos estaban en Budapest; las películas europeas se veían en lugares tan remotos como Rangún, Shanghai y Melbourne. «Ha comenzado la era del cine, un nuevo culto que penetra en Europa y conquista el mundo»[2], escribió Rene Doumic en 1913. Fue en esa época cuando surgieron los imperios cinematográficos, especialmente Pathé-Frères y Gaumont, gigantes que atraían al público con películas más largas y más espectaculares y con salas cada vez más grandes donde la anarquía y el descontrol ya no reinaban durante las proyecciones; sus salas eran espléndidos palacios del pueblo magníficamente decorados, una comunión con un mundo de *glamour* y ambiciones, con héroes librados a su suerte y estrellas de la estratosfera social. El Gaumont Palace, con sus tres mil cuatrocientas butacas, fue la más grande y la más espectacular.

En el capítulo anterior hemos visto cómo reaccionaron los artistas a esa sensación de fragmentación general, pero

también pueden señalarse paralelos directos entre el cine y las demás artes. Mientras los *nickelodeons* atraían todos los días a millones de clientes curiosos, los periódicos comenzaron a satisfacer la demanda de historias gráficas breves e incisivas publicando tiras cómicas. *Krazy Kat*, los *Katzenjammer Kids* y los *Teenie Weenies* pasaron a integrar el elenco estable de los periódicos norteamericanos y desarrollaron su propio lenguaje expresivo.

Locos por las estrellas

La nueva camada de héroes de la pantalla enseguida se adueñó de la imaginación popular, y ninguno de ellos lo hizo mejor que Max Linder (Gabriel-Maximilien de Leuvielle, 1883-1925), el arquetipo del pícaro francés, cuyas aventuras se seguían con extasiado deleite en todo el planeta. El alegre y bigotudo Max hacía todo lo posible por salir adelante en la vida, pero vivía rodeado por el caos. Si se sentaba junto a la chimenea, sus zapatos terminaban siendo pasto de las llamas; nunca conseguía abotonarse el cuello almidonado; cada situación en la que se metía desembocaba inevitablemente en la ruina social y en una situación bochornosa y desopilante. Sólo en 1912 Linder trabajó en treinta y cuatro películas, y gracias a ese imparable torrente de bufonadas se embolsó unos ingresos de un millón de francos de oro.



¡Paf! Krazy Kat, uno de los primeros dibujos animados, recibe un ladrillazo marca de la casa.



En apuros: el francés Max Linder, la primera estrella de cine, en una de sus películas (1907).

Max Linder en un fotograma, hacia 1907-1908
(Roger-Viollet/Topfoto)

Surgió así un estrellato de una nueva dimensión que poco y nada tenía que ver con la fama como se la había conocido hasta entonces. Durante el siglo ^{xix}, si uno quería compartir la leyenda de la gran Sarah Bernhardt (1844-1923), *la divine*, toda una estrella ya antes de 1900, tenía que comprar una entrada bastante cara en un teatro de París, de los Estados Unidos, San Petersburgo o Londres durante una de las giras de la actriz. Si se la quería ver una vez iniciado el siglo, cuando aún interpretaba papeles jóvenes pese a tener más de sesenta años, sólo había que esperar que se estrenara una de sus películas y ver algo que se consideraba la cumbre del teatro, daba igual si uno vivía en la capital, en un pueblo de los Pirineos o en un barrio pobre de Lisboa, Cracovia o San Francisco. La fama de Bernhardt se originó en el siglo ^{xix}, en

gran medida gracias a sus temperamentales interpretaciones en y fuera del escenario, pero en el siglo ^{xx} creció alimentada principalmente por su notoriedad fuera del escenario, y esa nueva fama tenía todos los ingredientes que los fans deseaban.

Ninguna estrella antes de Bernhardt (el apogeo de su carrera coincidió con la aparición de los periódicos de gran tirada y de las reproducciones fotográficas, como las tarjetas postales) había estado tan presente en el ojo público con tantos detalles personales, maneras de ser y todos los deliciosos condimentos de la mitología privada. La ocasional costumbre de Bernhardt de dormir en su ataúd (y hacerse fotografiar en él) dio lugar a tantos comentarios como su exótico zoo particular, que incluyó, en diferentes épocas, a un león, un lince, una cría de cocodrilo que murió accidentalmente después de que le dieran a beber demasiado champán, y una boa constrictor que murió tras ingerir el cojín de un sofá. Con todo, los colores exóticos de sus animales palidecían ante la célebre figura de la delgada estrella con su principesco tren de vida, y también ante sus incontables y muy publicitados líos amorosos, seguidos por el público con celo casi misionero y luego adornados y embellecidos aún más por rumores y biografías. «¡Es tan mentirosa que hasta es posible que sea gorda!», bromeó el novelista francés Alexandre Dumas hijo. Entre sus decenas de amantes estuvieron Eduardo, príncipe de Gales, el artista Gustave Doré, el novelista italiano Gabriele d'Annunzio, el escritor Pierre Loti y, como dijo Robert Gottlieb, el «ultrahomosexual Robert de Montesquiou —el Charlus de Proust—, al que la actriz inició maliciosamente en las prácticas heterosexuales, tras lo cual Montesquiou se pasó veinticuatro horas vomitando».[3]



El poder de la seducción: los muchos amantes de Sarah Bernhardt fueron leyenda; entre ellos estaba Eduardo VII

Esos amores fugaces sólo eran papeles secundarios que ella interpretaba entre compromisos más serios, en especial el romance con Jean Mounet-Sully, de la Comédie Française, célebre por su virilidad («Hasta los sesenta años creí que era un hueso», se lo oyó cavilar en la vejez), y con un guapo joven griego, Aristides Damala, al que adoraba y con el que se casó. Damala dilapidó la fortuna de la actriz, y podría haberla arruinado de no haber tenido la cortesía de morir a causa de una sobredosis de morfina. Bernhardt lo amó a lo

grande, histriónicamente, y así fue también su duelo. Todo eso formaba parte de la leyenda que rodeaba a Sarah, la gran trágica, la gran embajadora de Francia, la encarnación del arte francés, del arte dramático, de la feminidad en su faceta mejor y más escandalosa. Su lema personal siempre había sido *quand-même*, «a pesar de», y en ese espíritu interpretó a Hamlet en francés en un escenario londinense; George Bernard Shaw, uno de sus críticos más duros, dijo de ella entonces que era «una trágica de pacotilla y agotada». A Shaw, parte de la muy reducida minoría que no la admiraba, se debe también este mordaz comentario: «Como crítico teatral nunca pude ser justo con Sarah B. porque era idéntica a mi tía Georgina.»

A diferencia de ese Shaw que odiaba a las tías, los directores de periódicos adoraban a Sarah Bernhardt. Cualquier noticia sobre ella disparaba las ventas, pues el público vivía obsesionado con saber más sobre «su Sarah», sobre su belleza, sus trucos para maquillarse, su predilección por los papeles masculinos y sus espectaculares escenas de muerte, y también sobre su constante despilfarro y la devoción que sentía por Maurice, su hijo ilegítimo; la gente quería saber la verdad sobre sus amantes y, más tarde, sobre la tragedia de la pierna amputada y el valor de la actriz que se atrevió a ir a recitar poemas en el frente. Sus millones de admiradores la devoraban igual que devoraban los periódicos y las revistas que hablaban de ella; acudían en masa a ver sus películas, compraban fotografías, ropa y abanicos asociados con la actriz; le escribían pidiéndole un autógrafo y colgaban en las paredes de sus casas los famosos carteles de Alphonse Mucha con Bernhardt en el papel de Hamlet o de Gismonda. Mucho después de conquistar los

escenarios, la divina Sarah fue una celebridad de los medios de comunicación.

Una fama como la de Max Linder o Sarah Bernhardt era el síntoma de una nueva clase de cultura que en un periodo muy breve transformó la esfera pública y el carácter de la experiencia artística personal. Hasta la llegada de los medios de comunicación de masas, del cine y el gramófono, todas y cada una de esas experiencias habían sido únicas. Se podía ir a la ópera o a un teatro de variedades, sabiendo que (de hecho, ni siquiera cuestionando si) la experiencia de esa noche sería única e irrepetible. Otra noche el espectáculo sería diferente, tendría otras inflexiones vocales, otros gestos y otras reacciones. La vida era un bien precioso que se deslizaba por entre los dedos, y nada en el mundo podía detener el tiempo ni siquiera un instante. Enrico Caruso, el prodigioso tenor del siglo, o la gran soprano Amelita Galli-Curci, podían cantar distinto cada noche que salían a escena en la Metropolitan Opera de Nueva York o en la Scala de Milán; podían estar en forma o no, o dar un nuevo matiz a una interpretación ya probada con éxito. Pero en las grabaciones sonaban siempre igual. La espectacular grabación del aria «Vesti la giubba», de *I Pagliacci* de Leoncavallo, realizada por Caruso en 1907, fue el primer disco de gramófono que vendió un millón de copias. Había nacido un nuevo mercado y, con él, una nueva manera de apreciar el arte. Ya no era necesario ir a la ópera, con todo el bagaje social que eso implicaba, para apreciar a un cantante. En lugar de tener que rascarse el bolsillo para una entrada, bastaba con comprar un disco barato. Uno podía sentarse en mangas de camisa a oír la voz del maestro, en casa, cuando

le venía en gana y todas las veces que quisiera; el gran hombre siempre estaría en plena forma, y siempre se oirían los mismos y conocidos momentos emocionantes en los mismos puntos de la grabación. El cine y los discos hicieron que las experiencias fuesen repetibles.



El tenor Enrico Caruso, estrella de la Metropolitan Opera, grabó el primer disco que vendió más de un millón de copias.

Hubo otra innovación dotada de una cualidad distinta y casi mágica, pues podía detener el tiempo, congelar la

experiencia. Presentada por primera vez en 1900, la sencilla cámara Brownie de George Eastman, poco más que una caja de cartón con una lente, se vendía por sólo un dólar estadounidense. Las películas, de seis fotos, costaban quince centavos. Un año después de introducirla en el mercado, Kodak, la empresa del inventor, ya había fabricado y vendido ciento cincuenta mil de esas cámaras, baratas y de manejo lo bastante simple para que la pudiera usar hasta un niño. Los fotógrafos profesionales y los aficionados con posibles llevaban más de una generación tomando fotos, pero la oleada de cámaras sencillas y baratas que inundó el mercado alrededor de 1900 cambió las reglas del juego. De pronto todo el mundo podía hacerse una foto, y no sólo una fotografía formal en un estudio, con sus cortinados, telones de fondo y muebles recargados en los que reclinar, sino también al aire libre, en cualquier momento de la vida cotidiana y en las situaciones más informales e inesperadas. Ya hemos conocido al niño fotógrafo Jacques-Henri Lartigue y su amor a la velocidad; decenas de miles de aficionados, menos talentosos la mayoría, compartían esa fascinación, y preservaban momentos que, con la energía aún vibrante de la luz, duraban lo que duraba el fogonazo del *flash*. Reproducidas en periódicos con tiradas de hasta un millón de copias (en 1913, sólo en Alemania se imprimieron dieciséis millones de ejemplares de periódicos por día), las fotografías de prensa daban inmediatez a una realidad tan remota, que podrían haber sido también cuentos de hadas. Las fotos hicieron del mundo un lugar más pequeño y más rápido a la vez que preservaron el encanto de la época como momentos en suspenso y a plena luz.



Tomar la curva: Jacques-Henri Lartigue celebra
la emoción de la velocidad.



A todo gas: foto tomada por Jacques-Henri Lartigue desde un automóvil en marcha.

Fotografías de Jacques Henri Lartigue; donación
Lartigue © Ministerio de Cultura,
Francia/AAJHL

No todo el mundo se sintió a gusto con esa formidable capacidad de cambiar la experiencia con el mero clic de un botón o tirando de un disparador. Como en 1910 protestó en su diario el sacerdote francés Mugnier, el confesor de *le tout Paris*: «Uno ya no está solo en su casa consigo mismo. Y la cosa sólo puede empeorar. Los rayos X os penetrarán, las cámaras Kodak fotografiarán vuestro paso, los fonógrafos registrarán vuestra voz. Los aviones nos amenazan desde lo alto.»[4] Mugnier fue sólo uno de los que en el mundo occidental percibieron como una amenaza esa cultura en rápido cambio. Otro observador, Louis Haugmard, analizó el

cine y sus efectos en los espectadores, y llegó, con notable presciencia, a la siguiente conclusión:

Por medio del cine las masas hechizadas aprenderán a no pensar, a oponerse a todo deseo de razonar y construir, que irá atrofiándose poco a poco; lo único que sabrán hacer será abrir los ojos enormes y vacíos, sólo mirar, mirar, mirar. [...] ¿Será el cinematógrafo, quizá, la solución elegante a la cuestión social, si el moderno grito se formula así: «Pan y salas de cine»? [...]

Y peligrosamente nos iremos acercando a esos días amenazadores en los que reinará la ilusión universal de la pantomima universal.[5]

La belleza de las masas

Los miembros de la élite ya podían echar chispas, pero la gran mayoría abrazó con avidez la democratización y la globalización de sus maneras de entretenerse y de estar informados, de sus modos de pensar y de decidir lo que les parecía hermoso.

La vanguardia había proclamado una nueva clase de belleza, pero su voz estridente sólo la oyeron unos pocos miles de personas en todo el mundo. Los cuadros se exponían (cuando se exponían) en galerías pequeñas y lejos de los centros artísticos dominantes; las novelas solían publicarse en ediciones privadas con una tirada que no sobrepasaba unos pocos cientos de ejemplares. Por visionarios que esos artistas nos parezcan hoy, entonces era muy raro que alguien se fijara en ellos, y mucho menos que los entendiera. En Occidente, la gran mayoría, los que podían permitirse elegir, vivían en un entorno casi siempre

oculto por el manto de la historia. Las reproducciones que colgaban en sus paredes y los bustos de plásticos que colocaban encima del piano podían ser productos fabricados en serie, pero sus volutas ornamentales y mensajes edificantes respiraban el aire tranquilo de épocas pasadas, pues la reproducción tenía un marco dorado (de fábrica, por supuesto) y lo que reproducía era la obra de un antiguo maestro (por lo general, un heliotipo, una técnica nueva y perfeccionada de reproducción en color). Para no ser menos, el busto del compositor o del poeta, infaltable en toda casa alemana que se preciara, celebraba (según el grado de progresismo de la familia) a Beethoven, a Friedrich Schiller o quizá incluso a Heinrich Heine (autor irónico, poeta y judío) o a Richard Wagner (nacionalista y antisemita). Las familias francesas de cierta clase podían rendir homenaje a Napoleón o, caso contrario, colgar un crucifijo (Francia, la polarizada), mientras que sus homólogas británicas glorificaban a Shakespeare.

Producidos ahora en grandes fábricas, los muebles solían imitar estilos de otras épocas. Se comenzaron a fabricar muebles con diseños innovadores, como los de Charles Rennie Mackintosh en Glasgow y Adolf Loos y los Wiener Werkstätte (los talleres vieneses, con Klimt y Schiele, entre otros) en Viena, pero la clase media desconfiaba de esos muebles, pues prefería la digna solidez del historicismo o las líneas suaves y femeninas del *Jugendstil*. A menudo elegantes, suntuosos y femeninos, los muebles domésticos se decoraban para atenuar el golpe que la producción en serie había asestado al orgullo burgués. Las formas naturales, las flores o las vírgenes con aspecto de ninfa, las plantas trepadoras, los pimpollos y las hojas muertas, y la exuberancia misma de su ejecución conseguían que el feliz

propietario pasara por alto el hecho de que fuesen objetos pensados para la producción en serie y montados en distintas fábricas, poco más que una parodia del nuevo encanto de la forma industrial. El *Jugendstil* y el *Art Nouveau* les cantaban suavemente a una belleza natural y al flujo de la vida, pero la mayor parte de sus diseñadores trabajaban en despachos modernos y dibujaban objetos que luego se fabricaban en grandes cantidades.

El *Jugendstil*, el *Art Nouveau* y sus distintas variantes y antecedentes nacionales, como el movimiento Arts and Crafts, surgido en Inglaterra hacia 1880, eran hijos del siglo ^{xix}, frutos de una reacción artística a la invasión de la producción en serie y la estética industrial, y pronto cayeron bajo el peso de los intereses comerciales. Representaron un intento de volver a poner un poco de magia en un mundo cada vez más prosaico, de ofrecerle una nueva belleza, pero también tropezaron con una firme oposición. Indignado por la cultura vienesa de la fachada en la economía emocional y en la arquitectura, Loos declaró que la ornamentación era un crimen. Sólo Gaudí, en Barcelona, se atrevía aún con una arquitectura animista rebotante de gárgolas, bestias misteriosas y formas simbólicas. El nuevo diseño era el producto de un mundo sin espíritus, un mundo que había perdido su animismo o se había liberado de él, mucho menos preocupado por el mal de ojo que por la funcionalidad, la mecanización, los procesos y los costes de producción; era un diseño que pertenecía a un mundo distinto, industrial. Su elegancia potencial se hizo patente en la sencillez funcional de los muebles de madera curvada al vapor de los hermanos Thonet, pero aunque esta fábrica produjo más de dos millones de unidades sólo en 1912, y pese a la gracia y comodidad de sus muebles, las líneas puras de la casa Thonet

sólo muy lentamente consiguieron abrirse camino hacia los hogares corrientes. La gente prefería el aspecto digno de la cita histórica.

¿Palacios del pueblo?

Los artículos producidos en cantidades enormes necesitaban puntos de venta, y la nueva tribu de consumidores urbanos necesitaba lugares adonde ir a comprar. Había llegado la hora de los grandes almacenes, descomunales máquinas expendedoras cuyas salas de máquinas comerciales, sus ascensoristas y sus terrazas, y una elegancia repartida en muchos pisos, tenían más que un lejano parecido a los modernos transatlánticos.

Comprar en Selfridges

Un placer —Un pasatiempo — Un descanso

... eso prometían los carteles que en 1909 anunciaron a los londinenses la apertura inminente de los nuevos grandes almacenes de la ciudad, un lugar en que no se había dejado nada a la improvisación: para los maridos agotados había un salón de fumadores que, a la manera de un club, les ofrecía una manera relajada de pasar el rato.

Los *grands magasins* de París (Bon Marché y Louvre, Printemps y las galerías Lafayette); *department stores* como Macy's en Nueva York; colosos londinenses como Harrods, Whiteleys y Derry and Thoms; Muir & Mirrilees en Moscú; Innovation en Bruselas; Holzer y Fischer en Budapest, o Wertheim, Schocken y Tietz en Alemania, eran algo más que meras tiendas; eran una experiencia total para los compradores, y se esforzaban para ofrecer al cliente todo lo

imaginable, desde comida hasta animales vivos, de ropa a masajes, de automóviles a perfumes y papelería. Y todo lo hacían en nombre del servicio al cliente y de la comodidad. En 1894, Bon Marché, uno de los grandes almacenes más antiguos y elegantes de Europa, ya tenía en su lista de direcciones a más de un millón y medio de clientes a los que enviar sus catálogos. Diez años después, los propietarios presidían un imperio en expansión con sucursales en Brixton, Southport y Gloucester y una plantilla de siete mil empleados. En 1905 Harrods creó un servicio de encargos por teléfono que funcionaba las veinticuatro horas del día. Los grandes almacenes de París enviaban los pedidos a Trouville y otros elegantes pueblos turísticos costeros, los preferidos por la clientela para los meses de verano, y, en Moscú, Muir & Mirrilees despachaba sus mercancías a todo el imperio ruso. Desdichado en su casa de Yalta, Antón Chéjov dependía tanto de los productos de calidad de los grandes almacenes moscovitas, que llamó Muir y Mirrilees a sus dos perros.

Mezclando la emoción de comprar con grandes promesas de crear una nueva realidad emocionante y práctica a la vez, los centros y los acontecimientos comerciales atraían a grandes multitudes. Cuando en 1904 se inauguró en el Grand Palais el Salón del Automóvil, cuarenta mil personas visitaron la sala de ventas sólo el primer día (compárese este dato con las diez mil que ese mismo año habían asistido a la inauguración del *Salon de la Peinture*). Sin embargo, lo que fueron a ver no era sólo una colección de automóviles nuevos, sino una nueva visión de las cosas, y posibilidades nuevas y emocionantes, como escribió un periodista:

Hay que ir cuando cae la noche. Al salir al mundo por la boca del *Métro*, uno se queda estupefacto por

tanto ruido, tanto movimiento, tanta luz. Un reflector giratorio con cuatro rayos azules barre el cielo y deslumbra; doscientos automóviles en formación de batalla miran a la gente con sus enormes ojos encendidos [...] Dentro, el espectáculo es de una belleza extraña e innegable. La inmensa nave se ha transformado en un prodigioso Templo del Fuego; cada uno de sus arcos de hierro está bordeado por llamas anaranjadas; la cúpula, tapizada de llamas blancas, aplicadas como si fueran llamas sólidas de lámparas incandescentes, es el fuego hecho materia, y todo se ha construido con fuego. El aire está impregnado de una niebla dorada que los rayos móviles de los proyectores atraviesan con sus lápices iridiscentes... [6]

Inundado por la luz de doscientas mil bombillas, el Grand Palais dominaba la ciudad como una joya gigantesca.

Otra institución de París combinaba el esplendor comercial con la profecía social. Los grandes almacenes de Georges Dufayel (1855-1916) eran diferentes. El gran palacio del comercio que Dufayel construyó en 1895 cerca de Montmartre (con unos costes descomunales), simbolizaba los sueños del consumidor y el universo mismo del comercio. «Entrar en Dufayel por la puerta principal se parece más a entrar en un palacio que en una tienda»[7], escribió un visitante, obviamente impresionado por los tres sublimes símbolos de la fachada: dos estatuas a cada lado de la puerta monumental representaban al crédito y la publicidad, los pilares de ese emporio, mientras, en lo alto, un reloj gigantesco recordaba que el tiempo es oro. En el interior, la realidad del comercio se adornaba con doscientas estatuas, ciento ochenta cuadros, pilares ornamentados, figuras

relucientes de bronce con candelabros iluminados, vitrales y una escalinata majestuosa que llevaba a una sala de teatro capaz de envolver en blanco y dorado a tres mil espectadores, con cortinados de seda y un mar de luz reflejado hasta el infinito en unos enormes espejos. En el sótano, el cine Hall, con un aforo para mil quinientos espectadores, ofrecía un programa de cuatro horas. Por la noche, la cúpula de cristal del edificio se iluminaba con diez millones de bombillas, un mojón visible a veinte kilómetros de distancia que competía con el legendario reflector de la Torre Eiffel.



Ostentación: Magasin Dufayel, París, palacio del comercio y del crédito.

Dufayel tampoco funcionaba como los demás grandes almacenes: a la hora de comprar, los clientes sólo tenían que dar una entrada del 20 % del total; luego podían pagar el resto en cuotas semanales con un interés del 18 %. Alrededor de 1900 la firma tenía tres millones de clientes en sus libros, y tres mil empleados administraban el sistema. La estatua al Crédito tenía buenos motivos para situarse junto a la entrada.



Magasin Dufayel, Paris, Interior.

Las mercancías que Dufayel vendía por intermedio de un emporio de cuatro mil sucursales en las provincias francesas no iban dirigidas a la alta sociedad, sino a consumidores de recursos más modestos. Imitando el gusto de los ricos, los grandes almacenes vendían simulacros de riqueza y éxito. Vestidos de seda fabricados en serie para mujeres y trajes de confección para hombres; pieles de conejo procesadas para que parecieran de animales más costosos; extravagantes arreglos de plumas que imitaban a pájaros raros y exóticos; cubertería galvanoplateada que parecía plata sólida; flores artificiales de colores brillantes; muebles forrados con suntuoso terciopelo y estanterías hechas a máquina llenas de ediciones baratas, con repujados en oro, de literatura clásica..., todo eso combinado creaba un mundo de pretendida riqueza.



Magasin Dufayel, París, Fachada en la actualidad.

Muchos observadores levantaban las manos indignados ante tanta vulgaridad, pero no todos despreciaron esa nueva

realidad por considerarla decadente. El historiador George d'Avenel (1855-1939) se fijó como objetivo analizar ese fenómeno fascinante y sus implicaciones sociales. D'Avenel sostuvo que los que se autoproclamaban estetas y deploraban tal rebaja de las exigencias simplemente no habían entendido: «Cada vez que las industrias ensanchan su horizonte, la vida de un mayor número de individuos obtiene una nueva satisfacción; permiten que el pálido e ilusorio —pero dulce— reflejo de la opulencia llegue incluso hasta los humildes. Esas vulgarizaciones son la obra de nuestro siglo, y lo honran enormemente.»[8] Si bien en esa apariencia de riqueza e individualidad no había una sola chispa de genio, la nueva felicidad fabricada en serie seguía representando progreso: «El carácter de este nuevo lujo reside en que es banal. No nos quejemos demasiado, por favor; antes no había nada banal, sólo había miseria. No caigamos en la contradicción infantil, aunque común, consistente en saludar el desarrollo de la industria mientras deploramos los resultados del industrialismo.»[9]

Esos resultados se sentían con más fuerza en los Estados Unidos, donde no coexistían sistemas jurídicos y aduaneros distintos ni había fronteras interiores que obstaculizaran el floreciente mercado consumidor. Las complejas redes de distribución y la investigación de los hábitos de consumo fomentaron maneras de vender nuevas y racionalizadas, y permitieron que empresarios como John Hartford alfombrase el país con su cadena de tiendas A & P. Entre 1912 y 1915 Hartford abrió una nueva sucursal cada tres días. Los catálogos de venta por correo permitían que incluso familias campesinas de lugares aislados participaran de las bendiciones del confort producido en serie, y llevaron modernos artículos de consumo a los pioneros de los lugares

más remotos. Sears Roebuck & Company, la más famosa de las empresas de venta por correo, editaba unos tomos de dimensiones casi bíblicas y en cantidades prodigiosas: el catálogo ilustrado, quinientas páginas de promesas comerciales de una vida mejor siempre y cuando uno consumiera, alcanzó en 1904 una circulación de un millón de ejemplares que fue creciendo a razón de casi otro millón por año. Junto con la Biblia, el catálogo de Sears era entonces el libro más leído y mejor distribuido de los Estados Unidos. Sus textos breves y las vívidas ilustraciones hicieron de él también el primer libro de lectura de los colegiales de ciudades pequeñas, donde los niños aprendían a leer con las descripciones de productos, y aritmética sumando el total de los artículos encargados.

Ese nuevo mundo de consumo y estadísticas estandarizó no sólo la producción, sino también a los consumidores. Con una cinta métrica, regla de cálculo y estadísticas, los investigadores trazaron el cuerpo humano estándar y sus medidas más comunes para que los fabricantes pudieran producir con eficiencia ropa de confección. Cuando en Occidente se disparó el número de seguros de vida, las compañías contrataron a actuarios, matemáticos bien formados, para que calculasen la probabilidad de lesiones o muerte de los clientes y, sobre esa base, los reembolsos y las condiciones. Los planificadores de tráfico y los urbanistas emplearon pruebas estadísticas para trazar carreteras, diseñar sistemas de alcantarillado y asientos de tranvías, y determinar la capacidad de las prisiones. En ese mundo moderno, los hombres y las mujeres eran, en primer lugar, cifras, y sólo en segundo lugar, individuos.



Uno de los primeros anuncios de Kellogg's.
Anuncio de copos de maíz Kellogg's, hacia 1910
(Advertising Archives, Londres)

A poca gente le quitó el sueño esa existencia numérica. La planificación y la producción modernas brindaron a la gente corriente oportunidades sin precedentes de mejorar su situación; eso era al menos lo que proclamaban, en voz alta y sin cesar, anuncios publicitarios como los de Kellogg's, las máquinas de coser Singer, las cámaras Kodak, la sémola Quaker y la Coca-Cola (presupuesto para publicidad en 1900: cien mil dólares), que llegaron a ser nombres familiares en todos los hogares. Para mucha gente, el atractivo de esa sociedad de confort y posibilidades supuestamente ilimitadas fue irresistible, aunque de vez en cuando apareciera un predicador o un artista que veía los riesgos inherentes. La novela de Upton Sinclair *La jungla* (1906), que describe la cruel vida laboral de unos inmigrantes recién llegados en las industrias cárnicas de Chicago, advertía sobre la deshumanización a que daba lugar la producción mecanizada que luego fue uno de los *leitmotiv* del siglo xx:

Con la ayuda de una máquina volvieron a colgar el cuerpo del cerdo y después lo enviaron a dar otra vuelta en una vagoneta que ahora pasaba entre dos filas de hombres [...] encima de una plataforma elevada, y cada uno de ellos le hacía algo al cerdo muerto cuando se le acercaba. Uno desollaba una pierna por fuera; otro, la misma pierna, pero por dentro. De un golpe rápido un hombre le cortaba el cuello [...] Otro le hacía un corte de arriba abajo; el que venía después la abría aún más; el siguiente le cortaba el esternón con una sierra; el cuarto aflojaba las vísceras, el quinto las arrancaba [...] Había hombres para desollar al animal por cada lado, y otros que se ocupaban de la espalda; hombres que limpiaban la res por dentro, para despiezarla y lavarla. Al mirar

esa sala lo que se veía era una hilera de cerdos colgantes que se movía despacio [...] y a cada metro había un hombre que trabajaba como si se lo llevara el diablo.[10]

En Chicago, la eficiencia de ese descubrimiento reciente llamado cadena de montaje sería uno de los motivos de inspiración para las que se emplearon en las fábricas de automóviles de Henry Ford. Es difícil sustraerse a la impresión de que la cadena de montaje fue un presagio de la carnicería mecanizada que luego se puso en funcionamiento en dos guerras mundiales.

En *Charcuterie mécanique*, película de 1895, el pionero del cine Louis Lumière había mostrado no sólo los efectos sorprendentes del trucaje fotográfico (en este caso, una proyección hacia atrás), sino también la relación endeble y cada vez más intrincada entre los individuos y la producción en serie. En la secuencia, las salchichas desaparecen en la picadora de carne hasta que reaparecen en la forma de un cerdo demediado y, luego, como un cerdo entero vivo y coleando. La vida individual y esa comodidad que conllevaba la mecanización parecían en cierto modo encontrarse en los dos extremos del espectro en que se desarrollaba la mayoría de historias personales. La dicotomía asustaba, y hordas de profetas predicaban contra la «americanización», la vulgaridad y la desaparición del buen gusto.

Otros observadores más agudos atisbaron los problemas subyacentes, tanto más serios al quedar eclipsados por el lado deslumbrante del fenómeno. La superficie de las cosas nunca había brillado más que durante la gran celebración de la cultura de consumo que tuvo lugar a principios de siglo, la Exposición Universal de París de 1900; Maurice Talmeyr (1850-1933), periodista de una revista católica, describió en

una serie de artículos la realidad virtual de la exposición. Lo que el visitante veía, escribió Talmeyr, no era una representación de nada conocido, sino más bien el resultado de un esfuerzo por conseguir el efecto y el entretenimiento máximos. Los «templos indios, las chozas de los salvajes, las pagodas, los zocos, las callejas argelinas, las viviendas chinas, japonesas, sudanesas, siamesas, camboyanas..., un bazar entero de climas, de estilos arquitectónicos, de olores, colores, platos típicos y música...»[11], no tenían nada que ver con la vida en ninguno de esos países, y sí, en cambio, con el deseo de los organizadores, que querían vender más entradas. En el pabellón de la India, los visitantes podían ver un grupo de animales embalsamados, incluido un elefante con la trompa en ristre, gallinas, un jabalí y una serpiente lista para atacar, y, muy cerca de allí, a una familia de jaguares y un ibis rosado «claramente sorprendido» al verse rodeado por tantos animales distintos. La realidad quedaba borrada bajo una fantasía de inspiración comercial:

La idea de una India así, de un gran almacén indio, pese a todo lo magnífico y parcialmente real que sea, sólo es verdad parcialmente, tan parcialmente como para ser falso, y todas esas salas llenas hasta los topes [...] sólo me hablan de una India incompleta y truncada, la de los cajeros. ¿Y la otra? ¿La India que se muere de hambre? Sí, esa tierra en que prospera un comercio enorme de artículos lujosos también es la tierra de una escalofriante degeneración a nivel local, de una horrorosa miseria de la población autóctona. Allí muere toda una raza fantasmal, y pasa hambre. India no es sólo un gran almacén; es un cementerio. [12]

Mirara a donde mirase, Talmeyr no encontraba en la exposición colonial más que «nulidad, payasadas, alteraciones groseras o una falsedad absoluta», impresiones creadas para encandilar y hacer realidad ciertos estereotipos, pero nunca para presentar algo auténticamente nuevo. Todo era teatro, y nada era lo que parecía:

Por lo visto aquí nos encontramos en la España más legendaria, y esta vez hay, en efecto, una reproducción bien hecha, muy fiel y delicada. En esos viejos muros, en el pozo roto, en esas pequeñas columnas que se desmoronan, en un escudo con las armas borradas, percibo cinco siglos de misterio y de sol [...] Después miro, observo más de cerca, y advierto, encima de la puerta, unas letras góticas [...] Me acerco y ¿qué es lo que descifro?

Simplemente: *Menier Chocolate...* [13]

Para Talmeyr, el mundo del consumo de masas era necesariamente un mundo de mentiras con fundamento económico, y era absurdo pedirle algo más. Entrar en las instalaciones de la Exposición Universal significaba aceptar sus normas, igual que entrar en unos grandes almacenes conllevaba, o más bien permitía, una suspensión deliciosa de la incredulidad que hacía de todos los compradores personas ricas y sin problemas durante un rato:

Por encima de todo una exposición debe ser una exposición, es decir, cierta clase de banca didáctica cuyo primer objetivo consiste en atraer, conservar, y atraer y conservar recurriendo a los medios exclusivos de un banco [...] La verdad, la historia, el sentido común, se ordenarán después lo mejor posible. Entonces, ¿por qué, en la India inglesa, la pantera, el jabalí, la perdiz, el elefante, el mono, el ibis y la

serpiente aparecen todos en familia y formando una comunidad entrañable? Porque esa fábula los congrega, y lo más importante de todo es congregarlos. ¿Y por qué la India devastada por el hambre se encarna en nativos bien peinados, bien alimentados, bien vestidos? Porque la hambruna no es y no puede ser nunca una atracción. ¿Y por qué Andalucía, la de la época de los moros, nos recomienda Menier Chocolate? Porque, según todas las apariencias, los moros auténticos y la Andalucía auténtica no dejan espacio suficiente a la publicidad, y la exposición no funciona, no ha funcionado nunca ni funcionará jamás sin publicidad.[14]

Si la Exposición Universal llevó el mundo entero a la capital, nuevos medios de transporte comenzaron a acercar al ancho mundo a los habitantes de las grandes ciudades. El veraneo en Viena, Trouville, Biarritz y otras ciudades costeras de Francia; hoteles baratos y casas de vacaciones para obreros en todas las regiones rurales de Alemania y centros turísticos del Mar Báltico..., todo permitía que los europeos olvidaran durante unos días o unas semanas el ajetreo y el agobio de la gran ciudad.

Industrializada antes que los demás países europeos, y más abierta a los cambios que llegaban desde el otro lado del Atlántico, como Coney Island (el legendario lugar de esparcimiento donde los neoyorquinos cambiaban el calor de la ciudad por el calor del parque de atracciones), Gran Bretaña era en esos años la campeona indiscutible de las vacaciones junto al mar. El ferrocarril puso la costa al alcance de todos, y Blackpool y Brighton, con sus muelles, su deslumbrante arquitectura, sus espectáculos de variedades, sus teatros y otros entretenimientos populares

sólo eran los principales de una lista casi interminable de centros de vacaciones más o menos famosos desde Bognor Regis hasta Westward Ho. Alrededor de 1900 sólo Blackpool recibía unos tres millones de visitantes; en 1914 ya eran unos cuatro millones, lo que equivale a decir que casi uno de cada diez británicos visitó la ciudad ese año. Y muchos más escogieron destinos alternativos. Por agradable que resultara para muchos, hubo quien sintió esa invasión de las masas como una afrenta a las buenas costumbres aun cuando no dejara de ser una parte esencial del todo, como señaló Georges d'Avenel:

Más agradable sería, sin duda alguna, que cada parisino fuese el único dueño del Bois de Boulogne, o que compartiera la propiedad con un reducido número de amigos, y no que hiciera uso y disfrute de ella en vacaciones junto con otros quinientos mil propietarios. Sin embargo, la gloria del progreso reside precisamente en haber creado esa congestión al hacer accesible a todos un lugar de esparcimiento que antes era muy remoto.[15]

Daba la impresión de que era el mundo mismo el que se acercaba, y cada vez se hizo más difícil huir de la multitud, de la velocidad y de la tensión de la vida urbana, del estruendo del tráfico y el constante ataque visual de la publicidad.

Las culturas basadas en el consumo, la comodidad y el entretenimiento de fabricación industrial, de «pan y cine», sólo Rieron uno de los aspectos claves de la nueva era de las masas. Allí donde las estructuras tradicionales de desarrollo lento —origen regional, fe religiosa, gremios y fincas— habían sido los principales factores de la definición de identidades desde el comienzo de la civilización, aparecían

otras construcciones que lo invadían todo con la potente ayuda de la urbanización y los medios de comunicación. Un hombre de un pueblo de la Provenza que se consideraba protestante, viticultor como su padre, podía no ver futuro alguno en la vida rural y, en consecuencia, decidir hacer las maletas y emplearse como obrero en una fábrica de París. En esa nueva vida podía llegar a ser un fiel lector de *Le Matin* al que le gustaban en particular la sección de deportes y las novelas por entregas, un aficionado a las películas de *Fantomas*, socialista, miembro de una asociación de horticultura e hincha del París Football Club; en una palabra, podía construirse una identidad a partir de una serie de elecciones. También podía casarse con una mujer de Bretaña, muy probablemente católica, y proclamar las ambiciones sociales de la familia bautizando a los hijos con nombres franceses tradicionales o bien inspirándose en la Revolución Francesa, la mitología griega, los ídolos del deporte o las estrellas populares.

La industria y los bienes de producción masiva, los dos motores de esas elecciones personales, se habían impuesto en la vida cotidiana con una fuerza discreta pero formidable, a menudo transformando no tanto la apariencia de las cosas como su propia estructura, y así fue literalmente en el caso de la ropa de confección y los zapatos. El gusto del señor y la señora Ciudadano Medio podía haber cambiado poco desde la década de 1870 —de hecho, podía haber retrocedido, influido por las inseguridades que generaba el cambio social, hasta el neorrenacimiento de cuño historicista o las fantasías medievales—, pero la disponibilidad y el precio de los objetos sí habían cambiado. De pronto fueron muchos los que pudieron permitirse lujos modestos y hacer elecciones personales gracias a los catálogos o a los grandes almacenes,

comprar periódicos y entradas de cine y llevar la familia a la playa a pasar unas vacaciones de una semana. Al enfocar así la vida cotidiana, se convirtieron en parte de una economía plenamente globalizada, en el último eslabón de la cadena: leían los mismos periódicos que millones de sus semejantes, comían carne importada de Nueva Zelanda y Argentina, trigo de Rusia y Canadá, y la industria de productos lácteos les proporcionaba leche, té y café procedentes de las colonias.

Nuevas tribus

Las distintas visiones del mundo, las esperanzas y las aspiraciones de la gente, así como sus lealtades, ya no eran las mismas que las de la generación inmediatamente anterior. Las ideologías políticas se transmitían a través de amplias redes y de los periódicos de los partidos. Cientos de miles de personas se organizaron en sindicatos y en partidos políticos según las realidades sociales del mundo industrializado. Las organizaciones feministas defendían los derechos de las mujeres; los partidos socialistas y comunistas se proclamaban defensores de los pobres y de los trabajadores; los partidos conservadores defendían los intereses de aquellos que tenían contra los de quienes no tenían, y los movimientos liberales de Europa se propagaron desde el whiggismo ilustrado hasta los que ponían el acento en la libertad y las reformas económicas adaptando el modelo radical francés.

Los jóvenes se organizaban en clubs deportivos y asociaciones como el movimiento *Wandervogel*, y conquistaban el mundo en bandas de adolescentes que rompían con la sociedad en general; fue la primera vez que

se reconoció a la juventud como un mundo en sí mismo y no sólo como una edad adulta aún incompleta, un grupo que reclamaba reconocimiento, entretenimiento y una identidad propia.

Sus peticiones se oyeron sólo débilmente: la cultura juvenil como tal, un mundo de jóvenes «enrollados» con su propia vestimenta, sus costumbres, su música y sus bienes de consumo, no existió hasta sesenta años más tarde. De momento, a la juventud se le atribuía poco valor, o ninguno, como recordó Stefan Zweig; según el escritor austriaco, un joven que quería progresar tenía que:

... probar todas las máscaras imaginables a fin de parecer mayor. Los periódicos recomendaban remedios para acelerar el crecimiento de la barba; médicos de veinticuatro o veinticinco años que acababan de sacarse el diploma lucían barbas bien pobladas y llevaban, aunque sus ojos no las necesitaran para nada, gafas de montura dorada, sólo para dar ante sus primeros pacientes la impresión de que eran médicos «con experiencia». [Los jóvenes] Gastaban largas levitas negras, y andaban despacio, y en lo posible tenían un ligero *embonpoint* a fin de encarnar esa estabilidad tan deseable; y el que era ambicioso se esforzaba por enseñar lo menos posible su juventud, esa edad sospechosa de ser muy poco juiciosa... [16]

Los jóvenes como consumidores fueron un recurso que la industria explotó muy poco, pues aún no se habían convertido en una tribu urbana y comercial. No había ropa especial para los jóvenes una vez que los niños dejaban de usar pantalones cortos. Tampoco había programas culturales específicos para ellos ni lugares donde encontrarse fuera del

colegio. Las revistas infantiles se ocupaban de los gustos y las emociones de los adolescentes de menos edad, y había novelas populares para un público juvenil, pero nada de eso constituía nada parecido a una cultura de la juventud. No obstante, ya se habían puesto los cimientos de los cambios posteriores: el cambio de la condición femenina y los primeros indicios de una revolución sexual; una juventud más larga para los hijos de clase media a consecuencia de los muchos años que ahora ocupaban la enseñanza secundaria y de tercer ciclo; la creación de clubs y asociaciones, y, por supuesto, la energía explosiva de los jóvenes artistas, desde los expresionistas alemanes hasta el grupo de las hermanas Stephen en el londinense barrio de Bloomsbury.

Las nuevas tribus necesitaban nuevos rituales, nuevas maneras de vivir en común, y manifestaciones de cohesión y fuerza como las marchas comunistas del Primero de Mayo, que atraían periódicamente a cientos de miles de participantes en las grandes ciudades europeas; también necesitaban momentos de comunión colectiva, como los partidos de fútbol, donde en el césped se representaba indirectamente la lucha a muerte por la existencia. En 1910, sólo en Gran Bretaña había doce mil clubs de fútbol con trescientos mil jugadores registrados en la Football Association, y un acontecimiento como la final de la liga podía atraer a cien mil espectadores. Otros acontecimientos deportivos, como los campeonatos de tenis de Wimbledon o los principales partidos de críquet también atraían a grandes multitudes, y a principios de siglo en Londres se publicaban veinticinco periódicos dedicados íntegramente al deporte.

Esas nuevas tribus fueron un elemento central del nuevo orden social emergente. En todas partes se asistía a una realineación de identidades que dejaba a la mayoría

suspendida entre su comunidad tradicional (confesión religiosa, origen regional y costumbres) y las nuevas comunidades —mitad escogidas, mitad impuestas— de la ciudad moderna. Cuando las poblaciones próximas a emplazamientos industriales o explotaciones mineras comenzaron a disfrutar de la prosperidad urbana, surgieron ciudades enteras con su propia cultura cívica, a menudo centrada en actividades populares más que en las preocupaciones de la élite. Era más probable que contaran con un estadio de fútbol de primera calidad, con tribunas para decenas de miles de visitantes, que con una biblioteca pública importante o un teatro de ópera. Además, los mítines políticos, los clubs de educación para trabajadores, los clubs deportivos, sindicatos y cooperativas también eran centros en torno a los cuales giraba la vida social. Comenzaban a imponerse en la cultura, y con fuerza, las opciones democráticas.

Las posibilidades que ofrecía la sociedad de masas eran particularmente visibles para las mujeres. Los vestidos decentes y baratos con cortes y colores elegantes se podían comprar en cualquier calle mayor. Llevar ropa holgada en lugar de corsés significaba poder respirar libremente y no estar ya sujetas a pintorescos desmayos, y también funcionar en pie de igualdad con los hombres, disfrutar y ejercer su independencia practicando deportes. Las mujeres en bicicleta, con pantalones anchos, una visión escandalosa para muchos, fue uno de los motivos icónicos de la prensa popular.



Un temprano ejemplo de independencia
femenina.

Mujeres en bicicleta (Mary Evans Picture
Library)

La disponibilidad de las cosas y el señuelo de una posible realización de todos los sueños ensancharon tanto la gama de experiencias posibles como la presión psicológica. Si se echa un vistazo a la sección de anuncios de los periódicos franceses, austríacos y alemanes (más libres que los de Gran Bretaña y Rusia, oprimidos por las leyes contra la obscenidad, mucho más restrictivas), se advierte que estaban redactados directamente para un público masculino —revistas satíricas, periódicos deportivos— y asombra el predominio del sexo «fuerte». Las páginas están llenas de anuncios de preservativos, de «fotografías interesantes», de

literatura erótica, pociones contra la impotencia y la «neurastenia sexual», tónicos para el cabello y la barba, tinturas, píldoras y cinturones eléctricos para fortalecer la virilidad y hacer a los hombres más imponentes y masculinos. El sexo y el culto de la fuerza viril estaban más presentes que una década antes, como contó en un reportaje sobre Berlín el periodista pionero Hans Ostwald:

Delante de un escaparate. Dentro, filas y más filas de libros. Muchos muestran una lasciva cabeza de mujer. Varios llevan una faja:

«¡Interesante! ¡Hasta ahora prohibido!
¡Emocionante! ¡Revelaciones sobre el gran mundo!»

Otros traen información sobre asuntos conyugales. Hay libros sobre flagelación con ilustraciones repugnantes en la tapa. Y en un lugar destacado del escaparate, fotografías con esta inscripción:

«¡Las fotos confiscadas!»

Y delante de todo eso: jóvenes y señores mayores, y también niños y niñas de corta edad. Todos miran ese mundo extraño con los ojos abiertos como platos.

«Venga, hombre, ese me lo compro yo», dice un niño de doce años al que estaba a su lado.[17]

Comunidades de consumo

Las comunidades de consumo, las nuevas tribus, eran comunidades de temores y sueños. En el centro de esos temores se situaba el vaivén entre la certeza y las nuevas oportunidades que se ofrecían en el corazón de esa reciente sociedad tribal (a la que otros llaman «el proyecto moderno»). Si bien se podía elegir una ideología como se

elige un estilo de vestir y unos muebles, la libertad tenía un precio, a saber, la identidad y la protección que daban la tradición, la Iglesia y unos principios sólidos. Al mirarse en el espejo la gente descubría un rostro de facetas casi cubistas. Dado que había más oportunidades que nunca, la gente, expuesta al creciente frenesí y al clamor de mil voces distintas, ya no se sentía de una sola pieza, y tampoco había una perspectiva única que la describiera adecuadamente. Se había convertido en muchas cosas, y desconocidas, y no todos los que divisaban esa fragmentación en el espejo interior eran capaces de vivir con la imagen resultante.

Uno de los observadores contemporáneos que mejor percibió el proceso de destrucción, transformación y construcción característico de la época fue Georg Simmel (1858-1918), erudito judío alemán cuya independencia económica le permitió una libertad intelectual que no le habría dado una carrera universitaria, cosa que Simmel descubrió a costa suya cuando en la Universidad de Berlín le boicotearon una conferencia que pronunció para aspirar a una plaza de profesor (la *Habilitation*, en el sistema alemán) porque el joven filósofo se había atrevido a contradecir en público a un catedrático.

Judío nacido en el centro de la animada Berlín, Simmel, que había perdido al padre en la infancia, estaba predestinado a la observación atenta, a ser alguien que mira desde fuera. Toda su vida laboral transcurrió en los márgenes del *establishment* académico, pero publicó una serie de libros y artículos que le proporcionaron prestigio internacional. Los títulos de muchos de sus ensayos parecen registros sismográficos de la época: *Dos formas de individualismo* (1901); *La vida espiritual en la metrópolis* (1903); *La filosofía de la moda* (1905); *La filosofía de los sexos*

(1906); *El carácter fragmentario de la vida* (1916): «La caracterización de la vida como fragmento que es y permanece puede reclamar para sí, y con razón, motivos mucho más profundos»; «a menudo la vida individual se experimenta de ese modo, como si en una capa oculta, o ante la mirada de Dios, existiera un todo perfecto del que se desprende un sinnúmero de partes en cuanto entra en nuestra realidad empírica».[18] Estar vivo en el mundo moderno implicaba daño y fragmentación.

Una paradoja se situaba en el centro de la relación entre el individuo y su nueva capacidad de elección en la sociedad de consumo: mientras que la producción en serie fomentaba no sólo la pertenencia a una tribu, sino también una elección personal e individual como manera de afirmar una preferencia o un gusto personales, la industria misma, para preservarse, tenía que mirar a la gente no como a individuos, sino como tipos, como medias matemáticas. Para los gerentes y los planificadores de productos no existían individuos, sino sólo presupuestos, gráficos, curvas, modas y mercados. El márketing y la publicidad trabajaban para acortar distancias, y asociaban a la perfección productos anónimos con caras para darles a aquellos un toque personal, un poco de calor de hogar.

En medio de ese auge de lo nuevo, de repente lo viejo pareció más precioso e impulsó a muchos a documentar los mundos en extinción y los momentos efímeros. El fotógrafo Eugène Atget recorrió las calles de París dispuesto a preservar lo que veía y lo que no podía durar; August Sander hizo sus primeros grandes retratos de alemanes en el lugar de trabajo; al ruso Ser-guéi Mijáilovich Prokudin-Gorski (1863-1944) debemos una serie extraordinaria de vívidas fotografías en color (tomadas con una cámara fabricada

según un diseño propio) de monumentos y de habitantes del imperio del zar; en 1897, el británico Benjamin Stone fundó la National Photographie Record Association. La preservación estaba a la orden del día. Fundado en 1895 y dedicado a preservar casas rurales y otros sitios de interés histórico, el National Trust británico fue reconocido por ley en 1907. En Alemania, el Dürerbund (1902) aspiraba a desempeñar una función similar, y si en Francia los sitios catalogados como patrimonio nacional quedaban protegidos por una ley aprobada en 1905, Austria tuvo su Comisión para los monumentos imperiales y reales, creada en 1911.

Nos hemos alejado del cine, pero su luminosa revelación fue un signo clave de la época, pues trajo algo más que entretenimiento: una raza de semidioses que aparecían ante sus adoradores envueltos en un halo de luz y que representaron la apoteosis del individuo. Más que nunca, la técnica llegó a controlar los sueños, y autores e ingenieros competían para innovar y ampliar las posibilidades técnicas y estéticas del cine.

Aunque pasó totalmente inadvertido, en 1911 se produjo otro acontecimiento relacionado con el cine. Las grandes empresas francesas no tardaron en darse cuenta de la conveniencia de instalar sus estudios en el sur del país, una región alegre y soleada donde se podía usar luz natural en lugar de la costosa iluminación de alto voltaje, propensa, además, a provocar accidentes. En octubre de 1911, el norteamericano David Horsley se instaló en California llevado por una idea similar y abrió allí el primer estudio cinematográfico, los Néstor Studios. Como lugar apropiado escogió, en unas colinas de Los Angeles, un pueblo llamado

Hollywood, donde fundó su empresa en una calle polvorienta y de pomposo nombre, el Sunset Boulevard.

XIII. 1912: TODO ES CUESTIÓN DE CUNA

El hombre totalmente sano en todos los aspectos sencillamente no puede actuar mal o con intención malvada; sus acciones son, por fuerza, buenas, es decir, correctamente adaptadas a la evolución de la especie humana.[1]

HUGO RIBBERT

Setecientos hombres y mujeres de todo el mundo civilizado se agolparon en los pasillos y las aulas de University College de Londres para oír discursos y participar en seminarios y debates conducidos por algunos de los expertos más prestigiosos del mundo. Eran doctores y profesores universitarios, políticos y biólogos, teólogos y feministas, reformadores sociales, filósofos, estadísticos, antropólogos y naturalistas eminentes, y todos habían acudido a debatir sobre la única idea que para la mayoría de ellos era el principal cimiento de un futuro mejor: la mejora genética de la especie humana.

El Primer Congreso Internacional de Eugenesia se celebró del veinticuatro al treinta de julio de 1912 y recibió bendiciones de las más altas esferas. Lo presidió el comandante Leonard Darwin, presidente de la Sociedad Británica de Eugenesia e hijo del fundador de la teoría de la evolución. Entre los vicepresidentes honorarios estaban Winston Churchill, primer Lord del almirantazgo; Sir Thomas Barlow, presidente del Real Colegio de Médicos; Lord Alverstone, presidente del Tribunal Supremo; Lord Charles Gore, obispo de Oxford; el prestigioso biólogo alemán Friedrich Weismann; el famoso patólogo suizo Auguste Forel; Alexander Graham Bell, inventor del teléfono; Max von Gruber, profesor del Instituto de Higiene (Múnich); el doctor Alfred Ploetz, alemán, profeta de la superioridad de la raza nórdica y presidente de la Sociedad Internacional para la Higiene de la Raza; David Starr Jordan, rector de la Universidad de Stanford, y Charles W. Eliot, rector emérito de Harvard.

Hasta entonces reserva de excéntricos y maniáticos, la eugenesia había conseguido los más altos honores científicos. Se discutía en las universidades y en revistas especializadas, en libros que eran éxitos de ventas y en debates parlamentarios. Se aprobaban leyes que promulgaban medidas eugenésicas como la esterilización forzosa; los dirigentes políticos de todo el espectro ideológico apoyaron sus objetivos, y científicos de todas partes la consideraban la salvación de la especie humana. Por su parte, filósofos y escritores le entonaban loas. Nada de eso habría sido posible sin dos descubrimientos científicos que resultaron fundamentales para el conjunto del pensamiento biológico y la investigación durante el siglo ^{xx} y también después.

El primero de esos grandes avances se había producido décadas antes sin llamar la atención, y fue el fruto de los experimentos de un monje austriaco que llevaba una vida reclusa, Gregor Mendel (1822-1884), y había estudiado la distribución de los rasgos hereditarios a través de varias generaciones de guisantes. Un rasgo particular, como la cáscara amarilla de una de las plantas madre, reapareció sólo dos generaciones después, y sólo en el 25 % de los casos. Mendel concluyó que la información heredada debía de transmitirse en dos líneas de información, una dominante y otra recesiva, de modo tal que las características recesivas sólo se manifestaban si se unían dos líneas recesivas; de lo contrario, la que se manifestaba era la línea dominante.

En 1866 Mendel publicó sus descubrimientos en una revista especializada y envió el artículo a destacados científicos, entre ellos Charles Darwin, pero nadie le hizo caso; fue una tragedia intelectual, no sólo para el monje, sino también para Darwin. Su teoría de la selección natural demostró que los organismos podían adaptarse a su entorno, pero el mecanismo para ello siguió siendo un misterio incluso para él. He aquí que Mendel tenía el secreto, y el científico británico la solución delante de la nariz: una copia del artículo de Mendel, sin abrir, durmió años enteros encima del escritorio de Darwin. Los descubrimientos del monje austriaco no recibieron una amplia atención hasta que los redescubrió William Bateson (1861-1926), profesor de biología en Cambridge, que finalmente entendió sus implicaciones. Bateson publicó sus descubrimientos en *Los principios mendelianos de la herencia* (1909). Un libro posterior, publicado en 1913, lleva en el título una palabra que Bateson acuñó para describir la naturaleza del descubrimiento de Mendel: *Problemas de genética*.

El otro descubrimiento crucial se debió a uno de los presidentes del Primer Congreso de Eugenesia, Friedrich Leopold August Weismann (1834-1914), del Instituto de Zoología de la Universidad de Friburgo. Hijo de un profesor de instituto de provincias, Weismann se esforzó y llegó a ser no sólo profesor de esa prestigiosa universidad, sino también una figura central del debate sobre el modo en que los organismos podían adaptarse a su entorno. Hasta entonces muchos científicos habían seguido la teoría del zoólogo francés Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829), que sostuvo que las características eran aprendidas, o impuestas por un entorno, y que luego se transmitían a las generaciones siguientes. Así, la jirafa tenía el cuello largo porque cada generación intentaba llegar a ramas cada vez más altas de los árboles de la sabana; indirectamente, eso quería decir que el refinamiento y el esfuerzo humanos de sucesivas generaciones crearían personas adaptadas específicamente para gobernar a otras más «brutas».

Weismann, poco interesado en la teoría de Lamarck, propuso un escenario muy distinto. Había identificado el «plasma germinativo» de las células individuales (*grosso modo*, lo que hoy entendemos por ADN), y postuló que el núcleo más íntimo de cada individuo se transmitía a la generación siguiente sin verse afectado por las experiencias de los padres o por las características adquiridas. Weismann afirmó que sólo eso daba cuenta de hechos que de otro modo eran inexplicables, como la existencia de animales estériles —las hormigas obreras o las hormigas soldado—, cuyos padres no podían haberles transmitido esa especialización. Esta idea solventaba de un modo elegante y sencillo muchas discrepancias entre teoría y observación de la naturaleza, pero creaba un problema nuevo, a saber, cómo responder a

Lamarck: si las características adquiridas no podían heredarse, entonces, ¿cómo se adaptan los organismos a su entorno y cómo crea la evolución especies nuevas y mejor adaptadas?

La grandiosa teoría de la evolución llegó en vehículos humildes. Mendel hizo sus descubrimientos con guisantes; a Weis-mann le gustaba trabajar con erizos de mar, y la pieza perdida del rompecabezas de la adaptación (el mayor descubrimiento de la genética hasta la doble hélice en 1953) la aportó una sola mosca de ojos blancos o, más exactamente, un investigador norteamericano con una vista lo bastante aguda para distinguir a tan diminuta criatura. El biólogo Thomas Hunt Morgan (1866-1945), de la Universidad de Columbia, hizo avanzar la ciencia con un salto de gigante mientras estudiaba a la mosca de la fruta, *Drosophila melanogaster*, amada u odiada hasta hoy, según se tercié, por los estudiantes de biología. El ciclo vital de la *Drosophila* (del huevo hasta el individuo adulto) es de poco más de una semana, lo cual la convierte en un candidato ideal para una investigación que abarca a varias generaciones. La importancia de la mosca de ojos blancos que Morgan descubrió en 1910 radicaba en que procedía de dos líneas puras de ancestros de ojos rojos. En consecuencia, no podía haber heredado ese rasgo. El código genético del animal debía de haber cambiado de manera espontánea, lo que equivale a decir que había murado. Si la mutación, como lo habían anticipado algunos científicos, no sólo era posible, sino también observable, contenía la explicación a la adaptación que se producía sin transmisión de rasgos adquiridos de una generación a otra. De un número infinito de cambios aleatorios, unos traerían ventajas para la

evolución, otros condenarían a sus portadores. La evolución tenía lugar mientras los científicos observaban.

Publicadas en 1915 con el título *El mecanismo de la herencia mendeliana*, las observaciones de Morgan y su marco teórico proporcionaron la base para una comprensión moderna de la evolución, al tiempo que eran una refutación absoluta de la eugenesia, teoría esta fundada en la posibilidad de que los rasgos se heredasen y en una herencia que no variaba. Si era verdad que a lo largo de la historia algunas poblaciones habían mejorado y otras se habían debilitado o arruinado, podría haber sido sensato aceptar la teoría de la eugenesia, pero si en ambas poblaciones se producían mutaciones aleatorias, y si la modificación genética se debía exclusivamente a cambios fortuitos y no a las características adquiridas, entonces todo el edificio de la eugenesia era un disparate. La mutación es a la vez el gran creador y el gran nivelador del mundo orgánico.

Los debates científicos sólo resultan claros *a posteriori*. Para los que buscaban la verdad acerca de la herencia y la evolución, la cuestión estaba envuelta en una espesa niebla de ideas en conflicto y de teorías y experimentos fallidos. La ciencia tiene el encanto de operar con modelos, y en un constructo teórico siempre es posible encontrar un defecto o rechazar sus premisas o la interpretación del resultado. De hecho, cuando se siguen los debates de aquellos años en torno a la eugenesia, es importante recordar que aún no se habían comprendido el mecanismo de la mutación y la recombinación de genes, y que todavía no se conocía la estructura del material genético —la doble hélice de Watson y Crick—. Por lo tanto, lo racional y científico era tener la mente abierta a cuestiones como la posibilidad de heredar características adquiridas, cuyo papel en la inteligencia o el

alcoholismo, por ejemplo, aún no se había establecido; por otra parte, era perfectamente posible sostener que el material genético de poblaciones enteras se degradaba o mejoraba a lo largo de las generaciones. Eso aún se consideraba buena ciencia, y, con la mejor de las intenciones, los que la suscribían proponían soluciones basadas en esa idea.

Si bien hacia 1910 ya se contaba con todos los elementos de una teoría completa de la herencia genética y la mutación, había entre los científicos un animado y a menudo enconado debate sobre cuál de las dos teorías era más válida. El mecanismo de la herencia siguió siendo oscuro hasta que se descubrió el código genético. ¿Desarrollaba un individuo rasgos como la inteligencia o la brutalidad, la destreza manual, el refinamiento moral, el alcoholismo o la tuberculosis, que luego heredaba la generación siguiente? En ese punto la ciencia había avanzado poco desde que, en el siglo XVIII, se enfrentaron los seguidores de Linneo y el conde de Buffon. Se podían observar rasgos, pero era casi imposible distinguir entre naturaleza y educación, entre herencia física y efectos del medio ambiente.

Calidad superior

El más calificado de todos los que investigaron los rasgos hereditarios fue Francis Galton (1822-1911), uno de los grandes polímatas de la ciencia británica de la época victoriana. Galton escribió más de trescientos artículos científicos y fue el descubridor, entre otras cosas, de las huellas digitales, de las zonas de alta presión meteorológica y su efecto en el tiempo, y de la psicología estadística (y también de los principios científicos para preparar un té

perfecto, que describió en una publicación que zanjó para siempre la cuestión de si la leche hay que echarla antes o después del té; ganó el té).

Utilizando el *Dictionary of Men of the Time*, Galton hizo parte de sus primeros estudios sobre la prevalencia de hombres con aptitudes —científicos, artistas, altos funcionarios, políticos, militares y príncipes de la Iglesia— entre las familias prominentes de Gran Bretaña. Como a la mayoría de esos hombres los unía alguna relación mutua (Galton, para no ser menos, era sobrino de Charles Darwin), el científico concluyó que sus cualidades inherentes debían de ser mejores que las del resto de la población. Pero si las primeras familias del país producían más hombres eminentes porque eran de calidad superior, entonces era importante proteger y fomentar ese potencial e impedir que terminase ahogado por las cualidades genéticas inferiores de las clases bajas, cuya tasa de natalidad, más alta, representaba una amenaza al poder de las superiores.

Hoy el razonamiento *post hoc, ergo propter hoc* («después de esto, luego a consecuencia de esto») puede resultar cómico, pero llegó a ser el fundamento de la carrera de Galton. De la palabra que en griego antiguo significaba «bien nacido», formó el término «eugenésico», y publicó sus descubrimientos con una energía que sólo podía tener un Victoriano (como reconoció Virginia Woolf cuando comparó a Lord Macaulay con Lytton Strachey). En incontables conferencias y publicaciones Galton divulgó la idea de que la humanidad sólo podía alcanzar un grado más alto de civilización si se daba preferencia a los individuos valiosos sobre los débiles, los degenerados o los enfermos. Y así nació la eugenesia.

Galton publicó sus estudios en un libro con un título muy sencillo, *El genio hereditario* (1869, reeditado en 1892), en el que proponía un método para crear una raza de superhombres:

es sencillo [...] obtener, mediante una selección cuidadosa, una raza permanente de perros o caballos dotados de una capacidad peculiar para correr o hacer cualquier otra cosa; por tanto, sería perfectamente factible producir una raza de hombres superdotados si los matrimonios se programan de un modo acertado a lo largo de varias generaciones. Demostraré que los agentes sociales de carácter normal, e influencias poco sospechosas, trabajan en este momento para llegar a una degradación de la naturaleza humana, y que otros trabajan para su mejora. Mi conclusión es que cada generación tiene un poder enorme sobre las dotes naturales de las siguientes, y sostengo que es nuestro deber para con la humanidad investigar el alcance de ese poder y ejercerlo de manera tal que, sin ser imprudentes con nosotros mismos, sea lo más provechoso posible para los futuros habitantes de la tierra.[2]

Al escoger la clase alta inglesa como centro de sus trabajos, Galton actuó básicamente de un modo pragmático, y afirmó: «Me habría gustado estudiar especialmente las biografías de italianos y judíos, pues tanto los unos como los otros parecen rícos en familias de alta calidad intelectual. Alemania y Norteamérica también son muy interesantes. No puede decirse lo mismo de Francia, donde la revolución y la guillotina hicieron estragos en la progenie de sus estirpes más capaces.»[3] Al escribir esas palabras, Galton volvió a manifestar una de las implicaciones políticas centrales de la

eugenesia, a saber, que conducía a la creación de una clase aristocrática nueva y más fuerte. No todos los partidarios de la eugenesia creían que las casas nobles europeas tuvieran un depósito genético superior —muchos científicos destacados eran socialistas—, pero, como es natural, la idea de una clase dirigente de cualquier tipo implicaba unas discrepancias políticas entre las que se mantendrían los debates de los años siguientes.

Apoyada en investigaciones estadísticas minuciosas y una infinidad de cuadros y gráficos que mostraban el declive genético de Gran Bretaña, la lúcida visión de Galton atrajo a cada vez más partidarios. «Si una vigésima parte de los costes y los esfuerzos que se destinan a mejorar las razas de caballos y de ganado se destinara a medidas encaminadas a mejorar la especie humana, ¡qué galaxia de genios no crearíamos!», escribió en *Macmillan's Magazine* en 1865. «Podríamos poner en el mundo a profetas y sumos sacerdotes de la civilización con la misma seguridad con la que propagamos idiotas apareando cretinos. Los hombres y las mujeres de hoy son, comparados con aquellos que podríamos esperar crear, lo que los perros abandonados de las calles de una ciudad de Oriente a nuestras razas más selectas.»[4]

Esos superhombres «de raza» asumirían el gobierno del mundo por derecho propio:

Hoy las naciones débiles del mundo caen forzosamente ante las variedades más nobles de la humanidad; y ni siquiera las mejores entre estas, en la medida en que las conocemos, parecen estar a la altura del trabajo que realizan [...] Queremos comandantes más capaces, y estadistas, pensadores, inventores y artistas más capaces. Las cualificaciones naturales de

nuestra especie no son mayores que las de tiempos semibárbaros, aunque las condiciones en que nacemos son mucho más complejas que las de antaño. Las mentes más destacadas del presente parecen tambalearse y detenerse bajo una carga intelectual demasiado pesada para ellas.[5]

Lo que se temía era que la propia Gran Bretaña estuviera convirtiéndose en una nación débil, en un fantasma particularmente amenazador tras la guerra de los Bóers, durante la cual el ejército más grande del mundo no sólo pareció encontrar la horma de su zapato en un puñado de granjeros armados con fusiles, sino que también demostró que, en centros industriales como Manchester, los médicos descartaban a cuatrocientos tres de cada mil reclutas por no encontrarlos aptos para el servicio militar en razón de su mala salud. Esa angustia nacional la habían agudizado los investigadores que se arriesgaron a entrar en las barriadas miserables de Londres y al volver pintaron un cuadro inquietante. Uno de esos intrépidos exploradores fue el novelista y periodista norteamericano Jack London, que en 1902 publicó un relato (*Gente del abismo*) de las experiencias que había vivido disfrazado de indigente en el East End (antes había hablado con Thomas Cook, que se negó a organizar una excursión a la zona pobre de Londres afirmando que nunca había oído hablar de ese lugar). En la sonora prosa de London, la situación de los más pobres entre los pobres parecía peor de lo que estaban dispuestos a admitir los misioneros victorianos:

¡Los ineptos y los inútiles! Los miserables, los despreciados, los olvidados, los que mueren desquiciados. Los hijos de la prostitución, de la prostitución de hombres y mujeres y niños, de la

sangre y la carne, de la chispa y el espíritu, en suma, de la prostitución de la mano de obra. Si esto es lo mejor que una civilización puede hacer por los seres humanos, seamos unos salvajes desnudos y aullemos. Es mucho mejor ser gente de la jungla y del desierto, de las cavernas y de las reuniones en cuclillas alrededor de un fuego, que gente de la máquina y del abismo.[6]

El panorama que pintó Jack London lo corroboró el filántropo Charles Booth, que después de recorrer los mismos barrios escribió sobre sus habitantes: «Viven como salvajes [...] De allí llegan esos personajes hechos polvo que deambulan por las calles de la ciudad con los hombros caídos y mendigan o intimidan a la gente. No prestan ningún servicio útil, no crean riqueza, y es más habitual que la destruyan.»[7]

¿Qué medio, entonces, podía ser más natural para poner fin a esa miseria impidiendo al máximo que se reprodujese? La eugenesia, dijo Galton a un público entregado durante una de sus muchas conferencias. Había que «introducir [la eugenesia] en la conciencia de las naciones como una nueva religión», y garantizar que «la humanidad esté representada por las razas más aptas. Lo que la naturaleza hace a ciegas, despacio y de un modo implacable, que el hombre lo haga con prudencia, deprisa y con bondad».[8] Para conseguir que esa mano providencial crease una sociedad mejor, Galton desplegó una plétora de actividades, escribió un sinnúmero de publicaciones eruditas y hasta una novela que aspiraba a dar publicidad a sus ideas (su editor la rechazó y más tarde la quemó el sobrino del autor, escandalizado por el carácter «indecente» de la obra). Galton fue la eminencia gris de la Sociedad de Eugenesia (fundada en 1907), que

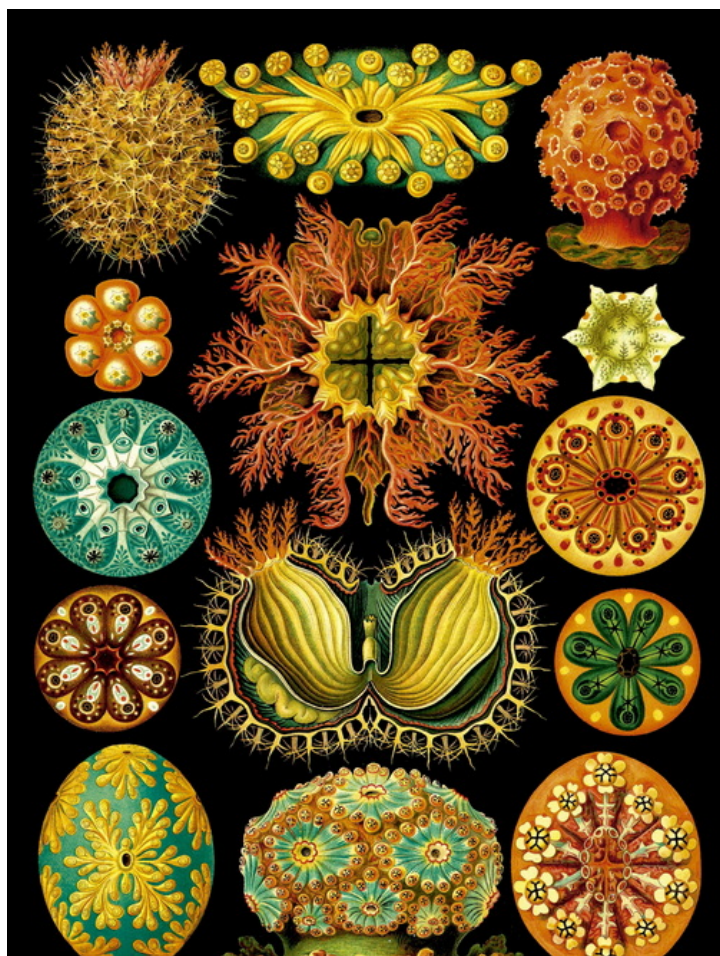
entre sus filas contó con hombres tan brillantes como el economista John Maynard Keynes; la joven Virginia Woolf, amiga de Keynes, apuntó en su diario el nueve de enero de 1915: «En el camino de sirga encontramos una larga fila de imbéciles & tuvimos que pasar junto a ellos. El que iba en cabeza era un joven muy alto, lo bastante raro para mirarlo dos veces, pero nada más; el segundo arrastraba los pies & miró para otro lado; & luego uno se daba cuenta de que en esa larga fila todos eran criaturas idiotas, abatidas e inútiles que arrastraban los pies, y que ninguno tenía frente ni mentón & sí una sonrisa imbécil o una mirada suspicaz, como de loco. Era absolutamente horroroso. No hay duda de que habría que matarlos.»[9] Otro admirador de las enseñanzas de Galton fue el dramaturgo George Bernard Shaw, que escribió: «Ahora ya no hay ninguna excusa sensata para negarse a hacer frente al hecho de que nada, salvo una religión eugenésica, puede salvar a nuestra civilización del destino que ha vencido a todas las civilizaciones anteriores.»[10]

No sólo los intelectuales estaban convencidos de los méritos del movimiento. Karl Pearson, ayudante y amanuense de Galton, escribió muy alegremente, en una carta dirigida al maestro, que sus ideas empezaban a considerarse de sentido común: «Oigo a matronas muy respetables de clase media decir, si sus hijos son débiles: “¡Ah, no ha sido un matrimonio eugenésico!”»[11] Cuando en 1910 lo nombraron ministro del Interior, Winston Churchill propuso en secreto que se esterilizara a cien mil súbditos de Su Majestad, leales pero menos afortunados. El movimiento eugenésico ya era una auténtica fuerza social e intelectual, y Galton podía felicitarse de ser el padre de una corriente en rápido crecimiento y dedicada a garantizar

buenas camadas. Con el aire de un visionario benévolo, su perfil relucía en la insignia que llevaron todos los participantes en el Primer Congreso Internacional de Eugenesia.

Las novedades más importantes y proféticas de las utopías aparentemente racionales de esa época se dieron en la intersección entre ciencia y filosofía. El segundo profeta de esa nueva visión del mundo fue el anatomista y escritor alemán Ernst Haeckel (1834-1919), especialista en medusas, cuyas obras populares sobre la evolución y la biología fueron unos de los mayores éxitos de ventas de la Alemania guillermana. De su libro más famoso, *Los enigmas del universo* (1899), llegaron a venderse cuatrocientos mil ejemplares antes de 1914.

Haeckel alcanzó la fama como autor de obras científicas hacia 1900, pero su carrera fue un producto del siglo ^{xix} y de una energía y un optimismo prodigiosos. Como varios científicos de su tiempo, se enfrascó por completo en su trabajo —para mayor congoja de la segunda señora Haeckel, que se sentía muy mal atendida por semejante gigante intelectual—. Tras leer *El origen de las especies* más o menos en el momento de su publicación (1859), Haeckel, entonces estudiante sin firmes planes profesionales, advirtió al instante que ese libro era el más importante de su vida, y dedicó toda su carrera a divulgar el mensaje de Darwin y a reafirmar sus postulados científicos. En varios largos viajes de investigación recogió especímenes, y trabajó también con los que sus colegas traían al regresar de sus expediciones. Bautizó y describió literalmente miles de nuevas especies, tres mil quinientas de ellas sólo después de la expedición del *Challenger* al Círculo Polar. Dibujante talentoso, también hizo hermosas ilustraciones de sus ejemplares.



La estética de la naturaleza: ilustración de la popular obra de Ernst Haeckel.

Ernst Haeckel, *Ascidiae*, lamina n.º 85 de *Kunstformen der Natur*, 1899-1904 (Bridgeman Art Library)

Pero Haeckel estaba hecho de un paño muy distinto, que lo alejaba de Galton y también de su ídolo, Darwin. Sus santos patrones intelectuales eran Goethe, poeta y científico, y otro alemán, el gran genio universal Alexander von

Humboldt, que durante la primera mitad del siglo ^{xix} dedicó toda su energía a crear una visión unificada del mundo, una gran síntesis de cosmología, geología, botánica, zoología e historia del pensamiento humano. Manteniéndose dentro de la tradición intelectual romántica alemana, Haeckel fue un investigador muy cuidadoso, pero los resultados de sus estudios sirvieron para articular una comprensión más profunda del mundo, una nueva ética basada en la idea de que toda materia estaba investida del mismo espíritu universal.

Uno de los libros de mayor éxito de Haeckel —se podía encontrar en cualquier buena estantería de la clase media de la época— fue *Kunstformen der Natur* («Obras de arte de la naturaleza», 1904), en el que en doscientas lujosas ilustraciones describía la belleza estética de varias criaturas y fenómenos naturales. Es un libro fascinante, y no sólo por las láminas, preciosas y de costosa producción; además, una sutil estilización las acerca más a una fantasía del *Jugendstil* que a una obra científica. No son plantas y animales reales de un mundo hecho al azar, sino animados momentos tocados por la gracia que señalan hacia un orden más alto, una mente cósmica que Haeckel, que en 1910 se distanció oficialmente de la Iglesia protestante, creyó reconocer en la evolución misma.

Para él, la auténtica tarea de la humanidad era aprender a vivir según las leyes de la naturaleza, leyes que, en ese momento, los ignorantes que ocupaban el poder desacataban abiertamente y en todas partes:

La cultura superior a la que sólo ahora comenzamos a acercarnos, deberá tener siempre presente la tarea de procurar a todos los seres humanos una existencia lo más feliz posible, es decir, satisfactoria. Desaparecerán

muchas tradiciones bárbaras y viejas costumbres que aún hoy se consideran imprescindibles: la guerra, los duelos, la adhesión forzada a tal o cual Iglesia, etc. El interés principal del Estado ya no será la creación de la fuerza militar más capaz que exista, sino la mejor educación que pueda darse a la juventud, una educación basada en la atención a las artes y las ciencias. El perfeccionamiento de la técnica gracias a los nuevos descubrimientos de la física y de la química satisfará las necesidades vitales de todos; la síntesis artificial permitirá contar con alimentos ricos en proteínas. La modificación racional de las relaciones conyugales hará más feliz la vida familiar.[12]

Es posible que cuando escribió las últimas líneas de ese párrafo Haeckel pensara en su muy infeliz vida familiar, pero para su ojo, formado científicamente, el futuro era feliz porque la solución era perfectamente clara: la política, escribió, no es sino biología aplicada.

También supo ser crítico con Nietzsche, al que le reprochó que subestimara la fuerza de la compasión y la piedad; con todo, su manera de comprender esas cualidades era sumamente personal. Haeckel, pacifista, admiraba a Bertha von Suttner, pero al mismo tiempo su idea de piedad adquirió un tono decididamente activo. «Hablando desde un punto de vista racional», escribió en 1904, «matar a un recién nacido minusválido [...] no puede subsumirse en la noción de asesinato, como pretenden nuestros modernos manuales de Derecho. Antes bien, debemos considerarlo una medida sensata y aprobarlo como tal, tanto para los afectados como para el conjunto de la sociedad.»[13]

Fue esa mezcla de piedad natural, casi panteísta, estricto pensamiento científico e ingeniería social lo que le valió

tantos seguidores, muchos de los cuales sacaron especial partido al aspecto eugenésico de las obras de Haeckel, a la posibilidad de construir, con el caos de la realidad, una sociedad nueva, más pura y mejor. Esa nueva generación reafirmó las ideas eugenésicas y las orientó en una dirección particular. La ciencia empezaba a convertirse en política; Wilhelm Schallmayer (1857-1919), uno de los protegidos de Haeckel, divulgó en 1910 este enfoque político: «Es el principio de la selección natural lo que ha hecho de la teoría de la evolución algo importante.» «Sólo como resultado de la teoría de la descendencia y de la teoría de la selección, la evolución se convirtió en una fuerza que, pese a contar con una fuerte oposición y pese a los ataques de antiguos prejuicios e intereses poderosos, sigue abriendo nuevos caminos...»[14] Si la evolución mandaba, entonces el valor de un individuo residía sólo en su utilidad a la especie:

Parece como si el individuo existiera únicamente con el objeto de desempeñar una función para la especie, y que no fuera un fin en sí mismo; los individuos que ya no tienen valor para la conservación de la especie tienen la bendición de una muerte prematura. Como demostró Weismann, la duración de la vida de cada especie está regulada para que encaje en sus necesidades [...] Según Weismann, la muerte misma es un servicio a la especie a costa del individuo. Esa ley de la naturaleza, la absoluta sumisión del interés individual al interés de la especie, también debe de ser cierta para el desarrollo humano.[15]

Schallmayer no dudaba de que la civilización trabajaba contra la selección natural y creaba «una carga aplastante y cada vez más pesada de individuos inútiles», [16] y con un resultado inevitable: «el deterioro de las cualidades

hereditarias medias de la gente, de modo tal que disminuye su aptitud total para satisfacer las exigencias de la lucha por la supervivencia».[17] Convencido de la urgencia de su misión, el escritor tuvo muy poca paciencia con los que eran demasiado decadentes y miopes para advertir el carácter inexorable de la inminente catástrofe:

Si los puntos de vista endebles y los cómodos hábitos que promueven los neomalthusianos [que creían que las poblaciones ya eran demasiado grandes] y las feministas llegan a ser los dominantes en las naciones blancas civilizadas, la raza blanca no sólo no se extenderá por toda la tierra, sino que sin duda [...] antes o después, terminará derrotada militarmente por la parte más resistente, y en rápido crecimiento, de la raza amarilla, luego, esa competencia, superior en lo que a capacidad de reproducción se refiere, la reemplazará gradualmente hasta que [la raza blanca] desaparezca; o, si todas las partes evitan las hostilidades, la inmigración pacífica de los fértiles asiáticos [...] arrojará exactamente el mismo resultado. [18]

Había que tomar las medidas esbozadas por Alfred Ploetz (1860-1940), otro discípulo de Haeckel y uno de los vicepresidentes del Congreso Internacional de Eugenesia celebrado en Londres. Con diligencia claramente prusiana, Ploetz escribió en 1895 *Die Tüchtigkeit unserer Rasse und der Schutz der Schwachen* («La excelencia de nuestra raza y la protección de los débiles»), obra en la que afirmó que la procreación no debía dejarse en manos de «la casualidad, de un momento de embriaguez, sino regularse según unos principios fundamentales que ha de establecer la ciencia». Si una copulación tan consciente traía al mundo un niño con

una malformación, «el colegio de médicos [...] le dará [al recién nacido] una muerte clemente con una pequeña dosis de morfina».[19]

Fundador e incansable propagador de las ideas de la Sociedad Alemana para la Higiene de la Raza, Ploetz no fue en absoluto más extremista que otros autores de libros y artículos de mucho éxito. «No aprobamos ninguna clase de *falsa humanidad*», escribió Theodor Fritsch, declaradamente racista y defensor de la eugenesia. «Los que quieren preservar a los degenerados y los depravados limitan el espacio reservado a los sanos y fuertes, aniquilan la vida de toda la comunidad, multiplican las penas y las cargas de la existencia y contribuyen a que la vida se quede sin felicidad y sin luz. Allí donde el poder humano no puede triunfar sobre el dolor, honramos a la muerte como amiga y redentora.»[20] En resumen, que defender a los fuertes no conducía a ninguna parte si no se mataba a los débiles, y en ese punto Nietzsche era proclive a dar argumentos a los que querían matar para ser buenos: «Ni siquiera la selección más cuidadosa de los mejores es útil si no va ligada a una separación despiadada de los peores [...] Zaratustra predica: ¡No salves a tu prójimo! Y eso es sinónimo de actuar con dureza contra los inferiores y superar en ellos la propia compasión.»[21]

¿Una nueva masculinidad?

Hay una correlación obvia entre el pensamiento eugenésico y las cuestiones sociales que hemos visto en los capítulos anteriores. La disminución de la tasa de natalidad, especialmente en las clases medias, provocó el temor a quedar aplastado por los que estaban más abajo en la escala

social y cuestionó —de un modo ilógico, aunque convincente— la masculinidad de los maridos que engendraban menos hijos. La relación entre hombres y mujeres ya se había cuestionado lo bastante para hacer aparecer el fantasma de un desorden social decadente en el que nadie sabía ya qué lugar le había asignado la naturaleza. Escándalos como los que rodearon al príncipe Eulenburg y el suicidio de Friedrich Wilhelm Krupp, partidario convencido de la eugenesia, a causa de los rumores que circulaban sobre su homosexualidad, habían creado una impresión de degeneración moral entre los que ocupaban posiciones de poder. Además, el auge de las enfermedades nerviosas y de la neurastenia, el ascenso de la psiquiatría y la discusión abierta sobre patologías sexuales contribuyeron a agudizar la sensación de desestabilización, de debilitación de la especie humana. El espectro de la decadencia, de la debilidad y de la falta de virilidad rondaba por todas partes, y detrás de él amenazaba una distopía mecanizada en la que el entretenimiento de las masas y una amplia nivelación industrial de todas las clases sociales, de todos los méritos y los valores, inducía en los débiles un sueño artificial. Y la eugenesia parecía ofrecer una solución a esos temores.

Si el pensamiento eugenésico arraigó con fuerza en Alemania y Gran Bretaña, también se discutió extensamente en todas las naciones industrializadas. Por razones obvias, los historiadores han prestado mucha atención a la eugenesia alemana, pero investigaciones recientes sobre otros países han demostrado que allí el debate era igualmente intenso y las ideas no más moderadas.

Alrededor de 1900 aún predominaba en Francia la herencia de Lamarck y su doctrina de los rasgos adquiridos heredables. Por otra parte, el extendido miedo al colapso de

la población francesa a consecuencia de la baja tasa de natalidad tendía a alejar a los científicos de las posiciones neomalthusianas que proponían una mayor limitación de nacimientos entre las capas consideradas inferiores. Si bien se podía palpar la sensación de que era necesario construir un futuro (industrial, político e intelectual), y aunque la eugenesia se convirtió en un aspecto del gran festín de ingeniería social utópica, los escritores franceses tendían a ser más escépticos en lo tocante al futuro de su nación y, por ese motivo, quizá menos inclinados a imaginar ese futuro.

La eugenesia positiva (de hecho, la reproducción selectiva) no ocupaba el primer lugar del orden del día, pero en lo relativo a deshacerse de los ineptos, Francia era igual a otras naciones europeas. En un debate en torno a la abolición de la pena de muerte (rápidamente rebatido por los altos cargos de la justicia hasta terminar convertido en una disputa entre los méritos relativos de la guillotina y la horca), muchos expertos publicaron sus opiniones sobre el castigo en general y en materia de justicia social. El patólogo forense italiano Cesare Lombroso estudió las mediciones biométricas para definir lo que él llamó el «criminal nato», una clase de persona de la que no podía salir nada bueno, un degenerado al que más convenía impedirle nacer o eliminarlo de inmediato. En Francia, la opinión de Lombroso contó con el apoyo entusiasta del psiquiatra Émile Laurent, que, con términos sencillos y enérgicos a la vez, argumentó lo siguiente:

Si vuestro querido perro se contagia de la rabia, lo matáis pese a todo lo que ese cruel acto os cueste. Pero también lo matáis para que no se haga daño y evitarle sufrimientos innecesarios. Y luego, a vuestro alrededor, la naturaleza aplica, con sus tormentas, sus

hambrunas, con las garras y los dientes de esos carnívoros que son sus verdugos, la pena de muerte a una escala inmensa en sus hecatombes de débiles y derrotados. ¡Matadlos!, dice la naturaleza a la sociedad. ¡Matadlos!, dice el pasado de la humanidad al presente a través de cientos de voces a lo largo de la historia.[22]

Otro experto, un médico militar retirado, alabó la eficacia de la ejecución por sus beneficiosos efectos colaterales: «Saca de circulación al procreador loco [de futuros hijos] y, en consecuencia, es un factor de peso en la mejora de nuestra raza [...] pues se evitan potenciales concepciones viciadas.»[23]

No sólo el estamento jurídico conservador se interesó por la eugenesia. Los socialistas de todos los países llevaban tiempo proponiendo medidas eugenésicas para crear un proletariado más sano. Esta cara algo sorprendente del pensamiento eugenésico la representó en Francia el pedagogo y activista Paul Robin (1837-1912), un revolucionario nato. Hijo de un oficial naval conservador, Robin se había mudado a Bélgica, donde eligió ser maestro. Tras ganarse un tiempo la vida dando clases particulares, se implicó activamente en cuestiones pedagógicas e hizo suyas las ideas socialistas; vivió una década entre Ginebra, Londres, París y Bélgica, siempre inmerso en el activismo político, gracias al cual conoció a lumbreras como el príncipe Kropotkin, en Ginebra, y Karl Marx en Londres, y colaboró con ellos. Sin embargo, cansado de las interminables luchas intestinas de la Internacional Socialista, se dedicó exclusivamente al trabajo práctico, concretamente como director de un orfanato, donde pudo poner a prueba sus muy progresistas ideas pedagógicas. No había allí castigos

corporales; niños y niñas iban a las mismas clases y aprendían varios oficios y asignaturas. Los visitantes, asombrados, veían que allí se desobedecían todos los principios de la educación, pero les resultaba imposible no observar la extraordinaria limpieza del orfanato y de los niños, y la jovialidad y seguridad en sí mismos de los alumnos. Con todo, el trabajo reformador de Robin fue más de lo que podían soportar sus superiores, que lo despidieron en 1894 después de catorce años de servicio.

Hacia finales del siglo ^{xix} y principios del ^{xx}, Robin se volcó cada vez más en la enseñanza eugenésica, o neomalthusianismo, como se conocía en Francia. Fundó la Liga de la Regeneración y publicó una revista en la que abogaba a favor de la introducción de medidas eugenésicas. Había visto bastante miseria e injusticia durante los años en que fue militante socialista y trabajó en educación popular. No obstante, las conclusiones de sus experiencias fueron sorprendentes: «La asistencia pública se dedica casi siempre a las personas inferiores que nacieron o llegaron a ser así por las circunstancias, y que seguirán siendo así», escribió en 1902.

En el peor de los casos, traerán caprichosamente al mundo numerosos hijos que no tendrán oportunidad alguna de vencer sus dificultades y gravarán cualquier sistema de asistencia más allá de lo posible e imaginable. Además, se permitirá que vivan los peores degenerados, en especial los débiles mentales [...] a los que el antiguo estado de la naturaleza o de la asistencia pública habrían dejado morir. Todos esos degenerados a los que ahora se permite vivir con gran sacrificio, pero una vida que nadie querría vivir ni

siquiera una semana, y ante la cual todos nosotros preferiríamos la muerte.[24]

Robin creía que las sociedades no podían permitirse esa carga. «Los millones que todas las naciones gastan en ayudar a los ineptos, los escrofulosos, los sifilíticos y los alienados, no dan ningún resultado excepto una mejora apenas suficiente para que se abran un mísero camino en la vida», bramó, «[y] son un empobrecimiento de la raza. Estamos ante la organización del declive público.»[25]

Lo que se necesitaba eran medidas drásticas para no volver a caer en la barbarie, y en especial una directiva que indicase quién debía engendrar hijos y quién no. Los trabajadores eran culpables de parte de su sufrimiento por traer al mundo una gran cantidad de hijos que pronto competirían con ellos en el lugar de trabajo; en consecuencia, y siempre según Robin, tener menos hijos redundaba en su propio interés. «Para los degenerados verdaderamente incurables [...] no hay otro remedio que la esterilización artificial.»[26] Sin abandonar nunca sus principios seculares, Robin también sacó otra consecuencia de esa necesaria limitación de la natalidad, pues si bien la procreación practicada por los que no debían hacerlo era un peligro para la sociedad, las alegrías asociadas con ella eran incuestionablemente buenas y saludables, como afirmó en 1902:

Establezcamos el principio según el cual las vibraciones nerviosas correspondientes al goce sexual [*volupté sexuelle*] son igual de positivas que otras vibraciones que nadie se niega a valorar positivamente. Para una persona es igualmente honorable dar y recibir placer sexual como lo es crear algo hermoso, útil o bueno, o mirar con admiración un

paisaje bello, un monumento hermoso, una estatua..., escuchar música agradable, disfrutar del perfume de una rosa, de una violeta, o de un jazmín, o comer una manzana.[27]

Los estereotipos nacionales siempre son fastidiosos y, a veces, peligrosos, pero también pueden ser muy amenos. Donde el alemán Ploetz proclamaba orgulloso que el acto sexual ya no podía ser un capricho o una casualidad en un momento de embriaguez (¡pobre señora Ploetz!), el francés Robin convencía a sus compatriotas de que uno de los aspectos positivos de su neomalthusianismo, su propia rama de la eugenesia, era que emancipaba el deseo sexual de la procreación. Pese a la fama de la capital de Francia como principal centro del placer de toda Europa, las muy sensuales opiniones de Robin sobre el sexo escandalizaron a sus contemporáneos, y en repetidas ocasiones le reportaron conflictos con las autoridades. Al liberar el placer sexual de la procreación obligatoria, y llamar abiertamente a la contracepción, el socialista cuestionaba los valores fundamentales de la nueva sociedad. Paul Robin se había convertido en feminista: «Una mujer debe poder disponer libremente de su cuerpo y decidir, por ejemplo, cuando está embarazada, si conservar o no el niño que lleva en el vientre. La libertad de la mujer es *conditio sine qua non* de la regeneración. La emancipación de la mujer, la libertad ante la ley, en materia moral, ante la opinión pública, es en sí misma [...] será la verdadera regeneradora de la humanidad.»[28]

Robín siguió siendo un racionalista hasta el final. Cuando en 1912 sintió que sus días se habían agotado, y que empezaba, a los setenta y cinco años, a parecer uno de esos enfermos y escrofulosos, ingirió una alta dosis de morfina.

Incluso mientras moría intentó tomar notas sobre los síntomas del envenenamiento, hasta que quedó inconsciente.

En casa de los Kallikak

Si los franceses estaban atrapados por el malestar nacional y enfrentándose a un futuro incierto, los ciudadanos de la Tierra de los Libres no tenían esos recelos. En el país con mayor inmigración del mundo, planificar la población era una preocupación obvia compartida por, entre otros, Andrew Carnegie y John D. Rockefeller, dos de los hombres más ricos y poderosos de los Estados Unidos. Su apoyo económico permitió a Charles Davenport (1866-1944), un destacado biólogo de Harvard, crear en 1904 la Oficina de Archivos Eugenésicos (Cold Springs Harbor, Nueva York), un laboratorio de investigación de la herencia y la variación natural.

Los norteamericanos partidarios de la eugenesia hicieron especial hincapié en las pruebas científicas y las escalas de evaluación, sobre todo las que desarrolló Henry Goddard (1866-1957), director de una institución para niños retrasados mentales en Vineland, Nueva Jersey. Goddard había estandarizado la medición de la inteligencia proponiendo una escala ideada por un colega alemán, el *IQ*, coeficiente o cociente de inteligencia, que trazaba la progresión de idiota a imbécil y cretino y, de ahí en adelante, a adjetivos más favorecedores. A fin de poner en práctica los resultados de su trabajo, Goddard analizó el árbol genealógico de una de las jóvenes que tenía a su cargo, «Debora Kallikak», cuya debilidad mental el científico consiguió remontar a los escarceos de un antepasado de sexo masculino con «una muchacha anónima y débil mental»

que, según el médico, fue la causa de varias generaciones con problemas mentales en la misma familia. La obra *La familia Kallikak. Un estudio de la herencia de la debilidad mental* (1910) fue recibida por los científicos como una sensación, igual que la revelación de Goddard según la cual unas investigaciones realizadas por él en el centro de inmigración de Ellis Island habían arrojado como resultado que el 83 % de los inmigrantes judíos, el 80 % de los húngaros, el 79 % de los italianos y el 87 % de los rusos eran «débiles mentales». Goddard creía que los casos severos sólo admitían una medida racional, a saber, la esterilización; únicamente así se crearía una raza «pura, americana y superior».

La presión de los científicos y la aprobación de los altos cargos políticos, como Theodore Roosevelt (convencido de que los afroamericanos eran «como raza, y en la masa, [...] muy inferiores a los blancos»),[29] así como la presión de acaudalados empresarios como John Harvey Kellogg, entusiasta admirador de la eugenesia y fabricante de comida sana, crearon el clima público necesario para que las ideas de Goddard se abrieran camino hacia la legislación. Fueron varios los intentos de introducir leyes de esterilización obligatoria en algunos estados (Michigan, 1897; Pennsylvania, 1905), pero la primera de treinta y tres leyes estatales se aprobó en Indiana en 1907 y se aplicó a «criminales, idiotas, violadores e imbéciles confirmados» hospitalizados en instituciones públicas. Algunas leyes sobre la esterilización permanecieron en los códigos durante muchas décadas, y resultaron en unas sesenta y cinco mil esterilizaciones forzosas o furtivas (estas últimas practicadas a menudo durante otros procedimientos quirúrgicos). La última esterilización forzosa se practicó en Oregón en 1983.

En Rusia, el clima intelectual y las preocupaciones eran muy diferentes de las de Europa occidental y los Estados Unidos. Mientras que en el oeste de Europa la burguesía se sentía amenazada por un ejército de trabajadores pobres que no paraba de crecer, el principal problema de la burguesía rusa era el verse excluida del poder por un régimen autocrático cuya legitimidad se apoyaba en la Iglesia ortodoxa. En una situación así, surgió una estrategia distinta: en lugar de argumentar en contra del crecimiento demográfico de las clases bajas y a favor de un mayor control sobre ellas y sus hábitos reproductivos, los súbditos del zar se interesaron más por demostrar que todas las criaturas habían evolucionado a partir del mismo ceno original, que la creación tenía una explicación racional y que, en consecuencia, ningún grupo humano podía reivindicar derecho divino al poder, como sostuvo el sociólogo Nikolái Mijáilovski:

La tradición autóctona de todos los pueblos atribuye al hombre un origen más o menos alto. Darwin no se equivoca cuando afirma que atribuir al hombre, por tradición, una ascendencia divina o semidivina sólo es una ilusión no muy halagüeña para la especie humana; lo que halaga al hombre muchísimo más es la idea de haber surgido de las esferas inferiores, de las profundidades de la naturaleza. De hecho, ese es el único punto de vista que permite que el hombre progrese; todos los demás suponen que ha caído y deshonrado a sus ancestros.[30]

En la Rusia prerrevolucionaria, el darwinismo ofrecía más posibilidades para el debate que la eugenesia. La situación sólo cambió después de 1917, cuando los que ocupaban el poder reivindicaron la creación de un hombre nuevo. Los

intelectuales y científicos rusos habían aceptado a Darwin con mucho entusiasmo. En los laboratorios, investigadores de todo el imperio se dedicaron a apoyar las ideas de Darwin escribiendo no sólo cientos de artículos científicos, sino también creando la que fue quizá la comunidad científica darwinista más grande de Europa, con investigaciones y métodos a menudo más avanzados que los de sus colegas occidentales, especialmente en los laboratorios, entre otros el que dirigía el profesor Iván Pávlov (1859-1936), que luego alcanzó fama universal con sus experimentos sobre el condicionamiento conductual de los perros.

Si el conductismo era un foco central de la investigación en Rusia, el darwinismo social, en cambio, contaba con una oposición vehemente. El crítico ruso más notable del darwinismo fue el príncipe —y filósofo anarquista— Piotr Alexéievich Kropotkin (1841-1921), que vivía exiliado en Londres, pero era leído con avidez y discutido con vehemencia en su país; en cualquier caso, no cabe duda de que fue una de las grandes mentes de su generación. Una vida azarosa lo apartó primero de una escuela de cadetes de élite y luego de un trabajo de ayuda de cámara del zar Alejandro para llevarlo a las estepas de Siberia, donde se unió a un regimiento de cosacos con la intención de escapar de la vida asfixiante de la corte. Fue allí, durante esos largos días que pasó sin hacer nada, o durante sus excursiones a los páramos cercanos, donde el joven observó algo que al parecer contradecía la idea darwinista de la lucha por la existencia:

Recuerdo la impresión que me produjo la fauna de Siberia [...] Vimos muchísimos casos de adaptación para luchar, con gran frecuencia en común, contra condiciones climáticas adversas o contra diversos

enemigos [...] fuimos testigos también de numerosos ejemplos de apoyo mutuo, sobre todo durante las migraciones de pájaros y rumiantes, pero incluso en las regiones de Amur y Usuri, donde hay una abundante vida animal, muy rara vez vi, aunque los busqué con fervor, casos de rivalidad real y de peleas entre animales superiores de la misma especie.[31]

La idea de una ayuda mutua, de un altruismo interesado que se constataba tanto en la naturaleza como en la sociedad, llegó a ser uno de los principios de la filosofía social de Kropotkin, desarrollado más tarde en su obra *El apoyo mutuo* (1902). Lejos de enseñar la despiadada batalla hobbesiana de todos contra todos, el príncipe anarquista concluyó que la naturaleza enseña que los animales sobreviven mejor si se organizan en torno a intereses comunes:

Las especies animales en las que la lucha individual ha quedado reducida al mínimo y las prácticas de apoyo mutuo han alcanzado su máximo desarrollo, son siempre las más numerosas, las más prósperas y las más abiertas a continuar progresando. La protección mutua que en ese caso se consigue, la posibilidad de llegar a la vejez y de acumular experiencia, el más alto desarrollo intelectual y el aumento continuo de hábitos sociales, aseguran la conservación de la especie, su extensión y su evolución gradual y continuada. Por el contrario, las especies asociales están condenadas a declinar.[32]

Kropotkin alzó su voz en el Primer Congreso Internacional de Eugenesia celebrado en Londres. ¿Quién era más valioso para la especie?, preguntó; ¿las mujeres proletarias que parían y criaban a los hijos lo mejor que

podían o las damas de la alta sociedad que tomaban todas las precauciones para no concebir? Los delegados no apreciaron las intervenciones del príncipe, pues seguían sin recuperarse de un incidente desagradable que había tenido lugar durante el fastuoso banquete inaugural del congreso, ofrecido por su excelencia, la duquesa de Marlborough, el alcalde de Londres y el embajador norteamericano Whitelaw Read. Esa noche el orador fue Arthur Balfour, uno de los hombres más eminentes del reino, ex primer ministro y, según Austen Chamberlain, «la mente más lúcida de la política de nuestro tiempo».[33] Una vez terminada la cena, mientras los quinientos invitados conversaban amablemente y se tomaban una copa de oporto, el gran hombre pronunció un discurso que hizo que algunos asistentes se enderezaran en sus asientos asombrados. Tras aplicar su mente —por una vez— no a la política, sino a la ciencia, Balfour presentó a los científicos allí reunidos algunas conclusiones inesperadas. «Decimos que los aptos sobreviven. Pero lo único que eso significa es que los que sobreviven son aptos»[34]; y luego: «La opinión de que es posible una sociedad de la clase más perfecta atendiendo sólo a ciertas cuestiones relativas a la cepa, los ancestros, la salud y la fuerza física de varios componentes de esa sociedad, es, creo yo, una opinión sumamente superficial sobre la más difícil de todas las cuestiones.»[35]

No fue Balfour el único crítico del pensamiento eugenésico. El médico y sexólogo británico Havelock Ellis planteó una cuestión inquietante acerca del futuro que los partidarios de la eugenesia querían crear: «Los animales los cría, para fines específicos, una raza superior de animales; no se crían ellos solos [...] Es importante criar, digamos, buenos sociólogos; eso, de hecho, huelga decirlo. Pero ¿podemos

estar seguros de que, cuando los hayamos criado, se alcen para bendecirnos?»[36] Max Nordau, que había hecho carrera como escéptico de la cultura y partidario de un futuro más prometedor poblado por hombres y mujeres superiores, también pensaba que los seguidores de la eugenesia caían ya en la primera valla conceptual hacia la mejora de la especie:

Es evidente que no podemos aplicar al hombre el principio de reproducción artificial [...] No hay ningún criterio reconocido de perfección física e intelectual. ¿Queréis pulgadas? En ese caso habría que excluir a Federico el Grande y a Napoleón, que eran más bajos que la media; al ex presidente francés Adolphe Thiers, que era casi enano; a los japoneses como nación... [37]

Huelga decir que, dada la emoción que producía fundar un movimiento internacional cortejado por estadistas y grandes aristócratas, pocas de esas objeciones hicieron mella. El Congreso de Eugenesia siguió su curso, se clausuró con discursos y declaraciones rimbombantes, y dio a luz, al cabo de pocos meses de gestación, a una camada de sociedades de eugenesia en toda Europa. Al parecer, era el momento de pasar a la acción, no de los argumentos cautelosos.

Hombres nuevos, mujeres nuevas

El enfoque de Galton era muy anglosajón en el sentido de que subrayaba el utilitarismo y el análisis estadístico sensato; científicos partidarios de la eugenesia, como Davenport y Goddard, trabajaban en experimentos y modelos teóricos. Con todo, muchos de los seguidores de la eugenesia contemplaban las ideas de Galton desde un horizonte diferente, desde una cadena montañosa, para ser

exactos: la morada de Zaratustra. Los intelectuales (incluidos algunos británicos y norteamericanos) se apiñaban allí acurrucados, expuestos a los fríos vientos de la incertidumbre, pero orgullosos de su coraje y atrevimiento, pues creían haber encontrado a su maestro y descubierto la eugenesia.

En todo lo que hemos observado hasta ahora hemos tropezado en algún momento con el legado de Friedrich Nietzsche. Fue el protagonista de *Así habló Zaratustra* (1883-1885), por supuesto, quien recibió ovaciones atronadoras en la cumbre de su montaña. «Para mi generación fue el terremoto de la época», [38] escribió el poeta expresionista alemán Gottfried Benn (1886-1956). La postura rebelde de Nietzsche frente a la autoridad y la moral cristiana ya había ejercido una atracción enorme en la generación de la década de 1890, y en 1910 su peligroso atractivo no había perdido nada de su magnetismo, en parte a causa de su oscuridad, que tanto molestaba a algunos de sus lectores ingleses, como Bertrand Russell, que bromeó: «El superhombre de Nietzsche se parece mucho al Siegfried [de Wagner], con la salvedad de que sabe griego.» [39]

A otros les atraía la mera mezcla de elementos clásicos y míticos que tanto disgustaba a Russell, el lógico. Con sensibilidad casi profética Nietzsche había percibido y dado forma a muchas de las preocupaciones que para sus contemporáneos y los hijos de sus contemporáneos fueron especialmente agobiantes en los años anteriores a la guerra: la moral esclava de la Iglesia y de sus herederos capitalistas; los cambios desestabilizadores en las relaciones entre hombres y mujeres; la voluntad o necesidad de vencer la pequeñez espiritual de la vida de consumidor en las

sociedades industrializadas, y de crear algo mucho mejor basado en el autoconocimiento y la renuncia a lo superfluo.

Fue esa sensibilidad lo que confirió a las obras de Nietzsche semejante aura de verdad, y lo que le dio cierto tono de bravuconada fue, quizá, poco más que un desesperado intento de sobrecompensación. Sin embargo, en sus mejores momentos Nietzsche puso el dedo en las llagas de su época, fue una voz rotunda, a veces furiosa, graciosa y apocalíptica, que lanzó maldiciones a la cara de los bustos de yeso admirados por los sabios de la cultura oficial. Su gesto retórico era más propio de un poeta que de un filósofo. En otras palabras, Nietzsche podía considerarse contradictorio, e imponerle un sistema a su pensamiento resultaba tan imposible como deducir, de las obras de Shakespeare o de las de Shelley y Rabelais, una visión única y coherente de la vida. Para sus seguidores, en eso residía parte del atractivo, pues no eran para ellos los estériles ejercicios intelectuales de Kant, Hegel, San Agustín y Santo Tomás de Aquino.

Hijo de un pastor luterano, a Nietzsche le alegraba pensar en un futuro bajo el signo de Dioniso, el dios del éxtasis y de la fuerza incontenible de la vida y la muerte, de la danza y la destrucción, un espíritu vivaz y primitivo que arrasaría con toda la opresión pietista y la moral sumisa del púlpito protestante. La vida y el valor humano verdaderos, afirmó Nietzsche, se expresaban no sólo en la sumisión a un dios del sufrimiento, misántropo, sino en la voluntad de poder: «La vida es apropiación, es herida, una conquista de los raros y los débiles, es supresión, intrusión de sus propias formas, incorporación y, como mínimo, para decirlo con las palabras más suaves posibles, explotación.»[40]

Nietzsche parecía el profeta ideal de la eugenesia, y más tarde, de todas las formas de totalitarismo, pues había

afirmado que en el siglo siguiente al suyo dominaría «ese nuevo partido de la vida que cogerá en sus manos la mayor de todas las tareas, educar a la humanidad para que alcance un nivel superior [*Höherzüchtung der Menschheit* incluida la destrucción sin piedad de todo lo degenerado y parasitario», [41] si bien en el pasaje de que se trata en realidad no escribió nada sobre política y demografía, sino sobre la música después de Wagner, sobre la renovación artística y una nueva cultura dionisiaca. En ningún párrafo de sus obras demuestra sentir admiración alguna por la eugenesia y sus valedores, y en general trató con desprecio el optimismo racionalista de Galton. Sólo la bilis que vomitó sobre los antisemitas y racistas pudo conseguir que sus palabras fuesen aún más crueles y sarcásticas. Los antisemitas, escribió, eran «masturbadores morales», «hombrecillos resentidos, fisiológicamente desgraciados y agusanados», cuyos estallidos le producían náuseas. Describiéndose a sí mismo como el «antiantisemita», terminó una de sus últimas cartas en una nota lacónica: «Voy a hacer fusilar a todos los antisemitas.»[42]

La consecución de un «nivel superior» nos lleva directamente al infame superhombre, el *Übermensch*, que se reinterpreto como una espeluznante parodia de él mismo, un hombre de la raza dominante. El concepto de Nietzsche no tiene rasgos raciales ni brutales; él se limitó a tomar a un individuo que ha superado el narcisismo banal y autodestructivo de la «masa rebaño» de las llanuras y ha descubierto, en su montaña espiritual, que los valores existen para volver a evaluarlos, y que, más allá del pensamiento dogmático, lo que ha de buscarse es la pura fuerza vital. El superhombre no es un gobernante, sino

alguien que busca, y cuyo mayor desafío es superarse a sí mismo.

Tales sutilezas interpretativas palidecían ante la idea de un Nietzsche profeta, con bigotes de morsa y un vitalismo nuevo y brutal, envuelto, conforme a los requisitos ideológicos, en pieles nórdicas, túnicas arias o la bata blanca del científico. Al poeta-filósofo lo secuestraron cientos de veces, pues fue víctima de lecturas demasiado literales y de la misma Voluntad de Poder que él había alentado a descubrir a sus lectores.

Racistas y místicos

Ya hemos visto lo porosas que podían ser las paredes que, en los escritos científicos de la época, separaban a la biología de la ideología. Sin embargo, en cuanto el argumento se salía de los círculos académicos, esas paredes simplemente se venían abajo.

Profetas, filósofos y sabios de todo pelo y de todas las nacionalidades le robaron a la ciencia hechos y teorías descontextualizados y manipularon ideas como las de Nietzsche para adaptarlas a sus diversas necesidades. Mientras que algunos de esos utopistas de la raza y la herencia, como Galton, Haeckel y Davenport, eran parte del *establishment*, y escribían a partir de un consenso científico, otros buscaban verdades más radicales y oscuras que, según afirmaban, ellos distinguían en las ruinas de civilizaciones antiguas, en las estrellas o en documentos místicos. La mayoría de los escritores místicos, *Madame* Blavatsky y Rudolf Steiner, entre otros, fueron racistas que camuflaron bajo nubes de incienso y sesiones iniciáticas su desdén por los tonos de piel más oscuros. Steiner, en particular,

convirtió en tarea sagrada difundir el evangelio de la raza en las incontables conferencias que dio por toda Alemania. Según su enseñanza de algo que, en esencia, es una variante espiritual del evolucionismo, los africanos se situaban en el último escalón, mientras que los europeos (los alemanes, para ser exactos) ocupaban el pináculo. Steiner pensaba que era absurdo comparar «un caracol o una ameba incompletos con un león perfecto».[43] En cualquier caso, la «raza negra no es de Europa», dijo, y declaró también estar «escandalizado» por «esa terrible banalidad cultural consistente en implantar individuos negros en Europa; eso es algo espantoso que los franceses infligen a otros [europeos]. Peor será el efecto en la propia Francia. La influencia en la sangre y en la raza es fortísima, y favorecerá la decadencia de Francia. El pueblo francés, como raza, está retrasado [en la evolución]».[44]

En lo que atañe al «fuerte instinto sexual» de los negros, el místico afirmó que había que atribuirlo al sol, a la luz y al calor, que cambiaban el metabolismo de los africanos haciéndolos hervir desde dentro y calentando su vida afectiva, un efecto que también explicaba el aspecto de esa raza. «La causa hay que buscarla en las fuerzas mercuriales que hierven y se cuecen a fuego lento dentro del sistema linfático [...] Ese [aspecto] se origina en el desbordamiento que produce el exceso de calor [*auskochen*], lo que convierte la forma humana general [similar a la de un europeo] en la forma especial de la raza etíope, con piel negra, pelo ensortijado, etcétera.»[45] Vistos en ese contexto, los judíos podían considerarse afortunados; el doctor Steiner se limitaba a afirmar:

«El judaísmo como tal ha sobrevivido a sí mismo largo tiempo; no tiene justificación en la comunidad de los

pueblos, y el hecho de que, pese a todo, haya sobrevivido, es un error de la historia mundial cuyas consecuencias siguieron por necesidad. No hablamos sólo de la religión judía, sino especialmente de la mentalidad judía, de la manera de pensar de los judíos.»[46]

En Europa central las visiones utópicas tuvieron con frecuencia un matiz político y racial. Castigados sin cesar por las controversias nacionalistas entre alemanes, checos y húngaros (por no mencionar a los judíos y otras minorías), los que en el imperio habsbúrgico se erigieron en profetas no estaban conformes con el amor libre ni con las chuletas vegetarianas. Los problemas del mundo pedían a gritos una solución más ambiciosa, más radical, y entre la cacofonía de voces y tradiciones culturales, la pureza racial parecía ofrecer la respuesta, y la herencia, el instrumento necesario. El término raza era un cajón de sastre usado comúnmente por gente de todas las tendencias políticas, y capaz de denotar cualquier cosa, desde origen o clase hasta ambiente familiar o predeterminación biológica y ascendencia, y en esos días se disponía a adquirir un significado más limitado que la convertía en un arma del arsenal de la derecha revolucionaria.

Entre los místicos conservadores y racistas destacó como pocos el novelista Guido von List (1848-1919; el noble *von* se lo concedió él mismo), que, después de un periodo de ceguera temporal durante el cual tuvo una serie de visiones que le revelaron aspectos ocultos del mundo, descubrió un universo de verdades desconocidas. Al recuperarse de su enfermedad redactó un memorándum con sus descubrimientos y lo envió a la Academia de Ciencias austríaca, que se lo devolvió sin ningún comentario. Amargado por la hostilidad con que el sistema acogía su

genio y sus percepciones, más altas que las de los demás, List comenzó a publicar por su cuenta y dedicó el resto de su vida a ensalzar las virtudes del arianismo y a promover la purificación de la raza dominante nórdica y la lucha contra las «masas rebaño», las razas oscuras y los judíos.

Como Steiner, List acusó la influencia de los escritos de *Madame Blavatsky* y, como Steiner también, creía que la cultura alemana tenía una misión histórica que le habían encomendado antiguas fuerzas míticas. List creía haber encontrado la verdad gracias a sus estudios de las runas germánicas, cuya interpretación, sostenía él, revelaba los secretos del universo, en especial la grandeza histórica de los arios tal como la simbolizaba la más potente de las runas, la esvástica. Según List, el cristianismo había estrangulado el espíritu humano alienándolo de lo extático y lo sensual, de la auténtica espiritualidad, y la respuesta a las limitaciones de la época estaba en el retorno a una forma más antigua de espiritualidad —en su caso, lo que para él era una religión aria y germánica—. En sus escritos se oyen ecos de otros críticos de la modernidad. List pensaba que el cristianismo destruiría «la noble raza de héroes», la germana,

... y produciría un pueblo de esclavos que descendería al nivel de los negros australianos con sus aburridos ritos chamánicos [...] Puesto que la gente de nuestra época, pese a estar atrapada en un sistema religioso que niega la fuerza vital, no puede negar las leyes naturales primigenias, se ha desarrollado una moral retorcida que ha extendido *sobre hechos ocultos la apariencia hipercrítica de la realidad, enseñando, en cambio, todos esos fenómenos enfermos de la vida moderna que empiezan a repugnarnos por su vacuidad y putrefacción.*[47]

List sostenía que la modernidad, en lugar de descubrir el principio de la reproducción selectiva, lo había perdido. El objetivo de todos los alemanes biempensantes tenía que ser reclamar la base nacional y racial de su cultura tal como se expresaba en la mitología germánica, pero ese proyecto tenía un potente adversario: «Los judíos de hoy —¡esos pobres granujas, y ya sabemos por qué!— son internacionales de nacimiento y son, por lo tanto, desde el principio, “enemigos decididos” de todo intento de fundar una cultura en suelo nacional.»[48]

En la grandiosa visión de List, los miembros de las «razas inferiores» no tendrían derechos de ciudadanía, y se les impediría poseer tierras o comercios y recibir educación superior. Todo eso ayudaría a los arios a volver a surgir de entre las sombras y a ocupar el lugar histórico que durante tanto tiempo les había negado una conspiración de judíos, masones y clérigos católicos. Entonces, y sólo entonces, los alemanes de sangre pura y ancestros sin mancha podrían elevarse «hacia las antiguas alturas del heroísmo germánico de pura sangre, hacia el Santo Grial, hacia el ario-germanismo».[49] Como sello místico de su búsqueda, List utilizaba un antiguo símbolo germánico e indio, la esvástica. Por lo tanto, no es de extrañar que el joven Hitler fuese uno de sus más fervientes lectores.

Si en las fotografías a List le gustaba aparecer como un profeta estilizado, con barba y boina de terciopelo, uno de sus discípulos, el barón Johann Lancz de Liebenfels, antisemita histórico, un sacerdote al que la Iglesia había excluido de su seno, prefería la capa pseudomedieval de caballero de la Cruz de Malta, un atuendo que no pegaba nada con su calva y las gafas con montura metálica. Liebenfels, que trabajó en la división entre la herencia

científica y el misticismo maniqueo, afirmó que en el antiguo imperio babilónico la raza superior aria había cometido actos de bestialismo con una especie animal extinta, similar a los pigmeos, que llevaba el mal en su interior, y que a ese pecado se debía que hubiesen aparecido en el mundo las razas que no eran nórdicas y rubias. En un libro publicado en 1905 con el extravagante título *Theozoologie oder die Kunde von den Sodoms-Äfflingen und dem Götter-Elektron* («Teozoología, o sobre los pequeños monos de Sodoma y los electrones de los dioses»), Liebenfels sostenía que los hombres superiores estaban contaminados en diverso grado por el animalismo y la maldad primitivos, aún vivos en las distintas razas como sentimientos apenas comprendidos:

Así como cada ario siente una repulsión insoportable al ver la jeta distorsionada de un mongol o el semblante grotesco de un negro [...] los ojos de cualquier miembro de una raza inferior se encienden con un odio cruel y antiguo al ver un rostro pálido. Uno siente su propia superioridad y reconoce sus orígenes divinos, y el otro aún conserva en estado indómito y salvaje los sentimientos que en esos momentos despiertan como herencia de un pasado remoto.[50]

Esa visión del mundo gnóstica, la eterna lucha del bien contra el mal, también estaba condimentada con las «pruebas» que ofrecían descubrimientos científicos recientes como la radiactividad, los rayos X y los fenómenos eléctricos.

Con todo, ese pensamiento racista tan brutal no era dominio exclusivo de los excéntricos místicos. Hugo Ribbert (1855-1920), prestigioso patólogo alemán que ocupó sucesivas cátedras en grandes universidades, afirmó: «El

hombre completamente sano en todos los aspectos sencillamente no puede actuar mal o perversamente; sus acciones son necesariamente buenas, es decir, correctamente adaptadas a la evolución de la especie humana y en armonía con el cosmos.»[51] Bartholomaeus von Carneri, filósofo y miembro del Parlamento vienés, amigo personal de Ernst Haeckel, afirmó: «Tribus humanas enteras están por debajo de los animales [...] la actividad mental del elefante, del caballo y del perro [está] mucho más desarrollada que la de la especie humana más baja.»[52] Tales afirmaciones, procedentes de altos representantes de los círculos científicos y literarios, eran frecuentes y numerosas, mientras que, en los márgenes de la respetabilidad académica, personajes como Otto Weininger y Houston Stewart Chamberlain atraían a enormes masas de lectores con sus éxitos de ventas pseudocientíficos y de inspiración racista.

En la intersección del catolicismo y los conflictos étnicos, Austria-Hungría fue la cuna de una particular mística de las ideas racistas que luego pasaron a ser un elemento permanente del debate en todo Occidente. Maurice Barres en Francia, Francis Galton en Gran Bretaña, y pensadores rusos eslavófilos como Vladímir Soloviev, eran tan racistas como sus homólogos alemanes y austrohúngaros, pero su pensamiento racial se articulaba en líneas diferentes según las culturas nacionales sujetas a debate.

No obstante, los pilares intelectuales del pensamiento eugenésico y racista se correspondían con ciertas preocupaciones generales de la época. La aceptación de los modelos religiosos tradicionales declinaba (recuérdese la separación entre la Iglesia y el Estado en 1905), y la ciencia reemplazaba cada vez más a la religión como paradigma

necesario para la comprensión del mundo. Al mismo tiempo, la banalidad y el anonimato de la vida en una sociedad urbana y de consumo creaban la necesidad de nuevos modelos que dieran respuesta al cambio y la aniquilación de viejas certezas. Cualquier teoría que pretendiese ofrecer una solución a la degeneración de la vida moderna tenía que emplear el vocabulario de la ciencia, explicar la vida remitiendo a mecanismos evolucionistas e, incluso, a la electricidad. Al mismo tiempo, tenía que abordar lo que para la gente quizá era la alteración más profunda a nivel personal: el cambio en la relación entre hombres y mujeres, entre los papeles sociales masculino y femenino. El pensamiento darwinista y las teorías de la herencia eran vehículos ideales para ello, pues ponían los roles y los mecanismos sexuales en el centro de la historia humana.

Gracias a Darwin, el mundo, sus males y sus objetivos podían explicarse en relación con el sexo. El impacto nivelador de una cultura democratizada de la enseñanza y el entretenimiento, así como el ascenso del socialismo, tuvo su contrapartida en la amenaza de las «razas inferiores» que invadían una cultura superior que se postulaba originalmente europea. La reivindicación de los derechos humanos universales y el movimiento pacifista de Bertha von Suttner se podían atacar alegando una lucha por la supervivencia que no era un mero constructo cultural, sino parte de un orden darwinista y natural. Cambiar las normas morales podía demonizarse «científicamente» aludiendo a la degeneración de la pureza racial; el individualismo se podía rechazar anteponiendo las necesidades y el futuro de la especie a la felicidad personal. Al fin y al cabo, todo era ciencia: hechos objetivos imposibles de refutar con sentimientos o preocupaciones más triviales. En mundo

desencantado, los teóricos de la eugenesia y de la raza aspiraban a quitarles, a todos aquellos a los que despreciaban, hasta el más alto de todos los derechos humanos: el derecho a la vida.

XIV. 1913: EL CRIMEN DE WAGNER

Hoy la humanidad ve que su evolución acelera con demasiada furia, del mismo modo en que todo lo que cae en el abismo lo hace cada vez más rápido.

PIERRE LOTI, *Quelques aspects du vertige mondial*

Cómo odio al hombre que habla de la «creación bruta» haciendo un feo hincapié en bruta. Sólo los cristianos son capaces de hacerlo. En lo que a mí respecta, estoy orgulloso de mi estrecho parentesco con otros animales. Siento envidia y orgullo por mis antepasados simios. Me gusta pensar que una vez fui un magnífico individuo peludo que vivía en las copas de los árboles y que, atravesando las edades geológicas, mi cuerpo ha llegado hasta aquí tras pasar por las medusas, los gusanos, los *amphioxus*, los peces, los dinosaurios y los monos. ¿Quién

los cambiaría por esa pareja pálida que habitó el Jardín del Edén?

W.N.P. BARBELLION, *Diario*, 22 de julio de 1910

El cuatro de septiembre de 1913, Ernst August Wagner, escritor en ciernes y concienzudo director de una escuela elemental de provincias en Suabia, en el sur de Alemania, despertó a primera hora de la mañana, se levantó, cogió una porra y un cuchillo y mató a su esposa y sus cuatro hijos. Después, montó en su bicicleta y se dirigió a una estación de ferrocarril cercana, sin olvidarse de encargar antes un litro y medio de leche para el día siguiente. Visitó a la familia de su hermano y se bebió muy a gusto una jarra de cerveza con su cuñada. Uno de sus sobrinos le enseñó la conejera nueva. Después de alejarse en bicicleta una distancia considerable, y de enviar algunas cartas, a eso de las once de la noche Wagner llegó a Mühlhausen, la pequeña ciudad donde unos años antes había ejercido la docencia. Allí incendió cuatro casas, sacó dos pistolas Mauser de su bolso de viaje y disparó a todos los hombres que en ese momento estaban en la calle, matando a ocho e hiriendo a otros doce antes de que lo redujeran un agente de policía y varios hombres del lugar. En la pelea cayó herido de gravedad, y lo dieron por muerto. Cuando la policía advirtió que seguía con vida, arrestó al asesino, que recobró el conocimiento y se negó a declarar.

Antes de lanzarse a ese sanguinario frenesí, a efectos prácticos Ernst Wagner era un ciudadano corriente, ejemplar incluso, el protagonista de una típica historia de éxito alemana. Nacido en 1874 en el seno de una familia de campesinos pobres, fue uno entre doce hermanos, pero él, un niño alegre y vivaz, logró terminar la escuela de formación del profesorado y luego ocupar una serie de

ayudantías, lo cual le permitió ascender y llegar a profesor auxiliar en un buen colegio de provincias a la edad de veintisiete años. Escribía poesía y había hecho sus pinitos en el drama histórico. En 1903 se casó con la hija de un posadero de buena posición. Ya era profesor titular con plaza fija, un padre de familia responsable y miembro apreciado de su comunidad.

Sin embargo, la historia de su vida puede narrarse de un modo muy diferente. Había perdido al padre cuando tenía dos años, y la madre no fue capaz de mantener a flote a una prole numerosa y hambrienta. La mujer luchó por sacar adelante una tienda modesta, pero fracasó y buscó refugio en los brazos de varios hombres, volvió a casarse y se divorció. Su hijo Ernst, un niño sensible, fue testigo de todo eso, lo cual le provocó una fuerte ambivalencia respecto de las mujeres, la confianza y el sexo. En su primera juventud sospechaba de todo y de todos. Incapaz de trabajar a consecuencia de una seria «excitabilidad nerviosa», se pasó seis meses viajando por Suiza, donde intentó desesperadamente recobrar la calma y las ganas de vivir.

Pero volvió como se había marchado, desconfiado, arrogante, irritable. Ser profesor ayudante era para él una humillación; abrumado por el deseo carnal y cierto asco por su propia persona, descargaba sus impulsos sexuales en animales de granja. Y devoraba libros, todo lo que caía en sus manos. Vivía, pues, en un mundo de ensoñaciones; sólo lo relajaban unas cervezas en la taberna del pueblo. El alcohol hacía de él un joven tan cordial que hasta dejó embarazada a una de las hijas del tabernero. Lo castigaron trasladándolo a una escuela más pequeña. Cuando llegó a director, se sintió obligado a casarse con la joven que llevaba un hijo suyo en el vientre, y a la que, no obstante,

despreciaba igual que despreciaba a sus colegas, a sus alumnos y a todo el mundo. Para escapar de la pesadez de enseñar el abecé a hijos de campesinos, empezó a leer más que antes; de hecho, leía tanto que gastaba en libros una cuarta parte de sus ingresos anuales. Después de los crímenes la policía encontró en su casa una colección de cientos de títulos, desde autores de la antigua Grecia, Shakespeare y clásicos alemanes hasta obras de Maksim Gorki, Ernst Haeckel, Hendrik Ibsen y Friedrich Nietzsche. Él mismo había escrito algunas obras de teatro sobre temas bíblicos y la vida de Nerón. Como no pudo encontrar quién se las editara, había pagado una edición de su propio bolsillo, pues estaba convencido de que se merecía un destino mucho más brillante.

A esas alturas todos conocían ya al joven profesor por su nerviosismo y su megalomanía. En la taberna lo oyeron gritar: «¿Goethe? ¿Schiller? ¡Yo soy el más grande de todos los dramaturgos alemanes!»[1] Gastaba ropa extravagante y zapatos amarillos. En una región famosa por el carácter trabajador, pero provinciano, de sus habitantes, Wagner, hombre del lugar, insistía en hablar alto alemán en lugar del dialecto suabo. Nadie de su entorno lo sabía, pero él siempre llevaba encima un revólver. Estaba convencido de que la gente se burlaba de él a sus espaldas, de que lo ridiculizaba, que tramaba algo para hacerle daño. Se pasó años planeando los asesinatos; compró con mucha cautela armas y municiones, practicó tiro en el bosque, inspeccionó los lugares y planeó cada uno de los pasos que daría ese día decisivo. Hasta que, a principios de septiembre, cuando ya casi habían terminado las vacaciones de verano, puso manos a la obra como si esperase volver a dar clases unos días después.

Ese sensacional asesinato de trece personas salió en la primera plana de los grandes periódicos alemanes y del extranjero. Para *Paris Midi* fue una ocasión maravillosa para atacar al eterno enemigo de Francia: «La vida no es un asunto agradable. Si a eso se le añade la desgracia de nacer alemán, podría decirse que es algo terrible [...] ¿Está loco ese hombre? ¿Qué importancia tiene eso si es un monstruo? ¡Matadlo! Sería demasiado honor hablar de él aunque sólo fuera dos días.»[2] Los periódicos de toda Europa comentaron la noticia, informaron, bramaron y especularon, y no poco (los atajos intelectuales del periodismo no han cambiado mucho desde entonces) sobre las semejanzas entre el profesor y otro Wagner alemán, el gran compositor de fantasías apocalípticas.

El asesino ya estaba ingresado en un hospital psiquiátrico, donde lo examinó el eminente especialista Roben Gaupp, de la Universidad de Tubinga, que se asombró mucho al ver el aspecto y los modales del paciente: «Había esperado encontrarme a un hombre temible y violento, de una brutalidad animal; de ahí que tomase precauciones especiales [...] [Pero] cuando lo hicieron entrar en mi consulta me di cuenta al instante de que me había manejado con hipótesis absolutamente falsas. Frente a mí tenía a un hombre serio, encorvado por la tristeza, muy digno, amable, dispuesto a avenirse a todo, un hombre culto en todos los aspectos de su conducta.»[3] Gaupp era el encargado de decidir si Wagner se enfrentaba o no a la pena de muerte, y el informe del psiquiatra dejó claro que no se lo podía considerar responsable de sus actos. Así, el caso contra Wagner se cerró y a él lo encerraron en el manicomio de Winnetal.

Aun siendo un paranoico peligroso, Wagner sabía expresarse muy bien, lo cual nos permite, incluso hoy, comprender mejor sus motivos. Entre las cartas que envió la tarde de ese sangriento cuatro de septiembre, en tres justificaba sus actos. Aparte de sus obras, también había escrito una extensa autobiografía, en la que revelaba que su plan original era más ambicioso de lo que pareció en el momento. Lo que él en realidad habría querido era matar a todos los hombres de Mühlbach; después, a la familia de su hermano («Seré el ángel de la muerte en su casa, el ángel de la piedad»), y viajar a la cercana ciudad de Ludwigsburg en un tren secuestrado: «Yo mato. Entro en el castillo. Mato. Quemo y me quemo [...] Y puedo quemarme en la cama de la duquesa. Por eso deseé que la duquesa fuera joven.»[4]

Pero ¿qué lo forzó a llevar el apocalipsis hasta el corazón de la Suabia rural? Las cartas y la autobiografía arrojan luz sobre sus motivos y pintan el cuadro de un hijo de la época en el peor y más triste de los sentidos. Una de las cartas que envió el día de los asesinatos iba dirigida a «Mi gente»:

Hay demasiada, demasiada gente [en el mundo]. A la mitad habría que matarla a palos ahora mismo. No vale la pena alimentarla porque tiene el cuerpo enfermo. De todas las creaciones del hombre, el hombre mismo es la peor. Si no me detuviera mi propio y lastimoso pergeño, os diría lo mucho que me repugnan estos seres feos, raquícos, enfermizos.

¿De dónde viene toda esa miseria? Creo que nadie puede decíroslo mejor que yo. Viene de la sexualidad contra natura. La generación de hoy sufre de sexo.[5]

Según Wagner, asesinar a su familia había sido un acto necesario para protegerla de quienes lo perseguirían a él, un acto piadoso con sus hijos, unos inocentes que de otro modo

caerían en manos de quienes lo torturarían a él. En cuanto a los hombres de Mühlbach, había querido vengarse de la humillación y la vergüenza que para él había significado que lo obligasen a casarse con una muchacha a la que no quería, y que lo trasladasen a una escuela de pueblo. Terminaba la carta con estas palabras: «Para concluir me tomo la libertad de proveer por mí mismo con bondad y dictar el siguiente juicio sobre mi persona: Si quito de mi vida lo sexual, soy, con mucho, el mejor de todos los seres humanos que conozco.»[6]

¿Qué era eso «sexual» que tenía que quitar de su vida para demostrar su pureza moral? Wagner lo explica así en sus memorias:

Para ir directamente a la confesión diré lo siguiente: soy sodomita. Por suerte he podido decirlo, pero no quiero hablar mucho más del asunto; vuestra lascivia no se merece ni un minuto de autodesprecio. El desprecio que me tengo a mí mismo y la pesadumbre me han envejecido, y sólo tengo treinta y cuatro años. Exactamente treinta y cuatro años he sufrido. Os ruego que bajéis al Nazareno de la cruz y me clavéis en ella, soy el sufrimiento hecho carne. Sí, si pienso en el Cordero sacrificado en el Gólgota, sólo puedo sonreír.[7]

No es de extrañar, pues, que el doctor Gaupp se concentrase de inmediato en ese aspecto de la personalidad del paciente. ¿Era homosexual Wagner? ¿Era cierto que había cometido bestialismo en reiteradas ocasiones? Su búsqueda de una verdad incontrovertible no arrojó ningún resultado. La gente del pueblo no dijo nada. Sólo una antigua criada declaró que a veces había visto muy sucias las botas de Wagner, «como si hubiera pisado boñigos», y que en una

ocasión había encontrado unos pelos cortos y rojos, como de vaca, en la pechera de la chaqueta. Para el psiquiatra, eso fue suficiente para llegar a la conclusión de que Wagner, de un modo subconsciente, quería castigar a su madre: «Así eres de sucia, como un animal. Así es la sexualidad, profundamente sucia, pringosa [...] Esto es lo que tú, madre, haces con los hombres ahora que mi padre ya no vive.»[8]

Fuera o no acertado el diagnóstico, lo cierto es que los escritos de Wagner que han sobrevivido, una colección de aforismos que pasan del sermón enfurecido a unas observaciones muy pertinentes, están impregnados por la repugnancia que le producía su propio deseo sexual: «Este dolor nervioso [es decir, la neurastenia] no es culpa del alcohol, ni de los engranajes de la gran ciudad, ni siquiera de las prisas o las preocupaciones de la vida activa; la causa principal es el vicio sexual, la degeneración sexual de cualquier clase.»[9] Wagner vivía obsesionado por sus impulsos, y tan asqueado por ellos, que no podía siquiera ponerlos por escrito: «Todo en mí es deseo y concupiscencia»; «la desviación [el bestialismo] [...] no ha pasado por mí sin dejar huella. Y tampoco lo otro, el onanismo. Soy de natural demasiado débil y mi conciencia no soporta nada.» «Yo mismo me sorprendo. Yo, que he hecho bastantes asquerosidades, me avergüenzo tanto al pensar en eso, que soy incapaz de analizarlo siquiera un poco.»[10] Su deseo era una enfermedad que lo pudría por dentro: «Soy culpable de mi propia enfermedad. Estoy muy enfermo, lo he estado durante diecisiete años [es decir, desde que tenía catorce], enfermo más allá de toda curación posible. Sin embargo, parece que mi enfermedad no es mortal. Tengo que fomentarla; de lo contrario jamás terminará conmigo.»[11]

Cuando no se entregaba a semejantes manifestaciones de repugnancia por su persona, se lanzaba a una fantasía de escenarios catastróficos de venganza y derramamiento de sangre. En sus sueños era un emperador romano («Sin duda yo habría hecho historia»), y también un monstruo cósmico:

Me gustaría ser un gigante alto y fuerte como la masa del universo. Cogería una estaca ardiente y la clavaría en la tierra. Y la clavaría para que llegase de un polo al otro, de la cabeza a los pies de la tierra. Le abriría la barriga al ecuador, exprimiría el cuerpo perforado de la tierra, de todos los agujeros saldrían torrentes de lava aunque me quemara las manos [...] ¿No me oyes, viejo Jehová? ¿Te he magnificado en vano? ¿No oyes cómo ríe la prole de los filisteos? Haz que los cabellos de mi fuerza crezcan hasta que sean iguales a la cola del cometa más largo... [12]

Las crudas imágenes sexuales de este pasaje son típicas de los escritos de Wagner. Al fin y al cabo, Eros estaba en todo («Casi olvidé que hasta la electricidad es sexual, y que sus elementos crean conexiones»),[13] y todo estaba enfermo. «Se impone en todas partes una amplia reforma de la humanidad [...] Igual que se derriban las casas y las calles en ruinas de las viejas ciudades [...] Sé reconocer muy bien todo lo enfermo y todo lo débil. Nombradme ejecutor y no se escapará ni un bacilo. Puedo llevar en la conciencia a veinticinco millones de alemanes sin por eso pesar un gramo más que antes.»[14] «¡Piedad! He leído a Nietzsche, por supuesto, y lo he leído con el placer que un sibarita intelectual siente al enfrentarse a un texto semejante [...] la piedad para con los débiles, los enfermos y los lisiados es un crimen y, por encima de todo, un crimen contra aquellos que se compadecen de sí mismos.»[15]

Wagner no era tan ciego a sus propios defectos como para excluirse de esa acusación universal. «Ocupo el primer lugar de mi propia lista [de proscritos]», escribió muy tranquilo, y añadió que pensaba llevarse con él a «toda la caballería neurasténica con la insignia de la calavera». En sus momentos más serenos era incluso un excelente analista de su difícil situación: «La sensación de impotencia genera palabras intensas, y los mejores toques para anunciar el ataque salen de un cuerno llamado paranoia.»[16] Sin embargo, ciertos pensamientos aún más oscuros volvieron a empañar su cerebro, aunque él mismo los sentía como algo diametralmente opuesto: «Cada vez entiendo mejor el misterio del sacrificio de sangre; limpia y “nos hace libres de todo pecado”. El asesinato parece una especie de culto, pero no un siervo de la insania, sino en el templo de la razón.»

Wagner, el director de escuela, vivió aún veinticinco años encerrado en el manicomio de Winnetal, donde escribió un drama titulado *Wahn* («Locura») sobre los delirios del trágico Luis II de Baviera; también mantuvo una correspondencia constante con su psiquiatra, en quien confiaba y al que consideraba un amigo. En los últimos años pareció completamente curado y declaró estar horrorizado por lo que había hecho. Después de quitarse el mostacho de funcionario insignificante, tenía el aspecto de un hombre bonachón, más parecido a un cura de pueblo que al autor de una matanza.

El juez invertido

La demencia ofrece un espejo deformante de la época. Los elementos individuales se ven borrosos, grotescos y desproporcionados, y otros parecen difuminarse por

completo. En el caso de Ernst Wagner, la angustia sexual y una intensa sensación de odio a sí mismo aparecían disfrazados con todos los trajes que su tiempo podía ofrecer: la «eliminación» eugenésica de los débiles y los enfermos; el culto pseudonietzscheano del poder; una concepción sexual del universo científico (la electricidad con sus polos positivo y negativo, masculino y femenino; Wagner también se refirió a las mujeres como «personas negativas»); el diagnóstico de la neurastenia y la degeneración (los dos *leitmotiv* de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial) como efectos de un deseo carnal descontrolado e incontrolable. Al margen de lo que él planificara, todo terminaba siendo sexual, un reflejo del odio a sí mismo y de su sensación de deficiencia en cuanto ser sexual. La violenta megalomanía que engendraba esa repugnancia se explicaba mejor en palabras del propio paciente: «La sensación de impotencia genera palabras intensas.»

Otras memorias de un paciente psiquiátrico, un hombre a la vez diferente del asesino Wagner y, no obstante, muy parecido a él, convirtieron a su autor en objeto del caso quizá más célebre de la Alemania anterior a la Gran Guerra. Daniel Paul Schreber (1842-1911) era un hombre culto que sabía expresar muy bien sus ideas, un triunfador, un pilar de la sociedad. Hijo de un prestigioso pediatra, Schreber estudió Derecho y en 1893, siendo todavía relativamente joven, llegó a presidente del Tribunal de Apelación de Leipzig. Nueve años antes, cuando se presentó sin éxito como candidato al Parlamento, Schreber ya había tenido una crisis nerviosa; pero ahora, con un nuevo puesto de gran responsabilidad que lo obligaba a trabajar aún más para poder demostrar su valía, los problemas nerviosos regresaron en un caso típico de neurastenia profesional. No podía dormir y empezó a

tener alucinaciones. Poco después lo ingresaron en un psiquiátrico, y allí empezó el verdadero martirio.

Privado de visitas y de contactos con el exterior, el juez no tardó en comenzar a vivir en un mundo privado de seres sobrenaturales, mensajes susurrados, visiones y estados intermitentes de intensa excitación sexual. Bajo tutela judicial lo trasladaron a otro hospital y pareció mejorar un poco, hasta tal punto que Schreber pidió que lo dejaran salir, para lo cual dirigió extensas peticiones por escrito a los tribunales pertinentes. También comenzó a escribir un relato detallado de sus creencias, sus sufrimientos y su visión del mundo, inicialmente sólo para que su mujer comprendiera qué le ocurría, pero después también pensando en publicarlo. Tras una larga batalla, un nuevo juez oyó su caso y decidió que, si bien la visión del mundo de Schreber era lo bastante excéntrica como para considerarlo un demente, todo el mundo tenía derecho a su locura privada. A Schreber no se lo consideró una amenaza ni para él mismo ni para los demás y, como era de esperar, le permitieron salir. En 1903 consiguió publicar sus memorias, tituladas *Sucesos memorables de un enfermo de los nervios*.

Las revelaciones de Schreber son tanto más fascinantes en cuanto que representan el intento de un hombre racional y meticuloso de analizar las alucinaciones y sensaciones que, como él se daba cuenta, se veían como síntomas de enfermedad, pero que le parecían absolutamente reales y sensatas. En veintidós lúcidos capítulos con abundantes notas al pie, apéndices y referencias cruzadas, y juiciosamente sazonados con citas en francés y latín, el juez trató de ordenar su universo interior y explicar al mundo que Dios lo había elegido para que desempeñara un papel clave en la salvación del mundo, hasta tal punto que el

tiempo y otros acontecimientos externos acusaban su influencia o los enviaba Dios como una señal dirigida a él: «Mientras escribo esto soy plenamente consciente de que otras personas podrían verse tentadas a tomar mis escritos como productos de una imaginación enferma; pues sé muy bien que entre los dementes es frecuente la tendencia a ver todo en relación a uno mismo. [...] Sin embargo, en este caso es sencillamente al revés», [17] comentó con sequedad mientras explicaba los hechos más destacados.

Según Schreber, el alma humana reside en los nervios, y es a través de ellos como cualquier ser humano (de hecho, cualquier ser) se comunica con Dios, la forma de energía nerviosa más pura y más intensa. Una vida pura hace que los nervios sean blancos y radiantes; una vida impura los ennegrece y finalmente los mata. En la tierra, ese fenómeno se manifiesta por un aumento del nerviosismo general y de la degeneración moral, que finalmente se vuelve un peligro para los propios territorios divinos. Una vez que la mayoría de la humanidad ha degenerado, cuando ya se le han ennegrecido los nervios, Dios no tiene más remedio que provocar una catástrofe y volver a comenzar con un puñado de elegidos, individuos puros.

El segundo y decisivo brote de locura apareció una mañana cuando, aún en la cama, a Schreber lo invadió de repente «la idea de que realmente debía de ser muy hermoso ser una mujer sometida al acto carnal». [18] La idea no lo abandonó. Schreber creía que, en el nuevo comienzo del mundo, estaba destinado a ser una mujer a la que Dios dejaría embarazada y que daría a luz a una nueva humanidad. Preparándose para el acontecimiento, el proceso de emasculación (*Entmannung*) ya había comenzado por medio de rayos de energía nerviosa divina. En la cama,

Schreber sentía oleadas de «deseo femenino» que le recorrían el cuerpo, sentía que los genitales le desaparecían, que se le hinchaban los pechos y el cuerpo mismo se le encogía hasta tener la estatura de una mujer, un milagro que siempre «cambiaba de sentido» por la mañana a consecuencia de una polución provocada por una energía nerviosa más oscura.

Había, por supuesto, fuerzas más oscuras —y uno de sus emisarios era el médico que lo trataba—, y había también seres ilusorios enviados para que lo desconcertaran, principalmente los *flüchtig hingemachte Männer* y los *kleine Männer* (los «hombres hechos a toda prisa» y los «hombrecitos»), que no eran sino espíritus efímeros con cuerpo, los primeros aparentemente de tamaño normal, los segundos de apenas unos milímetros de altura. Entre otras adversidades traumáticas de ese combate épico por un nuevo mundo estaban el hecho de que pacientes y celadores lo utilizaran «como a una puta», unas voces burlonas que lo llamaban «señorita Schreber» y experimentar el conflicto entre su propia voluptuosa feminidad y la repugnancia de su orgullo masculino contra el avance de la emasculación.

Cuando le permitieron salir de la clínica, Schreber lo hizo convencido de que estaba convirtiéndose en una mujer. Por lo tanto, usar ropa de mujer no era más que una manera sensata de ensayar su futuro papel. «Desde ese día he cuidado a conciencia mi feminidad, y seguiré haciéndolo en la medida en que la consideración que debo a mi entorno lo permita; que los demás, a quienes las razones trascendentales les resultan oscuras, piensen lo que quieran. Me gustaría ver al hombre que, enfrentado a la elección de ser un estúpido con aspecto masculino o una mujer brillante, no preferiría lo segundo. Sin embargo, esa, y sólo esa, es la

cuestión.»[19] Tras varios años de vivir tranquilamente en casa, el ex presidente Schreber sufrió un derrame cerebral y se pasó el resto de sus tristes y angustiados meses de vida en otro hospital psiquiátrico. Murió en 1911.

Se ha escrito mucho acerca del caso Schreber; el año de la muerte del presidente Schreber, Sigmund Freud publicó un ensayo en el que afirmaba que el desesperado deseo de Schreber de ser amado por un padre imponente (a quien, según Freud, Schreber equiparaba con Dios) resultó en ese intento de convertirse en mujer para que el padre lo amara en el sentido más literal de la palabra. Es probable que Freud tuviera razón al suponer que la relación con un padre autoritario desempeñara un papel en la enfermedad de Schreber, pero el análisis parece demasiado fluido y simplista. Hay rastros de malos tratos en las alucinaciones de Schreber —uno de los fenómenos que experimentó, el «milagro de la constricción del pecho», durante el cual sentía que una fuerza externa le aplastaba la caja torácica, es un inquietante recuerdo de una experiencia infantil.

Schreber padre era un educador que creía fanáticamente en la necesidad de disciplinar a los niños y controlar su «carácter incivilizado», y esa fue la influencia más abrumadora en la educación de sus propios hijos. «Un niño nunca debe pensar que su voluntad puede prevalecer», escribió Moritz Schreber. En libros como el muy popular *Der Hausfreund als Erzieher und Führer zu Familienglück und Menschenveredelung* («El amigo de la casa como educador y guía hacia la felicidad familiar y el ennoblecimiento de los hombres», 1861), defendía el uso de aparatos «correctivos» para mejorar la postura física y el comportamiento de los niños: correas para atarlos a la cama, cintas para el mentón y aparatos para enderezar la espalda. Todo, por supuesto, se

hacía por el propio bien de los niños. El libro recuerda el martirio infantil de Guillermo II, con aparatos mecánicos, cadáveres de animales e interminables clases de equitación con la intención de fortalecer al niño enfermizo y hacerle crecer el brazo atrofiado.

Moritz Schreber no fue sólo el gran tirano de la infancia de su hijo Daniel. También se lo veneraba como científico y sabio, fundador de un instituto médico, autor prolífico y pionero de un movimiento que fomentaba la horticultura en parcelas cultivables por hijos de trabajadores (los *Schrebergärten*). La influencia de un padre cruel y dominante fue sin duda un elemento clave en la enfermedad de Daniel (su hermano se suicidó antes de cumplir cuarenta años), pero al parecer hubo otra causa importante, relacionada con la figura paterna, represora y severa como Dios. Daniel Schreber, como Ernst Wagner, vivía obsesionado por su propia ineptitud sexual. Él y su mujer no habían tenido hijos, lo cual era causa de una tristeza constante y dominante en su vida. Algunos pasajes de sus memorias apuntan a una posible impotencia.

Su mundo, como el del asesino Wagner, era un mundo sexual, aunque bajo diferentes auspicios. Mientras que Wagner alucinaba con una masculinidad todopoderosa, con ser un César y un gigante cósmico que penetraba al planeta tierra (la diosa Gea de la mitología griega, como seguramente él sabía), y con matar a todos los débiles y enfermos, incluido al lamentable hombre que él mismo era, Schreber fue en la dirección opuesta. Incapaz de cargar con su papel de hombre y con las responsabilidades sociales y profesionales que conllevaba —sus dos crisis las provocaron el exceso de trabajo y las expectativas externas, una vez como futuro miembro del Parlamento, la otra como

presidente del Tribunal de Apelación—, se había retirado en algo que él concebía como la identidad más auténtica y sencilla: un cuerpo de mujer.

En general, los hombres que aparecen en los escritos de Schreber no son muy imponentes. Los «hombres hechos a toda prisa» que se le aparecían en las salas del hospital y luego en la calle, eran poco más que una señal que indicaba que los hombres mismos eran efímeros, propensos a disolverse en aire, producto de figuraciones (femeninas). En una época de cambios en los modelos de referencia y, por lo tanto, de identidades masculinas cambiantes, Schreber no creía que él y otros pudieran sobrevivir como hombres. Transformarse en mujer parecía la solución obvia.

Hay más semejanzas entre el director de escuela asesino y el afable juez. Los dos justificaron sus imaginaciones con argumentos científicos, y los dos creyeron que el fin del mundo era el resultado de dos males gemelos: el nerviosismo y la degeneración moral. Los nervios fueron el concepto central de la teología de Schreber, y fundamentales para el debate público más amplio y el pensamiento científico sobre los efectos de la vida moderna. La neurastenia era una enfermedad que afectaba de un modo desproporcionado no sólo a los trabajadores técnicos, como maquinistas y telefonistas, sino también a profesionales de clase media como Schreber. En la misma vena, otros informes redactados por pacientes revelaban que la abrumadora cuestión de la angustia sexual y las «desviaciones» (masturbación, homosexualidad) eran factores clave de los trastornos de muchos enfermos. Desde los convalecientes de *La montaña mágica* a las sufragistas con sus manifestaciones callejeras, el sexo y el «nerviosismo» siempre estaban ahí, justo debajo de la superficie.

La influencia de la máquina

Dos hombres, dos profesionales alemanes, son una muestra representativa de la demencia y sus delirios alrededor de 1910. Pero ¿qué imaginaba una mujer cuando se trastornaba mentalmente? Al menos una respuesta la da el caso de Natalija A., estudiante rusa de filosofía y paciente del psiquiatra freudiano Victor Tausk. En sus alucinaciones se revela otra faceta de la época: la tendencia, quizá, a abrigar ideas masculinas de omnipotencia o impotencia total. El doctor Tausk escribió:

[La paciente] afirma que lleva seis años y medio bajo la influencia de una máquina eléctrica fabricada en Berlín. [...] La máquina tiene forma de cuerpo humano, de hecho, la forma del cuerpo de la paciente, aunque no en todos los detalles [...] El tronco tiene forma de tapa, se asemeja a la tapa de un ataúd y está forrada de seda o terciopelo. [...] Ella no puede ver la cabeza, dice que no está segura de cómo es y que no sabe si la máquina lleva su propia cabeza. [...] Lo más extraordinario de esa máquina es que alguien la manipula de una manera determinada y que todo lo que le ocurre a la máquina también le ocurre a la paciente [...] En una fase anterior, la manipulación de los genitales de la máquina producían en ella sensaciones sexuales.[20]

Aunque pueda ser arriesgado extrapolar un estado general a partir de un solo caso, el ejemplo de Natalija A. presenta, no obstante, rasgos discernibles en otros escritos de mujeres, como las memorias de infancia de Lida Gustava Heymann citadas anteriormente. Son numerosos los escritos autobiográficos de jóvenes que se sentían encerradas, como

enterradas vivas, controladas por fuerzas externas y contrariadas por ese control. En la mente de A., esa sensación se ha transformado en una metáfora concreta de la era de la mecanización y el control centralizado: ella está encerrada en una máquina que parece un ataúd, una máquina que alguien manipula desde otra parte; para la joven, cualquier clase de contacto es repugnante, es algo que trastorna las actividades de las que ella es dueña, como pensar, leer o escribir. Mientras que los hombres sentían descontrol, las mujeres como Natalija A. y las primeras feministas sentían que no podían escapar de una coerción sin rostro que dominaba todos los aspectos de su vida.

La gran máquina de las influencias de Natalija A. no era únicamente para ella; de hecho, no era siquiera única para las mujeres. En el entorno controlado y controlador de la ciudad moderna, la manipulación a distancia se había convertido en un hecho más de la vida. Roben Gie, otro enfermo psiquiátrico, dibujó las máquinas que lo controlaban, ofreciendo así una imagen perfecta de su época. En parte dios, en parte emperador y en parte planta industrial, la cabeza central que todo lo controlaba, con sus dientes amenazadores, está adosada a una máquina con regulador, chimenea y depósito. De la boca y la frente salen, como si fuesen cables, las conexiones con los subalternos, retratados con la fuerza arcaica del friso de un templo maya. Los intestinos y las cabezas están controlados por corrientes que al parecer mide una tabla métrica situada a la izquierda. Todas las figuras llevan armas, y se las ve en poses asombrosamente agresivas. Un impulso del mecanismo central bastaría para poner todo en movimiento.

Apaches y otros gamberros

Les aliénés, los alienados, es el término francés para designar a los enfermos mentales. Mientras por todo Occidente emergía una nueva sociedad industrial, una sociedad con mecanismos basados en la competencia profesional (ingenieros, químicos, funcionarios, estadísticos, médicos, abogados), los que no estaban integrados, y tal vez no podían integrarse, en esa nueva comunidad de naciones racional y ordenada, pasaron a ser una preocupación especial. En un momento en que la ciencia parecía prometer, para todos los males y enfermedades, una solución casi al alcance de la humanidad civilizada, los que se quedaban fuera —los locos y los criminales, en particular— no sólo eran molestos, sino que su propia existencia amenazaba la validez y la imagen que la civilización racional tenía de sí misma.

Paralelamente al fenómeno de la neurastenia en Europa y los Estados Unidos, el aumento de los crímenes violentos también se convirtió en una preocupación constante en la imaginación popular. Se decía que el mundo estaba volviéndose un lugar cada vez más peligroso, y los jóvenes delincuentes eran cada año más temerarios y brutales. Las noticias de delitos famosos y sangrientos eran expresión de la fascinación pública por el crimen y la violencia. El *Petit Journal*, un periódico que vendía millones de ejemplares, dedicaba casi el 12 % de su espacio y muchas de sus portadas ilustradas a noticias de asesinatos, atracos y violaciones, y el crimen estaba presente tanto en el sensacionalista *Daily Mail* londinense como en el *Wiener Zeitung* austríaco.

Ninguna historia de bandas y de horror fue más mimada por la prensa popular que las espectaculares correrías de los apaches por las calles de París. Impreciso conglomerado de bandas juveniles rivales, los apaches y sus cabecillas se

hicieron famosos por sus atracos y peleas violentos en el corazón de la capital francesa. «Sus» calles del Marais y de los barrios obreros de la periferia se convirtieron en zonas prohibidas para la policía, y por la noche los apaches parecían dominar todo el territorio urbano. Los jóvenes gángsters alcanzaron la fama en 1902 después de varios sangrientos encontronazos entre grupos enfrentados.

Fue Victor Morís, un periodista, quien los bautizó apaches. La guerra entre dos grupos estalló cuando la hermosa prostituta Marie-Hamélie Hélie cambió de proxeneta y se alió con un joven apodado Leca, jefe de los apaches de Popincourt. Su ex novio, desairado, se embarcó en una campaña de represalias. Los dos clanes se enfrentaron y varios de sus miembros cayeron acuchillados antes de que se pudiera arrestar a los dos cabecillas, sentenciados luego al destierro en Cayena. Sin embargo, para entonces la guerra ya se había convertido en una leyenda urbana. El teatro parisino Les Bouffes du Nord montó un espectáculo de revista que contaba la historia de los apaches y le ofreció el papel principal a la verdadera Marie-Hamélie, que a punto estuvo de interpretarse a sí misma; si no lo hizo fue porque lo prohibió el jefe de la policía alegando razones de moral pública.

Los apaches, los «últimos rebeldes en alzarse contra la disciplina industrial»,[21] empezaron a ser un símbolo de todo lo que en Francia se consideraba peligroso. «Toda Francia está a merced de los apaches», fue un titular del *Journal de Roubaix* en 1907; en 1910, el socialista *L'Humanité* se quejó de que los «apaches son los dueños de las calles. Hieren, brutalizan e insultan a los transeúntes [con total impunidad]». *Le Matin*, periódico de gran tirada, ofreció una solución en un dramático llamamiento a la Madre Guillotina:

«Está profundamente dormida, aletargada... ¡Que despierte! ¡Esta es la ciudad de todos los jurados de Francia, del clamor de las clases populares exasperadas por los últimos crímenes!»[22]

La prensa no tardó nada en crear un folklore apache con todos sus ingredientes y todos los detalles de la vida y el carácter de sus líderes y hasta de sus métodos, como el *coup de père François*, un timo consistente en preguntarle la hora a alguien que pasaba y aprovechar la distracción para registrarle los bolsillos mientras un cómplice que se había aproximado a la víctima por detrás lo estrangulaba con un pañuelo de seda.

En 1910 sustituyó a los apaches originales, al menos en la imaginación pública de los franceses, una nueva banda de París, cuyo líder, Jules Bonnot (1876-1912), pronto alcanzó notoriedad nacional como el criminal más brutal del país. Bonnot, que en algún momento de su accidentada carrera había trabajado de chófer de Arthur Conan Doyle, era perfecto para el papel de enemigo público número uno. Mecánico y anarquista comprometido —robaba coches para usarlos en sus robos espectaculares—, encarnó como nadie los miedos de la población.

Era la primera vez que los automóviles se usaban como vehículos para escapar y disparar, y la reacción de la opinión pública fue extraordinaria. Cuando Bonnot y sus compinches dieron inicio a una orgía de crímenes sin precedentes en la historia francesa, los periódicos del país siguieron cada uno de sus pasos.

21 de diciembre de 1911: un joven mensajero que llevaba un maletín con dinero es atacado y cae gravemente herido en la calle Ordener; 31 de diciembre: sorprendidos mientras intentaban robar un coche, Bonnot y un cómplice asesinan

al chófer y a un guardián nocturno; 3 de enero: dos miembros de la banda matan durante un asalto a un matrimonio acaudalado; 27 de febrero: muere asesinado a tiros un policía tras una discusión por una multa impuesta por acelerar delante de la estación de Saint-Lazare; la mañana siguiente, la banda de Bonnot intenta hacerse con el contenido de una caja fuerte, pero sus miembros se ven obligados a huir; 25 de marzo: la banda ataca y mata a un conductor en la sucursal de la Société Générale de Chantilly, donde antes de huir mataron también a tres empleados.

Esa oleada de crímenes con violencia fue más que suficiente para que la prensa francesa se descontrolara, sobre todo después de que Octave Garnier, miembro de la banda, escribiera muy tranquilamente una carta a *Le Matin* en la que lanzaba un desafío público a la policía: «Sé perfectamente que podréis conmigo y que soy la parte más débil, pero os haré pagar un precio muy alto por vuestra victoria.»[23]

A la banda se le acabó la suerte el veintiocho de abril de 1912. Escondido en una casa de Choisy-le-Roi, cerca de París, Bonnot, herido, y un cómplice, fueron traicionados y terminaron rodeados por quince agentes de policía a los que pronto se sumaron hombres del lugar armados con escopetas de caza. Tras seguir a los delincuentes durante más seis meses, el director general de la policía, Louis Lépine, no estaba dispuesto a correr ningún riesgo, y ordenó que enviaran a Choisy un regimiento de artillería equipado con una ametralladora pesada. Más de cien hombres tomaron parte en el sitio.

Las noticias del suceso se propagaron rápidamente por la capital, y tentados por la posibilidad de contemplar en directo una historia sangrienta, miles de parisinos cogieron

el tren a Choisy. A media tarde ya eran treinta mil los espectadores del sitio y de los cruces esporádicos de disparos. Desde una distancia segura, observaron a un valeroso teniente que, cubriéndose tras un carro de heno, se acercaba sigilosamente hasta la casa y colocaba barras de dinamita en el exterior. Dos detonaciones sacudieron el edificio, que la policía asaltó poco después. Dentro los agentes encontraron a Bonnot herido y sangrando; dos colchones eran sus chalecos antibalas. Había esperado el ataque. Al grito de «*Salauds!*» («hijos de puta»), vació los cargadores de sus pistolas y cayó herido de muerte en el tiroteo.

A esas alturas casi todos los miembros de la banda ya estaban muertos o entre rejas. Los supervivientes que aún seguían sueltos, dos jóvenes de poco más de veinte años, cayeron en mayo después de otro sitio, aún más espectacular que el primero, en el que las fuerzas del orden contaron con una batería completa de ametralladoras, dos regimientos de soldados, cientos de policías y cuarenta mil espectadores. En los bolsillos de uno de los delincuentes, Octave Garnier, siempre ávido de publicidad, se encontró esta nota: «Nuestras mujeres y nuestros hijos viven hacinados mientras miles de casas enormes siguen vacías. Construimos palacios y vivimos en tugurios. Trabajador, desarrolla tu vida, tu inteligencia, tu fuerza. Eres una oveja; los polis son perros y los burgueses son los pastores. Con tu sangre se pagan los lujos de los ricos. Nuestro patrón es nuestro enemigo. ¡Viva la anarquía!»[24] Arrestados antes de los sitios, tres otros miembros de los apaches motorizados, como la prensa no tardó en bautizar a los hombres de Bonnot, fueron condenados a muerte y ejecutados en la guillotina el veintiuno de abril de 1913.

La fama de los apaches se propagó por toda Europa y se convirtió en sinónimo de una nueva clase de delincuencia particularmente violenta que pronto apareció tanto en Viena como en San Petersburgo y Londres. Pero ¿hubo, en realidad, una ola de nueva delincuencia? No hay indicios claros de que así fuera, aunque todos los intentos por responder a esa pregunta se incluían sin falta en las cuestiones estadísticas. La breve respuesta es que las estadísticas no muestran los delitos cometidos, sino las acusaciones presentadas y las sentencias dictadas, y que cierto incremento de las cifras en esas columnas se debió sin duda a una mejora de las fuerzas de policía, a cambios en la política judicial y al aumento general de la población. En conjunto, en Francia, Gran Bretaña y Alemania se registró un ligero descenso de los delitos contra la propiedad; en cambio, los crímenes con violencia aumentaron ligeramente.

La excepción más particular de esta regla fue Rusia, sobre todo San Petersburgo, donde una oleada de gamberrismo llegó a poner incluso a la Perspectiva Nevski entre los lugares prohibidos después de medianoche, salvo para los más osados. La San Petersburgo imperial, siempre inseguro con su mezcla de represión cruenta e ilegalidad absoluta en ciertos barrios, ya había sentido el aumento de la delincuencia en los primeros años del siglo, cuando los periodistas advirtieron un marcado incremento de los actos de violencia y de insolencia por parte de bandas juveniles: «... todos los transeúntes corren el riesgo de sufrir un ataque de esos gamberros que exigen dinero y agreden a los que se niegan a obedecer, y todo eso ya se ha comunicado en las crónicas [de delitos]. La gente tiene miedo a caminar por la calle sola [...] Los gamberros no sopesan las consecuencias, y

en caso necesario están dispuestos a usar la navaja y otras armas».[25]

Los periódicos rebosaban de noticias sobre actos de violencia gratuita. Los apuñalamientos callejeros, en los que los atacantes dejaban a las víctimas sangrando en el suelo, llegaron a ser cosa de todos los días, y se producían otros hechos inquietantes. Los delincuentes eran a menudo niños de apenas doce años, y no sólo obreros descontentos, como informó en 1903 el *Peterburgskii listok*: «Son una pandilla de lo más variopinta, y no sólo exteriormente. Antes bien, la diversidad social es muy marcada. Hay de todo: escribientes del gobierno, empleados de telégrafos, de correos y de aduanas, metalúrgicos, impresores, aprendices, camareros de tabernas y de cafés.»[26]

Tras la revolución de 1905, la sociedad rusa pareció desintegrarse, y los jóvenes gamberros (algunos periódicos los llamaban «los apaches rusos») eran el síntoma más visible de esa tendencia. Los periódicos venían llenos de noticias que ponían los pelos de punta:

27 de mayo a las ocho de la mañana: dos gamberros en grave estado de embriaguez caminaban por la perspectiva Nevski. A cada minuto golpeaban a un hombre o insultaban a una mujer. Uno de ellos, blandiendo una vara de hierro, amenazó con partirles el cráneo a todos los transeúntes. El otro soltaba una maldición tras otra [...] Gritos y exigencias de que arrestasen a los sinvergüenzas y los llevasen a comisaría llegaron de todas partes. Burlándose de la indignación popular, uno de los gamberros escupió a la cara de un hombre bien vestido.[27]

No sólo la sede del gobierno sino todo el país parecía hundirse bajo esa ola de delincuencia. «Desde Arjángelsk

hasta Yalta» llegaban noticias de incidentes criminales, e incluso en las zonas rurales los campesinos hacían gala de una temible falta de respeto por sus superiores:

En la aldea de N., una joven de la nobleza caminaba tranquilamente por la carretera cuando se le acercó un gamberro muy conocido en la zona y empezó a molestarla pidiéndole un pañuelo. Cuando ella se negó, el sujeto la tiró al suelo, la inmovilizó poniéndole la rodilla en el pecho y le quitó el vestido hasta dejarla completamente desnuda. Cuando se formó una multitud, gritó: «Mirad, tíos, la *intelligentska*», tras lo cual se levantó, dio a la joven una patada en la nuca y se alejó como si allí no hubiera pasado nada.[28]

Si bien muchos rusos pobres parecían alejarse de su propia sociedad, el aumento de la delincuencia no era tan espectacular como querían hacer creer los periódicos. El número de condenas impuestas a jóvenes se disparó de mil ciento trece en 1900 a dos mil ochocientos cuarenta y ocho en 1910, pero en números absolutos siguió siendo muy bajo en comparación con los más de cincuenta y un mil hombres y mujeres jóvenes condenados en 1910 en Alemania, un país con menos de la mitad de la población que Rusia. Incluso en lo relativo a otros grupos de edad, el problema de la delincuencia juvenil parece menos dramático de lo que daba a entender la prensa: en ningún momento antes de la Primera Guerra Mundial el índice de condenas impuestas a jóvenes superó el 5 % del total.

La ciencia del crimen

Si bien los observadores rusos creían que la sociedad no podía soportar mucho tiempo más las «enérgicas oleadas de resentimiento popular a duras penas contenidas por los precarios diques de la civilización y por un Estado en decadencia»,[29] la situación no era tan desesperada como se percibía. Así y todo, el mero hecho de percibir un incremento espectacular de la violencia juvenil y de las amenazas anarquistas encajaba demasiado bien con los temores de la época: una civilización antaño grande ahora socavada por «elementos degenerados» de las clases más bajas, abrumada por las fuerzas de la chusma anarquista y alienada, por culpa de la gran urbe y de la máquina, de un modo de vida tradicional y saludable.

Igual que las enfermedades burguesas —neurastenia y psicosis— habían conducido al auge de la psiquiatría, la violencia y el crimen cometidos por los más desfavorecidos produjeron su propia reacción científica, centrada en la comprensión, la gestión y la prevención del problema. Había nacido la criminología. El antropólogo italiano Cesare Lombroso (1835-1909) fue el padre de la nueva disciplina.

Hijo de una rica familia de judíos genoveses, Lombroso, que había estudiado literatura, lingüística y arqueología, finalmente eligió ser médico militar. Durante el servicio le intrigaron las correlaciones entre disciplina militar, salud mental de los soldados y su condición social, y también la herencia. Esa fascinación lo acercó a la psiquiatría, y tras practicar ambas disciplinas como profesor y director de un manicomio, publicó *L'Uomo delinquente* (1876, con varias reediciones actualizadas y aumentadas), con las mejores y más amplias pruebas estadísticas jamás reunidas sobre los factores que conducían a delinquir. Lombroso correlacionó la incidencia de la criminalidad con los factores más diversos:

el tiempo (en toda Europa la mayor parte de los asesinatos se cometían en verano); la geología y el paisaje; la confesión religiosa, la tasa de natalidad; las condiciones de vida (no sorprende que los pobres urbanos ocuparan los puestos más altos de las listas); el alcoholismo y el precio de las bebidas alcohólicas (en Francia, cada aumento del precio del vino se traducía en un descenso brusco del número de asesinatos y viceversa); la inmigración (malas noticias); la educación; los ingresos y la riqueza pública (en Italia, la mayoría de los asesinatos se cometían en las ciudades más ricas); la condición de hijo ilegítimo y las condiciones laborales.

Si bien Lombroso consideraba que todos esos factores eran en parte o totalmente responsables del aumento de la delincuencia, también creía que el motivo central había que buscarlo en otra parte: igual que el progreso, la evolución podía revertir y producir «atavismos», regresos a estadios anteriores del desarrollo humano, a una peligrosa subclase de salvajes, que, según Lombroso, estaban en el centro del problema: «El estudio científico [...] [demuestra] la existencia de un tipo humano dedicado al crimen a causa de su organización más íntima, de criminales natos que forman los enormes batallones del [...] “ejército del crimen”.»[30]

Lombroso, hombre de natural bondadoso e intelectualmente serio, era un producto del siglo ^{xix}. Con fe pura y ferviente en la ciencia positivista, luchó por asegurar un trato digno a los criminales, y también por la rehabilitación social y la abolición de la pena de muerte. La actitud de la sociedad debía basarse en el conocimiento:

La filosofía del Derecho penal [que hemos heredado] de la Antigüedad ahora nos da lástima. El libre albedrío y la venganza son cimientos muy frágiles [para la ley] y un objetivo mezquino. Sabemos

que, pase lo que pase, el hombre obedece siempre y fatalmente al motivo más fuerte. Por lo tanto, creemos que si la sociedad tiene el derecho incontestable a defenderse, nunca es digno de la sociedad vengarse. La represión penal no puede ni debe venir dictada por nada cuya utilidad no haya demostrado la ciencia.[31]

El antropólogo se basó en pilas de estadísticas confeccionadas en todo el mundo, y completó los datos midiendo miles de cráneos de delincuentes y cotejando decenas de miles de datos biográficos para llegar a una respuesta definitiva a la cuestión del crimen hereditario. En la línea del fisiólogo Franz Josef Gall (principios del siglo ^{xix}), Lombroso estaba convencido de que las actividades de diferentes centros del cerebro provocaban su hinchazón o encogimiento como si fuese un músculo que se desarrolla o atrofia, y que esos procesos se manifestaban en la forma del cráneo. Midiendo cabezas creía ser capaz de elaborar una tipología del mal estrictamente científica, prueba indiscutible de las tendencias criminales de un individuo. Aparte de las mediciones craneales, la tipología incluía signos externos, como mandíbulas grandes, frente baja, una vista inusitadamente buena, pómulos altos, nariz carnosa, plana o respingona, orejas grandes, pelo poco abundante, insensibilidad al dolor y brazos inusitadamente largos. De hecho, los criminales natos habían de ser por fuerza seres limitados, pero no se les podía echar la culpa por serlo. El atavismo, el alcoholismo hereditario y la epilepsia eran signos de deterioro de los rasgos biológicos. Lombroso sostuvo que la tarea de la sociedad consistía en erradicar la base biológica por medio de la esterilización de aquellos que sólo podían traer al mundo más sufrimiento, dando a entender así que la civilización era un objeto frágil, basado

en la disciplina y la educación, y que podía peligrar con demasiada facilidad:

Qué hemos de concluir salvo que los crímenes más horribles y bárbaros tienen un origen fisiológico, atávico. Esos instintos animales se pueden suavizar temporalmente en el hombre gracias a [la influencia de] la educación, el entorno y el miedo al castigo; pero renacen de repente por influencia de determinadas circunstancias como la enfermedad, el tiempo atmosférico, la imitación [de los coetáneos] y una intoxicación de esperma a consecuencia de un prolongado periodo de abstinencia. Por ello, sin duda, se da a conocer en la pubertad [...] y en individuos que llevan una vida de celibato o de gran soledad, como sacerdotes, pastores o soldados.[32]

A diferencia de muchos de los que se dedicaron a fundar una nueva moral basada en la raza, la herencia y la ciencia, Lombroso escribió sin odio; pues creía que la naturaleza misma era inmoral, y que, a fin de cuentas, la cultura no era más que una flor en la pila de estiércol de la historia: «El criterio del mérito no cambia si la mayoría de las virtudes y los vicios se entienden como resultado de un cambio molecular [...] Un diamante no tiene más razones para brillar que el carbón, pero ¿qué mujer lo tiraría a la basura por el mero hecho de que sea carbón?»[33] Lombroso, que era judío, fue sensible a la estupidez y la crueldad de los prejuicios, pero también era rigurosamente imparcial; despreciaba a los antisemitas y sostenía que eran inteligencias inferiores que actuaban a partir de impulsos aún vivos en ellos desde la Edad Media.

Lombroso esperaba que su método contribuyera no sólo a comprender los porqués de la criminalidad, sino también a

adoptar medidas inteligentes y científicas e incluso a prevenir la delincuencia en la raíz misma, es decir, diagnosticando, clasificando y quizá eliminando a posibles delincuentes antes incluso de que nacieran. Toda una generación de científicos amplió sus estudios (en la introducción a sus *Nouvelles recherches de psychiatrie et d'anthropologie criminelle*, Lombroso menciona a veintiocho estudiosos que habían publicado recientemente libros sobre el tema). En la intersección en la que se encontraban, la antropología, la justicia y la psiquiatría convertían el tratamiento científico de *les alienés* en una disciplina científica consolidada, sobre todo en Alemania, donde los partidarios de la eugenesia recibieron con entusiasmo los estudios sobre los orígenes biológicos del crimen.



Fig. 7. Tipo comune (a lunga faccia) - Uccisida.



Fig. 10. Tipo comune (a grande mascella) - Omicida.



Fig. 8. Tipo comune (a lunga faccia) - Omicida ladro.



Fig. 11. Tipo comune (a grande mascella) - Assassino.



Fig. 9. Tipo comune (a grande mascella) - Omicida ladro.



Fig. 12. Tipo comune (a grande mascella) - Assassino.

TYPES DE CRIMINELS MEURTREIERS (Voir *Explication des planches*).

Mandíbulas grandes, frentes bajas, narices carnosas: tipología del mal de Lombroso, prueba, según él, de la «evolución regresiva».

Cesare Lombroso, ejemplares de criminales; de *L'Homme criminel*, publicado por Felix Alcan, 1887 (Bridgeman Art Library)

A Lombroso lo fascinaban todo tipo de desviaciones, desde el crimen a la locura, y también el genio, que, según afirmó en un libro posterior (*L'uomo de genio in rapporto alla psichiatria* («El hombre de genio», 1889), era simplemente una forma afortunada y productiva de locura. Pescando en un mar de fuentes literarias (a veces con increíble credulidad en lo que respecta a su exactitud objetiva), y utilizando investigaciones sobre enfermedades mentales así como sus propias experiencias, para su sorpresa «descubrió [en el genio] varios rasgos de degeneración que son la base y los indicios de casi todas las formas de locura congénita».[34] Los genios, concluyó Lombroso, no eran sino monstruos de la naturaleza dotados de una gran capacidad a expensas de otras cualidades: «Igual que los gigantes pagan el precio de su altura y sus músculos con la esterilidad y una inteligencia relativamente pobre, los gigantes del pensamiento pagan con su psicosis su gran fuerza intelectual.»[35]

Durante mucho tiempo se había asociado el genio a la locura, a menudo acompañada de violencia y exclusión. La combinación de genio y locura es parte del repertorio estándar del romanticismo, y a finales del siglo XIX Edgar Allan Poe, Charles Baudelaire, Vincent Van Gogh, Friedrich Nietzsche, Robert Schumann y Edvard Munch, entre otros, escenificaron estados psicológicos y también padecieron algún trastorno mental. La experiencia de una racionalidad inestable y los horizontes visionarios situados fuera de la razón llegaron a ser parte integrante del arte como antes lo habían sido de la religión.

Si bien la idea misma de romanticismo contenía un elemento inherente de alienación (de la sociedad y la tradición), el siglo XIX también tuvo abundantes ejemplos literarios de locura: desde Lucia di Lammermoor y decenas

de otras heroínas operísticas nobles pero desdichadas, hasta el desesperado Woyzeck, el asesino de la obra homónima de Georg Büchner; desde la señorita Havisham de Dickens y los dibujos complicados y apocalípticos de William Blake hasta los protagonistas de las historias de E.T.A. Hoffmann y el enloquecimiento gradual del Borís Godunov de Músorgski, por nombrar sólo unos cuantos. Al llegar el siglo ^{xx}, una época impregnada de fenómenos como la neurastenia y la inseguridad sexual, y de la mareante sensación que producían esas olas de cambios que se arremolinaban todos los días alrededor de los talones, ya se podía esperar que los artistas expresaran esa desorientación con más fuerza que nunca. Sin embargo, una calma desconcertante cubrió el tema de la locura, y si se discutía, era mayormente en los países de lengua alemana.

Hay, por supuesto, excepciones notables. Nikolái Abelujov, el antihéroe de la novela *Petersburgo*, de Andrei Bély, merodea por la ciudad aterrorizado por su propia violencia y empujado a cometer actos irracionales y destructivos; el ojo de Picasso iluminó las existencias marginales y las extremidades descarnadas de los artistas de circo antes de sumergirse en el mundo de los objetos decorativos africanos en una serie de obras que luego dieron lugar al cubismo; en Rusia e Italia, los futuristas veneraron como fenómenos positivos la violencia, el crimen y el éxtasis, y *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, con su infame Kurtz, puede entenderse, igual que el alucinante *Relato soñado*, de Strindberg (1901), como un estudio de la demencia.

La obra gráfica del pintor, grabador y novelista austríaco Alfred Kubin (1877-1958) también pudo concebirse como una serie de ilustraciones de las fantasías de Ernst Wagner y

Daniel Schreber, tan cercana era la intersección con sus imágenes centrales, y ello aunque Kubin no conociera ninguno de los dos casos y la mayor parte de su obra gráfica fuese anterior a los crímenes de Wagner y la publicación de Schreber. Sus grabados se parecen a los del último Goya, son visiones pesadillescas y cautivadoras envueltas en luces y sombras. Ya hemos mencionado su *Guerra*, un grabado que parece el fruto de una de las fantasías sexuales de Wagner: el dios de la guerra como un coloso bárbaro, un casco como una montaña, pecho, escudo, testículos y un hacha devastadora, y pesados pies de arcilla que se asemejan a casas a punto de aplastar a una masa de soldados diminutos. Es un raro momento de fuerza masculino en su obra anterior a la guerra, pero la mayoría de los grabados de Kubin muestran esa fuerza en fase menguante. Los hombres son delgados, criaturas secas, encorvadas, reyes viejos perseguidos por encapuchados, objetos de una extraña transformación, insignificantes. En una obra titulada *Locura*, a un hombre barbudo y pálido, enfundado en una larga camisa, un oscuro fantasma con aspecto de profesor le abre la cabeza por detrás. La fuerza masculina conduce al abismo. Vistas hoy, algunas de esas visiones resultan terriblemente proféticas: una morsa bigotuda y monstruosa entronizada sobre una pila de esqueletos; el carro de combate, extrañamente modernista, titulado *Gobierno*, listo para acribillar a todos los que se atrevan a desafiarlo; una ciudad en ruinas en medio de un paisaje revuelto y habitado por figuras enanas y aisladas.

Si bien la dominación masculina aterrorizaba por su violencia mecanizada, Kubin mostró el atractivo erótico de la mujer quizá como algo aún más espeluznante y arrollador. Con la seguridad de un soñador, combinó en imágenes las

principales fuerzas de la época: vehículos de motor de un negro reluciente pasan a toda velocidad por una carretera de ocho carriles que discurre entre los muslos de una mujer gigantesca, rumbo a la oscuridad; una Salomé, también gigante, con una melena enorme, el vientre hinchado por su monstruosa fecundidad, baila encima de una hilera de cabezas masculinas; un cuerpo de mujer con los miembros amputados aparece atravesada por cuchillos en una lámina titulada *Ojo por ojo*; una figura masculina insignificante y lastimosa, con una erección ridícula, se lanza de cabeza, en la más desigual de todas las uniones posibles, a los muslos gigantes de una mujer para sumergirse en la vagina (un cuadro que recuerda *El origen del mundo*, de Gustave Courbet).



El tamaño sí importa: El *Salto mortal* de Kubin ilustra los temores masculinos.

Alfred Kubin, *Salto mortal*, hacia 1903;
Albertina, Viena © Everhard
Spangenberg/DACS 2008

En 1909, el pintor Oskar Kokoschka, liado entonces con Alma Mahler, nada menos que la mujer del director de la ópera de la corte, y famosa por seductora y caprichosa, estrenó su pieza *Mörder, Hoffnung der Frauen* («Asesinos,

esperanza de las mujeres»). En esa obra, una tribu de guerreros conoce a una mujer con un séquito de muchachas y el encuentro desemboca en una batalla cruel, en seducción, mutilación mutua y, finalmente, asesinato, un ritual sangriento de éxtasis erótico que recuerda a *La consagración de la primavera*, de Stravinski, en la que todos los protagonistas son presa de una fiebre incurable que no es otra cosa que la propia pulsión erótica.

En la prosa de la época también hay indicios del miedo a la exclusión radical y a la alineación más allá de lo meramente convencional o político. El teniente Gusd, de Arthur Schnitzler, es un hombre abandonado a la noche y a sus temores que suelta un torrente incomprensible de palabras mientras espera que amanezca y su posible muerte en un duelo; y en 1916 tiene lugar la más irreversible y cruel de las transformaciones cuando el viajante de comercio Gregor Samsa despierta en su cama de Praga y descubre que durante la noche se ha metamorfoseado en un bicho enorme. Kafka había llegado a la literatura.

Hubo en particular un escritor que hizo suyo indirectamente el tema de la locura y la violencia: Robert Musil, con *El hombre sin atributos*, encarnado por Ulrich, cronista impasible de las locuras del mundo y también de las suyas. Su tranquila irracionalidad se ve empañada por otro personaje, contrapunto a esa razón imperturbable: el asesino Moosbrugger, que ha matado brutalmente a una prostituta y espera la ejecución. Es probable que Musil leyera algo sobre Ernst August Wagner mientras escribía su obra monumental, aunque el modelo que inspiró la figura de Moosbrugger fue Christian Voigt, otro asesino trastornado, juzgado y condenado a muerte en 1911. Igual que los apaches en la imaginación popular, los impulsos violentos

personificados por Moosbrugger obsesionan a varios personajes de la novela, incluido Ulrich, el protagonista, que vive fascinado por el fenómeno de la violencia indiscriminada mientras la brutalidad instintiva de Moosbrugger emerge como la antítesis del pensamiento nervioso y siempre inseguro de los que afirman ser racionales.

Los artistas ya no trataban la razón como un tropo cómodo y práctico, una convención sentimental; se había vuelto algo más próximo y real. Mientras que el fin de siglo se había deleitado en su corrompida sofisticación, en la elegante decadencia de Oscar Wilde y la irrealidad perfumada de Maurice Maeterlinck, la decadencia volvía a aparecer en la odiosa forma de su prima enferma y malvada, la degeneración. Con su sediento culto a la salud y el vigor, y con los nervios siempre destrozados, los primeros años del siglo ^{xx} no tenían espacio para criaturas como esa, y los que admitían ser hipersensibles se encontraban en una ladera empinada y resbaladiza que permitían que los tildaran de degenerados.

¿Quién quiere ser un degenerado? Los nervios refinados del poeta decadente le permiten comprender misterios, pero las extrañas proezas de los locos y los marcados por el estigma de la herencia no tienen esa noble connotación. Era la hora de que los artistas fuesen enérgicos e iconoclastas, pugilistas de la pluma y bárbaros del pincel, la hora de que alzasen antiguas fuerzas creativas o mirasen de frente a un futuro de máquinas y heroísmo. Era la hora de hacerse anarquista, futurista, no de sucumbir a los susurros debilitadores de la sangre contaminada. Sólo un escritor como Thomas Mann pudo permitirse describir, en *Los Buddenbrook* (1901), la historia de su propia familia como

historia de una degeneración. Su libro narra el lento declive de una generación que parece menos apta que la anterior, hasta que la estirpe acaba condenada a desaparecer con Hanno Buddenbrook, un degenerado a decir de todos, un muchacho con inclinaciones artísticas que no puede dejar de soñar con los sonoros paisajes oceánicos de las óperas de su amado Wagner, pero absolutamente inútil para cualquier actividad práctica. Mann pudo escribir ese relato gracias a que su sensación de superioridad personal era demasiado clara, demasiado indestructible para resultar dañada por su propia historia.

Un Hanno Buddenbrook real, Rainer Maria Rilke, poeta de sensibilidad patológica, llegó incluso a ser el defensor y el bardo de los que vivían abrumados por el mundo moderno. Sus *Apuntes de Malte Laurids Brigge* (1910) son uno de los más inquietantes documentos artísticos de locura incipiente de toda la historia de la literatura. Y en *El libro de horas* (1903) ya había hablado así de los que naufragaban en los mares de la civilización:

Viven allí personas blanquecinas y pálidas
y mueren asombrándose de este pesado mundo.
Y nadie ve la mueca hendida
en la que la sonrisa de una raza suave
tanto se desfigura en las noches sin nombre.

Dan vueltas, degradados del esfuerzo
de servir sin coraje a cosas sin sentido;
se les marchitan, puestos, sus vestidos,
y sus hermosas manos envejecen muy pronto.

La muchedumbre empuja, no piensa en respetarlos,
aunque son algo débiles y están titubeantes;
sólo perros huraños, que no tienen guarida,
les siguen suavemente un rato.

Entregados están a cien torturadores,
y, reprendidos por el golpe de cada hora,
dan vueltas, solitarios, junto a los hospitales,
y esperan, angustiados, el día de su ingreso.[36] [*]

Héroes populares

Si es sorprendente que, entre la vanguardia artística, la resonancia del tema de la locura y la marginalización radical fuera escasa, el lugar que la idea de alienación ocupó en la imaginación de la época puede deducirse de la enorme popularidad de una rama especial de la ficción popular: la historia de detectives. El célebre «hombre del ómnibus de Clapham» —cliché del ciudadano de a pie y del hombre sensato— o la mujer del metro en la plaza de la Concorde no sabían quién era Kubin, y tampoco habían oído hablar nunca de Bély o Rilke. Ellos leían historias de crímenes, complicadas y eficaces historias de desconocidos y parias que se situaban a ambos lados de la ley. Así como cada época tiene sus tropos fijos para la locura, también tiene sus héroes populares, protagonistas de historias de justicia y redención. Las novelas de misterio y las historias de crímenes, creaciones del siglo xix, alcanzaron la mayoría de edad antes de la Primera Guerra Mundial. Se vendían cientos de miles de ejemplares, a menudo tras haber aparecido por entregas en las revistas y los periódicos de mayor tirada.

El médico escocés Arthur Conan Doyle conocía y admiraba la obra de Cesare Lombroso, y para construir a Sherlock Holmes, probablemente el personaje más famoso de la narrativa policiaca, empleó la misma clase de procedimiento deductivo utilizado por el criminólogo. Holmes, cuyos casos ficticios aparecieron por entregas en *Strand Magazine* de 1887 a 1915, no era sólo un razonador deductivo. En un país con una saludable falta de respeto por las soluciones institucionales y una inmensa admiración por los aficionados excéntricos, Holmes fue una figura singular, al estilo del hombre de genio que postuló Lombroso. Para sosegar su mente, demasiado activa, Holmes necesitaba morfina, y despertar con cocaína entre un caso y otro; era un hombre que oscilaba entre la brillantez y estallidos temperamentales inquietantes y violentos, y para el que resolver crímenes era el máximo desafío intelectual, amén de un alimento necesario para su imaginación hiperactiva. No es de extrañar, pues, que el inspector Lestrade, de Scotland Yard, un hombre honrado y limpio, no pueda hacer otra cosa que llegar a la escena del crimen sin aliento y resollando y descubrir que el gran detective lo ha hecho quedar otra vez como un tonto. Los escritores británicos de novela policiaca nunca se fiaron mucho de la policía. En Gran Bretaña, los crímenes los resolvían los caballeros.

Arsenio Lupin, el gran héroe de la novela de misterio francesa, era un personaje muy diferente. Él también era un hombre culto, brillante e instruido en todas las artes, pero no era detective: era el rey de los ladrones, el que robaba a los ricos para dar a los pobres, un personaje de ficción apuesto y poco verosímil:

... el caballero excéntrico que opera sólo en castillos y salones y que, una noche, entró en la residencia del

barón Schormann pero salió con las manos vacías, tras dejar, no obstante, su tarjeta de visita, en la que había garabateado estas palabras: «Arsenio Lupin, caballero ladrón, volverá cuando el mobiliario sea auténtico.» Arsenio Lupin, el hombre de los mil disfraces, es, sucesivamente, chófer, detective, corredor de apuestas, médico ruso, torero español, viajante de comercio, un joven robusto o un viejo decrepito.[37]

Dotado de sentido del humor, un ingenio sin límites y una falta de respeto auténticamente francesa por la autoridad, Lupin no fue, de hecho, creación única de su autor, Maurice Leblanc (1864-1941), que llegó al extremo de poner a su genial criminal cara a cara con el icono británico en una novela que llevó el nada sutil título de *Arsenio Lupin contra Herlock Sholmes* (1908). Lupin se inspiraba en un personaje real, uno de los héroes populares de la Francia de entonces, el anarquista Alexandre Marius Jacob (1875-1954), famoso por sus crímenes osados e imaginativos así como por su caballerosidad y un ingenio nada formal.



El caballero ladrón: Marius Jacob, el Arsenio
Lupin de la vida real.

Jacob, hijo de una familia de alsacianos pobres, ingresó en la marina como grumete cuando tenía doce años y más tarde militó en el terrorismo de signo anarquista; fue condenado a seis meses de cárcel tras una serie de robos menores y por posesión de explosivos. Con esos antecedentes ya no pudo encontrar trabajo y decidió servir a la causa anarquista de un modo más directo y menos ortodoxo. El treinta y uno de marzo de 1899, él y dos cómplices se dirigieron a la oficina del Monte de Piedad de Marsella, arrestaron al cajero jefe

por malversación de fondos, se incautaron de cuatrocientos mil francos como prueba y después, con total tranquilidad, entregaron al prisionero en el Palacio de Justicia. Antes de que pudiera aclararse la confusión, el «inspector» y sus dos ayudantes ya se habían esfumado. Ese fue el primero de muchos golpes cuyos sellos característicos eran la astucia y el estilo. Arrestado, Jacob fingió enajenación mental y escapó al sur de Francia, donde montó la banda de *les travailleurs de la nuit*, «los trabajadores de la noche». En los años siguientes, los periódicos populares publicaron infinidad de noticias acerca de sus golpes, temerarios y, más que nada, planeados con todo detalle. Jacob sólo robaba a los ricos, y siempre donaba parte del botín para causas anarquistas. Una vez, mientras asaltaba la casa de un capitán de la marina, al saber que la víctima era el escritor Pierre Loti, Jacob volvió a colocar todo en su lugar y dejó una nota: «Tras entrar aquí por equivocación, he sido incapaz de llevarme nada de alguien que vive de la pluma. Todo trabajo merece una remuneración. P.S.: Dejo diez francos por los cristales rotos y las persianas dañadas.»[38]

La épica cruzada de Jacob contra la propiedad privada terminó cuando un policía cayó herido de muerte en un tiroteo. Lo arrestaron en 1903. En los meses anteriores al juicio escribió una apasionada justificación de sus actos, una interpretación anarquista del darwinismo. «Dado que, básicamente, me condenan por ser un ladrón, es útil definir qué es el robo. En mi opinión, es una necesidad de tomar que sienten muchos hombres para satisfacer sus apetitos. Esa necesidad se manifiesta en todo; desde las estrellas que nacen y mueren como seres hasta el insecto en el espacio, tan pequeño, tan infinito, que nuestra vista apenas puede distinguirlo. La vida no es otra cosa que robo y matanza. Las

plantas y las bestias se devoran unas a otras para sobrevivir.»

También escribió que, en lugar de colaborar, los hombres se explotan mutuamente.

De lo más alto a lo más bajo de la escala social, todo es ruindad de un lado e idiotez del otro. ¿Cómo puede esperarse que, convencido de esa verdad, respete semejante estado de cosas?

Un vendedor de licor y el dueño de un burdel se enriquecen mientras un hombre de genio muere pobre en una cama de hospital. El panadero que hornea pan no tiene qué llevarse a la boca; el zapatero que hace miles de pares de zapatos va enseñando los dedos de los pies; el tejedor que hace pilas de ropa no tiene con qué cubrirse; el albañil que construye castillos y palacios apenas respira en un agujero mugriento. Los que lo producen todo no tienen nada, y los que no producen nada lo tienen todo. [...]

En una palabra, me parece odioso tener que rendirse a la prostitución del trabajo. Mendigar es degradarse, es la negación de toda dignidad. Todo hombre tiene derecho al banquete de la vida.

El derecho a vivir no se mendiga; se toma.[39]

Pero la elocuencia no lo hizo merecedor de la compasión de los jueces, que lo condenaron al destierro perpetuo en Cayena. Tras siete tentativas de fuga, finalmente lo liberaron en 1927. Aunque siempre fiel a sus convicciones anarquistas, a partir de entonces llevó una vida más tranquila. Cuando, en 1954, vio que la enfermedad y la vejez lo vencían, se inyectó una sobredosis de morfina. Su carta de despedida, un gesto último y característico, terminaba así: «La ropa blanca

está lavada, enjuagada y seca, pero aún no la he planchado. Soy demasiado vago. Perdonadme. Encontraréis dos litros de vino rosado junto al cestillo del pan. *À votre santé.*»[40]

Si bien el elegante y distinguido Jacob era una plantilla ideal para el personaje de Lupin, otra gran figura francesa del crimen, el malvado Fantomas (la primera novela de la serie se publicó en 1910) no estaba pensado para atraer simpatías. Asesino sádico y perverso, encarnaba los miedos populares, y se las ingeniaba, pese a los muchos intentos por atraparlo, para escapar de su némesis, el gran inspector Juve. Al final sólo la historia logró poner fin a la siniestra carrera del genio del crimen. Marcel Allain, su cocreador junto con Pierre Souvestre, lo embarcó en la épica travesía inaugural del *Titanic* en 1912.

La *pulp fiction* alemana no tuvo detectives con éxitos de ventas ni malos propios. En Alemania predominó el gusto por las historias de aventuras al estilo de Karl May, o de las novelas sentimentales como las escritas por la inmensamente popular Hedwig Courts-Mahler, que hizo fama y fortuna con doscientas ocho novelas en torno al personaje de la muchacha honrada, pero pobre y de secreto origen noble, que conoce a un conde y se casa con él.

Los excluidos de la sociedad luchaban contra sus propios demonios y contra quienes los habían condenado al aislamiento, pero la prensa siguió con ferviente entusiasmo casos reales como el del asesino psicótico Ernst Wagner.

El caso Wagner es un ejemplo no sólo de los elementos constituyentes de la psicosis alrededor de 1910, sino también de una respuesta científica muy progresista a la demencia. Pese a sus horrendos crímenes, a Wagner lo declararon loco y no lo condenaron a muerte; se le permitió vivir en paz bajo control médico. El maestro de escuela asesino se convirtió

incluso en una celebridad menor entre los psiquiatras. Robert Gaupp, su médico, exhibió a su paciente en un congreso de psiquiatría tras otro.

«Reconozco que mis crímenes se debieron a una grave enfermedad mental a la que yo simplemente llamaba “manía persecutoria”», escribió Ernst Wagner en una carta a Gaupp en 1920. «Hoy declaro que nunca me “persiguió” nadie. Ciertas palabras oídas de pasada podrían interpretarse como yo lo hice entonces, pues hay coincidencias y cosas sin correlación lógica [...] pero no tendría que haberlas interpretado de esa manera. Sin embargo, uno tiende a poner en la mente de otros las cosas que le llenan la cabeza.»[41] Wagner siguió carteándose con su médico, e incluso le envió, con vistas a su publicación, la pieza dramática que había escrito, titulada «Locura». Al parecer, el feroz asesino se había transformado en un corderito: «Quiero pedirle que perdone todos los sentimientos de odio y de rabia antes vivos en mí respecto de su persona», le escribió Wagner a Gaupp. «Si tiene oportunidad de venir a visitarme y considera que el esfuerzo de hablar conmigo vale la pena [...] esté seguro de que la bienvenida será amistosa. Con la expresión de mi más alta estima, su agradecido y leal Ernst Wagner.»[42]

Wagner obtuvo una pensión de funcionario y siguió escribiendo, y también mantuvo una voluminosa correspondencia con varias personalidades de la literatura y la medicina. En abril de 1938 murió de causa natural en el manicomio de Winnental. Tras procederse a incinerar el cadáver, el cerebro se envió al Kaiser Wilhelm Institut de Berlín, para su examen, aunque resultó dañado durante el viaje. Aún se conserva en la colección de especímenes patológicos de la Universidad de Dusseldorf.

XV. 1914: UN ASESINATO POLÍTICO

Los muelles [de Londres] son inmensos; pierde uno allí todo sentido de la proporción cuando pasa a toda velocidad por los rieles a lo largo de kilómetros y kilómetros, junto a los barcos fondeados en el Albert Dock y luego, en línea recta, por la larga fila de cascos que se prolonga como en un sueño. Y el Albert Dock sólo es uno de los que forman el puerto de Londres. Ahí el mundo moderno se vuelve completamente fantástico. Desde que vi los mataderos de Chicago no había vuelto a tener, con la misma inmediatez, esa sensación de carácter de cuentos de hadas de nuestro mundo.

Conde HARRY KESSLER, *Diario*, 6 de
junio de 1901

El veintiocho de julio de 1914 todo París hablaba de asesinato, un asesinato nada común, pero escandaloso, que todos tenían muy presente. Tres meses antes, el dieciséis de marzo, una mujer bien vestida había entrado en la redacción

de *Le Figaro*, el principal periódico conservador del país. Era Henriette Caillaux, la mujer de Joseph Caillaux, el ministro de Finanzas francés. Tras pedir que le indicaran dónde quedaba el despacho de Gastón Calmette, el director (el mismo, da la casualidad, que con tanta saña había escrito sobre *La consagración de la primavera* un año antes), le dijeron que el señor Calmette había salido. Henriette Caillaux consintió en esperar, y cuando más o menos una hora más tarde entró por fin en el despacho, cruzó unas palabras con el señor Calmette, sacó un revólver del manguito de piel y le disparó cuatro veces en el pecho.

Cuando la juzgaron, en julio, apenas había una sola persona en Francia que no conociera la noticia más sensacional del año, sobre todo porque el ministro Caillaux había sido víctima de una campaña hostil durante algunos meses. Nadie podía resistirse a contar más cosas del matrimonio Caillaux, en especial cosas que tenían que ver con un sórdido asunto amoroso, con su esfuerzo por labrarse una carrera política y con una guerra que se había evitado. No quedó un solo detalle sin contar. La señora Caillaux vendió muchísimos ejemplares. Durante el juicio, *Le Figaro*, el periódico que había sido de Calmette, pasó de tener ocho páginas a doce para poder publicar las actas literales de las vistas.

Todo había empezado con el peor de todos los tópicos: un hombre casado y su amante, cartas secretas y visitas furtivas a un hotel, los temas típicos de un vodevil. Para Joseph Caillaux (1863-1944), el amante ya no tan joven, era una situación delicada. Él pertenecía a la nueva camada de tecnócratas que poco a poco iban ocupando posiciones de poder, un experto en finanzas nombrado ministro por primera vez cuando apenas tenía treinta y seis años,

nombramiento que confirmó al empresario hecho a sí mismo en la alta estima que él se tenía y que muy pocos compartían. Sí, era competente y audaz, eso lo reconocían hasta sus enemigos; pero era un *dandy*, un pedante, un hombre obsesionado con ascender socialmente. Atraparlo in fraganti habría sido el final de sus ambiciones. Podía llegar a primer ministro, a presidente incluso. Caillaux sabía que un lío de faldas podía hacerle perder los apoyos que necesitaba, y resolvió la situación divorciándose de su primera esposa y casándose con Henriette, que, con su inmenso encanto, compensaba la falta de tacto y humor. La pareja llegó a ser popular en sociedad. Nadie sabía que habían sido amantes. Y en 1911, Caillaux, como había planeado, llegó a primer ministro.

Fue ese un año de crisis en las relaciones franco-alemanas, y en la política internacional, uno de varios momentos en los que el mundo podría haber entrado en guerra. Aún resentido por el acuerdo colonial entre Francia y Gran Bretaña, en virtud del cual las dos potencias se otorgaron mutuamente luz verde en Egipto y Marruecos, respectivamente (dejando a Alemania fuera del cuadro), el gobierno alemán envió una cañonera al puerto marroquí de Agadir; fue una manera de afirmar que no se lo podía ignorar. El plan se había urdido unos meses antes sin que el emperador lo supiera; al final, Alfred von Kinderlen-Wächter, ministro de Exteriores, logró convencer al kaiser en los días que pasó en el *Hohenzollern*, el yate imperial, mientras asistía a la regata Kiel. Ya había empresas alemanas en Marruecos, y vivían allí súbditos alemanes; de ahí que hubiera que proteger a cualquier precio sus intereses y los del Estado. Guillermo, que no quería un conflicto con su primo Jorge de Inglaterra (y tampoco con los franceses), dio el visto bueno tras cierta vacilación, e

inmediatamente se envió, desde el Almirantazgo, una señal telegráfica a la cañonera imperial *Panther*, estacionada frente a las costas de África Occidental.

La cañonera alemana cambió de rumbo y se preparó para hacer frente a su destino en un encuentro desigual, pues no era la clase de buque que el káiser habría elegido para demostrar su poderío naval. Esos eran los mejores años de la carrera del *Dreadnought*; se botaban fortalezas flotantes cada vez más mortíferas, cada vez más grandes y más modernas, y todas las grandes potencias pujaban por la supremacía naval. La *Panther* no era una máquina de guerra. Era lenta, achaparrada, y sólo iba armada con dos cañones de cuatro milímetros: un garito más que un depredador, que surcaba asmático las olas con sus dos gruesas chimeneas y sus dos mástiles. La tripulación de ciento treinta hombres incluía una banda cuya misión era demostrar a los aldeanos africanos el esplendor de la música militar alemana. Pero de pronto la orden fue proteger a todos los alemanes de Agadir contra una agresión de tribus rebeldes del interior. Tarea sencilla, pues en Agadir no había alemanes. El único, un tal Wilberg, había recibido un telegrama en que se le pedía que se dirigiese a la costa sin demora. El señor Wilberg se puso inmediatamente en marcha desde Mogador, la ciudad adonde lo había enviado un consorcio de inversores alemanes, a unos arduos ciento veinte kilómetros de Agadir.

Mientras la cañonera anclaba en la bahía, el señor Wilberg, un personaje extraño en traje blanco, viajaba haciendo frente a un calor abrasador y luchando contra los insectos. Llegó cuatro días después que sus salvadores, e hizo todo lo posible para llamar la atención de sus compatriotas a bordo de la *Panther*. Cuando finalmente vieron a un hombre blanco en la playa, rodeado de

pescadores del lugar, enviaron un bote para que lo recogiera. Misión cumplida; toda la población alemana estaba a salvo. Los titulares de la prensa alemana fueron exultantes: «¡Hurra! ¡Una hazaña! [...] Acción por fin, una hazaña libertadora [...] Una vez más se vuelve a demostrar que la política exterior de una gran nación, un Estado poderoso, no puede agotarse en la inacción paciente.»[1]

Pese a sus modestas dimensiones, la *Panther* provocó una tormenta de categoría uno. Las negociaciones entre París y Berlín fueron tensas, y la llama no tardó en cruzar el Canal. Los británicos estaban decididos a apoyar a Francia contra cualquier reivindicación alemana sobre Marruecos; los alemanes advirtieron a los británicos que se mantuvieran al margen, y Winston Churchill, primer Lord del almirantazgo, alertó a la armada sobre un posible ataque preventivo de la *Kriegsmarine*. Todos los indicios apuntaban a una guerra, pero después, de improviso, Kinderlen, desde la cancillería, dio marcha atrás en el último momento. Las negociaciones con París no afectarían de ninguna manera a los intereses británicos, le aseguró Kinderlen a Lord Grey en el Foreign Office; sería sólo un asunto entre Alemania y Francia.

Cuando quedó claro que Gran Bretaña no permitiría la partición de Marruecos (el objetivo inicial de Kinderlen), el ministro de Exteriores alemán comprendió que había calculado mal. La serena, pero firme actitud de los franceses y el férreo apoyo británico eran más de lo que esperaba, y aceptó unos territorios franceses en el África ecuatorial a manera de «compensación» por la renuncia de Alemania a toda reivindicación sobre Marruecos: cien mil kilómetros cuadrados de ciénagas y pastizales en el Congo; para ser exactos, una tierra plagada de enfermedades. Para Alemania fue la debacle. Tras arriesgar una guerra internacional con

tal de afirmar su influencia en Marruecos y asegurarse territorios marroquíes, Berlín tuvo que contentarse con unos pantanos tropicales sin utilidad ni prestigio.

El éxito francés en la mesa de negociaciones se debió a la inteligente, pero comedida instrucción del primer ministro Caillaux, que había llevado las negociaciones desde París. El primer ministro era un hombre de negocios con dinero invertido en el extranjero, principalmente en Sudamérica, y era realista; sabía que Alemania había tomado la delantera a Francia, y no sólo en población, sino también en ámbitos como la ingeniería, las manufacturas y las exportaciones. Sabía también que, en tiempo de paz, Francia necesitaba a Alemania más que esta a Francia, y que no podría ganarle una guerra. Sabía que debía cerrar un acuerdo pacífico con ese vecino irascible y poderoso, y pensaba que una franja de pantanales africanos no era un precio demasiado alto por la paz y la prosperidad. Más tarde, esa moderación fue su ruina.

En una sociedad dominada por los medios de comunicación, los políticos son lo que uno se imagina que son, y en Francia la prensa conservadora insistía en que el perdedor no había sido Alemania, sino Francia. Perder Alsacia-Lorena en 1871 era algo que aún dolía a los franceses, y ceder más territorio parecía sencillamente imposible. Caillaux perdió su puesto en 1912; un año después lo nombraron ministro de Finanzas. Por fin el conflicto de Agadir parecía haber terminado.

Sin embargo, los conservadores no perdonaron a Caillaux algo que para ellos era una traición. Cuando en 1913 Raymond Poincaré llegó a la presidencia, se pusieron en marcha mecanismos cuyo objetivo era destruir a Caillaux para siempre. Los dos ejes principales del ataque fueron

Gastón Calmette, el director de *Le Figaro*, y la primera esposa de Caillaux, que facilitó a Calmette un voluminoso fajo de cartas comprometedoras que permitían entender ciertos detalles no sólo de la vida política del ministro de Finanzas, sino también de sus asuntos personales. En una flagrante falta de respeto a todas las convenciones periodísticas de la época, Calmette comenzó a publicar esa correspondencia, empezando por las cartas de asunto político. Sabía que, a partir de entonces, el poderoso ministro Caillaux viviría los últimos días de su carrera.



Una asesina muy atractiva: Henriette Caillaux a
su llegada a los juzgados, 1914
(Roger-Viollet/Bridgeman Art Library)

Calmette montó una auténtica campaña de difamación contra el primer ministro. En unos pocos meses aparecieron en *Le Figaro* ciento treinta y ocho artículos y viñetas que atacaban o ridiculizaban al político. Pero lo mejor aún estaba por llegar. Entre el material comprometedor que le había entregado la despechada ex esposa de Caillaux había cartas

de amor que este le había enviado a su entonces amante, la que sería segunda esposa de Caillaux, que de pronto decidió zanjar la cuestión para defender los intereses del marido. «Le partiré la cara», había gruñido el primer ministro durante la cena al ver publicada la primera carta. Henriette Caillaux empezó a temer que su marido retara al director de *Le Fígaro* a duelo, temió que muriese y que saliera a la luz el secreto de ese viejo amor. Así pues, subió a la limusina oficial y le ordenó al chófer que la llevara a una armería, donde probó una Browning y la compró. Seguidamente se dirigió a la redacción de *Le Fígaro* y se dispuso a esperar a Calmette. Cuando el director llegó, Henriette se limitó a decir: «Ya sabe por qué estoy aquí, ¿verdad?»; después sacó el arma y vació el tambor. Cuatro de los seis disparos alcanzaron a Calmette y lo hirieron de muerte. La asesina se quedó donde estaba, esperando a la policía. Al marido le había dejado una nota muy sencilla: «Lo haré por ti.»

El juicio de Henriette Caillaux hizo época. Tras renunciar a su cargo minutos después de enterarse del crimen, el propio Caillaux preparó la defensa de su mujer. La estrategia que diseñó, de acuerdo con el prestigioso abogado que había contratado, era muy sencilla: las mujeres, dijo el ex primer ministro al tribunal, eran criaturas débiles y emocionales que se alteraban con facilidad. La cruel campaña de la prensa contra él había trastornado el precario equilibrio de esa mente femenina, que luego actuó por lealtad malentendida cometiendo un crimen pasional en el sentido más noble del término. La defensa funcionó a la perfección, y el veintiocho de julio de 1914 declararon a Henriette Caillaux culpable, pero no de asesinato, sino de un *crime de passion*. Cuando la acusada abandonó la sala, se lanzó, libre, a los brazos del marido. Francia estaba entusiasmada y escandalizada a la

vez. «El jurado ha absuelto a la señora Caillaux», escribió el chismoso *abbé* Mugnier en su diario:

¡Ah! ¡Cómo van a chillar los conservadores, los católicos! ¡Les gusta tanto anticipar el Día del Juicio, imponer normas, inventar sanciones! ¡Les gusta el dolor, la justicia que causa sufrimiento! No hay indulgencia, no hay grandeza en el perdón. Hay que expiar, dicen. El domingo, la buena de la condesa Armand, hablando de la guerra, me dijo: «Necesitamos de verdad que nos castiguen.» Esa necesidad de castigar los fieles la llevan en la sangre [...] Toman la comunión, van al Sacré-Cœur y a la eucaristía, a las bendiciones..., [pero] esos buenos oficios sólo les inspiran deseos de hacer el mal, de condena, y amor a un dios vengativo. Ay, eso es feo [...]

Austria ha declarado la guerra a Serbia.[2]

La opinión pública no tuvo tiempo para recuperarse de la agitación que había creado el asesinato de Calmette. El treinta y uno de julio, tres días después de que absolvieran a Henriette Caillaux, otro crimen sacudió al país. Jean Jaurès, el gran orador, el principal defensor del capitán Dreyfus, presidente y *alma mater* del Partido Socialista, uno de los políticos franceses más respetados a nivel internacional, cayó víctima de varios disparos en el parisino Café du Croissant. Un nacionalista se había ofendido por el llamamiento a una huelga general en protesta por la guerra que ya se cernía sobre el horizonte, igual que en Agadir tres años antes. Esos fueron los grandes crímenes que inquietaron a la opinión pública en julio de 1914. Mientras los periódicos no daban abasto con las últimas noticias sobre los asesinatos de Calmette y Jean Jaurès, muy pocas eran las

líneas dedicadas a otros asesinatos, quizá más graves, como el del archiduque Francisco Fernando en la lejana Sarajevo.

Los disparos que Henriette Caillaux le asestó con su Browning a Gaston Calmette causaron sensación en todo el país, en parte porque eran un intenso eco de las preocupaciones y las angustias de la época. En casos como ese se resumían muchos motivos: las preocupaciones francesas sobre si el país era lo bastante fuerte para hacer frente a la dominante Alemania; el ascenso de los tecnócratas (Caillaux) y la fuerza de la política moderna; el papel crucial de los medios de comunicación; el trasfondo colonial con sus sórdidos pactos; la carrera armamentística naval y la amenaza constante de una escalada; la violencia que ensalzaban los futuristas y la angustia por el incremento del número de actos violentos en la vida cotidiana, y, por último, el hecho de que la señora Caillaux no se hubiera dado por conforme con el papel de esposa pasiva y tomara la iniciativa de matar a un hombre poderoso. Ese fue el crimen perfecto de la época.

Un vórtice de fuerzas infinitas

Habían pasado quince años desde la Exposición Universal de 1900, quince años en los que el mundo cambió radicalmente. Algunos de esos cambios —las ciudades cada vez más grandes, las chimeneas de las fábricas, las vías de ferrocarril y los *Dreadnought*— eran muy obvios. Otros lo eran menos, pero tanto más profundos. La guerra los haría aflorar a la superficie y sacudiría lo poco que quedaba del viejo orden. Sin embargo, la modernidad existía incluso antes de que el primer soldado alemán cruzara la frontera belga.

Para el escritor norteamericano Henry Adams, la visión de las silenciosas, pero potentes dínamos en la Exposición de 1900 pudo ser una revelación. La velocidad oculta las convertía en símbolo de un trastorno fundamental que tenía lugar en el corazón mismo de la civilización. Adams escribió:

La fuerza brotaba de cada átomo, y por cada poro de materia se desperdiciaba la suficiente para abastecer al universo estelar. El hombre ya no podía frenarla. Las fuerzas lo cogían por las muñecas y lo hacían dar vueltas por el aire como si él se hubiese aferrado a un cable pelado o a un automóvil sin frenos; y eso puede afirmarse con casi completa certeza de los propósitos de un caballero de París, tímido y ya mayor, que nunca había bajado en automóvil por los Campos Elíseos sin esperar tener un accidente, y siendo comúnmente testigo de uno. O que veía que había llegado al barrio en que vivía un funcionario sin calcular las posibilidades de que allí estallara una bomba. Mientras las tasas de progreso fuesen buenas, cada diez años el número de esas bombas se duplicaría, y también su potencia.

Lo imposible ya no era un obstáculo. La vida había engordado ingiriendo imposibles. Antes de los seis años un niño ya había visto cuatro imposibles hechos realidad: el transatlántico, el ferrocarril el telégrafo eléctrico y el daguerrotipo; tampoco iba a aprender nunca cuál de los cuatro había precipitado más la llegada de otros.[3]

El frenesí de la modernidad conllevaba peligros (accidentes, atentados terroristas), la angustiada sensación de acelerar sin control, de estar agarrados a un cable pelado y

de «dar vueltas y más vueltas en un vórtice de fuerzas infinitas».

El anciano caballero que describió Adams, el hombre que conducía tímidamente su automóvil por los Campos Elíseos y que todo lo contemplaba angustiado, habría nacido alrededor de 1840 y su abuela aún podría haber recordado la Francia anterior a 1789, el *ancien régime*. Pero sus nietos serían testigos del hongo atómico de Hiroshima y verían al primer hombre en la Luna en un programa transmitido en directo por televisión. Los cambios intelectuales, científicos y emocionales que separaron a esos dos mundos se produjeron entre 1900 y 1914. En la Exposición Universal de 1900 Adams afirmó que la cultura del principio tradicional de la fertilidad femenina, la Virgen, había muerto, y que lo había reemplazado la fuerza de la Dínamo y su poder generador. Al elegir esos dos emblemas, también identificó los dos motivos centrales de los cambios que se registraron en la década de 1900: las máquinas y la mujer, la velocidad y el sexo.

La dínamo...

Si algo fueron los años que van de 1900 a 1914, entonces fueron dinámicos. Todo parecía más grande que antes: las ciudades, la producción industrial, las redes ferroviarias, las calles con sus automóviles lanzados a toda velocidad, los rascacielos de fachada severa, la población, los medios de comunicación, los entretenimientos, la cultura de masas, los récords de velocidad. Atrapados entre las mandíbulas de acero de la industria y el mercado mundial emergente, millones de personas abandonaron sus raíces, forzadas a

inventarse una nueva identidad en un mundo que les resultaba desconocido.

Pese a ese dinamismo, el espectro de la degeneración y el declive era una presencia inquietante en la mente de los europeos. Los partidarios de la eugenesia habían advertido del declive de la raza; los publicistas conservadores predijeron el final de la civilización; los imperios observaban angustiados el poder militar de sus rivales. Nunca se habían tenido tantos motivos para ser optimista, y nunca se había mirado el futuro con tantos recelos. La mera velocidad del cambio consiguió agotar a la gente, pero, si bien nadie sabía a ciencia cierta lo que se avecinaba, los europeos también dudaban cada vez más de los valores y los logros del poder. A diferencia de los Victorianos, ya no daban tácitamente por sentado que eran soldados cristianos camino del paraíso.

El siglo ^{xx}, cuando comenzó, ya estaba en peligro. Su expresión más visible, la Exposición Universal de 1900, fue un síntoma de la falta de confianza en la estética de un mundo nuevo, de la necesidad de ocultar las manifestaciones del futuro bajo el manto prestado del ayer. El París medieval en miniatura, con sus espadachines, sus *souvenirs* y su publicidad de bombones, atrajo a los visitantes; los pabellones históricos nacionales, levantados a orillas del Sena como una fila de perros de pedigrí grotescamente cebados, y la exposición colonial, sugerían un mundo armonioso, si bien todo el que hubiera leído en el periódico matutino sobre los sucesos en África sabía que esa armonía era mentira. El programa de la exposición se cuestionó como nunca se había hecho. Fue, en realidad, un ejercicio político que reflejaba las angustias y los recelos de una sociedad minada por las divisiones a que habían dado lugar el caso

Dreyfus y el debate en torno a la despoblación, a la virilidad en decadencia y la ciudad que devoraba a los hombres.

En otros lugares el siglo empezó con la guerra de los Bóers y la muerte de la reina Victoria, dos hechos que contribuyeron, y mucho, a sacudir la confianza moral del mayor imperio del mundo. La muerte de la anciana reina marcó el final de una era (Henry James temía a las «aguas sin cauce»), pero la sórdida guerra contra los bóers y el desenmascaramiento del régimen inhumano del Congo belga hicieron lo suyo para debilitar cualquier idea de la *mission civilisatrice* que los europeos blancos supuestamente realizaban en el mundo. La victoria de Japón en 1905 sólo sirvió para intensificar la extendida sensación de que las grandes potencias actuaban por motivos dudosos, de que a menudo sus dirigentes se equivocaban y de que la «raza» europea misma estaba en declive permanente. El movimiento eugenésico nació de esa angustia, pero su plan para crear una raza dominante sólo sirvió para subrayar y exagerar la impresión de que las sociedades europeas se encontraban en un estado lamentable.

A medida que las realidades sociales parecían cambiar con cada día que pasaba, la vieja casta gobernante europea, antes garantía de estabilidad, entró en fase terminal, llevándose con ella el orden social tradicional y sus valores. Los descendientes de caballeros y príncipes cayeron derrotados, pero no ante ejércitos invasores; los vencieron la refrigeración y las turbinas de vapor. La nueva clase dirigente, la burguesía, introdujo sus propios ideales pragmáticos, y pese a que a los industriales de vez en cuando les gustaba jugar a ser nobles del campo, en ese juego las reglas eran estrictamente capitalistas. Las señoriales mansiones que compraban para jugar estaban equipadas con

luz eléctrica y modernos cuartos de baño. Ahora el verdadero poder era el dinero, las industrias, y una fábrica ornamentada con falsos torreones góticos seguía siendo una fábrica.

En ese universo urbano en constante expansión, donde se vivía a toda velocidad, la certidumbre se convirtió en una mercancía muy rara. La regla de la dínamo no sólo aceleró las cosas; también las hizo girar hasta que se descontrolaron. Los periódicos rebosaban de noticias sobre accidentes automovilísticos, actos de violencia callejera y suicidios, y hasta las secciones de anuncios clasificados susurraban mensajes turbadores: ¿Es usted lo bastante hombre?, preguntaban. ¿Es usted lo bastante hermosa?, era la pregunta dirigida a las mujeres. ¿Está usted lo bastante sano para soportar la presión?, era la pregunta dirigida a ambos sexos. A los inseguros se les informaba discretamente de la existencia de tónicos y aparatos con poderes curativos, de sanatorios y medicinas patentadas y de seguros de vida, anunciados como la última certeza que quedaba en las arenas movedizas de la existencia.

La producción industrial ocupó con rapidez el lugar de las manufacturas tradicionales. Hacía tiempo ya que las importaciones de alimentos de todo el planeta habían aventajado a los productos de las explotaciones agrícolas nacionales, y las identidades se vaciaban cada vez más en un molde industrial. La gran mayoría de la población se había convertido en una masa de consumidores que no producían los bienes que necesitaban; antes bien, cambiaban trabajo o servicios por dinero para comprar trabajo, servicios y bienes prefabricados. Cuando las inmensas filas de trabajadores se organizaron en sindicatos y partidos socialistas, surgió una nueva realidad social con una fuerza política no desdeñable

y cuyo objetivo era la revolución; asimismo, gran parte del movimiento feminista, igualmente radical, nació impulsado por obreras industriales. La asistencia a la iglesia disminuyó de un modo espectacular a la par que crecían los partidos y las asociaciones políticas, y hasta el deporte pasó a ser el centro de identidades tribales, especialmente entre los obreros aficionados al fútbol. Esas eran las nuevas tribus.

Gran parte de esa transformación se produjo en menos de una generación y, puesto que había menos certezas tradicionales a las que aferrarse, los miembros de las sociedades europeas sintieron la necesidad de contar con nuevos puntos de referencia. Los nuevos credos emplearon el vocabulario de la ciencia para satisfacer la necesidad de sentirse elegido y superior. Los nacionalistas y los pensadores raciales «demostraban» su propia excelencia, y de ella dedujeron un derecho a la dominación política y al uso de la violencia en caso necesario. De un modo un poco más sutil, los partidarios de la eugenesia sostuvieron que los europeos y los norteamericanos blancos de clase media eran «superiores», y que no sólo tenían el derecho, sino también la misión urgente, de decidir si a los «inferiores» se les debía permitir tener descendencia. Pero la gran mayoría decidió divertirse. Donde una vez el cristianismo había proyectado en la mente humana imágenes de pertenencia, de deber y de esperanza, las pantallas de los primeros días del cine y las fachadas de los grandes almacenes reemplazaron a la Iglesia tejedora de sueños. Lo que allí se exhibía y exponía era un mundo secular e industrial, pero hermoso, asequible y divertido. En 1910, los que podían permitírselo ya se evadían de los problemas existenciales comprando de todo.

Los artistas e intelectuales advirtieron que la época estaba dañada y amenazada, y se obsesionaron por formular una

nueva estética y una moral genuina, pero no consiguieron ponerse de acuerdo sobre cuál debía ser su base. La cultura occidental oficial —el cristianismo, la Ilustración— parecía haber generado una vida de consumidor desprovista de significado, la crueldad del capitalismo, el anonimato de la gran urbe, la bancarrota moral de la sociedad misma. Muchas mentes creativas coincidían en que la base real para la renovación —estética y moral—solo podía encontrarse fuera de la civilización cristiana: en África (Picasso, Braque, Gide); en Oceanía (el antropólogo Marcel Mauss); en Sudamérica (el historiador visionario Aby Warburg); en el espíritu pionero de los Estados Unidos (Adolf Loos, Henry Adams); en las civilizaciones paganas precristianas de la Europa rural (Bartók, Kodály, Kandinsky), o en la Antigüedad clásica (Nietzsche, ya muerto; o Freud, Hofmannsthal, Klimt, Strauss).



Velocidad y desintegración del yo: en el ciclista de Metzinger se funden el hombre, la máquina y la multitud.

Jean Metzinger, *En el velódromo*, 1914; Colección Peggy Guggenheim, Venecia (The Art Archive)

© ADAGP, París y DACS, Londres, 2008

A los futuristas no les interesaban las civilizaciones primitivas. Ellos utilizaban los logros de la civilización

contra la civilización. Sus armas (que empuñaron únicamente en manifestos y en algunos de los primeros *happenings*) eran máquinas modernas: coches rápidos, grandes turbinas, ametralladoras. Su propaganda consistía en fragmentos de la vida cotidiana: recortes de periódicos y sonidos sin significado, el ruido de la calle, el runrún de los motores en las fábricas y estaciones de ferrocarril, el intento de captar todo lo pasajero y descubrir heroísmo en momentos icónicos relacionando la velocidad y la técnica. El héroe futurista no era el noble soldado ni el misionero, sino el piloto temerario, el ciclista que combinaba el cuerpo y la fuerza muscular con una máquina rápida, un precoz hombre biónico.

... y la Virgen

El crecimiento de la sociedad industrializada y el cambio de actitud entre los sexos, y respecto del sexo, llegaron furtivamente. Se deslizaron bajo las sábanas y así entraron en la mente. Nadie había escrito el Librito Rojo de esa revolución; no se disputó ninguna gran batalla para ganarla; no se tomó ninguna Bastilla. A menudo de un modo imperceptible, y aumentando poco a poco, los ideales y las expectativas en lo tocante a hombres y mujeres perdieron anclaje y quedaron a la deriva.

Encabezada por las sufragistas británicas y por escritoras feministas como Emmeline Pankhurst y Rosa Mayreder, la causa de la emancipación de la mujer se abrió camino por sí sola en el debate público. A veces el número de esas mujeres valientes no superaba el puñado, y hoy sus manifestaciones se nos antojan totalmente inofensivas, pero entonces se vivía el amanecer de la era de los medios y los periódicos estaban

siempre dispuestos a enseñar lo sorprendente, lo escandaloso y lo raro. Las mujeres con pantalones de ciclista, las activistas y las militantes que llevaban el pelo corto y tomaban las calles eran un blanco seguro de las cámaras de los reporteros gráficos; sus fotos aparecían en la prensa (lo quisieran ellas o no) y millones de europeos leían esas noticias. A menudo las recibían con desdén y burla, e incluso con odio, pero ya nadie podía ignorarlas.

Así y todo, hubo cambios más sutiles y menos espectaculares, aunque no por ello menos omnipresentes. Las mujeres europeas tenían menos hijos cada año; en todo Occidente eran más instruidas y muchas ganaban su propio dinero en fábricas o tiendas, y pronto también ejerciendo profesiones liberales. Era obvio que tomaban más decisiones, porque preferían menos embarazos e invertir en un futuro con menos hijos pero mejor formados. Si hemos de creer a los autores contemporáneos que escribieron sobre ese fenómeno con conocimiento de causa, a los analistas los pilló por sorpresa y ellos se lo tomaron a pecho. Al parecer no se les ocurrió pensar que el descenso de las tasas de natalidad era una prueba de competencia social y de decisiones tomadas de común acuerdo por las parejas; nada más lejos de ellos. Sólo escribieron sobre la decadencia del sexo masculino, sobre el fantasma de *la dépopulation*, como lo expresó uno de ellos. Y si Francia tenía motivos para preocuparse, era un problema latente en países como Gran Bretaña y Alemania, donde, aunque la población seguía aumentando a pesar de la disminución de la tasa de natalidad, la gente tenía las mismas preocupaciones.

Esa reacción exagerada apunta a otro fenómeno de la época. Cuando las mujeres se volvieron más enérgicas y parecieron asumir nuevos papeles, los hombres se pusieron

inmediatamente a la defensiva. Freud había escrito que sus investigaciones demostraban que el hombre ya no mandaba en su propia casa, lo cual era cierto en más de un sentido. Unas máquinas que hasta un niño podía manejar habían inutilizado la fuerza física masculina; con su posición cuestionada por el cambio social y la incertidumbre sexual, los hombres se refugiaron en una afirmación de exageradas ideas de masculinidad. Entre 1900 y 1914 hubo más duelos en las calles —y más uniformes— que en los treinta años anteriores; los bigotes eran más grandes; los culturistas tenían más músculos, y los acorazados, cañones imponentes. Había coches de carrera y se batían récords de velocidad; nacieron los héroes de los deportes y se publicaba un sinfín de anuncios de cinturones eléctricos y otros remedios para la pérdida de «vigor masculino». No es de extrañar, por tanto, que en 1912 el hundimiento del elegante, rápido y potente *Titanic* fuese emblema del desastre de la época. Freud habría podido entenderlo, tal vez, si no hubiera sido, al fin y al cabo, un hijo de su tiempo: muy práctico él, diagnosticó que lo de las sufragistas era pura envidia del pene.

Las escritoras feministas no temían a desautorizaciones como esas, y atacaron a sus críticos. Su propio análisis de la sociedad dejaba al descubierto sin muchas vueltas la angustia masculina y las estructuras de poder patriarcales. «El hombre moderno sufre de la práctica que transforma su intelecto en algo parecido a una enfermedad», había escrito Rosa Mayreder. «Ser masculino [...] lo más masculino posible [...] ese es el auténtico honor para ellos; con tal de que coincida con el canon tradicional de la masculinidad, son insensibles a la brutalidad de la derrota o al mero hecho de que una acción no sea la correcta.»[4] Ese análisis, hecho desde la perspectiva de una mujer, cuestionaba las certezas

en las que los hombres más confiaban, y fueron pocos los escritores (George Bernard Shaw, Arthur Schnitzler y August Bebel, entre otros) con visión de futuro y valor moral suficientes para reconocer la necesidad de un cambio radical.

Para muchos hombres, los fantasmas gemelos del descenso de la tasa de natalidad y de las sufragistas que tiraban piedras y atacaban a los políticos, parecían anunciar el final de la civilización. Los críticos conservadores advertían que una sociedad de mujeres varoniles y hombres afeminados era una aberración, un tronco debilitado al que podían sumergir las «razas inferiores», que habían conservado la vitalidad y la virilidad gracias a no haber permitido que las afectaran las influencias corruptoras de la modernidad. Mientras que las mujeres exigían cambios sociales desde dentro, lejos de las ideas de la dominación y violencia y con la vista puesta en una vida de diálogo y cooperación, muchos escritores (y también algunas escritoras) veían en esa postura un camino que conducía a la ruina y reclamaban un renacimiento del espíritu guerrero y de la fe de los siglos anteriores.

El conflicto hombre-mujer en una ideología que echaba sus raíces en la agitación feminista de la primera década del siglo ^{xx} también tuvo su reflejo en ideas racistas. Es importante reconocer que el antisemitismo no dejaba de ser, también, expresión de la angustia masculina, una angustia producida por la percepción de que los judíos «poco viriles» castraban simbólicamente a los gentiles unciéndolos a las máquinas y haciéndolos objeto de la manipulación capitalista. En la fascinación con las culturas africanas y el orientalismo se reconoce la fuerte influencia de la libertad sexual que, según se percibía en Occidente, los hombres disfrutaban en esas culturas, ya fuese el pachá de infinita

potencia sexual y con un harén de mujeres sumisas, ya la virilidad natural de los subsaharianos y sus supuestas hazañas sexuales; todo eso era un motivo recurrente en las novelas y el arte gráfico. La dominación colonial era una prueba de la masculinidad europea, y tanto más inquietante era verse obligado a admitir los excesos de la brutalidad colonialista que, en el momento menos oportuno, sacó del terreno de lo simbólico una realidad de semiesclavitud y maltrato para introducirla en la esfera política. Cuando las identidades europeas se cuestionaron en el plano más básico —es decir, cuando se pasó a considerar la cuestión de los hombres y las mujeres y sus relaciones mutuas—, las cuestiones políticas y sociales adquirieron fuertes connotaciones sexuales, oscilando entre la angustia sexual directa por cuestiones tales como la masturbación, la homosexualidad, la potencia sexual y la enfermedad mental, y un nivel metafórico en que distintos grupos eran sustituidos por el objeto real de la angustia. Sublimación y desplazamiento fueron los términos técnicos que Freud propuso para esos mecanismos, que había observado en pacientes nada dispuestos a hacer frente a sus deseos más íntimos.

Perdidos en el espacio-tiempo

Cuando empezó el reinado de la dínamo, el tiempo y el espacio mismos —llamados, por Kant, las «categorías de la percepción»— se transformaron en algo extraño. Para Einstein se fundieron en el espacio-tiempo, un misterioso *continuum* que se deformaba y se expandía, pero que también se contraía. Los científicos comenzaron a investigar el espacio al nivel del átomo y detuvieron el tiempo

fotografiando balas en plena trayectoria, desglosando en sus partes integrantes secuencias fotográficas de movimientos, capturando varias series de momentos estáticos y volviéndoles a dar vida en imágenes. La telegrafía sin hilos y el teléfono acortaron las distancias; las líneas de ferrocarril transformaron las ciudades costeras, que sólo una generación antes parecían remotas e inalcanzables, en destinos populares de las vacaciones de las masas. La gente iba más rápido y más lejos. Gracias a los trenes se volvió posible viajar diariamente al trabajo y cultivar un huerto suburbano; al mismo tiempo, el mundo llegaba a todas partes en los artículos de periódicos enviados por teletipo e incluso en fotografías, en el cine, en discos de gramófono.

El espacio y el momento únicos dejaron de existir. Sólo unos años antes, un aria interpretada en la Metropolitan Opera quedaba grabada sólo en la memoria de los presentes en la función; de lo contrario, se perdían en el éter. Ahora podía grabarse, copiarse miles de veces y enviarse a todo el mundo, y se la podía escuchar y volver a escuchar a discreción. Había fotografías de las atrocidades cometidas en el Congo y de las batallas de la guerra de los Bóers, y parte de la sensación que causó una de las primeras películas jamás filmadas, la *Salida de los obreros de la fábrica Lumière en Lyon* (1895), se debió a su novedad, al puro asombro que producía ver salir de la fábrica a mujeres trabajadoras comunes y corrientes, un momento fugaz captado a última hora de la tarde en una ciudad francesa y que podía proyectarse a voluntad en Ciudad del Cabo o en Oslo.

Los artistas reaccionaron a esa manera nueva y más insegura de estar en el mundo. Picasso y Braque mostraron objetos y caras desde distintos puntos de vista a la vez, lo cual producía en el espectador la sensación de una

omnipresencia perturbadora en el espacio pintado; Giacomo Balla y Marcel Duchamp comprimieron en un solo fotograma varios movimientos en el tiempo; novelistas y dramaturgos como Schnitzler y Strindberg desdibujaron el espacio entre realidad e imaginación, entre sueño y vigilia. La vida era «más fragmentada y más rápida que en épocas anteriores», escribió el pintor cubista Fernand Léger en 1913: «Un hombre moderno registra cien veces más impresiones sensoriales que un artista del siglo ^{xviii}.»[5]

El hombre y la máquina contrajeron un extraño matrimonio, formaron un cuerpo fusionado, biónico, una segunda creación. Frederick Taylor revolucionó los procesos industriales describiendo el cuerpo humano como un mecanismo que debe emplearse para que trabaje con un nivel de eficiencia ideal. En el análisis de Ernst Mach, la personalidad humana ya no era más que una ficción que enmascaraba un torrente de impresiones sensoriales muy parecido a las exposiciones de una cámara. En 1913, el escultor Jacob Epstein creó su *Rock Drill*, de asombroso parecido con un robot; el pintor Umberto Boccioni y otros futuristas italianos quedaron fascinados con la combinación de carne y acero que expresaron en esculturas que hoy se nos antojan sacadas directamente de *La guerra de las galaxias*, y en la mente de los pacientes psiquiátricos apareció el espectro de la Gran Máquina que controlaba la mente y las emociones desde grandes distancias. Como dijo Serafino Gubbio, el protagonista de la novela de Pirandello, refiriéndose a su relación con el proyector: «Dejo de existir. Ahora camina sobre mis piernas. Desde la cabeza al pie, le pertenezco: Formo parte de este equipo.»[6]

La ciencia llevó aún más lejos la desintegración del yo, de una personalidad con límites bien definidos y un núcleo

sólido. En lugar de construir la base sólida que había predicho el positivista siglo XIX, la investigación avanzada y la teoría disolvieron toda certeza; destrozaron la materia misma en átomos vacíos y electrones que giraban como en un remolino; retorcieron y dilataron el tiempo y el espacio; mostraron fuerzas oscuras e invocaron una realidad invisible que nos acechaba: los rayos X hicieron que seres vivos parecieran esqueletos; los rayos misteriosos del uranio podían atravesar objetos sólidos; las señales de telégrafo llegaban por el aire sin que nadie las viera; se podía enviar electricidad a gran distancia, y hacer que cosquilleara, que encendiera una bombilla o moviera una locomotora, que matara incluso. Nada de eso encajaba con la gama limitada de experiencias que permitía a la gente confiar en los sentidos. Según la experiencia, la física era —y aún es— newtoniana; el tiempo y el espacio eran iguales para todos; los objetos eran sólidos. Pero la experiencia se equivocaba, pues sólo era una proyección de la mente y, en sí misma, parte constructo social y parte ilusión. Cuando la ciencia ensanchó las posibilidades humanas y aumentó infinitamente el conocimiento humano de la naturaleza, también socavó todo sentido de dirección y de finalidad. Más conocimiento significaba menos confianza en la percepción, más debilidad a la hora de decidir qué dirección tomar. Más conocimiento significaba un mundo más oscuro y menos familiar.

Si el análisis científico hizo que el mundo se derrumbase, la razón filosófica vertió ácido sobre las verdades que quedaban. Con una alta dosis de mordacidad, William James proclamó que sólo podía llamarse «verdad» a lo que era útil. Bertrand Russell explicó que el término mismo era un malentendido; otros, como Mauthner y Wittgenstein,

cuestionaron que el lenguaje pudiese tener algún sentido. Ernst Mach insistió categóricamente en que no había nada que pudiera llamarse un yo, mientras que Freud creía que no sólo el yo, sino incluso la moral del yo, eran construcciones individuales y narcisistas. Contra todo eso, sólo el vitalismo de Henri Bergson pareció ofrecer cierta clase de salvación al instinto y la experiencia, si bien es cierto que se apoyaba en una crítica de los valores «espaciales», en la misma mente cuantificadora que había probado una herramienta tan potente para construir cosas nuevas y administrar las existentes. Las reconfortantes certezas del idealismo alemán, la razón crítica de Kant y el mundo del espíritu de Hegel, obsesivo y metódico, se hicieron pedazos en la rueda de la incertidumbre. Quedaba Nietzsche, pero su lenguaje poético permitió que cualquiera pudiese reivindicarlo y que sus intenciones fueran objeto de eterna disputa, con lo cual no puede hablarse de un legado con autoridad al que uno pudiera aferrarse.

Los artistas de vanguardia reflejaron esa disolución de la integridad personal y del mito de la autoridad. En sus obras, las figuras aparecían hechas añicos, las cabezas eran fragmentos observados desde múltiples perspectivas simultáneas, y ninguna de ellas tenía más autoridad que las otras. La metralla del mundo exterior en explosión atravesaba las figuras expuestas; los límites entre el yo y el entorno ya no existían. Músicos como Gustav Mahler supieron comunicar esa sensación dejando que las melodías se interrumpieran entre sí, que marchas militares vulgares se llevaran por delante, y sin ninguna consideración, frases musicales exquisitas, y que el sentimiento surgiera distorsionado por el sentimentalismo o socavado por la ironía. En *La consagración de la primavera*, Stravinski

desdibujó las estructuras musicales en una serie de momentos atmosféricos y entradas crueles, mientras que Arnold Schönberg fue incluso más lejos utilizando la descomposición de la forma y de la tradición como herramienta para dividir la música en sus partes más pequeñas.

Los elementos más básicos de la vida —el tiempo y el espacio, la integridad física y la identidad personal— se vieron privados de su solidez por la marea de cambios que cubría a Occidente, y cuando las tribus de consumidores reemplazaron a los estamentos de antaño, se dejó sentir con fuerza la pérdida de autenticidad, de unicidad y de valor indiscutible del yo.

El culto de la sinrazón

El nuevo mundo que empezó a adquirir forma en la primera década del siglo ^{xx} era una criatura de la razón, de expertos y científicos, de estadísticos e ingenieros. Hasta esos días la razón había servido para desmitificar el mundo y rasgar los velos de la superstición como lo habían hecho Descartes, Hume y Kant. La prueba y la deducción habían sustituido a la revelación y la fe.

Así y todo, de pronto dejó de desempeñar esa función. La razón filosófica atacó a sus propias partes integrantes (el lenguaje y la percepción) y se hizo eco de la descripción nietzscheana de la verdad como «un ejército móvil de metáforas» que cambiaba sin cesar su formación para enfrentarse al enemigo. Cuando la sociedad de la razón se lanzó precipitadamente a un futuro incierto, la racionalidad despertó sospechas, y la sensación de vértigo que tantos testigos de la época describieron, produjo una reacción

marcadamente irracional. Fueron muchos los intelectuales que proclamaron que, si la razón no proporcionaba certidumbre, sino todo lo contrario, entonces la salvación debía de residir en el instinto, en las fuerzas primitivas. El resultado fue una búsqueda de certezas antiguas, de verdad mística, una fascinación con lo inconsciente, una celebración de la violencia y la guerra espontáneas, una angustiada manifestación de masculinidad y fuerza viril. Cuando la razón socavó los cimientos del mundo, la sinrazón —el territorio intemporal del instinto y la inspiración, del impulso y la irracionalidad— prometió remediar la extendida sensación de alienación emocional e intelectual.

La sinrazón siempre había desempeñado un papel en la historia de Occidente. Fue la fuerza motriz de las tragedias griegas, el objetivo espiritual de la mística medieval, lo sublime o la cosa en sí de la Ilustración. Para los románticos de principios del siglo ^{xix} fue la Flor Azul, el esquivo ideal de toda la vida artística y espiritual. Lo irracional aparecía en los sueños del opio de Coleridge, en el verso extasiado de Shelley, en la búsqueda poética de Hölderlin y en su locura, en Pushkin y en el marqués de Sade, y de pronto se convirtió en una fuerza política y en un fenómeno de la cultura de masas. En Francia, al tener que enfrentarse a pruebas irrefutables, los detractores de Dreyfus eligieron la sinrazón para manifestar su disgusto con algo que percibían como una degeneración propiciada por la modernidad; por su parte, la vanguardia artística vivió fascinada con los instintos arcaicos y la estética de las sociedades preindustriales y precristianas. Místicos como *Madame Blavatsky* y Rudolf Steiner atrajeron a un número considerable de seguidores que elegían la visión espiritual a la duda racional; el emperador Guillermo era famoso por su

breve periodo de atención y vivía queriendo hacer algo. La sinrazón podía adorarse de muchas maneras.

El profeta de esa contracultura fue Friedrich Nietzsche; toda una generación de jóvenes europeos leyó (erróneamente quizá), como si de un evangelio se tratara, la celebración nietzscheana de la voluntad dionisiaca y de la perfecta superación personal. Nietzsche se hizo célebre por denunciar la moral de su tiempo como una moral de esclavos; posteriormente su acusación adquirió una nueva y potente resonancia. La moral sexual de la época condenaba a muchas mujeres jóvenes a la ignorancia, al miedo y al nerviosismo mientras alentaba a los jóvenes de sexo masculino a desahogarse en los brazos de prostitutas, separando estrictamente el placer carnal de los sentimientos «superiores» y dividiendo a las mujeres en vírgenes y putas.

Cuando la velocidad del cambio aumentó, la razón y el instinto parecieron cada vez más separados entre sí. Todo instinto es, en última instancia, sexual, y las líneas de batalla se trazaron a lo largo de las fronteras sexuales: la relación entre hombres y mujeres empezó a cuestionarse tanto social como eróticamente, dejando a los hombres en particular angustiados, perplejos y en busca de soluciones. La cuestión de la sinrazón era una cuestión sexual.

Fue el genio de Sigmund Freud el que supo reconocerlo en su momento, y el que hizo de lo irracional y de la sexualidad elementos centrales de la psicología. Freud describió el levantamiento de la sinrazón a nivel individual, y su concepto del subconsciente convirtió la razón en poco más que una glosa metaforizadora sobre el carácter ingobernable del deseo, una boya perdida en un mar de deseos no reconocidos. Este análisis y su expresión artística tuvieron su centro principal en Viena, la capital con una sensibilidad

patológica a las cuestiones relativas a la identidad, al lenguaje y sus escollos, y a los límites de la racionalidad. En los lienzos de Egon Schiele vemos a sujetos que caen presa de sus impulsos, que se exponen y se entierran en la soledad de abrazos convulsos. Sus obras solían ser sexualmente explícitas, pero nunca gozosas, diarios de a bordo de una esclavitud erótica inevitable. En la cercana Praga, el joven Franz Kafka empezaba a narrar e investigar la dimensión de lo mítico en el plano personal, de las estructuras profundas en funcionamiento bajo una superficie aparentemente cotidiana. El mito central de Kafka fue bíblico; Freud, en cambio, se inspiró en la antigua Grecia, pero ambos proyectos se parecen entre sí y tienen, en el fondo, las mismas resonancias.

Para los antisemitas y los profetas de la raza, como Guido von List, Houston Stewart Chamberlain o Edouard Drumont, la noción pseudocientífica de descendencia y las profundas estructuras míticas negaban lisa y llanamente la fuerza de la razón. La raza superior (representada, sin excepción, por el grupo étnico al que pertenecía el escritor en cuestión) era automáticamente justa en todas sus acciones e instintos. Sus impulsos eran saludables, pues los dictaba la naturaleza; sus actos eran necesariamente buenos. Ningún razonamiento podía poner en entredicho esa verdad. Esas utopías constituían una auténtica sublevación contra la razón, que ellos identificaban con el «frenesí desalmado» de la modernidad, con la degeneración y con una influencia judía, ominosa y corrosiva, en la cultura. La racionalidad se condenaba a sí misma; cualquier argumento en contra de esa utopía era una prueba más de conspiración. La «razón judía» había corrompido el mundo; las «razas inferiores» y «degeneradas» habían socavado la supuesta pureza de la

raza. El objetivo era volver, por medio de un violento cataclismo, a la armonía originaria con el destino, a una comunidad primigenia basada en una esencia espiritual, la antítesis misma de las tribus modernas.

La rebelión de la sinrazón era un alzamiento contra la propia modernidad. Contenía la idea de una esencia antigua e inmutable contra las identidades inestables de la población urbana; se articulaba en el contraataque masculino al primer feminismo, en la violencia y el culto de la masculinidad, en una política reaccionaria. Sin embargo, no todos sus aspectos fueron retrógrados: también desempeñó un papel importante en el futurismo, en el arte de vanguardia y en las teorías raciales de base «científica», en el misticismo y en carreras de hombres tan diversos como W.B. Yeats, James Joyce, Adolf Hitler y Mark Rothko. El culto de la sinrazón fue un elemento importante en movimientos aparentemente tan incompatibles como el modernismo abstracto y el fascismo.

Pero estamos adelantándonos. Al comienzo de este libro invité a los lectores a que llevaran a cabo un experimento, a que imaginaran una plaga de gusanos que devoraban libros y documentos y nos dejaban sin información alguna sobre el siglo xx después de 1914. En mi opinión, sólo una perspectiva así —cosa que, en el fondo, es improbable— permite comprender una época tan eclipsada por los acontecimientos posteriores, tratada a menudo como rehén de la inevitabilidad histórica, y devolver a ese periodo un futuro abierto. Todos sabemos lo que ocurrió en agosto de 1914 y cómo la guerra (y tal vez la segunda guerra de los Treinta Años, de 1914 a 1945) marcó y devastó la faz del siglo, pero

en este libro he descubierto que lo esencial es apartar esa perspectiva y desentrañar la época desde dentro, interpretándola no retroactivamente, sino como la vieron quienes la vivieron. Nadie interpretaría la década de 1990 exclusivamente desde el punto de vista del once de septiembre de 2001, acusando al mundo por no haber anticipado lo que iba a ocurrir. De ahí que nadie debería mirar los años anteriores a 1914 esperando encontrar una conciencia profética de los horrores y preocupaciones del futuro.

Antes de 1914, la vertiginosa carrera hacia la edad de la producción industrial en serie dominaba la vida, los sentimientos y las ideas de mucha gente. A pesar de lo que afirmó Virginia Woolf, hacia 1910 nadie era plenamente «moderno» —y tampoco nadie lo es hoy—; siempre coexisten épocas diferentes y maneras distintas de ver el mundo, y no sólo en la sociedad, sino también en los individuos. Los héroes modernos de la historia de la cultura tenían entonces sus personales puntos ciegos, lugares en los que seguían arraigados en la cultura convencional: Schnitzler despreciaba la pintura experimental (hizo una crítica demoledora de una exposición de modernistas vieneses y llamó a Egon Schiele «charlatán afectado») y tenía en muy baja estima la música de vanguardia; a Picasso la música le daba absolutamente igual y nunca oyó hablar de Schnitzler; Stravinski nunca pisó un teatro salvo por motivos profesionales, y su gusto pictórico era decididamente conservador. Las mentalidades y las identidades se entrecruzaban a lo largo de las generaciones creando individualidades fracturadas, amalgamas de distintos elementos, lo cual es, en sí mismo, parte integrante de la

modernidad, notablemente exagerada por el carácter fragmentario del arte moderno y la filosofía.



Camisas almidonadas para los nuevos
consumidores.

Fotografía de Eugène Atget (colección privada)

La identidad de los hombres y mujeres «nuevos» de aquellos días (un tropo no desdeñable en la literatura contemporánea) siempre aparece escindida entre viejas lealtades y nuevas aspiraciones, entre nostalgia y realidad

social. Era una identidad transitoria y acosada por la fragilidad, por la decadencia, por la impotencia, y en continua lucha por estar al día en lo tocante a las cambiantes realidades sociales en que los hombres y las mujeres de entonces estaban inmersos. El cambio se produjo demasiado rápido; la racionalidad aventajó a la experiencia; como Henry Adams, la gente se sentía encerrada en un automóvil sin frenos, o, según Max Weber, en un tren cuyas agujas no se habían fijado. Esa aceleración sin rumbo mareaba. La sensación de vértigo estaba por todas partes, atravesaba líneas divisorias culturales e ideológicas. Los escritores de la época hablaban de sí mismos y de los demás no sólo como del Hombre Nuevo o la Mujer Nueva, sino también, en los países de lengua alemana, como *Übergangsmenchen*, seres de transición. Ya nada era lo mismo, y nada había cuajado aún en una forma nueva y definitiva. Nuestro mundo y nuestros horizontes intelectuales y emocionales los modelaron esos seres de transición. El miedo y la euforia dieron lugar a una extraordinaria tensión creativa, al origen de casi todas las ideas y fenómenos sociales que luego dominarían el siglo ^{xx}: socialismo y fascismo, arte conceptual y sociedad de consumo, medios de comunicación de masas y democratización, feminismo y psicoanálisis. En muchos sentidos, el siglo ^{xx} se limitó a representar los sueños y las pesadillas que surgieron en el fermento creativo de 1900-1914.

En *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, Ulrich, el protagonista, cavila acerca de la época en que vive:

¿Había guerra en los Balcanes, sí o no? Algo sucedía; pero lo que él no sabía era si se trataba de una guerra. ¡Tantas cosas agitaban a la humanidad...! Se había vuelto a superar el récord de altura. ¡Valiente

hazaña...! Si mal no recordaba, estaba en los 3700 metros y el hombre se llamaba Jouhoux. Un boxeador negro había vencido a su adversario blanco, y conquistado así el campeonato mundial; Johnson era su nombre. El presidente de Francia partía para Rusia; se creía en peligro la paz mundial. Un tenor recién descubierto ganaba en Sudamérica sumas hasta entonces inverosímiles en Norteamérica. Un terremoto espantoso había estremecido Japón; ¡pobres japoneses! En resumen, los acontecimientos se sucedían, era un tiempo agitado aquel de fines de 1913 y de principios de 1914.[7]

Galería de imágenes



Impotencia y angustia: autorretrato de Egon Schiele sin pies ni manos.

Egon Schiele, *Autorretrato desnudo*, 1910;
Colección Leopold, Viena (AKG)



Un estallido de verborrea: Carlo Carrà.
Carlo Carrà, *Manifiesto intervencionista*, 1914;
Colección Mattioli, Milán (Bridgeman Art
Library)



Como una bala: *El dinamismo de un automóvil*,
de Luigi Russolo.

Luigi Russolo, *El dinamismo de un automóvil*,
1911; Musée National d'Art Moderne, Centre
Pompidou, Paris (Bridgeman Art Library)



La explosión de la *Torre Eiffel* de Delaunay: ya nada era sólido.

Robert Delaunay, *Campo de Marte*; Art Institute of Chicago (Scala)



Invasión: Umberto Boccioni y la dinámica
arrolladora de la vida urbana.

Umberto Boccioni, *La calle entra en la casa*,
1911; Niedersächsisches Landesmuseum,
Hannover (Bridgeman Art Library)



La buena vida: la utopía de Matisse tiene lugar
en un mundo tórrido y pagano.

Henri Matisse, *La alegría de vivir*, 1905-1906;
The Barnes Foundation, Merion, Pennsylvania
(Bridgeman Art Library) © Herederos de H.
Matisse/DACS 2008



Las siluetas de los campesinos de Malévich
tienen la rosca solidez de los troncos.

Kazimir Malevich, *Recogiendo el centeno*, 1912;
Stedelijk Museum, Amsterdam (Bridgeman Art
Library)



Aturdido y confundido: en los cuadros de Malévich, el habitante de la ciudad, cubierto de letreros y símbolos, es una criatura que da pena.



Fuerza primitiva: las prostitutas de *Las señoritas de Aviñón*, de Picasso, combinan la mirada de la esfinge con la fuerza de las máscaras africanas.

Pablo Picasso, *Las señoritas de Aviñón*, 1907;
Museum of Modern Art, Nueva York
(Bridgeman Art Library) © Herederos de P.
Picasso/DACS 2008



Peligrosa inocencia: Klimt obliga al espectador a admitir lo inadmisibile.

Gustav Klimt, *Mäda Primavesi*, 1912;
Metropolitan Museum of Art, Nueva York
(Corbis)



Sí, tenemos plátanos. Comentario gráfico de
Giorgio de Chirico sobre la nueva mujer.

Giorgio de Chirico, *La incertidumbre del poeta*,
1913; Tate Gallery, Londres © DACS 2008



El tímido soldado de André Derain no tiene nada que ofrecerle a su pareja.
André Derain, Baile de los soldados en Suresnes, 1903; St. Louis Art Museum © ADAGP, Paris, y DACS, Londres 2008

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes principales

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Arbeiterzeitung (Austria-Hungría) *L'Assiette au beurre* (Francia) *Die Bombe* (Austria-Hungría) *Daily Mail* (Reino Unido) *Daily Telegraph* (Reino Unido) *Le Figaro* (Francia) *L'Illustration* (Francia) *Je sais tout!* (Francia) *Kreuzzeitung* (Alemania) *Macmillan's Magazine* (Reino Unido)

Manchester Guardian (Reino Unido)

Neue Freie Presse (Austria-Hungría) *Neue Zeitung* (Austria-Hungría)

The New York Times (Estados Unidos)

Novoe Vremia (Rusia) *Pester-Lloyd* (Austria-Hungría) *Le Petit journal* (Francia)

Revue de deux mondes (Francia)

Sanktpetersburgskija vedomosti (Rusia)

Simplicissimus (Alemania) *The Times* (Reino Unido) *Das Vaterland* (Austria-Hungría) *Volksblatt* (Austria-Hungría) *Die Weltbühne* (Alemania) *Wiener Zeitung* (Austria-Hungría) *Die Zukunft* (Alemania)

LIBROS

Adams, Henry Cabot Lodge. *The Education of Henry Adams; An Autobiography*. Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1918 [*La educación de Henry Adams*. Barcelona, Alba, 2001, trad. de Javier Alcoriza y Antonio Lastra].

Aleramo, Sibilla. *Una donna: romanzo*. Milán, Feltrinelli, 1983 [*Una mujer*. Barcelona, Sagitario, 1976, trad. de Francesc Parcerisas, y Barcelona, Circe, 1990, trad. de Mercedes del Corral].

Andreev, Leonid, y Herman Bernstein. *The Seven Who Were Hanged. A Story*. Nueva York, J.S. Ogilvie, 1909 [*Los siete ahorcados*. Sevilla, El Olivo Azul, 2007, trad. de Rafael Torres Pabon].

Anonyma. *Journal d'une jeune petite bourgeoise*. Manuscrito inédito. 1911-1916. Bibliothèque de l'histoire de Paris, MJCP 4111.

Apollinaire, Guillaume. *À propos d'art nègre*, 1909-1918. Toulouse, Toguna, 1999.

—, y Lionel Abel. *The Cubist Painters. Aesthetic Meditations*, 1913, *The Documents of Modern Art*. Nueva York, Wittenborn, 1944 [*Los pintores cubistas*. Boadilla del Monte, A. Machado Libros, 1994, trad. de Lydia Vázquez].

—, Filippo Tommaso Marinetti y Pasquale Aniel Jannini. *Lettere a F.T. Marinetti: con il manoscritto del manifesto Antitradizione futurista*. Milán, All'insegna del pesce d'oro, 1978.

—, y Garnet Rees. *Alcools*. Londres, Athlone Press, 1975 [*Alcoholes*. Madrid, Hiperión, 1997, trad. de Xoán Abeleira Álvarez].

Artsybashev, M., y Percy E. Pinkerton. *Sanine*. Nueva York, B.W. Huebsch, 1922.

Asenijeff, Else. *Aufruhur der Weiber und das dritte Geschlecht*. Leipzig, Dr Brandstetter, 1898.

—. *Tagebuchblätter einer Emancipierten*. Leipzig, Hermann Seemann Nachf., 1902.

Augspurg, Anita. *Frauenstimmrecht!*, Reinhardt, 1912.

Avenel, Georges, vizconde D'. *Le Mécanisme de la vie moderne*. Paris, Colin, 1902 [*El mecanismo de la vida moderna*. Madrid, Fortanet, 1903, trad. de Manuel de Figuerola].

Bahr, Hermann. *Buch der Jugend*. Viena, H. Heller, 1908.

Baldacci, Paolo, Philippe Daverio, Agenzia d'arte moderna Paolo Sprovieri y Philippe Daverio Gallery. *Futurism, 1911-1918: Works by Balla, Boccioni, Carrà, Severini, Prampolini, Depero, Sironi, Marinetti*. Milán-Nueva York, Philippe Daverio, 1988.

Barbeilion, W.N.P. *The Journal of a Disappointed Man*. Nueva York, Gordon Press, 1974 [*El diario de un hombre decepcionado*. Barcelona, Alba, 2003, trad. de Carmen Francí].

Barrés, Maurice. *Les diverses familles spirituelles de la France*. Paris, Émile-Paul frères, 1917.

—, *Le Culte du moi*. Paris, Plon, 1966 [*El culto del yo: un hombre libre*. Madrid, Ediciones Libertarias-Prodhuft, 1988, trad. de Angel Segovia].

Bäumer, Gertrud, et al. *Frauenbewegung und Sexualethik*. Heilbronn, E. Sulzer, 1909.

Bazin, René. *La Terre qui meurt*. Paris, Calmann Lévy, 1899.

Beard, George Miller. *American Nervousness. Its Causes and Consequences, a Supplement to Nervous Exhaustion (Neurasthenia)*. Nueva York, Arno Press, 1972.

—, y Alphonse David Rockwell./ *I Practical Treatise on the Medical and Surgical Use of Electricity*. Nueva York, W. Wood, 1881.

—, Alphonse David Rockwell, Carrie Chapman Catt, and National American Woman Suffrage Association Collection (Biblioteca del Congreso). *Sexual Neurasthenia, «Nervous Exhaustion». Its Hygiene, Causes, Symptoms, and Treatment with a Chapter on Diet for the Nervous*. Nueva York, E. B. Treat, 1884.

Bebel, August. *Die Frau und der Sozialismus*. Berlín, 1973 [*La mujer y el socialismo*. Madrid, Akal, 1977, trad. de Vicente Romano García].

Bély, Andrei. *Peterburg; roman v vosmi glavakh*. Letchworth (Hertfordshire), Bradda Books, 1967

[Petersburgo. Madrid, Akal, 2009, trad. de Rafael Cañeti].

Bennett, Cyril. *The Modern Malady; or Sufferers from «Nerves»*. Londres, E. Arnold, 1890.

Bertillon, Jacques. *La Dépopulation de la France*. París, F. Alcan, 1911.

Blasco Ibáñez, Vicente. *La barraca*. Nueva York, 1910.

—. *La catedral*. Valencia, Prometeo Sociedad Editorial (1903), 1916.

—. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. 2.a edición. Valencia, Prometeo, 1916.

Blum, Léon. *Du mariage*. París, Ollendorff, 1907.

Blunt, Wilfrid Scawen. *My Diaries, Being a Personal Narrative of Events, 1888-1914*. Londres, M. Seeker, 1919.

Bölsche, Wilhelm. *Das Liebesleben in der Natur; eine Entwicklungsgeschichte der Liebe*. Jena, E. Diederichs, 1909.

Bryusov, Valery Yakovlevich. *Rasskazy i povesti. Erzählungen und Novellen, Slavische Propyläen*, vol. 49. Munich, W. Fink, 1970.

—. *Zerkalo tēioneoi: stikhi 1909-1912*. Moscú, Skorpion, 1912.

Bunin, Ivan Alekseevich, e Isabel Florence Hapgood. *The Village*. Nueva York, A.A. Knopf, 1923 [*Una aldea*. Barcelona, Planeta, 1973, trad. de Tatiana Eneo de Valero].

Carito, Diomede. *La neurastenia e la vita moderna*. Nápoles, E. Prass, 1903.

Carneri, Bartholomeus. *Sittlichkeit und Darwinismus. Drei Bücher Ethik*. Viena, Wilhelm Braumüller, 1871.

Casement, Roger. *The Crime Against Europe*. Filadelfia, The Celtic Press, 1915.

—, y Michael O’Sullivan. *The Eyes of Another Race: Roger Casement’s Congo Report and 1903 Diary*. Dublin, University College Dublin Press, 2003.

—, Angus Mitchell e Irish Manuscripts Commission. *Sir Roger Casement’s Heart of Darkness: the 1911 Documents*. Dublin, Irish Manuscripts Commission, 2003.

—, y Roger Sawyer. *Roger Casement’s Diaries: 1910: the Black and the White*. Londres, Pimlico, 1997.

Chamberlain, Houston Stewart. *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts*. Múnich, F. Bruckmann, 1900.

Congo Free State, Louis Hébert, Lambert Petit y Bélgica. *Les Codes du Congo, suivis des décrets; ordonnances et arrêtés complémentaires, mis en ordre et annotés d’après leur concordance avec les codes et les textes du droit belge utiles à leur interprétation, et précédés des traités et autres actes internationaux, ainsi que des lois et actes législatif belges relatives à l’état indépendant*. Bruselas, Ve F. Larcier, 1892.

Conrad, Joseph. *Heart of Darkness*. Harmondsworth, Penguin, 1973 [*El corazón de las tinieblas*. Barcelona, Círculo de Lectores, 2005, trad. de Sergio Pitol].

Dohm, Hedwig, y otros. *Ehe? Zur Reform der sexuellen Moral*. Berlin, 1911.

Drumont, Édouard Adolphe. *La France juive: essai d'histoire contemporaine*. París, C. Marpon & F. Flammarion, 1887 [*La Francia judía*. Barcelona, Imp. Immaculada Concepción, 1889].

Dudgeon, Jeffrey, y Roger Casement. *Roger Casement: the Black Diaries; With a Study of His Background, Sexuality and Irish Political Life*. Belfast, Belfast Press, 2002.

Durkheim, Émile. *La Sociologie. La science française*. Paris, Larousse, 1915.

—. *Le Suicide; étude de sociologie*. Bibliothèque de philosophie contemporaine. Paris, F. Alcan, 1897 [*El suicidio. Estudio de sociología y otros textos complementarios*. Madrid, Miño y Dávila, 2006, trad. de Mariano Ruiz Funes].

Forel, August. *Die sexuelle Frage. Eine naturwissenschaftliche, psychologische, hygienische und soziologische Studie für Gebildete*. Múnich, Ernst Reinhardt, 1905.

Frenssen, Gustav. *Peter Moors fährt nach Südwest. Ein Feldzugbericht*. Berlín, G. Grote'sche Verlagsbuchhandlung, 1906.

Freud, Sigmund. *Letters of Sigmund Freud 1873-1939*. Londres, Hogarth Press, 1961 [véase, entre otras ediciones de las cartas de Freud:

Correspondencia. Barcelona, Anagrama, 1977, trad. de Eduardo Subirats].

—. *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse*. Frankfurt/M., S. Fischer, 1966 [*Introducción al psicoanálisis*. Madrid, Alianza, 2009, trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres].

—. *Zur Psychopathologie des Alltagslebens (Vergessen, Versprechen, Vergreifen): nebst Bemerkungen über eine Wurzel des Aberglaubens*. Berlín, S. Karger, 1901 [*Psicopatología de la vida cotidiana*. Madrid, Alianza, 2008, trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres].

—. *Die Traumdeutung*. Leipzig, F. Deuticke, 1900 [*La interpretación de los sueños*. Barcelona, Planeta-De Agostini, 1985, trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres].

—, Lou Andreas-Salomé y Ernst Pfeiffer. *Correspondance de Lou Andreas Salomé*. Paris, Gallimard, 1970.

—, J. Moussaief Masson y Michael Schroter. *Briefe an Wilhelm Fliess 1887-1904*. Ungekürzte Ausgabe. Frankfurt, S. Fischer, 1986.

Fritsch, Theodor. *Handbuch der Judenfrage. Eine Zusammenstellung des wichtigsten Materials zur Beurteilung des jüdischen Volkes*. Hamburgo, Hanseatische Druck- u. Verlags-Anst., 1907.

Gide, André. *Les Nourritures terrestres*. Paris. Éditions de la Nouvelle revue française, 1918 [*Los alimentos terrenales; seguido de los nuevos alimentos*. Madrid, Alianza, 1984, trad. de Concepción García Lomas].

—. *Si le grain ne meurt*. Paris, Gallimard, 1929 [*Si la semilla no muere*. Buenos Aires, Losada].

Gilman, Charlotte Perkins. *The Yellow Wallpaper*. 1.a edición. Nueva York, Feminist Press, 1973 [*El empapelado amarillo*. León, Universidad de León, 1996, trad. de Victoria Rosado].

Gippius, Z.N., y Aleksandr Nikolahevich Nikoliukin, *Dnevnik*. Moscú, NPK «Intelvak», 1999.

Gorky, Maksim. *Raskazy*. S. Peterburg, Izdanie Tovarischchestva «znanie», 1903.

—, e I. Bocharova. *Destsvo*. Moscú, Khudozh. lit-ra, 1966.

—, Leonid Andreev y Peter Yershov. *Letters of Gorky and Andreev 1899-1912*. Londres, Routledge and K. Paul, 1958.

Haeckel, Ernst. *Der Kampf um den Entwicklungs-Gedanken.* 8239;3 Votr. (etc.). Berlin, Reimer, 1905.

—. *Die Natur als Künstlerin*. Berlin, 1913.

—. *Die Welträthsel. Gemeinverständliche Studien über monistische Philosophie*. Bonn, Strauss, 1899.

Hauptmann, Gerhart. *Gesammelte Werke*. Berlín, S. Fischer, 1913 [*Obras escogidas*. Madrid, Aguilar, 1960, trad. de Ana Maria Haft Carandini].

Heymann, Lida Gustava, y Anita Augspurg. *Erlebtes, Erschautes. Deutsche Frauen kämpfen für Freiheit, Recht und Frieden 1850-1940*. Meisenheim am Glan, A. Hain, 1972.

Hirschfeld, Magnus. *Berlins drittes Geschlecht*. Berlin, Seemann, 1904. Hofmannsthal, Hugo von, Harry Kessler y Hilde Burger. *Briefwechsel 1898-1929*. Frankfurt/M., Insel Verlag, 1968 [*Intercambio epistolar*. Valencia, P re-Textos, trad. de J. Marciano Villanueva Salas].

James, William. *The Principles of Psychology*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1981 [*Principios de psicología*. Madrid, Luis Faure, 1909, trad. de Domingo Barnes].

—. *The Varieties of Religious Experiences*. Nueva York, Logmans, Green, 1916 [*Las variedades de la experiencia religiosa: estudio de la naturaleza humana*. Barcelona, Península, 2002, trad. de José Francisco Ivars].

—. *Pragmatism*. Cambridge, Massachusetts, y Londres, Harvard University Press, 1979 [*Pragmatismo: un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar*. Barcelona, Folio, 2003, trad. de Luis Rodríguez Aranda].

Jarry, Alfred. *Le Surmâle. Roman moderne*. París, E. Losfeld, 1977 [*El supermacho*. Madrid, Valdemar, 1997, y Barcelona, Fontamara, 1976, trad. de Juana Bignozzi].

Jaurès, Jean, Eric Cahm y Madeleine Rebérioux. *Les Temps de l'affaire Dreyfus, 1897-1899*. Paris, Fayard, 2000.

—, y Madeleine Rebérioux. *La Classe ouvrière*. Paris, F. Maspero, 1976.

Jerusalem, Else. *Der heilige Skarabäus*. Berlin, Fischer, 1909.

Jong Van Beek en Donk, Cécile de. *Hilda van Suylenburg*. Amsterdam, Scheltema & Hokema, 1897.

Kessler, Harry, Roland Kamzelak, Ulrich Ott, Hans-Ulrich Simon, Werner Volke y Bernhard Zeller. *Das Tagebuch 1880-1937*. Stuttgart, Cotta, 2004.

Klemperer, Victor. *Curriculum vitae. Jugend um 1900*. Berlin, Siedler, 1989.

—. *Philistines*. Londres, Faber & Faber, 2007, trad. de Andrew Upton.

Krafft-Ebing, Richard von. *Psychopatía sexualis: mit besonderer Berücksichtigung der conträren Sexualempfindung. Eine klinisch' forensische Studie*. Stuttgart, Verlag von F. Enke, 1898 [*Psychopatía sexualis*. Valencia, La Máscara, 2000, trad. de Manuel Talens].

Kuzmin, M. A. *Nezdeshnie vechera*. Nueva York, Russica Publishers, 1979.

—, N. A. Bogomolov y S. V. Shumikhin. *Dnevnik 1905-1907*. San Petersburgo, Izd-vo Ivana Limbakha, 2000.

—. *Dnevnik 1908-1915*. San Petersburgo, Izd-vo Ivana Limbakha, 2005.

—, John E. Malmstad y Vladimir Markov. *Sobrani stijov. Gesammelte Gedichte, Centrifuga*. Múnich, W. Fink, 1977.

—, y Vladimir Markov. *Tretiakniga rasskazov. Modern Russian Literature and Culture, Studies and Texts*. Berkeley, Berkeley Slavic Specialties, 1984.

—, Vladimir Markov y Friedrich Scholz. *Proza. Modern Russian Literature and Culture, Studies and Texts*. Berkeley, Berkeley Slavic Specialties, 1984.

Lange, Helene, Gertrud Bäumer, Robert Wilbrandt, Lisbeth Wilbrandt y Josephine Levy-Rathenau. *Handbuch der Frauenbewegung*. Berlín, W. Moeser, 1901.

List, Guido von. *Die Armanenschaft der Ario germanen*. Leipzig, Viena, 1908.

—. *Das Geheimnis der Runen*. Leipzig, Viena, 1908 [*El secreto de las runas*. Barcelona, Asociación Cultural Editorial Ojeda, 2005, trad. de Roberto Jaras].

Lombroso, Cesare. *L Homme de génie*. Paris, F. Alcan, 1887.

—. *L'Uomo delinquente*. Turin, Bocea, 1897.

London, Jack. *The People of the Abyss*. Nueva York, Macmillan, 1903 [*Gente del abismo*. Mataró, El Viejo Topo, trad. de Alex Blasco].

Loti, Pierre. *Au Maroc*. 6.a edición. Paris, Calmann-Lévy, 1890 [*Viaje a Marruecos*. Barcelona, Abraxas, 1999, trad. de Vicente Diez de Tejada].

—. *Aziyadé. Extrait des notes et lettres d'un lieutenant de la marine anglaise*. 32.a edición. Paris, Calmann-Lévy, 1897 [*Aziyadé*. Madrid, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, 1987, trad. de Omar Cienfuegos].

—. *Jérusalem*. Paris, Nelson, 1914 [*Jerusalén*. Barcelona, Abraxas, 2000, trad. de Vicente Diez].

—. *Les Désenchantées. Roman des harems turcs contemporains*. 44.a edición. Bibliothèque contemporaine. Paris, Calmann-Lévy, 1906 [*Las desencantadas*. Barcelona, Planeta, 1963].

—. *L'Inde (sans les Anglais)*. Paris, Calmann-Lévy, 1903 [*La India (sin los ingleses), seguido de fragmentos del diario íntimo*. Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2001, trad. de Vicente Diez de Tejada].

—. *Quelques aspects du vertige mondial*. Paris, E. Flammarion, 1917.

—. *Turquie agonizante*. Nueva edición revisada y ampliada. París, Calmann-Lévy, 1913.

Ludovici, Anthony. *Who Is to Be Master of the World*. Londres, 1909.

MacDonnell, John de Courcy. *King Leopold II His Rule in Belgium and the Congo*. Londres, París, Nueva York y Melbourne, Cassell, 1905.

Mach, Ernst. *Die Mechanik in ihrer Entwicklung historischkritisch Dargestellt*. 5.a edición. Internationale Wissenschaftliche Bibliothek. Vol. LIX. Leipzig, F.A. Brockhaus, 1904 [*Desarrollo histórico-crítico de la mecánica*. Pozuelo de Alarcón, Espasa-Calpe, 1949].

—. *Die Prinzipien der physikalischen Optik; historisch und erkenntnispsychologisch entwickelt*. Leipzig, J.A. Barth, 1921.

Mann, Heinrich. *Der Untertan*. Ungekürzte Ausg. 24 Aufl. Berlin, Aufbau-Verlag, 1982 [*El súbdito*. Madrid, Edaf, 2002, trad. de José Luis López de Lizaga].

Mann, Thomas. *Der Zauberberg*. Frankfurt/M. Fischer-Bücherei, 1967 [*La montaña mágica*. Barcelona, Edhasa, 2005, trad. de Isabel Garcia Adánez].

Marinetti, Filippo Tommaso, y Günther Berghaus. *Critical Writings*. Nueva York, Farrar Strauss and Giroux, 2006.

Mayreder, Rosa Obermayer. *Zur Kritik der Weiblichkeit. Essays*. Jena, Eugen Diederichs, 1905.

—, y Harriett Anderson. *Tagebücher 1873-1937*. Frankfurt/M., Insel, 1988.

Meisel-Hess, Grete. *Weiberhass und Weiberverachtung*. Viena, Perles, 1904.

—. *Die sexuelle Krise. Eine sozialpsychologische Untersuchung*. Jena, E. Diederichs, 1909.

—. *Das Wesen der Geschlechtlichkeit. Die sexuelle Krise in ihren Beziehungen zur sozialen Frage, zum Krieg (etc.)*. Jena, E. Diederichs, 1916.

Merezhkovsky, Dmitri Sergeyevich, E.G. Domogaëtiskaëia, E.A. Pevak, I.L. Anastaseva y Dmitry Sergeyevich Merezhkovsky. *Bylo i budet. Dnevnik 1910-1914. Nevoyenni dnevnik 1914-1916. Simvoly vremeni*. Moscú, Agraf, 2001.

—, D.M. Magomedova y A.L. Sobolev. *Smert bogov: Ulian Otstupnik*. Moscú, «Khudozh lit-ra», 1993.

—, Oleg Nikolaevich Mikhaëilov y Z.N. Gippius. *14 dekabria. Roman*. Moscú, Moskovskiæi rabochiæi, 1990.

Mirbeau, Octave. *La 628-E 8*. Paris, Union générale d'éditions, 1977 [*El E628-E8: un viaje en automóvil*. Universidad de Cádiz. Servicio de Publicaciones, 2007].

Morel, E.D. *The British Case in French Congo. The Story of a Great Injustice, Its Causes and Its Lessons*. Londres, W. Heinemann, 1903.

—. *The Congo Slave State. A Protest Against the New African Slavery; and an Appeal to the Public of Great Britain, of the United States and of the Continent of Europe*. Liverpool, J. Richardson & Sons Printers, 1903.

—. *Great Britain and the Congo. The Pillage of the Congo Basin*. Londres, Smith Helder & Co., 1909.

—. *Truth and the War*. Londres, National Labour Press, 1916.

—, William Roger Louis y Jean Stengers. *E.D. Morels History of the Congo Reform Movement*. Oxford, Clarendon P., 1968.

—, y Robert E. Park. *The Treatment of Women and Children in the Congo State 1899-1904*. Boston, Massachusetts, 1904.

Mugnier, Marcel Billot, y Jean d'Hendecourt. *Journal de Vabbé Mugnier 1879-1939*. Paris, Mercure de France, 1985.

Musil, Robert, y Adolf Frisé. *Der Mann ohne Eigenschaften. Roman*. Reinbek bei Hamburg, Rowohlt, 1981 [*El hombre sin atributos*. Barcelona, Seix-Barral, trad. de José María Sáez, Feliu Formosa y Pedro Madrigal].

Noailles, Anna Elisabeth de Brancovan, Maurice Barrés y Claude Mignot-Ogliastri. *Anna de Noailles-Maurice Barres: correspondance 1901-1923*. Paris, L'Inventaire, 1994.

Nordau, Max Simon. *Entartung*. Berlín, C. Duncker, 1892 [*Degeneración*. Pamplona, Analecta, 2004, trad. de Nicolás Salmerón y García].

Ostwald, Hans. *Berliner Cafés*. Berlin, Seemann, 1906.

—. *Dunkle Winkel in Berlin*. Berlin, Seemann, 1904.

Pelletier, Madeleine. *Dieu, la morale, la patrie: idéologie d'hier*. París, V. Giard et E. Brière, 1910.

—. *L'Émancipation sexuelle de la femme*. París, V. Giard et E. Brière, 1911.

Pirandello, Luigi. *Quaderni di Serafino Gubbio operatore. Romanzo*. Milán, A. Mondadori, 1974 [*Cuadernos de Serafino Gubbio, operador*. Madrid, Gadir, 2007, trad. de Elena Martínez Nuño].

Proust, Marcel, y Marc Van Dongen. *À la recherche du temps perdu*. Paris, Gallimard, 1947 [*En busca del tiempo perdido*. Madrid, Aguilar, 1990, 10.a edición, trad. de Pedro Salinas y otros].

Rathenau, Walther, y H. Pogge von Strandmann. *Tagebuch 1907-1922*. Düsseldorf, Droste Verlag, 1967.

Ratzenhofer, Gustav. *Positive Ethik. Die Verwirklichung des Sittlich-Seinsollenden*. Leipzig, Brockhaus, 1901.

Richet, Charles Robert, y Bertha von Suttner. *Die Vergangenheit des Krieges und die Zukunft des Friedens*. Viena, Österreichische Friedensgesellschaft, 1909.

Rilke, Rainer Maria. *Sämtliche Werke in 7 Bänden*, ed. Ernst Zinn, Frankfurt/M., Rilke Archiv, 1955-1997.

Robertson, Morgan. *Futility*. Nueva York, M.F. Mansfield, 1898.

Robin, Paul. *Le Néo-malthusianisme: la vraie morale sexuelle, le choix des procréateurs*. Paris, Librairie de «Regeneration», 1905.

Sandow, Eugen. *Body-Building or Man in the Making. How to Become Healthy and Strong. Containing Sets of Exercises and Special Photos of Mr. Sandow and Family*. Londres, Gale & Polden, 1904.

—. *Strength and Health*. Nueva York, Richard K. Fox, 1912.

Schnitzler, Arthur. *Der Weg ins Freie*. Roman. Berlin, S. Fischer, 1908 [*Camino a campo abierto*. Sevilla, El Olivo Azul, 2008, trad. de Paula Sánchez de Muniain].

—. *Professor Bernhardi: Komödie in fünf Akten*. 2.a edición. Berlín, S. Fischer, 1912.

—. *Reigen; zehn Dialoge geschrieben Winter 1896-1897*. Berlin-Viena, B. Harz, 1914 [*La ronda*. Madrid, Cátedra, 1990, trad. de Miguel Angel Vega y Karl Rudolf].

—, y Konstanze Fliedl. *Briefwechsel 1891-1931*. Viena, Europa Verlag, 1992.

—, Therese Nickl y Heinrich Schnitzler. *Jugend in Wien. Eine Autobiographie.* Viena-Múnich-Zúrich, Molden, 1968 [*Juventud en Viena.* Barcelona, El Acantilado, 2004, trad. de Isabel García Adánez].

—. *Leutnant Gustl; Fräulein Else.* Frankfurt am Main, S. Fischer, 1981 [*El teniente Gustl.* Barcelona, El Acantilado, 2006, trad. de Juan Vil loro; *La señorita Else*, Barcelona, El Acantilado, 2001; trad. de Miguel Sáenz].

—, Werner Welzig, Peter Michael Braunwarth y Österreichische Akademie der Wissenschaften. Kommission für Literarische Gebrauchsformen. *Tagebuch.* Viena, Verlag der Österreichische Akademie der Wissenschaften, 1981.

Simmel, Georg. *Der Konflikt der moderne Kultur. Ein Vortrag.* Mú-nich, Duncker & Humbolt, 1918.

—. *Deutschlands innere Wandlung.* Estrasburgo, K.J. Trübner, 1914.

—. *Philosophie des Geldes.* Leipzig. Duncker & Humbolt, 1900 [*Filosofía del dinero.* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1976, trad. de Ramón Cotarelo].

—. *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung.* Leipzig, Duncker & Humbolt, 1908 [*Sociología: estudio sobre las formas de socialización.* Madrid, Revista de Occidente, trad. de José Pérez Bances].

—, y Klaus Christina Köhnke. *Briefe 1880-1911.* 1.a edición. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2005.

—, y Otthein Rammstedt. *Gesamtausgabe*. 1.a edición. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1989.

Sorel, Georges. *Réflexions sur la violence*. 3.a edición. París, M. Riviere, 1912 [*Reflexiones sobre la violencia*. Madrid, Alianza, 2005, trad. de María Luisa Balseiro].

Spirzemberg, Hildegard von Varbüler. *Das Tagebuch der Baronin Spitzemberg, geb. Freiin v. Barbüler*. Gotinga, Bandenhoeck & Ruprecht, 1960.

Stöcker, Helene. *Die Liebe und die Frauen*. Minden [1906].

Strauss, David Friedrich. *Der alte und der neue Glaube. Ein Bekenntniss*. Bonn, Strauss, 1873 [*La antigua y la nueva fe*. Valencia, F. Sempere y Cia., s. a., trad. de Ramón Ibáñez].

Suttner, Bertha von. *Aus der Werkstatt des Pazifismus*. Leipzig-Viena, H. Heller, 1912.

—. *Das Maschinenzeitalter. Zukunftsvorlesungen über unsere Zeit*. Düsseldorf, Zwiebelzwerg, 1983.

—. *Die Barbarisierung der Luft. Internationale Verständigung. Heft 6*. Berlin, Verlag der «Friedens-Warte», 1912.

—. *Die Waffen nieder!* Dresde-Leipzig, E. Pierson, 1899 [*¡Abajo las armas!* Madrid, Ediciones Alonso, 1976, trad. de Juan Alarcón Benito].

—. *Memoiren von Bertha von Suttner*. Stuttgart-Leipzig, Deutsche Verlags-Anstalt, 1919.

Taylor, Frederick Winslow. *The Principles of Scientific Management*. Nueva York-Londres,

Harper & Brothers, 1911 [*Management científico*. Vilassar de Mar, Oikos-Tau Ediciones, 1970].

Tille, Alexander. *Von Darwin bis Nietzsche. Ein Buch Entwicklungsethik*. Leipzig, Naumann, 1895.

Timofeev, P. *Chem zhivet'zavodskii rabochii*. San Petersburgo, 1909.

Unamuno, Miguel de, y Warner Fite. *Mist: a Tragicomic Novel*. Urbana, University of Illinois Press, 2000 [*Niebla*].

Uzanne, Octave. *La Locomotion à travers l'histoire et les mœurs*. París, P. Ollendorff, 1900.

—. *Vingt jours dans le Nouveau monde*. Paris, May & Motteroz, 1893.

Vaihinger, Hans. *Die Philosophie des Als Ob*. Aalen, Scientia, 1986.

Webb, Beatrice Potter. *The Diary of Beatrice Webb*. Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of Harvard University Press, 1982.

Wells, H.G., *The First Men in the Moon*. Londres, G. Newnes, 1901 [*Los primeros hombres en la Luna*. Barcelona, Plaza & Janes, 1997, trad. de Jaime Elias].

—. *The Invisible Man; a Grotesque Romance*. Nueva York-Londres, Harper & Brothers, 1897 [*El hombre invisible*. Barcelona, Bruguera, 1982, trad. de Julio Gómez de la Serna].

—. *The Island of Doctor Moreau*. Londres, W. Heinemann, 1896 [*La isla del doctor Moreau*. Madrid, Alianza, 2003, trad. de Catalina Martínez Muñoz].

—. *Kipps: a Monograph*. Nueva York, C. Scribner's Sons, 1905 [*La mitad de seis peniques*. Barcelona, G.P., 1969].

—. *Socialism and the Family*. Londres, A.C. Fifield, 1906.

—. *The Time Machine, an Invention*. Nueva York, H. Holt, 1895 [*La máquina del tiempo*. Madrid, Alianza, 2002, trad. de N. Manso de Zúñiga].

—. *The War that Will End War*. Nueva York, Duffield, 1914.

—. *The Wheels of Chance; a Bicycling Idyll*. Nueva York-Londres, The Macmillan Company, 1896.

Whitman, Sidney. *Things I Remember; the Recollections of a Political Writer in the Capitals of Europe*. Londres-Nueva York, Cassell, 1916.

Witte, Serguei, y Sydney Harcave. *The Memoirs of Count Witte*. Armonk, Nueva York, M.E. Sharpe, 1990.

Wolzogen, Ernst von. *Das dritte Geschlecht*. Berlin, Eckstein [1903].

Woolf, Virginia. *The Diary of Virginia Woolf*. Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1977 [véanse, entre otras ediciones de los diarios: *Diario íntimo*, vols. I (1915-1923) y II (1924-1931). Barcelona, Mondadori, 1993, trad. de Justo Navarro y Laura Freixas, y vol.III. Barcelona, Grijalbo, 1994, trad. de Laura Freixas. Asimismo: *La torre inclinada y otros ensayos*. Barcelona, Lumen, 1980, trad. de Andrés Bosch Vilalta].

—, y Mitchell Alexander Neaska. *A Passionate Apprentice: the Early Journals, 1897-1909*. San Diego, Harcourt Brace Jovanovich, 1990.

—, Nigel Nicholson y Joanne Trautmann Banks, eds. *The Letters of Virginia Woolf* Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1977.

Wunberg, Gotthart, y Johannes J. Braakenburg. *Die Wiener Moderne: Literatur, Kunst und Musik zwischen 1890 und 1910*. Stuttgart, Reclam, 1981.

Zweig, Stefan. *Die Welt von Gestern. Erinnerungen eines Europäers*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1947 [*El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona, El Acantilado, 2002, trad. de Joan Fontcuberta].

Fuentes secundarias

ARTÍCULOS

Albisetti, James C. «Could Separate Be Equal? Helen Lange and Woman's Education in Imperial Germany», *History of Education Quarterly*, vol. 22, n.º 3, número especial: *Educational Policy and*

Reform in Modern Germany (otoño de 1982), pp.301-317.

Allen, Ann Taylor. «Feminism, Social Science, and the Meanings of Modernity: The Debate on the Origin of the Family in Europe and the United States, 1860-1914», *The American Historical Review*, vol. 104, n.º 4 (octubre de 1999), pp.1085-1113.

Allen, Garland. «Genetics, Eugenics and Society: Internalists and Externalists in Contemporary History of Science», *Social Studies of Science*, vol. 6, n.º 1 (febrero de 1976), pp.105-122.

Aschheim, Steven E. «Nietzschean Socialism – Left and Right, 1890–1953», *Journal of Contemporary History*, vol. 23, n.º 2, *Bolshevism and the Socialist Left* (abril de 1988), pp.147-168.

—. «Max Nordau, Friedrich Nietzsche and Degeneration», *Journal of Contemporary History*, vol. 28, n.º 4 (octubre de 1993), pp.643-657.

Badash, Lawrence. «The Completeness of Nineteenth-Century Science», *Isis*, vol. 63, n.º 1 (marzo de 1972), pp.48-58.

Bassin, Mark. «Geographical Determinism in Fin-de-siecle Marxism: Georgii Plekhanov and the Environmental Basis of Russian History», *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 82, n.º 1 (marzo de 1992), pp.3-22.

Best, Geoffrey, «Peace Conferences and the Century of the Total War: The 1899 Hague

Conference and What Came After», *International Affairs*, vol. 75, n.º 3 (julio de 1999), pp.619-634.

Blessing, Werner K. «The Cult of Monarchy, Political Loyalty and the Workers' Movement in Imperial Germany», *Journal of Contemporary History*, vol. 13, n.º 2, número especial: *Workers' culture* (abril de 1978), pp.357-375.

Bowman, William D. «Regional History and the Austrian Nation», *The Journal of Modern History*, vol. 67, n.º 4 (diciembre de 1995), pp.873-897.

Brown, M. Craig, y Barbara D. Warner. «Immigrants, Urban Politics, and Policing in 1900», *American Sociological Review*, vol. 57, n.º 3 (junio de 1992), pp.293-305.

Brush, Stephen G. «Irreversibility and Indeterminism: Fourier to Heisenberg», *Journal of the History of Ideas*, vol. 37, n.º 4 (octubre-diciembre de 1976), pp.603-630.

Chickering, Roger. «A Voice of Moderation in Imperial Germany: The Verband für Internationale Verständigung 1911-1914», *Journal of Contemporary History*, vol. 8, n.º 1 (enero de 1973), pp.147-164.

Clark, I. F. «Forecasts of Warfare in Fiction 1803-1914», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 10, n.º 1 (octubre de 1967), pp.1-25.

Cooper, Sandi E. «Pacifism in France, 1889-1914: International Peace as a Human right», *French Historical Studies*, vol. 17, n.º 2 (otoño de 1991), pp.359-386.

Danius, Sara. «The Aesthetics of the Windshield: Proust and the Modernist Rethoric of Speed», *Modernism*, vol. 8, n.º 1 (2001), pp. 99-126.

Devons, S. «Rutherford and the Science of His Day», *Notes and Records of the Royal Society of London*, vol. 45, n.º 2 (julio de 1991), pp. 221-242.

Dickinson, Edward Ross. «Reflections on Feminism and Monism in the Kaiserreich, 1900-1913», *Central European History*, vol. 34, n.º 2, pp. 191-230.

Dikotter, Frank. «Race Culture: Recent Perspectives on the History of Eugenics», *The American Historical Review*, vol. 103, n.º 2 (abril de 1998), pp. 467-478.

Drouard, Alain. «Aux origines de l'eugénisme en France: le néo-malthusianisme (1896-1914)», *Population* (edición francesa), año 47, n.º 2 (marzo-abril de 1992), pp. 435-459.

Eddie, Scott M. «Agricultural Production and Output per Worker in Hungary, 1870-1913», *The Journal of Economic History*, vol. 28, n.º 2 (junio de 1968), pp. 197-222.

—. «The Changing Pattern of Landownership in Hungary, 1867-1914», *The Economic History Review*, Nueva Serie, vol. 20, n.º 2 (agosto de 1967), pp. 293-310.

Eklof, Ben. «The Adequacy of Basic Schooling in Rural Russia: Teachers and Their Craft, 1880-1914», *History of Education Quarterly*, vol. 26, n.º 2 (verano de 1986), pp. 199-223.

Engelstein, Laura. «Holy Russia in Modern Times: An Essay on Orthodoxy and Cultural Change», *Past and Present*, n.º 173 (noviembre de 2001), pp. 129-156.

Evans, Richard J. «In Search of a German Social Darwinism: The History and Historiography of a Concept», en *Medicine and Modernity Public Health and Medical Care in Nineteenth and Twentieth-Century Germany*, Manfred Berg y Geoffrey Cocks, eds., Washington, 1997, pp. 55-79.

—. «Prostitution, State and Society in Imperial Germany», *Past and Present*, n.º 70 (febrero de 1976), pp. 106-129.

Field, Geoffrey G. «Nordic Racism», *Journal of the History of Ideas*, vol. 38, n.º 3 (julio-septiembre de 1987), pp. 523-540.

Fishman, Sterling. «Suicide, Sex, and the Discovery of the German Adolescent», *History of Education Quarterly*, vol. 10, n.º 2 (verano de 1970), pp. 170-188.

Gentile, Emilio. «The Struggle for Modernity: Echoes of the Dreyfus Affair in Italian Political Culture, 1898-1912», *Journal of Contemporary History*, vol. 33, n.º 4 (octubre de 1988), pp. 497-511.

Gillis, John R. «The Evolution of Juvenile Delinquency in England 1890-1914», *Past and Present*, n.º 67 (mayo de 1975), pp. 96-126.

—. «Conformity and Rebellion: Contrasting Styles of English and German Youth, 1900-1933»,

History of Education Quarterly, vol. 13, n.º3 (otoño de 1973), pp.249, 260.

Godsey, William D. Jr. «Quarterings and Kinship: The Social Composition of the Habsburg Aristocracy in the Dualist Era», *The Journal of Modern History*, vol. 71, n.º1 (marzo de 1999), pp.56-104.

Good, David F. «The Economic Lag of Central and Eastern Europe: Income Estimates for the Habsburg Successor States, 1870-1910», *The Journal of Economic History*, vol. 54, n.º4 (diciembre de 1994), pp.89-91.

Graham, Loren R. «Science and Values: The Eugenics Movement in Germany and Russia in the 1920s», *The American Historical Review*, vol. 82, n.º5 (diciembre de 1977), pp.1133-1164.

Hagboldt, Peter. «Der Kampf des jungen Menschen im neueren deutschen Drama», *Modern Philology*, vol. 28, n.º3 (febrero de 1931), pp.337-352.

Herman, Sondra R. «Loving Courtship or the Marriage Market? The Ideal and its Critics 1871-1911», *American Quarterly*, vol. 25, n.º2 (mayo de 1973), pp.235-252.

Holt, Niles R. «Ernst Haeckel's Monistic Religion», *Journal of the History of Ideas*, vol. 32, n.º2 (abril-junio de 1971), pp.265-280.

Hooker, Lynn. «Modernism on the Periphery: Béla Bartok and the New Hungarian Music Society of 1911-1912», *The Musical Quarterly*, vol. 88 (2004), pp.274-319.

Hurd, Madeleine. «Education, Morality, and the Politics of Class in Hamburg and Stockholm, 1870-1914», *Journal of Contemporary History*, vol. 31, n.º 4 (octubre de 1996), pp. 619-650.

Hyde, William J. «The Socialism of H.G. Wells in the Early Twentieth Century», *Journal of the History of Ideas*, vol. 17, n.º 2, *Sexuality in History* (abril de 1982), pp. 285-303.

Karl, Willibald. «Students and the Youth Movement in Germany: Attempt at a Structural Comparison», *Journal of Contemporary History*, vol. 5, n.º 1, *Generations in Conflict* (1970), pp. 113-127.

Kevles, Daniel J. «Genetics in the United States and Great Britain, 1890-1930: A Review with Speculations», *Isis*, vol. 71, n.º 3 (septiembre de 1980), pp. 441-455.

Killen, Andreas. «From Shock to Schreck: Psychiatrists, Telephone Operators and Traumatic Neurosis in Germany, 1900-1926», *Journal of Contemporary History*, vol. 38, n.º 2 (abril de 2003), pp. 201-220.

Kocka, Jurgen. «The Middle Classes in Europe», *The Journal of Modern History*, vol. 67, n.º 4 (diciembre de 1995), pp. 783-806.

Lambert, Nicholas A. «British Naval Policy, 1913-1914: Financial Limitation and Strategic Revolution», *The Journal of Modern History*, vol. 67, n.º 3 (septiembre de 1995), pp. 595-626.

Lamberti, Marjorie. «Elementary School Teachers and the Struggle against Social

Democracy in Wilhelmine Germany», *History of Education Quarterly*, vol. 32, n.º 1 (primavera de 1992), pp.73-97. 1

Lenman, Robin. «Painters, Patronage and the Art Market in Germany 1850-1914», *Past and Present*, n.º 123 (mayo de 1989), pp.109-140.

Le Rider, Jacques. «“Vielleicht ist eine der wichtigsten Entstehungsbedingungen der Frauenbewegung in Veränderungen innerhalb des männlichen Geschlechtes zu suchen.” Rosa Mayreder und die Krise der modernen Männlichkeit», *Mitteilungen des Instituts für Wissenschaft und Kunst*, 44 (1989), pp.12-16.

Louis, William Roger. «Sir John Harris and “Colonial Trusteeship”», *Bulletin des Séances de L’Académie Royale des Sciences d’Outre Mer*, 3 (1968), pp.832-856.

MacLeod, Roy. «The “Bankruptcy of Science” Debate: The Creed of Science and its Critics, 1885-1900», *Science, Technology, & Human Values*, vol. 7, n.º 41 (otoño de 1982), pp.2-15.

Maura, J. Romero. «Terrorism in Barcelona and Its Impact on Spanish Politics 1904-1909», *Past and Present*, n.º 41 (diciembre de 1968), pp.130-183.

Moran, Jeffrey P. «“Modernism Gone Mad”: Sex Education Comes to Chicago, 1913», *The Journal of American History*, vol. 83, n.º 2 (septiembre de 1996), pp.481-513.

Mosse, George L. «Max Nordau, Liberalism and the New Jew», *Journal of Contemporary*

History, vol. 27, n.º 4 (octubre de 1992), pp. 565-581.

—. «Nationalism and Respectability: Normal and Abnormal Sexuality in the Nineteenth Century», *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 2, *Sexuality in History* (abril de 1982), pp. 221-246.

Nord, Philip. «The Welfare State in France, 1870-1914», *French Historical Studies*, vol. 18, n.º 3 (primavera de 1994), pp. 821-838.

Nye, Robert A. «Honor, Impotence, and Male Sexuality in Nineteenth Century French Medicine», *French Historical Studies*, vol. 16, n.º 1 (primavera de 1989), pp. 48-71.

—. «Degeneration, Neurasthenia and the Culture of Sport in Belle Epoque France», *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 1, *Decadence* (enero de 1982), pp. 51-68.

Offen, Karen. «Depopulation, Nationalism, and Feminism in Fin-de-Siecle France», *The American Historical Review*, vol. 89, n.º 3 (junio de 1984), pp. 648-676.

Paul, Diane. «Eugenics and the Left», *Journal of the History of Ideas*, vol. 45, n.º 4 (octubre-diciembre de 1984), pp. 567-590.

Paul, Harry W. «The Issue of Decline in Nineteenth-Century French Science», *French Historical Studies*, vol. 7, n.º 3 (primavera de 1972), pp. 416-450.

Payne, Stanley G. «Spanish Conservatism 1834-1923», *Journal of Contemporary History*, vol.

13, n.º 4, *A Century of Conservatism* (octubre de 1978), pp. 765-789.

Pellew, Jill. «The Home Office and the Aliens Act, 1905», *The Historical Journal*, vol. 32, n.º 2 (junio de 1989), pp. 369-385.

Perrie, Maureen. «The Russian Peasant Movement of 1905-1907: Its Social Composition and Revolutionary Significance», *Past and Present*, n.º 57 (noviembre de 1972), pp. 123-155.

Reagin, Nancy. «The Imagined Hausfrau: National Identity, Domesticity, and Colonialism in Imperial Germany», *The Journal of Modern History*, vol. 73, n.º 1 (marzo de 2001), pp. 54-86.

Repp, Kevin. «“More Corporeal, More Concrete”: Liberal Humanism, Eugenics, and German Progressives at the Last Fin de Siecle», *The Journal of Modern History*, vol. 72, n.º 3 (septiembre de 2000), pp. 683-730.

Rohl, J.C.G. «Admiral von Miikler and the Approach of War, 1911-1914», *The Historical Journal*, vol. 12, n.º 4 (diciembre de 1969), pp. 651-673.

Rothenberg, Gunther E. «Nobility and Military Careers: The Habsburg Officer Corps, 1740-1914», *Military Affairs*, vol. 40, n.º 4 (diciembre de 1976), pp. 182-186.

Rupp, Leila J. «Sexuality and Politics in the Early Twentieth Century: The Case of the International Women's Movement», *Feminist Studies*, vol. 23, n.º 3 (otoño de 1997), pp. 577-605.

Sayer, Derek. «The Language of Nationality and the Nationality of Language: Prague 1780-1920», *Past and Present*, n.º 153 (noviembre de 1996), pp. 164-210.

Schneider, William. «Toward the Improvement of the Human Race: The History of Eugenics in France», *The Journal of Modern History*, vol. 54, n.º 2, *Sex, Science, and Society in Modern France* (junio de 1982), pp. 268-291.

Sclove, Richard E. «From Alchemy to Atomic War: Frederick Soddy's "Technology Assessment" of Atomic Energy, 1900-1915», *Science, Technology, & Human Values*, vol. 14, n.º 2 (primavera de 1989), pp. 163-194.

Sell, Friedrich Carl. «Intellectual Liberalism in Germany about 1900», *The Journal of Modern History*, vol. 15, n.º 7 (diciembre de 1970), pp. 1938-1964.

Soloway, Richard. «Counting the Degenerates: The Statistics of Race Deterioration in Edwardian England», *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 1, *Decadence* (enero de 1982), pp. 137-164.

Stearns, Peter N. «Girls, Boys, and Emotions: Redefinitions and Historical Change», *The Journal of American History*, vol. 80, n.º 1 (junio de 1993), pp. 36-74.

Stevenson, David. «Military and Diplomacy in Europe before 1914», *International Security*, vol. 22, n.º 1 (verano de 1997), pp. 125-161.

Stone, Norman. «Army and Society in the Habsburg Monarchy, 1900-1914», *Past and Present*, n.º 33 (abril de 1966), pp.95-111.

Strong, Bryan. «Ideas of the Early Sex Education Movement in America, 1890-1920», *History of Education Quarterly*, vol. 12, n.º 2 (verano de 1972), pp.129-161.

Sumida, Jon Tetsuro. «Sir John Fisher and the Dreadnought: The Sources of Naval Mithology», *The Journal of Military History*, vol. 59, n.º 4 (octubre de 1995), pp.619-637.

Teal, Laurie. «The Hollow Women: Modernism, the Prostitute, and Commodity Aesthetics», *Differences*, vol. 7, n.º 3 (1995), pp.80-109.

Thompson, Alastair. «Honours Uneven: Decorations, the State and Bourgeois Society in Imperial Germany», *Past and Present*, vol. 144 (agosto de 1994), pp.171-204.

Thurston, Robert W. «Police and People in Moscow, 1906-1914», *Russian Review*, vol. 39, n.º 3 (julio de 1980), pp.320-338.

Trommler, Frank. «Working-Class Culture and Modern Mass Culture before World War 1», *New German Critique*, n.º 29, *The Origins of Mass Culture. The Case of Imperial Germany (1871-1918)* (primavera-verano de 1983), pp.57-70.

Tschebotarieff Bill, Valentine. «The Mozorovs», *Russian Review*, vol. 14, n.º 2 (abril de 1955), pp.109-116.

Walkin, Jacob. «Government Controls Over the Press in Russia, 1905-1914», *Russian Review*, vol. 13, n.º 3 (julio de 1954), pp.203-209.

Weikart, Richard. «Darwinism and Death: Devaluing Human Life in Germany 1859-1920», *Journal of The History of Ideas*, vol. 63, n.º 2 (abril de 2002), pp.323-344.

Williams, John Alexander. «Ecstasies of the Young: Sexuality, the Youth Movement, and Moral Panic in Germany on the Eve of the First World War», *Central European History*, vol. 34 (2001), n.º 2, pp.163-189.

Winkler, Allan M. «The “Atom” and American Life», *The History Teacher*, vol. 26, n.º 3 (mayo de 1993), pp.317-337.

Wolff, Larry. «Dynastic Conservatism and Poetic Violence in Fin-de-Siecle Cracow: The Habsburg Matrix of Polish Modernism», *The American Historical Review*, vol. 106, n.º 3 (junio de 2001), pp.735-764.

Wucherpennig, Wolf. «The “Young Viennese” and Their Fathers. Decadence and the Generation Conflict around 1890», *Journal of Contemporary History*, vol. 17, n.º 1, *Decadence* (enero de 1982), pp.21-49.

LIBROS

Allen, Ann Taylor. *Feminism and Motherhood in Western Europe 1890-1970*. Nueva York, Palgrave, 2005.

Anderson, Bonnie S., y Judith P. Zinsser. *A History of Their Own: Women in Europe from Prehistory to the Present*. Nueva York, Oxford University Press, 2000 [*Historia de las mujeres: una historia propia*. Madrid, Crítica, 2 vols., 1992, 1.a edición, trad. de Teresa Camprodón y Beatriz Villacañas].

Anderson, Harriet. *Utopian Feminism: Women's Movements in fin-de-siècle Vienna*. New Haven, Yale University Press, 1992.

Antiseri, Dario. *Popper's Vienna*. Aurora, Colorado, Davies Group Publishers, 2006 [*La Viena de Popper*. Madrid, Unión Editorial, 2001, trad. de Juan Marcos de la Fuente].

Arenzon, E. *Savva Mamontov, Rossii slavnnye imena*. Moscú, «Russ-kaëiia kniga», 1995.

L'Art russe dans la seconde moitié du XIXè siècle: en quête d'identité (catálogo de la exposición). Musée d'Orsay, Paris, 19 de septiembre de 2005-8 de enero de 2006. Marie Pierre Salé y Édouard Papet, eds. Paris, Musée d'Orsay: Réunion des musées nationaux, 2005.

Aschheim, Steven. *The Nietzsche Legacy in Germany 1890-1990*. Berkeley, University of California Press, 1992.

August, Thomas G. *The Selling of the Empire: British and French Imperialist Propaganda, 1890-1940*. Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1985.

Bedwell, Carol E.B. «The Parallelism of Artistic and Literary Tendencies in Germany 1880-1910».

Tesina, Indiana University, 1962.

Beliëu, H. M., M. P. Bossenbroek y Gert Jan Van Setten. *In de vaart der volken: Nederlanders rond 1900*. Amsterdam, B. Bakker, 1998.

Berglar, Peter. *Walther Rathenau: ein Leben zwischen Philosophie und Politik*. Graz, Styria, 1987.

Berlage, Andreas. *Empfindung, Ich und Sprache um 1900: Ernst Mach, Hermann Bahr und Fritz Mauthner im Zusammenhang*. Frankfurt am Main, Nueva York, P. Lang, 1994.

Blackbourn, David. *Populists and Patricians: Essays in Modern German History*. Londres-Boston, Allen & Unwin, 1987.

—. *History of Germany, 1780-1918: the Long Nineteenth Century*. Malden, Massachusetts, Blackwell, 2003.

—, y Geoff Eley. *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*. Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1984.

—, y Richard J. Evans. *The German Bourgeoisie: Essays on the Social History of the German Middle Class from the Late Eighteenth to the Early Twentieth Century*. Londres-Nueva York, Routledge, 1991.

Blanchard, Pascal, y Sandrine Lemaire, eds. *Culture coloniale: la France conquise par son empire, 1871-1931*. Paris, Ed. Autrement, 2002.

Bland, Lucy. *Banishing the Beast: Sexuality and the Early Feminists*. Nueva York, New Press, 1995.

Bonnell, Victoria E. *Roots of Rebellion: Workers' Politics and Organizations in St. Petersburg and Moscow, 1900-1914*. Berkeley, University of California Press, 1983.

—, ed. y trad. *The Russian Worker: Life and Labor under the Tsarist Regime*. Berkeley, University of California Press, 1983.

Boorstin, Daniel J. *The Americans - The Democratic Experience*. Nueva York, Vintage, 1974.

Borscheid, Peter. *Das Tempo-Virus: eine Kulturgeschichte der Beschleunigung*. Frankfurt am Main-Nueva York, Campus, 2004.

Bossenbroek, M.P. *Holland op zijn breedst: Indie en Zuid-Afrika in de Nederlandse cultuur omstreeks 1900*. Amsterdam, Bert Bakker, 1996.

—. *Van Holland naar Indie het transport van koloniale troepen voor het Oost-Indische leger, 1815-1909*. Amsterdam, Bataafsche Leeuw, 1986.

Boyd, Kelly. *Manliness and the Boys' Story Paper in Britain: A Cultural History, 1855-1940*. Basingstoke, Palgrave Macniillan, 2003.

Bradley, Joseph. *Muzhik and Muscovite: Urbanization in the Late Imperial Russia*. Berkeley, University of California Press, 1985.

Brandstätter, Horst, y Bernd Neuzner. *Wagner - Lehrer, Dichter, Massenmörder*. Frankfurt am Main, Eichhorn, 1996.

Brenner, Wolfgang. *Walther Rathenau: Deutscher und Jude*. Múnich, Piper, 2005.

Brooks, Jeffrey. *When Russia Learned to Read Literary and Popular Literature, 1861-1917*. Princeton, Princeton University Press, 1985.

Brower, Daniel R. *The Russian City Between Tradition and Modernity, 1850-1900*. Berkeley, University of California Press, 1990.

Brumfield, William Craft. *The Origins of Modernism in Russian Architecture*. Berkeley, University of California Press, 1991.

Burrow, J.W. *The Crisis of Reason: European Thought, 1848-1914*. New Haven, Yale University Press, 2000 [*La crisis de la razón: el pensamiento europeo, 1848-1914*. Barcelona, Crítica, 2001, trad. de Jordi Beltrán].

Bushnell, John. *Mutiny Amid Repression: Soldiers in the Revolution of 1905-1906*. Bloomington, Indiana University Press, 1985.

Cain, Peter, y A.G. Hopkins. *Gentlemanly Capitalism and British Imperialism: the Nevil Debate on Empire*. Londres, Longman, 1999.

Calvesi, Maurizio, Claudia Salaris, Gino Agnese y Ministero per i beni culturali e ambientali (Italia). *Marinetti e il futurismo*. Roma, Edizioni De Luca, 1994.

Cannadine, David. *The Decline and Fall of the British Aristocracy*. New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1990.

—. *Ornamentalism: How the British Saw Their Empire*. Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2001.

Carlino, Marcello, y Francesco Muzzioli. *La letteratura italiana del primo Novecento (1900-1915)*. Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1986.

Charle, Christophe. *Paris fin de siècle - Culture et politique*. Paris, Seuil, 1998.

—. *La Crise des sociétés impériales: Allemagne, France, Grande-Bretagne, 1900-1940: essai d'histoire sociale comparée*. L'Univers historique. Paris, Seuil, 2001.

Clark, Christopher M. *Iron Kingdom: the Rise and Downfall of Prussia, 1600-1947*; Cambridge, Massachusetts, Belknap Press of Harvard University Press, 2006.

—. *Kaiser Wilhelm II* Harlow, Inglaterra-Nueva York, Longman, 2000.

Clifford, James. *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature, and Art*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1988 [*Dilemas de la cultura: antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Barcelona, Gedisa, 1995, trad. de Carlos Reynoso].

Clowes, E.S., S.D. Cassow y J.L. West, eds. *Between Tsar and People. Educated Society and the Quest for Public Identity in Late Imperial Russia*. Princeton, Princeton University Press, 1991.

Confino, Michael. *Société et mentalités collectives en Russie sous l'Ancien Régime*. Paris, Institut d'études slaves, 1991.

Connaughton, R.M. *Rising Sun and Tumbling Bear: Russia's War with Japan*. Londres-Nueva York, Nueva York, Cassell, 2004.

Conrad, Peter. *Modern Times, Modern Places*. 1.a edición norteamericana. Nueva York, Knopf, 1999.

Cossick, G., et al., eds. *Cathedrals of Consumption*. Aidershot, Ashgate, 1999.

Daniels, Roger. *Coming to America - A History of Immigration and Ethnicity in American Life*. Nueva York, Harper Perennial, 1991.

De Maria, Luciano, y Laura Dondi. *Marinetti e i futuristi*. 1.a edición. Milán, Garzanti, 1994.

Delathuy, A.M. *De Kongostaat van Leopold II: het verloren paradijs, 1876-1900*. Amberes, Standaard, 1988.

Di Gregorio, Mario A. *From Here to Eternity: Ernst Haeckel and the Scientific Faith*. Gotinga, Vanderhoek and Ruprecht, 2005.

Doetry, Martin. *Übergangsmenschen: die Mentalität der Wilheiminer und die Krise des Kaiserreichs*. Weinheim, Juventa, 1986.

Dunant, Sarah, y Roy Porter. *The Age of Anxiety*. Londres, Virago, 1996.

Eksteins, Modris. *Rites of Spring: The Great War and the Birth of Modern Age*. Nueva York, Doubleday, 1990.

Engel, Barbara Alpern. *Between the Fields and the City: Women, Work, and Family in Russia, 1861-1914*. Cambridge, Inglaterra-Nueva York, Cambridge University Press, 1994.

Engelstein, Laura. *The Keys to Happiness: Sex and the Search of Modernity in fin-de-siecle Russia*. Ithaca, Cornell University Press, 1992.

—. *Moscow, 1905. Working-Class Organization and Political Conflict*. Stanford, California, Stanford University Press, 1982.

Evans, Martins. *Empire and Culture: The French Experience, 1830-1940*. Houdmills, Basingstoke, Hampshire-Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004.

Evans, Richard J., ed. *The German Working Class, 1888-1933*. Londres, Croom Helm, 1982.

Ferro, Marc, ed. *Le Livre noir du colonialisme: XVIe-XXle siècle, de l'extermination à la repentance*. Paris, Hachette Littératures, 2004 [*El libro negro del colonialismo: siglos XVI al XXI. Del exterminio al arrepentimiento*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, trad. de Cario A. Caranci].

Figes, Orlando. *Natashas Dance: a Cultural History of Russia*. Nueva York, Penguin Books, 1998 [*El baile de Natacha: una historia cultural rusa*. Barcelona-Buenos Aires, Edhasa, 2006, trad. de Eduardo Hojman].

Fisher, David James. *Romain Rolland and the Politics of Intellectual Engagement*. Berkeley, University of California Press, 1988.

Forth, Christopher E. *The Dreyfus Affair and the Crisis of French Manhood*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2004.

Fröhlich, Michael. *Das Kaiserreich: Portrait einer Epoche in Biographien*. Darmstadt, Primus,

2001.

—. *Imperialismus: deutsche Kolonial- und Weltpolitik, 1880-1914*. Edición original: *Deutsche Geschichte der neuesten Zeit vom 19. Jahrhundert bis zur Gegenwart*. München, Deutscher Taschenbuch, Verlag, 1994.

Fromkin, David. *Europes Last Summer. Who Started the Great War in 1914*. Nueva York, Knopf, 2004.

Gay, Peter. *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*. Nueva York, Oxford University Press, 1984.

—. *Freud: a Life of Our Time*. Nueva York, Norton, 2006 [*Freud. Una vida de nuestro tiempo*. 3.a impresión. Barcelona, Paidós Ibérica, 2001, trad. de Jorge Piatigorsky].

—. *Schnitzlers Century: the Making of Middle-Class Culture, 1815-1914*. 1.a edición. Nueva York, Norton, 2002 [*Schnitzler y su tiempo: retrato cultural de la Viena del siglo XIX*. Barcelona, Paidós Ibérica, 2002, trad. de Marta Pino y Gemma Moral].

Gillham, Nicholas Wright. *A Life of Sir Francis Galton*. Oxford, Oxford University Press, 2001.

Girardet, Raoul. *L'Idée coloniale en France de 1871 à 1962*. Paris, La Table Ronde, 1972.

Gosudarstvennÿ Ermitazh (Rusia), Museum Folkwang Essen, y Gosudarstvennÿ muzeaei izobrazitel'nikh iskusstv imeni A.S. Pushkina. *Mozorov, Shchukin: the Collectors. Monet to Picasso: 120 Masterpieces from the Hermitage*,

St. Petersburg and the Pushkin Museum, Moscow. Bonn, Bildkunst, 1993.

Haferkamp, Hans, y Neil J. Smelser, eds. *Social Change and Modernity*. Berkeley, University of California Press, 1991.

Hamann, Brigitte. *Hitler's Vienna - A Dictator's Apprenticeship*. Oxford, OUP, 1999.

—. *Bertha von Suttner: a Life for Peace*. Syracuse, Nueva York, Syracuse University Press, 1996.

Hamm, Michael F., ed. *The City in Late Imperial Russia: a Biography*. Bloomington, Indiana, 1986.

Harcave, Sidney. *Count Sergei Witte and the Twilight of Imperial Russia: a Biography*. Armonk, Nueva York, M.E. Sharpe, 2004.

Harrison, Thomas. *1910: The Emancipation of Dissonance*. Berkeley, University of California Press, 1996.

Haumann, Heiko. *Kapitalismus im zaristischen Staat 1906-1917: Organisationsformen, Machtverhältnisse u. Leistungsbilanz im Industrialisierungsprozess*. Königstein/Ts., Hain, 1980.

Heller, Karl Daniel. *Ernst Mach; Wegbereiter der modernen Physik. Mit ausgewählten Kapiteln aus seinem Werk*. Viena-Nueva York, Springer Verlag, 1964.

Hepp, Corona. *Avantgarde: Moderne Kunst, Kulturkritik und Reformbewegungen nach der Jahrhundertwende*. Múnich, DTV, 1992.

Hobsbawm, Eric. *The Age of Empire 1875-1914*. Nueva York, Vintage, 1989 [*La era del imperio, 1875-1914*. Barcelona, Crítica, 2003, trad. de Juan José Faci].

Hochschild, Adam. *King Leopolds Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa*. Nueva York, Houghton Mifflin, 1999 [*El fantasma del rey Leopoldo. Una historia de codicia, terror y heroísmo en el Africa colonial*. Barcelona, Península, 2002, trad. de José Luis Gil Aristu].

Hofer, Hans-Georg. *Nervenschwäche und Krieg. Modernitätskritik und Krisenbewältigung in der österreichischen Psychiatrie (1880-1920)*. Viena, Böhlau, 2004.

Hughes, Robert. *The Shock of the New*. Nueva York, Knopf, 1991 [*El impacto de lo nuevo: el arte en el siglo xx*. Edición revisada. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, trad. de Manuel Pereira].

Humphries, Stephen. *Hooligans or Rebels? An Oral History of Working-Class Childhood and Youth, 1889-1939*. Oxford, Oxford University Press, 1981.

Hüppauf, Bernd-Rüdiger. *Expressionismus und Kulturkrise*. Heidelberg, C. Winter, 1983.

Inglis, Brian. *Roger Casement*. Belfast, Blackstaff Press, 1993.

Jauss, Hans Robert. *Die Epochenschwelle von 1912: Guillaume Apollinaire, «Zone» und «Lundi Rue Christine», Sitzungsberichte der Heidelberger*

Akademie der Wissenschaften; Jahrg. 1986, Bericht 1. Heidelberg, C. Winter, 1986.

Johnson, Eric A. *Urbanization and Crime, Germany 1871-1914.* Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Johnston, William M. *The Austrian Mind — An Intellectual and Social History 1848—1938.* Berkeley, University of California Press, 1962 [*El genio austrohúngaro: historia social e intelectual (1848-1938).* Oviedo, K.R.K., 2009, trad. de Agustín Coletes].

Joli, James. *Europe since 1870 - An International History.* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973 [*Historia de Europa desde 1870;* Madrid, Alianza, 1983, trad. de Enrique de Obregon].

Judd, Denis. *Eclipse of Kings: European Monarchies in the Twentieth Century.* Nueva York, Stein and Day, 1976.

—. *Empire: the British Imperial Experience from 1765 to the Present.* Nueva York, Basic Books, 1997.

—. *The Lion and the Tiger: the Rise and Fall of the British Raj, 1600-1947.* Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2004.

—, y Keith Terrance Surridge. *The Boer War.* 1.a edición en Palgrave Macmillan. Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.

Kanigel, Robert. *The One Best Way: Frederick Winslow Taylor and the Enigma of Efficiency.* Nueva York, Viking, 1997.

Kasson, John F. *Houdini, Tarzan, and the Perfect Man: the White Male Body and the Challenge of Modernity in America*. 1.a edición. Nueva York, Hill and Zwang, 2001.

Kassow, Samuel D. *Students, Professors, and the State in tsarist Russia*. Berkeley, University of California Press, 1989.

Kayali, Hasan. *Arabs and Young Turks: Ottomanism, Arabism, and Islamism in the Ottoman Empire, 1908-1918*. Berkeley, University of California Press, 1997.

Kean, Beverly Whitney. *All the Empty Palaces: the Merchant Patrons of Modern Art in Pre-Revolutionary Russia*. Nueva York, Universe Books, 1983.

Kern, Stephen. *Anatomy and Destiny: A Cultural History of the Human Body*. Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1975.

—. *The Culture of Love: Victorians to Moderns*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2003.

Klejman, Laurence, y Florence Rochefort. *L'Égalité en marche - le féminisme sous la Troisième République*. Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1989.

Kohut, Thomas August. *Wilhelm II and the Germans: a Study in Leadership*. Nueva York, Oxford University Press, 1991.

Kovtun, E.F., *Mikhail Larionov: 1881-1964, Velikie mastera zhivopisi*. San Petersburgo,

Avrora, 1998.

Landes, David S. *The Unbound Prometheus: Technical Change and Industrial Development in Western Europe from 1750 to the Present*. Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2003.

Lears, T.J. Jackson. *No Place of Grace. Antimodernism and the Transformation of American Culture 1880-1920*. Nueva York, Pantheon, 1981.

Liauzu, Claude. *L'Islam de l'Occident: la question de l'Islam dans la conscience occidentale*. Paris, Arcantère, Collection Mémoires et identités, 1989.

—. *Race et civilisation: l'Autre dans la culture occidentale: anthologie historique*. Paris, Syros-Alternatives, 1992.

—. *Violence et colonisation: pour en finir avec les guerres des mémoires*. Paris, Éditions Syllepse, 2003.

—, y Leila Blili. *Colonisation, droit d'inventaire*. Paris, Colin, Collection Les enjeux de l'histoire, 2004.

Liddington, Jill. *Rebel Girls: Their Fight for the Vote*. Londres, Virago, 2006.

—, y Jill Norris. *One Hand Tied Behind Us: the Rise of the Women's Suffrage Movement*. Londres, Virago, 1978.

Loeffler, Hans F. *Walther Rathenau: ein Europäer im Kaiserreich*. Berlin, Berlin Verlag A. Spitz, 1997.

Long, Kathleen P. *High Anxiety: Masculinity in Crisis in Early Modern France*. Kirksville, Montana, Truman State University Press, 2001.

Löther, Rolf. *Wegbereiter der Genetik: Gregor Johann Mendel und August Weismann*. Frankfurt am Main, Harri Deutsch, 1990.

Luckacs, John. *Budapest 1900: a Historical Portrait of a City and its Culture*. Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1989.

Malcolm, Noel. *Bosnia: a Short History*. Nueva York, New York University Press, 1994.

Malmstad, John E., y N. A. Bogomolov. *Mikhail Kuzmin: a Life in Art*. Cambridge, Massachussetts, Harvard University Press, 1999.

Manning, Roberta Thompson. *The Crisis of the Old Order in Russia: Gentry and Government*. Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1982.

Marks, Patricia. *Bicycles, Bangs, and Bloomers: the New Woman in the Popular Press*. Lexington, Kentucky, University Press of Kentucky, 1990.

Massie, Robert K. *Dreadnought: Britain, Germany, and the Coming of the Great War*. Nueva York, Ballantine Books, 1992.

Mattich, Olga. *Erotic Utopia: the Decadent Imagination in Russia's fin-de-siecle*. Madison, Wisconsin Press, 2005.

Maynes, Mary Jo. *Taking the Hard Road. Life Course in French and German Workers' Autobiographies in the Era of*

Industrialization. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.

Meysels, Lucian O. *In Meinem Salon ist Österreich - Berta Zuckermandl und ihre Zeit*. Vienna, Herold, 1984.

Miller, Arthur I. *Einstein, Picasso: Space, Time, and the Beauty that Causes Havoc*. Nueva York, Basic Books, 2001 [*Einstein y Picasso: el espacio, el tiempo y los estragos de la belleza*. Barcelona, Tusquets, 2007, trad. de Jesús Cuéllar].

Miller, Manu von. *Sonja Knips und die Wiener Moderne: Gustav Klimt, Josef Hofmann und die Wiener Werkstätte gestalten eine Lebenszeit*. 1.a edición. Viena, Christian Brandstätter, 2004.

Morton, Frederic. *71 Nervous Splendour: Vienna, 1888/1889*. Harmondsworth, Penguin Books, 1980.

—. *Thunder at Twilight: Vienna 1913/1914*. Nueva York, 1990.

Mosse, George L. *The Crisis of German Ideology: Intellectual Origins of the Third Reich*. Nueva York, Schocken Books, 1981.

—. *The Culture of Western Europe: the Nineteenth and Twentieth Centuries. An Introduction*. Chicago, Rand McNally, 1961 [*La cultura europea del siglo ^{xix} y La cultura europea del siglo ^{xx}*. Barcelona, Ariel, 1997, trad. de José Manuel Álvarez Florez].

—. *German Jews Beyond Judaism*. Bloomington, Cincinnati, Indiana University Press, 1985.

—. *Germans and Jews; the Right, the Left, and the Search for a «Third Force» in pre-Nazi Germany*. 1.a edición. Nueva York, H. Fertig, 1970.

—. *Masses and Man: Nationalist and Fascist Perceptions of Reality*. Detroit, Wayne State University Press, 1987.

—. *The Nationalization of the Masses; Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*. Nueva York, H. Fertig, 1975 [*La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia, 2005, trad. de Jesús Cuéllar].

Nicholson, Virginia. *Among the Bohemians — Experiments in Living 1900—1939*. Londres, Penguin, 2002.

Noble, Iris. *Emmeline and Her Daughters: the Pankhurst Sufragettes*. Nueva York, J. Messner, 1971.

Nora, Pierre. *Les Lieux de mémoire. Bibliothèque illustrée des histoires*. Paris, Gallimard, 1984.

Nuhn, Walter. *Feind überall: Guerrillakrieg in Südwest. Der grosse Ma-assaufstand 1904-1908*. Bonn, Bernhard & Graefe-Verlag, 2000.

Nye, Robert A., *Crime, Madness, and Politics in Modern France: The Medical Concept of National Decline*. Princeton, Princeton University Press, 1984.

Padfield, Peter. *The Great Naval Race: the Anglo-German Naval Rivalry, 1900-1914*. Londres, Hart-Davis MacGibbon, 1974.

Patton, Anthony. *Mikhail Larionov and the Russian Avant-Garde*. Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1993.

Pearson, Geoffrey. *Hooligan: A History of Respectable Fears*. Londres, Macmillan, 1983.

Perkin, Harold James. *The Rise of Professional Society: England since 1880*. Londres-Nueva York, Routledge, 1989.

Pinner, Felix. *Emil Rathenau und das elektrische Zeitalter. European Business*. Nueva York, Arno Press, 1977.

Pipes, Richard. *The Russian Revolution*. 1.a edición en Vintage Books, Nueva York, Vintage Books, 1991.

Pluchon, Pierre. *Histoire de la colonisation française*. Paris, Fayard, 1991.

Porter, Bernard. *The Absent-Minded Imperialists: Empire, Society, and Culture in Britain*. Oxford, Inglaterra-Nueva York, Oxford University Press, 2004.

—. *Critics of Empire: British Radical Attitudes to Colonialism in Africa 1895-1914*. Londres, St. Martin's Press, 1968.

—. *The Lion's Share: a Short History of British Imperialism, 1850-1970*. Londres-Nueva York, Longman, 1975.

Porter, Roy. *Madness: a Brief History*. Oxford-Nueva York, Oxford University Press,

2002 [*Breve historia de la locura-*, Madrid, Turner,
2003, trad. de Juan C. Rodríguez Aguilar].

Rabinbach, Anson. *The Human Motor*. Nueva York, Basic Books, 1990.

Radkau, Joachim. *Das Zeitalter der Nervosität: Deutschland zwischen Bismarck und Hitler*. München, Hanser, 1998.

—. *Max Weber: die Leidenschaft des Denkens*. München, Hanser, 2005.

—. *Technik in Deutschland: vorn 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart*. 1.a edición. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1989, Neue Historische Bibliothek.

Reid, B.L. *The Lives of Roger Casement*. New Haven, Yale University Press, 1976.

Richard, Thomas. *The Commodity Culture of Victorian England: Advertising and Spectacle, 1851-1914*. Londres, Verso, 1990.

Rioux, Jean-Pierre, y Jean-François Sivinelli, eds. *La Culture de masse en France de la belle époque à aujourd'hui*. Paris, Fayard, 2002.

Roberts, Brian. *Cecil Rhodes: Flawed Colossus*. 1.a edición norteamericana. Nueva York, Norton, 1988.

Robinson, Geroid Tanquary. *Rural Russia under the Old Regime; a History of the Landlord-Peasant World and a Prologue to the Peasant Revolution of 1917*. Nueva York, Macmillan, 1949.

Röhl, C.G. *Germany Without Bismarck; the Crisis of Government in the Second Reich*,

1890-1900. Berkeley, University of California Press, 1967.

—. *The Kaiser and His Court: Wilhelm II and the Government of Germany*. Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1994.

—. *Wilhelm II: the Kaisers Personal Monarchy, 1888-1900*. Nueva York, Cambridge University Press, 2004.

—. *Young Wilhelm: the Kaiser's Early Life, 1859-1888*. Cambridge, Reino Unido-Nueva York, Cambridge University Press, 1998.

—, y Elisabeth Müller-Lückner. *Der Ort Kaiser Wilhelms II in der deutschen Geschichte; Schriften des Historischen Kollegs. Kolloquien, 17*. Múnich, R. Oldenbourg, 1991.

Rosen, Andrew. *Rise Up, Women! The Militant Campaign of the Woman's Social and Political Union 1903-1914*. Londres, Routledge, 1974.

Rosenblum, Robert, Maryanne Stevens, Ann Dumas, Royal Academy of Arts (Gran Bretaña) y Solomon R. Guggenheim Museum. *1900: Art at the Crossroads*. Nueva York, Harry N. Abrams, 2000.

Russkij avangard 1910-1920-h godov v evropejskom kontekste. Gosudartsvennyj institut iskusstvoznaniâ Ministerstva kultury Rossijskoj Federacii, komissiâ po izuceniû iskusstva avangarda 1910-1920-h godov. Moscú, Nauka, 2000.

Salisbury, Harrison E. *Black Night White Snow: Russia's Revolutions 1905-1917*. 1.a edición.

Garden City, Nueva York, Doubleday, 1992.

Sass, Louis A. *Madness and Modernism. Insanity in the Light of Modern Art, Literature, and Thought*. Nueva York, Basic Books, 1992.

Sassoon, Donald. *The Culture of the Europeans from 1800 to the Present*. Londres, HarperCollins, 2006.

Schorske, Carl. *Fin-de-Siecle Vienna: Politics and Culture*. Nueva York, Random House, 1980 [*Fin de siglo*. Barcelona, Gustavo Gili, 1981, trad. de Iris Menendez].

Schwarz, Solomon M. e Interuniversity Project on the History of the Menshevik Movement. *The Russian Revolution of 1905; the Workers' Movement and the Formation of Bolshevism and Menshevism*. Chicago, University of Chicago Press, 1967.

Schweiger, Werner J. *Aufbruch und Erfüllung: Gebrauchsgraphik der Wiener Moderne 1897-1918*. Viena, C. Brandstätter, 1988.

Scull, Andrew. *Social Order/Mental Disorder: Anglo-American Psychiatry in Historical Perspective*. Berkeley, University of California Press, 1989.

Seigel, Jerrold. *The Private Worlds of Marcel Duchamp: Desire, Liberation, and the Self in Modern Culture*. Berkeley, University of California Press, 1995.

Seregny, Scott Joseph. *Russian Teachers and Peasant Revolution: the Politics of Education in*

1905. Bloomington, Indiana University Press, 1989.

—, y Rex A. Wade. *Politics and Society in Provincial Russia: Saratov, 1590-1917*. Columbus, Ohio State University Press, 1989.

Sieg, Ulrich. *Jüdische Intellektuelle im Ersten Weltkrieg: Kriegserfahrungen, weltanschauliche Debatten und kulturelle Neuentwürfe*. Berlin, Akademie Verlag, 2001.

—. *Deutschlands Prophet: Paul de Lagarde und die Ursprünge des modernen Antisemitismus*. Munich, Carl Hanser, 2007.

Simon, Linda. *Dark Light: Electricity and Anxiety from the Telegraph to the X-Ray*. San Diego, Harcourt Brace, 2004.

Sprengel, Peter, Gregor Streim y Barbara Noth. *Berliner und Wiener Moderne: Vermittlungen und Abgrenzungen in Literatur, Theater, Publizistik, Literatur in der Geschichte, Geschichte in der Literatur*. Viena, Böhlau, 1998.

Stansky, Peter. *On or About December 1910: Early Bloomsbury and Its Intimate World*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1996.

Steinberg, Mark D. *Moral Communities: The Culture of Class Relations in the Russian Printing Industry 1867-1907*. Berkeley, University of California Press, 1992.

Steltzer, Hans Georg. *Die deutsche Flotte: ein historischer Überblick von 1640 bis 1918*. Frankfurt am Main, Societäts-Verlag, 1989.

—. *Die Deutschen und ihr Kolonialreich*. Frankfurt am Main, Frankfurter Societäts-Verlag, 1984.

Stengers, Jean. *Congo, mythes et réalités 100 ans d'histoire*. Paris, Dukulot, 1989.

—, y Anne van Neck. *Histoire d'une grande peur, la masturbation*. Paris, Le Plessis-Robinson France, 1998.

Stites, Richard. *Russian Popular Culture: Entertainment and Society since 1900*. Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1992.

—. *The Women's Liberation Movement in Russia: Feminism, Nihilism, and Bolshevism, 1860-1930*. Princeton, Princeton University Press, 1978.

Stone, Dan. *Breeding Superman: Nietzsche, Race, and Eugenics in Edwardian and Interwar Britain*. Liverpool, Liverpool University Press, 2002.

Stone, Norman. *Europe Transformed, 1878-1919*. Oxford-Malden, Massachusetts, Blackwell, 1999 [*Europa transformada (1878-1919)*. Madrid, Siglo XXI de España, 1984, trad. de M.a del Carmen Ruiz de Elvira].

Streibel, Robert, ed. *Eugenie Schwarzwald und ihr Kreis*. Viena, Picus, 1996.

Surh, Gerald Dennis. *1905 in St. Petersburg: Labor, Society, and Revolution*. Stanford, California, Stanford University Press, 1989.

Teich, Mikulás, y Roy Porter, eds. *Fin de siècle and Its Legacy*. Cambridge, Cambridge University

Press, 1990.

Tichy, Marina. *Alltag und Traum: Leben und Lektüre der Wiener Dienstmädchen um die Jahrhundertwende*. Viena, H. Böhlau, 1984.

Torgovnick, Marianna. *Gone Primitive: Savage Intellectuals, Modern Lives*. Chicago, University of Chicago Press, 1990.

Tuchman, Barbara W. *The Proud Tower — Portrait of the World before the War*. Nueva York, Ballantines, 1996 (1962) [*La torre del orgullo — Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona, Peninsula, 2007, trad. de Fernando Corripio].

Ullrich, Volker. *Die nervöse Grossmacht 1871-1918: Aufstieg und Untergang des deutschen Kaiserreichs*. Frankfurt, Fischer, 1999.

Valkenier, Elizabeth Kridl. *Valentin Serov: Portraits of Russia's Silver Age*. Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 2001.

Van de Toorn, Pieter C. *Stravinsky and the Rite of Spring*. Berkeley, University of California Press, 1987.

Verner, Andrew M. *The Crisis of Russian Autocracy: Nicholas II and the 1905 Revolution*. Princeton, Princeton University Press, 1990.

Vucinich, Alexander. *Darwin in Russian Thought*. Berkeley, University of California Press, 1988.

Warner, Sam Bass Jr. *The Urban Wilderness: A History of the American City*. Berkeley, University of California Press, 1995.

Weikart, Richard. *From Darwin to Hitler: Evolutionary Ethics, Eugenics, and Racism in Germany*. Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004.

Weiss, Sheila Faith. *Race Hygiene and National Efficiency: The Eugenics of Wilhelm Schallmayer*. Berkeley, University of California Press, 1987.

Wesseling, H.L. *Certain Ideas of France: Essays on French History and Civilization*. Westport, Connecticut, Greenwood Press, 2002.

—, *Divide and Rule: the Partition of Africa, 1880-1914*. Westport, Connecticut, Praeger, 1996 [*Divide y vencerás: el reparto de África, 1880-1914*. Barcelona, Península, 1999, trad. de Yvonne Conijn].

—, y Diane Webb. *The European Colonial Empires, 1815-1919*. 1.a edición. Harlow, Inglaterra; Nueva York, Pearson/Longman, 2004.

Williams, Rosalina H. *Dream Worlds. Mass Consumption in Late Nineteenth Century France*. Berkeley, University of California Press, 1982.

Wilson, A.N. *The Victorians*. Londres, Arrow, 2003.

Winock, Michel. *La Belle Époque - France de 1900 à 1914*. Paris, Perrin, 2002.

Yablonskaya, Miuda Naumovna. *Womens' Artists of Russia's New Age, 1900-1935*. Londres, Thames and Hudson, 1990.

Zeldin, Theodore. *Conflicts in French Society: Anticlericalism, Education and Morals in the Nineteenth Century. Essays*. Londres, Allen & Unwin, 1970.

—. *France, 1848-1945*. Oxford, Clarendon Press, 1973.

—. *The French*. 1.a edición en Vintage Books, Nueva York, Vintage Books, 1984.

Zelnik, E., ed. y trad. *A Radical Worker in Tsarist Russia: The Autobiography of Semen Ivanovich Kanatchikov*. Stanford, Stanford University Press, 1986.



PHILIPP BLOM (1970) es historiador y autor de varias novelas, con publicaciones sobre periodismo, política y filosofía. También trabaja como presentador de radio, realizador de documentales y conferenciante. Nació en Hamburgo y creció en Detmold, en el norte de Alemania. Tras estudiar Historia, Filosofía y Estudios Judíos en Viena y Oxford, obtuvo un doctorado en Nacionalismo. Durante este período, también trabajó en periodismo, impartió clases en una escuela secundaria y escribió una novela. Como muchos de sus libros posteriores, fue escrita en inglés y traducida al alemán por él mismo.

De 1997 a 2001, Blom y su esposa, la escritora Veronica Buckley, vivieron en Londres, donde Philipp trabajó inicialmente como editor en una editorial y como corresponsal extranjero para periódicos y revistas alemanes, suizos y británicos (*Guardian*, *Independent*, *TLS*, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, *Süddeutsche Zeitung*, *Neue Züricher Zeitung*) y para emisoras de radio (BBC, ORF, Deutschlandfunk). En 2001, la pareja se mudó a París para centrarse en sus libros. Residen en Viena desde 2007.

Además de su trabajo sobre historia, ficción, filosofía y arte, Philipp presenta el programa *Punkt 1* en la radio austriaca Ö1. Escribió y presentó un documental para

televisión y comisarió exposiciones para, entre otros, el Museo de Viena y el Instituto de Investigación Getty de Los Ángeles, donde Philipp fue invitado a trabajar durante un año en 2010. Sus giras de conferencias y festivales lo llevan por toda Europa, así como por Estados Unidos, Canadá y Sudamérica.

Los libros de Philipp Blom combinan la investigación histórica, la indagación filosófica y un enfoque ensayístico y literario. Entre sus obras más vendidas se encuentran *Los años de vértigo* y *Fractura*, que abordan la historia cultural de principios del siglo ^{xx}; *Una compañía malvada*, sobre la Ilustración radical; *El motín de la naturaleza*, una investigación sobre la historia y el cambio climático en el siglo ^{xviii}; y, más recientemente, *Lo que está en juego*, que aborda el cambio climático, la digitalización y la democracia.

La amplia obra e intereses de investigación de Philipp han recibido numerosos reconocimientos. Ganó varios premios internacionales (Premis Terenci Moix, Barcelona, Groene Waterman Prijs, Amberes, NDR Kultur Buchpreis, Wolfenbüttel) y sus libros se han traducido a dieciséis idiomas. Entre 2009 y 2010 fue miembro del IFK y, en 2017, profesor visitante del IWM, ambos en Viena. En 2018, inauguró el prestigioso Festival de Salzburgo con un discurso, ampliamente debatido, sobre el futuro de la Ilustración en tiempos de cambio climático.

Philipp asumió el cargo de director de Dachstein Dialoge en 2024. Aunque desde muy joven quiso ser violinista, continúa haciendo música y presenta una serie de conciertos en el Konzerthaus de Viena.

NOTAS

[1] Jean Sauvage, *Eine Reise nach Paris von Jean Sauvage*, *Oberlehrer*, Berlin, 1900, p. 2.

[2] ídem., p. 3.

[3] ídem., p. 16.

[4] ídem., p. 22.

[5] ídem., p. 25.

[6] citado en Frédéric Mayer. *The Parisian Dream City*. Saint Louis, 1900.

[7] ¡la ingeniería alemana ha cantado victoria!: ídem., p. 40.

[8] ídem.

[9] Adams, p. 380.

[10] J. de Maistre. *Trois fragments sur la France*, en *Oœuvres inédites du comte J. de Maistre*. Paris, 1870, p. 9.

[11] Jacques Bertillon. *La Dépopulation en France*. Paris, 1911, p. 7.

[12] Eugène-Melchior de Vogüé. «Sur la défunte exposition», *Revue des deux mondes*, noviembre de 1900, p. 396.

[13] *La Francia judía*: Edouard Drumont, I, p. 6.

[14] René Gonnard. *La Dépopulation*. Paris, 1898, p. 85.

[15] citado en Winock, p. 35.

[16] Maksim Gorki, *The Philistines*, p. 42.

[17] Vogüé. «Sur la défunte exposition», p. 394.

[18] Adams, p. 11.

[1] citado en Wilson, p. 472.

[2] Tuchman, pp. 54-55.

[3] Edel, León, ed. *Henry James's Letters*, vol.IV, 1895-1916, Cambridge, Massachusetts, 1984, p. 184.

[4] citado según Cannadine. *The Decline*, p. 349.

[5] Oscar Wilde. *La importancia de llamarse Ernesto*, acto I, escena 1.

[6] Lvov, citado en Figes. *Natashas Dance*, p. 49.

[7] Musil, pp. 66-67.

[8] citado según MacDonough. *Prussia*, p. 124.

[9] en conversación con el autor.

[10] citado según Blackbourn. *History of Germany*, p. 366.

[11] citado según Cannadine. *The Decline*, p. 349.

[12] citado según Giles MacDonough. *Prussia: The Perversion of an Idea*. Londres, 1995, p. 137.

[13] Spitzemberg, p. 528, 29 de abril y 20 de mayo de 1911.

- [1] 18 de marzo de 1902, p. 1.
- [2] Stefan Zweig, p. 92.
- [3] ídem., pp. 15-20.
- [4] Bruno Bettelheim. «La Vienne de Freud», en *Vienne, 1880-1938*, catálogo de la exposición. París, 1986, p. 33.
- [5] citado en Gay. *Freud*, p. 92.
- [6] Gay. *Freud* p. 52.
- [7] Sigmund Freud. *The Interpretation of Dreams*. Nueva York, 1911, p. 189.
- [8] ídem.
- [9] Schnitzler. *Fräulein Else*, p. 113.
- [10] Schnitzler. *Ruf des Lebens*, acto 1, escena 1.
- [11] Hugo von Hofmannsthal. «Ein Brief», en *Der Brief des Lord Chandos*. Stuttgart, 2000, p. 50.
- [12] ídem., pp. 50-51.
- [13] Ernst Mach. *The Analysis of Sensations* (1897, trad. de C.M. Williams y Sydney Waterlow).
- [14] Karl Kraus. *Die Fackel*, n.º 319-320, 31 de marzo de 1911, p. 19.
- [15] Hermann Bahr. «Die Moderne», en *Die Wiener Moderne*. Stuttgart, 1981, p. 189.
- [16] Adolf Loos. *Ins Leere gesprochen*. París/Zúrich, 1921, p. 136 [*Dicho en el vacío*. Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Murcia, 1984, trad. de Irma Huici].
- [17] ídem., p. 159.
- [18] Adolf Loos. *Ornament und Verbrechen*, en Ulrich Conrads. *Programme und Manifeste zur Architektur des 20. Jahrhunderts*. Brunswick, 1981, p. 16 [*Programas y*

manifestos de la arquitectura del siglo xx. Barcelona, Lumen, 1973, trad. de Mireia Bofill].

[19] Otto Wagner. *Die Baukunst unserer Zeit*. Viena, 1914, p.44.

[20] Freud a Fliess, 11 de marzo de 1902; *Freud-Fliess*, pp.501-502.

[21] Karl Kraus. *Die Fackel*, 10 de julio de 1914.

[1] Thomas Mann. *Der Zauberberg*, pp.297-298.

[2] Marie Curie, apuntes autobiográficos, en *Pierre Curie*, trad. de C. y V. Kellog, Nueva York, 1923, pp.186-187.

[3] citado en Rosalynd Pflaum. *Grand Obsession: Madame Curie and Her World*. Doubleday, Nueva York, Macmillan, 1989, p.74.

[4] Pierre Curie, discurso con ocasión de la entrega del Premio Nobel, en *Nobel Lectures*, «Physics 1901-02»; Amsterdam, Elsevier, 1967, p.74.

[5] citado en Vincent Cronin. *Paris on the Eve*. Londres, HarperCollins, 1989, p.222.

[6] citado en Teich y Porter, p.245.

[7] Henri Bergson. *Essai sur les données immédiates de la conscience*. París, Daus, 1909, p.51.

[8] Henri Bergson. *Matter and Memory*. Londres, Allea, 1911, pp.208-209.

[9] Joseph Conrad. *Heart of Darkness*. Londres, 1902, p.89.

[10] Patrick Brantlinger, en Teich y Porter, p.108.

[11] 13 de marzo de 1910.

[12] citado en Simon. *Dark Light*, p.237.

[13] ídem., pp.238-239.

[14] Wells. *A World Set Free*. Londres, 1914, p.16.

[15] Wells. *The War in The Air*. Londres, 1898, p.47.

[16] 6 de noviembre de 1906.

[17] citado en Conrad. *Modern Times*, p.83.

- [1] citado en John Bierman. *Dark Safari: The Life behind the Legend of Henty Morton Stanley*. Nueva York, 1990, p.281.
- [2] Casement y O'Sullivan, pp.68 y ss.
- [3] ídem., p.72.
- [4] Morel y otros. *E. D. Moréis History*, pp.28-29.
- [5] ídem., pp.41-42.
- [6] Casement, p.87.
- [7] ídem., p.99.
- [8] Casement y O'Sullivan, p.17.
- [9] ídem., p.263.
- [10] John Harris, manuscrito inédito, citado en Louis, «Sir John Harris», p.833.
- [11] 8 de junio de 1902, p.1.
- [12] 7 de junio de 1902, p.1.
- [13] citado según Judd y Surridge, p.242.
- [14] citado según Judd y Surridge, p.154.
- [15] Webb, p.232.
- [16] Bundesarchiv Potsdam, *Akten des Reichskolonialamtes*, RKA, 10.012089, p.23, copia del manuscrito de la proclamación a los herero y de la orden suplementaria a la Schutztruppe imperial, 2 de octubre de 1904.
- [17] J. de Bruijn y H. Colijn. *De slag om Tjakra Negara. Een verslag in drie brieven*. Ámsterdam, 6.a edición, 1998, p.34.
- [18] citado según Hochschild, p.240.
- [19] ídem., p.238.
- [20] ídem., p.247.
- [21] ídem., p.259.

[22] Joseph Chamberlain, citado en J.L. Gavin y Julián Amery. *The Life of Joseph Chamberlain*. Londres, 1932-1951,1, p.27.

[23] Bernard Potter, p.66.

[24] exposición del Historisches Museum, Frankfurt, 1986.

[25] Loti. *Aziyadé*, p.7.

[26] Spitzemberg, p.134.

[27] Sauvage. *Eine Reise von Jean Sauvage, Oberlehrer*. Berlín, 1900, p.65.

[28] Bély, 101.

[29] citado según Hochschild, p.289.

[30] ídem., p.287.

[1] Witte, p. 402.

[2] citado en Figes. *Tragedy*, p. 95.

[3] citado en Figes. *Tragedy*, p. 66.

[4] citado en Engel, p. 82.

[5] citado en Figes. *Tragedy*, p. 113.

[6] M.B., «Peterburgskie trushscho-by», 31 de octubre de 1913. Citado en Neuberger. *Hooliganism, Crime and Power in St. Petersburg, 1900-1914*. Berkeley, University of California Press, 1993.

[7] «Peterburgskie khuligany», p. 250. Citado en Neuberger. *Hooliganism*.

[8] Witte, p. 397.

[9] citado según Harcave, p. 11.

[10] Witte, p. 372.

[11] ídem., p. 364.

[12] ídem., p. 365.

[13] ídem., pp. 98-99.

[14] ídem., p. 374.

[15] ídem., p. 377.

[16] ídem., p. 379.

[17] ídem., p. 378.

[18] Piotr Zaichnevsky, citado según Figes. *Tragedy*, p. 132.

[19] Witte, p. 382.

[20] ídem., p. 385.

[21] Figes. *People's Tragedy*, p. 170.

[22] ídem., p. 170.

[23] ídem., p. 173.

[24] A.M. Buiko, citado según Salisbury. *Black Snow*, p. 105.

- [25] citado en Salisbury. *Black Snow*, p. 120.
- [26] citado en Salisbury. *Black Snow*, p. 121.
- [27] citado en Figes. *People's Tragedy*, p. 177.
- [28] ídem., p. 127.
- [29] *pogromshik* «por convicción»: Witte, p. 404.
- [30] citado según Salisbury. *Black Snow*, pp. 130-131.
- [31] Witte, p. 468.
- [32] ídem., p. 79.
- [33] ídem., pp. 480, 481.
- [34] citado en Figes, p. 191.
- [35] Salisbury. *Black Snow*, p. 174.
- [36] ídem., p. 167.
- [37] citado en Salisbury, pp. 166-167.
- [38] Bély, p. 51.
- [39] ídem., p. 65.
- [40] citado en Salisbury. *Black Snow*, p. 193.
- [41] Zdanevich y Larionov, «Why We Paint Ourselves», p. 83. Citado en Neuberger. *Hooliganism*.
- [42] citado en Vladimir Markov. *Russian Futurism*. Berkeley, University of California Press, 1968, p. 9.
- [43] Livshits. *The One and a Half-Eyed Archer*, p. 42. Citado en Neuberger. *Hooliganism*.
- [44] Bryusov, «Republic of the Southern Cross», en *The Republic of the Southern Cross, and other stories*. Londres, G. Constable, 1918.
- [45] Andreiev, p. 41.
- [46] Witte, p. 474.

- [1] 12 de febrero de 1906, p. 1.
- [2] citado en Massie, p. 151.
- [3] ídem., p. 26.
- [4] ídem., p. 28.
- [5] ídem., pp. 153-154.
- [6] ídem., p. 157.
- [7] ídem., p. 162.
- [8] ídem., p. 166.
- [9] ídem., p. 172.
- [10] ídem., p. 410.
- [11] ídem., p. 399.
- [12] ídem., p. 406.
- [13] ídem., p. 471.
- [14] ídem., p. 472.
- [15] Zeldin. *Conflicts in French Society*, p. 896.
- [16] ídem., p. 881.
- [17] ídem., p. 898.
- [18] Marcel Proust. *Correspondance*, 6-8 de noviembre de 1920. Philip Kolt, ed., París, 1970.
- [19] Whyte Williams. *The Tiger of France: Conversations with Clemenceau*. Nueva York, Ovell, Sloan and Pearce, 1949, p. 82.
- [20] citado por Richard Cohén. *By the Sword*. Nueva York, Random House, 2002, p. 183.
- [21] C. Berg y U. Hermann. *Industriegesellschaft und Kulturkrise*. Múnich, 1991, p. 13.
- [22] H.F. Kahle. *Grundzüge einer evangelischen Volkserziehung*. Breslau, 1890.

- [23] Hans Kohn, «Rückblick auf gemeinsame Judend», en Tramer, ed. *Robert Weltsch*. Tel Aviv, 1961, p. 115.
- [24] Thomas Mann. *Betrachtungen eines Unpolitischen*. Frankfurt am Main, 1983, p. 247.
- [25] Clark. *Wilhelm II*, p. 162.
- [26] ídem., p. 163.
- [27] ídem., p. 169.
- [28] 28 de octubre de 1908.
- [29] Spitzemberg, p. 489.
- [30] citado según Clark. *Wilhelm II*, pp. 172-173.
- [31] ídem., p. 167.
- [32] citado en Massie, p. 666.
- [33] ídem., p. 669.
- [34] ídem., p. 667.
- [35] ídem., p. 667.
- [36] Witte, p. 457.
- [37] citado en Massie, p. 669.
- [38] ídem., p. 131.
- [39] ídem., p. 672.
- [40] 17 de noviembre de 1906.
- [41] ídem., 13 de abril de 1907.
- [42] Spitzemberg, p. 472.
- [43] citado en Massie, p. 690.
- [44] Magnus Hirschfeld. *Berlins drittes Geschlecht*. Berlín, 1904, p. 6.
- [45] ídem., p. 39.
- [46] citado en Caroline Daley, «Sandow, the Strongman of Eugenics», *Australian Historical Studies*, 120, 2, p. 234.
- [47] citado en Massie, p. 630.

[48] ídem., p. 637.

[49] Erskine Childers. *The Riddle of the Sands*. Londres, 1903, p. 90.

[50] citado en Massie, p. 633.

[51] Nordau. *Degeneration*, p. 7.

[52] ídem., p. 228.

[53] ídem., pp. 119-122.

[54] ídem., pp. 544, 556-557.

[55] Nordau. *Sandow Paper*, 1:20.

[56] Nordau. *Jüdische Turnerzeitung*, 1900, II, 12.

[57] Nordau. *Degeneration*, p. 416.

[58] Mayreder. *Kritik der Weiblichkeit*, pp. 109-110.

[59] ídem., p. 122.

- [1] Ernst Stadler, «Resurrectio», en *Dichtungen*, vol.I, Hamburgo, 1954, pp.124-125.
- [2] Mayreder, p. 12.
- [3] Lida Gustava Heymann, «Weiblicher Pazifismus», en Gisela Brinker-Gabler, ed. *Frauen gegen den Krieg*. Frankfurt am Main, 1980, p.65.
- [4] Suttner. *Maschinenzeitalter*, p.54.
- [5] citado en Geiss. *Julikrise und Kriegsausbruch 1914*. Hannover, 1963, n.os 319, 346.
- [6] citado en Tuchman, p.237.
- [7] ídem., pp.257-258.
- [8] Andrew D. White. *Autobiography*. Nueva York, 1922, p.260.
- [9] citado en Tuchman, p.258.
- [10] ídem., p.261.
- [11] ídem., p.264.
- [12] Franziska von Reventlow, *Herrn Dames Aufzeichnungen*, en *Gesammelte Werke*. Múnich, 1925, p.194.
- [13] ídem.
- [14] ídem.
- [15] 2 de agosto de 1888.
- [16] Martin Buber. *Drei Reden über das Judentum*. Frankfurt am Main, 1911, pp.12-13.
- [17] Schorske. *Vienna*, p.251.
- [18] citado en Peter Washington. *Blavatsky*, p.41.
- [19] ídem., p.123.
- [20] Edward Carpenter. *The Intermediate Sex*. Londres, 1908, pp.114-115.
- [21] George Orwell. *The Road to Wigan Pier*. Londres, 1937.

[22] citado en Wolfgang G. Vögele. *Der andere Rudolf Steiner. Augenzeugenberichte, Interviews, Karikaturen.* Dörmach, 2005, pp.49 y ss.

[23] Ellen Key. *Das Jahrhundert des Kindes.* Berlin, 1908, p.124.

- [1] citado en Andrew Rosen. *Rise Up, Women!*, pp. 104-105.
- [2] ídem., p. 105.
- [3] ídem., p. 97.
- [4] Saltonstall, citado en Liddington, pp. 87-88, 101-102.
- [5] citado en Liddington y Norris, p. 32.
- [6] Liddington, pp. 30-31.
- [7] ídem., p. 34.
- [8] ídem., p. 151.
- [9] ídem., p. 48.
- [10] ídem., p. 49.
- [11] ídem., p. 87.
- [12] ídem., p. 48.
- [13] ídem., p. 241.
- [14] ídem., p. 238.
- [15] ídem., p. 39.
- [16] citado según Stites. *Women 's Liberation Movements*, pp. 208-209.
- [17] ídem., pp. 231-232.
- [18] Anita Augspurg. *Ehe! Zur Reform der sexuellen Moral*. Berlin, Internationale Verlagsgesellschaft, 1911, p. 19.
- [19] citado en Allen, p. 53.
- [20] Heymann y Augspurg, p. 36.
- [21] ídem., p. 45.
- [22] citado en Christiane Henke. *Anita Augspurg*. Reinbeck, 2000, p. 58.
- [23] Anita Augspurg, «Ein typischer Fall der Gegenwart», en *Zeitschrift für Frauenstimmrecht*, 1905, p. 81.
- [24] Anita Augspurg, «Sittlichkeit und Rechtsschutz», en *Die Zeit*, n.º 469, 1903, p. 312.

- [25] Anita Augspurg. *Ehe?*, p.19.
- [26] Bebel. *Frau im Sozialismus*, p.35.
- [27] ídem., p. 2.
- [28] Grete Meisel-Hess. *Die sexuelle Krise*, p.397, trad. de Harriet Anderson, *Utopian Feminism*. New Haven, 1992, p.182.
- [29] ídem., pp.182-184.
- [30] ídem., p.103.
- [31] Mayreder, p.90.
- [32] ídem., pp.109-110.
- [33] ídem., p.122.
- [34] ídem., p.199.
- [35] ídem., p.105.
- [36] ídem., p.106.
- [37] ídem., p.118.
- [38] Orto Weininger. *Sexo y carácter*. Viena, 1923, p.402.
- [39] Stites. *Women's Liberation*, p.208.

- [1] Uzanne. *La Locomotion*, p.44, trad. inglesa en Kern. *Culture of Time and Space*, p. 110.
- [2] Kern. *Culture of Time and Space*, p. 110.
- [3] Mirbeau. *La 628 E-8*, p. 7, trad. en Kern. *Culture of Time and Space*, p. 113.
- [4] n.º 46, 21 de marzo de 1902, p. 1.
- [5] le camping: *Deutsche Revue*, julio de 1912, julio de 1910, julio de 1906.
- [6] citado según Kern. *Culture of Time and Space*, p. 118.
- [7] H.G. Wells. *Selected Short Stories*. Londres, 1927, p. 86.
- [8] 105.
- [9] T.S. Eliot, «The Love Song of J. Alfred Prufrock».
- [10] Vladimir Maiakovski, publicado originalmente en Nov', 16 de noviembre de 1914, trad. inglesa de Helen Segall en *The Ardis Anthology of Russian Futurism*, Carl Proffer y Ellendea Proffer, eds. Ann Arbor, Michigan, 1980, pp. 187-188.
- [11] Pirandello. *Quaderni di Serafino Gubbio operatore*, trad. inglesa. Nueva York, 1926, p. 86.
- [12] Pierre Loti. *Quelques aspects du vertige mondial*, pp. 2-3.
- [13] Beard y Rockwell, p. 23.
- [14] Kaiserreich, *la Alemania imperial*: Radkau. *Das Zeitalter der Nervösität*.
- [15] citado según Radkau, pp. 102-103.
- [16] ídem., p. 189.
- [17] ídem., p. 215.
- [18] ídem., p. 229.
- [19] ídem., p. 212.

[20] ídem., p. 263.

[21] Ernest Monin. *Les Troubles nerveux de cause sexuelle*. París, 1890, pp. 19-20.

[22] Radkau, p. 146.

[23] ídem., p. 159.

[24] P.I. Kovalevskii, «Folie du doute», *Arkhirv psikhiiatrii, neirológii i sudebnoi psikhopatógii*, 1886, 8, p. 38, trad. de Laura Goering, «Russian Nervousness: Neurasthenia and National Identity in Nineteenth Century Russia», *Medical History*, 2003, 47, pp. 23-46.

[25] P.I. Kovalevskii, *Nervnye bolezni nashego obshchestva; ĭ zrtov*, 1894, p. 42, trad. de Laura Goering.

[26] S.T. Aksákov, «Yapiski ob uzhen'e ryby», en *Sobranie socinenii v 4kb tomakh*. Moscú, 1954 (reedición), trad. de Laura Goering.

[27] P.I. Kovalevskii. *Vyrozhdénie I vorozhdénie*. San Petersburgo, 1903, p. 16, trad. de Laura Goering.

[28] *brasseries* de moda: citado en Christopher E. Forth, «Neurasthenia and Manhood in fin-de-siecle France», en M. Gijswijt Hofstra y Roy Porter, eds. *Cultures of Neurasthenia, From Beard to the First World War*. Ámsterdam/Nueva York, 2001, p. 347.

[29] ídem., p. 339.

[30] ídem., p. 335.

[31] Nordau. *Degeneration*, 1895, reed., Nebraska, 1993, p. 15.

[32] citado en Chandrak Soggopta, «A Mob of Incoherent Symptoms», en M. Gijswijt Hofstra y Roy Porter, eds. *Cultures of Neurasthenia, From Beard to the First World War*. Ámsterdam/Nueva York, 2001, p. 103.

[33] Thomas Clifford Allbutt. *A System of Medicine*. Londres, 1905, p.741.

[34] Radkau. *Nervosität*, p.277.

[35] ídem., p.278.

[36] ídem., p.281.

[37] ídem., p.275.

[38] ídem., p.286.

[39] amare: ídem., p.317.

[40] ídem., p.264.

[1] Clive Bell, «The English Group», *Second Post-Impressionist Exhibition*, catálogo. Londres, Grafton Galleries, 1912.

[2] Virginia Woolf. *Collected Essays*. Londres, Hogarth Press, 1966, 4 vols., I, p. 320.

[3] ídem., p. 320.

[4] ídem., p. 321.

[5] ídem., p. 324.

[6] ídem., p. 335.

[7] ídem., p. 337.

[8] ídem., p. 337.

[9] William Blake Richmond, «Post Impressionists», *Morning Post*, 16 de noviembre de 1910, p.5, reimpresso en J.B. Bullen, p.115; «The Post Impressionists at the Grafton Galleries», *The Academy*, 3 de diciembre de 1910, p.547; Laurence Binyon, «Post Impressionists», *Saturday Review*, 12 de noviembre de 1910, pp.609-610, reimpresso en Bullen, p.137; «New Art that Perplexes London», *The Literary Digest*, 10 de diciembre de 1910, p. 406; Ebenezer Wake Cook, p. 4, reimpresso en Bullen, pp. 119-120.

[10] Julius Meier-Graefe. *Modern Art*. Londres, 1908, p. 60, 62.

[11] Marinetti. *Manifiesto del futurismo*.

[12] Adolf de Meyer y Jennifer Dunning. *L'après-midi d'un faune*. Dance Books, Londres, p. 87.

[13] Gaston Calmette, *Le Figaro*, 31 de mayo de 1913.

[14] «Early Years», en Minna Lederman, ed. *Stravinsky in the Theatre*. Nueva York, 1949, pp. 128-129.

[15] Gaston Calmette, *Le Figaro*, 31 de mayo de 1913.

- [16] citado en Gerard Guicheteau. *Les Années radieuses: 1909-1914*. París, Payard, 2005, p. 317.
- [17] citado en Hepp. *Avantgarde*, p. 110.
- [18] Gide. *Si le grain ne meurt*, p. 287.
- [19] Eysoldt a Hofmannsthal, 1903, en L. Fiedler, ed. *Der Sturm Elektra*. Viena, Residenz Verlag, 2001, p. 9.
- [20] ídem., p. 37.
- [21] Strauss. *Elektra*, p. 53.
- [22] ídem., p. 5.
- [23] Fiedler. *Der Sturm Elektra*, p. 42.
- [24] ídem., p. 45.
- [25] Max Weber. *Protestant Ethic*, trad. de Talcott Parsons. Nueva York, Scribner's, 1930, p. 177.

[1] Joseph Medill Patterson, «The Nickelodeons», *The Saturday Evening Post*, 23 de noviembre de 1907.

[2] R. Doumic, «L'Âge du Cinéma», *Revue des deux mondes*, n.º 16, agosto de 1913, pp. 919-920.

[3] Robert Gottlieb, «The Drama of Sarah Bernhardt», *New York Review of Books*, vol. 54, n.º 8, 10 de mayo de 2007.

[4] Mugnier y D'Hendecourt, p. 192.

[5] Louis Haugmard, «L'Esthétique» du cinématographe, citado en Williams. *Dream Worlds*, p. 83.

[6] citado en Williams, p. 88.

[7] ídem., p. 93.

[8] ídem., p. 98.

[9] ídem., p. 98.

[10] Upton Sinclair. *The Jungle*. Nueva York, Doubleday, 1906, p. 52.

[11] citado en Williams, p. 61.

[12] ídem., pp. 62-63.

[13] Menier Chocolate...: ídem., p. 63.

[14] ídem., p. 64.

[15] citado en Williams, p. 103.

[16] Zweig, pp. 51-52.

[17] Ostwald. *Dunkle Winkel in Berlin*, pp. 22-23.

[18] Georg Simmel, «Der Fragmentcharakter des Lebens», en *Logos. Internationale Zeitschrift für Philosophie der Kultur*, año VI, n.º 1, pp. 29-40; Tübinga, J.C.B. Mohr, 1916-1917, p. 29.

- [1] Hugo Ribbert. *Heredity, Disease and Human Evolution*. Nueva York, 1918, p.214.
- [2] Francis Galton. *Hereditary Genius*. Londres, 1892, p. 3.
- [3] ídem., p. 4.
- [4] Francis Galton. *Macmillan's Magazine*, vol.II, abril de 1865, p. 166.
- [5] ídem.
- [6] Jack London. *The People of the Abyss*. Londres, Nelson, 1904, p.328.
- [7] Gillham. *A Life of Sir Francis Galton*. Oxford, 2001, p.325.
- [8] Francis Galton, «Eugenics: its Definition, Scope and Forms», en *Nature*, 64 (1901), p. 50.
- [9] Virginia Woolf. *The Diary of Virginia Woolf*, vol. I, 1915-1919. Londres, 1979, p. 13.
- [10] citado en Gillham, p.330.
- [11] ídem., p.335.
- [12] Ernst Haeckel. *Die Lebenswunder*. Stuttgart, 1904, cap.17, 4.º párrafo.
- [13] ídem.
- [14] Wilhelm Schallmayer. *Vererbung und Auslese in ihrer soziologischen und politischen Bedeutungen*. Jena, Gustav Fischer, 1910, 2.a ed., pp.380-381.
- [15] ídem., p.242.
- [16] Wilhelm Schallmayer, «Geleitwort», *Eugenik I* (1930).
- [17] Wilhelm Schallmayer, «Kultur und Entartung», pp.483-484.
- [18] Schallmayer, reseña de *Rassenverbesserung, Malthusianismus und Neumalthusianismus*, de Johannes Rüttgers, p.832.

- [19] Alfred Ploetz. *Die Tüchtigkeit unserer Rasse und der Schutz der Schwachen*. Berlin, 1895, p. 144.
- [20] Theodor Fritsch. *Vom neuen Glauben*. Leipzig, 1914.
- [21] Alexander Tille. *Von Darwin zu Nietzsche*. Leipzig, 1895, p. 214.
- [22] Emile Laurent. *Le Criminel aux points de vue anthropologique, psychologique et social*. Paris, Vigot, 1908, p. 242.
- [23] Servier, «La peine de mort remplacée para la castration», *Archives d'anthropologie criminelle*. Paris, 1901, 16, pp. 130-131.
- [24] Paul Robin. *Le néo-malthusianisme*, 1905.
- [25] Paul Robin. *Rapport présenté par M. Laurent Ctly au vu de la Commission d'enquête sur l'orphelinat Prévost à Cempius*, 1895, pp. 162-163.
- [26] Paul Robin. *Le néo-malthusianisme*, 1905.
- [27] Paul Robin, «La vraie morale sexuelle. Le néo-malthusianisme», *Régénération*, n.º 17, octobre de 1902.
- [28] Paul Robin, «Dégénérescence de l'espèce humaine, causes et remèdes», *Bulletin de la Société d'anthropologie de Paris*, 1895.
- [29] Theodore Roosevelt, en Morrison y Elting, eds. *The Letters of Theodore Roosevelt*, 2 vols.; Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1951, V, p. 226.
- [30] N.K. Mikhailovskii, *Polnoe sóbranie sochinenii*, vol. I, 5.a ed., p. 459. Citado en Vucinich, p. 333.
- [31] Petr Kropotkin, *Mutual Aid*, citado en Vucinich, pp. 347-348.
- [32] Kropotkin, conclusión.
- [33] Gillham. *A Life of Sir Francis Galton*, p. 346.

[34] idem., p. 347.

[35] ídem.

[36] ídem., p. 331.

[37] ídem., p. 332.

[38] Gottfried Benn, «Nietzschenach 50 Jahren», en *Gesammelte Werke in der Fassung der Erstdrucke*. Frankfurt am Main, 1989, III, p. 496.

[39] Bertrand Russell. *History of Western Philosophy*. Londres, 1946, p. 687.

[40] Friedrich Nietzsche. *Beyond Good and Evil*, orig. alemán 1886, trad. en *Complete Works*. Londres, 1909-1913, p. 202.

[41] Friedrich Nietzsche. *Ecce Homo*. Die Geburt der Tragödie, sección 4.

[42] carta a Franz Overbeck, enero de 1889.

[43] Rudolf Steiner. *Gesamtausgabe*, vol. 53, p. 76.

[44] ídem., vol. 300/2, 1975, p. 282.

[45] ídem., vol. 121, p. 107.

[46] ídem., vol. 32, p. 152.

[47] List. *Geheimnis der Runen*, p. 56.

[48] ídem., p. 185.

[49] citado en Hamann. *Viena*, p. 208.

[50] ídem., p. 216.

[51] Hugo Ribbert. *Heredity, Disease and Human Evolution*. Nueva York, 1918, pp. 214 y 237.

[52] Bartholomaeus von Carneri. *Sittlichkeit und Darwinismus*. Viena, 1871, p. 29.

- [1] Neuzner. *Wagner*, p. 59.
- [2] ídem., p. 38.
- [3] ídem., pp. 66-67.
- [4] ídem., p. 39.
- [5] ídem., pp. 40-41.
- [6] ídem., p. 43.
- [7] ídem., p. 86.
- [8] ídem., p. 141.
- [9] ídem., p. 92.
- [10] ídem., p. 107.
- [11] ídem., p. 87.
- [12] ídem., p. 112.
- [13] ídem., p. 97.
- [14] ídem., p. 93.
- [15] ídem., p. 91.
- [16] ídem., p. 102.
- [17] Schreber. *Denkwürdigkeiten*, p. 192.
- [18] ídem., p. 26.
- [19] ídem., p. 130.
- [20] citado en Sass, p. 217.
- [21] citado en Winock. *La Belle époque*, p. 180.
- [22] ídem.
- [23] 10 de marzo de 1912.
- [24] citado en Alphonse Boudard. *Les Grands criminels*. Paris, Le Livre de Poche, 1990, pp. 35-36.
- [25] S-i, «Pogibaiushchie deti», *Petersburgskii listok*, 19 de abril de 1901, citado en Neuberger. *Hooliganism*.

[26] Narskii, «Khuligan», *Petersburgskii gazeta*, 30 de junio de 1903, citado en Neuberger. *Hooliganism*.

[27] «Vozmutitel'nyi fakt», *Petersburgskii listok*, 28 de mayo de 1905, citado en Neuberger. *Hooliganism*.

[28] Ivanov, *Chto takoe khuliganstvo?*, Orenburg, 1915, p.8, citado en Neuberger. *Hooliganism*.

[29] citado en Hans Rogger, «Russia in \ 914», *Journal of Contemporary History*, vol.I, n.º 4 (1966), p. 95.

[30] Charles Letourneau, Introducción, en Lombroso, *L'Uomo delinquente*, p. iv.

[31] ídem., p. iii.

[32] ídem., pp.665-666.

[33] ídem., pp. xix-xx.

[34] ídem., p. xix.

[35] ídem., p. xx.

[36] Rainer Maria Rilke. *Werke*, p.102.

[37] Maurice Leblanc, «L'Arrestation d'Arsène Lupin»; *Je sais tout*, n.º 6, 15 de julio de 1905.

[38] Bernard Thomas. *Jacob: Alexandre Marins*. París, 1970, p.273.

[39] Marius Jacob, «Pourquoi j'étais cambrioleur», en Jean Maitron. *Histoire du mouvement anarchiste en France*. Paris, Société Universitaire d'Éditions et de Librairie, 1951.

[40] citado en Thomas, p.357.

[41] citado en Neuzner, p.74.

[42] ídem., p.75

[1] citado en Massie, p.728.

[2] Mugnier y D'Hendecourt. *Journal*, pp.264-265.

[3] Adams, p.494.

[4] Mayreder, p.122.

[5] Fernand Léger, citado en Kern. *Culture of Time and Space*, p.118.

[6] Pirandello, *Quaderni di Serafino Gubbio operatore*, trad. inglesa. *Shoot*, Nueva York, 1926, p.86., citado en Kern. *Culture of Time and Space*, p.119.

[7] Musil, p.359.

[*] Salvo mención expresa en nota a pie de página, las citas se han traducido a propósito para la presente edición. (N. del T.)

[*] Las citas de *El hombre sin atributos* (Libro primero) se han tomado de la traducción de José M. Sáenz; edición definitiva y completa revisada por Pedro Madrigal según la edición establecida por Adolf Frisé en 1978. Barcelona, Seix Barral, 2008. (N. del T.)

[**] *Äusser Dienst*: «jubilado, retirado». (N. del T.)

[***] En inglés, *mighty*: «poderoso» y también «enorme, inmenso». (N. del T.)

[*] Teatro, sala de conciertos y de baile así bautizada en honor de la segunda hija del emperador Francisco José y la emperatriz Isabel. (N. del T.)

[**] *Privatdozent* es el título que se concede al que posee todas las cualificaciones académicas para ser profesor titular en una universidad; el *Professor Extraordinarius* es el profesor no catedrático. (N. del T.)

[***] Esta cita, y la siguiente, en: Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*. Barcelona, Planeta-De Agostini, 1985, trad. de Luis López-Ballesteros y de Torres.

[****] *Una carta*. Tarazona, Cuadernos de Tarazona, 2003, trad. de Adan Kovacsis y Wenceslao Galán.

[*] *La montaña mágica*. Barcelona, Edhasa, 2009, trad. de Isabel García Adánez. (N. del T.)

[*] Agrupación de personas y asociaciones, fundada en 1898, cuyo objetivo era influir con vistas al desarrollo de la flota del Reich; los nacionalsocialistas la disolvieron en 1934. (N. del T.)

[*] Arcaísmo con el significado aproximado de «galeote; hombre forzado a trabajar en condiciones penosas».

(N. del T.)

[**] El mismo término empleado por Kafka para llamar al «bicho» en que se transforma el protagonista de *La metamorfosis*. (N. del T.)

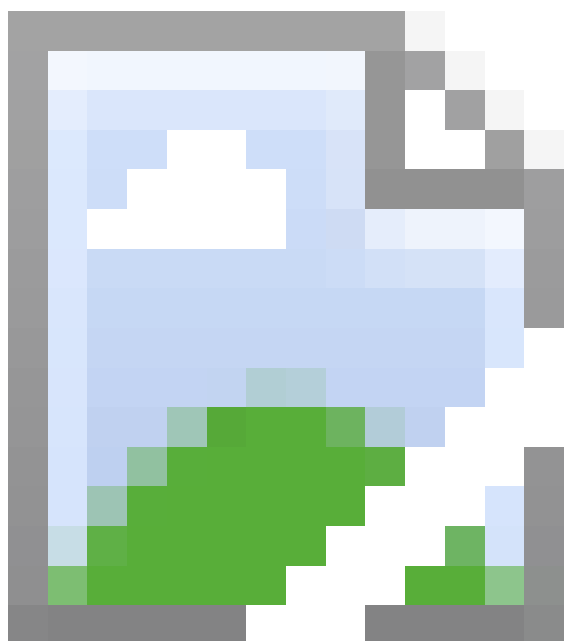
[*] De *Oblómov*, novela de Iván Goncharov publicada en 1859, cuyo protagonista, un joven aristócrata, es incapaz de hacer nada con su vida. (N. del T.)

[*] Los nacidos en el East End de Londres, tradicionalmente de clase obrera. (N. del T.)

[*] Juego de palabras basado en la semejanza fonética entre *sacre* («consagración») y *massacre*. (N. del T.)

[**] Del hebreo *k'lizemer*, «instrumento musical». Música tradicional de los judíos asquenazíes de Europa oriental. (N. del T.)

[*] *El libro de horas*. Barcelona, Lumen, 1989; edición bilingüe, traducción y prólogo de Federico Bermúdez-Cañete. (N. del T.)



ÍNDICE

Años de vértigo	2
Epígrafe	8
AGRADECIMIENTOS	12
INTRODUCCIÓN	14
I. 1900. LA DINAMO Y LA VIRGEN	21
Una nación que desaparece	32
Dreyfus y el fantasma de la decadencia	34
La dinamo y la Virgen	45
II. 1901: CAMBIO DE GUARDIA	52
Turbinas de vapor y derrota de la nobleza	62
Grados de disolución	67
Nuevos títulos, nueva riqueza	81
III. 1902: EDIPO REY	88
Una gran fachada	98
La ética del estilo	118
IV. 1903: UNA EXTRAÑA LUMINISCENCIA	136
El Premio Nobel	147
La disolución de las certezas	149
Corrientes nerviosas	161
V. 1904: SU MAJESTAD Y EL SEÑOR MOREL	173
Comercio injusto	178
La vergüenza de los imperios	189
Las guerras de los medios de comunicación	196
Los costes del poder	203
VI. 1905: CON TODA LA FURIA	225
¡No hay Dios!	228
Un préstamo del pueblo	232

El pugilista en la corte	234
Ideas peligrosas	242
Una pequeña guerra victoriosa	244
Un cura útil	252
Rumbo al caos	259
Hacerse con el control	270
Todos temían algo	272
VII. 1906: «DREADNOUGHT» Y ANGUSTIA	282
Dominar los mares	291
Fuerza masculina	298
Virtudes militares, vicios militares	304
Guillermo II de Alemania	310
La caída de Phili	316
Ser uranista	324
Sandow el Magnífico	326
Locos y judíos musculosos	334
Una virilidad angustiada	339
VIII. 1907: SUEÑOS Y VISIONES	343
Un extraño defensor de la paz	350
Dioniso en la torre	356
Bohemios y profetas descalzos	359
La voz de la sangre	368
Visiones inquietantes	372
Isis sin velo	378
La escuela de la vida	390
IX. 1908: SEÑORAS DE ARMAS TOMAR	396
El voto y las mujeres trabajadoras	399
Violencia	412
Entre Tolstói y la autocracia	419
Mujeres escandalosas	424

El contragolpe	443
X. 1909: EL CULTO DE LA MÁQUINA RÁPIDA	451
Esos hombres magníficos	454
En las carreras	462
Capturar el mundo en movimiento	470
Nerviosismo a la americana	479
Sexo, mentiras y los primeros días del cine	485
Alemania y la tensión nerviosa	494
XI. 1910: CAMBIOS EN LA NATURALEZA HUMANA	499
Hablar de la cópula	503
Ritual, mitos y máscaras	514
Lejos y cerca	534
El dios del éxtasis	538
XII. 1911: PALACIOS DEL PUEBLO	551
Locos por las estrellas	559
La belleza de las masas	570
¿Palacios del pueblo?	573
Nuevas tribus	589
Comunidades de consumo	594
XIII. 1912: TODO ES CUESTIÓN DE CUNA	599
Calidad superior	605
¿Una nueva masculinidad?	618
En casa de los Kallikak	625
Hombres nuevos, mujeres nuevas	631
Racistas y místicos	635
XIV. 1913: EL CRIMEN DE WAGNER	644
El juez invertido	653
La influencia de la máquina	661
Apaches y otros gamberros	662
La ciencia del crimen	670
Héroes populares	685

XV. 1914: UN ASESINATO POLÍTICO	693
Un vórtice de fuerzas infinitas	702
La dínamo...	704
... y la Virgen	711
Perdidos en el espacio-tiempo	715
El culto de la sinrazón	720
Galería de imágenes	729
BIBLIOGRAFÍA	741
Fuentes principales	741
PERIÓDICOS Y REVISTAS	741
LIBROS	742
Fuentes secundarias	762
ARTÍCULOS	762
Sobre el autor	800
NOTAS	802